P. ANTONIO PACIOS, M.S.C.

MADRE VIRGEN

ANTONIO PACIOS

Pág. 2

OBRAS EN VENTA DEL MISMO AUTOR

1 LO MUDABLE Y LO INMUTABLE EN LA VIDA DE LA IGLESIA
Bilbao, ed. Paulinas, 1967 — Ptas 75.

2 LA PASIÓN DE LA IGLESIA
Zaragoza, Ed. Círculo 2ª ed. 1971 – Ptas. 75.
(Trad. Francesa: LA PASSION DE L´EGLISE, ed. Du Cèdre, 1973

3 EL AMOR
Barcelona, Ed. Acervo, 2ª ed. 1972 — Ptas 350 Encuadernado en tela, 668 págs.

4. LA VIRGEN Y EL CORAZÓN DE JESÚS
Barcelona, Ed. Acervo, 1971 – Ptas 100

5. LA AMADA
Barcelona, Ed. Acervo, 1974 – Ptas. 190.

6. CONDICIONAMIENTOS DEL HECHO RELIGIOSO
Barcelona, Ed. Acervo, 1975 – Ptas. 110.

7, Próxima aparición MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

1 CRISTO Y LOS INTELECTUALES
Madrid, Rialp, 1955 (agotado)

2 LA DISPUTA DE TORTOSA
2 vols. Madrid, C.S.I.C. 1955 y 1957

3 TEOLOGÍA DEL ORGULLO
Madrid, Revista «Crisis»

4 TEORÍA DEL ACTO FINAL Y PREDESTINACION
Madrid, Revista «Crisis»

Pág. 2

P. ANTONIO PACIOS LÓPEZ, M.S.C.

MADRE VIRGEN

EDICIONES ACERVO
Apartado 5319 – Julio Verne, 5-7
BARCELONA, 6

Pág. 3

© ANTONIO PACIOS 1976

NIHIL OBSTAT: Manuel Vega, Censor
25 dic. 1975
IMPRIMATUR: Juan Blanes, Provincial
1 enero 1976

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84 84-7002-196-6
Depóstio Lega: B.n 16.661 - 1976
Impreso en GRAFICAS LORENTE – Ciudad, 13 – Barcelona-2

Pág. 4

PRÓLOGO

En esta obra tomamos a la B.V. María donde se dejó en LA AMADA, es decir, en el momento en que llega a ser Madre de Dios y Madre nuestra. Y totalmente se centra en la contemplación de esa Maternidad virginal.

En el Libro I se aborda el hecho de su Maternidad: Madre de Dios, y también Madre nuestra, en cuento la Maternidad divina que la vincula a Jesús se extiende también a nosotros como miembros de su Hijo.

En el Libro II se contempla la Virginidad de su Maternidad, con la perfección inenarrable que esa Virginidad le confiere.

El Libro III se centra en la virginidad de espíritu: la virginidad del amor que la lleva a ser Madre de Dios y la convierte en Esposa del mismo que engendra como Hijo, insinuándose también su relación de Hija, tan llena de lecciones y aplicaciones para nosotros: Madre, Esposa e Hija de su Hijo. Y termina sugiriendo el modo con que podemos y debemos imitar todos esa su virginidad en el amor, para asimilarnos a Ella en su triple relación con Cristo.

Queda así perfilado el amor de María: amor de Madre, de esposa y de hija: amor virginal de Madre de Dios y Madre nuestra, que reúne en sí todas las delicias y delicadezas.

De la actuación de ese amor con relación a Cristo y a nosotros tratará la obra de próxima aparición: MADRE DE

Pág. 5

DIOS Y MADRE NUESTRA. Aunque ciñéndonos casi exclusivamente a su amor virginal de Madre, por sernos el más atractivo y el más fácilmente comprensible. Con ella pensamos acabar lo que deseábamos describir acerca de las relaciones de María con el Corazón de Jesús.

En la presente añadimos un Apéndice sobre la Unidad de Cristo. Nos decidimos a insertarlo, tanto porque esa unidad es el fundamento de la Maternidad divina de María, cuanto para prevenir y poner en guardia al lector contra los errores que acerca de la Persona de Cristo hoy flotan en el ambiente, turbando no pocas veces al creyente. Esperamos sea útil a cuantos de un modo u otro se dedican al apostolado. El lector simplemente piadoso puede dejarlo sin inconveniente.

Cuidadosamente hemos procurado que la exposición esté al alcance de todo lector simplemente piadoso y amante de María. Creemos que sólo un capítulo —el IV del Libro II— supera quizá la capacidad del lector medio: si así fuere, puede saltarlo sin inconveniente.

Pido a la misma Virgen se constituya en Maestra y Guía de los lectores, hijos suyos, supliendo las deficiencias todas de mi intento de describirla. Que con su atractivo nos enamore a todos de Ella es lo único que deseo.

Pág. 6

LIBRO I

MATERNIDAD DE MARÍA

«Esto, Mater, nostrum solatium»
«Sé, tú, Madre, nuestro recreo y solaz»
(Himno: *Salve Mater*)

Pág. 7
Pág. 8

En este libro se trata de la Maternidad de María en su doble aspecto: como Madre de Dios (cap. I y II), y como Madre nuestra (cap. III-VI).

Sobre la primera, se establece el hecho (cap. I), y se insinúa su maravilloso alcance y perfección (cap. II).

Sobre la segunda, tras demostrar la realidad de su Maternidad espiritual (cap. III), se precisa en lo posible a quienes abarca (cap. IV), y su contribución como Madre a la salvación de sus hijos (cap. V), terminando con una visión de conjunto de María como Madre de la Iglesia (cap. VI).

Aunque la Maternidad divina de María es mucho más importante para Ella —como raíz de todas sus grandezas—, e incluso para nosotros —por el poder inefable de intercesión que le confiere a favor nuestro—, hemos dedicado mucho más espacio a la Maternidad espiritual de María con relación a nosotros.

Por una parte, la Maternidad divina de María, definida como dogma de fe desde los primeros siglos, es algo perfectamente determinado por la misma Iglesia, y ampliamente tratado en muchos libros; en cambio, la Maternidad espiritual, al no estar todavía definida, y sólo recientemente inculcada en los Documentos eclesiásticos, es algo mucho más indeterminado, y menos tratado, aunque se hable mucho de ella: por eso juzgamos útil circunscribirla en lo posible.

Por otra parte, la Maternidad Divina y sus excelencias se completará en el Libro II, al tratar de la virginidad de esa

Pág. 9

Maternidad; y el mismo Apéndice, de la Unidad de Cristo, trata también de ella como de su fundamento.

El modo de leer este libro con fruto es estarse gozando de que la Madre de Dios es mi Madre, y de que mi Madre es Madre de Dios.

Es lo que la pedimos: «Esto, Mater, nostrum solatium»: «Sé, oh Madre, nuestro recreo y delicia. » No hay mayor recreo, mayor delicia y paz que saber que mi Madre es la Madre de Dios, y que la Madre de Dios es mi Madre.

Y de este gozo nuestro, procurar pasar a complacerse en el gozo de Ella, en el que Ella siente al ser Madre de Dios y Madre nuestra.

Sólo leyendo así nos enamoraremos de la Virgen María.

Pág. 10

CAPÍTULO PRIMERO

MADRE DE DIOS

«Engendrado del Padre según la Divinidad antes de los siglos; y en los últimos días engendrado, Él mismo, de María Virgen, Madre de Dios, según la Humanidad, por nosotros y por nuestra salvación.»

(Conc. Calcedonense, año 451, Denz. 148).

«Si alguno dijere que la Santa Gloriosa siempre Virgen María se llama Madre de Dios de un modo abusivo, y no verdaderamente… sea anatema.»

Concilio de Constantinopla II, can.6, Denz.218).

1. LA UNIDAD DE CRISTO Y LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

La Maternidad divina de María es consecuencia necesaria de la unidad de Cristo. Cristo, aunque poseedor de dos naturalezas, es Uno, una sola Persona, y esa Persona única es divina, y nace, en el tiempo de María. Por eso la Iglesia ha

Pág. 11

definido como dogma divinamente revelado que María es verdaderamente Madre de Dios.

En el Evangelio no se llama nunca expresamente a María «Madre de Dios.»

Pero se la llama frecuentísimamente «Madre de Jesús» (Mt.1,21; 2,11; 2,21; 12,46; Mc.3,31; Lc.1,31; 1,43, 2,48-51; 8,19; Jn.2,1; 19,25.26; Hech.1,11). Mas Jesús es verdadero Dios, no habiendo en Él otro sujeto o Persona que la divina (Cf. Jn.1,1.14; 20,28; 1 Jn.5,20; Rom.9,5 etc. —véase Apéndice). Consiguientemente, la que es Madre de Jesús es verdaderamente Madre de Dios.

No es la naturaleza hija de la madre, sino la persona cuya es la naturaleza que la madre transmite. Ni la Maternidad se refiere a la naturaleza transmitida, sino a la persona a quien se le transmite. Maternidad y filiación son relaciones *personales.*

En el Evangelio, el mismo que es con toda propiedad Hijo del Padre —y por tanto Dios—, Ese mismo es con igual propiedad Hijo de María.

2. LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento explícitamente se nos dice que Dios nace de la Virgen María, es Hijo de Ella. Correspondiendo la filiación a la maternidad, es evidente que si Dios es Hijo de la Virgen María, la Virgen María es Madre de Dios.

1) En Rom.9,5 se nos dice: «Cristo, que es sobre todas las cosas *Dios bendito* por los siglos, trae su origen, según la carne, de los judíos» (Rom.9,5). Mas Cristo trae su origen de los judíos mediante la Virgen María, de la que nace «hecho de mujer» (Gál.4,4). Por lo mismo, el que es Dios bendito por los siglos nace, según la carne, de la Virgen María, que es así verdadera Madre del que es Dios bendito por los siglos (Cf. Santo Tomas, 3ª, q. 34, art. 4).

2) En Gálatas, 4,4, leemos: «Envió Dios a su Hijo, hecho

de mujer.» El Hijo de Dios es Dios. Y ese Hijo de Dios no sólo es enviado al mundo, sino que «es hecho de mujer» . La Virgen María no es mero canal que pase al Verbo una humanidad que Dios cree: es verdadera «hacedora» del Verbo según su naturaleza humana —«hecho de mujer»—.

Difícilmente podría expresarse mas viva y gráficamente su actividad materna con relación al Verbo, Hijo de Dios y Dios verdadero, que diciéndonos que ese Hijo de Dios enviado al mundo es «hecho de mujer».

3) En San Lucas,1,26-38, el mismo que será llamado Hijo del Altísimo e Hijo de Dios, Ése mismo será concebido y parido como Hijo propio por la Virgen María (Lc.1,31.32.35). La Virgen es así verdaderamente Madre del mismo de quien el Altísimo es Padre de toda eternidad.

Mas ese Hijo del Altísimo, ese Hijo de Dios desde toda eternidad, que ahora se hace hombre, es verdadera y propiamente Dios (Jn.1,1.14; 20,28; Rom. 9,5; 1 Jn.5,20 etc.) Es, pues, evidente que María concibe y da a luz como verdadera Madre al mismo Dios, al darle en el tiempo naturaleza humana.

4) En San Mateo,1,21-23, el Ángel dice a San José que María dará a luz un hijo que es «Dios con nosotros». Mas si «Dios con nosotros» es verdadero Hijo de María al nacer de Ella, María verdaderamente es su Madre. Es, pues, María verdadera Madre de «Dios con nosotros», de Dios hecho hombre.

5) Recordemos finalmente las palabras dirigidas a María por Isabel, «llena del Espíritu Santo» (Lc.1,41) —y por lo mismo impulsada a decirlas por ese mismo Espíritu de verdad—: «¿De dónde a mí el que venga a mí la Madre de mi Señor? » (Lc.1,43). «Mi Señor» es la traducción de la palabra hebrea *Adonay*, forma en que los judíos pronunciaban la palabra Yahveh —Dios, Él que es—, por no osar expresar su nombre. Así, lo que Santa Isabel en realidad dice a María es: «¿De dónde a mí el que venga a mí la Madre de Yahveh, la Madre de Dios?»

Ni puede en verdad entenderse de otro modo, ya que, a nadie, si no es a Dios, hubiera Isabel llamado simplemente “mi Señor”, aún antes de que naciera. Ni Ella, que se sabía a su vez madre milagrosa de un gran profeta —el mayor de los profetas—, se hubiera sentido tan profundamente confundida al recibir la visita de la joven María, si la creyera tan sólo Madre de un hombre extraordinario, y no Madre de Dios.

3. LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA Y LA FE DE LA IGLESIA

No es, pues, de extrañar que el pueblo cristiano, desde los primeros siglos hasta el día de hoy, haya tenido siempre a María por verdadera Madre de Dios.

Ni el que la Iglesia reiteradamente definiera como dogma de fe divinamente revelado esa misma Maternidad divina en su sentido propio, condenando siempre a cuantos osaron negarla, o ponerla en duda, o entenderla en sentido impropio.

Ya el Concilio de Éfeso, tercero de los ecuménicos (año 411) condenó a Nestorio, quien, distinguiendo erróneamente en Cristo dos personas, concedía que María era Madre del Hombre Cristo —*Kristotókos*—, pero no Madre de Dios *Theotókos*.

Contra él enseña el Concilio: «Y aunque (en Cristo) las naturalezas sean diversas, trabándose sin embargo con verdadera unión, nos hicieron un solo Cristo y un solo Hijo; no porque la diferencia de naturalezas desapareciera en la unión, sino porque la Divinidad y la Humanidad por secreta e inefable unión en una sola Persona nos constituyen un solo Jesucristo e Hijo... Pues no nació primero de la Virgen un hombre vulgar al cual después se infundiera el Verbo de Dios, sino que, unido a la carne en el mismo vientre virginal se dice engendrado según la carne, como vindicando como propia suya la generación de su carne… Así no dudaron (los

Santos Padres] en llamar Madre de Dios a la Santa Virgen» (1).

Y contra el mismo Nestorio aprobó el Concilio el siguiente canon, propuesto por San Cirilo de Alejandría: «Si alguno no confesare que Emmanuel es verdaderamente Dios, y que la Santa Virgen es por eso mismo Madre de Dios, pues dio a luz según la carne al Verbo de Dios hecho carne, Sea anatema (2).

La Maternidad divina es, pues, consecuencia necesaria de la unidad de Persona en Cristo, cuya Madre es María.

Maternidad a la que nada obsta la duplicidad de naturaleza en Cristo, pues la filiación, y con ella la maternidad, se predica y es de la persona, no de la naturaleza, aunque sea la transmisión de ésta el fundamento de toda maternidad y de toda filiación.

No es la naturaleza humana de Pedro, ni su alma ni su cuerpo, hija de la naturaleza humana, o del alma o del cuerpo de Juan, sino la persona misma de Pedro, Pedro mismo, quien se dice y es hijo de la persona de Juan. Y esto aunque ni siquiera haya recibido de él el principal elemento que integra su naturaleza, es decir, el alma, que es por Dios directamente creada.

Así María es verdadera Madre de la Persona de Cristo, aunque no le transmita lo que en Cristo es principal, a saber, su naturaleza divina, sino sólo la humana. Porque se es Madre de la Persona que se engendra, y no de la naturaleza que por generación se le comunique.

De ahí que el Concilio de Calcedonia (año 451), al definir contra los Monofisitas la dualidad de naturalezas en Cristo en unidad de Persona, insista en la definición de la Maternidad divina de María: «El mismo que antes de los siglos fue engendrado del Padre según la Divinidad, Ese mismo en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, fue según la Humanidad engendrado de María Virgen Madre de Dios» (3).

(1) Denz.111a
(2) Denz 113
(3) Denz.148

4. LA MATERNIDAD DIVINA Y LOS DOS NACIMIENTOS DE CRISTO

Hay así en la misma Persona de Cristo dos nacimientos, que corresponden a la recepción de sus dos naturalezas por vía de generación.

Por el primero recibe del Padre su naturaleza divina, y con ella su mismo ser personal: pues ni puede una naturaleza existir sino hipostasiada o subsistente en una persona, ni una Persona puede existir sino en una naturaleza.

Ese nacimiento es eterno y absolutamente necesario, por ser fruto de la actividad divina interna y esencial, idéntica con Dios mismo, y como Él eterna y necesaria.

Por eso la Persona del Hijo es eterna, y, aunque engendrada, igualmente necesaria que el Padre que le engendra, e igualmente divina como la del Padre, pues posee recibida la misma e idéntica naturaleza del Padre, el mismo e idéntico ser del Padre, que en el Padre está dándose, en el Hijo recibiéndose eternamente. Ni siquiera hay prioridad conceptual, pues el Padre se constituye en padre sólo al engendrar al hijo, de modo que paternidad y filiación son relaciones mutuas y en todo simultáneas.

Por eso el Hijo o Verbo es «Dios verdadero», como nos dice el Símbolo Niceno-Constantino-politano (años 325 y 391), que recitamos en la Santa Misa: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero». Ni podría ser verdadero Hijo del Padre si no fuera Dios con Él, pues entonces la naturaleza de Él, recibida, como no divina, distaría infinitamente en perfección de la de su Padre: no se parecería ya a Él como Hijo, sino como simple creatura.

Por el segundo recibe de su Madre María su naturaleza humana: no la existencia personal ya eternamente preexistente en la naturaleza divina del Padre recibida, sino la existencia personal en una nueva naturaleza —creada y humana—, de la Virgen recibida. La naturaleza humana que de María recibe subsiste así en la Persona divina preexistente.

Este nacimiento es en el tiempo, y no necesario, sino con-

tingente, pues se funda en la transmisión de una naturaleza creada, y no hay naturaleza creada alguna cuya existencia sea necesaria.

Salvadas estas diferencias, implicadas en la distinción básica de las dos naturalezas en Cristo —creada e increada—, la Virgen María es tan verdaderamente Madre de la Persona divina de Cristo como el Padre es verdaderamente su Padre.

Éste es Padre de la Persona de Cristo porque le comunica o transmite por generación eterna su naturaleza divina; María es Madre de esa misma Persona divina porque le transmite por generación temporal su naturaleza humana.

Pero aunque una generación sea eterna, y otra en el tiempo, ambas son igualmente verdadera y real generación, porque por ambas se transmite real y verdaderamente a Cristo la naturaleza del que le engendra, aunque el Padre le engendre desde toda eternidad, y la Virgen le engendre en el tiempo.

Ambos nacimientos del *mismo* Verbo divino fueron expresamente definidos por el Concilio II de Constantinopla (año 553): «Si alguno no confesare que hay dos nacimientos del Verbo de Dios, uno antes de los siglos, del Padre, sin tiempo y sin cuerpo; y otro en los últimos días, *del mismo* Verbo, que descendió de los cielos, y habiéndose encarnado de la Santa gloriosa Madre de Dios, y siempre Virgen María, nació de Ella; ese tal sea Anatema (1).

Es la realidad de esos dos nacimientos lo que implica de necesidad la Maternidad divina de María, por lo cual el mismo Concilio condenó toda interpretación de ella que se desviare del sentido propio:

«Si alguno dijere que la Santa gloriosa siempre Virgen María no es Madre de Dios verdaderamente, sino en un sentido abusivo, ya sea según una relación fundada en que de Ella nació un puro hombre y no el Verbo de Dios encarnado y nacido de Ella, de modo que la natividad del hombre ha de referirse, según ellos dicen, al Verbo de Dios porque Éste estaba con el hombre que nacía, y calumniase al Santo Con-

(1) Can. 2, Denz.214
Pág. 17

cilio de Calcedonia, como si llamase a la Virgen Madre de Dios según este modo de concebir impío que inventó el execrable Teodoro; ya sea que la llame alguno Madre del hombre, o Cristotókos, es decir, Madre de Cristo, como si Cristo no fuese Dios; y no la confesare como propia y verdaderamente Madre de Dios, porque cuanto el mismo que como Verbo nació del Padre antes de todos los siglos, Ese mismo en los últimos tiempos se encarnó y nació de Ella, tal como piadosamente lo confesó el santo Concilio de Calcedonia: ese tal sea Anatema» (1).

Una persona dícese y es hijo de otra por el hecho de recibir de ella, por vía de generación, una naturaleza semejante a la de los padres.

María transmite al Verbo, por vía de generación, su naturaleza humana. Por eso María se dice y es propiamente Madre del Verbo, Madre de Dios, por razón de la naturaleza humana que le comunica, y que es verdaderamente naturaleza del Verbo.

5. LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA Y LA FE DEL PUEBLO CRISTIANO

Así lo ha entendido siempre el pueblo cristiano, al recurrir a su intercesión omnipotente, basándola en la realidad y propiedad de su divina Maternidad: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

En los dos primeros siglos del cristianismo, los Padres, siguiendo la senda evangélica (Jn.1,1-14), nos afirman a porfía que el mismo que de toda eternidad nace del Padre, Ese mismo nace en el tiempo de la Virgen María (2).

El pueblo que, en su sencillez, simplifica las fórmulas de

(1) Can.6, Denz. 218
(2) San Ignacio, *Ad Ephesios*, 18,2; San Ireneo, *Adversus Haereses*, L. 3, cap. 21, n. 10; San Justino, *Apología* I, n.63; Tertuliano, *De Carne Christi*, cap. 18).
Pág. 18

fe que recibe con el acierto que siempre le ha caracterizado, empieza a llamarla «Madre de Dios». El que nace de una persona es hijo de ella: si el mismo que de toda eternidad nace del Padre y es Hijo del Padre nace Él mismo en el tiempo de la Virgen María, el Hijo del Padre es en el tiempo el Hijo de María.

Mas el Hijo del Padre es Dios –«Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero»—, y como a Dios lo veneraban, según el pagano Plinio, los primeros cristianos. Por lo mismo, Dios es, en el tiempo, Hijo de María, y consiguientemente María es Madre de Dios.

En esa fórmula feliz —«Madre de Dios»— capta el pueblo cristiano toda la profundidad y riqueza del misterio del Verbo encarnado, de la Persona de Cristo. Es por la excelencia de María por la que tiene acceso al conocimiento de Cristo.

En la Maternidad divina de María percibe toda la riqueza abismática de Cristo: La Unidad de Persona —uno mismo el que es Hijo del Padre e Hijo de María—; con dos naturalezas, divina —por eso es Madre de Dios—, y humana —sólo puede ser y es Madre de Dios por transmitirle naturaleza humana—; unidas indisoluble y personalmente desde el primer instante de la existencia de la naturaleza humana de Cristo —es Madre de Dios porque transmite a Dios naturaleza humana, mas si esa naturaleza hubiera existido un solo

instante sin ser de Dios, María sería, no Madre de Dios, sino Madre de un hombre que luego habría sido asumido por Dios—; la posibilidad de la redención de Cristo —nos redime mediante su naturaleza humana en la que es pasible, con sus actos humanos—; la eficacia y valor infinito de esa redención —por cuanto obrada por una Persona divina.

Toda la riqueza y plenitud del misterio de Cristo la sintetizó y abarcó el pueblo cristiano de modo perfecto en la fórmula simplicísima de: MARÍA, MADRE DE DIOS.

Es así María quien lleva al pueblo fiel al conocimiento de Cristo, sin posibilidad de desviaciones ni de error, sin necesidad de especulaciones complicadas.

De ahí que los Santos Padres, con ejemplar humildad, se apresuraran a adoptar la formulación popular dogmática «Madre de Dios», como la que mejor expresaba todo el misterio de Cristo.

Ya en el siglo III la llaman «Madre de Dios» San Hipólito, Orígenes y Pierio. Y la apelación se vuelve general entre ellos en el siglo IV (1), hasta el punto de que Juliano el Apóstata increpara, molesto, a los cristianos porque no «cesan de llamar continuamente a María Madre de Dios o Theotokos» —nada molesta tanto a los apóstatas como la devoción a la Virgen—.

Y todo error cristológico que surge proviene siempre del olvido o negación de esa Maternidad divina.

6. LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA, CAMINO Y LLAVE INFALIBLE PARA CONOCER A CRISTO

Sólo se puede conocer a Jesús por el conocimiento de su Madre. Todos los errores que la Iglesia hubo de condenar provinieron del olvido, o bien de la errónea inteligencia, de la Maternidad divina.

Quizá el más antiguo fue el de los docetas, que negaban la realidad de la Humanidad de Cristo —sería mera apariencia.

Era tan viva en los primeros cristianos —que según Plinio invocaban a Cristo como a Dios— la fe en la Divinidad de Cristo, que a nadie se le ocurrió en un principio negarla. Para obviar el misterio, los herejes recurrieron así a negar su Humanidad: La Virgen María sería mero canal por el que el Verbo se dio al mundo, sin que Ella de verdad nada le transmitiera; es así canal de Dios, pero no Madre de Dios, pues ninguna naturaleza le comunica. Errando en la Maternidad divina de María, erraron acerca del misterio de Cristo.

Las herejías trinitarias de los tres primeros siglos par-

(1) Alejandro de Alejandría, San Atanasio, San Efrén, San Gregorio Nacianceno, San Epifanio, San Ambrosio, etc.

ten todas igualmente del desconocimiento de la verdadera Maternidad divina de María. Ya identifiquen al Hijo con el Padre en unidad personal —monarquianos y patripasianos, que decían fue el Padre quien padeció y murió en la cruz—: la Virgen María deja así de ser Madre del Mismo que fue engendrado Hijo del Padre. Ya subordinen el Hijo al Padre, haciéndolo inferior a Él –subordinacionistas—, con lo que vergonzosamente se insinúa la negación de su Divinidad: la Virgen María no es ya entonces verdaderamente Madre de Dios, porque tampoco su Hijo es ya verdaderamente Dios.

La crisis trinitaria alcanza su cima en Arrio, al negar ya simplemente la Divinidad de Cristo, Verbo encarnado, haciéndolo creatura, aunque la primera y más excelente

salida de las manos de Dios: María no es Madre de Dios, por cuanto el Verbo, su Hijo, no es Dios. Jamás hubiera podido negar Arrio la divinidad de Cristo, de no haber olvidado la fe del pueblo que creía a María Madre de Dios.

Nestorio yerra al considerar en Cristo dos Personas, sólo moralmente unidas: la Persona divina del Verbo, y la Persona humana de Cristo, que el Verbo se une a sí, inhabitando en ella. María es Madre del Hombre Cristo, no Madre de Dios. No hubiera errado si, manteniéndose en la humildad, no hubiera abandonado la fe del pueblo para adherir a su propia especulación.

Más tarde, los Eutiquianos o Monofisitas no admiten en Cristo más que una naturaleza. Siendo necesariamente divina, y no pudiendo María transmitir una naturaleza divina que Ella no posee, *lógicamente* deja de ser Madre de Dios, pues no puede comunicar al Verbo una naturaleza humana inexistente, al menos como distinta de la divina. Tampoco ellos hubieran errado de adherir con simplicidad a lo fórmula «Madre de Dios», entendiéndola rectamente como la entendía la fe del pueblo.

Finalmente, los Monotelitas, que admitían en Cristo una sola voluntad y una sola energía —la divina— igualmente hacen imposible que María sea Madre de Dios, pues no le

transmitiría una verdadera naturaleza humana, que ya no sería tal si careciera de voluntad y de energía o actividad verdaderamente humana.

Con razón, pues, canta la Iglesia a María: «Bienaventurada eres, Virgen María, que con tu pie virginal aplastaste todas las herejías.»

Si la Iglesia separada Oriental se ha mantenido sustancialmente fiel al Dogma, a su devoción a la Madre de Dios lo debe.

En los Protestantes, tanto más cunde el error y confusión cuanto más abandonan la devoción tierna a la Virgen.

Y si un cristiano cae hoy en la secta judaizante de los Testigos de Jehová, no es sin haber renunciado antes previamente a su fe en que María es «Madre de Dios», negando con ello la Divinidad de Cristo.

Hoy mismo podemos observar que sólo prende la confusión de la fe en aquellos católicos que abandonan la devoción a la Virgen. Sólo los tales ponen en tela de juicio sin pudor alguno los dogmas cristianos, desconocen la naturaleza de la Iglesia, niegan las características del sacerdocio.

Sigue siendo la Virgen María, «Madre de Dios», la que con su pie virginal aplasta toda herejía, erradicándola del corazón y de la mente de todos sus devotos, de todos cuantos la honran en su singular excelencia.

Ella será también la que finalmente disipe en todas las mentes las tinieblas de la actual confusión, trayendo el reino del Corazón de su Hijo, y moviendo a toda la humanidad con su dulzura incomparable, con su luz —«la Mujer vestida de sol» (Ap.12,1) —, con la eficacia de su poder de Madre de Dios, a aceptar el yugo suavísimo de la Ley de Cristo, correspondiendo con amor enamorado al Infinito Amor del Redentor.

Nadie va al Padre si no es por Cristo (Jn.14,6), que es la puerta (Jn.10,9). Mas nadie va a Cristo —y así nadie llegará jamás al Padre—, sino por la Virgen Madre de Dios, Puerta por la que el Verbo se nos entregó y dio (Ez.44,2), Puerta por

la que iremos al Verbo Encarnado, le conoceremos y gustaremos. Es por eso que la misma Iglesia la invoca en las Letanías lauretanas como «Janua coeli»: Puerta del Cielo. Sólo

por la puerta del cielo se puede entrar en Él: sólo por la Virgen María tendremos acceso al cielo y a la visión divina.
Pág. 23

CAPITULO II

ALCANCE DE LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

> *«Para llegar a la concepción del Verbo, elevó (María) la cima de sus méritos hasta llegar al solio o confín mismo de la Divinidad.»*
> (San Gregorio Magno, *In Libro I regum*, cap. I)

Establecido el hecho de la Maternidad divina de María en su sentido propio, junto con las características que las diferencias de la Paternidad divina, y a la vez a ella la asemejan, conviene precisar ahora el alcance de su actividad materna, por las peculiaridades especialísimas que reviste, y que la hacen distinguirse de toda otra maternidad creada.

Entre la maternidad de María y la de las demás creaturas destacan dos diferencias notables: la primera se refiere al término de su Maternidad; la segunda, a la actividad por Ella desarrollada en esa Maternidad.

Ambas hacen de María la Mujer «bendita entre todas las mujeres» (Lc.1,28.42), constituyéndola Madre en un sentido más pleno, real y excelente que todas las otras.
Pág. 24

1. EL TÉRMINO DE LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA: LA PERSONA DEL VERBO PREEXISTENTE

Comenzando por la primera, el término de toda generación es la Persona engendrada, aunque la generación misma se verifique comunicando a la persona engendrada una naturaleza racional semejante a la del engendrante. Por eso la dignidad y excelencia de una maternidad no se mide por la de la naturaleza que transmite, sino por la de la Persona a la que se la transmite. De ahí que Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, se sienta anonadada ante la Virgen María, no porque Ésta sea transmisora de una naturaleza humana, sino porque es la Madre de su Señor: «¿De dónde a Mí, que venga a Mí la Madre de mi Señor» (Lc.1,43).

Siendo la persona el último sujeto de atribución, el último Yo pleno, no puede existir ni darse sin naturaleza racional de que sea sujeto último.

Al no haber en los hombres más que una naturaleza —la humana—, le persona humana no puede subsistir sino en y por la naturaleza humana no puede subsistir sino en y por la naturaleza humana que de los padres recibe. Por eso los hombres, al ser engendrados, no sólo reciben de los padres su naturaleza, sino también su mismo ser personal, que sólo existe en y por esa naturaleza humana de los padres recibida.

Igualmente, una naturaleza racional humana no puede existir o darse sin que sea, comporte, o haya en ella un sujeto último de atribución, un Yo, es decir, una persona. Por consiguiente los padres, por el mero hecho de transmitir a su hijo naturaleza humana, son a la vez verdadera causa y origen de su ser personal.

De aquí se deduce que, siendo la naturaleza del hijo transmitida por sus padres, y recibiendo también de los padres, con ella y por razón de ella, su mismo ser personal —

que antes no existía—, ni la naturaleza del hijo puede ser superior a la de los padres, ni tampoco su personalidad o persona, pues nadie puede dar algo de que no carezca.
Pág. 25

Concretando: el término de toda generación es hacer subsistir una persona —o individuo, si no fuere racional— en la naturaleza que por generación se le comunique. El término de la generación humana es hacer subsistir una persona en la naturaleza humana que se le transmite.

Si esa persona carecía antes de otra naturaleza en la que subsistiera —y tal es el caso de los hombres—, no sólo recibe de sus padres el subsistir en naturaleza humana, sino, incidentalmente, el mismo subsistir, que no le conviene sino en ésta y por ésta. Consiguientemente, la perfección de su mismo ser personal, de su persona, como recibido de los padres, dirá proporción con la perfección del ser personal de éstos: será persona humana, pura y simplemente humana. Y la excelencia de la maternidad se medirá por la excelencia puramente humana de la persona originada.

Mas en Cristo, Hijo de María Virgen, hay dos naturalezas en unidad de Persona: naturaleza humana, recibida de María en el tiempo; naturaleza divina, recibida del Padre desde toda eternidad.

La Persona de Cristo preexiste así en la naturaleza divina, como engendrada por el Padre desde toda eternidad.

Por eso María, al comunicarle en el tiempo naturaleza humana, no es causa, ni origen o fuente, de su ser o existencia personal, ya existente, sino simplemente causa de que esa Persona, ya existente y subsistente en su naturaleza divina, empiece a subsistir *también* en una naturaleza humana.

Su actividad maternal es esencialmente idéntica a la de todas las madres: hace que una Persona subsista en una naturaleza humana semejante a la suya y de Ella recibida.

Pero el término de esa actividad materna de María, la Persona que en esa naturaleza humana por Ella transmitida empieza a subsistir, como preexistente ya y eterna en la naturaleza divina, supera infinitamente el término de toda otra maternidad.

María no es Madre de una persona humana: es Madre de
Pág. 26

una Persona divina, Madre de Dios. Su dignidad de Madre toca los confines de lo infinito —porque del todo infinito es el término de su Maternidad—, y la grandeza de su misión sobrepasa toda comprensión creada.

Igual que la Persona del Verbo es de verdad Hijo del Padre eterno por razón de la naturaleza divina que del por generación recibe de toda eternidad, del mismo modo esa misma Persona del Verbo es verdaderamente Hijo de María por razón de la naturaleza humana que de Ella recibe por generación en el tiempo.

La Maternidad de María con relación a la Segunda Persona de la Santísima trinidad, aunque contingente y comenzando en el tiempo, es tan real y verdadera como la Paternidad del Padre, porque no menos realmente recibe esa Persona la naturaleza humana que funda su filiación en el tiempo, que la naturaleza divina que funda su filiación eterna.

2. LA PREEXISTENCIA DEL TÉRMINO PERSONAL EN NADA MENGUA LA ACCIÓN MATERNAL Y GENERADORA DE MARÍA

Mas advirtamos que aunque María no dé el ser a la Persona de Cristo —preexistente, como divina, de toda eternidad—, nada falta a la eficacia de su acción materna y generadora del Hijo.

Esa acción materna suya tiene en sí eficacia para comunicar el ser personal a su Hijo. Al comunicarle naturaleza humana, no pudiendo ésta subsistir sino en una persona, esa misma comunicación tiene en sí poder y eficacia para hacer subsistir a la Persona de su Hijo, igual que toda madre terrena.

Si no le comunica ese ser personal, no es por falta de eficacia de su Maternidad, sino porque encuentra ya subsistente a esa Persona de su Hijo, y con una subsistencia personal infinitamente superior a la subsistencia personal —puramente humana— que María podía comunicarle: siendo in-

finita esa Persona, nada podría añadirle cualquier personalidad creada que la acción generativa de la Virgen pudiera comunicarle.

No le comunica así su ser Persona; pero no por falta de eficacia generadora, sino porque lo encuentra ya Persona, y con una Personalidad infinitamente superior a la que Ella podría darle, y a la que, por ser infinita, nada puede añadir Ella.

Vimos en LA AMADA cómo María transmite a su Hijo una naturaleza llena de gracia. Gracia que la hace a Ella hija adoptiva de Dios. E igualmente tiene en sí virtud de hacer a su Hijo hijo adoptivo de Dios. Mas no lo hace hijo adoptivo, porque ya lo encuentra Hijo natural de Dios, y nada podría añadir a esa filiación natural una filiación adoptiva, que es mera participación y como calco imperfecto de la natural.

Por eso, la gracia por Jesús recibida de su Madre junto con su naturaleza humana «llena de gracia y de verdad» (Jn.1,14), aunque capaz en sí de hacer hijo adoptivo de Dios a cualquiera que la recibiera y no fuera ya hijo natural, no hace a Jesús Hijo adoptivo, por serlo ya natural de su Padre.

Algo semejante podemos decir de la Maternidad de María. Capaz de dotar de ser personal —humano— a la naturaleza humana que transmite, no le comunica ser personal alguno, no por falta de eficacia generativa, sino porque transmite esa naturaleza a una Persona ya preexistente e infinita, a la que nada puede añadir su acción materna en orden a perfeccionar su Personalidad.

Y no por eso es menos Madre de su Hijo, de la misma Persona divina de su Hijo.

El Padre eterno es Padre de su Hijo Unigénito al comunicarle su naturaleza divina, que no puede subsistir sino en una Persona: así da por generación el ser a la misma Persona del Hijo, pero en cuanto le transmite por generación su propia naturaleza y ser. El Verbo es Hijo del Padre al recibir, y por recibir, de Él la naturaleza divina, subsistiendo en esa naturaleza recibida.

Igualmente, María es Madre de ese mismo Hijo al transmitirle por generación su naturaleza humana, y hacerle subsistir en ella. Con esta subsistencia le daría también ser personal, si no lo poseyera ya por subsistir en la naturaleza divina recibida del Padre. No se lo comunica, porque ya lo tiene, y tan perfecto que nada puede añadírsele.

Pero así como el Hijo se origina de toda eternidad del Padre al recibir de Él la naturaleza divina en que subsiste, así ese mismo Hijo se origina verdaderamente de María en el tiempo: Ella le da el subsistir en naturaleza humana en el tiempo, como el Padre le da el subsistir en naturaleza divina de toda eternidad.

3. LO QUE LA VIRGEN APORTA A LA PERSONA DEL VERBO AL ENGENDRARLO

Gracias a esa subsistencia en naturaleza humana, por la Virgen María comunicada y dada a la Persona del Verbo, puede Éste someterse al Padre como siervo, «anonadándose a sí mismo, y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil.2,8), dando al Padre gloria y adoración infinita de parte de la creación, tal cual el Padre la merecía de parte de ésta, aunque ésta no se la pudiera dar sino mediante la encarnación del Verbo.

«Nacido del Padre antes de todos los siglos» (1), nacido en el tiempo de María Virgen, a este su segundo nacimiento debe la Persona del Verbo su capacidad de dar gloria infinita externa a su Padre, en nombre de la creación, y con algo creado, es decir, con su humana naturaleza.

A María debe su capacidad de someterse al Padre y obedecerle hasta la muerte; su capacidad de ser Redentor nuestro, y de vivificarnos con la vida eterna —la misma vida interna trinitaria—, que comunica en primer lugar a la naturaleza humana singular que inmediatamente hace suya al asumirla a su Persona, y de la que luego puede hacer y hará

(1) Credo de la Misa

partícipes a cuantos por la fe y el amor se incorporen a Él como miembros suyos e hijos de María: es por esa encarnación que puede dar la vida eterna, la misma vida que Él posee de toda eternidad (Jn.6,58), a cuantos el Padre le ha dado (Jn.17,2,3).

No es así algo meramente externo o puramente accesorio lo que la Virgen María aporta a la Persona divina de su Hijo.

Si del Padre recibe el Hijo toda su actividad interna trinitaria, de María recibe el Verbo toda su actividad externa santificadora y beatificadora respecto a la creación: toda su actividad externa va en cierto modo sellada por la herencia de la Virgen María, como va sellada por la herencia paterna toda su actividad interna divina trinitaria.

Y como de toda eternidad el Verbo es sin mudanza, de toda eternidad se sintió y siente creador y redentor. De toda eternidad se siente y es —por libre elección suya y de su Padre, la misma elección libre eterna con que quiso ser creador y redentor—, hijo de María, heredero de la Virgen María, casi diríamos dependiente de la Virgen María, en esa naturaleza humana que de toda eternidad ha libremente querido recibir de Ella en el tiempo, heredar de Ella en el tiempo.

Por eso no hay momento en la existencia eterna de la Persona del Verbo engendrado del Padre, en el que no se haya sentido libremente como Hijo *también* de su Madre, en que no la haya amado, favorecido y prevenido como a Madre querida, inspirándose para ello en el amor que de toda eternidad tiene a su Padre.

Como de Éste se ha sentido eterna y necesariamente amado, así ha querido libremente sentirse desde toda eternidad amado y querido por el corazón de su Madre amantísima.

Pero de esto ya tratamos en LA AMADA, al hablar de la eternidad de su Maternidad.

4. LA PERFECCIÓN CASI INFINITA DE LA MATERNIDAD DIVINA

De esta primera diferencia de la maternidad de María con toda otra —en cuanto tiene como término real una Persona ya existente y a Ella preexistente—, no sólo se deduce la excelencia casi infinita de su Maternidad, como Madre de Dios, sino también una inversión en el orden de la elección.

No es Madre la que elige al Hijo, sino el Hijo preexistente quien elige y prepara para sí la Madre que le place.

Consiguientemente, no ha de medirse la perfección del Hijo —ni aún en su aspecto humano— por la perfección de la Madre que lo engendra, sino a la inversa: deducir la perfección de la Madre de la del Hijo que la elige, y la prepara para que sea digna Madre suya, dándole toda la perfección que Él, como Persona divina subsistente en naturaleza humana, quiere recibir y heredar de Ella.

La perfección de María, como elegida Madre de Dios, será así la misma perfección de su Hijo Divino en cuanto subsistente en naturaleza humana: subsistencia misma que, al hacer Hijo suyo, quiso de Ella recibir.

Por eso, con razón, se ha considerado siempre la Maternidad divina como la piedra angular en que se apoyan, y de la que lógicamente se deducen, todas las grandezas y privilegios de María, si se exceptúa su misma elección, que es absolutamente gratuita, y fundamento último de todo.

Para conocer la perfección y dones de Ella no tenemos más que mirar la perfección y dones que la dignidad de la Persona divina que empieza a subsistir en naturaleza humana, exige e implica en esta misma naturaleza, en la que como verdaderamente suya —no menos suya que la naturaleza divina de toda eternidad recibida del Padre— empieza a subsistir.

La perfección y dones de la Humanidad de Cristo es así la medida de la perfección y grandeza de María.

5. LA ACTIVIDAD MATERNA DE MARÍA: SU TOTALIDAD Y EXCLUSIVIDAD

La segunda diferencia entre la Maternidad divina de María y toda otra maternidad creada mira, no al término de ella —la Persona divina de Jesús—, sino a la misma actividad con que lo engendra, al influjo que ejerce en la Persona del Hijo.

Toda generación humana es compartida por dos, siendo la naturaleza transmitida obra de dos actividades conjugadas, insuficientes aisladamente para originarla.

Mas la actividad de María es única. Ella se basta para engendrar al Verbo encarnado, sin cooperación alguna de varón. Toda la masa hereditaria humana que hay en Cristo, cuanto de humano hay en él, tiene como fuente y origen único a María. Esto nos lo testifican explícitamente tanto San Mateo como San Lucas, al describirnos su concepción virginal.

Como el Verbo por razón de su naturaleza divina no tiene más que Padre, pues sólo del Padre la recibe, así por razón de su naturaleza humana no tiene más que Madre, pues sólo de su Madre la recibe: nacido del Padre sin Madre en la eternidad; nacido en el tiempo de Madre sin padre.

La Virgen es Madre del mismo Hijo de quien es Padre el Padre Eterno, y ahí radica su dignidad incomparable. Pero esa Paternidad y Maternidad no se asocian en su acción generativa. Cada una es completa y perfecta en su género, porque cada una de por sí transmite a la Persona del Verbo una naturaleza completa: divina en la generación eterna; humana en la temporal.

A esta totalidad exclusiva de la Maternidad de María en nada se opone el que concibiera por obra del Espíritu Santo.

La acción divina que hizo posible la generación virginal no es acción generativa, pues no se termina a la transmisión de una naturaleza semejante a la suya —la naturaleza transmitida por la Virgen es naturaleza humana, la naturaleza del Espíritu Santo es divina—: no modifica así en nada la trans-

misión de la masa hereditaria, que es tomada toda íntegramente de María.

Como se requirió acción divina para que milagrosamente concibieran Sara e Isabel estériles y ancianas, sin que por eso esa acción divina modificara en nada la paternidad de Abraham y Sara, o la de Zacarías e Isabel.

De ahí que el Espíritu Santo, aunque verdaderamente sea esposo de la Virgen María por haber suplido en Ella la acción del varón al hacerla virginalmente fecunda, ni es ni puede llamarse padre de Cristo, por no haberle transmitido naturaleza alguna semejante a la suya, es decir, divina.

Su acción es creadora de potencia en la Virgen. Pero es esta Virgen creada por Dios, y hecha fecunda por el Espíritu Santo, quien engendra. Como creó Dios a las demás mujeres con fecundidad necesitada del complemento del varón; pero son ellas con el varón, y no Dios que las creó fecundas, quienes engendran a los hijos, aunque tanto su fecundidad como su ser lo deban a Él.

Por eso, esa acción de Dios en la Virgen María, aunque se atribuya y apropie al Espíritu Santo, por ser la Maternidad virginal de María la obra por excelencia del Amor Divino, es en realidad común a las Tres Personas de la Santísima Trinidad, como toda obra que mire a la creación o en ella actúe.

La acción de Dios en María en nada influye para modificar la totalidad exclusiva de su Maternidad con relación a su Hijo.

6. LA ACCIÓN DIVINA EN LA NATURALEZA HUMANA QUE MARÍA TRANSMITE A CRISTO

A más de esta acción de Dios en la Virgen María, que hizo posible su concepción virginal haciéndola fecunda, hay otra acción de Dios en la misma naturaleza humana de Cristo por la Virgen transmitida, que hace que la Persona del

Hijo que es esa naturaleza comienza a existir sea, no sólo Hijo de María, sino también Hijo de Dios (Lc.1,35), Hijo del Altísimo (Lc.1,32).

Pero tampoco esta acción divina modifica o cambia en nada la naturaleza humana de Cristo que de María recibe en exclusividad total.

Supuesta la acción divina en la Virgen, haciéndola fecunda, está ya capacitada para transmitir, por mero acto de su libre voluntad, su naturaleza. Naturaleza transmitida que no puede existir sin ser personal, sin ser ella misma un Yo, o pertenecer a un Yo, sujeto último de atribución y de existencia.

Pero esa persona que la Virgen es capaz de engendrar por su solo querer, sería persona humana igual que Ella. Tal sucedería en general si Dios hubiese creado a las mujeres con capacidad para engendrar virginalmente —cual lo ha hecho con algunos animales inferiores—: los hijos que tuvieran serían personas humanas no menos que sus padres.

Mas María había de engendrar una Persona divina. Para ello se requiere que la naturaleza humana que transmite pertenezca a una Persona divina como a ultimo sujeto

de atribución; que no haya en ella un Yo humano, sino un Yo divino; que sea naturaleza de Persona divina.

Esta disposición del Yo divino para hacerlo sujeto de una naturaleza creada supera toda capacidad de creatura, aunque ésta sea tan excelsa como la Virgen María.

Se requiere la acción de Dios, no en la Virgen, sino en la naturaleza humana que la Virgen transmite, afectándola en su misma transmisión, para referirla a la Persona del Verbo, ordenándola y de tal modo vinculándola a Él, que ya no sea suya, sino del Verbo.

Tal acción en nada modifica la naturaleza humana de Cristo —si la modificara, ya no sería naturaleza humana, como la fe exige—; sólo hace que, siendo la misma, no sea suya, sino del Verbo, del que es, y al que dice relación como a Yo último.
Pág. 34

De ahí que toda la naturaleza humana de Cristo sigue siendo obra y herencia exclusiva de María, siendo sólo obra de Dios su referencia al Verbo, el que es naturaleza humana sea naturaleza del Verbo.

La acción de Dios, que en el momento mismo de su transmisión, pone esa relación en la naturaleza humana transmitida por María, es común a las Tres Personas de la Santísima Trinidad, y por eso todas tres indisolublemente son causa de la Encarnación del Verbo.

Pero sólo la Segunda Persona se hace hombre, porque aunque las tres relacionan a Dios la naturaleza humana de Cristo, la relacionan a solo la Persona del Hijo, y no a las otras, de modo que sea naturaleza del Hijo, y no del Padre ni del Espíritu Santo.

Así, sin mutación alguna en la Persona del Hijo, por sola la relación a Él, concreada por la Trinidad Beatísima en la naturaleza humana, obra de María, empieza el Hijo a ser verdaderamente hombre, porque empieza a tener como propia suya una naturaleza humana que antes no tenía, que por primera vez se refiere a Él como Sujeto por voluntad y disposición divina, y que Él recibe enteramente transmitida por la Virgen María.

7. MARÍA ES MÁS PLENA, VERDADERA Y PROPIAMENTE MADRE DE DIOS DE LO QUE CUALQUIER MUJER ES MADRE DE SU HIJO

De aquí se deduce que María es más plena y verdaderamente Madre de Cristo, Madre del Verbo, de lo que pueda serlo madre terrena alguna con relación a su hijo; y que el Verbo recibe más de Ella, le debe más a Ella, de lo que ningún hijo recibe de su madre, o a su madre debe.

Las madres humanas transmiten al hijo su naturaleza humana, pero junto con el padre, y así la herencia recibida se debe a ambos, a la interferencia de sus influjos. Por eso el hijo no sale del todo semejante ni al padre ni a la madre.

María transmite al Hijo su naturaleza humana, y Éste se
Pág. 35

la debe toda entera y de modo exclusivo. Por eso hay entre la naturaleza humana de Cristo y la de la Virgen una semejanza y afinidad tal que en vano sería buscar ejemplos de ella en ninguna otra maternidad.

Si junto con la naturaleza humana que a Cristo tan íntegramente transmite no causa a la vez su ser personal, no se debe ello a la imperfección o deficiencia de su actividad materna generadora, sino a la acción divina que, obrando juntamente con Ella en el producto de esa actividad, que es la naturaleza transmitida, eleva el término de la actividad de María, hasta alcanzar un altura divina, incorporándolo a Dios, haciéndolo

naturaleza de Dios, aunque sea humana, de modo que la Virgen verdaderamente engendre, no una persona humana, sino una Persona divina.

El que la Virgen María no cause u origine la existencia de una nueva Persona, sino un nuevo modo de ser de esa Persona, no disminuye así en nada la eficacia de su Maternidad, antes bien la acrecienta hasta lo infinito, pues ello se debe, no a que Dios limite su acción materna, sino a que la perfecciona y eleva hasta un orden divino e infinito.

El único término de comparación para hacernos entender en algún modo la perfección de la Maternidad divina de María es la Paternidad del Padre Eterno. Un misterio se ilustra y aclara con el otro.

Como el Padre da de toda eternidad *su misma naturaleza* y ser divino al Hijo al engendrarlo, así María, al engendrarlo en el tiempo, le da su misma naturaleza y ser humano.

Y aunque esa naturaleza que le da no es del todo idéntica y la misma que la que Ella posee —cual sucede en la generación divina eterna—, es tal la semejanza total, que casi puede decirse llega a verdadera identidad, cual veremos al hablar expresamente de la virginidad de María: podría en cierto modo decirse que es como una sola naturaleza humana poseída por dos personas —la de Cristo y la de María—: en Cristo del Verbo, y por la unión con Él individualizada; en María de creatura.

Por eso, estrechamente asociados en todo y partícipes de la misma suerte, dan a Dios la misma gloria y la misma alabanza, aunque con matiz diferente, según vimos en LA AMADA.

8. AGRADECIMIENTO Y AMOR DEL VERBO ENCARNADO A SU MADRE

Y la Persona divina del Hijo no sólo le debe y le agradece cuanto integra su naturaleza humana con cuantas perfecciones la adornan, sino también el poder honrar a su Padre en esa naturaleza humana, «anonadándose a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil.2,8), así como el gozo de poder sentirse inferior a Él en esa naturaleza —«El Padre es mayor que yo» (Jn.14,28)—, cosas del todo imposibles sino en y mediante esa naturaleza de María recibida, ya que en su naturaleza divina, ni es inferior al Padre, ni a Él sometido por obediencia, sino una misma cosa con Él, de idéntica dignidad e idéntica gloria.

A Ella debe el poder satisfacer a su Padre por las ofensas de todos los hombres, volviendo a Él toda la creación en un acto de adoración digno de Dios. A Ella especialmente el reflejar la gloria del Padre en todos los hijos de Dios por Él redimidos.

Sólo quien conociese el amor del Verbo a su Padre podría conjeturar el agradecimiento que tiene a la Virgen María por haberle hecho posible dar toda esa gloria y adoración al Padre.

O todo el gozo que la Virgen María le ha procurado. Gozo eterno, pues de toda eternidad decide el Hijo hacerse hombre, y así de toda eternidad siente el gozo de honrar a su Padre en esa naturaleza que se ha de tomar.

Por eso vimos en LA AMADA que la Maternidad divina de María es en cierto modo eterna: y eterno el gozo que da al Verbo, que siempre y de toda eternidad se sintió y supo de verdad Hijo de María.

CAPÍTULO III

MADRE NUESTRA

«Dióle el Señor sabiduría y prudencia suma, prudencia grande y corazón dilatado como la arena que hay en el litoral del mar.»

(1 Rey.4,29)

La Maternidad divina de María implica en sí otra Maternidad universal que tiene por objeto a todos los hombres, como miembros que son de su Hijo Unigénito, ya actuales –si incorporados a la Iglesia—, ya potenciales, pues que a todos los redimió Cristo, y así a todos se ordena su redención y la vida por ella merecida, aunque no todos la participen todavía.

Esta Maternidad nos dará a conocer la ilimitada riqueza cognoscitiva y afectiva que Dios puso en María, y la íntima unión y amorosa compenetración con que la vinculó a Sí en todas sus obras.

1 LA FE DEL PUEBLO CRISTIANO

La Escritura, que nos dice explícitamente que María es Madre de Cristo, nunca parece afirmar expresamente —aun-

que sí de modo equivalente—, que sea también Madre de los demás hombres.

Mas el pueblo cristiano la ha reconocido siempre como Madre, y Madre la ha llamado, y como a Madre la ha invocado en todas sus necesidades. Ella «es llamada Madre de todos los hombres» (1).

Este sentir del pueblo cristiano no necesita pruebas, pues todos lo han podido observar en sí mismos y en sus vecinos.

Indiquemos, no obstante, su presencia en algunas de las oraciones más conocidas.

Está en primer lugar la Salve, que todos aprenden a rezar desde su más tierna infancia, y cuya composición se debe a San Pedro de Mezonzo, con ocasión de las invasiones normandas en Galicia: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra. Dios te salve.»

A la misma que invocamos como Reina, invocamos también como Madre: Madre de misericordia, es decir, Madre misericordiosa, cual conviene a hijos circundados de miserias en este valle de lágrimas. Y por ser Madre nuestra misericordiosa, por eso también es «vida, dulzura y esperanza nuestra».

En el Himno *Ave Maris Stella* le decimos: «Fúndanos en la paz, cambiando el nombre de Eva». ¿Qué otra cosa pedimos, sino que el nombre de nuestra madre natural Eva venga sustituido por el de nuestra Madre María?

Por eso, poco después le decimos: «Muestra que eres Madre»: no dudamos que lo es —eso lo da la fe del creyente por indiscutible—; sólo pedimos que nos muestre y haga experimentar el cariño y amor materno que nos tiene.

Por eso exclama alborozada el alma: «Cantad, pueblos todos redimidos, el que por la Virgen se nos ha dado la vida» (2). Por eso es nuestra Madre, porque como toda Madre nos ha dado la vida. Por eso con toda confianza podemos decirle: «Muestra que eres Madre».

Otra oración litúrgica también medieval, y de las más

(1) Suárez, *De Mysteriis vitae Christi*, disp.. 22,sect. 2, n. 4.
(2) Himno: *O gloriosa Virginum*

popularizadas –el *Stabat Mater*—, la invoca simultáneamente como Madre de Cristo y nuestra, uniendo estrechamente sus dos Maternidades: «Ea, Madre, fuente de todo amor, hazme sentir tu dolor, dame llorar contigo… Santa Madre, por favor, graba las llagas de tu Hijo en lo más profundo de mi corazón» «Oh Cristo, cuando mi tránsito llegue, dame la palma de victoria, por la Madre —tuya y mía—».

Las oraciones adoptadas por la Iglesia son pálido reflejo, simple eco amortiguado por la prudencia que la caracteriza, del intenso sentimiento filial con que la invocó siempre el pueblo fiel.

Este sentimiento de filiación mariana, vivo siempre en el pueblo, alcanza un grado tal de intensidad en la mayor parte de los santos, que deja atrás y como empalidecido el de su filiación de las madres terrenas. Basta para comprobarlo recorrer sus vidas.

Aquí sólo nos interesa advertir que ese mayor sentimiento por los santos experimentado no se debe a que María fuese más Madre de ellos que de los otros, sino a que ellos entendieron mejor que los demás la realidad de esa Maternidad universal, como igualmente penetraron mucho más profundamente el sentido y contenido de los otros dogmas.

Y así como lo que ellos sintieron del amor de Cristo Redentor es lo que deberíamos sentir todos, si como ellos nos aproximáramos a la verdad, así lo que ellos sintieron de la Maternidad de María deberíamos sentirlo todos, y aun quedaríamos bien cortos.

2. LA FE DEL PUEBLO DEMUESTRA SER VERDADERAMENTE REVELADO QUE MARÍA ES NUESTRA MADRE

Ese sentimiento filial tan arraigado y universal de los cristianos demuestra la realidad de la Maternidad universal de María. Y ello por dos razones.

Primera: Por la infalibilidad pasiva que asiste al pueblo

cristiano cuando coincide en admitir y creer una doctrina como revelada. Y tal es este caso, pues no podría saberse que María es nuestra Madre si Dios no lo hubiera revelado: es una verdad que sólo por revelación podía llegar a nuestra noticia.

Segunda: Porque si María se siente amada por los hombres con cariño de hijos —aunque con todas las deficiencias que el amor de hijos humanos pecadores comporta—, y en ese cariño ha mostrado muy particularmente agradarse, no puede menos de corresponder con su cariño de Madre, siendo menos generosa que nosotros.

Ni podría agradarle nuestro amor filial, si Ella no nos tuviera verdadero amor maternal; y amor maternal sin deficiencia alguna, pues nada de lo que hay en ella es deficiente.

Mas si nos tiene verdadero cariño y amor maternal, necesariamente desea ser nuestra Madre en realidad, no sólo afectivamente. Y si lo desea, tiene que serlo, pues ningún deseo niega Dios a su AMADA, antes todos se los cumple.

Así lo confirmó el mismo Jesús a la vidente de Fátima, Lucía (1): «Ten compasión del Corazón de tu santísima Madre…», y la Virgen: «Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas».

Mas al hallar el pueblo la feliz fórmula de «Madre nuestra» y «Madre mía», se limitó a hacer cuajar en expresión feliz y completísima la doctrina enseñada por los Padres, y aun por la misma Escritura.

Como en la fórmula de «Madre de Dios», que sintetizó, encuentra el pueblo toda la excelencia de María y todos los misterios escondidos en el Verbo encarnado, Hijo suyo, así en la fórmula «Madre nuestra» logró sintetizar cuanto sabe recibe de la Virgen María, cuanto de Ella acertadamente espera, cuanto Ella le pide de cariño y docilidad a su acción.

En ese amor filial a Ella, fácilmente asequible, aprende, casi sin quererlo, no sólo cómo tratar a Jesús, imitándola a Ella, sino cómo amar e intimar con el Padre celestial,

(1) 10 de noviembre de 1925

transfiriendo a Él el amor y confianza que tan fácilmente siente respecto a la Virgen María.

Es así María para nosotros, también como «Madre nuestra», «puerta del cielo» (1), que nos introduce a la posesión y gozo divino en el seno del Padre.

3. LA MATERNIDAD UNIVESAL DE MARÍA ENSEÑADA POR LOS SANTOS PADRES

La enseñanza de los Padres está claramente expresada en el paralelismo que establecen entre Eva y María. Paralelismo corriente en ellos ya a partir del siglo II, según nos advierte Pío XII en su Definición de la Asunción (2).

Con ocasión de ese paralelismo, nos afirman que María regenera a la vida a cuantos incurrieron en la muerte por el pecado de Adán; que Ella engendra a los hombres en Dios; que Ella es Madre de todos los vivientes; que por Ella nos vino la vida, etc.

Mas si ella nos engendra, si por Ella nos viene la vida, si Ella nos da la vida que Eva nos hubiera por generación comunicado de no haber pecado, si Ella es la Madre de todos los vivientes, es evidente que Ella es «Nuestra Madre», y así lo vio en seguida el pueblo fiel, cuya formulación irán gradualmente los mismos Padres adoptando.

Basten algunos textos para corroborar esta enseñanza de los Padres, que el fiel podrá meditar y gustar.

San Ireneo: «Así como Eva, desobedeciendo, fue causa de muerte para sí y para todo el género humano… así la Virgen María, obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí y para todo el género humano… Así el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María. Pues lo que la Virgen Eva ató por su incredulidad, lo desató la Virgen María por su fe» (3). «Si Eva fue inducida por el demonio a desobedecer a Dios, María fue inducida por el Ángel a obedecer a

(1) Letanías
(2) Denz. 3031
(3) *Adversus haereses*, lib. III cap.22

Dios, para que la Virgen María fuese la abogada de la virgen Eva. De modo que habiendo sido sujeto a muerte el género humano por una virgen, se salve por la Virgen» (1).

Para San Ireneo, al engendrar la Virgen María a Cristo regenera a la vida la misma Humanidad: engendrando al nuevo Adán, regeneró a la vida a todos aquellos que hallarán en Cristo la vida que perdieron en Adán. Por eso dice: «Porque el Verbo se hará carne, y el Hijo de Dios Hijo del hombre, purísimo abriendo con toda pureza la matriz que regenera a los hombres en Dios, a la que Él mismo hizo pura» (2). Idea que siglos más tarde recogerá, y aun expresará con más claridad San Bernardo, cuando dice: «La Virgen, por su consentimiento en la Encarnación, entrañablemente pidió y obtuvo la salvación de

todos los elegidos; y desde entonces los llevó a todos en sus entrañas como verdaderísima Madre a sus hijos» (3).

No olvidemos que San Ireneo, que escribía en el siglo II, es heredero de la tradición de San Juan, el Apóstol que indudablemente conoció mejor a la Bienaventurada Virgen, cuya custodia le fue confiada.

San Efrén, principal representante de la Iglesia siríaca:

«Dos vírgenes fueron dadas al género humano: la una fue causa de vida; la otra de muerte. Por Eva nació la muerte; la vida por María» (4).— « Eva se hizo rea de pecado, y a María se reservó el pagarlo, para que la Hija saldase las deudas de la madre y rompiese el decreto que había transmitido los gemidos de su dolor a todas las generaciones» (5).

Por lo demás, San Efrén de tal modo asocia a María a toda la obra de su Hijo, que no duda en atribuirle simplemente a Ella cuanto su Hijo nos dio: «María tejió un vestido de gloria con que vistió al primer padre. El cual, cubierto de vergüenza entre los árboles del paraíso, había sido desnudado, despojado de la hermosura de la virtud. La Hija le-

(1) Ib, Libr. V, cap.19
(2) *Ib* Lib. IV, cap. 33
(3) San Bernardo, *Opera Omnia*, tomo III, sermo VI, art. 2, cap. II
(4) San Efrén, Himno 1,12.13
(5) Himno 18,26

vantó al que la esposa había postrado, y gracias a su apoyo resurgió como un héroe. Eva y la serpiente excavaron la tumba en que sepultaron a Adán; mas María y su Hijo, abajándose, le sacaron del abismo por este oculto misterio que vivifico al Adán desenterrado» (1)

San Cirilo de Jerusalén: «Por la virgen Eva se introdujo la muerte. Convenía que también por una Virgen, o mejor, de la Virgen, nos manase la vida» (2).

San Epifanio: «Eva fue llamada Madre de los vivientes, cuando ya había oído «tierra eres y a la tierra volverás…» Mas en realidad la vida ha sido introducida en el mundo por María, de modo que María dé a luz al que vive, y sea de verdad Madre de todos los vivientes. Por lo cual, la Madre de los vivientes, al cumplirse la figura, se llama María… Eva trajo al género humano la causa de la muerte en el orbe de la tierra; María nos proporcionó la causa de la vida, por la cual la vida nos ha sido comunicada» (3).

San Jerónimo: «Un hombre fue derribado por la mujer y ahora por la Mujer se salvó el mundo. Te viene al recuerdo Eva, mas considera a María: aquella nos echó del paraíso; ésta nos vuelve al cielo» (4). «Después que la Virgen concibió en su seno y nos parió un Niño… fue deshecha la maldición de Eva. La muerte por Eva; la vida por María» (5).

San Agustín: «Por cuanto por el sexo femenino cayó el hombre, por el sexo femenino fue reparado el hombre… Por una mujer la muerte; por una Mujer la vida" (6). «María, haciendo la voluntad de Dios, es corporalmente Madre de Cristo, espiritualmente hermana y Madre. Única Mujer que es Madre y Virgen, no sólo en el cuerpo, mas también en el espíritu. Mas Madre en espíritu no de nuestra cabeza, que es el Salvador, de quien Ella más bien espiritualmente nació —pues cuantos creen, y entre ellos María, se llaman con verdad hijos del Esposo, sino Madre ciertamente de sus miembros, que somos nosotros, por cuanto coope-

(1) San Efrén, *De Carne Christi*, cap 17
(2) *Cathech*., 12,15
(3) *Adversus Haereses*, 78
(4) *In Psal*.96
(5) *Epístola* 22,21

(6) *Sermo* 232
Pág. 44

ró por su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza; mas corporalmente o en el cuerpo es Madre de la misma Cabeza» (1).

San Germán, patriarca de Constantinopla: «Nadie, si no es por Ti, oh Santísima, consigue la salvación. Nadie, si no es por Ti, oh Inmaculada, se libra de los males. Nadie, si no es por Ti, oh Purísima, recibe don alguno. Nadie, si no es por Ti, oh Gloriosísima, obtiene el don de la gracia de la misericordia… Nadie como Tú, en unión de tu Hijo Unigénito cuida del género humano» (2).

San Pedro Damiano: "Por una mujer se vertió la maldición sobre la tierra; por una Mujer vuelve la bendición a la tierra. Si por mano de una se nos da bebida de amarga muerte, también por mano de otra se nos da la copa de la dulce vida" (3).

San Bernardo: "De modo singular es (Jesús) fruto de tu vientre; pero a todas las mentes llega por tu medio" (4). "Dios quiso que nada tuviéramos que no pasase por las manos de María" (5).

"Ella es nuestra Mediadora; por Ella, oh Dios, recibimos tu misericordia; por Ella recibimos al Señor Jesús en nuestras casas" (6). "La Iglesia, cual luna postrada a tus pies, te suplica, Madre de misericordia, constituida mediadora ante el Sol de justicia, para en tu luz ver la luz, y por ti merecer la gracia de contemplar al Sol" (7). "Dios puso en María la plenitud o totalidad de todo bien, de modo que si algo de esperanza hay en nosotros, si algo de gracia, si algo de salvación, sepamos que nos redunda de Aquella que asciende rebosando de delicias… Veneremos, pues, a esta María, con todo nuestro corazón, con todos nuestros afectos y deseos, porque tal es la voluntad de Aquel que quiso lo tuviéramos todo por María (8).

(1) *De Sancta Virginitate*, n 5
(2) *Oratio in Sanctae Mariae Zonam*
(3) *Sermo* 46
(4) *In Annuntiatione B.M. Virginis*, sermo 3,8
(5) *In Vigilia Nativitatis Domini*, sermo 3,10
(6) *In Assumptione B.V. Mariae*, sermo 1,1
(7) *Sermo in Dominica infraoct. Assumptionis B. M. Virginis*, 15
(8) *In Nativitate B. V. Mariae, sermo de Aquaductu*, n 6
Pág. 45

"La Virgen por su consentimiento en la Encarnación, entrañablemente pidió y obtuvo la salvación de todos los elegidos y desde entonces *los llevó a todos en sus entrañas* como verdaderísima Madre a sus hijos (1). Idea que, como luego veremos, será hermosamente desarrollada por San Buenaventura.

Ricardo de San Lorenzo: «Lo que al mundo trajo el Hijo con su pasión, eso mismo dio con Él al mundo la Madre con su conversación, reconciliando con su compasión a los reos y pecadores, adquirida la redención de todo el mundo por su mismo parto. Y poniendo el Hijo su vida por la salvación del mundo, la Madre, aunque no puso la vida por el mundo, la expuso y en cuanto pudo la ofreció y dio. Y esto es lo que se había prefigurado en Génesis 2,15, donde se dijo del nuevo Adán Cristo por lo que mira al orden de la redención del mundo: No es bueno que el Hombre esté solo; hagámosle una Ayuda semejante a Él» (2).

San Alberto Magno: "Ella, como Madre de misericordia, estuvo presente en la pasión, tomando parte en la obra máxima de misericordia del Padre de las misericordias, y soportó el dolor de la pasión, pues una espada atravesó su misma alma, y así, socia y

partícipe de la pasión, fue hecha ayudadora de la redención y Madre de regeneración. Y por eso allí, por la fecundidad espiritual por la que fue hecha Madre espiritual de todo el género humano, con razón se la llamó Mujer, pues con parto doloroso nos llamó y reengendró a todos nosotros a la vida eterna en el Hijo y por el Hijo. Mas no debió ser llamada con el nombre de Eva, puesto que en todo le fue contraria, tanto en la realidad como en el efecto. Pues aquella condenó, Ésta salvó. Por lo que Ella cambió el nombre de Eva, no en el nombre, sino en la substancia y realidad. Pues aquella generó a todos para el mundo, Ésta para los cielos; aquella es madre carnal, Esta Madre de misericordia; aquella es principio de mortalidad, Ésta principio de regeneración; aquella perdió la gracia, Ésta la encontró;

(1) *Opera Omnia*, t III, art 2 cap. II
(2) *De Laudibus B. Mariae Virginis*, Lib III, cap. 12, n. 5

aquella pasó, y nos hizo pasar a todos de gracia a culpa, Ésta surgió y nos hizo surgir consigo de la culpa a la gracia (1).

«(María) por su consentimiento espontáneo en la pasión de su Hijo, lo ofreció por todos nosotros; y por esa víctima suficientísima y gratísima, una sola vez ofrecida, reconcilió a Dios con todo el género humano» (2). «Ella fue la única a quien se dio este privilegio, a saber, la comunicación de la pasión a la cual quiso el Hijo comunicar el mérito de la pasión, para poder darle el premio; y a la que quiso hacer partícipe del dolor o pena de la pasión, para hacerla también partícipe del beneficio de la redención. De modo que así como fue Ayudadora de la redención por la compasión, así fuera hecha Madre de todos por la redención. Y así como todo el mundo está obligado a Dios por su pasión, así también a la Señora de todos por compasión» (3). «De esta fuente de plena plenitud (de María) fluye toda plenitud del género humano. Pues de Ésta nos viene el precio de la redención, el agua de la ablución (=bautismo), el pan de refección (= Eucaristía), la medicina de la curación, las armas de victoria, el premio de la remuneración» (4).

San Buenaventura: "De esta Mujer Virgen bendita es el precio por el que podemos comprar el reino de los cielos. Es de Ella, porque de Ella tomado, por Ella pagado, y por Ella poseído. De Ella tomado en la encarnación del Verbo; por Ella pagado para redención del género humano; y por Ella poseído en la asecución de la gloria del paraíso. Ella produjo, pagó y poseyó ese precio: a Ella, pues, pertenece, como a quien lo origina, como a quien lo paga, y como a quien lo posee… Pagó la Bienaventurada Virgen ese precio como Mujer fuerte y piadosa con piedad de misericordia hacia el mundo, y especialmente hacia el pueblo cristiano. Dice Isaías: ¿Podrá una mujer olvidar a su pequeñuelo, o no compadecerse del fruto de su vientre? Pues si ella se olvidare, Yo no te olvidaré. Esto se dice de Cristo. Y puede enten-

(1) *Mariale*, 30
(2) *Mariale*, 51
(3) *Mariale*, 61
(4) *Mariale*, 164

derse aquí que todo el pueblo cristiano se ha originado del seno de la gloriosa Virgen… Y como Eva es madre de Abel y de todos nosotros, así el pueblo cristiano tiene por Madre a la Virgen. ¡Oh, cuán piadosa Madre tenemos!» (1).

4. SINTESIS O RESUMEN DE LA ENSEÑANZA DE PADRES Y DOCTORES

Para no perdernos en la muestra de textos aducidos, destaquemos algunos de los elementos en ellos contenidos:

1) María, como nueva Eva, *regenera* a los hombres en Dios, o como hijos de Dios, siendo así Madre de los vivientes (2).

2) Está indisolublemente asociada a toda la obra de Cristo (3); asociada como Ayuda dada al nuevo Adán Cristo en el misterio de la redención, como Eva fue asociada al viejo Adán como compañera y como ayuda en la generación natural de la humanidad (4).

3) Como de Eva nos viene la muerte, así de María la vida (5). Y no sólo la vida, sino que todo bien y todo don divino nos viene por María, pasa por sus manos, nos deriva fluyendo de la plenitud y totalidad que a Ella la llena (así la mayoría de los citados).

4) Es Madre espiritual de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo (6), que ha sido hecha Madre de todos por su asociación a Cristo en la redención, y nos da a luz por el parto doloroso junto a la cruz (7); pero nos engendró al engendrar a su Jesús (8) y desde ese momento llevó ya en su seno a todos los elegidos como verdaderísima Madre (9): todo el pueblo cristiano salió del vientre de la Virgen María (10).

5) Tal y tan propiamente como Eva es madre de Abel y

(1) *De Donis Spiritus Sancti*, collatio 6: De dono fortitudinis, collatio segunda
(2) S. Ireneo, S. Epifanio
(3) San Efrén
(4) Ricardo de San Lorenzo, San Alberto
(5) San Epifanio, San Jerónimo, etc.
(6) San Agustín
(7) San Alberto
(8) San Ireneo
(9) San Bernardo
(10) San Buenaventura

de todos nosotros, así es María Madre del pueblo cristiano: ¡Cuán buena Madre tenemos! (1).

Baste este resumen para ver cuán excelente y verdaderamente es María Madre nuestra, comunicándonos por verdadera generación espiritual una naturaleza semejante a la suya, es decir, elevada por la gracia, naturaleza de hijos de Dios.

Al llamarla Madre, el pueblo cristiano no hizo más que formular con brevedad suma toda la enseñanza que de sus pastores recibía. Y esa formulación fue poco a poco incorporada por los mismos que le enseñaban, primero tímidamente, luego cada vez de modo más y más explícito.

Y en efecto, la riquísima enseñanza de los Padres y Doctores está toda ella condensada en esa frase feliz: Madre nuestra.

Como toda la excelencia de la Virgen en sí está condensada en su ser Madre de Dios, así toda su relación con nosotros, y nuestra con Ella, se resume en su ser Madre nuestra, y de esa Maternidad virginal se deduce.

5. LA MATERNIDAD UNIVERSAL DE MARÍA EN LA ESCRITURA SAGRADA

La Maternidad universal de María no aparece explícitamente contenida en la Sagrada Escritura; pero es tan fácil deducirla de ella que con razón puede considerársela como en ella implícitamente revelada, tanto o más que los dogmas ya definidos de la

Inmaculada y de la Asunción; por lo cual no es menos que ellos objeto posible de una definición solemne que la convierta en dogma de fe católica.

Indicaremos brevemente algunas de las principales vías por las que puede y suele hacerse esa deducción.

1) María es verdadera Madre de Cristo. Mas Cristo, Verbo encarnado, según el plan divino no sólo tiene un cuerpo físico, sino también un Cuerpo Místico, según reiteradamente nos enseña San Pablo (2), quien

(1) San Buenaventura
(2) Rom.12,5; 1 Cor.12,27, etc

por cierto no lo llama Cuerpo *místico*, sino simplemente Cuerpo de Cristo, acentuando su realidad.

Al tomar Cristo como suya una naturaleza humana singular o individual, la tomó para asumir a Sí por medio de ella a toda la naturaleza humana, con el deseo de incorporar a Sí mismo, como verdaderos miembros suyos, a todos los hombres, de los que Él queda constituido como Cabeza, y a quienes como miembros suyos diviniza, haciéndolos partícipes de su filiación divina (Jn.1,12), haciéndoles vivir de su misma vida (Jn.6,58).

La Virgen María es Madre del Cristo total, no sólo de la Cabeza. Por consiguiente, es también Madre nuestra, por el hecho mismo de ser Madre de Jesús.

Así lo vieron los Santos Padres, cuando afirman que María, por el hecho de engendrar a Jesús, engendró a la vez la naturaleza humana (1), desde ese momento llevó en su seno a todos los elegidos (2), de modo que todo el pueblo cristiano salió del vientre de la Virgen María (3).

Si toda su actividad divina la recibe Cristo del Padre, toda su actividad humana la debe a María, al recibir de Ella su mismo ser humano, raíz de ella. Por eso, la incorporación a Cristo de todos sus miembros, aunque obrada por Cristo, es también obra de María. Es Ella, nos decía San Bernardo, quien pone a Jesús, vida del alma, en nuestras casas, es decir, en nuestros corazones. Es Ella, como repiten insistentemente los Padres, quien nos da la vida, quien reengendra hijos de Dios.

Su función generadora no se extiende, pues, sólo al Cuerpo físico de Cristo, verdadera carne de su carne, sino también a cuantos se incorporan a Cristo como miembros, haciéndolos hijos de Dios y miembros verdaderos de su Unigénito.

2) Esa Maternidad universal se declara en la Cruz: "Mujer, he ahí a tu hijo" (Jn.19,26). "He ahí a tu Madre" (Jn.19,27).

(1) San Ireneo
(2) San Bernardo
(3) San Buenaventura

Jesús no hace ahora a María Madre de Juan, ni a Juan hijo de María: simplemente declara lo que ya era y existía como realidad precedente.

Por eso no dice: "Ahora empieza a ser tu hijo… ahora empieza a ser tu Madre". O bien: "Desde ahora es tu hijo; desde ahora es tu Madre." Sino: "Ése es tu hijo;… ésa es tu Madre."

Se declara la realidad de lo que ya es cuando Jesús lo promulga. Su declaración no hace más que descubrirnos una maternidad y filiación ya existentes, como el parto y el

nacimiento declaran y hacen manifiesta la maternidad y la filiación ocultas, pero existentes y reales desde el momento de la concepción o generación.

Mas si Juan ya era hijo de María, y María su Madre, antes de estas palabras de Jesús en la Cruz, es evidente, cual siempre lo sintió la Iglesia (1), que tal Maternidad y filiación no era una relación exclusiva de ellos dos, sino sólo un caso particular –que particularmente se recuerda para que Juan particularmente cuide de la Virgen mientras viva en la tierra— de una realidad universal, que hace a María verdaderamente Madre de todos los discípulos de Cristo —cada uno de ellos con toda verdad, «discípulo amado»—.

Aunque, cual sucede en la misma maternidad natural, si una madre tiene muchos hijos no es recibida, mientras vive, en casa de todos y cada uno de sus hijos, sino en la de uno solo, con el que ordinariamente convive, y que ordinariamente cuida de ella.

Por eso los Padres que, según vimos, ven a María engendrándonos hijos de Dios e hijos de Ella simultáneamente a la generación o concepción de su Hijo Jesús, contemplan en la Cruz la manifestación externa de esa generación que la hace Madre nuestra: el parto doloroso, dolorosísimo, con que nos da a luz tras habernos engendrado (2).

Siendo en la Cruz donde Jesús nos merece nuestra filia-

(1) León XIII
(2) Véanse los textos de San Alberto Magno, Ricardo de San Lorenzo, San Buenaventura, etcétera

ción divina y la incorporación a Él como miembros —la Iglesia que brota de su costado abierto—, también es en la Cruz donde María, por su compasión con Jesús, merece el ser nuestra Madre, como mereció allí ser Inmaculada.

Mas igual que su Inmaculada Concepción precedió en el tiempo al momento en que Jesús la mereció para Ella con su pasión, y María la conmereció con su compasión, así su Maternidad universal precede en el tiempo a este momento en que la mereció, concibiéndonos a todos simultáneamente con su Hijo Jesús, tras la anunciación del Ángel.

3) Esa Maternidad universal está también claramente anunciada en el Paraíso.

De modo implícito, en cuanto Adán sólo engendrará con el concurso de Eva, y así el nuevo Adán Jesús sólo nos hará hijos de Dios con el concurso de María, la nueva Eva, que le ha sido dada por el Padre como Ayudadora en esta obra de santificación y redención.

De modo explícito en el Protoevangelio: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la de Ella: Ella quebrantará tu cabeza, y tú herirás su calcañar» (Gn. 3,15).

La Humanidad se divide aquí en dos bandos. Uno, la simiente del demonio, constituida por quienes empecinadamente se negarán a creer en Cristo y a aceptar su redención (1).

Otro, la simiente de la Mujer, que son, además de su Hijo Unigénito Jesús —por quien se obtiene la victoria—, todos cuantos, por creer en Jesús y aceptar su redención, se incorporan a Él, pasando así a ser simiente de la Mujer e hijos de Dios (2).

Mas si cuantos creen en Cristo y se incorporan a Él pasan a ser simiente de la Mujer e hijos de Dios, dejando de ser simiente de la Serpiente, es evidente que esa Mujer es Madre de su simiente; como es Madre de Jesús, su simiente primaria, por incorporación a la cual pasamos todos los demás a ser simiente e hijos de María.

(1) Cf. Jn.8,44; Mt.13,38-39; Hech.13,10; 1 Jn.3,8-10
(2) Mt.13,38; 1 Jn.3,10; Ap.12,17

La serpiente diabólica conocía perfectamente quién era esa Mujer, por haberla contemplado a raíz de su creación, siendo su odio envidioso a Ella lo que le llevó a condenarse (1). Sabía bien que era la Virgen María, la Madre del Mesías, la Madre de Aquel que «había de gobernar a las naciones con vara de hierro» (Ap.12,5; Salm.2,9).

Que no sólo Cristo sea simiente suya, sino cuantos en Él creen y por amor cumplen la voluntad de Dios, nos lo dice luego el mismo San Juan: viendo el dragón que nada podía contra la Mujer: "se airó contra Ella, y fue a hacer guerra con los demás de su simiente, que guardan los mandatos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo" (Ap.12,17).

Si cuantos creen en Cristo y cumplen la voluntad de Dios son simiente de María, ciertamente son hijos suyos. Ni les haría el demonio la guerra por odio a la Mujer si no los considerara hijos de Ella, pudiéndola por eso atormentar con el dolor o incluso daño que a sus hijos pueda inferir.

Como Cristo es su Simiente y su Hijo, así cuantos en Cristo creen y a Él se incorporan, en Cristo y por Cristo, pasan a ser simiente suya e hijos suyos.

Es, pues, real nuestra filiación de la Virgen María. Tan real como la de Cristo, aunque de la de Cristo derivada, participada de la de Cristo, que a nosotros se extiende.

6. ORDEN CON QUE SE NOS DESVELA EL MISTERIO DE MARÍA

El orden del descubrimiento de María suele ser el siguiente:

Insinuada su excelencia, perfecciones y actividad en la Sagrada Escritura —muchas veces veladamente—, los Padres y Doctores se extasían contemplando y exponiendo su grandeza al explicar los textos escriturarios.

El pueblo simplifica muy pronto esa enseñanza, condensándola en fórmulas sumamente ricas, y, por breves y sencillas, accesibles a su piedad, para la que se convierten en fuente inagotable y siempre nueva.

(1) Ap.12

Estas formulaciones son a su vez gradualmente recogidas por Padres y Doctores, como síntesis que maravillosamente describen a María; y, por su influjo, pasan a la Liturgia.

El Magisterio oficial de la Iglesia sólo mucho más tarde acaba pronunciándose al respecto. Aunque, al no oponerse ni a la piedad del pueblo ni a los dichos de los Doctores, y al ir incorporando a la Liturgia sus expresiones y fórmulas, muestre su aprobación.

En el descubrimiento de la Virgen María toma así una parte muy importante y destacada el cariño filial de sus hijos, el pueblo cristiano, según acertadamente notara Santo Tomás de Villanueva, desempeñando en esto un papel mucho más relevante que en la explicación de los demás dogmas cristianos, en los que es más bien mero sujeto pasivo.

Tal sucedió con la Inmaculada Concepción, definida por la Iglesia muchos siglos después de que el pueblo la creyera, los Doctores la enseñaran, y la Liturgia solemnemente la celebrara. Tal con la Asunción en cuerpo y alma a los cielos, cuya fiesta era ya universal en el siglo VII, cuya creencia era profesada por todo el pueblo cristiano en el cuarto misterio glorioso del Rosario, mas cuya definición se hizo esperar hasta Pío XII. Si la Maternidad divina se definió prontamente, fue más bien de modo indirecto, en cuanto era necesaria para precisar la Persona de Cristo.

Con la Maternidad universal de María ha sucedido algo similar.

Vimos cómo veladamente se insinúa en la Escritura. Cómo las Padres y Doctores declaran su contenido y se maravillan de él, al exponer la Escritura y predicarla al pueblo. Cómo el pueblo la sintetiza prontamente en la fórmula "Madre nuestra", que es a su vez gradualmente asumida por Padres y Doctores como acertada síntesis de la doctrina por ellos enseñada. Cómo luego pasa a las oraciones litúrgicas medievales —especialmente la Salve y el Himno *Ave Maris Stella*—. Cómo, en fin, los Santos y el pueblo fiel la invocan

cada vez más como Madre suya, la tratan y la aman como a Madre, y confían en Ella como en Madre.

Mas el Magisterio oficial eclesiástico sólo muy tardíamente ha empezado a explicitarse, especialmente a partir de la definición de la Inmaculada Concepción por Pío IX en 1854.

Desde entonces de tal modo se han ido multiplicando las declaraciones de los Papas, secundando la antigua creencia del pueblo fiel, que hoy no puede ya dudarse de que el Magisterio Oficial eclesiástico considera esa creencia como pertinente al depósito de la fe revelada.

7. LA MATERNIDAD UNIVERSAL DE MARÍA EN EL MAGISTERIO ECLESIÁSTICO

La afirmación de la Maternidad universal de María aparece ya insinuada en la Bula de definición de la Inmaculada, dada por Pío IX en 1854: «Profesaron (los Santos Padres) que la gloriosísima Virgen María fue reparadora de los primeros padres, *vivificadora* de sus descendientes, elegida desde la eternidad, y por el Altísimo preparada para sí.»

El concepto de Madre aparece aquí ya en su sentido propio, como dadora, autora o transmisora de la vida con relación a todos los descendientes de Adán, de los que se la llama «vivificadora».

De ahí que el sucesor de Pío IX, León XIII, en la Encíclica *Adiutricem populi* (5 septiembre 1895), no sólo la declara Madre sin restricción alguna, y por lo mismo en sentido propio, sino que insiste en que también Ella se ha portado siempre como Madre, y aprueba el que los fieles recurran a Ella como hijos: «El misterio de la eximia caridad de Cristo para con nosotros se deduce con evidencia del hecho de que al morir quiso dejar como Madre, en testamento memorable, al discípulo Juan su propia Madre: " He aquí a tu Hijo. Mas en Juan, *según siempre sintió la Iglesia*, designó Cristo a la persona del género humano, principalmente la de aquellos que adherirían a Él por la fe. De ahí que diga San An-

selmo de Canterbury: ¿Qué cosa puede tenerse por más honrosa que el que tú, oh Virgen, seas Madre de quienes Cristo se digna ser padre y hermano? Así, pues, magnánimamente tomó Ella sobre sí las tareas de este singular y laborioso oficio… mostrándose con toda verdad Madre de la Iglesia, y maestra y reina de los apóstoles… Mas apenas puede decirse cuánta amplitud y poderío advino a todo esto cuando al lado de su Hijo fue elevada a la cumbre de la gloria celeste que a su dignidad convenía y a la excelsitud de sus méritos.

Pues desde allí, por divina disposición, de tal modo comenzó a velar por la Iglesia, de tal modo a asistirnos y favorecernos (como) Madre, que, habiéndosele entregado casi inmensa potestad, fuera para todo tiempo administradora de la gracia que había de derivar del sacramento o misterio de la humana redención, en cuya ejecución fuera Ella instrumento y coadyuvadora. De ahí que rectamente las almas cristianas, se dirigen a María como llevadas por un impulso connatural, confiadas le narran y cuentan sus planes y trabajos, sus angustias y gozos, y como hijos encomiendan a su cuidado y bondad sus personas y cosas.»

Sin ambages se afirma que María es Madre de todo el género humano, es decir, de todos los hombres; aunque esa Maternidad se manifieste principalmente en cuantos creen en Cristo, porque, naturalmente, la acción de la Madre se recibe más en quienes viven en la familia que en los hijos que de ella se ausentaron, o viven lejos de ella. El hijo pródigo, no por pródigo deja de ser hijo; pero sí de recibir no pocas de las atenciones de su padre, por no prestarse a dejarse amar por él.

Y no es función de Madre honorífica, sino real, con todas sus consecuencias, que María cumple cual ninguna, recibiendo para ello una amplitud de corazón y de poder imposible de expresar; por eso los cristianos obran bien al recurrir a Ella como a Madre, confiándole todas sus cosas como hijos.

Tanto más que, como el mismo Papa dice, nada se nos da sí no es por María: «Verdadera y propiamente debe afir-

marse que nada en absoluto del inmenso tesoro de gracia que nos trajo el Señor… nada se nos da a nosotros, si no es por María, queriéndolo así el mismo Dios; de modo que así como nadie puede ir al Padre si no es por el Hijo, así de modo análogo nadie puede ir a Cristo si no es por la Madre» (1).

Simultáneamente nos indica León XIII cómo la Maternidad universal de María nos lleva a Cristo, al descubrirnos los infinitos tesoros de su amor hacia nosotros que alberga su Corazón divino, manifiesto al darnos por Madre a su misma Madre: de esa donación «se deduce con evidencia el misterio de la eximia caridad de Cristo para con nosotros» (2).

Pío X (3), vuelve a inculcarnos la realidad de esa Maternidad, aunque ciñéndola a los que creen en Cristo, quienes, siendo su Cuerpo místico «fueron llevados en el seno de María igual que su Cabeza, y de su seno salieron», de modo que «nosotros nos llamamos hijos de María, y Ella es Madre de todos nosotros».

Y por cierto Madre tal que «es dispensadora de todos los dones que Jesús nos adquirió con su muerte y sangre» (4).

Pío XI, en la Carta apostólica *Explorata res est* (5), insiste en cambio en su Maternidad universal: “Constituida Madre de los hombres… los abrazó como a hijos, y con amor inmenso los protege”, y por eso nadie a quien Ella asista se pierde eternamente.

Como Madre de todos la invoca al terminar el año jubilar (6). Y «Madre nuestra» la afirma en la oración de la fiesta de María Mediadora (7).

Del cuidado y ternura con que María desempeña su oficio de Madre nuestra, nos habla hermosamente el mismo Papa: «La misma Virgen María, por el mismo hecho de haber dado a luz al Redentor, es en cierto modo benignísima Madre de todos nosotros, a quienes Jesucristo quiso tener como hermanos. Pues, según dice nuestro predecesor León XIII, Dios

(1) León XIII, Enc. *Octobri mense*, 22 sept.1891, Denz. 1940a

(2) *Adiutricem populi*

(3) Enc. *Ad diem illum*, 2 febrero 1904

(4) Denz. 1978ª

(5) 2 febrero 1923

(6) 28 abril 1935

(7) 31 de mayo

nos la dio por tal… y le infundió sentimientos maternales que no respiran más que amor y perdón… y como tal nos la predicó en la Cruz, cuando en la persona de Juan le encomendó la totalidad del género humano; y como tal se consideró Ella misma, que abrazando de todo corazón la herencia de inmenso trabajo dejada por su Hijo al morir, inmediatamente comenzó a desempeñar con todos los oficios maternales» (1).

En Pío XII, la Maternidad espiritual de María es como una obsesión. Maternidad que se inicia en la encarnación, y se consuma en la pasión.

Se inicia en la encarnación del Verbo, porque lo concibe ya como Cabeza del Cuerpo Místico, con conocimiento singular de todos sus miembros y amor inefable a ellos: conocimiento y amor de que la Virgen, como asociada a Él en todo, participa:

«Y desde la Cruz nuestro Salvador, aunque constituido *ya desde el seno de la Virgen* Cabeza de toda la familia humana, ejerce plenamente sobre ella sus funciones de Cabeza» (2). «Cristo, en virtud de aquella visión beatífica de que disfrutó, apenas recibido en el seno de la Madre divina, tiene siempre y continuamente presentes a todos los miembros del Cuerpo místico y los abraza con su amor salvífico… En el pesebre, en la cruz, en la gloria eterna del Padre, Cristo ve ante sus ojos, y tiene unidos a sí todos los miembros de la Iglesia con mucha más claridad y mucho más amor que una madre conoce y ama al hijo que lleva en su regazo, que cualquiera se conoce y ama a sí mismo» (3).

«Ella que dio su consentimiento en representación de toda la naturaleza humana a la realización de un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana. Ella fue la que dio a luz, con admirable parto, a Jesucristo Nuestro Señor, *adornado ya en su seno virginal* con la dignidad de Cabeza de la Iglesia, como que era la fuente de toda vida sobrenatural» (4).

(1) Pío XI, Enc. *Lux veritatis*, 25 diciembre 1931 Denz.2271

(2) *Mystici Corporis*, n 14; 29 junio 1943

(3) *Mystici Corporis*, n. 30; Denz. 2289

(4) *Ib*., n. 44

Maternidad que es un don preciosísimo del Corazón de Jesús: «Don así mismo muy preciosísimo del mismo Sacratísimo Corazón es, como indicábamos, la Santísima Virgen, Madre excelsa de Dios y Madre amantísima de todos nosotros. Era justo que el género humano tuviera por Madre espiritual a la que fue Madre natural de nuestro Redentor, asociada a Él en la obra de regeneración de los hijos de Eva a la vida de la gracia» (1).

Maternidad que, aunque iniciada en la encarnación, se consuma al pie de la Cruz: «Ella… unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva al eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la que era Madre corporal de nuestra Cabeza, fuera, por un *nuevo* título de dolor y de gloria, Madre espiritual de todos sus miembros» (2).

"Ella, soportando con ánimo fuerte y confiado sus inmensos dolores, más que todos los fieles, verdadera Reina de los mártires, "cumplió lo que falta a la pasión de Cristo… por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col.1,24), y se dedicó al Cuerpo Místico de Cristo, nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador, con el mismo cuidado materno e incansable amor, con que en la cuna mimó y alimentó al niñito Jesús cuando aún mamaba (3).

La creencia en la Maternidad espiritual de María impregna igualmente su Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus* (4), con que definió la Asunción:

«Mientras la B. Virgen está cumpliendo del modo más amoroso sus deberes maternales con los que han sido redimidos por la sangre de su Hijo, las mentes y corazones de sus hijos vigorosamente se excitan a una más asidua consideración de sus prerrogativas» (5). «Es de esperar que (con la definición de la Asunción) todos los fieles serán movidos a una mayor piedad hacia su Ce-

(1) Enc. *Haurietis aquas*, 15 mayo 1956

(2) Mystici Corporis, n. 44, Denz. 2291

(3) Ib., Denz.2291

(4) 1 nov. 1950

(5) *Munificentissimus Deus*, n. 2

lestial Madre; y que las almas de cuantos se glorían en el nombre cristiano se moverán por el deseo… de aumentar su amor hacia Aquella que en todas las cosas muestra su corazón maternal a los miembros de este Augusto Cuerpo» (1).

Y en la oración a María que el mismo Papa compuso con ocasión de la definición, se nos insiste en particularidad e individualidad de esta Maternidad de María con relación a cada uno de nosotros: «Confiamos… que sintáis la voz de Jesús, que os dice *de cada uno de nosotros*, como de su Discípulo amado: Aquí está tu hijo. »

Tocando ya a término su Pontificado, en la Enc. *Fulgens Corona* (2), tras llamarla numerosas veces «Nuestra Dulcísima Madre», nos insiste en que debemos imitarla como hijos:

«Así como las madres sienten gozo profundo cuando ven que los rasgos de sus hijos reflejan particular semejanza a los suyos propios, así también nuestra Dulcísima Madre, nada ansía más, ni con nada siente jamás tanta alegría, como cuando Ella ve que aquellos a quienes, bajo la cruz de su Hijo, Ella ha adoptado como hijos en lugar de Él, reflejan los rasgos y hermosuras de su propia alma y pensamiento, en palabras y en obras» (3). «Esto (=hacer lo que Jesús nos diga) es lo que Ella nos enseña; a esto nos exhorta la Bienaventurada Virgen, nuestra Madre Dulcísima, que, con verdadero amor, *nos ama más que ninguna madre terrena* (*ib*., n. 25).

Llegamos al Concilio Vaticano II: el primero, que sepamos, en afirmar explícitamente la Maternidad espiritual de María de modo reiterado:

"Ciertamente Madre de los miembros (de Cristo)... por lo que… la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, la honra con afecto filial como a Madre amantísima" (4).

«El Santo Concilio… pretende ilustrar cuidadosamente tanto el papel de la B. V. María en el misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo Místico, cuanto los deberes de los

(1) Ib., n. 42
(2) 6 de sept. 1953
(3) *Fulgens Corona*, n. 22
(4) L.G. 53

hombres redimidos con relación a la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, especialmente de los fieles» (1). « (Los Santos Padres), estableciendo comparación con Eva, llaman a María «Madre de los vivientes», y con gran frecuencia afirman: «La muerte por Eva; la vida por María» (2).

"Concibiendo a Cristo… cooperó… a restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por lo cual es para nosotros Madre en el orden de la gracia. Y esta Maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin interrupción, *desde el consentimiento* que fielmente prestó en la anunciación, y que heroicamente mantuvo al pie de la cruz, hasta la consumación eterna de todos los elegidos. Pues, subida a los cielos, no ha cesado en este oficio salvador; antes continúa obteniéndonos los dones de la salvación con su variada intercesión. Ella cuida con su amor maternal de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se debaten entre peligros y angustias, hasta que sean llevados a la patria feliz" (3).

“Recuerden los fieles que la verdadera devoción… procede de la verdadera fe, que nos lleva a conocer la excelencia de la Madre de Dios, y nos mueve al amor filial a nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes… Dirijan todos los fieles del orbe súplicas continuas a la Madre de Dios y Madre de los hombres» (4).

Cinco días más tarde de la aprobación del L. G., es decir, el 21 de nov. 1964, Pablo VI proclamaba solemnemente en el Concilio a María como MADRE DE LA IGLESIA:

«Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima “Madre de la Iglesia”**,** es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa; y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título. Se trata, venerables hermanos, de un título que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre,

(1) L.G. 54
(2) L.G. 57
(3) L.G. 61.62
(4) L.G. 67.69

con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo encarnado… por ser Madre de Aquél que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en Cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es también Madre de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia» (1). «Por lo tanto, auguramos que con la promulgación de la Constitución sobre la Iglesia sellada por la proclamación de María Madre de la Iglesia, es decir, de todos los fieles y pastores, el pueblo cristiano se dirigirá con mayor confianza y ardor a la Virgen Santísima, y le tributará el culto y honor que a Ella le compete» (2)

Tras esta proclamación solemne, Pablo VI no dejará ya de inculcar en toda ocasión esta Maternidad.

En la *Christi Matri Rosarii* (3) volverá a recordar a todos su solemne proclamación así como la dicha de que «seas Tú Madre de los que Cristo ha querido ser padre y hermano»; y acabará suplicándola: «Mira con maternal clemencia, Beatísima Virgen, a todos tus hijos.»

En el CREDO DEL PUEBLO DE DIOS —verdadera fórmula dogmática—, precisa el alcance de su acción materna: «Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo su acción maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos.»

Nadie así nace a la vida sobrenatural, nadie crece lo más mínimo en ella, si no es por la intervención de la acción materna de María, con relación a la cual somos más bien cual niños no nacidos, todavía en el seno de su madre, pues una vez nacido ya puede el niño hacer algo por sí mismo para desarrollar su vida.

Finalmente, en la Exhortación Apostólica *Marialis cultus* (4) no se cansa de proponérnosla como

(1)n,25, 26, 27

(2) n.30

(3) 15 septiembre 1966

(4) 2 de febrero de 1974

Madre nuestra amorosísima. Basten como prueba algunos fragmentos:

«María, Madre de Cristo y María de la Iglesia», «resplandece como Reina e intercede como Madre». «Dios ha colocado en su familia —la Iglesia—, como en todo lugar doméstico, la figura de una Mujer, que calladamente y en espíritu de servicio vela por ella, y protege benignamente su camino hacia la patria, hasta que llegue el día glorioso del Señor.»

María… nueva Eva… con su *fiat* generoso (Lc. 1, 38) se convirtió, por obra del Espíritu Santo, en Madre de Dios, y también en verdadera Madre de los vivientes», «cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales.»

«(Los textos litúrgicos) la proclaman en el misterio de la Maternidad como Madre de la Cabeza y de los miembros: santa Madre de Dios y próvida Madre de la Iglesia». «Lazos fraternos unen a todos los fieles, porque son hijos de la Virgen, a cuya generación y educación Ella colabora con amor materno», haciendo en el fiel «más vivo y más sentido el lazo que nos une a la Madre de Cristo y Madre nuestra», y provocando en él «amor ardiente, cuando considera la Maternidad espiritual de María para con todos los miembros del Cuerpo Místico».

Finalmente, nos inculca «la piedad hacia la Madre de Cristo y de los cristianos», asegurándonos que «la causa de la unión de los cristianos pertenece específicamente al oficio de la Maternidad espiritual de María» (1).

No es, pues, de extrañar que la Maternidad de María con relación a nosotros esté presente en el Nuevo Misal, y especialmente en el Nuevo Breviario, en todas las festividades de la Virgen, como pueden por sí mismos comprobar sacerdotes y fieles, por lo que las citas son aquí innecesarias.

Si «la ley de orar es la ley de la fe» —*lex orandi est lex credendi*—, no podemos dudar que el que María es verdaderamente Madre nuestra pertenece al depósito de la fe católica.

(1) Marialis cultus

CAPÍTULO IV

EXTENSIÓN Y AMPLITUD DE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA

«*(Cristo) se dio a sí mismo como en redención por todos.* »

(1ª Tim.2,6).

«*Vino al mundo el Hijo del hombre a dar su vida en redención por muchos*.»

(Mt.20,28).

«*Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la de Ella*.»

(Gn. 3,15).

1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

¿A quiénes se extiende la Maternidad espiritual de María?

Los Documentos aducidos dan formulación varia, y hasta, si se quiere, contradictoria a veces.

Las fórmulas principales vimos eran: Madre de todos los vivientes; Madre de todos los hombres; Madre del pueblo cristiano o de los cristianos; Madre de la Iglesia, así como de los fieles que la integran —miembros del Cuerpo Místico

de Cristo—; Madre de un grupo de hombres —simiente de la Mujer (1), es decir, «de los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo» (Ap.12,17)—, que se contrapone a otro grupo humano que constituye la simiente de la Serpiente (2).

Esto por lo que mira a los Documentos de la Iglesia, Padres y Sagrada Escritura.

Por lo que mira a los fieles, la ha invocado siempre cada uno como Madre suya, sin entrar en la cuestión de si es también Madre de los infieles, aunque tampoco limiten nunca expresamente esa Maternidad.

Sólo alguna vez precisan las condiciones de nuestra filiación; pero aun entonces parecen mirar más a lo que condiciona ser verdadero hijo que verdadera Madre. Tal parece ser el caso de San Juan Berchmans cuando, afirmando que ningún verdadero hijo de María se condena, y preguntado sobre qué se requería para ser verdadero hijo de la Virgen, respondió: «Poco, pero constante.»

Respuesta en la que parece evidente no se trata de lo que se requiere para que María sea Madre, sino de lo que como mínimo se requiere para que uno se comporte como hijo, y así tenga asegurada la herencia eterna, y no corra peligro de perderla por el alejamiento con relación a su Madre y protectora.

No olvidemos que algunas veces parece sugerirse como si fuesen hijos sólo los elegidos, los que han de salvarse. Así San Bernardo, cuando dice que María, desde el momento de concebir a su Hijo, llevó en cierto modo en su seno a todos los elegidos. O, más implícitamente, Pío XII, cuando afirma que Cristo, desde su misma encarnación «tiene presentes a todos los miembros de su Cuerpo Místico, y los abraza con su amor *salvador*» (3).

Restricción que quizá pueda también basarse en la Primera Carta de San Juan (4), cuando, hablando de los Anticristos, dice de ellos: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; pues, si hubiesen sido de nosotros, cierta-

(1) Gén.3,15
(2) Gén.,15
(3) Denz. 2289
(4) 1 Jn.2,19

mente hubieran permanecido con nosotros; pero para que se ponga de manifiesto que no todos son de nosotros» (cf.Lc.2,34-35).

2. MATERNIDAD EN SENTIDO PROPIO Y EN SENTIDO METAFÓRICO

La Maternidad, en su sentido propio, implica la transmisión a otro, por generación, de una naturaleza semejante a la de la Madre que la transmite.

Siendo María Madre nuestra en el orden sobrenatural, su Maternidad en sentido propio implica la transmisión a otros de su naturaleza o ser sobrenatural, es decir, de la vida de gracia, que Ella con toda plenitud posee.

Asociada en todo a Cristo, hace esa transmisión en cuanto engendra a Cristo y, consiguientemente, a cuantos a Él se incorporan como miembros. El término de esa Maternidad es hacernos, a la vez que hijos suyos, hijos de Dios.

Toda la creación está en cierto modo elevada al orden sobrenatural, en cuanto todo lo creado se ordena al Verbo encarnado como a su Cabeza y Rey: Él es el verdadero fin de la creación, que por lo mismo no fue hecha sino en orden a Él: Dios nos ha dado a conocer «el misterio de su voluntad… que es vincular a Cristo como a Cabeza, todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra» (Ef.1,9-10).

Si Cristo, como Verbo de Dios, es causa eficiente de la creación —«todas las cosas fueron hechas por Él, y sin El nada fue hecho de cuanto fue hecho» (Jn.1,3)—, como

Verbo *encarnado*, como hombre, es causa final de esa misma creación, que sólo con miras a su gloria fue hecha.

Es así Cristo, Verbo encarnado, «imagen del Dios invisible, primogénito de toda creatura: porque en Él han sido creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos, dominaciones, principados o potestades: todas las cosas fueron creadas por El y en

El; Él es antes que todos, y todas las cosas tienen en El su subsistencia… de modo que Él tenga la primacía en todas las cosas, por cuanto agradó a Dios que en El habitara toda la plenitud: y quiso reconciliar por Él todas las cosas, pacificando en Él por la sangre de su Cruz tanto las que están sobre la tierra, cuanto las que están en los cielos» (Col.1,15-20).

Asociada en todo a su Divino Hijo, y «partícipe en todo de su misma suerte» (1), es así María, con Él y en Él, causa final de todo lo creado, que así debe realmente a Ella su existencia, y su ser, que gracias a Ella recibe, así como la destinación sobrenatural a que se ordena.

De este aspecto de la Virgen María hablamos en las dos obras anteriores a Ella dedicadas, al tratar de su cooperación como co-creadora (2)

Aquí destaquemos, tan sólo que el hecho de deber en cierto modo toda creatura su ser a la Virgen María, la convierte en verdadera «Madre universal».

Pero esta Maternidad no es propia, sino impropia y puramente metafórica.

El primer lugar, no es origen de las cosas como causa eficiente —cual compete a la madre—, sino sólo como causa final, en y con su Hijo al que está asociada.

En segundo lugar, no comunica a todos los seres una vía semejante a la suya —muchos ni siquiera tienen vida—, o una naturaleza semejante a la suya, cual es propio de la Maternidad.

En esto no difiere la Virgen de su mismo Hijo, que igualmente es Cabeza de todo, no en sentido propio y biológico —pues no a todos comunica su misma vida divina—, sino sólo en sentido translaticio y metafórico, en cuanto tiene la jefatura absoluta sobre todas ellas, y todas a Él se ordenan como a su fin.

Por lo mismo, con relación a todas las creaturas en general, no tiene María verdadero amor maternal, afecto ma-

(1) Pío XII
(2) Véase*: La Virgen y el Corazón de Jesús, y La Amada*

ternal, aunque a todas las ame y cuide como cosa suya y de su Hijo.

Es quizá esta Maternidad meramente metafórica lo que llevó a la mayor parte de las religiones paganas —en todas ellas está viva la tradición de la Madre Virgen del

Salvador— al concepto de «Madre universal» —la Madre Divina—, exagerándola y desviándola al convertirla en verdadera concausa eficiente.

3. DOBLE TÉRMINO POSIBLE DE LA MATERNIDAD DE MARÍA EN SENTIDO PROPIO: HOMBRES Y ÁNGELES

La maternidad en sentido propio implica la transmisión de la propia naturaleza por vía de generación, pasando al hijo una naturaleza semejante a la de la madre.

Siendo María Madre espiritual, la naturaleza de que aquí se trata, que se transmite por virginal generación, es la naturaleza sobrenatural, divina, que Ella posee, es decir, la vida de gracia, que nos hace hijos de Dios, partícipes de la divina naturaleza.

En el mundo visible que conocemos, sólo los hombres, y todos los hombres —son capaces de ser elevados a hijos de Dios, hermanos y miembros de Cristo, que los redimió. Sólo pues, acerca de los hombres puede plantearse la cuestión de la Maternidad de la Virgen en sentido propio.

En el mundo invisible, sabemos que los ángeles son también «hijos de Dios», elevados al orden sobrenatural. También, pues, acerca de ellos cabe preguntarse si María es, no sólo su reina, sino también verdaderamente su Madre.

4. MARÍA ES VOCACIONALMENTE MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, EN CUANTO A TODOS Y A CADA UNO SE OFRECE PARA TRANSMITIRLES EL SER SOBRENATURAL, SI ELLOS LIBREMENTE LA ACEPTAN COMO MADRE, Y POR ELLA SE DEJAN ENGENDRAR

Respecto a los hombres: Cristo murió *por todos*, y Cristo murió *por muchos*. Ambas expresiones están en la Escritura, y es evidente que el sentido de esa finalidad es completamente diferente cuando se dice que murió *por todos*, que cuando se dice «murió *por muchos*».

Es esa diferencia de sentido lo que nos descubre la amplitud vocacional y real o actual de la Maternidad de la Virgen María.

«Cristo murió por todos» (2 Cor.5,15), y «se dio a sí mismo en redención por todos» (1 Tim.2,6).

En virtud de esa pasión y muerte,en favor de todos ofrecida, Dios quiere o desea sinceramente que «todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim.2,4).

Voluntad que no es absoluta, sino condicionada a la fe en Cristo, a la adhesión a Cristo, a la que no todos llegan por su mala voluntad. Por eso, no a todos da vida sobrenatural ni salvación la muerte de Cristo. Por eso entre los hombres hay ovejas y lobos (1); hay simiente de la Mujer y simiente de la serpiente, en enemistad irreconciliable (2); hay hijos de Dios e hijos del diablo (3).

Siendo la pasión y muerte de Cristo obra divina, obtiene infaliblemente el fin para el que Cristo la padece y abraza.

Ese fin, en cuanto ofrecida *por todos*, no es salvarlos —pues no todos se salvan—, sino simplemente hacerles posible la salvación si ellos no oponen su libre resistencia a la fe en Cristo, al amor de Cristo. Para quien le rechace, la muerte de Cristo no es para salvarle, sino para inexcusablemente condenarle (4).

En una palabra, en virtud de la muerte de Cristo, en cuan-

(1) Mt.10,16; Lc.10,3

(2) Gén.3,15

(3) Mt.13,38.39; Jn.6,71; Hech.13,10; 1 Jn.3,8-10

(4) Mc.16,26; Jn.3,18-20; 15, 22-24.

to ofrecida por *todos*, todos son llamados a la salvación, todos invitados a ser hijos de Dios, incorporándose a Cristo como miembros. Pero no todos son elegidos —*muchos* de entre los hombres— que reciben a Jesús, que creen en Él y le aman: «A los que lo recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios… que de Dios nacieron» (Jn.1,12-13).

Este es el motivo de que, siendo la oración de Cristo infalible, orase sólo por quienes creen o han de creer en él, no por todos los hombres (1). Su oración es siempre escuchada y atendida (2): si sólo ruega por quienes creen en Él, es porque no quiere la salvación, sino la condenación, de aquellos que se resisten a creer en Él tras haber muerto por ellos para hacerles posible esa fe (3).

Lo mismo debe decirse cuando se habla, no de la muerte de Cristo, sino de la reconciliación universal traía por ella: Plugo a Dios «reconciliar por Él todas las cosas en Él mismo, pacificando por la sangre de su Cruz tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos» (Col.1,20): «Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo y no reputándole sus delitos» (2 Cor.5,19).

En ambos textos, pero sobre todo en el primero, se excluye de esta reconciliación a los seres que están ya en el infierno, aunque explícitamente se os hable de su absoluta sumisión al poder de Cristo en Filipenses, 2,12. A los condenados ya ni se les ofrece reconciliación —aunque se nos diga que abarca a todas las cosas (1)— porque ellos ya definitiva e irrevocablemente la rechazaron.

A los hombres y al mundo se les ofrece; pero sólo se da a quienes libremente la acepten. En definitiva, sólo a los que creen en Cristo y a Él adhieren no se les imputarán sus delitos, por cuanto se han dejado lavar en la sangre del Cordero (2).

La reconciliación se ofrece *a todos*, pero *no a todos* se da, por no ser por todos aceptada.

(1) Jn.17,19.20

(2) Hebr. 5,7
(3) cf. Jn. 3,16-21
(4) Col.1,20
(5) Ap. 1,5; 22,14

Así se sugiere ya de modo explícito en Efes. 1,9-11: «Para darnos a conocer el misterio o designio de su voluntad… (que es) vincular a Cristo como a Cabeza todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra, en Él.» Mas aunque esa vinculación a Cristo como a Cabeza se ofrece a todos, no a todos se da, sino a quienes creen, pues que inmediatamente añade el apóstol: "En quien también nosotros fuimos llamados por suerte, predestinados según el propósito de Aquel, que obra todas las cosas según el designio de su voluntad» (Ef.1,11).

Quienes, en cambio, rechacen esa incorporación a Cristo, quedarán para Dios como fuera del plan de su creación y por eso dice de ellos Cristo: «No os conozco, obradores de iniquidad» (Mt.7,23; 25,12; Lc.13,25-27).

De aquí aparece claro en qué sonido es María Madre del género humano, de todos los hombres; y en qué sentido no lo es.

Es Madre de todos en cuanto a todos se ofrece, cuanto es de su parte, para engendrarlos a la vida divina, si ellos quieren dejarse engendrar por Ella.

Igual que Dios desea sinceramente salvar a todos y cada uno de los hombres, haciéndolos hijos suyos por medio de su Hijo Unigénito, igual la Virgen María desea sinceramente engendrar a todos y cada uno de los hombres a la vida divina, en y con su Hijo Jesús, como miembros suyos.

Pero a ninguno engendrará actualmente, de ninguno será Madre verdadera, contra su voluntad. Como tampoco ninguno es hecho hijo de Dios y miembro de Cristo contra su voluntad; ninguno contra su voluntad será salvo, sino sólo por la fe en Jesús, la adhesión a Jesús, la invocación de su santo nombre (1).

Así como el mismo Cristo libremente quiso nacer de su Santa Madre, ser por Ella engendrado, así quiere también que todos sus miembros participen de esa misma libertad: sean por su Madre engendrados hijos, como miembros suyos,

(1) Hech.4,12

por libre elección de su libertad, con que la eligen y quieren por Madre.

Cristo, desde su misma encarnación, conoció ya con conocimiento humano a cuantos fueron, eran o habían de ser miembros de su Cuerpo Místico –ovejas suyas—, abrazándolos con su amor salvador (1).

Creemos que también la Virgen María, en y con su Hijo, tiene conocimiento de cuantos han de ser miembros de Cristo, y por tanto hijos suyos, engendrados por Ella a la

vida divina sobrenatural. Y así ya desde antes de actualmente engendrados los ama y previene con verdadero amor de Madre, como las madres humanas lo disponen todo para el hijo que ha de venir, aun antes de engendrarlo.

Consiguientemente, conoce también quiénes no serán nunca hijos suyos, ni miembros de su Hijo, por la resistencia libre de su voluntad empecinada.

A esos los ve, no como hijos suyos, sino como hijos del diablo: no son hijos de la Mujer, sino hijos de la serpiente; no son ovejas, sino lobos. Contra ellos luchará la Virgen María en defensa de sus hijos, como lucha victoriosamente con la serpiente aplastando su cabeza (2). Ni para ellos puede tener amor de Madre, por cuanto nunca han sido, ni serán hijos suyos.

Esto no debe desanimarnos o inquietarnos, pues la Virgen a nadie niega su amor de Madre si sinceramente lo desea: Ella quiere ser Madre de todos, es vocacionalmente Madre de todos.

Así como todo el que crea en Jesús no será juzgado (3), y cuantos invocan su nombre serán salvos (4), así cuantos invoquen el nombre de María serán por Ella engendrados a la vida divina, serán verdadera y propiamente hijos suyos.

Todos tenemos a nuestro alcance hacerla Madre nuestra con sólo pedírselo, con sólo invocarla. Por eso, cualquiera que la invoca puede estar bien seguro que la encuentra como Madre suya.

(1) Denz. 2289

(2) Gén.3,15

(3) Jn.3,18

(4) Hech.2,21; Rom.10,13

5. MARÍA ES REAL Y ASCTUALMENTE MADRE SÓLO DE AQUELLOS HOMBRES QUE ALGUNA VEZ SE DEJARON, DEJAN, O DEJARÁN INCORPORAR AL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO COMO MIEMBROS SUYOS POR LA ACEPTACIÓN DE LA GRACIA SANTIFICANTE

En otros textos se nos habla de la pasión de Cristo en sentido restrictivo: Jesús ofrece su vida, no ya por todos, sino por *muchos*; no por todos los hombres, sino por un grupo de ellos —los que han de creer en Él, ser sus ovejas.

«Vino el Hijo del hombre a dar su vida en redención por muchos» (1). El Buen Pastor «da la vida *por sus ovejas*» (Jn.10,11). «Vine para que (mis ovejas) tengan vida, y la tengan más» (Jn.10,10). «Jesús había de morir no sólo por el pueblo (judío), sino para congregar en uno *a los hijos de Dios* que estaban dispersos» (Jn.11,52).

En ese mismo sentido restrictivo se expresa Isaías al profetizar la pasión redentora del Mesías en el Poema del Siervo de Yahveh:

«Y Él los pecados de muchos tomó sobre sí» (2). «Por su ciencia justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos Él soportará»

(1) Is.43,12 b: muchos sin artículo en el original hebreo
(2) Is.53,11: *muchos* sin artículo en la trad. De los LXX —siglo III-II a. C., hecha por judíos—; en el texto consonántico hebreo no aparece si es o no con artículo, pues éste, de haberlo, se asimilaría a la preposición hebrea l que va unida al muchos, de modo que en la escritura consonántica no hay diferencia aquí, pues el artículo, de haberlo, se asimila a la preposición, desapareciendo; los Masoretas, al vocalizar el texto consonántico, suponen artículo —los muchos—, pero no se olvide que esa lectura vocálica masoreta es posterior en nueve siglos a la de los judíos traductores de los LXX, que leyeron *muchos* sin artículo. Por lo demás, aunque se leyera *los muchos*, el sentido seguiría restrictivo, pues Cristo no justifica a todos, sino a muchos, es decir, a quienes creen en Él.

«Por eso le haré tener en herencia a muchos» (1).

Nos parece que en estos dos últimos textos hicieron muy bien los LXX en leer *muchos* sin artículo. En efecto, en hebreo tanto puede ser con artículo —que se asimilaría a la preposición—, como sin él (2). Pero si en Isaías 53,12b es ciertamente sin artículo en hebreo (3), sería sumamente raro que el profeta quitara aquí el articulo a *muchos*, si hubiera querido se leyera con artículo ese mismo *muchos* en la primera parte de ese mismo versículo (4) y en el versículo anterior (5). Es evidente que Isaías trata en ambos versículos de un mismo *muchos*: si una vez nos lo pone claramente sin artículo, es falsear su pensamiento añadirle ese artículo en la primera parte del versículo y en el anterior, bajo pretexto de que en esos dos últimos lugares se habría asimilado a la preposición, y por eso no aparece.

En todos estos textos, y otros similares, el objeto de la muerte de Cristo no son ya todos los hombres, sino un grupo —ciertamente numeroso— de ellos. A saber: el grupo de quienes se han adherido a Cristo por la fe y el amor (6), el grupo de sus ovejas «que oyen su voz» (7), el grupo de quienes le reciben (8).

A esos no sólo les ofrece Jesús el perdón, sino que se lo da. En orden a esos muere para darles la vida eterna, para hacerlos hijos de Dios, junto con Él; para, incorporados a Él como miembros, hacerlos también hijos de la Mujer, es decir, de la Virgen María, constituyendo en Él y con Él como una única y misma Simiente divina, en lucha victoriosa con la simiente de la serpiente (9). Y a esos tales su pasión y muerte comunica de modo infalible la vida eterna: «Y nadie las arrebatará de mi mano» (Jn.10,28).

(1) Is.53,12 a: *muchos* sin artículo en los LXX, aunque con las mismas observaciones que en el texto anterior de Is. 53,11

(2) La preposición a que se asimilaría es l en Is.53,11; b en Is.53,12 a

(3) (pues no lleva preposición alguna a que el artículo pudiera asimilarse si lo hubiera)

(4) Is.53,12a

(5) Is.53,11

(6) Jn.3,15

(7) Jn.10,3; cf. Jn.5,24; 18,37

(8) Jn.1,12

(9) Gén.3,15

Pág. 74

Es, en definitiva, el grupo de hombres —ovejas entre lobos (1)— que libremente elige seguir a Cristo —«oyen mi voz y me siguen» (Jn.10,27)—. Así como Él mismo libremente eligió ser Hijo de la Virgen María, así quiere que también nosotros seamos libremente hijos de su misma Madre, hijos de la Mujer.

Como se ve, la finalidad de la pasión y muerte redentora de Cristo, con relación a este grupo es del todo diferente a cuando se nos habla de su pasión *por todos*. Lejos de ser en esos textos sinónimas las palabras *muchos* y *todos*, guardan diferencia abisal entre sí.

La muerte de Cristo, como Cristo mismo, se nos presenta como «signo o bandera de contradicción» (Lc.2,34). Ofreciéndose para posibilitar la salvación a todos, de hecho para unos se ofrece para condenación; para otros —sus ovejas— para resurrección (2).

Y los dolores de la Virgen, que *se ofrece* a todos como Madre —al igual que Jesús *se ofrece* a todos como redentor—, aunque sólo lo será de quienes por tal la aceptan a Ella, y a su Hijo con Ella, contribuirán en grado eminente a que se manifiesten las más secretas disposiciones de los hombres, haciendo patente quiénes son ovejas, y quiénes empecinadamente lobos e hijos de la serpiente: «He aquí que Este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como signo o bandera de contradicción (= en favor y en contra de la cual se combatirá): y una espada atravesará tu misma alma, para que se manifiesten o revelen los pensamientos de muchos corazones» (Lc.2,34-35).

Si Cristo, ya desde el primer momento de su concepción en el seno de la Virgen, conoció con su entendimiento humano y amó con inefable amor a cuantos habían de ser miembros suyos, ovejas suyas (3), es evidente que, al morir, murió igualmente conociendo y amando a quienes habían de ser suyos, ovejas suyas, miembros suyos; y ofreció su muerte no sólo para hacerles posible la vida eterna, sino para darles de hecho vida eterna.

(1) Mt.10,16; Lc.10,3

(2) Lc.2,34

(3) Denz. 2289

Pág. 75

E igualmente conoció quiénes habían de continuar siendo lobos, hijos del demonio y no de Dios, simiente de la serpiente y no de la Mujer (1).

Y para esos murió, no para darles vida eterna —que jamás tendrán—, sino para inexcusablemente darles condenación eterna, y queriendo esa condenación para glorificación de la justicia divina y para manifestación del aprecio en que Dios tiene la libertad creada, que se niega a recibir el don que Dios le ofrece.

Es, pues, evidente, que no es lo mismo el sentido de la frase: «Cristo murió por todos», que el de esta obra «Cristo murió por muchos», aunque ambas, en su propio sentido genuino y diferente, sean igualmente verdaderas

6. SE CORROBORA ESTA LIMITACIÓN DE LA MATERNIDAD DE MARÍA POR EL MISTERIO EUCARÍSTICO

En la Eucaristía, como reproducción y *aplicación* de la pasión y muerte de Cristo, el sentido restrictivo se vuelve absoluto.

Por eso en la consagración de su preciosa Sangre no usó Jesús la palabra «*por todos*», sino sólo «por vosotros» (Lc.22,20; cf. 1 Cor.11,24) —es decir, los que creéis en Mí y sois mis discípulos—, y «por muchos» (Mt.26,28; Mc.14,24), es decir, por cuantos han de creer en Él y ser sus ovejas.

Por eso en la consagración repetimos sus palabras diciendo: «Esto es mi Cuerpo, entregado por vosotros»; «Éste es el cáliz de mi Sangre… por vosotros y por muchos vertida» (2), o «que por vosotros y por muchos se vierte» (3).

(1) Gén. 31,5r; Mt 13, 38.39; Jn, 6,71; 8,44; Hech. 13,10; 1 Jn,3,8.10.12
(2) Así en el Misal actual latino típico, al que debemos conformarnos; y así en el antiguo, y en todas las antiguas liturgias orientales, que respeten las palabras de Jesús
(3) El participio griego está en presente: es lo propio del acto litúrgico que reproduce

En efecto, en la Eucaristía se queda Jesús como alimento. Alimento, no ciertamente de los lobos, sino de las ovejas, de los hijos: ese Pan divino no es para los perros, sino para los hijos (4).

Ahí se queda «para dar vida eterna al que le come y bebe» (cf. Jn.6,55); para que el que le come «viva por Él, así como Él vive por el Padre» (cf. Jn.6,58).

Mas Jesús sólo da la vida «a sus ovejas» (Jn.10,10): se queda así como alimento de ellas, no de los lobos ni para los lobos.

Si algún lobo abusivamente lo comiere, será sin recibir vida ni gracia —cual si lo comiere un ratón—; peor, será para su juicio y condenación, porque profanó algo que Jesús no había instituido para él (5).

Es, pues, evidente que la Sangre de Cristo, *en cuanto se nos hace eucarísticamente presente*, no se derrama ni da por todos, sino sólo por sus ovejas, y que ahí Jesús sólo por ellas se ofrece: por las que ya de presente lo son, y por las que Él sabe acabarán siéndolo; y a las que ya desde ahora —desde que concebido en el seno de su Madre— entrañablemente ama, y así por ellas incansablemente se ofrece y por ellos ora.

Y sólo por ellas ora, no por los lobos: «Yo no ruego por el mundo, sino por éstos que me has dado… y no sólo por ellos, sino también por aquellos que han de creer en la palabra de ellos» (Jn.17,19,20), es decir, por las ovejas que aun no pertenecen al redil, pero acabarán oyendo su voz, y a las que Él ya actualmente posee y sabe suyas, envolviéndolas en su infinito amor (6).

La oración de Cristo es infalible. Si por todos oró y mereció que pudieran —si quieren— creer en Él, y así salvarse, la salvación misma sola la pide y desea para cuantos crean en Él; sólo para esos pide al Padre que «los guarde en el mundo de todo mal» (Jn.17,15), y que eternamente «estén

Continuación de la nota de la página anterior:
un hecho siempre actual, cosa que se observa también en todos los pueblos y religiones
(4) Mt.7,6; 15,26

(5) Cf. 1 Cor.11,29
(6) Jn.10,16

conmigo allí donde Yo estoy, para que contemplen la gloria que me diste» (Jn.17,24).

La Eucaristía es verdadera reproducción de la Pasión y muerte de Cristo —del sacrificio de la Cruz—, pero para aplicar actualmente los méritos de ella a las almas, hacérsela presente y no lejana.

Reproducción y aplicación las quiere Jesús para delicia, y bien, y sustento, y perdón de sus ovejas, para comunicarles su vida. No las quiere para los lobos, ni para los hijos del demonio, ni para escarnio de la simiente de la serpiente, sino para alegría, seguridad y vida de los hijos de la Mujer su Madre.

Por eso, aunque el sacrificio de la cruz es verdaderamente *por todos* —bien que en sentido harto diferente de cuando se nos dice que es *por muchos*, el sacrificio de la Santa Misa es sólo *por muchos*, es decir, por las ovejas, por los hijos de Dios, por la Simiente de la Mujer, por los herederos de la vida eterna.

Por eso, en la consagración por la que se constituye ese sacrificio, hasta el fin del mundo reiterable, usó Jesús las palabras «por vosotros y por muchos», y no «por vosotros y por todos los hombres». Porque no es verdad que ese sacrificio, por el que se aplica y actúa en cada alma la pasión de Cristo, lo instituyera Jesús por todos o para todos, sino sólo para sus ovejas, para darse a los suyos y ser alimento de los suyos, y estar con los suyos hasta la consumación del mundo. «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (Jn.14,18).

Es así en la Eucaristía, como reproducción del sacrificio de la Cruz, donde mejor se nos muestra la diferencia abisal de significado respecto a la finalidad de la pasión de Cristo, cuando se nos dice «Cristo murió por todos» y «Cristo murió por muchos».

Y es también la Eucaristía la que exactamente nos delimita el grupo de hombres a quienes se extiende en un sentido propio y total la Maternidad espiritual de la Bienaven-

turada Virgen María: el grupo de cuantos son o han de ser ovejas de Cristo, miembros de Cristo, hijos de Dios.

La Madre es la encargada de alimentar a sus hijos. Aunque Ella no gane el sustento, es Ella quien lo reparte y distribuye. El alimento es Jesús Eucaristía, que se entrega a la Virgen María, para que como alimento lo distribuya entre todos sus hijos.

Ella es la administradora del Cuerpo y la Sangre de su Hijo; Ella la que distribuye el pan divino a toda su Simiente, Y son simiente suya todos aquellos para quienes ese alimento divino ha sido ordenado. Por eso nadie puede salvarse sin el uso de la Eucaristía (1).

Su recepción, o efectiva, o al menos por el deseo implícito, es necesaria a la salvación —al menos para cuantos tienen uso de razón—. Es que sólo los invitados a ser alimentados con ese manjar divino son hijos de la Virgen María, hijos de Dios. Y como la vida natural perece si uno deja de alimentarse, así perecerá también la vida sobrenatural, aun ya poseída, si se renuncia al alimento que nuestra Madre nos ofrece.

7. SE CONFIRMA ESTA LIMITACIÓN POR OTRAS TRES VÍAS

Esa Maternidad de la Virgen María, en su sentido propio, puede circunscribirse también por otras vías paralelas, sólo aparentemente diferentes.

En primer lugar, una madre es verdaderamente madre en cuanto transmite por generación al hijo una naturaleza semejante a la suya originada y procedente. La Virgen

María, pues, será Madre nuestra en el orden espiritual en cuanto por generación virginal nos transmite su naturaleza sobrenatural de hija de Dios, es decir, la gracia santificante, originándola de la plenitud que Ella posee.

Su Maternidad propia abarcará, pues, solamente a cuantos alguna vez hayan sido engendrados a la vida sobrenatu-

Jn.6,54
Pág. 79

ral. Sólo a ellos. Mas también a todos ellos, pues según nos afirma el CREDO DEL PUEBLO DE DIOS de Pablo VI, nadie nace a la vida sobrenatural si no es por Ella.

Todos aquellos, pues, que en algún momento hayan poseído la gracia santificante —o la poseerán en el futuro—, son hijos de la Virgen María en un sentido propio y total.

En segundo lugar, la Virgen María nos engendra en y con su Hijo, como miembros suyos, y por el hecho de haberlo engendrado a Él. Todos y solos los que son miembros de Cristo, integrantes de su Cuerpo Místico, son propiamente hijos de la Virgen María.

Son miembros de ese Cuerpo —que es la Iglesia— todos los bautizados. Por eso se dice frecuentemente en los Documentos que María es especialmente —es decir, propiamente—, Madre de los cristianos, Madre del pueblo cristiano.

Mas los no cristianos que aman a Dios, y por ello poseen la gracia santificante, pertenecen, si no al Cuerpo visible de la Iglesia, sí al alma de la Iglesia, que es lo principal de ella. Son, pues, también verdadera y propiamente miembros del Cuerpo Místico de Cristo, aunque no de modo visible. Por consiguiente, también ellos son verdadera y propiamente hijos de la Virgen María.

Así, el grupo de hijos de María que se deduce de la consideración del Cuerpo Místico de Cristo, coincide con el deducido de la transmisión de la vida de la gracia del apartado anterior.

En tercer lugar, la Virgen María es Madre de cuantos son hijos de Dios: lo es por comunicarles la naturaleza divina que Ella por la gracia santificante posee.

Son hijos de Dios, no sólo los bautizados —el bautismo es sacramento de regeneración—, sino cuantos aman a Dios: amor al que necesariamente acompaña el deseo al menos implícito del bautismo, por lo que su regeneración tampoco es en realidad independiente de este sacramento.

A todos esos se les comunica la participación de la gracia santificante, haciéndose así hijos de Dios, y, por lo mismo,
Pág. 80

hijos de la Mujer, de la Virgen María. Sólo en concurso con Ella como Madre nuestra comunica Dios la gracia santificante que nos hace hijos suyos.

8. LA SIMIENTE DE LA MUERTE Y LA SIMIENTE DE LA SERPIENTE

Resumiendo, bien que la Virgen María se ofrezca como Madre a todos los hombres, sólo pasa a serlo de hecho con toda propiedad con respecto a aquellos que libremente aceptan recibir de Ella la vida sobrenatural, ser por Ella engendrados.

Nuestra filiación la quiere Ella libre por parte nuestra, como libre fue la filiación de su Hijo Unigénito, como libre quiere el Hijo sea nuestra incorporación a Él como miembros, como libre quiere el Padre que sea nuestra aceptación de la gracia.

El concurso que se nos pide para tenerla por Madre es mínimo: que no resistamos libremente a su acción generadora. Por eso los niños son engendrados por el bautismo a

la vida divina, por cuanto no oponen resistencia libre. Los adultos pueden poner esa resistencia: por eso no serán engendrados si no la deponen.

Y así como Jesús sabe, no sólo quienes son actualmente sus ovejas, sino quiénes, oyendo su voz, han de serlo en el futuro, y también a esos los considera ya ovejas suyas, y como tales las ama y protege —«Y tengo también otras ovejas, que todavía no pertenecen al redil, y es menester que Yo las atraiga a Mí, –y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo Pastor» (Jn.10,16)—; igualmente la Virgen María no sólo reconoce por hijos suyos a aquellos a quienes actualmente ya ha engendrado a la vida sobrenatural, sino también a aquellos que sabe se dejarán un día engendrar por Ella. Y desde ahora los ama y protege ya como hijos suyos, ordenándolo todo para su salvación, y protegiéndolos contra las insidias de la serpiente y su simiente.
Pág. 81

Ellos aun no conocen a María como Madre suya; pero la Virgen los ve y conoce ya a ellos como hijos suyos; y como a tales los ama, mima y protege, al igual que hace su Hijo el Buen Pastor con las ovejas que sabe llegarán a oír su voz.

Es así María Madre de cuantos la invocan como Madre, la desean tener por Madre, pues Ella engendra a la vida divina a cuantos de Ella desean recibirla. Y aunque todavía no sea actualmente Madre, se siente ya verdaderamente Madre de cuantos sabe han de llegar a invocarla, a desear recibir de Ella la gracia y salvación.

Pero igualmente conoce quiénes serán los que empecinadamente se negarán libremente a ser por Ella engendrados. A esos tales no los ve, ni los ama, ni protege como hijos suyos, como tampoco su Hijo los siente ovejas suyas.

Por el contrario, los ve como hijos del demonio, simiente de la serpiente: y contra ellos protege y defiende a sus propios hijos.

Mas no es María la culpable de no amarlos como Madre y como tal protegerlos, sino sólo su empecinada mala voluntad, que resiste perseverantemente al ofrecimiento generoso y constante de la misma Virgen María.
Pág. 82

CAPÍTULO V

LA SALVACIÓN DE LOS HIJOS DE MARÍA

> *«Quien me hallare a Mí encontrará la Vida, y beberá del Señor la salvación.»*
>
> (Prov.8,35).

> *«Si alguno no permaneciere en Mí será arrojado afuera, como el sarmiento, y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego, y arderá»*
>
> (Jn.15,6)

> «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; pues si hubiesen sido de nosotros, ciertamente hubieran permanecido con nosotros.»
>
> (1 Jn.2,19)

1. SÓLO EL ROMPIMIENTO LIBRE, TOTAL Y DEFINITIVO CON NUESTRA MADRE, RENUNCIANDO CON LIBERTAD IRREVOCABLE AL SER

SOBRENATURAL DE ELLA RECIBIDO Y ACEPTADO DESTRUYE NUESTRA FILIACIÓN MARIANA

Precisada la extensión de la Maternidad de María en su sentido propio, réstanos ahora un problema harto difícil.
Pág. 83

Problema que sólo insinuaremos, por haberlo ya tratado extensamente en seis largos artículos en la Revista Filosófica CRISIS. Sólo nos detendremos algo en él en aquellos aspectos que dicen relación a nuestra filiación con la Virgen María, aspectos precisamente de que allí no se trató.

María es verdaderamente Madre, y como tal se siente, de todos aquellos que han sido una vez justificados por la gracia santificante, o que en el futuro lo serán.

Un hijo de María no puede perderse: en esto podríamos decir que están unánimes todos los santos en su testimonio. Mas el justificado, mientras vive en este mundo, puede perder su justificación, e incluso acabar condenándose eternamente. Mas esto último no sucederá sin que deje de ser hijo de María, con lo que sigue cierto que ninguno que muera hijo de María se pierde.

Para entender esto, debe tenerse en cuenta que no sólo es libre el incorporarse como miembros al Cuerpo Místico de Cristo y el dejarse engendrar como hijos por la Virgen María, sino que, mientras en esta vida nos estamos formando hijos de Dios en el seno de la Virgen María, sigue siendo igualmente libre el permanecer en ese Cuerpo y en esa filiación.

Ello se debe a que, ni nuestra filiación es ya perfecta y acabada — nos estamos haciendo hijos de Dios (1)—, ni nuestra inserción a Cristo es integral –nadie se deja en todo informar por Él y por su vida como sólo y exclusivamente miembro suyo—, ni por lo mismo nuestra adhesión libre es total y radical, ni lo será hasta el momento de nuestra consumación en el morir, en nuestro nacer a la vida eterna.

Puede así un miembro ya incorporado a Cristo separarse de Él, un sarmiento que está en la cepa desgajarse (2). Puede un hijo de la Virgen María, por Ella ya engendrado, renunciar a su filiación, renunciar libremente a su Madre, rechazar libremente la elevación sobrenatural y vida divina aún en germen que de Ella ha recibido. Puede un hijo de Dios convertirse, por su mala voluntad, en hijo del diablo.

Jn.1,12
Jn.15,6
Pág. 84

Mientras la separación no sea total y definitiva, Jesús lo sigue considerando y cuidando como su miembro; la Virgen María como hijo por el que maternalmente sufre.

Mas cuando esa separación es radical, íntegra y totalmente libre, definitiva — cosa que creemos sólo sucederá a la hora de la muerte, ya que hasta entonces siempre puede uno salvarse—, dejará también definitivamente de ser miembro de Cristo, de ser hijo de la Virgen María.

Tal separación definitiva, tal renuncia radical a María como Madre, no provendrá nunca de los enemigos externos, ni aun de la propia debilidad — contra esto la defiende Jesús como Buen Pastor y la Virgen como Madre—. Se deberá únicamente y sólo a la elección de su libertad, por la que prefiere ser suyo, sin ordenarse a nadie, depender de nadie, deber nada a nadie.

La Virgen Madre y su Hijo respetarán esa elección, pues solo quieren como miembros o hijos a quienes por amor libre se les entregan, con amor libre los aceptan.

2. SE ILUSTRA LO DICHO CON LA FILIACIÓN NATURAL: MARÍA VERDADERÍSIMA MADRE DE LOS PECADORES, POR REINCIDENTES QUE SEAN

Para entender bien esto, conviénenos mirar el ejemplo de la filiación natural.

Todo hijo, especialmente cuando es pequeño, por mucho que ame a su madre, le da infinidad de pequeños disgustos, comete multitud de pequeñas desobediencias. No por eso la madre lo quiere menos, ni por eso es menos hijo.

Tal nos sucede a todos nosotros con los pecados veniales que cometemos: ciertamente afligen el corazón de nuestra Madre, pero no disminuye su cariño, antes aumenta su preocupación por nosotros. Y cada vez que a Ella nos volvemos y la acariciamos, se consuela y lo olvida todo.

Raros son los hijos que no dan a su madre alguna o mu-

chas veces disgustos graves, aunque la amen y quieran como Madre. Aunque la madre sufra con esto mucho más, no por eso los quiere menos. Y cada vez que el hijo vuelve en sí, la pide perdón y la acaricia, la madre goza enormemente, olvida todos los desplantes, y no piensa más que en lo bueno y cariñoso que es su hijo, excusándole todo.

Tal nos sucede cuando pecamos gravemente, aunque sea reiteradamente. Jesús nos sigue teniendo como miembros suyos — aunque miembros paralíticos y enfermos, incluso momentáneamente muertos—. Y la Virgen María nos sigue teniendo como hijos, amándonos como a hijos, protegiéndonos, y excusándonos ante Dios como a hijos suyos: y cada vez que volvemos a pedirla perdón echándonos en sus brazos, olvida todas nuestras ofensas, todos sus sufrimientos, para sólo alegrarse en verse por nosotros amada como Madre.

María no sólo es refugio y abogada de los pecadores: es también su Madre, que por ellos sufre, a los que espera, a los que atrae al arrepentimiento por la intensidad de su dolor y por la ternura de su amor.

Puede un hijo tratar habitualmente mal a su madre, sin ni siquiera reparar ese mal trato con manifestaciones de amor, sino muy raramente. La madre sufre indeciblemente; pero mientras permanezca en la familia no deja de tratarlo como a hijo, cuidarlo como a hijo, alimentarlo como a hijo. Bien que si el hijo perseverare en esa actitud, lo más probable es que acabe separándose de la familia, sustrayéndose a los cuidados de su madre, por hacérsele insoportable la violencia de la situación por él creada.

Así nosotros, cuando sistemáticamente disgustamos y como despreciamos a María, y la tratamos –u olvidamos—, como si Ella no fuera nuestra Madre, no volviendo a darle nuestro cariño tras haberla ofendido.

Inconcebible es entonces su dolor por nosotros. Pero sigue sintiéndose nuestra Madre, cuidando de nosotros como Madre, protegiéndonos como Madre, defendiéndonos y excusándonos como Madre.

Así sucede con cuantos pecadores, aunque viviendo como si no fueran cristianos, no han roto aún con su familia sobrenatural que es la Iglesia. Pero si ese estado de desamor total persevera en nosotros, la situación se nos acabará haciendo tan violenta que abandonaremos la familia, nos separaremos explícitamente de la Iglesia.

Sarmiento que no da frutos de amor —únicos que Dios aprecia y en los que se complace—, acabará siendo cortado de la cepa, separado de Cristo, dejando de ser

miembro suyo. La perseverancia en no dar fruto alguno, indica claramente que ya está seco y muerto: por sí mismo se irá pudriendo hasta caer de la cepa que le sustenta. Aunque antes de que esa putrefacción total llegue, suele el Padre Celestial cortarlo, parte para que no afee a la cepa, parte para incitarlo a reaccionar con el corte, si es que queda todavía en él algo de vida.

Por eso Jesús advierte a sus apóstoles: «A todo sarmiento que no produzca en Mí fruto (de amor, simbolizado por el vino de uva), lo arrancará (mi Padre)… Si alguno no permaneciere en Mí — como no permanece ya en la cepa el sarmiento cortado—, será arrojado afuera como el sarmiento (ya cortado), y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego, y arderá… Permaneced en mi amor» (Jn.15,2.6.9).

El amor en que hemos de permanecer es el amor de Jesús, el amor que Jesús nos tiene —no el nuestro a Él tan mezquino—, y en el que en Él y con Él nos tiene nuestra Dulce Madre. Mientras no nos separemos de la familia no nos sustraeremos totalmente a la eficacia de ese amor. Por pecadores que seamos, estaremos en ese amor inmersos, y por él protegidos.

3. DOS MODOS DE ROMPER CON LA MADRE Y SEPARARSE DE ELLA

Puede un hijo romper con su familia, ausentarse de ella afectiva y efectivamente, en ansias de vivir su vida del todo

independiente. En tal caso se sustrae al amor y protección de sus padres: aunque ellos todavía le amen, él ya no permanece en su amor, ni es por él abrigado y protegido. Diríamos que la filiación, en cuanto a sus efectos, ha quedado rota, deja de existir.

Pero aun este caso caben dos opciones abisalmente diferentes.

En la una el hijo quiere sólo la vida del todo independiente, pero no rompe con el amor y simpatía hacia sus padres: quiere saber de ellos, y también, aunque sólo sea ocasionalmente, desea hacerles saber de sí mismo. Aunque sustraído efectivamente al amor y protección de sus padres, ese amor continúa hacia él por parte de sus padres. Y por parte del mismo hijo alejado, el amor que todavía anida en su corazón sigue siendo un elemento que hace siempre posible la plena reanudación de sus relaciones familiares en un momento dado.

En la segunda, el hijo ha perdido todo vestigio de amor filial, sustituido por el odio o la total indiferencia: lamenta deberles el ser, en todo se comporta y quiere comportarse como si de ellos no lo hubiera recibido: ni quiere saber ya nada de ellos, ni que ellos sepan nunca más nada de él.

Si tal disposición es definitiva, la filiación se ha roto para siempre. Físicamente seguirá siendo hijo de sus padres, porque, siendo el hombre inmortal, jamás perderá el ser recibido. Se le dio sin contar con él, y sin contar con él persevera y dura. Mas si pudiera perder por siempre su ser en cuanto recibido, dejaría también de ser físicamente hijo de sus padres: lo que no es, ni puede ser sujeto de filiación, ni término de la paternidad o maternidad. De todos modos, aunque por necesidad siga físicamente siendo hijo, moral y psicológicamente es cual si no lo fuera.

4. EL ROMPIMIENTO CON MARÍA NUESTRA MADRE SIN MUERTE O EXTINCIÓN TOTAL DE NUESTRO AMOR A ELLA: SUS DOLORES MATERNOS ACABARÁN POR REAVIVAR NUESTRO AMOR, ATRAYÉNDONOS DE NUEVO A ELLA

Estas dos opciones se dan también en quienes se separan del Cuerpo de Cristo, renunciando libremente a ser sus miembros, y sustrayéndose así a la eficacia del amor de Cristo y de su Madre y nuestra.

La separación puede venir impulsada en nosotros sólo por el ansia de independencia, de vivir nuestra vida, pero manteniendo un cierto amor y simpatía a Jesús Redentor y a la Virgen nuestra Madre.

El pecador, ya del todo separado del Cuerpo místico de Cristo, sigue recordando con gusto la hermosura y amabilidad de su Mamá Celeste, quiere saber de Ella, piensa todavía en Ella, la recuerda e invoca con frecuencia, le hace saber de sí mismo con sus frecuentes plegarias e invocaciones, que son como sus misivas a la Madre; y, sobre todo, se goza de su hermosura y su grandeza.

Por los tales sufre y llora la Virgen María, les ama todavía como a hijos descarriados, ruega por ellos, les muestra de mil modos su amor. Es para ellos la verdadera Madre dolorosa. Y esos dolores suyos acabarán por atraer al hijo alejado al seno de su Madre.

Sus dolores, cual le dijera el anciano Simeón, acabarán por descubrir y sacar a luz el secreto amor que todavía anida en muchos corazones, y lo pondrá de manifiesto (1).

Quizá sea de éstos de quienes mejor puedan decirse las palabras de San Juan Berchmans: «Ningún verdadero hijo de María se pierde.» Dan muy poco a María — una simpatía del todo ineficaz—; pero se mantienen con constancia en ella: y esa constancia en lo poco basta para caracterizarlos como verdaderos hijos de María. Por eso muchos santos han considerado como prenda segura de salvación el simple rezo constante y diario de las tres Avemarías.

(1) Lc.2,35

Quien en medio de sus descarríos y pecados persevera invocando a María, se salvará como verdadero hijo suyo: nadie podrá arrebatarlo de la mano de Ella. La hermosura y atractivo de la Virgen María, con la que no ha perdido contacto, acabarán atrayéndole a sus brazos para en su seno reclinarse y confiarse. Los dolores de la Virgen María por él, son para él verdaderamente redentores.

5. EL ROMPIMIENTO CON MARÍA NUESTRA MADRE CON MUERTE O EXTINCIÓN TOTAL DEL AMOR: LOS DOLORES DE MARÍA, SI NO LOS USAMOS PARA REENCENDER EL AMOR EXTINGUIDO, SERVIRÁN SÓLO PARA HACER INEXCUSABLE NUESTRA CONDENACIÓN, CESANDO CON ELLA NUESTRA FILIACIÓN Y SU DOLOR DE MADRE

Pero cabe otra opción en quien libremente se ha separado del Cuerpo de Cristo, roto con Él como miembro.

Es el olvido total del amor de Cristo y de su Madre, la indiferencia absoluta a sus dolores, o, lo que todavía es peor, el odio positivo hacia Ellos. Odio permanente y definitivo, irretractable por la perfección de libertad con que ha elegido seguir ese camino.

Perfección y totalidad de libertad en el rechazo definitivo que ordinariamente sólo se alcanza en el morir; pero que se va preparando a lo largo de una vida alejada que nunca o casi nunca se acuerda de su Madre y de sus dolores, que nunca o casi nunca la invoca, la hace saber de sí.

Por estos sufre también la Virgen Madre, mientras quede la más mínima posibilidad de que un día vuelvan, de que su rechazo no sea definitivo, es decir, hasta su muerte.

Mas estos dolores de la Virgen Madre, si el alma persevera en su desamor y odio hasta la elección definitiva, no serán redentivos para ella, sino condenatorios. Servirán para poner de manifiesto la disposición secreta de esa alma, es decir, que ningún amor filial había en ella (1).

(1) Lc.2,35

Llegada esa decisión de rompimiento, definitiva e irrevocable, cesará toda relación de filiación con relación a la Virgen María, cual si jamás hubiera existido. Y con ello cesarán también los sufrimientos de la Virgen Madre por esa alma.

La filiación natural es ontológicamente inamisible: ser y vida natural los recibimos de los padres sin consentimiento alguno nuestro; tampoco dependerá de nuestro consentimiento la perduración en ese ser, que será siempre recibido de los padres; y siendo el hombre inmortal, y por tanto inamisible su ser, siempre ese ser será irremediablemente recibido, por más que el hijo no lo quiera.

Mas la filiación sobrenatural sí puede perderse ontológicamente. La recepción de ese ser y de esa vida es libre por nuestra parte. Y por eso libre es también la conservación de ese ser y vida.

Por eso, la vida y ser sobrenatural que de María por generación recibimos, se pierde y se aniquila definitivamente al condenarnos por nuestra decisión libre irrevocable, que renuncia para siempre y sin posible vuelta atrás a la vida sobrenatural una vez recibida por generación de nuestra Madre.

Desde ese momento, no queda ya sujeto de filiación, ni término de la Maternidad de la Virgen María, que, por lo mismo, ni puede ya sentirse Madre, ni sufrir como Madre. Como si el ser y vida natural de hombre se aniquilase, tras esa aniquilación cesaría toda relación de filiación natural, toda dependencia de los padres: no habría ni sujeto de filiación, ni término objetivo al que esa maternidad o paternidad pudieras referirse ya.

Por eso, la Virgen María sufre como Madre por todos sus hijos mientras quede posibilidad de salvarlos. Salvados ya, su dolor se convierte en puro gozo. Condenados, cesa su dolor, porque también cesa su Maternidad, así como la filiación, incluso potencial, de los condenados con respecto a Ella.

Jesús dice: “Muchos en aquel día me dirán: ¿No comimos y conversamos contigo? Mas Yo les diré: No os conozco obradores de iniquidad” (cf. Mt.7,22-23; 17,12; Lc.13,26-27). Tampoco la Virgen conocerá ya como hijos suyos a ninguno de los condenados, ni por ellos sufrirá en lo más mínimo.

Mas nadie, ni los mismos condenados, podrá echar en cara a la Virgen María el que haya dejado de ser hijo suyo. Ella no los ha rechazado. Fueron ellos quienes irrevocable y libremente la rechazaron. Ellos quienes por su culpa libre y total perdieron esa filiación, y con ella el ser y vida divina que los constituía en hijos de Dios e hijos de la Virgen Madre.

6. AMOR MATERNAL ESPECIALÍSIMO DE MARÍA A LOS ELEGIDOS: SU MATERNIDAD ETERNA CON RELACIÓN A ELLOS

Jesucristo sabe quiénes definitivamente perseverarán. Igualmente sabe la Virgen María quiénes han de ser eternamente hijos suyos, definitivamente y para siempre hijos suyos.

Es evidente que con relación a esos elegidos que se han de salvar se siente especialísimamente Madre, y que con gozo inmenso sufre por ellos y los espera.

Si actualmente es verdadera y propiamente Madre de cuantos ha engendrado a la vida divina, es evidente que se siente especialísimamente Madre de aquellos que sabe han de perseverar eternamente siendo hijos suyos; y que, por pecadores que actualmente sean, siente hacia ellos especial cariño —cariño eterno—, y los protege y defiende de modo especial.

Bajo este aspecto, María es Madre en un sentido totalmente propio de todos los salvados —de cuantos ya se han salvado, y de cuantos Ella sabe se salvarán—: se siente con relación a ellos Madre por toda la eternidad.

En este sentido, son verdaderamente hijos suyos todos aquellos a quienes Cristo reconoce como sus ovejas. Ovejas

tales que de ellas nos asegura el mismo Jesús: «Y nadie las arrebatará de mi mano» (Jn.10,28). Tampoco nadie podrá arrebatarlas del regazo de su Madre la Virgen María.

Por lo que se refiere a los que acabarán condenándose, parecían externamente ovejas suyas; pero en realidad no lo eran, por cuanto se dejaron arrebatar de la mano de Jesús y del seno de la Virgen María. Eran como crías de víbora, simiente de la serpiente, confundidos con los hijos de Dios.

La Virgen les comunica temporalmente la vida divina, por encargo de su Hijo, que a todos quiere salvar. Y los ama y solicita para que desarrollen esa vid divina que Ella les comunica. Pero no renunciando ellos a su naturaleza viperina, la simiente de la serpiente acabará eliminando a la simiente de la Mujer. Mas la Mujer no los eliminará hasta que ellos libremente se autoeliminen. Sufrirá en tanto por ellos: y ese sufrimiento servirá sólo para declarar y manifestar la naturaleza viperina que, pudiendo, no quieren renunciar.

7. MARÍA EN EL MISTERIO DE LA PREDESTINACIÓN DE SUS HIJOS: OVEJAS Y LOBOS; HIJOS DE LA MUJER E HIJOS DE LA SERPIENTE

Entramos aquí en un gran misterio. De él hablamos detenidamente en nuestros artículos de CRISIS. Aquí nos limitaremos a indicar lo que a nuestro propósito pertenece, aclarando su filiación temporal con relación a la Virgen María.

Dijimos que eran *crías de víbora* (1) —por tanto no especificadas claramente en su naturaleza—, que se mezclaban con la Simiente de la Mujer, se confundían con ella, participando del amor y los cuidados de esa Mujer. Pero siguieron crías de víbora, cada vez más diferenciadas, sin dejarse transformar en hijos de la Mujer, sin renunciar a su naturaleza viperina para gozar de la naturaleza de hijos de Dios.

Eran lobeznos recién nacidos, mezclados y confundidos

(1) Lc.3,7; cf. Mt.3,7; 12,34; 23,33

con las ovejas, que, aunque cuidados con las mismas ovejas, y por el mismo Pastor, y amamantados por la misma Madre Divina, no quisieron libremente, aunque pudieron, renunciar a su naturaleza de lobos, tomando la naturaleza de ovejas que se le ofrecía, y para la que se les criaba, alimentaba y cuidaba.

Todos los dones divinos, si durante un tiempo parecen asimilarnos a las ovejas, en definitiva y a la larga, por no renunciar ellos de verdad a su naturaleza lupina, no hacen

más que desarrollar su naturaleza de lobos, diferenciándolas cada vez más, hasta darles forma definitiva de tales.

Y esto no ciertamente por falta de cuidados de Cristo, Buen Pastor, y de la Virgen su Madre, sino por su resistencia libre a ese amor y a esos cuidados, de los que se aprovechan tan sólo para mejor desarrollarse como lobos.

Aunque lo parecieran, nunca fueran de verdad ovejas —aunque como tales fueran tratadas por Jesús y María, con paciencia infinita —: siempre fueron lobos.

Por eso dice Jesús de sus ovejas: «Nadie las arrebatará de mi mano» (Jn.10,28). Cuando un alma se condena, es arrebatada al amor de Jesús, es que nunca fue verdadera oveja, aunque lo pareciera, e incluso verdaderamente participara de su vida divina: aun entonces, nunca quisieron abandonar su naturaleza lupina, sino a lo sumo armonizarla en simbiosis con la de oveja.

Cuando esto suceda, no podemos saberlo nosotros, que desconocemos las disposiciones libres secretas del corazón humano, incluido el propio —por eso nadie está seguro de su salvación—. Pero sí lo saben Jesús y la Virgen.

Y Ellos saben también que, por arraigada que tengamos la naturaleza lupina, mientras vivamos en esta vida, sigue estando en nuestra mano renunciar a ella para convertirnos en verdaderas ovejas. Por eso siguen cuidándonos, para que nadie pueda decir fue debido a su falta de amor y de cariño el que no llegara a la vida eterna.

Lo que en referencia a cada caso particular nos es un

misterio, respecto al conjunto de quienes se habrán de manifestar finalmente hijos de la serpiente, la revelación parece explícita: nunca fueron de verdad ovejas. De haberlo sido, nadie pudiera arrebatarlas de la mano de Jesús.

San Juan, hablando de los anticristos, es decir, de quienes acaban oponiéndose a Cristo y odiándolo, dice: “Salieron de nosotros; pero no eran de nosotros (o de los nuestros); pues, si hubieren sido de nosotros (o de los nuestros), *ciertamente hubieran permanecido con nosotros*” (1 Jn.2,19): es, pues, claro, que aunque parecían ovejas, no lo eran.

¿No recuerda esto a los viboreznos pequeñines que por su forma pudieran confundirse con los peces, o a los lobitos chiquitines que pudieran parecer corderitos, al estar con ellos mezclados?

El mismo San Juan (Jn.2,23-25) nos dice: «Estando Jesús en Jerusalén, en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos y milagros que hacía. Mas Jesús no creía en ellos (o: no se confiaba a ellos), por cuanto Él conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le informara acerca del hombre: pues Él sabía perfectamente lo que había en el interior del hombre.»

Tenemos también aquí a quienes creían creer en Jesús y ser sus seguidores, y por lo mismo externamente se confundían, si quiera fuera momentáneamente, con los verdaderos seguidores. Mas Jesús sabía faltaba algo a su fe para que fuera de verdad sincera; que les faltaba algo para ser sus seguidores, sus ovejas, aunque externamente lo parecieran, e incluso ellos mismos lo creyeran. No adherían al verdadero Jesús, sino a un Jesús por ellos racionalmente preconcebido.

Exactamente como harían más tarde los que tras la multiplicación de los panes quisieron adherir a Él como a Rey temporal (1), pero se apartaron de Él cuando descubrieron que se les presentaba como Rey espiritual y eterno, que había de alimentarlos con su propia carne y su propia sangre para hacerles participar su vida eterna divina (2)

(1) Jn.6,1-15
(2) Jn.6,22-61

Más patético es todavía el caso de Judas, llamado por el mismo Jesús junto con los otros Once apóstoles: «¿No os elegí yo a Doce, y uno de vosotros es diablo? Y esto decía por Judas, hijo de Simón Iscariotes, pues éste era el que le había de entregar, siendo uno de los Doce» (Jn.6,70-71).

Judas, aparentemente oveja de Cristo, incluso apóstol de Cristo, introducido por el mismo Cristo en el rebaño, ya *actualmente* no es oveja, sino diablo, es decir, simiente de la serpiente, no hijo de la Mujer. Jamás logró insertarse de verdad y de corazón en el rebaño, aceptar ser oveja de Cristo y no lobo, probablemente porque nunca siguió verdaderamente a Cristo, sino a sí mismo, buscando en Cristo su propio interés y propio medro, no la unión con Él por el amor.

De hecho, Jesús nos asegura que ni Judas, ni cuantos discípulos de Cristo acaban sin perseverar (1), han sido jamás llevados a Él por el Padre, porque nunca ellos se dejaron verdaderamente llevar: «Hay algunos de vosotros que no creen. Pues sabía ya desde el principio quienes eran no creyentes, y quién le había de entregar. Y decía: Por eso os dije que nadie puede venir a Mí si no le fuere dado por mi Padre. Y tras esto, muchos de sus discípulos le abandonaron, y ya no andaban con El» (2).

Es la cizaña, sembrada en medio del trigo, que de tal modo se asemeja a él cuando es pequeña que a todo ojo inexperto parece trigo: sólo el ojo omnisciente de Dios la ve como lo que verdaderamente es, como cizaña, cuya naturaleza irá siendo paulatinamente declarada por su mismo crecimiento (3).

Son la semilla sembrada en la Tierra Virgen de María, que al calor de su seno materno nacen a la vida divina; pero por ser su corazón un pedregal sin amor, no arraigan en esa tierra virgen, que es solo puro amor, y amor de Madre, y así acaban secándose y muriendo por no poder resistir el amor con que son amados (4). O bien buscan en esa Madre, no la vida eterna, sino la satisfacción de sus propias

(1) Cf.17,6-12
(2) Jn.6,64-66; cf.Jn.6,44; Mt.11,25.27
(3) Mt.13,24-30; Mt.13,37-43
(4) Mt.13,5.6.20.21

concupiscencias temporales, que los ahogan como espinas (1).

En ambos casos, al no hallar en su Madre lo que en su puro egotismo con tanto afán buscaban, acaban correspondiendo al amor con “odio gratuito” o sin motivo: odian por sentirse amados (2).

Su suerte es aún peor que la de aquellos que, endurecidos como camino abieto a todo influjo, insensibles siempre a todo amor, aun egoísta, nunca llegaron a germinar en el seno de la Virgen (3), nunca llegaron a ser hijos suyos, ni aun temporalmente engendrados por Ella a la vida divina.

Es, pues, evidente, que en cuantos justificados y por lo mismo engendrados de la Virgen María- acaban no perseverando, faltó siempre algo por parte de ellos que hiciera estable esa filiación: algo que jamás pusieron, pudiéndolo poner.

Y la falta de ese elemento, si no ponen remedio, les llevará infaliblemente a rechazar de modo definitivo su filiación divina ya iniciada, y a romper con la Virgen renunciando a sr hijos suyos.

8. FALLO BÁSICO QUE AQUEJA A QUIENES, PARECIENDO SER HIJOS DE LA MUJER, ACABAN MANIFESTÁNDOSE DEFINITIVAMENTE SIMIENTE DE LA SERPIENTE

Si queremos precisar más en qué consiste ese "algo" que siempre les faltó, que hizo que estando entre nosotros no fueran de nosotros, que hizo que, aunque lo pareciera, nunca fueran verdaderas ovejas de Cristo –«que nadie podrá arrebatar de su mano»-, sólo podemos hacer algunas sugerencias.

En primer lugar, atendiendo a los textos, parece tratarse de una verdadera ausencia —siquiera sea parcial— de fe auténtica.

(1) Mt.13,7-22
(2) Jn.15,24-25
(3) Mt.13,4-19

Ellos creen en Jesús, mas Jesús no cree en ellos (1). Creen en *su* Jesús, es decir, en el Jesús que ellos han racionalmente concebido, no por inspiración del Padre a la que se sometan dócilmente; pero no creen en el Jesús verdadero, tal cual es, tal cual se nos ha revelado, tal cual el Padre lo desvela al alma. Es así la fe suya una fe más bien aparente.

Como es más bien aparente su seguimiento de Jesús. Le siguen mientras va por el camino por donde ellos racionalmente quieren fuera: mas cuando Jesús les va aclarando que su camino no es ese, entonces lo abandonan, cual hicieron muchos de sus discípulos cuando les reveló su designio de instituir la Eucaristía (2), y cual lo abandonó Judas cuando definitivamente descubrió que Jesús no buscaba, como el mismo Judas, persiguiendo su medro personal, deseaba, ser Rey temporal, sino sacrificarse y morir por la salvación de los hombres.

Digamos, como de paso, que esta postura o actitud se ha puesto hoy de manifiesto como nunca. De ahí la apostasía reinante, y la autodemolición de la Iglesia.

Se desconfía del Jesús que la fe nos da, y se le convierte en un Jesús relativo, y así se dice: «Ése es *tu* Jesús, ése es *tu* Dios; pero no sabemos cómo es Él, ni lo que es Él.»

Si esa frase se usara para desconfiar de un Jesús elaborado por nuestra razón, esmerándose más y más en *descubrirlo tal cual Él quiso revelársenos*, aunque a veces parezca repugnar a nuestra razón, la frase sería perfecta, como punto de partida para llegar a la fe verdadera, al encuentro humilde con el verdadero y autentico Jesús, el Jesús revelado.

Pero ordinariamente lleva hoy consigo esa frase una carga no pequeña de incertidumbre acerca de la misma revelación, como si no hubiera medio de conocer al Jesús revelado, al Dios revelado, y todo se redujera y hubiera de reducirse al concepto racionalmente elaborado. Y así se usa para cada cual justificar su concepción de Cristo, sin adhesión humilde a la enseñanza revelada, —y declarada por el Ma-

Jn.2,23-25
Jn.6,66

gisterio vivo de la Iglesia—, cual si el acceso a esa enseñanza fuera imposible, y Cristo no hubiera muerto para hacérnosla a todos accesible, mientras con buena voluntad amemos la verdad y la deseemos.

Consiguientemente a esa fe ficticia en Cristo —que adhiere, no a Cristo, sino al concepto de Él elaborado por nuestra propia razón, y por tanto nosotros mismos—, se da también ausencia de amor verdadero.

Sólo se ama lo conocido. Si lo que conozco no es el Cristo revelado, sino un Cristo artificialmente elaborado por mi razón, lo que realmente amo cuando pienso amar a Cristo, no es a Cristo, sino a mí mismo, a los conceptos por mi razón natural elaborados y puestos como ideales perfectamente concordes con mi naturaleza caída.

De ahí viene el buscar en Cristo y su seguimiento, no el perdón de nuestros pecados sinceramente lamentados y la salvación eterna en la contemplación divina, sino la justificación de nuestras apetencias de tierra, la satisfacción de nuestro orgullo, el triunfo de nuestros intereses temporales –los nuestros, o aun los de la humanidad entera, cosa que en nada cambia la situación.

Es natural que cuando percibamos nuestro fracaso, y que Jesús nos va a dar, ni pensó nunca darnos, lo que nosotros terrenamente esperábamos lograr de su compañía –cual Judas que esperaba ser ministro de finanzas—, nuestro aparente amor a Cristo se troque en odio, a la sentirnos como defraudados por Él y seducidos, al ver que no es el Jesús que yo elaboraba en mi mente, sino el Jesús humillado, crucificado, resucitado y triunfador celeste, que me invita a seguir su mismo camino.

Todas las bastardas esperanzas que yo en Él pusiera, se convierten entonces en espinas que ahogan toda buena semilla, haciéndome separarme de Jesús crucificado, cuya palabra parece excesivamente dura a mi razón.

Parecíamos seguir como ovejas al Buen Pastor, parecíamos oír su voz. En realidad nunca oímos su voz ni la en-

tendimos, sino sólo la nuestra. Y sólo le seguimos materialmente, confundiéndonos con las verdaderas ovejas, mientras creíamos que su camino coincidía con el nuestro. Cuando se imponga con evidencia la divergencia de caminos le abandonaremos con odio, lamentando el tiempo perdido en su seguimiento por engaño.

Aquí entramos en la esencia misma del fallo que aqueja a quienes no perseveran en la filiación divina y en la filiación mariana. Es la falta de verdadera aceptación libre de esa filiación.

Esa filiación se hace por nuestra libre incorporación a Cristo: en Él y por Él somos hijos de Dios e hijos de María.

Mas esa elección libre mira a Cristo tal cual lo concebimos. Si nuestro concepto es meramente racional, adheriremos a Él materialmente, mas no formalmente. Formalmente no adherimos a Cristo, sino a nosotros mismos y a nuestra propia razón: adherimos al Cristo que quisiéramos fuera, no al Cristo que es.

No nos ha atraído el Padre a Cristo —no nos lo ha revelado—, sino que la tracción procede de nosotros mismos, y, siendo la tracción humana, también simplemente humano es el término al que nos lleva. Y cuando descubramos que Cristo no os como lo concebía nuestra razón y lo deseaba, lo abandonaremos como a engañador y seductor.

9. LA FE SOBRENATURAL IMPERFECTA E INCIPIENTE DE LOS HIJOS DE MARÍA, Y EL AMOR QUE HA DE DESARROLLARLA HASTA TRANSFORMARLA EN LUZ DE GLORIA.

Si nuestro concepto de Cristo es, parte elaborado por nuestra razón, y parte elaborado por una fe imperfecta, cual pensamos es lo ordinario en quienes

conscientemente eligen seguirle, la incorporación a Cristo no sólo será material, sino también formal.

Pero sólo parcial. En gran parte también será seguimien-

to de sí mismos: en la parte en que siguen a Cristo, no cual la fe lo propone, sino cual lo elabora la propia razón.

En la parte en que formalmente adherimos a Cristo, es el Padre quien nos atrae a Él: del Padre proviene esa revelación aun imperfecta de su Hijo por la fe a la que adherimos.

Y la Virgen María nos engendra como hijos de Dios e hijos de Ella: hijos ciertamente todavía muy imperfectos, que nos estamos haciendo (1), que podemos malograrnos.

Diríamos como si coexistieran en nosotros dos naturalezas, ninguna de las cuales nos ocupa o absorbe por entero: la naturaleza divina sobrenatural recibida de María, y la naturaleza de la simiente de la serpiente. Somos a la vez ovejas y lobos, simiente de la Mujer y simiente de la serpiente o crías de víbora. Ambas cosas somos de modo como rudimentario e incipiente.

Es verdad que la justificación por la gracia destruye en nosotros el pecado, por el que éramos simiente de la Serpiente. Pero bien sabemos que el sello impreso por el pecado original en nuestra alma no desaparece con el mismo pecado del que nos lava la gracia: conservamos en gran parte tras la justificación las inclinaciones, las resistencias a la acción divina, propias de la naturaleza de la simiente de la serpiente: inclinaciones y resistencias que proceden del pecado original, aunque éste ya haya sido borrado.

En consecuencia, aunque engendrados hijos de Dios y poseedores de la vida divina, esa vida dista mucho de informar y vivificar todo nuestro ser y operaciones, debido a nuestras continuas resistencias: queda mucho en nosotros que aún no es informado y vivificado por esa vida divina; mucho que sigue dimanando todavía de nuestra naturaleza caída —naturaleza de simiente de la serpiente—.

Sólo en los grandes santos se acerca la transformación divina obrada en ellos a la totalidad de su ser y operaciones. Mas ni aun en ellos es completa. En ellos y en nosotros, la asimilación divina es obra de toda la vida para alcanzar

(1) Jn.1,12

su totalidad en la hora de la muerte. Sólo entonces nuestra asimilación será plena e íntegra. Entonces «seremos semejantes (del todo) a Dios, porque le veremos como Él es» (1 Jn.3,2): hasta entonces, hasta esa visión divina que del todo nos absorba, no se manifestará toda la eficacia de nuestra filiación, toda su abisal realidad y perfección.

Todo esto hace que, mientras vivimos, aunque hijos ya de Dios y engendrados verdaderamente de la Virgen María, siempre quede la posibilidad de que nuestra naturaleza de «simiente de la serpiente» aun no del todo extinguida ni absorbida, resurja por obra de nuestra resistencia libre, y acabe ahogando la naturaleza recibida de hijos de Dios. Por eso, hasta el morir, no hay nadie que todavía no pueda en absoluto salvarse o condenarse.

Y si esto pasa con nuestra resistencia a dejarnos guiar por la recta fe que ya poseemos, y según la cual podríamos, si quisiéramos, dejarnos informar, debe añadirse

que la misma fe es imperfecta hasta el morir: imperfeta, no sólo por la fuerza de nuestro asentimiento, sino por la extensión de su objeto.

La revelación objetiva ha sido completa en Cristo. Mas el conocimiento de esa revelación en cada alma –su manifestación a ella por el Padre— es progresiva y gradual. No hay contradicción entre ninguna de esas etapas de crecimiento; pero si aprofundizamiento e incluso progreso en su contenido. No es lo mismo, bajo este doble aspecto, la fe del santo que la del fervoroso; ni la de este que la del principiante o la del tibio.

En consecuencia, por la imperfección de esa fe, ni aun en las almas de buena voluntad se informa debidamente toda su actividad por la vida sobrenatural. La vida del hombre es así una elección continua y progresiva por Dios —cada vez más conocido—, o contra Dios —cada vez más rechazado y resistido.

En el Evangelio, observamos que Jesús no rechaza a nadie que quiera seguirle, por imperfectas que todavía sean

sus disposiciones. Sólo algunas veces, más bien excepcionalmente, les hace una proposición inicial cruda de lo que les espera si le siguen, para que sepan a tiempo a qué atenerse (1).

Pero lo ordinario es que Jesús se vaya revelando progresivamente a quien le sigue; o, si se prefiere, el Padre progresivamente a quien le sigue; o, si se prefiere, el Padre progresivamente nos lo va desvelando. Si se propusiera del todo desde el primer momento, al ser nuestro amor incipiente tan pequeño, nos asustaría su seguimiento y lo abandonaríamos.

Es su amor el que le obliga a ocultársenos en parte. Espera que el trato incipiente con Él nos lo vaya haciendo tan ambla que nos facilite la admisión de las nuevas revelaciones acerca de Él y de la total renuncia a sí mismo que implica el seguirle. Por eso vemos que esta misma economía de revelación gradual la observó incluso con sus apóstoles.

Cada una de esas revelaciones de la fe nos descubre nuevos aspectos de Jesús en los que no reparábamos. Piénsese, por ejemplo, en el escándalo de sus apóstoles, al oírle hablar de su próxima pasión. Escándalo de que no está exento el mismo Pedro, pese a haber poco antes recibido del Padre la revelación de la Divinidad de Cristo (2). Si cuando Jesús le llamó para ser pescador de hombres (3) le hubiera ya revelado que aquel a quien iba a seguir acabaría crucificado, es bien probable que el mismo San Pedro hubiera vacilado en seguirle.

Cada una de esas nuevas revelaciones de la fe exige al alma una renuncia nueva al propio Yo, al apego a sus conceptos meramente racionales. El alma se enfrenta cada vez a una nueva elección libre entre sí misma y Cristo, cuyo resultado dependerá sobremanera del amor que haya atesorado en su anterior trato con Él. Por eso, teóricamente al menos, hasta el mismo morir, en que se nos hará la revelación plena, nuestra decisión puede cambiar.

Decimos *teóricamente*, porque *prácticamente* puede darse adhesión infalible del alma mucho antes de esa hora, siendo

(1) Mt.8,20; Lc.9,58-62
(2) Cf. Mt.16,17.18.21-23
(3) Mt.4,20

ya verdadera oveja de Jesús «que nadie arrebatará de su mano».

Pensamos que esa disposición —que sólo Dios infaliblemente conoce—, se da cuando el alma, aunque adherida a un Jesús todavía imperfectamente conocido por la revelación manifestada a ella, de tal modo ama ya al Jesús que por esa fe conoce, de tal modo se siente por Él seducida y de Él enamorada, que está ya actualmente dispuesta a renunciar a todo su Yo, según se la vaya manifestando, antes que renunciar a Jesús.

10. SE ILUSTRA LO DICHO COMO EL EJEMPLO DE LOS APÓSTOLES

Quizá el ejemplo de los Apóstoles pueda ilustrárnoslo.

Pedro, Santiago y Juan, no menos que Judas, durante mucho tiempo, tras seguir a Jesús y creer en Él, esperaban un reino temporal y terreno en que ellos ocuparían los primeros puestos de ministros. La revelación total de lo que implica el seguimiento de Jesús sólo la tendrán en la pasión; hasta entonces, incluso cuando Jesús se la anuncia, no acaban de entenderlo.

Pero Pedro, Santiago y Juan le amaban ya de tal modo —probablemente casi desde el principio de su vocación—, que estaban radicalmente dispuestos a renunciar a todas sus esperanzas humanas antes que separarse de Cristo. Esperaban de Cristo cosas humanas, satisfacción de ambiciones humanas; pero no le amaban por esas ambiciones, sino sobre todas ellas.

De tal modo estaban de Él prendados, que aunque amaban y deseaban lo terreno, nada les decía ya todo lo terreno si habían de poseerlo sin su Jesús: «A dónde iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creímos y conocimos que tú eres el Santo de Dios (1)» (Jn.6,69-70), dice Pedro a la pregunta de Jesús sobre si quieren abandonarlo.

Por eso, cuando Santiago y Juan piden los dos primeros

(1) Vulgata: Cristo, Hijo de Dios

puestos en el Reino, aunque Jesús públicamente se los deniega, no por eso vacilan en estar dispuestos a beber su cáliz, a morir por Él: muerte que era lo más opuesto a sus actuales esperanzas y ambiciones. Tan total, aunque imperfecto todavía, era el amor que le tenían. Con ambiciones satisfechas o defraudadas, lo que en ellos priva y lo domina todo es el ansia de estar con Jesús, de no perderlo.

Lo mismo San Pedro. Cuando Jesús les revela su pasión, futura, él le aborda a solas para decirle: «Lejos de Ti, Señor; en modo alguno será esto.» Esa pasión contrariaba a todo su concepto racional del Mesías. Por eso Jesús le dice delante de todos: «Ve tras de Mí (o: Aléjate de mí), Satanás: me eres piedra de escándalo; porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino sólo las que son propias de los hombres» (Mt.16,22.23). Pero es tal el amor de Pedro, tal su enamoramiento de Jesús, que esta reprensión nada le aleja de Cristo, antes le une más a Él. Debió decir con el Salmista: «Yo soy como jumento y mulo, pero yo estaré siempre contigo» (Salm.72,23).

En cambio, una reprensión mucho más suave y discreta (1) indujo a Judas a abandonarle y traicionarle (2).

Judas no sólo buscaba en Jesús la satisfacción de sus ambiciones –en lo que no difería de los otros Once—, sino que del logro de esas ambiciones hacía depender su adhesión a Jesús —y en eso difería abisalmente de los Once—. —

Y esa disposición no era de ahora, sino antigua (3). Probablemente nunca amó a Jesús por sí mismo, sino en cuanto puro medio de propio triunfo. Por eso, cada vez que sobrevenía una nueva revelación de Jesús, más se distanciaba de Él. Y cuando perdió toda

esperanza de que Jesús se amoldara a sus deseos, no vaciló en definitivamente abandonarlo, sacando de ese abandono todo lucro posible con la traición.

Nunca fue oveja de Jesús, porque nunca oyó su voz, sino la propia; nunca siguió a Jesús, sino a sí mismo. El Padre

(1) Jn.12,4-8
(2) Mt.26,14-16
(3) Cf.6,65 66.71.72

no le atrajo a Jesús, ni se lo reveló, porque nunca él se dejó libremente atraer, ni aceptó la revelación que se le hacía, antes expresamente la rechazaba por oponerse a sus planes racionales.

Por eso Jesús afirma explícitamente: «Guardé a los que Tú me diste, y ninguno de ellos pereció» (Jn.17,12), pues el hijo de perdición, Judas nunca fue llevado a Cristo por el Padre, por resistirse él a ser llevado (1).

11. MARAVILLOSA LABOR DE CAPTACIÓN DE MARÍA MADRE CON OVEJAS Y LOBOS

Pero adviértanse dos cosas.

La primera, que el ser verdadera oveja de Cristo no implica confirmación en gracia.

Los Apóstoles no parece la tuvieran hasta la venida del Espíritu Santo. Aunque decididos a seguir a Jesús, todavía en la última Cena estaban soñando con los primeros puestos, por lo que desfallecerán temporalmente durante la pasión.

La oveja puede perderse y extraviarse. Pero Jesús la buscará *hasta encontrarla* (2); y si es verdadera oveja, y no lobezno, al ser encontrada, se dejará tomar por Jesús sobre sus hombros, y sobre ellos volverá al redil.

Lo esencial para ser oveja no es pecar o no pecar, sino la íntima disposición del corazón que ante todo quiere no renunciar a Cristo. Por eso, porque somos pecadores, debemos decir todos: «perdónanos nuestras deudas», y «Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores». Aunque la adhesión puede ser ya tan plena que el pecado mortal, y con él la pérdida de la gracia, resulte prácticamente imposible, por desgracia no es esto precisamente la más frecuente.

La segunda, es que quienes como lobeznos viven entra las ovejas, o como viboreznos entre la simiente de la Mujer, pueden siempre, al contacto con Jesús y su Madre, que incansablemente se ofrecen a engendrarlos a nueva vida, cam-

(1) cf Jn.6,44.66-71-72
(2) Lc.15,4

biar su naturaleza de lobo y víbora por la de hijos de Dios e hijos de la Mujer.

Por eso Dios, ardientemente desosó de su salvación, los mantiene con sus hijos largo tiempo, sin decidirse a separarlos. Antes de cortar definitivamente el sarmiento estéril de la cepa en que está inserto, espera con paciencia inagotable para darle ocasión de producir frutos de amor.

En esta labor de captación destaca sobremanera el influjo de la Virgen con su amor de Madre.

En la misma familia natural, es el recuerdo del amor de la madre lo que más impide el rompimiento total y definitivo con la familia; es ese mismo recuerdo lo que más

contribuye a que los rompimientos posibles sean meramente temporales y no definitivos. Mientras se ame a la madre, o se la recuerda con cariño, acabará volviéndose y se reestablecerán las relaciones. Si la misma madre se volviere aborrecible, se hará de todo punto ya imposible el reintegrarse a la familia.

En esta labor de captación obrada por la Virgen María ocupan primer plano los dolores que por nosotros sufrió y sigue sufriendo, de los que hablaremos más adelante (1). Por eso le anuncia el anciano Simeón: «Y una espada atravesará tu alma, para que se revelen las disposiciones ocultas de muchos corazones» (Lc.2,35).

Al contemplar esos dolores y angustias de la Madre, por mínima que sea la disposición de amor que haya en el alma, acabará floreciendo y dando fruto. Si así no sucediere, quedará claro que esa alma no admitió amor alguno hacia su Madre, sino que libremente se centró en el egoísmo más absoluto.

Por eso todos los santos han considerado como prenda y garantía de salvación –no ciertamente de impecabilidad— el amor y tierna devoción a la Virgen María, si el alma persevera en ella.

Nuestra verdadera disposición secreta actual nos es des-

(1) véase MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

conocida hasta que se nos revele o manifieste. En tanto sólo Dios la conoce: sólo Él sabe si ya somos ovejas o permanecemos aún lobeznos; si somos ya simiente de la Mujer, o somos todavía viboreznos que participamos la naturaleza de la serpiente. Sólo Dios sabe si somos dignos de amor o de odio (1).

Por lo mismo, debemos incansablemente esforzarnos en asegurar, mediante el amor y la adhesión en fe, nuestra vocación de ovejas, nuestra elección de hijos de Dios. Es lo que nos exhorta San Pedro: «Por esto, más y más, hermanos, esforzaos en hacer segura o cierta y firme vuestra vocación y elección (2) obrando así evitaréis pecar. Pues así más abundantemente se os servirá la entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped.1,10-11).

12. EL CARIÑO Y DEVOCIÓN A NUESTRA MADRE, PRENDA Y GARANTÍA DE SALVACIÓN

El modo mejor de hacer segura, cierta y firme nuestra vocación de ovejas y nuestra elección de hijos de Dios, es fomentar el cariño y devoción a nuestra Madre, complacernos en Ella y en su amor, recordarla con agrado y nostalgia, invocarla con frecuencia, esperándolo todo de Ella. Mientras no se extinga el recuerdo de la Madre, ni el deseo de gozar de su presencia, permanecerá uno misteriosamente unido a la familia divina, por alejado que se encuentre de ella.

Ese es el sentido en que los santos mantuvieron siempre como indiscutible signo de predestinación la devoción a María. Eso lo que exigía San Juan Berchmans para ser verdadero hijo de María que no puede condenarse: «Poco, pero constante.»

Se requiere simplemente mantener encendida la simpatía hacia Ella, el recuerdo amoroso de Ella.

(1) Ecles. 9,1
(2) Así el original griego; la Vulgata, así como algunos Ms. Griegos añaden: “por las buenas obras”

Está escrito: «Todo el que invocare el nombre de Jesús será salvo» (cf Joel,2,32; Act.2,21; Rom.10,13). Pero será siempre más fácil invocar el nombre de la Madre —hiere menos nuestro orgullo cuando vemos no merecer la salvación, y es más atractivo a nuestro modo de ser—. Mas como «quien la encuentra a Ella hallará la Vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov.8,35), quien a Ella invoca se encontrará invocando en sus brazos el nombre de Jesús.

Cuán incansablemente hemos, pues, de repetir gozosos: «Santa María, Madre de Dios —y Madre nuestra—, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Por pecadores que seamos, Ella no desoirá esa plegaria nuestra tantas veces repetida, y en la hora de nuestra muerte vendrá a tomarnos en sus brazos para presentarnos a su Jesús. Si ninguna madre desoiría clamor tal de su hijo, menos Ella.

Si queremos, pues, asegurar nuestra salvación, siendo ovejas de Cristo que nadie arrebatará de su mano por nuestra disposición amorosa y confiada a dejarnos tomar en sus brazos cuando nos encuentre tras habernos perdido, no tenemos vía mejor —más aún: no nos queda otra vía que sentir perseverantemente a María como Madre nuestra, amarla y quererla como nuestra Madre.

Sabemos que, mientras perseveremos invocándola y amándola, Ella se portará como Madre nuestra, por pecadores que seamos, atrayéndonos con su inconmensurable ternura, y defendiéndonos con su prácticamente infinito poder, que es el mismo poder de su Hijo, del que la ha hecho depositaria, para que aplaste por nosotros y en favor y defensa nuestra la cabeza de la infernal serpiente, que busca seducirnos y envenenarnos con su baba de soberbia.

13. MODO DE ASEGURAR LA SALVACIÓN DE LOS QUE AMAMOS: HACERNOS CUANTO ANTES HIJOS DE MARÍA POR EL BAUTISMO Y SEMBRAR TEMPRANAMENTE EN ELLOS EL AMOR Y DEVOCIÓN A SU MADRE

Si queremos asegurar la salvación de las personas que nos son especialmente queridas, o especialmente nos han sido confiadas, llevémoslas a la devoción a María, y confiemos ciegamente en su eficacia.

Nadie debe sernos más querido, ni de nadie nos ha sido tan entrañablemente confiada la salvación como la de los hijos, cuya alma crea Dios confiando su cuidado a los padres.

Esa entrega a la salvación ajena debe análogamente extenderse —cual se extiende el mismo amor familiar—, a los hermanos, familiares y vecinos, y, finalmente, a todos aquellos con quienes convivimos, con quienes tratamos o nos relacionamos, y en quienes por consiguiente de modos mil podemos actuar e influir. Y a quienes no tratamos, los debemos ayudar por la oración, de modo que ningún hombre carezca de nuestra ayuda (1).

Si alguno de ellos se perdiere por nuestra negligencia, habremos de oír en el juicio la terrible pregunta hecha a Caín: «Caín, ¿dónde está tu hermano? » (Gén.4,9). No nos valdrá replicar —cual no le valió al mismo Caín— que no somos guardianes de nuestro hermano: pues sí lo somos; Dios nos ha hecho sus guardianes, nos ha encargado veláramos por ellos.

¡Qué terrible cuenta hemos de darle si no hacemos cuanto esté en nuestra mano para inculcarles el amor salvador a la Madre Celeste! ¡Cómo se engaña, y cuán míseramente, quien cree amar a la Virgen y no se consume en ansias y esfuerzos para comunicar ese

amor suyo a los demás a quienes trata, con ocasión y sin ella, oportuna e importunamente (2); o no llega con su influjo mediante la oración también a todos aquellos a quienes su actividad externa no puede alcanzar!

(1) 1 Tim.2,1-2
(2) 2 Tim.4,2

Devotos de María: no creáis que la amáis, si perdonáis algún esfuerzo, u os ahorráis alguna humillación, para hacerla amar a los demás. Como no amaría a su madre quien no pusiera todo su empeño en hacerla también conocer y amar por todos los demás hermanos —hijos también de ella—, cuando la olvidan, disgustan, o son díscolos e inafectuosos.

Ese cuidado para hacerla amar ha de iniciarse especialmente con los recién nacidos desde su mismo nacimiento, bautizándolos enseguida para hacerlos hijos de Ella, como Ella lo desea para poder acariciarlos como a tales, y como a hijos mimarlos.

Hoy cunde la pestífera idea de que debe retratarse el bautismo hasta que el mismo niño pueda elegir por sí mismo el querer ser hijo de Dios y de la Virgen o renunciar a ello. A veces los padres se dejan engañar, o retrasan el bautismo por no acertar a superar las dificultades que a él se oponen.

Pues bien: Hay la misma diferencia —respecto al amor filial— entre un niño bautizado recién nacido, y educado luego desde pequeño en el amor y práctica del cariño a María —por infantil que ese amor sea o se diga—, que la que hay, respecto al amor filial y sus ternuras y delicadezas, entre el niño adoptado de pequeñín, tratado con desvelos y mimos de hijo desde mucho antes del uso de razón, y el que sólo es adoptado ya de adulto y con su consentimiento.

Este adulto tendrá, en virtud de la adopción, derecho, si no la rompe, a la herencia de los padres adoptivos. Podrá incluso llegar a amarlos con un amor racional de hijo. Pero qué difícil es que llegue a tener verdadero corazón de hijo, sentir en todo como hijo, tener ternuras y delicadezas de hijo. Cuánto más fácilmente romperá el las relaciones filiales, si se oponen a su egoísmo, que el hijo que desde pequeñín —desde siempre— se sintió hijo, arropado por toda la ternura y desvelos de sus padres.

La Virgen quiere ser Madre de esos niños. Sólo siendo Madre –y se constituye en tal por el bautismo—puede pro-

piamente volcar en ellos sus ternuras, consuelos y desvelos de Madre. Y lo hace cuando nosotros todavía no podemos resistir libremente a su amor —resistencia libre que es lo único que pone en peligro la perduración de nuestra filiación—. Cuando nuestra libertad se despierte, nos encontraremos ya presos en su encantador amor de Madre, rodeados y como impregnados de su amor de Madre. Y nos será éste tan amable que nada podrá ya inducirnos a renunciar libremente a él, por muchas que sean nuestras miserias, egoísmos y pecados.

Por eso creemos es muy difícil se condene quien fue bautizado de niño. Y esa condenación se vuelve de todo punto imposible cuando, tras el bautismo, el cuidado y educación de padres y allegados les ha hecho conocer y sentir a los largo de su niñez y adolescencia el amor maternal con que la Virgen los ama, y como experimentarlo y gustarlo. Por eso se nos dice en los Proverbios: «el adolescente permanecerá en su camino; aun cuando se hiciere viejo, no se apartará de él» (Prov.22,6), Jeremías: «Bueno es para el hombre haber llevado el dulce yugo (del amor) desde su adolescencia» (Lam.3,27).

¡Y nosotros queremos, por un falso respeto a la libertad, hacer que pasen niñez y adolescencia en el desamor, para que ni de viejos sean capaces de llegar a amar de verdad! Cuando el mismo Dios quiso que incluso la filiación natural fuera sin elección libre por parte del hijo, para así más asegurar su posterior correspondencia y amor libre filial. ¿No interesará más asegurar la futura correspondencia libre del amor filial sobrenatural que nos ha de salvar? No pretendemos respetar más la libertad humana de lo que Dios la respeta.

14. EL VASO DE BARRO Y EL PRIMER LICOR QUE SE ECHA EN ÉL

Somos vasos de barro (1). El vaso de barro conserva largo tiempo —quizá siempre— el sabor y perfume del

(1) 2 Cor.4,7

primer líquido en el vertido. Si por primera vez se le llena de agua corrupta y maloliente, ya no servirá nunca más para beber agua sabrosa.

Por eso hay que ver el cuidado con que se hacen las mezclas del primer líquido que se vierte en los barriles de agua, para que, impregnados de él, den siempre buen sabor al agua que en ellos se conserve después para beber.

Si en nuestros niños echamos como primera agua de vida la gracia de la filiación divina y mariana, y luego los endulzamos y fortificamos con el conocimiento, amor y ternura de María durante los años de su niñez y adolescencia, por mucha inmundicia que luego en ellos se vierta, no podrá empaparlos ni cambiarlos. Conservarán siempre el perfume y el recuerdo del amor de su Mamá Celeste: bastará lavarlos para que recobren siempre el sabor primero.

Ese sabor y perfume que conservan, que ningún pecado, corrupción ni mancha podrá extinguir, les recordará siempre el amor de su Madre, haciendo finalmente que retornen a Aquélla, cuyo recuerdo amable les invade, cuya nostalgia les llena.

Mas si dejamos que sea la baba e inmundicia del demonio quien primero los llene en su niñez y adolescencia, la malicia diabólica los impregnará. Por más que los lavemos luego, y echemos en ellos el agua pura de la devoción a María, nunca logrará alcanzar en ellos su verdadera delicadeza y perfume, y así fácilmente acabarán perdiéndola, sin que nada quede en ellos que los atraiga de nuevo a gozar de sus caricias.

¡Cuántos pecadores han ido al cielo porque sus madres terrenas, o sus familiares, les hicieron sentir y gozar de pequeñines el amor celestial de la Virgen María, inculcándoles y haciéndoles sentir que todo el amor de la madre terrena no es más que participación y pálido reflejo del amor de la Madre del Cielo: regalo de esa misma Madre, que en el amor natural se manifiesta y como descubre al niño!

Bien podemos estar ciertos de que cuantos se condenen

es seguro que no hallaron quien les hiciera de pequeños hijos de María, enseñándoles luego a conocer y gozar sus ternuras maternales.

Muchos se habrán salvado que, sin culpa suya, sólo tarde la reconocieron como Madre, dejándose gozosos engendrar por Ella. Pero podemos estar seguros que ninguno de los que de niño y adolescente se sintió su hijo y se gozó en amarla y dejarse amar por Ella se sintió su hijo y se gozó en amarla y dejarse amar por Ella se ha jamás condenado.

Mas ¿cómo expresar el aroma y sabor indelebles que deja María en sus hijos, cuando la permitimos darles el Cuerpo y la Sangre de su Hijo antes de que la malicia personal los haya contaminado?

¡Qué tesoros de salvación niegan a sus hijos los padres que, con falaces pretextos de una mejor preparación o una mayor solemnidad externa, retrasan —o dejan que otros les retrasen— su primera Comunión, dejándoles conocer antes el pecado!

El primer licor —verdaderamente pestilente— del vaso del alma es el pecado original. Por eso de tal modo nos impregna que sus resabios sólo en el cielo desparecen del todo. No permitamos que esos resabios se confirmen y hagan aún peores dejando que la primera actividad personal de nuestros hijos sea también pecado: todos los ríos que en ellos se viertan no bastarán entonces a quitarles el sabor putrefacto.

Que el primer licor que nosotros derramemos en el alma del niño sea la gracia por el Bautismo, el Santísimo Cuerpo de Cristo y su preciosa Sangre por la Comunión, antes de que ningún pecado personal haya podido todavía malearlos. Entonces, el sabor de ese Cuerpo, alimento preciosísimo del alma, por nada será anulado. Antes Él irá anulando el resabio del pecado original, así como el de los pecados personales que después cometamos. Su eficacia infinita lo vencerá y como anegará todo, hasta florecer puro y sin mancha en el Cielo, del cual nos es ya prenda.

Si toda comunión bien hecha es «prenda de futura glo-

ria», ninguna es prenda tan segura como la que hace el niño que personalmente aun no ha pecado: su vaso conservará siempre el perfume de vida eterna. Y Jesús no se dejará despojar de la posesión del corazón que a Él antes que a nadie se ha entregado, como a primer Dueño y Poseedor.

15. SÚPLICA A LOS PADRES CRISTIANOS

Por eso suplicamos desde aquí a todos los padres cristianos que, siempre que encuentren dificultades oficiales o retardos en el bautismo de sus hijos, si de verdad los quieren bien y desean su salvación, los bauticen ellos mismos, o los hagan bautizar por algún seglar amigo competente.

Precisamente por ser tan necesario y útil ese bautismo pronto, no quiso Dios hacerlo depender del capricho de unos pocos, por cualificados que fueran. Antes dio a todos los hombres el poder de conferir este sacramento, mientras lo hagan con el agua natural y la forma debida, y con intención de hacer lo que hace la Iglesia o lo que Cristo instituyó. Por eso escogió también como materia de este sacramento el agua, que es el elemento más abundante y más a mano de todos.

Padres cristianos: no dejéis dormir y como ocioso este poder sacramental que Dios os ha dado, cuando el bien de vuestro hijo, desatendido por otros, así lo exija. Ni retraséis tampoco la Primera Comunión de vuestros hijos, que podéis hacer sencillamente sin que nadie se entere y sin contar con nadie.

E igualmente, si amáis a vuestro hijo y deseáis su salvación —que Dios en gran parte ha puesto en vuestras manos—, no esperéis a que otros les hagan conocer y amar a su Madre del Cielo: nadie mejor que vosotros podrá dársela a conocer, hacérsela como ver y gustar en vuestro mismo amor.

Cuando los que debieran por oficio no quieran ayudaros en ello, recordad que entonces la misión es exclusivamente

vuestra. Como la sociedad debe ayudar a los padres en la alimentación, crianza y educación de sus hijos. Mas si la sociedad fallare, no por eso deben desentenderse los padres, sino más bien multiplicarse en entrega a sus hijos y cuidado de ellos.

CAPÍTULO VI

MARÍA, MADRE DE TODA LA IGLESIA

> «(Plugo a Dios) reconciliar por Él todas las cosas en Él mismo, pacificando por la sangre de su Cruz tanto las creaturas de la tierra como las del cielo.»
>
> (Col.1,20)

> «Quien sea y se sienta pequeñín, que venga a Mí»
>
> (Prov.1,20)

> «A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas acariciados.»
>
> (Is.66,12)

1. MARÍA, VERDADERA MADRE DE LOS ÁNGELES

Dejando ya de lado la realidad y propiedad de la Maternidad de María con relación a los hombres, cuyo ámbito esperamos haber adecuadamente circunscrito, pasemos a su relación maternal con respecto a los ángeles. Nos interesa naturalmente menos, y así lo trataremos brevemente.

María es Reina de los ángeles, y así lo confiesa explícitamente la Iglesia en las Letanías Lauretanas que se rezan tras el Rosario.

¿Es María, no sólo Reina, sino también Madre en verdad de los ángeles, transmisora propiamente a ellos de la vida divina, de la gracia y luz de gloria que los hace hijos de Dios?

La respuesta depende de si los ángeles deben la vida divina al Verbo encarnado, pues todo y solo cuanto se debe al Verbo encarnado se debe también a su Madre Santísima, por la asociación en todo y siempre que hay entre los dos.

Toda participación de la vida divina deriva del Verbo, Hijo de Dios. Esa vida consiste en el conocimiento revelado de Dios: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste». (Jn.17,3). Pero Jesús mismo nos dice: «Nadie —por tanto tampoco los ángeles— conoció al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quisiere revelar» (Mt.11,27).

Es por consiguiente evidente que la vida divina deriva a los ángeles del Verbo y por el Verbo.

¿Deriva también del Verbo precisamente en cuanto encarnado, es decir, de Cristo, Dios y hombre verdadero, nacido de la Virgen María?

La Teología y los mismos Documentos eclesiásticos se han naturalmente preocupado más de la acción de Cristo en los hombres que en los ángeles, lo que explica la variedad de opiniones.

Pero creemos consta de modo suficiente por las fuentes reveladas que también los ángeles deben su vida divina al Verbo encarnado, a Cristo Jesús.

No sólo se nos dice de modo general, sin limitarlo a los hombres, que la vida divina entraña el conocimiento de Jesucristo, enviado por el Padre (1), de modo que no se da sin este conocimiento del Verbo encarnado, sino que el mismo San Pablo nos afirma claramente que los mismos ángeles deben su vida eterna, su paz y unión con Dios, a la sangre de la cruz —evidentemente del Verbo encarnado—:

(1) Jn.17,3

«Plugo a Dios) reconciliar por Él y en Él todas las cosas pacificando por la sangre de su cruz tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos» (Col.1,20).

Esa vida eterna la obtienen, no menos que nosotros, al incorporarse a Cristo, Verbo encarnado, como a Cabeza: «Nos dio (Dios) a conocer el misterio de su voluntad… que se propuso vincular a Cristo como a Cabeza —de la que a todos los miembros deriva la vida— todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos» (Ef.1,9-10).

Parece, pues, evidente que los ángeles reciben la vida sobrenatural y eterna de Cristo, Verbo encarnado; y así son verdaderamente engendrados por la Virgen María, como miembros del Hijo Divino que Ella engendrara, y que es Cabeza de todos ellos.

Por eso la misma Iglesia nos ha enseñado que es «Madre de la Iglesia»: Iglesia a la que pertenecen también los ángeles, miembros ya gloriosos de la Iglesia triunfante.

Al enseñarnos que es Madre de la Iglesia en toda su amplitud, parece decirnos claramente es Madre de cuantos forman parten de Ella como miembros, y por consiguiente también de los ángeles.

Lo mismo se nos sugiere en Apocalipsis (1). Cuando se abre el templo de Dios —la esencia divina— para manifestarse de los ángeles (2), la manifestación o revelación divina se hace a ellos por medio de la Mujer vestida de sol, que lleva al Verbo en sus entrañas, y comunica su luz a los ángeles (3). La luz divina, y por tanto el conocimiento divino, se revela a ellos mediante y por la Mujer, madre del Mesías.

Se salvan los ángeles que aceptan recibir de Ella esa luz y vida, que aceptan ser engendrados por Ella, debiéndole a Ella su ser sobrenatural. Se condenan los ángeles que renuncian a recibir de Ella la luz divina que la viste, convirtiéndose en demonios para siempre. Es, pues, Ella verdadera transmisora de la vida divina también a los ángeles.

(1) 11,19-12,20
(2) Ap.11,19
(3) Ap.12,1

2. DIFERENCIAS NOTABLES DE MATIZ ENTRE LA MATERNIDAD DE MARÍA CON RELACIÓN A LOS ÁNGELES Y SU MATERNIDAD CON RELACIÓN A NOSOTROS

Su Maternidad con relación a los ángeles, siendo igualmente propia que la nuestra, tiene con ésta dos diferencias notables, que matizan su amor materno a nosotros con una especial ternura.

La primera es la semejanza de su naturaleza humana con la nuestra, aunque no nos transmita nuestra naturaleza humana natural. Ello hace que nos sea como connatural sumergirnos en su Maternidad. Diríamos que en esa su Maternidad sobrenatural queda como subsumida y englobada nuestra misma filiación natural.

La segunda es que los ángeles, así como en su ser natural salen perfectos de las manos de Dios, así en su ser sobrenatural salen ya perfectos hijos de Dios del seno de la Virgen María.

Mas nosotros, así como en nuestra filiación natural nacemos imperfectísimos, necesitando de múltiples cuidados y ternuras para conservar, desarrollar y llevar a perfecto florecimiento el ser por la filiación recibido, así en nuestra filiación sobrenatural de la Virgen María nacemos imperfectísimos, obligándola a todo género de cuidados y desvelos por nosotros, obligándola a todo género de cuidados y desvelos por nosotros, obligándola a todo género de cuidados y desvelos por nosotros, a todo género de preocupaciones y dolores, hasta que lleguemos a la vida sobrenatural perfecta en el cielo.

Esto da a su amor maternal hacia nosotros un tinte de ternura y afectuosidad que nunca se dará con relación a los ángeles.

Para ver la diferencia a favor nuestro, baste pensar la diferencia que había en las relaciones filiales-maternas si los hijos naciesen de sus madres en estado perfecto y ya adulto, sin necesidad de ulteriores cuidados, en vez de nacer del todo necesitados e impotentes.

Pág. 120

Es la debilidad con que los hijos empiezan su existencia la fuente de donde brota abundoso el amor de la madre a ellos, y donde se forma el amor de ellos a su Madre. La debilidad en el principio y origen del desarrollo y crecimiento del amor.

Por eso, no envidiemos a los ángeles, ni su perfección inicial. Antes gocémonos de la debilidad e impotencia total con que nuestra vida sobrenatural empieza, y de la lentitud con frecuencia desesperante de su desarrollo, pues gracias a ello se modifica en ternuras incomprensibles el amor a nosotros de nuestra Dulce Madre. Gracias a ello también, aprendemos nosotros a amarla, a conocerla, a tratarla, al contacto constante con su amor paciente y desvelado.

Este matiz de su amor maternal a nosotros, y de nuestro amor filial a Ella, formado en nuestra debilidad extrema, durará luego toda la eternidad, constituyendo tanto nuestra propia delicia como la de nuestra Mamá Celeste.

Bien vale la pena pasar por tanta debilidad mientras nos formamos hijos de Dios en el seno de María, si gracias a ella va a revestir tanta ternura y dicha eterna el amor en que nos sentiremos sumergidos.

3. LA PROCLAMACIÓN INSISTENTE DE MARÍA COMO MADRE DE LA IGLESIA, SIGNO CLARO DE LOS TIEMPOS EN QUE ESTAMOS: LA DEBILIDAD COLECTIVA ACTUAL DE LA IGLESIA MILITANTE LA HACE SENTIR MÁS VIVAMENTE QUE NUNCA CUANTO NECESITA DE SU MADRE.

Observamos cómo desde los tiempos más remotos, tanto los santos como los simples cristianos, invocaron como Madre a María, la trataron como Madre, confiaron en Ella comop en verdadera Madre.

La Iglesia lo sabía, dejándolos hacer, con lo que ciertamente aprobada su conducta. Pero, como Iglesia, tardó en pronunciarse al respecto. Salvo algunas fórmulas litúrgicas

Pág. 121

más bien parcas, guardó, según vimos, silencio absoluto.

Solo últimamente, tras Pío IX, y especialmente desde León XIII, insiste cada vez más en su Maternidad, hasta acabar con Pablo VI reconociéndola solemnemente como

«Madre de la Iglesia». Y como Madre hace que los fieles la invoquen en la Liturgia, especialmente en el Nuevo Breviario (1).

Lo que obliga al hijo a recurrir a su Madre es la debilidad en que se encuentra. El cristiano, como individuo particular, siempre se sintió y fue débil: siempre necesito del cariño y protección de la Madre. Por eso la invocó siempre y la tuvo como Madre, y a Ella como Madre recurrió en todas sus aflicciones.

Mas considerada la Iglesia colectivamente, pasó muchos siglos sin experimentar esa debilidad. No se sentía como a punto de ser anegada por el mundo. Es natural no sintiera entonces tan viva la necesidad colectiva del cariño y protección materna, aunque siempre atribuyó a esa Madre la victoria sobre todas las herejías.

Mas ahora se siente la Iglesia colectivamente en la misma debilidad y miseria que el cristiano individual: como amenizada de ser tragada por el mundo, como barca que va a hundirse con naufragio inevitable en proceloso mar. Es así del todo natural sea ahora cuando más vivamente ha sentido la necesidad de volver a refugiarse, aun colectivamente –«Madre de la Iglesia»—, en el regazo de su Madre.

La iluminación creciente de la Maternidad sobrenatural de María en los últimos tiempos es así verdadero «signo de los tiempos»: el más significativo de todos ellos.

Nos indica que así como la salvación individual dependió siempre de nuestro abandono y entrega a la Virgen nuestra Madre, asi también ahora la salvación, vida y sobrevivencia

(1) Cf., por ej.: 31 mayo, Himno de Vísperas I y II, Preces, Lectura del B. Aelredo y de Lumen Gentium; Santa María in Sabbato, Sermón del B. Guerrico, Lumen Gentium, Antífona del Benedictus, Preces, etc.

de la Iglesia depende de que se ponga toda ella filialmente en el seno y regazo de su Madre Celeste. En su debilidad a Ella recurre: en Ella encontrará refugio, triunfo y salvación.

De ahí que la Iglesia nos exhorte tanto hoy a mirarla y amarla como a Madre. Y por eso también el mundo y el demonio, yendo contra esa enseñanza de la Iglesia, hacen lo posible y lo imposible para silenciar a la Virgen María en la economía de nuestra salvación.

Por eso, si queremos ayudar a la Iglesia, difundamos su doctrina sobre la Maternidad universal de María. Si queremos salvar a las almas, enseñémoslas incansablemente a recurrir a María como a su Madre.

Pues si la misma Iglesia como tal no podría subsistir, sino en cuanto protegida y escondida en el seno y regazo de María, cuánto menos podrá subsistir y conservar su vida sobrenatural el cristiano individual si no se refugia en el seno de esa Madre y a Ella totalmente se confía.

LIBRO II

MADRE VIRGEN

«Reuniendo los goces de la Maternidad con el honor de la Virginidad, ni se vio antes de Ella semejante, ni se verá después.»

(Liturgia de Navidad)

Pág. 125
Pág. 126

La Maternidad de María es virginal. De esta virginidad de su Maternidad —tanto con relación a Jesús como con relación a nosotros, pero sobre todo con relación a Jesús— trata el presente Libro.

Primero se demuestra la virginidad de esa Maternidad, tanto por la fe de la Iglesia (cap.I), como por la Escritura (cap. II): antes del parto, en el parto, y después del parto.

A continuación se insinúa la grandeza y perfección insondable que la Virginidad confiere a la misma Maternidad de María (cap. III).

Luego se intenta profundizar más esa grandeza (cap. IV). Más aquí se entra en razonamientos y reflexiones no fácilmente asequibles: puede el lector saltarlo. Queremos sea este un libro de piedad, no de teología —aunque siempre tengamos presente ante los ojos a ésta—: pero era inevitable que si ahondábamos algo en el misterio, tropezáramos con cuestiones en gran parte teóricas. El lector bastará que lea los epígrafes de los párrafos de este capítulo, y, si alguno le seduce como apto para su piedad, que lo lea.

En el capítulo V, se recogen las consecuencias del capítulo anterior: está expuesto de modo asequible a todo lector, y en modo que fomente su piedad mariana.

El Libro acaba con un capítulo (cap. VI), dedicado a la Maternidad virginal de María con relación a nosotros, que esperamos mueva al lector a abandonarse más y más a Ella, entregándosele con filial confianza y tierno amor, así como

Pág. 127

a agradecer, cual debe, al Corazón de Jesús, el haberle hecho donación de tal Madre, de su Madre.

Son esos dos amores —al Corazón de Jesús y a nuestra Madre— lo que ardientemente ansiamos hacer crecer en todos los lectores.

Pág. 128

CAPITULO PRIMERO

MARÍA SIEMPRE VIRGEN EN LA FE DE LA IGLESIA

«*Si alguno no confiesa, conforme a la doctrina de los Santos Padres, que la Santa y siempre Virgen e inmaculada María es propiamente y según toda verdad Madre de Dios, y por tanto que Ella verdaderamente y de modo peculiar (o singular) concibió del Espíritu Santo, sin*

semen humano, en los últimos tiempos, al mismo Verbo de Dios, que nació del Padre antes de los siglos, y que Ella lo engendró sin corrupción, permaneciendo indisoluble su virginidad también después del parto, sea condenado.»
(Conc. Lateranense, año 649, bajo el Papa San Martín I, can,3 Denz.256)

«*Y se encarnó de María Virgen, por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre.*»
(Símbolo Niceno-Constantinopolitano, Denz.86)

Pág. 129

1. MARÍA, MADRE SIEMPRE VIRGEN

La virginidad puede considerarse en sentido físico o corporal, y en sentido espiritual —como ausencia de todo egoísmo en el amor.

En este Libro II nos ceñimos a la virginidad de María entendida en su sentido físico.

Respecto a ella, la fe de la Iglesia es clara y perseverante:

La Virgen María, es Virgen antes del parto, en cuanto concibió a Jesús sin obra de varón.

Es Virgen en el parto, en cuanto el nacimiento de Jesús en nada corrompió o modificó el estado virginal del cuerpo de María: los Santos Padres comparan el nacimiento de Jesús con la salida del sepulcro sin romper los sellos de la piedra que lo cerraba; con su aparición a los apóstoles, encerrados en el Cenáculo, sin abrir las puertas; con el rayo de luz (Jesús «Luz del mundo») que atraviesa el cristal sin romperlo ni rasgarlo.

Es Virgen después del parto, en cuanto jamás conoció unión carnal alguna, o complacencia sexual de ninguna clase.

Todo esto lo proclama la Iglesia como de *fe católica*. Y así, cualquiera que niegue esa virginidad de María —en cualquiera de los tres aspectos— deja por el mismo hecho de pertenecer a la verdadera Iglesia, deja de ser católico.

En una palabra, María es la *Siempre Virgen*, cual repetida y hasta machaconamente la proclama la Iglesia. En todos sus aspectos, y siempre.

«La Virgen» es su nombre, que como tal le conviene desde que empieza a existir hasta siempre, por eternidad de eternidades.

Es necesario que el cristiano, especialmente en estos tiempos en que tantos cantos de sirena amenazan seducirlo y confundirlo, tenga bien presente esta fe de la Iglesia, para que nadie ni nada le haga en ella vacilar.

Sepa que se trata de una verdad de fe, revelada por Dios y proclamada por su Iglesia, ante la cual nada puede ni

Pág. 130

debe aducir la razón humana, si no es simplemente adherir con humildad a lo que Dios ha revelado ser su designio y voluntad para gloria de su Hijo Unigénito, y para honor de la Madre de ese Hijo.

Por eso juzgamos útil darle en primer lugar una breve selección de los Documentos en que la Iglesia profesa esa creencia de fe, para que nadie, si cae en error, pueda admitir excusa en su ignorancia, al a sabiendas preferir el testimonio de los hombres al testimonio de Dios.

2. VIRGEN ANTES DEL PARTO

La Iglesia cree dogma de fe revelado que María concibió virginalmente a Jesús:

«Y se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen, y se hizo hombre» (1).

«Santificó el vientre de la Bienaventurada Virgen María, y de ella tomó verdadero ser de hombre, sin ser engendrado por semen viril» (2).

«Si alguno no confiesa que Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por tanto la Santa Virgen María es Madre de Dios… sea anatema» (3).

«Engendrado con nuevo nacimiento: por cuanto la inviolada virginidad desconoció la concupiscencia, y suministró la materia de su carne…; engendrado del vientre de la Virgen» (4).

«Creemos que la Persona del Hijo… tomó el ser verdadero hombre, aunque sin pecado, de la Santa e inmaculada Virgen María, de la cual fue engendrado con modo nuevo y con nuevo nacimiento... Fue engendrado con nuevo nacimiento, porque la intacta virginidad desconoció el coito

(1) Símbolo Niceno-Constantinopolitano, año 381, Denz.86
(2) Símbolo del Conc. Toledano I, año 400, Denz. 20
(3) Anatematismos de San Cirilo de Alejandría contra Nestorio, canon 3, Denz. 113
(4) San León I papa, Epístola dogmática contra Eutiques, año 499, Denz. 144

viril, y fecundada por el Espíritu Santo prestó la materia de su carne» (1).

«Engendrado del Padre antes de los siglos según la Divinidad, en los últimos días engendrado según la humanidad del Espíritu Santo y de María Virgen, propia y verdaderamente Madre de Dios» (2).

3. VIRGEN EN EL PARTO

Según reiteradamente afirma la Iglesia, Cristo no sólo es concebido por una Virgen, sino que *nace* de una Virgen, lo que implica la virginidad en el parto, pues «si al nacer Cristo corrompiese la virginidad de su Madre, ya no nacería de una Virgen, y entonces falsamente, lo que es imposible, afirmaría toda la Iglesia que Él nació de la Virgen María» (3).

«Nacido por obra del Espíritu Santo de María Virgen» (4).

«Que descendió de los cielos, y se encarnó de la Santa gloriosa Madre de Dios y siempre Virgen María, y nació de ella» (5)

«Creo también que el mismo Hijo de Dios Padre… en el tiempo nació del Espíritu Santo de María siempre Virgen» (6).

«Creemos que el mismo Hijo de Dios… nació en el tiempo del Espíritu Santo y de María siempre Virgen» (7).

Mas no se limita la Iglesia a inculcarnos que Jesús nació de una virgen, sino que de modo explícito nos enseña también frecuentemente el parto virginal:

«El cual parto (de la Virgen), ni lo alcanza la razón, ni se pude demostrar por ejemplo alguno: pues si por la razón se entendieses, no sería admirable; y si con ejemplo

(1) Conc Toledano, año 675, Denz. 282
(2) Conc. Constantinopolitano III, año 680-681, Denz.290
(7) San Agustín, *Enchiridion*, cap.34, ML. 40,249
(4) Símbolo Apostólico, Denz.2,6
(5) Tres Capítulos, can. 2, ca. Año 553, Denz. 214

(6) San León IX papa, Símbolo de la fe, año 1053, Denz.344
(7) Conc. De Lyon II, año 1274, Denz. 462

se pudiese ilustrar, no sería singular (1).

«Sin semen lo concibió del Espíritu Santo, y sin corrupción lo parió, permaneciendo indisoluble también después del parto su virginidad» (2).

«(Dios) a la Virgen que había parido sobrenatural e inefablemente, la conservó virgen después del parto, en nada cambiada o disminuida según la naturaleza su virginidad» (3).

«De la cual tomó (Cristo) la carne de nuestra mortalidad… de modo que sin embargo permaneciese tras el parto, virgen inmaculada» (4).

Finalmente, Pablo IV declara simplemente herejes y negadores de los mismos fundamentos de la fe a quienes crean «que la B. Virgen María no es verdadera Madre de Dios, o que no perseveró siempre en la integridad de la virginidad, a saber, antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto» (5).

4. VIRGEN PERPETUA DESPUÉS DEL PARTO

Reiteradamente ha enseñado la Iglesia, y solemnemente definido en sus Concilios, que María fue *siempre virgen*. En consecuencia, virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Especialmente en ningún modo podría ser *siempre virgen*, si hubiera perdido la virginidad en cualquier tiempo después de dado a luz su Hijo Jesús.

«Perfectamente engendrado (Cristo) de María siempre virgen por obra del Espíritu Santo» (6).

«Enseñamos que los hombres católicos deben confesar

(1) Conc. Toledano XI, año 675, Denz. 282
(2) Conc. Lateranense I, año 649, Denz. 256
(3) (Profesión de fe del Patriarca de Constantinopla Nicéforo, presentada por éste a San León III papa, el año 811, aceptada por el Papa, Denz. 314 a, nota 3)
(4) Sixto IV, año 1476, Denz 734
(5) Cons. *Cum quorumdam*, año 1555, Denz. 993
(6) Símbolo de Epifanio, m. 403, Denz. 13

que la gloriosa santa María siempre virgen propia y verdaderamente es Madre de Dios, y Madre del Verbo encarnado en Ella» (1).

«Si alguno no confiesa… que Dios Verbo bajó del cielo y se encarnó del Espíritu Santo y de María siempre Virgen, y se hizo hombre… sea condenado» (2).

«Creemos que el mismo Hijo de Dios… nació en el tiempo del Espíritu Santo y de María siempre Virgen» (3).

5. MARÍA VIRGEN PERPETUA ANTES DEL PARTO, EN EL PARTO Y DESPUÉS DEL PARTO

Por tratar complexivamente de todos los aspectos de la virginidad de María en su conjunto, terminemos transcribiendo tres textos:

a) La respuesta del Papa San Siricio a una consulta de Anysio, obispo de Tesalónica, año 392: «Ciertamente no podemos negar que con todo derecho has reprendido a quienes atribuyen hijos a María, y que con razón vuestra santidad se sintió

horrorizado de que del mismo vientre virginal del que según la carne nació Cristo hubiera salido otro parto. Pues no hubiese el Señor
Jesús elegido el nacer de una virgen, si hubiese juzgado que había de ser tan incontinente que manchase con semen de unión humana la fuente que dio a luz el Cuerpo del Señor, la morada del Rey eterno. Quien esto afirma, no otra cosa afirma que la perfidia de los judíos, que dicen no pudo nacer de una virgen. Y si quieren avalarla diciendo que reciben esta doctrina de la autoridad

(1) Juan II, papa, Epístola *Olim quidem*, a los senadores de Constantinopla, año 534, Denz. 202
(2) Conc. Lateranense IV, año 1215, definición dogmática contra Albigenses, Denz. 429
(3) Conc. De Lyon II, año 1274, Denz. 462

de los sacerdotes —de modo que parezca que María tuvo muchos partos—, debe decirse que con ello intentan atacar la verdad de la fe con mayor empeño que los mismos judíos» (1).

Claramente afirma aquí el Papa —confirmando la fe del obispo de Tesalónica— que Jesús nace *de un vientre virginal*, que quiso ser concebido y nacer de una virgen, y que María permaneció después siempre virgen, sin experiencia de unión alguna humana. Y quien cualquiera de estas cosas negare, nos dice el Papa, ataca la verdad de la fe, ya no es cristiano sino judío, y aun peor que judío.

b) La definición del Conc. Lateranense, bajo el Papa San Martín I, año 649: «Canon 3. Si alguno no confiesa, siguiendo a los Santos Padres, propia y según toda verdad Madre de Dios a la santa y siempre Virgen e Inmaculada María, por cuanto al Verbo de Dios, nació del Padre antes de todos los siglos, Ella, en los últimos tiempos lo concibió verdaderamente y de modo singular, que sin simiente por obra del Espíritu Santo, y lo parió sin corrupción alguna, permaneciendo su virginidad indisoluble también después del parto, sea condenado» (2).

También aquí se define claramente: la concepción virginal, el parto virginal, la virginidad perpetua posterior.

Incorporado este canon en la Carta del papa San Agatón a los emperadores con ocasión del Conc. Constantinopolitano III, recibió, junto con la Carta la aprobación de este VI Concilio Ecuménico. Representa así su doctrina la enseñanza de toda la Iglesia, tanto occidental como Oriental.

c) Finalmente, Pablo IV (3) declara, no sólo como herejes, sino como «negadores de los fundamentos de la misma fe católica» a cuantos hasta ahora afirmaron, dogmatizaron o creyeron: Que Dios no es trino en Personas en unidad de sustancia del todo simple e indivisa, y uno con una misma simple esencia de la Divinidad; o que Nuestro Señor no es Dios verdadero de la misma substancia en todo con el Padre y el Espíritu Santo;

(1) Denz. 91
(2) Denz. 256
(3) Const. *Cum quorumdam*, año 1555

o que Él mismo no fue concebido según la carne en el vientre de la Beatísima y siempre Virgen María por obra del Espíritu Santo, sino del semen de San José como los demás hombres; o que el mismo Señor y Dios nuestro Jesucristo no soportó muerte acerbísima de cruz, para redimirnos de los pecados y de la muerte eterna y reconciliarnos al Padre para vida eterna; o que la misma Beatísima Virgen María no es verdadera Madre de Dios,

ni permaneció siempre en la integridad de la virginidad, a saber, antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto. A todos ellos, de parte del Padre Omnipotente y del Hijo y del Espíritu Santo, en virtud de nuestra apostólica autoridad, requerimos y amonestamos... » (1).

La conjuración no puede ser más solemne, por lo que es evidente que el Papa usa de toda su autoridad de Pastor y Maestro. Y la virginidad perpetua de María —antes, en y después del parto—, se pone entre las verdades fundamentales de la fe cristiana, en la misma línea que la Trinidad, encarnación del Verbo, y redención del género humano.

6. LA FE DE LA IGLESIA EN LA VIRGINIDAD DE MARÍA, VIVIDA EN LA ORACIÓN LITÚRGICA

Lo que la Iglesia ha enseñado a los fieles, y solemnemente definido acerca de la Virginidad perpetua de María — antes del parto, en el parto, y después del parto—, eso mismo ha Ella profesado y vivido hasta el día de hoy en la práctica de su oración litúrgica oficial.

La oración litúrgica u oficial de la Iglesia se encuentra principalmente –casi exclusivamente— en la Santa Misa y en el Breviario u Oficio divino, que en nombre de ella han de rezar *todos los sacerdotes*.

Prescindimos de los textos del Misal, por estar al alcance de todos los cristianos. Nos ceñiremos así al Breviario, y aún aquí nos limitaremos al *Nuevo Breviario*.

(1) Denz. 993

En efecto, no es del todo infrecuente que los fieles oigan que la enseñanza de la Iglesia ha cambiado por lo que mira a la Virginidad de María. Mas si en el nuevo Breviario, promulgado por Pablo VI, se sigue inculcando continuamente esa virginidad, antes del parto, en el parto y después del parto, ningún cristiano podrá dejarse engañar por tales rumores, o razonablemente vacilar en su fe: la enseñanza de la Iglesia es inmutable; y Cristo el mismo ayer, hoy y siempre.

Y si, por desgracia, incluso algún sacerdote intentara hacer vacilar en su fe a los cristianos de que cuida, ésos podrán darse cuenta de que, o el tal sacerdote no ora ya ni reza las oraciones prescritas por la Iglesia —con lo que en cierto modo ya está separado de Ella—; o, si todavía las reza, es hipócrita, pues dice con los labios lo que ya no cree en su corazón.

Y más que hipócrita, perjuro. Pues, siendo la oración dirigida a Dios, quien reza el Breviario y no cree en las fórmulas de oración que sus labios pronuncian, está diciendo y testificando con sus labios a Dios lo que en su corazón no cree: está mintiendo a Dios. Y así el cristiano que en algún modo le hiciere caso, o por él de dejare influir, sepa que sigue a un hipócrita y perjuro, prefiriendo su palabra a la de la Iglesia y a la de Dios.

Tiempo de Navidad. Los himnos de Vísperas y Laudes de este tiempo llevan siempre por conclusión: «Sea a Ti, Jesús, la gloria, que naciste de la virgen…»

«Recuerda que tomaste la forma de nuestro cuerpo, naciendo de la virgen incontaminada» (1).

«Fruto de la virgen Santa y sin mancilla» (2).

«Cantemos al Príncipe Cristo, nacido de María virgen… la gracia celeste entra en las entrañas de la cerrada Madre… intacta, sin conocer varón, por su sola palabra concibió al Hijo» (3).

Día 25 de diciembre: «Hoy el Rey de los cielos se dignó nacernos de la Virgen» (4).

(1) Himno de Vísperas
(2) Himno de Maitines
(3) Himno de Laudes
(4) Responsorio de Maitines

Día 27 de diciembre: «Por Ti, Virgen María, se cumplieron todos los anuncios que de Cristo vaticinaron los profetas: virgen concebiste, virgen diste a luz» (1).

Día 28 de diciembre: «La Santa e intacta virgen nos dio a luz a Dios, vestido de tiernos miembros, al que Ella misma mereció amamantar» (2).

Día 29 de diciembre: «El rey de los cielos se dignó nacer de la Virgen» (3):

Domingo II después de Navidad: «Virgen siempre fiel, aunque dio a luz al Verbo encarnado, virgen permaneció también después del parto, y a Ella todos alabamos diciendo: Bendita tú entre todas las mujeres» (4).

Festividad de la Maternidad de María (5): «Oh dichoso nacimiento aquél, cuando la Virgen María, hecha fecunda por el Espíritu Santo dio a luz nuestra salvación, y el Niño Redentor del orbe nos mostró su sagrado rostro… Cantemos gloria a Cristo, nacido de Madre virgen» (6).

«Oh admirable comercio! El Creador del género humano, tomando cuerpo animado, se dignó nacer de la Virgen: y procediendo hombre sin simiente, nos ha dado su Divinidad. Cuando inefablemente naciste de la Virgen, entonces se cumplieron las Escrituras: como lluvia descendiste en el vellón para salvar al género humano. Te alabamos, Dios nuestro. En la zarza que Moisés viera arder sin consumirse, reconocemos conservada tu admirable virginidad. Madre de Dios, intercede por nosotros (7).

«La raíz de Jesé floreció, y la vara germinó su fruto; fecunda nos dio su parto, y Madre virgen permanece» (8).

«Bienaventurada eres, Virgen María, que llevaste en tu seno al Creador del mundo: diste a luz al que te hizo, y eternamente permaneces virgen» (9).

«Santa e inmaculada Virginidad, no sé con qué alabanzas ensalzarte: porque a Aquél a quien los cielos no podían con-

(1) Antífona al Magnificat
(2) Antífona al Magnificat
(3) Antífono al Magníficat
(4) Antífona al Benedictus
(5) 1 de enero
(6) Himno de Vísperas
(7) Antífonas de Vísperas
(8) Himno de Maitines
(9) Responsorio de Maitines

tener, tú lo llevaste en tu vientre« (1).

«Llena de toda gracia, se hace Puerta por la que Cristo pasa; y pasa el Rey por Ella, y permanece, cual lo estuviera antes, cerrada por los siglos

«Germinó la raíz de Jesé, de Jacob nació la estrella, la Virgen dio a luz al Salvador; te alabamos, Dios nuestro. Dio a luz la Madre del Rey, cuyo nombre es eterno; y teniendo los goces de la Maternidad con el honor de la Virginidad, ni se ha visto antes de Ella semejante, ni se verá después, aleluya» (2).

«Bendigamos a Cristo Emmanuel, a quien la Virgen concibió y parió. Roguémosle suplicantes: Hijo de María Virgen, óyenos» (3).

Fiesta de la Presentación del Señor (4): «El anciano llevaba al Niño, y el Niño conducía al anciano: al que la virgen dio a luz, y después del parto virgen permaneció; al mismo que dio a luz, adoró» (5).

«Sión, adorna tu tálamo, y recibe al Rey Cristo, al que la Virgen concibió, Virgen pario, Virgen después del parto adoró al que dio a luz» (6).

«Esta (María) al Dios del cielo y Señor de la tierra Virgen concibió, Virgen parió, y Virgen inviolada mereció permanecer después del parto» (7).

Fiesta de la Anunciación (8): «Lo que anunció Isaías se ha cumplido en la Virgen… María concibió en su vientre con la simiente de su palabra fiel… Sea a Cristo dada gloria… a quien la feliz Virgen concibió bajo la sombra del Espíritu Santo» (9).

«Darás ciertamente a luz un Hijo, y no padecerás detrimento de tu Virginidad; concebirás, y serás Madre siempre intacta» (10).

«Oh Verdad, concebida en la carne, sombreada por el velo de la Virgen, para poder ser contemplada por las almas puras, llénanos de tu Luz» (11).

«Virgen concibió por la palabra, Virgen permaneció, Virgen dio a luz al Salvador» (12).

(1) Responsorio de Maitines
(2) Antífonas 1 y 3 de Laudes
(3) Preces Vísperas II
(4) 2 de febrero
(5) Antífona al Magníficat
(6) Responsorio de Maitines
(7) Himno Vísperas II
(8) 25 de marzo
(9) Himno Vísperas I
(10) Responsorio de maitines
(11) Himno de Laudes
(12) Antífona 3 de Laudes

«Oh Dios, que quisiste que tu Verbo tomara verdadera carne humana en el vientre de la Virgen María…» (1).

«Jesús, a ti la gloria, que naciste de la Virgen» (2).

Por todo lo transcrito puede el lector ver que la enseñanza de la ioglz sobre la Virginidad de María, lejos de estar trasnochada, es por Ella hoy intensamente vivida.

7. LA FE DE LOS SANTOS PADRES EN LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA: ANTES DEL PARTO, EN EL PARTO Y DESPUÉS DEL PARTO

En su creencia en la virginidad de María, la Iglesia no hace otra cosa que seguir la enseñanza de los Santos Padres, que nos transmitieron la fe (3).

No podemos, aunque bien quisiéramos, detenernos en este testimonio de los Santos Padres, que podrá hallar el lector deseoso en cualquier buen texto de Mariología. Nos limitaremos a citar una selección de sus nombres, cuays palabras podrá el lector ver en LENNERZ, *De beata Virgine* (4).

1) Testifican la virginidad antes del parto: San Ignacio de Antioquía, Arístides, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, San Hipólito, Clemente Alejandrino, Orígenes. Y, naturalmente, cuantos declaran su virginidad en el parto y después del parto que a continuación mencionamos.

2) Virgen en el parto: San Ignacio de Antioquía, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Orígenes, San Efrén, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Epifanio, San Hilario, San Zenón Veronense, San Jerónimo (5), San Ambrosio, San Agustín, San Crisólogo, San León Magno, San Máximo Turinense, San Fulgencio, San Gregorio Magno, San Juan Damasceno, Santo Tomás (6).

3) Virgen perpetua después del parto: Orígenes, San

(1) Oración
(2) Conclusión de los himnos
(3) Conc. Lateranense, text ya citado
(4) Roma, 1935
(5) Varios textos claros y uno dudoso
(6) 3ª q. 28ª. 2

Gregorio Taumaturgo, San Efrén, San Hilario, San Zenón, Dídimo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Epifanio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San Pedro Crisólogo, San León Magno, San Máximo Turinense, San Gennadio, San Ildefonso de Toledo, San Sofronio, San Gregorio Turonense, San Juan Damasceno, Santo Tomás (1).

Testimonios que son sólo una pequeña muestra. Pero ella es suficiente para que el católico sepa que, si se aparta de la verdadera fe católica, prefiriendo a la fe de la Iglesia y al testimonio de toda la tradición la sugestión de un Testigo de Jehová pagado con el dinero internacional judío, de un protestante desarraigado, o de un sacerdote sediciente católico que ha perdido ya su fe y la quiere hacer perder a los demás, a nadie debe echar la culpa, sino a su propia estúpida estolidez.

Mas pasemos ya a considerar el testimonio de la Sagrada Escritura. Para contemplar sus textos fructuosa y piamente debe el cristiano mirarlos siempre a la luz de la enseñanza de la Iglesia y de la inteligencia que de ellos tuvieron los Santos.

(1) 3.ª q. 28, a. 3

CAPITULO II

LA VIRGINIDAD PEPETUA DE MARÍA EN LA ESCRITURA

«He aquí a la Virgen concibiendo y dando a luz un hijo, cuyo nombre será llamado Dios con nosotros.»

(Is.7,14).

«¿Quién oyó jamás cosa tal? ¿O quién vio algo semejante a esto?»

(Is.66.8)

«Esta Puerta estará cerrada; no se abrirá, ni por Ella transitará varón.»

(Ez.44,2).

«Huerto cerrado, Fuente sellada.»

(Cant.4,12).

1. VIRGEN ANTES DEL PARTO

Esta virginidad está de tal modo expresamente declarada en la Escritura que los mismos herejes, por poco que conserven del nombre de cristiano, suelen admitirla.
Pág. 142

San Mateo (1) inculca que María concibió a Jesús sin intervención alguna de San José, con quien estaba desposada (2), por sólo obra del Espíritu Santo (3), y que San José no tuvo relación alguna sexual con Ella en todo el tiempo que pasó hasta el nacimiento de Cristo (4).

En todo ello ve cumplida la profecía de Isaías (7,14): «He aquí que la Virgen concebirá en su vientre y parirá un Hijo, y llamarán Emmanuel, es decir Dios-con-nosotros». Virgen que concibe, y Virgen que da a luz –virginidad antes del parto y en el parto.

La concepción virginal misma nos es detalladamente descrita por San Lucas (5). Nos presenta a María ya desposada con José; pero no sólo virgen (6), sino con propósito deliberado de mantener perpetuamente su virginidad (7). Y esa Virgen concibe por obra del Espíritu Santo (8), que la fecunda con sola la prestación de su asentimiento (9). Por eso, en el cap. 3,23, cuida bien de advertirnos que Jesús era tenido por la gente –que ignoraba el misterio— como hijo de José, aunque en realidad no lo fuera.

A la luz de San Lucas, compañero de San Pablo, es fácil comprender el testimonio que éste nos da de la virginidad de María cuando dice: «Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer» (Gál.4,4), indicándonos que en la formación y nacimiento de Jesús sólo la mujer interviene.

Y comparando el Protoevangelio (10) con este texto de San Pablo a los Gálatas, se ve claramente que esa virginidad de María está ya anunciada en el paraíso, cuando Dios dice a la Serpiente: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la de Ella» (Gn. 3,15), mencionándose la simiente, no del hombre, sino de la Mujer, que virginalmente, y sin obra de varón, la concibe. Concepción virginal de Jesús; concepción virginal también de nosotros, sus hijos, de cuantos creyendo en Cristo se incorporan a Él como verdaderos miembros suyos.

(1) 1,18-25
(2) Mt.1.18.19
(3) Mt.1,18.20
(4) Mt.1,25
(5) Lc.1,26-38
(6) Lc.1,27
(7) Lc.1,34; cf. LA AMADA, lib III, cap. VIII, nº 8
(8) Lc.1,35
(9) Lc.1,38
(10) Gén.3,15
Pág. 143

Sólo a la luz de ese anuncio de la virginidad de María puede explicarse el hecho de que todos los pueblos hayan creído al Salvador nacido de una Virgen, cual consta por las numerosas tradiciones que se encuentran en casi todos ellos. (1).

Este anuncio contribuye también a explicar por qué nunca se perdió del todo en Israel la creencia en la virginidad de la Madre del Mesías, ya explícitamente profesada, ya implícitamente insinuada, ya descrita bajo figuras y metáforas por los Profetas.

Explícitamente profesada en Is. 7,14: «He aquí a la Virgen concibiente y pariente un hijo, y llamará su nombre Emmanuel». Y en el texto paralelo de Miqueas (2): «serán entregados hasta que la parturienta parirá», donde se habla de la Madre del Mesías –el

liberador y pastor de Israel—, sin para nada nombrar al padre —cosa del todo contraria a la costumbre israelita—: Miqueas alude claramente a la profecía de Isaías, a cuya luz se hace inteligible la suya.

Implícitamente insinuada, como en Lev. 12,2: «Si una mujer, tras recibir simiente, pariere macho, será inmunda siete días», donde sugiere el caso virginal de concebir sin simiente, en cuyo supuesto no contraerá inmundicia. O en Jer. 31,22: «Porque creará el Señor una cosa nueva sobre la tierra: una mujer rodeará a un varón. »

Bajo figuras y metáforas, como en Is. 66,7: «Antes de que llegaren los dolores del parto, dio a luz; antes de que su parto —doloroso— llegara, parió un varón», donde claramente se alude al parto virginal y exento de dolores de María, y por eso añade: «¿Quién oyó jamás cosa tal? ¿O quién vio algo semejante? » (Is. 66.8).

O como en Ezequiel, 44, 1-3: «Y vi la Puerta del santuario, que miraba a Oriente, y estaba cerrada. Y díjome el Señor: Esta Puerta estará cerrada para el Príncipe. El mismo Príncipe estará de asiento en Ella.»

(1) Pueden verse numerosos testimonios de esta creencia universal en J.L. SEIFERT, Sinndeutung des Mythos, Viena, Herold, 1954, cap. VI, pp. 96-186
(2) 5,3

Todos estos textos, y otros que no aducimos, meditará fructuosamente el fiel aplicándolos a la Virginidad de María, como lo hicieron antes que él los Santos Padres que nos transmitieron nuestra fe.

Así entendió a Isaías, 7,14, San Mateo, inspirado por el Espíritu Santo, y con él toda la Tradición sin excepción.

De los demás textos baste una pequeña muestra:

Orígenes comenta el Levítico 12,2. «La cláusula *si concibiere de simiente*, que se antepone a estas palabras y *pariere varón*, parece ser superflua. Mas creo que todo esto se dijo a fin de que María, que según los Profetas había de dar a luz un varón sin recibir semen, no fuera considerada inmunda al engendrar al Salvador» (1).

Sobre Is. 66,7, nos dice San Ireneo: «Acerca de su natividad dice en otro lugar el Profeta: Antes de que llegaran los dolores del parto dio a luz (o: antes de que pariere, parió), y antes de que le llegaren los dolores del parto fue liberada y nació un varón. Anunció así su parto inesperado y fuera de toda expectación por medio de una Virgen» (2). Y Clemente Alejandrino (3): «Parió y no parió (4), dice la Escritura, por cuanto de sí misma, y no de unión carnal, concibió.»

Comentando el texto de Ez. 44,2, dice San Ambrosio: «¿Quién es aquella Puerta del santuario, aquella Puerta exterior que mira al Oriente, que permanece cerrada, y nadie, nos dice, pasará por Ella, sino sólo el Dios de Israel…? Esta Puerta es la Bienaventurada María, de la que está escrito que el Señor pasará por Ella, y permanecerá cerrada después del parto; porque Virgen concibió, y Virgen dio a luz» (5): Y en el mismo sentido se expresa en otra obra (6) «Escuchen al Profeta diciendo: «No se abrirá, y estará cerrada» (Ez,44,2), es decir, no será abierta por aquel con quien se desposará; pues no se permitirá que

(1) *In. Lev*. Homilía 8,2. M.G. 12, 493; R. J. 495
(2) *Demonstratio praedicationis evangelicae*, cap. 54
(3) Stromata, libr. 7, cap.16, MG. 9,530
(4) Is.66,7
(5) *Epistola* 42, al Papa Siricio, ML 16,1125
(6) *De institutione virginis*, cap. 8, n 57, ML. 16,320

se abra Aquella por quien el Señor pasó. Y después de Él, dice, permanecerá cerrada, es decir, no la abrirá José.»

Comentario análogo hace San Jerónimo, quien la ve también en el «huerto cerrado, fuente sellada» (Cant.Cant. 4,12), con el que relaciona la profecía de Ezequiel: «Cristo virgen, y su Madre… virgen perpetua, madre y virgen. Pues Jesús entró (a sus apóstoles) con las puertas cerradas, y en su sepulcro, nuevo y excavado en durísima piedra, nadie fue puesto ni antes ni después. Huerto cerrado, fuente sellada (1), de cuya fuente mana, según Joel (2), aquel río que riega el torrente de las espinas… Esta es la Puerta oriental, como dice Ezequiel (3), siempre cerrada y lúcida, y cubriendo en sí, o de sí manifestando, el Santo de los santos, por la cual entra y sale el Sol de justicia y nuestro Pontífice según el orden de Melquisedec. Respóndanme cómo entró Jesús con las puertas cerradas, cuando mostró a sus discípulos, para que los tocaran, su costado y sus manos, y les mostró sus huesos y su carne, para que no creyeran mero fantasma la realidad de su Cuerpo, y yo entonces les responderé cómo Santa María sea Madre y Virgen: Virgen después del parto, Madre antes que unida en matrimonio» (4).

En la misma interpretación insiste en su *Homilía in Joannem* (5): «Santa María, Bienaventurada María, Madre y Virgen: virgen antes del parto, virgen después del parto. Yo me maravillo de cómo Cristo virgen nació de la Virgen, y después del nacimiento de Cristo virgen, la Madre permanezca virgen. ¿Queréis saber cómo nació de virgen, y después de su nacimiento la misma Madre permanezca virgen? Estaban las puertas cerradas, y entró Jesús (al aparecerse resucitado a sus apóstoles) …Estaban cerradas las puertas, y entra Aquél a quien no vemos entrar. ¿Por dónde, o de dónde entró? Todo estaba cerrado, no hay lugar por donde entre; y sin embargo, está dentro el que entró, y no aparece cómo entró. Ignoras cómo se hizo, y das gloria al poder de Dios. Atribuye, pues, al poder de Dios el que haya

(1) Cant. 4,12
(2) 3,18
(3) 44,1-3
(4) Epístola 48,21, ML, 22,510
(5) Jn.1,1-14

nacido de una virgen, y sin embargo la misma virgen permaneciese virgen después del parto. Es lo que leemos en Ezequiel (1), cuando hablando de la edificación del templo dice: «Esta Puerta oriental, que mira al Oriente, estará siempre cerrada; y nadie, dice, entrará por Ella, sino sólo en Pontífice», Cristo Jesús.

Recordemos finalmente que así entendieron la profecía, los españoles San Isidoro (2) y San Ildefonso (3).

Sobre Jer. 31,21-22: «Vuelve, virgen de Israel, a tus ciudades. ¿Hasta cuándo has de andar vagabunda, hija rebelde? Pues hará Dios una cosa nueva en la tierra: una mujer rodeará o circundará a un varón» —, puede el lector ver cómo la tradición lo interpretó de la virginidad de María en CORNELIO ALAPIDE (4): la interpretación que a veces se da de que Israel se volvería a buscar al Señor en los tiempos mesiánicos, como una virgen a su esposo, no sería nada nuevo, pues lo había hecho infinidad de veces cuando los males la afligían. Y la exhortación que Dios le hace, más bien parece aludir a la dureza del pueblo judío a adherir a Dios cuando tenga lugar esa novedad inaudita, por la que la virgen concebirá al Mesías de modo virginal.

Sobre Mikeas, 5,1-3, puede ver el lector un excelente estudio de A. G. ULECIA –con numerosos testimonios- en CULTURA BÍBLICA, julio-diciembre, 1954 (5), *La Profecía mariana de Mikeas* (6).

Aquí nos limitaremos a transcribir el texto bíblico, suficientemente expresivo para toda alma de buena voluntad:

«Nos cercan, hieren con vara en la mejilla al juez de Israel. Mas tú, Belén Efrata, aunque pequeña entre los clanes de Judá, de ti ciertamente saldrá el que ha de señorear en Israel, cuyos orígenes desde el principio, desde los días de la eternidad. Por eso (Yahveh) los abandonará hasta el tiem-

(1) 44,2
(2) Contra Judaeos, Libr. I, cap.10, ML. 83,470
(3) De Virginitate perpetua Sanctae Mariae, cap. 3, ML. 96,67
(4) *In hunc locum*, Tomo XII, p. 328-331
(5) Dedicado a la Virgen María en la Escritura
(6) p.237-245

po en que la parturienta parirá (o: la que debe parir dé a luz); entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel… y Él será la Paz» (Miq.5,1-5).

El liberador es el Mesías (1). La liberación no llegará, pues, hasta que el Mesías venga. Coincidiendo la liberación con el parto de la mujer misteriosa que ha de parir, es evidente que se trata del parto por el que nace el Mesías. La Mujer es así la Madre del Mesías: la misma Mujer de que nos habla Génesis 3,15 e Isaías 7,14.

Mikeas conoce la profecía de Isaías (2), pues fue contemporáneo suyo, y ambos desempeñaron su misión en Jerusalén, ciudad que seguramente no alcanzaba los cien mil habitantes. Por eso no especifica más. Pero indica claramente la concepción y parto virginal de esa Mujer, por la que se inicia la liberación.

En efecto, entre los israelitas cuenta siempre el padre —la madre queda siempre desdibujada: en las mismas genealogías evangélicas de Jesús, se parte de San José, aunque no sea su padre—. Mas hay tres lugares misteriosos en que el padre se silencia por completo, apareciendo sólo la Mujer madre. En los tres se habla de la liberación definitiva que Dios ha de enviar por el Hijo de esa Mujer: Hijo que, por otra parte, preexiste eternamente (3); Hijo que, aunque Dios con nosotros, es verdadero Dios eterno (4).

Esos tres lugares son Gén. 3,15 –en que se promete victoria sobre la Serpiente por la simiente de la Mujer—. Isaías 7,14 (5) –en que Israel será liberado de todo enemigo por el Hijo de esa Mujer a la que Isaías expresamente llama Virgen (6)—; y Miqueas 5,2 en que se afirma que la liberación por el Liberador mesiánico sólo tendrá lugar cuando «la que ha de parir, dé a luz.» A ellos hace eco San Pablo en Gál. 4,4: «hecho de mujer».

El Padre de ese misterioso Liberador definitivo se silencia por completo en los tres lugares: no figura, porque no existe: se trata de un nacimiento y parto virginal. Esto lo afirma Isaías expresamente (7), al llamar Virgen a esa

(1) cf.Mt.2,5-6
(2) 7,14
(3) Mik. 5,2
(4) Is.9,6.7
(5) Cf. Is: 9,1-7
(6) Is.7,14
(7)

Mujer-Madre. Es a su luz que deben entenderse los otros dos lugares. Es a su luz que comprendemos el por qué, al hablar de ese Liberador mesiánico, se silencia por completo el padre, contra el uso de los israelitas.

Me gustaría poder entrar en el gozo que experimentaron esos tres Profetas al intuir el misterio. Quiera Dios lo sintamos nosotros, y con ellos nos maravillemos al contemplar la hermosura de nuestra Madre por la que se nos dio la redención. Ellos gozaron en su vislumbre, y al resplandor de ese vislumbre se les hicieron ligeros todos los sufrimientos y opresiones que actualmente padecían. Nosotros ya lo hemos visto realizado, hemos contemplado la maravilla: que nos haga como nada todo dolor y trabajo, en la espera expectante del día en que recibamos en el cielo el fruto de ese misterio.

2. VIRGEN EN EL PARTO

Esta verdad de fe, definida por la Iglesia y enseñada por la Tradición, se insinúa también en la Sagrada Escritura.

1) «Y sucedió que estando allí se cumplieron los días de dar a luz, y dio a luz a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo reclinó en el pesebre» (Lc.2,6.7).

Estas palabras de San Lucas sugieren fuertemente que el parto de María fue sin dolor ni fatiga alguna. Tras él está María en plenitud de fuerzas, y hace por sí misma lo que ordinariamente han de hacer otros. Mas toda desintegración y ruptura física, toda herida física, produce dolor y debilitamiento —la misma anestesia artificial podrá eliminar el primero, más no el segundo—. De ahí que en los Apócrifos del siglo II ya se afirme explícitamente la virginidad del parto de María (1).

2) En Gén. 3,16 se intiman a la mujer los dolores del

(1) *Protoevangelio de Santiago*, cap. 19 s; *Ascensión de Isaías*, 11; *Odas de Salomón*, oda 19*; Oráculos sibilinos*, etc.

parto como castigo peculiar para ella del pecado original: «en dolor parirás tu hijo».

Es por tanto evidente que esos dolores son consecuencia y castigo del pecado original. Antes de éste, el parto hubiera sido sin ruptura física, que siempre implica dolor. La virginidad la hubieran ciertamente perdido las mujeres al concebir del varón; más ninguna ulterior pérdida de integridad hubiera producido el parto.

Ahora bien, María estuvo exenta del pecado original, como extensamente demostramos en LA AMADA, y por consiguiente también de sus castigos y consecuencias. Por lo mismo, ninguna pérdida de integridad física, ningún dolor, pudo sufrir en el parto. Y siendo virginal su concepción de Jesús, virgen permaneció igualmente en el parto y después del parto. Lc. 2,6.7 y Gén. 3,16 se completan así y mutuamente se aclaran.

Lo mismo se sugiere en la mayor parte de los textos aducidos en el apartado anterior, y así vimos los entendieron los Santos Padres:

3) En Is. 7,14, no sólo es la virgen quien concibe, sino también es la Virgen quien da a luz a Emmanuel (= Dios con nosotros).

Se trata de verdadera virginidad, que Dios mismo ofrece como signo milagroso a Acaz (1): una concepción y parto no virginales no sería milagro alguno. Por eso los LXX, manifestando la tradición judía unánime precristiana, tradujeron *ha-halmah* por *parthénos*, virgen. Sólo el odio a Cristo movió después a los judíos a negar que *ha-halmah* no significara «la virgen». Las primeras reclamaciones contra esa traducción se hicieron en el siglo II p. C. –más de tres siglos después que la traducción fuera usada por los judíos sin protesta alguna—, sin que los que reclamaron pudieran aducir testimonios anteriores

en su apoyo. Fueron los primeros, el póntico Aquila, en tiempo de Adriano (a.113-138), Teodoción de Éfeso, en tiempo de Cómmodo (a.180-193) (2), y Trifón (3).

(1) Is.7,10.14
(2) cf. San Ireneo, Adversus Haereses, III, 21, MG. 7,946
(3) de la segunda mitad del s. II p. C.

La palabra *halmah*, además de Is. 7,14, aparece en la Biblia otras siete veces. Gén. 24,43, de Rebeca; Ex. 2,8, de María, hermana de Moisés; Cant. Cant. 6,8, de las doncellas en el palacio de Salomón, en contraposición a reinas y concubinas. En estos tres lugares se toma la palabra halmah como sinónimo de «virgen joven». En otros tres lugares (1) aparece en plural (2), como término musical para designar voz de soprano, es decir, atiplada, virginal.

Sólo en Prov. 30,19, se ha querido negar que halmah signifique «virgen». Conviene, pues, examinarlo.

«Tres cosas me son difíciles, y la cuarta no la conozco: el camino del águila en el cielo, el camino de la serpiente sobre la roca, el camino de la nave en medio del mar, y el camino del varón en una virgen (3)» (Prov.30,18.19). Se trataría, según la objeción, de unión sexual que no deja rastro cognoscible: *halma* sería ahí, no ya una virgen, sino una joven que *sin casarse* es violada clandestinamente por un hombre.

En primer lugar, aun suponiendo exacta esa interpretación –que, como diremos luego, en ningún modo puede aceptarse—, sigue aquí halmah significando virgen: elk autor sagrado le da un título jurídico, porque no consta el real, que permanece oculto: se trataría de una que se presume virgen, aunque de hecho no lo sea, cosa inadmisible en Is. 7,14, al tratarse ahí de la Madre del Mesías.

En segundo lugar, el texto es incierto, pues no sólo la Vulgata traduce: «Y el camino del varón en su adolescencia» (4), sino que la misma traducción hacen los LXX: «y los caminos del varón en la adolescencia (5)» (Prov.30,19).

Es, pues, probable que el texto hebreo actual esté mal (el texto masorético es nueve siglos posterior a la versión de los LXX), y que sólo se trate de inculcar lo sumamente difícil que es predecir la evolución moral que tendrá un adolescente.

(1) Sal. 46,1; 68,2; Paral. 15,20
(2) halamot
(3) behalmah
(4) No: en una virgen
(5) *en neóteti*

Pero aun suponiendo bien el texto hebreo masorético —y errados los LXX y la Vulgata—, la interpretación obvia nos parece la siguiente: Más misterioso que conocer el camino de las tres cosas que enumera antes, es conocer las vías por las que el varón llega a enamorar el corazón de una Virgen joven y conquistarla.

Trátase, pues, del modo misterioso por el que una virgen joven acaba enamorándose de un hombre determinado, y no de ningún otro de los muchos que igualmente —y quizá con mejores cualidades objetivas— la rodeaban y trataban. Es este en verdad un misterio inexplicable, aunque todos los días lo contemplemos.

Atribuirlo en cambio a una relación extramatrimonial clandestina de un varón con una joven es totalmente abusivo, y nos parece contrario al mismo texto hebreo. Tal camino del varón en la virgen o joven —que de todos modos sería virgen hasta que el

varón la seduce—, no deja menos rastro, sino bastante más, que el vuelo del águila en el aire, el paso de la serpiente en la roca, o el surcar del navío en las aguas del mar. Y sabido es que en estas enumeraciones, la última siempre supera enormemente en intensidad o dificultad a las anteriores. Se trata, pues, en Is. 7,14, de una verdadera virgen que concibe y a da a luz.

Y se trata de la Virgen Madre del Mesías. No sólo por el nombre de su Hijo (1), sino porque a ese Emmanuel se le llama dueño de la tierra de Israel (2), y a Él se atribuye victoria total e infalible sobre todos los enemigos: «Congregaos, pueblos, y seréis vencidos; escuchad, tierras lejanas; exhortaos mutuamente al valor, y seréis vencidos; ceñíos, y seréis vencidos; tramad planes, y se disiparán; haced proyectos, y no se ejecutarán, porque *con nosotros Dios* (Emmanuel)» (Is.8,9.10).

Sólo del Mesías, en fin —y de un Mesías que a la vez que hombre es Dios: Dios con nosotros, Emmanuel—, pueden valer los nombres que se le dan, y el reino sempiterno que se le atribuye: «Un pequeño nos ha nacido, y un Hijo

(1) Emmanuel = Dios con nosotros
(2) Is.8,8

se nos ha dado; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (1). Y se multiplicará su domino, y la paz por El traída no tendrá fin; y se sentará sobre el trono de David y sobre su reino, para confirmarlo y robustecerlo en juicio y justicia, desde ahora hasta toda la eternidad: el celo del Señor de los ejércitos hará esto» (Is.9,6.7).

4) En Is. 66,7 se nos sugiere igualmente la virginidad en el parto al advertirnos que éste tendrá lugar antes de que lleguen los dolores, y añadirnos que esto será un milagro nunca antes visto u oído: «Antes de que le llegaren los dolores del parto dio a luz; antes de que su parto llegare, parió un varón. ¿Quién oyó jamás cosa tal? ¿O quién vio algo semejante? » (Is.66.7.8)

5) En Lev. 12,2: «Si una mujer, tras recibir simiente, diere a luz un varón, será inmunda siete días», claramente sugiere que cuando llegue la Mujer (2) que ha de concebir virginalmente no contraerá impureza legal alguna al dar a luz. Mas esa impureza legal se contraía principalmente por la efusión de sangre. Ninguna ruptura física supondrá así el parto de la Virgen.

Si María, no obstante, se sometió al rito de purificación con humildad profunda, fue para celar el misterio en Ella obrado, no porque creyera necesitaba de purificación alguna.

Finalmente, recordemos que en Ez. 44,1-3, las Puerta que mira a Oriente (3) permanece siempre cerrada. E igualmente en el Cantar de los Cantares (4), se nos presenta a María como «jardín cerrado, fuente sellada».

Algunos católicos, seducidos por el ambiente del mundo, pretenden a veces poner una objeción, vistiéndola con capa de piedad, a esta virginidad en el parto. Tal virginidad –dicen—, de mera integridad corporal, nada añadiría a la perfección moral de María: ¿por qué, pues, hubo de dársela Dios, y eximirla de los dolores del parto?

(1) cf. Mik. 5,5: «Y Él será la Paz»
(2) Gén.3,15
(3) otro de los nombres del Mesías
(4) 4,12

La respuesta primera es que sabemos que Dios se la dio —así está definido por la Iglesia—. Poco importaría que no supiésemos nosotros los motivos de ese privilegio que Dios la concede, y para cuya concesión no se dignó pedirnos consejo a nosotros.

Como sabemos que Cristo salió del sepulcro sin romper los sellos —la piedra fue apartada por el ángel cuando Cristo ya había resucitado—, y que entró en el Cenáculo con las puertas cerradas. Ni la piedra que tapaba el sepulcro, ni las puertas del Cenáculo ofrecieron resistencia al Cuerpo resucitado de Jesús; en cambio sí la ofrecieron las manos de los apóstoles, cuando Jesús les manda palparle para que vieran no era un fantasma.

Evidentemente, tan perfecto era el Cuerpo de Jesús saliendo del sepulcro y entrando en el Cenáculo, como dejándose palpar por sus discípulos. ¿Por qué en los dos primeros casos la materia no ofrece resistencia alguna a su cuerpo, y en el tercero sí?

No hay otra respuesta que la divina voluntad. Y los motivos que nosotros podamos alegar —como el darnos el algún modo a conocer la naturaleza y características del cuerpo resucitado— no pasan de ser conjeturales, y distan mucho de revelarnos el misterio de ese Cuerpo, compenetrable o no con otra materia según la voluntad del mismo Jesús.

La segunda es que si los dolores del parto —y con ellos cualquier ruptura o desgarro físico que en él acaezca— son consecuencia del pecado original, parece del todo connatural que Dios quisiera como manifestar la Inmaculada Concepción de la Virgen —su exención del pecado original—, con un parto virginal, no afectado por consecuencia alguna del pecado original.

Si la integridad física no implicare perfección moral, no dejaría por ello de ser testimonio de la perfección moral de María, en cuanto concebida sin pecado y llena de gracia. En realidad, la negación del parto virginal llevaría casi directamente a negar su Concepción Inmaculada, su exención del

pecado original, cuya consecuencia exorna más notoria para la mujer son los dolores del parto (1).

Finalmente, aunque se intente tener en menos la integridad física —y quizá a esa tendencia no sea del todo ajena la corrupción ambiente y el menosprecio cada vez mayor de la castidad preconyugal, ciertamente pertinente a la perfección moral—, lo cierto es que hasta ahora todos los pueblos, y especialmente los antiguos, tuvieron en gran aprecio la integridad virginal física, rodeándola de aureola incluso religiosa.

Esto puede observarse en su exigencia de la virginidad para las mujeres destinadas al culto (2). Aquí baste recordar que la mitología griega n
os describe a las mismas diosas bañándose periódicamente en una fuente que tenía la virtualidad de restituirles la virginidad física perdida en su contacto con los dioses.

¿Por qué Dios no iba a conceder a María lo que los hombres consideraban perfección, y perfección exigida, o al menos muy agradable a Dios, para cuantas se dedicaban a su culto?

3. VIRGEN PERPETUA DESPUÉS DEL PARTO

Tampoco de esta verdad de fe, numerosas veces solemnemente definida por la Iglesia, y unánimemente enseñada por la Tradición, nos habla explícitamente la Escritura.

No olvidemos que los Evangelios no nos dan la Historia de la Virgen María, sino la Historia de Jesús. Por eso callan su Inmaculada Concepción, su nacimiento e infancia, introduciéndola por última vez en la venida del Espíritu Santo, diez días después de la

Ascensión del Señor. En cambio nos hablan de la concepción, nacimiento, vida oculta e infantil, vida pública, muerte, resurrección y ascensión a los cielos de Jesús.

(1) Gén. 3,16
(2) Véase nuestro artículo: VIRGINIDAD, en Enciclopedia GER
Pág. 155

De María sólo se nos habla en cuanto así lo exige la historia de Jesús. Negar así algo de Ella porque el Evangelio nada nos diga al respecto, sería lo mismo que negar que la Virgen nació, tuvo su infancia, vivió tras la venida del Espíritu Santo, o murió, resucitó y subió as los cielos, porque nada de esto nos refiera el Evangelio o el Nuevo Testamento.

Y no obstante, de tal modo nos habla de María que claramente nos indica su virginidad perpetua. Cualquier alma que sin prejuicios ame la verdad verá sin dificultad en el Evangelio a María siempre Virgen. Por eso, quien admitiendo el Evangelio, niega esa virginidad, es de verdad inexcusable. Y todavía más inexcusable si pretende servirse de lo que dice el Evangelio para negar esa virginidad perpetua.

En la misma escena de la encarnación del Verbo, San Lucas nos presenta a María, ya desposada con José (1) con una decisión absoluta de conservar perpetuamente su virginidad, que alega como dificultad a ser Madre del Verbo: «¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón? » (Lc.1,34).

Demostramos abundantemente en la amada cómo esas palabras de María muestran que había hecho voto de virginidad perpetua, y que sabía que ese voto era agradable a Dios, querido por Dios (2). Y Dios la hace Madre de su Hijo respetado y salvaguardando esa virginidad que en su corazón Ella decidiera y prometiera bajo la inspiración del Espíritu Santo (3).

¿En qué mente retorcida y perversa puede caber que la Madre de Dios fuera después infiel a ese voto, que sabía agradable a Dios, y se volviera atrás de su decisión, viviendo maritalmente con San José?

¿Sería la Madre de Dios menos fiel a su voto y consagración de lo que lo han sido después tantas y tantas almas? Sólo quienes con tanta facilidad renuncian hoy a cumplir lso votos solemnes que a Dios hicieron, e incluso se glorían de ello, pueden llegar a la conclusión de hacer a María compartícipe de su propia inconstancia y debilidad.

(1) Lc.1,27
(2) LA AMADA, Lib. III, cap. VIII, nº 7
(3) Lc.1,35
Pág. 156

El Nuevo Testamento nos pone sin lugar a dudas el estado de virginidad como de mayor perfección y más agradable a Dios que el estado de vida conyugal, y atribuye la decisión de abrazarse a ese estado de virginidad a un especial don de Dios (1).

¿En qué mente puede caber que Dios negase a su Madre un don y una perfección que a muchos otros ha concedido? ¿O que habiéndoselo dado, Ella no correspondiera siéndole fiel? ¿Podía desconocer María cuánto a Dios agradaba la virginidad, Ella que ya antes de la Divina Maternidad se la había consagrado? ¿O, conociéndolo, podía Ella, inmune, según vimos en LA AMADA, a toda concupiscencia, negarle porque si lo que sabía tanto le agradaba?

Por eso es fácil observar que cuantos niegan la virginidad perpetua de la Virgen María, niegan igualmente —contradiciendo a la enseñanza clara y explícita del Nuevo Testamento—la excelencia del mismo estado de virginidad, poniendo como superior a él el estado conyugal, como único capaz de desarrollar la personalidad humana y cristiana,

exhortando para ello a recurrir, cuando el estado conyugal falta, a las uniones extraconyugales.

Donde aparece claro que la negación de la virginidad perpetua de María no proviene sino de la corrupción del corazón que quiere justificar sus propios extravíos; o bien de la falta de humildad, que no concibe Dios pueda conceder a otros —ni aún a su Madre— un don superior al por él mismo recibido.

Impureza y orgullo ciegan así nuestra mirada, para que no pueda contemplar a la que es toda Humilde y toda Pura.

Finalmente, en Jo. 19,26.27, Jesús confía a su Madre al cuidado de San Juan como hijo: «Viendo Jesús a su Madre, y al Discípulo amado en pie junto a Ella, dice a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Y luego dice al Discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde esa hora, el Discípulo la tomó consigo» (Jn.19,26.28).

Juan no era hijo natural de María. Hermano de Santiago

(1) Mt.19,10-12, 1ª Cor.7

el Mayor, conocemos a su padre —el Zebedeo (1) —, que aún vivía cuando Jesús los llamó al apostolado (2); y a su madre, que pidió as Jesús para sus dos hijos los dos primeros puestos en su Reino (3).

¿En qué cabeza cabe que si María tenía hijos naturales de Ella nacidos, Jesús la separara de ellos, y la hiciera vivir al cuidado de un extraño? (4).

Más sobre eso volveremos más adelante.

4. PRIMERA OBJECIÓN A LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA

Sólo la malicia, el prejuicio o la ignorancia —con frecuencia las tres cosas combinadas— han podido ver en el Evangelio indicios de que María no fuese siempre Virgen.

Estos indicios que suelen alegarse son principalmente tres.

El primero se toma de Mt. 1,25: «Y no la conoció *hasta que* dio a luz a su Hijo primogénito.» Luego —dicen— después la conoció.

Esta dificultad procede simplemente de la ignorancia del uso de la Escritura. Así, 2 Re. 6,23: «A Micol, hija de Saúl, no le nació hijo *hasta el día* de su muerte. » Según la objeción deberían haberle nacido después de su muerte.

Gén. 8,7: «Noé abrió la ventana del arca, y soltó un cuervo, que salía y no volvía *hasta que* se secaron las aguas»: mucho menos volvió tras secarse éstas.

Mt.22,23 (5): «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, *hasta que* ponga a tus enemigos como escabel de tus pies»: tampoco aquí se sigue que, tras la sumisión de los enemigos, deje Jesús de estar sentado a la diestra del Padre.

Mt. 28,20: «Y he aquí que Yo estaré con vosotros todos

(1) Mt.9,2
(2) Mt.4,21
(3) Mt.20,20.21
(4) Cf. San Hilario, *Comment. In Matheum*, cap I, nº 3 s: Si María hubiese tenido hijos… nunca hubiese sido traspasada como Madre al apóstol Juan en el tiempo de la pasión». Y lo mismo S. Juan Crisóstomo, *Homilía 5 in Matheum.*
(5) Cf. Sal. 109,1

los días *hasta* la consumación de este siglo»: ¿es que dejará Jesús de estar con sus discípulos tras el fin del mundo? Por el contrario, nos promete que tras la muerte —fin de este siglo para cada uno de nosotros— estaremos siempre donde Él está (1); y San Pablo nos anuncia lo mismo tras la consumación del mundo, tras la resurrección: «Seremos arrebatados junto con ellos (con los muertos resucitados) en las nubes, al encuentro de Cristo y así siempre estaremos ya con el Señor» (1 Tes.4,17).

Y no se olvide que en este caso y en el anterior es el mismo San Mateo quien usa la expresión *hasta que*: el mismo San Mateo de quien pretende sacarse la objeción contra la virginidad de María, interpretándolo allí a capricho de un modo y con un sentido distinto al que usa en esos dos lugares.

Los ejemplos podrían multiplicarse (2). Mas baste transcribir las palabras de San Juan Crisóstomo:

«No la conoció hasta que dio a luz a su Hijo primogénito.

Ese *hasta que* lo puso, no para que sospeches que Ella después conoció a José, sino para que sepas que la Virgen permaneció intacta hasta el parto. ¿Por qué, pues, dice *hasta que dio a luz*? Es modo de hablar que se observa en la Escritura, de modo que esta voz no se ponga para designar un tiempo definido. Pues hablando del arca dice: No volvió el cuervo hasta que se secó la tierra (3), aunque después tampoco volvió. Y del mismo Dios dice así: Desde el siglo hasta el siglo Tú eres (4): ningún término pone aquí a la existencia divina. Y cuando anuncia: Nacerá en sus días la justicia y la abundancia de paz, hasta que desaparezca la luna (5), ningún término estableció para este hermoso elemento. Así también en este lugar dijo *hasta que* para afirmar las cosas que antecedían al parto, y dejar a tu consideración las que le siguen. Lo que tú habías de saber y aprender, esto dijo, a saber, que la Virgen permaneció intacta hasta el parto; mas lo que de las cosas dichas parecía

(1) Jn.14,3, 12,12,26; 17,24, Fil. 1,23
(2) Mt. 10,20; 1 Tim. 4,13, etc.
(3) Gén. 8,7
(4) Salm. 89,2
(5) Salm. 7,7

seguirse como manifiesto, esto te lo dejó a ti, para que lo entendieses. A saber, que aquel varón justo no se atrevió a tocar a Aquélla que de tal modo había sido hecha Madre y con tan nuevo e insólito parto había sido dignificada. Pues si la hubiese conocido y tenido como esposa, ¿cómo la habría encomendado al Discípulo, mandándole recibirla en su casa, cual si no hubiera hombre alguno que de Ella cuidara? (1)

5. SEGUNDA OBJECIÓN A LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA

Simple malicia, rayana en estulticia, es lo que mueve a algunos a aducir el segundo indicio que suela alegarse: Cristo es llamado «hijo primogénito de María» (Lc.2,7; Mt.2,25). Luego María engendró después a otros hijos.

Primogénito es el primer nacido, nazcan después otros o no. No más tener el primer hijo lo llaman sus padres «su primogénito» tengan después otros o no, incluso aunque mueran el padre o la madre a poco de haberlo tenido: nadie espera a que nazca el segundo hijo para llamar al primero primogénito.

Y esto vale aún más del uso de la Escritura, pues la Ley del Primogénito (2) implicaba ciertas obligaciones no más tener el primer hijo, entre ellas la de rescatarlo,

pues pertenecía al Señor. Y para cumplir esas obligaciones no podían esperar a ver si tenían otros: vinculaban aunque no se tuviera ninguno más.

6. TERCERA OBJECIÓN A LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA: LOS HERMANOS DE JESÚS

La tercera objeción o indicio —el más comúnmente aducido— creemos proviene de ignorancia maliciosa. Es el de los «hermanos de Jesús».

(1) S. Juan Crisóstomo, In Mathaeum, Hom. 5, MG. 57,58
(2) Num. 18,15; Ex. 13,2; Núm. 3,47

Se habla frecuentemente en el Evangelio de hermanos, y aun hermanas, de Jesús (1). Y se nombran como hermanos de Jesús: Santiago (el Menor), José, Simón y Judas (2).

Si hermanos de Jesús –nos dicen—, evidentemente son hijos de María.

Cosa curiosa: Aunque muchas veces se les llame «hermanos de Jesús», nunca se les llama hijos de María, ni siquiera en aquellos casos en que María aparece con ellos –o ellos con María—, donde de ser sus hijos parecería más natural llamarlos hijos de María –María con sus hijos— que no hermanos de Jesús (3).

Si se arguye que hemos de ser fieles a la literalidad de la Escritura, seámoslo de veras: afirmemos que Jesús tuvo hermanos; pero no afirmemos que María tuvo otros hijos además de Jesús, pues eso jamás lo dice la Escritura, antes, como vimos, nos induce a creer lo contrario.

Pero hermanos —dicen— son los que tienen la misma madre.

Esta ya es una deducción simplemente racional, que por cierto no tiene apoyo alguno en la Escritura, ni en el uso de muchos pueblos, ni aun siquiera en el uso de nuestra actual civilización occidental.

Para nuestra civilización occidental basta para llamarse y ser hermanos el que procedan del mismo padre, aunque sea distinta la madre —o que procedan de la misma madre, aunque sea distinto el padre.

Si José hubiera tenido hijos de un matrimonio precedente, todos —e incluso nosotros hoy— los hubieran llamado hermanos de Jesús, pues como tales parecían, aunque no hubieran nacido de la Virgen María. Y esta fue la opinión de no pocos Padres griegos, así como la del Protoevangelio de Santiago (4) y del Evangelio apócrifo de Pedro.

Mas ni esto es necesario para salvar la verdad del Evan-

(1) Mt.12,46; 13,55 ss; Mc.3,16, 6,3; Lc.8,20; Jo.2,12; 7,3-5.10; Act.1,14; 1ª Cor.9,5; Gál.1,19
(2) Mt.13,56; Mc.6,3
(3) Cf. verbigr. Mt. 12,46-50; Mc. 3,31-355; Lc. 8,19 ss.; y sobre todo Act. 1,14
(4) 9,15,18

gelio. Por eso la Iglesia latina ha considerado virgen también a San José —aunque nada haya definido al respecto—, pues como dice Santo Tomás (1): «Si el Señor no quiso encomendar la custodia de su Madre sino al discípulo virgen, ¿cómo hubiese tolerado que su esposo no fuese virgen y así permaneciese?».

Y en efecto, aun entre nosotros se conserva hoy el vestigio de una mayor extensión del término «hermano», cuando hablamos de «primos hermanos».

Esta extensión es patente en los pueblos de estructura clánica y civilización más sencilla y familiar, cual era la del pueblo israelita.

Hablando yo de este tema en la Universidad, una alumna que fuera misionera en el Congo, me hizo una observación que deberíamos tener muy presente. Nunca había entendido lo de los hermanos de Jesús hasta convivir en la misión. Cuantos les traían a bautizar se los presentan como hermanos del que los traía, y así hicieron las partidas de nacimiento dándoles los mismos padres. Mas los hermanos eran tan numerosos que empezaron a sospechar no se trataba de verdaderos hermanos, nacidos de mismos padres. Así era, en efecto, y tras mucho preguntar, hubieron de rehacer todas las partidas. Desde entonces, cuando les traían a bautizar *un hermano suyo*, les preguntaban siempre: ¿salido del mismo vientre? O bien:¿llevado en la misma espalda? Sólo cuando añadían estas dos expresiones se trataba de verdaderos hermanos según nosotros. Y aún recordaba la misionera la respuesta de un arrapiezo de cinco años, que respondió: Sí, salimos los dos del mismo vientre, y fuimos llevados sobre la misma espalda.

Cuando, pues, nos empeñamos en dar a la palabra *hermano* en la Escritura el mismo significado restrictivo que entre nosotros tiene hoy, cometemos una verdadera extrapolación y falsificación de la Escritura.

Sucede entre ellos como entre nosotros con la palabra *tío*.

Tío, en sentido estricto, es el hermano del padre o de la

(1) In Galatas, cap. 1, lect. 5

madre de uno. Pero en los pueblos se extendió el nombre de tal modo que se da a todo pariente de edad notablemente superior a la propia. Como en los pueblecitos, originariamente, todos eran parientes, de ahí vino llamar tío a todas las personas de edad –tío tal, tío cual—. La palabra era de afecto: sólo al olvidarse con el tiempo el parentesco de que derivaba se comenzó a considerar algo ofensiva, pretendiendo ser llamados *señor*, o *don*. Pese a ello, en los pueblecitos aún sigue la costumbre. En la ciudad, en cambio, donde los vínculos familiares entre todos sus habitantes ya han desaparecido por completo, no se usa la palabra tío sino para designar a los hermanos de los padres.

Si un habitante de ciudad grande, al oír en un pueblecito decir a uno «tío Juan, el del molino, es hombre rico», pensara que el tal tío Juan es verdaderamente tío del que habla, en sentido restrictivo, porque para él, habitante de la ciudad, la palabra sólo tiene ese significado, cometería un gran error. Pues no menos error cometemos nosotros cuando trasladamos el significado restrictivo de nuestra palabra *hermano* a la palabra hermano en cuanto usada en la Escritura, o en cuanto empleada por pueblos de cultura y estructura social diferente de la nuestra.

Mas veamos esto con algunos ejemplos de la misma Escritura Sagrada, en que la palabra *hermano* no implica ser hijo de los mismos padres —ni siquiera de la misma madre o del mismo padre—, sino simplemente una relación de parentesco. Los traductores muchas veces, atendiendo al sentido, traducen «pariente», pero obsérvese que en todos los ejemplos que vamos a aducir, la palabra hebrea es siempre hermano (aj). Si en esos lugares se traduce por *pariente*, con la misma razón debería traducirse «parientes» en el Evangelio, en vez de «hermanos de Jesús».

1) Abraham presenta a su esposa Sara al Faraón como hermana suya (1), y lo mismo hace con Abimelek, rey de Gerara (2), al que luego explicará: «por lo demás, es de verdad hermana mía, hija de mi padre, aunque

(1) Gén. 12,23

(2) Gén. 20,2
Pág. 163

no hija de mi madre, y yo la tomé por esposa» (Gén.20,12).

Mas examinado en conjunto el problema de Sara, aparece claro que tampoco era hija de Taré, padre de Abraham por la sangre, sino por adopción. Así parece deducirse de Gén. 11,26-31.

A Taré no se le dan hijas, sino tres hijos: Abraham, Nacor y Aram. Este murió en Ur, antes de que Taré abandonara la ciudad, dejando huérfanas dos hijas —Melka y Yeska—, de quienes naturalmente hubo de hacerse cargo el abuelo Taré, tratándolas como a hijas propias. Una de ellas —Melka—, se casa con su tío Nakor, hermano de Abraham e hijo de Taré. Abraham en cambio se casa con Sara —de la que nada se nos dice acerca de ser hija de Taré—. En cambio se nombra a Yeska como hija de Aram, sin que aparentemente tenga relación alguna con el pueblo elegido —lo cual no dejaría de ser sumamente extraño—. Creemos no cabe otra explicación que decir que Yeska es lo mismo que Sara, tanto más que Sara, más que nombre, es epíteto de excelencia (= princesa, señora).

Abraham se habría casado así, no con una hija de su padre, sino con una nieta, es decir, con una sobrina suya, aunque la llame más tarde hija de su padre (1), por haberla éste adoptado al quedar huérfana. Ambos hermanos, a instancias del padre, habrían así asegurado la situación de las dos hermanas huérfanas; y ambas se nombran por su relación con el futuro Israel, recibiendo Yeska, como principal progenitora y esposa de Abraham, el nombre de «princesa».

Sería, en efecto, sorprendente, de ser Sara hija natural de Taré, que la Escritura nos diga a continuación: «Tomó, pues, Taré a Abraám su hijo, y a Lot, hijo de Aram, hijo de su hijo, *y a Sara, su nuera, esposa de Abraham su hijo,* y los sacó de Ur de los Caldeos para ir a tierra de Canaán, y llegaron a Harrán, y habitaron allí» (Gén.11,31).

De ser Sara hija de taré por la sangre, lo natural es que dijera: «Y a Sara su hija, esposa de su hijo Abraham»,

(1) Gén. 20,12
Pág. 164

pues más importante es ser hija que nuera, y lo de nuera sería innecesario decirlo, pues ya está contenido en el hecho de que sea «esposa de Abraham su hijo».

En cambio, siendo sólo nieta e hija *adoptiva*, el cuidado de la adopción cesa al contraer matrimonio, y así se nombra entonces, ya no como hija, sino como nuera. Así se concilian perfectamente Gén. 11,31 con Gén.20,12, manteniéndose la verdad de ambas afirmaciones.

Tenemos, pues, a Sara, llamada hermana de Abraham (1), ciertamente no hija de la misma madre (2), y, según todos los indicios, tampoco hija carnal de su padre, sino sólo nieta e hija adoptiva. Sara, mera sobrina de Abraham, se llama simplemente su hermana.

2)Más claro aún es el caso de Lot, hijo de Aram hermano de Abraham, y por tanto *sobrino* de Abraham (3).

Sin embargo, la Escritura, en la narración patriarcal, le llama simplemente hermano. En Gén. 13,8 le dice el mismo Abraham: «No haya disensión entre ti y mí… pues somos hermanos». En Gén.14,14: «Al oír Abraham que su hermano (Lot) había sido hecho cautivo…». Y en Gén. 14,16: «Y recuperó a Lot su hermano, con toda su hacienda.»

A Lot, pues, *sobrino* de Abraham, se le llama indiferentemente, ya sobrino de Abraham, ya hermano de Abraham, sin que en este último caso vea la Escritura necesario hacernos aclaración alguna.

3) Rebeca, esposa de Isaac, era hija de Batuel y nieta de Nakor, hermano de Abraham (4). Era por tanto simplemente *prima* de Isaac. Sin embargo también Isaac la llama su hermana y la presenta a los demás como su hermana: «los del lugar le preguntaban por su mujer, y él decía: es mi hermana» (Gén.26,7).

4) Más instructiva aún es la historia de Jacob. Jacob era *sobrino* de Labán, hermano de su madre Rebeca (5)

No obstante, cuando Jacob va a refugiarse junto a él,

(1) Gén. 20,12
(2) Gén. 20,12
(3) Gén. 11,28.31; 12,; 14,12
(4) Gén.24,24.47
(5) Gén.24,29

Labán le reconoce como hermano, le llama hermano: «Y habiendo oído los motivos de su viaje, respondió: Hueso mío eres, y carne mía. Y después que se cumplieron los días de un mes, díjole: ¿Es que por ser *hermano mío* (ají) me vas a servir gratis? Di qué salario deseas» (Gén.29,15).

Los hijos de Labán eran primos y cuñados de Jacob. Mas Jacob se dirige a ellos como *hermanos,* y hermanos los llama el autor sagrado: «Y dijo Jacob a sus hermanos (lejau): recoged piedras» (Gén. 31,46).

A esos cuñados, y probablemente también a otros acompañantes de Labán, llama Jacob hermanos cuando dice: «¿Qué has hallado en mí de toda la hacienda de tu casa? Ponlo aquí, delante de mis hermanos y de tus hermanos, y juzguen entre mí y ti» (Gén.31,37).

Jacob sólo tenía un hermano de sangre –Esaú—, y éste no estaba presente. Llama, pues, hermanos, y los invoca como jueces, a los que acompañan a Labán en su persecución: los hijos de éste, e indudablemente también otros parientes que se le unieron, pues Labán se considera con fuerzas suficientes para castigar a impunemente a Jacob (1).

De ahí que las palabras de Gén. 31,26: «Y entonces tomó Labán a los hermanos de él (= ¿de Jacob? ¿del mismo Labán?: parece lo más probable lo primero), y le persiguió durante siete días, y le dio alcance», parecen comprender, no sólo los hijos de Labán, sino también otros parientes que le ayudan.

A todos ellos los llama Jacob hermanos: «Pónlo aquí, delante de mis hermanos y de tus hermanos, y juzguen entre ti y mi» (Gén.31,37).

Y a todos ellos los llama *hermanos* de Jacob el autor sagrado cuando dice: «Dijo Jacob a sus hermanos: Recoged piedras» (Gén.31,46) para hacer un túmulo conmemorativo de reconciliación y de alianza.

Igualmente llama a todos los que acompañan a Labán, e incluso al mismo Labán, *hermanos* de Jacob, cuando dice:

(1) Gén.31,28

«Juró Jacob… y tras inmolar víctimas en el monte, llamó a sus hermanos para que comieran pan» (Gén.32,54).

Evidentemente, ninguno de los presentes fue excluido del banquete: y todos los comensales son llamados hermanos de Jacob… y entre ellos no estaba el único que era hermano carnal en nuestro sentido, es decir, Esaú, a quien hallará más tarde. (1).

Toda la narración muestra la indefinida extensión de significado que entre los patriarcas tenía la palabra hermano; y no sólo entre ellos, sino también para el autor sagrado. Y no se olvide que esas narraciones eran conocidas de memoria por todo israelita y judío, que así daban la misma amplitud a la palabra hermano.

5) Digamos finalmente que no sólo el parentesco, sino también el amor y el pacto hacen que el amado se llame *hermano*, sin duda por considerar el amor fraternal como el más noble y desinteresado.

Respecto al amor, baste aludir a ds casos. En el Cantar de los Cantares se llama *hermana* a la esposa (2), y hermano al esposo (3).

En el Libro de Ester —compuesto ya en pleno período helenístico—, el Rey Asuero dice a su esposa Ester (ni siquiera persa, sino judía): «Yo soy tu hermano: no temas» (Est.15,12), porque siendo hermana mía derramar su sangre sería como derramar la propia mía: por eso aquí se considera más íntimo y fiel el nombre de hermano que el de esposo.

El versículo es deuterocanónico; pero aunque uno rechazare su autenticidad, para nuestro propósito sigue igualmente válido. Viene en los LXX, siglo III-II p.C. (4): el traductor, o, si se prefiere, compositor, es judío (5), y ese judío usa la palabra *hermano* —o nos dice la usó el rey Asuero— para designar a la esposa. Evidentemente, jamás hubiera hecho esto, de no autorizarlo la costumbre de dar esa extensión a la palabra *hermano*.

Respecto al pacto, baste recordar el caso de David y Jo-

(1) Gén. 33,1 ss
(2) Cant. 4,9
(3) Cant. 8,1
(4) Est. 5,1-3
(5) De ca. El siglo II a.C.

natán: no eran ni parientes, sino sólo amigos; pero habían celebrado un pacto de amistad (1), y por eso David lo llama *hermano* y como a hermano lo llora en la elegía a su muerte: «Me duelo sobre ti, hermano mío Jonatán, hermoso y amable más que el amor de las mujeres: como la madre ama a su hijo único, así yo te amaba a ti» (2 Reg.1,26).

El episodio de David nos recuerda, con su pacto, la costumbre primitiva de llamar hermanos a los juntamente iniciados. Recuerdo aún al P. Koppers —profesor de la Escuela etnológica de Viena—, que, ya anciano, me enseñaba con lágrimas en los ojos las cartas recibidas de los Yamanas, entre los que se había iniciado: en todas le llamaban siempre «querido hermano», o bien «querido hijo» cuando los que le escribían eran ancianos. No olvidemos que la hermandad de iniciación tiene frecuentemente más fuerza que la misma hermandad de sangre.

Es claro, pues, que tanto si miramos al uso de la palabra hermano en muchos pueblos, como si contemplamos su uso en la Escritura, nada hay que pueda inducirnos a concluir que los llamados «hermanos de Jesús» sean verdaderamente hijos de María por la sangre, ni aun siquiera de San José de un hipotético y del todo improbable matrimonio anterior.

Llegar a una conclusión tal supone, o ignorancia supina, o malicia pertinaz que odia la verdad. Sólo el odio gratis o sin motivo a la Virgen María —que tanto nos ama— puede llegar o negar su virginidad perpetua basándose en los hermanos de Jesús.

Y no olvidemos que quien sin motivo odia a la Virgen, acabará igualmente odiando a su Hijo: no se puede perseverar amando al Hijo cuando en nuestro corazón anida como sierpe el odio a su Madre.

1 Re. 20,16.17; 20,42

7. AL ENTREGAR A JUAN SU MADRE NOS DECLARA JESÚS SOLEMNEMENTE SU VIRGINIDAD PERPETUA

Pero aún hay más. El mismo Evangelio muestra con claridad a cuantos deliberadamente no quieran cegarse y cerrar los ojos a la luz, que los hermanos de Jesús no son hijos de María; que María no tenía hijo natural alguno fuera de Jesús.

En la Cruz, deja Jesús a su Madre al cuidado de San Juan, que ha de cumplir con Ella los deberes propios de un hijo con su Madre: «Viendo Jesús a su Madre, y al Discípulo amado en pie junto a Ella, dice a su Madre: Mujer, he aquí a tu hijo. Después dice al discípulo: He aquí a tu madre. Y desde aquel momento la tomó el discípulo consigo» (Jn.19,26.27).

Si María tenía hijos —el Evangelio nos da el nombre de cuatro hermanos de Jesús (1)— repugna al sentido común que Jesús la encomendara al cuidado de un extraño: no podía hacer mayor injuria a su Madre, ni mayor afrenta a esos supuestos hijos de su Madre.

Sólo cabría decir que los hermanos de Jesús eran tan ruines, y tan incrédulos a su misión divina, que Jesús quiso separar de ellos a su Madre paras evitarle molestias y persecución.

Pero no es este el caso. Entre los hermanos de Jesús figuran Santiago el Menor y San Judas, ambos apóstoles, elegidos por el mismo Jesús. E incluso los hermanos de Jesús en su conjunto aparecen como creyentes todos ellos tras la resurrección, y esperando con María —que ni siquiera aquí se llama madre de ellos, cosa en verdad extraña si lo fueran— y con los apóstoles la venida del Espíritu Santo, que sobre todos ellos descendería: «Estaban todos perseverando unánimes en oración, con (algunas) mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de Él» (Hech.1,14).

Entre ellos destaca, por su santidad, fidelidad a Jesús, y prestigio en la primitiva Iglesia, el apóstol Santiago el Me-

(1) Mt.13,6; Mc. 6,3

nor, que tuvo intervención decisiva, al parigual de San Pedro, en el Concilio de Jerusalén (1), y del que nos dice el mismo San Pablo: «Vine a Jerusalén a ver a Pedro, y permanecí con él quince días; mas de los demás apóstoles no vi a nadie fuera de Santiago hermano del Señor» (Gál.1,18-19). Y pondera el extraordinario prestigio de que gozaba en la Iglesia cuando dice: «Santiago y Cefas, y Juan, que parecían ser columnas (= eran tenidos como columnas de la Iglesia), nos dieron sus diestras» (Gál.2,9).

Aquí Santiago aparece con el mismo rango de excelencia entre los apóstoles que San Pedro y San Juan, e incluso lo nombra San Pablo en primer lugar. ¿Habría alcanzado tal prestigio de ser verdadero hijo de María, a quien Jesús no osara confiar la custodia de su Madre, antes se la arrebatara para darla a un extraño?

Añádase que este Apóstol había de permanecer en Jerusalén, como encargado de la comunidad más importante en la primitiva Iglesia, así como de la evangelización de los

judíos, que también se consideraba, al menos inicialmente, con la misión más importante (2).

Sería de verdad maravilla que, teniendo María un hijo tan santo como este Santiago, elegido por el mismo Jesús como apóstol suyo, y que era el único que había de quedarse después en Jerusalén, Cristo separara definitivamente en la Cruz a su Madre de un hijo tan bueno y tan querido, confiándola a un extraño para que la llevara consigo a un verdadero destierro, pues San Juan hubo de salir de Jerusalén y de Palestina no menos que los demás apóstoles.

Ni podía Cristo haber hecho en la Cruz más desprecio a su Madre, pisoteando sus sentimientos, ni podía haber dado mayor bofetón a su hermano Santiago, si éste era verdaderamente hijo de María, y no solamente simple pariente de Jesús.

No sería Jesús admirable en su Cruz. Los verdaderamente admirables serían la Virgen María y Santiago, que tras

(1) Hech.15,13 ss
(2) Cf. Hech. 1,8; Mt. 15,24

tal desprecio e injuria —nunca después reparada— siguieron amando a Jesús y creyendo en Él.

Es, pues, claro para todo el que conozca un poco el corazón humano, y aprecie los sentimientos del Corazón de Cristo, de su Madre, y aun del mismo Santiago, que éste no era hijo de María, ni nunca se sintió tal, sino hermano, es decir, mero pariente más o menos allegado de Jesús.

Quien ante esa escena de la Cruz siga negando la virginidad perpetua de María a base de los hermanos de Jesús, niega todo sentimiento humano digno al Corazón de Cristo, y aun al Corazón de su Madre. Verdaderamente a ese tal todavía no la ha atraído el Padre a Jesús (1).

Pero dejando ya de lado esa virginidad tan clara de María, procuraremos descubrir en esa escena una nueva Maternidad virginal de María.

8.MARÍA ES TAMBIÉN MADRE NUESTRA VIRGINAL

El Discípulo amado es San Juan, y a él individualmente se le encomienda el cuidado material de María, al perder Esta a su Hijo. Pero expresamente no se le nombra, antes el Evangelista usa una fórmula de validez universal para cuantos creen en Cristo: «Viendo Jesús a su Madre, y al Discípulo que amaba de pie junto a Ella, dice a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo» (Jn.19,26).

Jesús ama a todos y cada uno de sus discípulos, a cuantos creen en Él. SI los ve junto a María, simpatizando con sus dolores, de pie junto a Ella, acompañándola, de cada uno de ésos dirá a su Madre: «He aquí a tu hijo», al ver junto a Ella confortándola en su dolor al discípulo que Él ama, y al que quiere vr siempre junto a su Madre.

Son, pues, hijos de María cuantos se unen y simpatizan con sus sufrimientos. Y la Virgen María, por encargo del mismo Jesús, los engendra virginalmente como Madre a la vida divina, configurándolos con Ella a Cristo (2),

(1) Jn. 6,44
(2) Rom.8,29

y garantizándoles la glorificación eterna por la unión con sus dolores, que son los mismos de Jesús (1).

Y a cada uno de esos discípulos amados, que acompañan el dolor de su Madre —que hace descubrir lo más secreto de nuestros corazones (2)—, le intima Jesús: «He aquí a tu Madre» (Jn.19,27), y como a tal debes tratarla, recibiéndola en la casa u hospedaje de tu corazón sin separarte nunca ya de Ella, como hizo San Juan.

Es la Maternidad universal y virginal de María —no menos virginal en esta Maternidad que en la de Jesús—, lo que Jesús promulga en su trono de la cruz, para gloria de su amada Madre, y para consuelo y seguridad nuestros.

Terminemos con las palabras de Santo Tomás (3): Sin duda alguna debe detestarse el error de quienes, negando la virginidad perpetua de María, afirman que después de Jesús engendró otros hijos carnalmente de San José, «pues esto, primero va contra la perfección de Cristo, quien así como en su naturaleza divina es Unigénito *del Padre*, como perfecto hijo suyo en todo, así convino que Unigénito de la Madre, como germen suyo perfectísimo. Segundo, hace injuria al Espíritu Santo, cuyo sagrario fue el vientre virginal, en el que formó el cuerpo de Cristo; por lo que no convenía que después fuese violado por mezcla viril. Tercero, va contra la dignidad y santidad de la Madre de Dios, que parecería ingratísima, si la virginidad, que había sido conservada en Ella milagrosamente, la quisiera perder por propia iniciativa por ayuntamiento carnal. Cuarto, habría de imputarse a José como suma presunción, si atentase manchar a la que, por revelación del ángel, había sabido, concibió a Dios por obra del Espíritu Santo. Por todo lo cual debe afirmarse simplemente que la Madre de Dios, así como virgen concibió, así también virgen después del parto permaneció eternamente.»

Esas mismas razones creemos pueden en cierto modo aplicarse a la virginidad con que nos engendra a nosotros como hijos suyos y de Dios.

(1) Rom. 8,17
(2) Lc.2,35
(3) 3.ª q. 28,a.3

9. MARÍA NOS ENGENDRA Y DA A LUZ VIRGINALMENTE COMO HIJOS SUYOS E HIJOS DE DIOS

Nos engendra en Cristo y con Cristo como verdaderos hijos suyos, comunicándonos así su misma vida divina. Es, pues, necesario que nos engendre con la misma generación virginal con que le engendra a Él.

Nos engendra con la sola colaboración del Espíritu Santo, nuestro santificador, que virginalmente nos forma hijos de Dios en el seno mismo virginal en que formó la carne del Unigénito natural del Padre.

Y nada hace en ese seno virginal sin la colaboración y materno asentimiento de Aquella a quien ha sido concedida una especie de jurisdicción sobre toda gracia del Espíritu Santo (San Bernardino de Sena), que como a Esposa se las entrega todas para que a quien quiera y como quiera las distribuya.

Y nos engendra Ella maravillosamente unida al Amor Infinito de la Trinidad Beatísima, que la hace inagotablemente fecunda en su virginidad.

Y todos, como San José, hemos de adorar ese misterio de amor; pero sin caer en la presunción de quererlo explicar dándole nuestra medida humana y carnal, o teniendo la osadía de querer interferir esa acción de María y del Espíritu Santo en la santificación de las almas, pretendiendo orgullosa e inútilmente sustituirles, cual hacen cuantos hoy creen

haber descubierto por fin el modo auténtico de santificar las almas con su nueva pastoral mundana, o piensan haber, por fin, descubierto lo que ha de ser la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

No son los hombres, ni siquiera la Iglesia misma, quien determina cómo ha de ser el Cuerpo Místico de Cristo. Es María, como Madre de la Iglesia, unida al Espíritu Santo, quien determina, determinó y determinará siempre la naturaleza y estructura del Cuerpo Místico de su Hijo, al que, como Madre, en su seno virginal concibe y forma.

Pág. 173

Oh osadía y audacia nuestra, cuando pretendemos determinar cómo ha de ser la Iglesia, sustituyendo a la Madre que la forma, suplantando al Espíritu que en Ella nos distribuye a todos como miembros, según el beneplácito de su divina voluntad (1).

Acostumbrados a la generación carnal, se nos hace difícil comprender cómo María sea verdadera y propiamente Madre nuestra.

El mundo jamás lo entenderá; ni tampoco quienes sienten con el mundo o se guían por sus criterios. En la invocación y veneración de María como Madre verán una simple metáfora, fruto de devoción ñoña. El mundo no entenderá jamás lo que es de Dios.

Mas para el cristiano que con simplicidad cree en la virginidad perpetua de María desaparece todo misterio acerca de la real Maternidad universal de María. Iluminándose con claridad total: claridad que proviene de la luz con que lo ilumina otro misterio mayor, que la fe le testifica.

Al concebir María a Jesús virginalmente, lo concibe por el solo y puro acto de su voluntad: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc.1,38).

Si ese acto libre de María es tan fecundo que la hace verdaderamente Madre de Dios, ya no nos parecerá extraño que entrañe la eficacia de una fecundidad mucho menor: la de hacer hijos suyos también, e hijos de Dios, a cuantos no se resistan a recibir de Ella la vida, a cuantos aceptan ser por Ella incorporados a Cristo como miembros.

Es indudablemente mucho menos hacernos a nosotros hijos de Dios, que el hacer a Dios hijo suyo —Hijo del hombre—: y a Este lo hace Hijo suyo por mero acto de su voluntad enamorada, verdaderamente generativo —es verdadera Madre de Dios—, en cuanto elevado y usado por el Espíritu Santo.

Y es el mismo Espíritu, que da fecundidad a su acto de amor para que engendre a Dios, quien igualmente le da fecundidad eficaz para que nos engendre a nosotros hijos de

(1) 1.ª Cor. 12,11

Pág. 174

Dios, como miembros de su Unigénito Jesucristo, y en Él, y con Él verdaderamente hijos de María.

Y la generación virginal con que María nos engendra hijos suyos es tan real y verdadera como la generación virginal con que engendró a su Jesús.

Es, pues, verdaderamente Madre nuestra, que por generación real nos transmite la vida divina que Ella posee —«quien me encontrare a Mí hallará la vida» Prov.8,35) —. Aunque, por ser esa generación virginal, se nos haga incomprensible y misteriosa, como nos es igualmente incomprensible y misteriosa la generación virginal que la hace verdadera y real Madre de Dios.

Pág. 175

CAPÍTULO III

GRANDEZA Y PERFECCIÓN DE LA MATERNIDAD VIRGINAL

«*El Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Y dijo Dios: Hágase la luz*»

(Gén.1,2.3).

«*El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra… Y dijo María: …Hágase en mí según tu palabra*.»

(Lc.1,35.38).

«*Él era la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo… y vino a los suyos… y se hizo carne, y habitó entre nosotros*. »

(Jn.1,9.11.14).

«*Yo soy la luz del mundo*»

(Jn.8,12).

«*Yo vine como Luz del mundo*»

(Jn.12,46).

Pág. 176

«*Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero*.»

(Credo de la Misa: Símbolo Niceno-Constantinopolitano)

1. MISTERIO Y GRANDEZA DE LA MATERNIDAD DIVINA VIRGINAL

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gén.1,3). Pero como en estado de pura potencialidad hasta que la luz brotó en la creación.

La tierra sin luz «estaba inane y vacía» (Gén.1,2), como abismo de potencialidad todavía indiferenciada. Sobre esa tierra sin luz ni formas se cierne y actúa el Espíritu de Dios (1), elevando esa potencialidad para que pueda oír la voz de Dios y ser dócil a ella.

Y sobreviene por primera vez la voz de Dios: «hágase la luz» (Gén.1,3). Y la luz fue hecha, e iluminó e impregnó todo el abismo potencial, como saliendo y brotando a raudales de la misma materia. Y con la luz empieza el ornato y ordenación del universo.

Ella es como la verdadera creación; pues sin ella ésta es como si no fuera: imperceptible a los sentidos; incognoscible a la inteligencia hasta que no esté ella misma iluminada por la luz interior.

Por esa luz empieza la ascensión de la creación; con ella se inicia la diferenciación y ornato de la tierra, que son como su despliegue. Aunque en cada etapa se necesita una nueva voz de Dios, hasta llegar a la cima final con la creación de la luz espiritual, cuando Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén. 1,26).

Mas toda la creación, conseguida su cima natural con la luz de la inteligencia, sigue siendo pura tiniebla ante la Luz infinita, ante Dios «que habita la luz inaccesible» (1 Tim.6,16). A toda inteligencia creada; pura potencialidad ante el

(1) Gén. 1,2

Acto Infinito; pura ansia de ser ante el Ser Infinito de Dios.

Dios estaba en la creación, mas la creación no le conocía. La Luz del Verbo —esa Luz inaccesible en la que el Padre habita, mora y se deleita (1)— brillaba en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendían (2).

Y es que la luz primero por Dios creada no era luz verdadera: ni lo era la luz material, ni lo era la luz de la inteligencia.

No era luz verdadera, sino imagen imperfectísima y sin vida de la Luz verdadera; imitación lejanísima y como muerta de la Luz divina eterna, que es el Verbo. No podía iluminarnos a Dios y hacérnoslo asequible; no podía introducirnos en su vida, su ser y su hermosura.

A Dios sólo puede vérsele iluminados por su misma Luz, transfigurados por su Verbo e Hijo Unigénito, según lo que está escrito: «En tu Luz veremos la Luz» (Salm.35,10), y también: «Nadie conoció al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt.11,27). El «es la Luz, la verdadera» (Jn. 1,9): la única verdadera, pues toda otra luz es radicalmente incapaz de iluminarnos el Ser, de iluminarnos a Dios para que lo veamos.

Se requiere así una nueva creación incomparablemente más maravillosa, que eleve la creación primera hasta Dios, introduciéndola en la misma Vida Divina, por la que suspira.

Se trata sencillamente de un imposible: de «crear la Luz increada». Es decir, de que la misma Luz divina, que es el Verbo de Dios, se haga creatura, se inserte en la creación; sea, sin dejar de ser increada, también creación, para que pervadiéndola toda, y de ella brotando, cual hiciera la luz primera, la eleve consigo al plano divino, a la Vida Divina. Para que en la misma y con la misma Luz de Dios, veamos a Dios, que es Luz infinita y eterna.

En la primera creación, la luz que existía en Dios como imitación particular posible de la divina esencia, brota de la materia, y, en ella materializada, dócil a la voz divina, va

(1) 1.ª Tim. 6,16
(2) Jn.1,15

sacando a luz el universo, descubriendo y originando su hermosura.

En esta segunda creación no es una imitación o participación de Dios lo que se materializa y hace creatura.

Tan cruda y realmente se materializa, que verdaderamente «el Verbo de Dios *se hizo carne*, y habitó entre nosotros» (Jn.1,14): «Él era la Luz, la verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo… y vino a los suyos… y se hizo carne, y habitó entre nosotros.» (Jn.1,9.11.14).

Y siendo carne, que «viene como Luz al mundo» (Jn.12,46), no sólo «es Luz del mundo» (Jn. 1,14), sino también «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero» (1): verdadero Emmanuel, es decir «Dios con nosotros», que de nosotros mana y nace, y con nosotros es y vive, como uno de nosotros.

Esta creación difiere de la primera por la perfección infinita y eterna de la Luz que ahora se materializa y hace creada, y por el modo de su materialización: a la voz, no de Dios, sino de la Virgen María.

Para iniciarla, crea Dios primero una nueva Tierra: la Tierra virgen de María, que nos había de germinar al Salvador, cuan canta la Iglesia: «Abrase la Tierra, y germine al Salvador». No sólo nueva Tierra, mas también nuevo cielo, pues Ella es la «Sede de la Sabiduría», del Verbo del Padre.

En Ella reunió Dios toda la potencialidad y docilidad de la creación entera: «He aquí la esclava del Señor.» En Ella también todo el deseo de ser, del Ser infinito, que pudiera darse repartido en la creación primera: «Dios mío, Dios mío, a Ti Yo me vuelvo desde el amanecer primero de mi existencia: tuvo sed de Ti mi alma, y mi misma carne de cuán varios modos te ansía a Ti» (Sal. 62,2.3).

Mas ni la potencialidad ni el deseo de la Virgen María, aunque marque la cima y sea compendio de los de toda la creación en su máximo ascenso, es capaz de hacer brotar de sí la Luz increada.

(1) Credo de la Misa
Pág. 179

Por eso, así como en la tierra primera «inane y vacía» pura potencialidad abisal, actúa el Espíritu de Dios para elevar esa potencialidad y hacerla dócil a la voz divina, así en esta nueva Tierra Virgen que nos ha de germinar al Salvador desciende el Espíritu Santo, y la cubre y cobija por entero, actuando en Ella para elevar su potencialidad y su deseo «hasta el mismo solio de la Divinidad» (1), pues sólo con esa elevación quasi-infinita podía hacerse capaz de hacer manar de sí la Luz infinita e increada.

Ignoramos el tiempo que el Espíritu de Dios se cernió sobre las aguas potenciales.

Sabemos que cubrió a María desde el primer instante de su ser hasta el momento de su Maternidad. Y sabemos también que su acción no empezó con la Concepción de la Virgen, sino que se inició desde toda eternidad, pues como nos dice San Juan Damasceno: «Ella es el negocio de todos los siglos»: la tarea externa divina por excelencia; y por eso, como nos dice el mismo Santo, «verdadero taller de milagros».

Mas sólo cuando María alcanza el mismo confín de la Divinidad se hace oír la voz de Dios: «He aquí que concebirás y parirás un Hijo» (Lc.1,31), que será «la Luz verdadera» (Jn.1,9). Para lo cual se le da una nueva efusión del Espíritu Santo –«El Espíritu Santo descenderá sobre ti» (Lc.1,35) —, que como la asimile a la misma Divinidad, haciéndola propiamente obrar con el mismo Poder infinito de Dios —«y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc.1,35) —. Pues nada menos que poder infinito se requería para hacer nacer de nuevo la Luz eterna, materializada en el seno de la Virgen María, y de Ella manando verdaderamente.

Mas dado ese Espíritu divino, y recibido en María ese Poder infinito de Dios para que con Él obre, Dios parece cambiar el plan de esta segunda creación, tan inconmensurablemente superior a la primera.

(1) San Gregorio Magno
Pág. 180

En la primera, la luz —mera imitación y pintura desvahída de la Luz verdadera— sale y brota de la materia; pero sólo al conjuro de la voz divina que la crea en la materia: «Hágase la luz»: «y la luz fue hecha».

Mas en esta segunda creación, Dios, dado su Espíritu y su Poder a la Virgen María, no quiere con su voz de mando hacer nacer de Ella la Luz verdadera y eterna en la que mora y descansa. Quiere que la misma Virgen la haga nacer con su propia voz y ordenación. Tanto quiere a la Virgen María que se las arregla para que esta nueva creación maravillosa sea verdaderamente obra de Ella, aunque con el Poder divino.

Por eso es el «hágase» de María –y no el «hágase» de Dios—, el que produce el nuevo nacimiento de la Luz eterna.

María, con la humildad abisal correspondiente a su menos abisal potencialidad y deseo, pronuncia ese «Hágase», pero sabiendo que toda la eficacia de él se debe al Espíritu Santo que se le ha dado al Poder infinito que se le ha comunicado.

Por eso no dice simplemente «hágase», cual bastaba —pues Dios sólo esperaba su consentimiento—, sino: «He aquí la esclava del Señor, Hágase en mí según tu palabra» (Lc.1,38). Sólo osa dar su «Sí» para conformarse a la voluntad divina a la que en todo se somete.

Y al «hágase» de María, la Luz «se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn.1,14), y empezó a ser Luz del mundo (1), y nosotros hemos podido ver su esplendor y su gloria, «gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn.1,12); e iluminados por Ella «esplendor de la gloria y figura de su misma substancia» (Heb.1,3), transfigurados en «hijos de Dios» (Jn.1,12), se nos ha dado disposición y capacidad para ver al mismo Dios como es en Sí, participando de su ser y de su vida. Realidad divina que todavía no aparece manifiesta, pero que aparecerá cuando Jesús glorioso venga para llevarnos consigo: «Carísimos, ya ahora somos hijos de Dios: mas todavía

(1) Jo.8,12; 12,46

no se ha manifestado lo que seremos. Mas sabemos que cuando Él apareciere seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1 Jn.3,1-2).

Y como la luz primera salió de la materia a la voz de Dios, y como luz material, así esta Luz verdadera e infinita y eterna, sale, a la voz de María, de esta nueva Tierra Virgen creada por Dios, y sale hecha materia, hecha carne, que toma de la misma Virgen.

No nos ilumina desde el cielo, sino desde el seno de la Virgen María —la «Mujer vestida de sol» (Ap.12,1) —, y por Ella y desde Ella se comunica a toda la creación, iluminando tanto a ángeles como a hombres, haciendo capaces de ver a Dios a cuantos en «su Luz quieran ver la Luz» (Salm.35,10).

Y no sólo la Luz verdadera se hizo carne, sino que es verdadera carne —carne de la Virgen María—, verdadero hombre como nosotros, al que «oímos con nuestros oídos, vemos con nuestros ojos, conocemos con nuestro entendimiento, y al que nuestras manos palpan» (1 Jn.1,1).

Es en ese estado de materialización, de creatura, como «verdadero Dios con nosotros» o Emmanuel, que llevará a cabo la elevación y ornato del universo, hasta reintegrarlo en Dios, divinizándolo.

Y en esa elevación de la creación hasta Dios, en ese ornato divino que se va logrando por la acción del Verbo encarnado, no habrá —a diferencia de en la primera creación— nueva palabra del Padre Creador que haga dar el salto en las etapas decisivas.

Todo será obra de la Luz hecha carne, que es la Palabra total y substancial del Padre, el Verbo de Dios, a quien «todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra» (Mt.28,18), para que lleve a cabo la obra de ordenación, elevación y ornato del universo.

Por eso, si alguna vez habla el Padre no será para ordenar el Universo, sin para inducirnos a someternos a la Ordenación de su Hijo, obedeciendo a su voz: «Este es mi

Hijo, el Amado, en el que me he complacido: oídle a Él» (Mt.17,5).

Mas así como la misma voz divina que inicia el ascenso de la creación primera al decir «Hágase la luz», está presente luego en todas las nuevas ascensiones para provocarlas, igual la voz primera que hace salir de la materia virgen de María la Luz increada no podrá dejar de estar presente en todas las nuevas ascensiones hacia la

perfección divina. Ninguna ascensión tendrá lugar sin el repetido «hágase» de la Virgen María.

Por eso nos dice Pablo VI que «nadie nace a la vida sobrenatural —ascenso hacia Dios—, ni se perfecciona en ella, sino es por la acción materna de María.»

La elevación la hace el Verbo encarnado, voz y poder del Padre; pero no la hace sólo, sino asociado en todo a la Virgen María, por cuyo «hágase» se hizo carne, y con cuyo «hágase» y beneplácito activo hará todas las elevaciones y ornatos en nosotros hasta llevarnos a que contemplemos su gloria en el seno del Padre (1).

Sabemos que la luz de imitación y como pintada salió de la materia, y de ella se originó, a la voz de Dios. Mas ignoramos cómo.

Sabemos que la Luz verdadera e increada verdaderamente salió de la materia, de la Tierra Virgen de María, a la voz de Ella. Pero mucho más ignoramos el cómo.

La encarnación es un misterio absoluto, que sólo en el cielo conoceremos cuando veamos a Dios como Él es. Mas si misterio es la Encarnación, no menos misterio es la eficacia y el modo de operar del «hágase» de María, que desencadena el misterio, que origina el misterio.

Si misterio es la Encarnación, misterio igual y el mismo es la Maternidad divina de María por la que Dios se encarna. Nadie puede así alcanzar o explicar su grandeza.

Y si misterio nos es la actuación de la Luz verdadera hecha carne para llevarnos a través de maravillosas ascen-

(1) Jn.17,24

siones hasta el seno del Padre de donde vino a nosotros por María, no menos misterio nos es la eficacia de ese «Hágase» de María que acompaña la acción de su Hijo, en la operación de cada una de esas ascensiones.

Así, la Maternidad divina de María con relación al Verbo, Luz increada, en virtud de su primer «Hágase», se transforma en Maternidad divina con relación a nosotros, en virtud de la reiteración y perduración de su «Hágase».

Maternidad divina con relación al Verbo, Luz increada, hecha carne en Ella y de Ella, porque por su «Hágase» es Madre de Dios.

Maternidad divina con relación a nosotros —a cuantos son llamados a la visión divina—,porque con su «Hágase» reiterado nos engendra más y más hijos de Dios.

Y si la Maternidad divina primera es más excelsa, casi diría que la Maternidad divina segunda es más admirable, en cuanto muestra la fecundidad inagotable, siempre inexhausta, de nuestra Madre, la virtualidad inexhaurible de su primera Maternidad.

En realidad es una misma Maternidad que se despliega. La «Mujer vestida de sol» (Ap.12,1), por el mismo hecho de llevar al sol en su seno, irradia su Luz a toda la creación. Ni hay Luz verdadera que la creación reciba si no es derivando de Ella, recibiéndola de Ella: aunque no es Ella, sino la Luz de Ella recibida, la que nos hace ver a Dios.

Mas dejemos esta grandeza misteriosa e incomprensible de la Maternidad de María a la contemplación de las almas que la aman, y en su seno penetran guiados por el Espíritu Santo.

E intentemos describir esa grandeza con modos humanos, más a nuestro alcance, que bordearán el misterio sin penetrar en él, ya que sólo la luz del Espíritu Santo puede introducir a uno en el misterio mismo; y el que goce la dicha de ser introducido, en modo alguno podrá describirlo, o enarrarlo.

2. LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARÍA SUPERA TODA MATERNIDAD CREADA, ROZANDO LOS MISMOS LÍMITES DE LA FECUNDIDAD DIVINA

La virginidad confiere a la Maternidad de María una plenitud y perfección superior, no sólo a toda maternidad humana, sino a toda maternidad creada.

Por una parte, la hace participar en grado sumo y perfectísimo de la fecundidad del Padre Celestial —«del que toda paternidad deriva en el cielo y en la tierra» (Ef.3,15) —, cual era connatural a la que es Madre del mismo del que el Padre es verdadero Padre. Por otra, la lleva a una similitud y concordancia con su Hijo en su naturaleza humana que, más que de semejanza, casi podría hablarse de una misteriosa identidad entre Ella y su Hijo.

La maternidad humana, aunque normalmente venga determinada por un acto de voluntad, proviene directamente de un acto del cuerpo, que implica división material por la que se comunica al hijo una naturaleza semejante a la propia. Y hasta tal punto procede de un acto de división corporal, que ni siquiera necesita del acto de voluntad libre que la determine: ordinariamente se da en ella ese acto libre; pero puede también tener lugar sin él.

Los ángeles carecen de fecundidad. Incapaces de toda división corporal, debido a su perfección puramente espiritual, no alcanzan la perfección suficiente para engendrar un ser semejante a ellos por puro acto de su voluntad. Su amor, creado y finito, no basta para hacerlos fecundos.

Dios es necesariamente amor infinito. Por eso el Padre, necesariamente impulsado por ese Amor —que, como amor, siempre mira a OTRO—, necesariamente engendra de toda eternidad a su Hijo Unigénito, Verbo, expresión e imagen perfecta del Padre, al que comunica, no una naturaleza *semejante* a la suya —si solo fuera semejante, no sería infinita, y así el Hijo no sería verdaderamente Hijo suyo, sino sólo creatura, por elevada que la concibiéramos, y así tam-

poco la fecundidad del Padre correspondería a la infinitud de su perfección y de su Amor —, sino su misma naturaleza, su mismo ser. Un mismo y único Ser infinito, poseído por el Padre como fuente de él, poseído por el Hijo como recibido del Padre por generación, en una comunicación mutua de Amor igualmente infinito, que es el Espíritu Santo, que al ser así Amor Infinito posee la misma e idéntica naturaleza y ser del Padre y del Hijo, como proyección mutua de Amor Infinito substancial y eterno entre Padre e Hijo.

Por eso, al dar su mismo Ser en proyección de Amor Infinito, se agota la fecundidad del Padre, pues nada le queda propio ya que dar, habiéndolo comunicado y dado todo al Hijo.

Dejando enormemente atrás a los coros angélicos, la Virgen María, copiando al Padre, es fecunda por el mero acto de su voluntad enamorada: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc.1,38). Acto que es elevado por el Espíritu Santo —«El Espíritu Santo descenderá sobre ti»—, e impregnado del mismo Poder de Dios —«el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc.1,35) —, para darle poder generador.

Es ese acto de voluntad enamorada, elevado por el Espíritu Santo hasta el mismo confín de lo divino (1), e internamente penetrado por el mismo Poder infinito del Altísimo, lo que la convierte en Madre.

Ahí radica la perfección suma de su Virginidad, mucho más que en el hecho de que engendre a su Hijo sin concurso de varón: ausencia de concurso que es sólo una

consecuencia de la perfección suma de su Maternidad, que para nada necesita de tal concurso.

Esa es la virginidad que la hace superior en fecundidad a todas las jerarquías angélicas, a todo el orden creado, llevándola hasta el mismo límite de la fecundidad divina, haciéndola verdadera Madre de Dios, Madre del mismo de Quien es Padre el Padre celestial.

(1) San Gregorio
Pág. 186

3. LA FECUNDIDAD VIRGINAL DE MARÍA RADICA FORMALMENTE EN EL ACTO LIBRE DE SU VOLUNTAD: LA DIVISIÓN CUANTITATIVA CASO DE DARSE, ES MERA CONSECUENCIA MATERIAL DEL ACTO VIRGINAL DE SU VOLUNTAD.

La Maternidad divina de María parece implicar, al menos a primera vista, división cuantitativa, por parecer también exigirlo así el ser humano —también cuantitativo, y por ende divisible— que comunica a la Persona del Verbo.

Pero esa división, de darse, sería mera consecuencia del acto virginal de su voluntad, que es el que realmente la hace y constituye Madre de Dios.

Precisamente, por no constituir esa división cuantitativa la esencia de su Maternidad, puede María ser verdaderamente Madre nuestra sin división alguna, porque a nosotros nos comunica por generación la naturaleza sobrenatural, verdaderamente divina, e indivisible por no cuantitativa, que Ella posee por la plenitud y totalidad de la gracia santificante que la eleva y adorna.

Siendo nuestra filiación de María participación y extensión de la de Cristo, y no pudiendo por lo mismo ser más perfecta o virginal que la de Jesús, síguese de evidencia que la Maternidad divina de María está esencial y formalmente en el acto virginal de su voluntad, siendo la división cuantitativa, caso de darse, mera consecuencia implicada en el ser divisible y material que a su Hijo comunica.

Y aun cabe sospechar que tal división no va implicada en la generación de su Divino Hijo. Si sin pérdida alguna de su integridad sin división nos engendra a nosotros, como extensión de la generación de su Hijo, parece connatural que también con integridad perfecta, sin división alguna, verdaderamente engendre a su Divino Hijo.

Este es Luz, y la luz emana de la materia, y es ella misma natural, pero no escinde la materia de la que emana al originarse de ella. Es verdad, y también ésta se transmite y genera en otros sin división en el generante.
Pág. 187

Mas caso de darse de hecho división, diríamos que así como al comunicar al Verbo su naturaleza humana es verdaderamente Madre de Dios, así al transmitirla a su Hijo con división de su substancia hace formalmente esa comunicación, no por la división de su substancia, sino por acto virginal simplicísimo de su voluntad, que asimila su fecundidad a la virginal y simplicísima del Padre Eterno, con cuyo Poder engendra (1).

Ni parece conviniera a la dignidad de la Persona del Verbo ser sujeto de una filiación humana que desdijera de la divina que tiene con relación al Padre, es decir, que formalmente se fundara sobre una división de materia, y no sobre un acto simplicísimo de voluntad enamorada, informada de toda la plenitud de amor de que la creación es absolutamente capaz.

Para una generación del Verbo que formalmente consistiera en división de materia, se requería ciertamente la voluntad divina de encarnarse de María; pero no parece se necesitara elevar hasta casi lo infinito el acto de María, ni impregnarlo de el mismo Poder de Dios. Y se nos dice expresamente que el Espíritu Santo desciende sobre María, y el Poder del Altísimo la cubre, para dar eficacia interna generadora a su acto de voluntad.

Por eso pensamos que la semejanza de la filiación humana de Cristo con la eterna llega a tanto y tal grado, que creemos puede en cierta medida decirse que más que proceder de María por división cuantitativa, recibe de Ella la misma naturaleza divina que Ella posee, en cierto modo análogo a como recibe del Padre posee, en cierto modo análogo a como recibe del Padre la misma e idéntica naturaleza divina que el Padre posee, de manera que más que de dos naturalezas humanas —una, la de Cristo; otra, la de María—, sospechamos podría hablarse como de una misma naturaleza humana, poseída por dos: por Cristo y por María. Misma, aunque no idéntica, pues la naturaleza recibida por Cristo de su Madre se individualiza en Él.

Mas de esa asimilación inefable e incomprensible de la

(1) Lc.1,35

generación de María con la del Padre eterno se hablará más adelante, procurando precisar su verdadero alcance. Baste aquí anticipar que ni Tradición ni Iglesia, que tanto ponderan el acto de consentimiento libre de María como origen desencadenador de su Maternidad divina, y que reiteradamente nos afirman que la carne de Jesús —y el mismo Jesús— procede de María, se origina de la carne de María, jamás, que sepamos, hacen alusión a división cuantitativa alguna en tal origen y maternidad entrañada. Parece como si en su virginidad contemplara la integridad más absoluta.

Por eso la Liturgia la compara a la zarza ardiendo de Moisés, que engendraba y mantenía la llama sin pérdida alguna de su substancia: «En la zarza que Moisés vio arder sin que se consumiera, conocemos conservada tu admirable virginidad» (1).

Por eso en los responsorios de Navidad —tanto en el segundo como en el tercer nocturno— nos reitera que concibió a su Hijo con la palabra, con su maravilloso «Hágase»: «Intacta, sin conocer varón, por su palabra concibió al Hijo». Por eso nos inculca que su nacimiento es inefable, es decir, incapaz de ser contenido en consideración humana o por ella comprendido: «Cuando inefablemente naciste de la Virgen» (2).

Mas empecemos por lo más claro y aparente, para luego ir llegando a lo más oscuro y misterioso de la plenitud de esa Maternidad virginal.

4. JESÚS RECIBE Y HEREDA DE MARÍA TODO LO HUMANO, LO QUE LA CONVIERTE EN MÁS MADRE QUE TOMA MADRE HUMANA.

La transmisión de la naturaleza humana al hijo es obra conjunta del padre y de la madre. Mas la transmisión de la naturaleza humana a Cristo es obra exclusiva de su Madre

(1) Oficio de la Presentación del Señor, 2 febrero, y Oficio de navidad, en Laudes
(2) Laudes de Navidad

María, por haberlo virginalmente concebido, sin cooperación alguna de varón.

Es, pues, evidente que María es con mucha mayor plenitud Madre de Jesús que cualquier Madre humana pueda serlo de su hijo. Y también su Divino Hijo le debe mucho

más que cualquier hijo de los hombres a su madre. De Ella lo recibe todo: no sólo parte de su herencia biológica, sino toda su herencia biológica.

La importancia y amplitud de la herencia que el hijo recibe de sus padres ha sido siempre reconocida y admitida, aunque sólo en los tiempos modernos haya empezado a ser científicamente estudiada. Es de esperar que el perfeccionamiento de este conocimiento, en cuyos principios parecemos hoy hallarnos, llegue un día a ilustrar no poco las maravillosas relaciones entre María y su Hijo.

Por de pronto, sabemos hoy que esa herencia alcanza externos que no se hubieran antes sospechado, de modo que quizá no hay predisposición, inclinación, afecto, modo de ser o pensar, enfermedad o cualidad que el hijo no deba a sus padres, no haya recibido de ellos.

Tiene, es verdad, voluntad libre, con que puede moldear, usar, y hasta cierto punto transformar y modificar ese material heredado.

Pero no es menos cierto que el material sobre el que ha de actuar se lo dan hecho, y a él ha de ceñirse; y que la composición básica y estructuración de la materia de la que como de instrumento ha de servirse en sus acciones, permanecerán inalteradas.

Vicios y virtudes, salud y enfermedades, temperamento y pasiones, sentimientos e inclinaciones hallarán cada vez más gran parte de su explicación en esa transmisión, no ajena por lo demás a la doctrina católica, que enseña la transmisión del mismo pecado original, así como del desorden por él introducido en los primeros padres.

No ciertamente *toda* la explicación, porque entra también un factor individual que jamás deberá olvidarse: el in-

determinismo de la libertad del alma, que del cuerpo usa como de instrumento, que vivifica ese cuerpo y lo actúa con acciones vitales.

El comportamiento libre del hijo puede así diferenciarlo cada vez más de sus padres. Pero nunca extinguirá la semejanza radical en todos esos aspectos.

Con todo, el modo de esa semejanza puede variar hasta lo infinito, pudiendo decirse que la diversidad de tales modos es inagotable, debido a las innúmeras combinaciones diferentes que pueden adoptar las numerosísimas unidades hereditarias transmitidas por padre y madre distintos, y unificadas en el individuo hijo. Por eso necesariamente difiere de cada uno de ellos tanto como se les semeja, y el conjunto de elementos base de que dispone así como su combinación puede ser mejor o peor que el de los padres que se lo transmiten.

Mas en María no pasa esto. Ella transmite sola, sin influencia alguna ajena, toda la masa hereditaria a Jesucristo: nada hay en loa naturaleza humana de Este que no esté en Ella, pues que de Ella la recibe totalmente. Diríamos igualmente que nada hay en la naturaleza humana de María que no esté en la de Jesús, pues que íntegramente le transmite su propia naturaleza, sin que ningún agente complementario venga a modificar esa transmisión.

5. EN MARÍA ALCANZA LA NATURALEZA HUMANA SU PERFECCIÓN IDEAL, CUAL DIOS LA QUISO PARA QUE PASARA A SER NATURALEZA DE SU HIJO.

La semejanza entre naturaleza, inclinaciones, afectos, sentimientos, modo de ser, de querer, de pensar, de actuar, entre Cristo y María supera así toda ponderación.

Es verdad que para que saliera la naturaleza humana de Cristo con toda la perfección primigenia hubo de haber una milagrosa ruptura en la ley de la herencia, que impidiera la

transmisión a El de las taras con que la naturaleza humana se había contaminado.

Pudo haberla entre María y Cristo. Pero Dios decretó la hubiera antes, para que en nada quedara disminuida o como oscurecida la amplitud y plenitud de la Maternidad de María, ni la realidad de la Humanidad de Su Hijo.

Y así se nos ha revelado que esa ruptura en las leyes de la herencia tuvo lugar, no entre Jesús y María, sino entre María y sus padres. Ella empieza inmaculada, no hereda el pecado original, ni ninguna de las taras que son su consecuencia.

Ello nos indica que en María, antes que en Cristo, se realizó la perfección plena e ideal de la naturaleza humana, tal cual Dios la concibe y la quiere, tal cual quería la poseyera en el tiempo su Hijo Unigénito.

Y se dio a Ella por Jesucristo, en orden de Cristo, y así se la eximió de la ley de la herencia para que sin desdoro de Cristo cumpliera Ella misma esa ley al transmitirle su naturaleza humana; y así se manifestase que Ella, al engendrar a su Divino Hijo, agota toda perfección y plenitud posible a la maternidad y paternidad creadas, toda la perfección de que es capaz la maternidad participada, la fecundidad creada.

Es, pues, obvio que la perfección ideal de la naturaleza humana se alcanzó en María. Y la que Cristo de Ella recibe no es en sí más perfeta, sino sólo más plena la iluminación de su perfección por razón del Verbo que la asume, al que pertenece. Al no ser el Hijo persona humana, sino divina, recibe su naturaleza humana, siendo la misma que la de María, de quien la recibe, el realce, el esplendor, y la infusión de la Divinidad.

La Virgen María alcanza esa perfección y plenitud total de su naturaleza en el momento de su Maternidad. Siendo Madre por el acto de su voluntad, no transmite a su Hijo la naturaleza en el estado en que ella la tuvo al comenzar su existencia —cual sucede en la maternidad ordinaria de

la carne—, sino en el estado en que la posee en el momento de transmitirla a su Hijo, estado al que la ha elevado su docilidad al Espíritu Santo hasta hacerla capaz de un acto que sea proporcionado en eficacia a la generación del Verbo en sus entrañas.

Por eso María alcanza la perfección suma posible, y la totalidad de la gracia, de modo que ya no pudiera crecer más ni en perfección ni en gracia, en el momento de emitir el acto de su voluntad que la hace Madre de Dios. Teniendo Cristo la perfección suma en el primer momento de su encarnación, esa misma perfección suma hubo de tener su Madre en el momento de concebirlo.

Y en esto inconmensurablemente la Virgen María de su antepasado Adán. También este fue creado en estado de justicia original; pero con su cooperación había de elevar la perfección de la naturaleza por la creación recibida hasta hacer que con connaturalmente se capacitara para la visión divina. Pecó, y truncó esa evolución. Por eso en Adán jamás se dio la perfección ideal de la naturaleza que Dios quería para el hombre. Sólo se dará por vez primera en María, en su Maternidad divina, y simultáneamente en el Hijo que engendra y concibe. Después se dará en todos los elegidos, cuando, por la cooperación incansable de la Virgen que provoca y acompaña sus ascensiones, se asimilen y semejen completamente a Cristo en el Cielo, como verdaderos y perfectos miembros suyos.

Y no se diga que la transmisión de la naturaleza humana sólo mira al cuerpo, y no al alma, por ser ésta directamente creada por Dios. Por razón del influjo del cuerpo, la herencia afecta también íntimamente al alma. Tan íntimamente que la fe nos dice que el pecado original, que directamente afecta al alma —privándola de gracia — se transmite de los padres al hijo, aunque el alma de éste la cree Dios.

Y esa transmisión anímica cobra alcances insospechados si se admite, como es probable, que la individualización del
Pág. 193

alma se debe, no a sí misma —a su ser interno —, sino a la materia peculiarmente dispuesta que informa, al cuerpo al que se ordena, al que se infunde. En ese caso, todo lo que individualiza el alma de Cristo, haciéndola distinta de las demás, tal y no otra, viene provocado por la herencia que a esa alma la Virgen proporciona.

Esto nos hace en algún modo ver la perfección que Dios hubo de poner en el alma y cuerpo de María, para que fuera digna de pasar sin mudanza a ser perfección de su propio Hijo Unigénito.

Sabemos que ninguna mancha, defecto o inclinación perversa pudo darse en Ella, porque así lo exigía la perfección de su Hijo —que de Ella la hubiera heredado—. Pero también esa dignidad exigía que en Ella hubiera toda perfección positiva, para que el Hijo la pudiera heredar, como exige que se elimine de Ella toda imperfección o desorden para que el Hijo no se contaminara.

La dignidad y excelencia de la naturaleza humana de su Hijo Dios es así la medida y la fuente de la dignidad y excelencia de la Madre. Por eso en la medida en que conocemos la naturaleza y los sentimientos humanos de Cristo, en Él y por Él conocemos la naturaleza y sentimientos de María.

Hermosamente nos supiera todo esto San Bernardo, en una lectura que la Iglesia nos ofrece el Martes de la Semana XXII, en el Nuevo Breviario:

«El Hacedor de los hombres, para hacerse hombre naciendo de hombre, debió entre todas elegirse, o mejor *crearse* tal Madre, cual sabía era necesario para su propio honor, y cual conocía había de complacerse en Ella. Quiso, pues, fuese Virgen, de la que inmaculada procediese Él inmaculado para purificar todas las manchas. Quiso fuese humilde, de la cual Él manso y humilde de corazón procediese… Y para la que había de concebir y dar a luz al Santo de los Santos fuese santa en el cuerpo, recibió el don de la virginidad; y para que fuese santa también en la mente, re-
Pág.194

cibió también el don de la humildad… Adornada con estas joyas de virtudes… de modo que inclinara el ánimo del Rey al deseo de Ella (= de recibir de Ella al encarnarse lo que antes le comunicara) …elegida desde la eternidad, por el Altísimo preconocida y para sí preparada, por los ángeles guardada, por los Padres anunciada, por los Profetas prometida» (1).

Si María es virgen porque de Ella procede Cristo virgen, humilde porque de Ella procede Cristo humilde y manso de Corazón, santa porque de Ella ha de proceder el Santo de los Santos, síguese que cuanta perfección haya de tener Cristo en su humana naturaleza la dio precedentemente a María porque de Ella quería como heredarla. Tanta hermosura puso, que se enamoró de ella, queriendo hacerla suya por la encamación.

Nada de perfección podía negar el Padre a la naturaleza humana de su Hijo Unigénito, dado el amor infinito que le tiene. Pero esa naturaleza le es inmediatamente dada por María. Por consiguiente en María se encuentran todos los dones y cualidades que adornan a la naturaleza humana de Cristo, aunque en Este reciban un esplendor y como iluminación nueva al pertenecer a la Persona del Verbo.

Vuelve aquí a cumplirse la feliz expresión de San Jerónimo: «Toda la plenitud de la gracia de Cristo está en María, aunque de modo diferente» (2).

De todo lo dicho derivan tres conclusiones, que nos limitaremos a indicar brevemente.

6. LA PERFECCIÓN POSITIVA INCONCEBIBLE DE MARÍA

Es la primera, la perfección positiva inconcebible de María: la pureza, la hermosura, la delicadeza de todos sus afec-

(1) San Bernardo, *De Laudibus Virginis Mariae*, Homilía 2,1-2.4
(2) *De Assumptione*: la lección en que se halla este texto era usada antes por la Iglesia en la fiesta de la Inmaculada

tos, reacciones, inclinaciones, modos de obrar y de pensar; en una palabra, el orden maravilloso y perfectísimo de todo cuanto en Ella constituía como la masa de obra en que su voluntad libre enamorada actuaba.

Concebimos fácilmente el desorden, por ser nuestra parte y nuestra herencia, el ambiente en que nos movemos y en que nuestra libertad se desenvuelve.

Por eso tendemos a concebir esa armonía maravillosa de María como mera ausencia de desorden. Mas la perfección de ese orden en sí escapa a nuestro alcance. Sólo en el cielo la conoceremos.

En tanto, nuestro conocimiento dista tanto de la realidad como si, habituados siempre a oír ruidos horrísonos mezclados a armonías de principiantes, nos quisieran describir una obra cumbre musical diciéndonos que en ella no había ninguna disonancia. Desde el silencio —negación de toda disonancia, pero también de todo sonido y armonía—, hasta la música perfecta e ideal que quieren describirnos, obra maestra del mejor Maestro, que aquí es el Creador, hay una escala infinita de obras sin disonancia sin que lleguen a alcanzar la armonía perfecta que sacie al alma y la haga feliz.

María no es sólo ausencia de desorden y disonancias, de cuanto choca o hiere. Ella es también la armonía absoluta y perfectísima de la naturaleza humana, que compendia en sí toda la belleza y perfección del universo, y que agrada inconmensurablemente más a Dios que toda la música de las esferas celestes que los antiguos atribuyeron a los astros que toda la armonía y perfección de los mismos coros y jerarquías angélicos.

La obra maestra de Dios es la naturaleza humana, porque ella había de ser naturaleza de su Hijo, naturaleza del mismo Dios. Por eso, todos los encantos los puso en ella, porque ningún encanto creado podía negar a su Hijo, a quien se ordena todo el universo, tanto visible como invisible. Por eso sólo ella es capaz de integrar en sí cuanto perfec-

ción haya en el mundo material y cuanto de perfección pueda darse en el mundo espiritual.

Pero esa naturaleza alcanza por primera vez en María su perfección ideal y total, pues Ella es la única que la posee tal cual la heredará de Cristo.

En todos los demás es como un esbozo, imperfectamente lograda aun en el mismo Adán, pues de la libertad que debía haber empleado para llevarla a su pleno desarrollo, usó mal, antes de alcanzarlo, y lo truncó.

Y truncada ha quedado en todos sus descendientes: deficiente sumamente su perfección positiva; y llena de manchas y desórdenes mientras dura la presente vida, hasta que incorporados plenamente a Cristo en la eternidad, alcance en Él, por Él, y junto con Él, al unirse a su naturaleza y participar de su vida, la perfección ideal y eterna a que está destinada.

No hay así armonía posible o concebible que no se halle en la Virgen, como no hay armonía posible o concebible que no se halle en la naturaleza humana de su Hijo Cristo.

Y toda nuestra esperanza de alcanzar esa armonía que anhelamos está en la incorporación a Cristo por mediación de María, que nos engendra como miembros de su Hijo. Alcanzaremos así también nosotros, y participaremos, esa armonía maravillosa. Mas Ellos serán siempre la fuente de la que nuestra armonía derive, y la nuestra será participada.

Mas si se nos pide que expliquemos en qué consiste o radica esa armonía y perfección maravillosa, sólo el silencio puede ser nuestra respuesta.

Carecemos de ejemplos para describirla, de términos que la hagan entender. Unos y otros necesariamente son tomados de la realidad desordenada que experimentamos (1), y no es posible describir, ni aun entender, el orden por el desorden, el ser por el no ser, la luz por las tinieblas. Tinieblas tiene el ciego: ¿quién podrá hacerle conocer, sentir y gustar lo que son la luz y los colores?

(1) Veáse nuestra obra*: Condicionamientos del hecho religioso*
Pág.197

Las fuentes reveladas podrían decirnos algo de esa perfección positiva de la Virgen. Pero también ellas usan de necesidad de términos humanos, extraídos de un orden creado contaminado por la corrupción y desorden del pecado. Y además de eso, ¡son tan parcas al hablarnos de ella!

Con todo son algo más amplias al hablarnos de Jesús, al describirnos los sentimientos de su Corazón. Mas esto nos lleva a la segunda conclusión.

Y ella es que María es la explicación del Corazón de Jesús: la que nos hace inteligible su devoción.

7. MARÍA ES LA EXPLICACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS, HACIÉNDONOSLO INTELIGIBLE

La ternura, la compasión, la misericordia que Jesús siente, según el Evangelio, por las miserias humanas, el perdón generoso y siempre reiterado de nuestras repetidas ofensas, el olvido pleno y total de nuestros pecados y recaídas, el aguante divinamente maravilloso, inagotable, con que soporta todos nuestros desvíos y ofensas. La insistente invitación amorosa no entibiada por ninguna ingratitud, es algo para nosotros tan difícil de entender y de sinceramente admitir como lo fuera para sus contemporáneos los fariseos, que se escandalizaban de su trtato con los publicanos y pecadores y de la simpatía que les mostraba, no menos que del dulce atractivo que sobre ellos ejercía.

Todas las características de los sentimientos y amor hmn de Jesús, que ya aparecen claras en el Evangelio, han formado nuevo realce y como pasado a primer plano en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que va manifestando de modo cada vez más increíble las infinitas misericordias, ternuras, aguantes y paciencias del amor de Cristo.

Recomendada por la Iglesia en sucesión ininterrumpida de Pontífices, tras no pocas resistencias que hubo de vencer, son hoy más bien raros los que abiertamente lo impugnen.
Pág. 198

Pero quizá sean aun menos todavía los que se atrevan a sacar para sí y para los otros sus últimas consecuencias; los que admitan sencilla y plenamente ese amor tal cual se nos presenta, y animados por esa misericordia osen acercarse a Él y gozar de Él sin que en más o menos se sientan cohibidos por un resto de desconfianza e inquietud, a la vista de sus pecados, de sus recaídas, de su ingratitud y su miseria.

Sólo sintiendo que el amor de Jesús es un amor de Madre hacia todos y cada uno de los hombres, sólo admitiendo que su Corazón y que su amor son maternales, podemos venir a entender la devoción al Corazón de Jesús, sin que nos escandalicen las increíbles revelaciones de su misericordia. Ese amor materno, del que hablamos en EL AMOR (LIBR. II, caps. 11, 12 y 13) es el que explica y justifica la devoción al Sagrado Corazón.

Se nos hace difícil concebir a Cristo *hombre* con corazón de madre. Sin embargo, ¡qué claro aparece cuando reparamos en que ese Corazón, con los sentimientos y reacciones que lo embargan, es herencia pura y simple de su Madre la Virgen!

Jesús no puede tener otros sentimientos que los que hereda de María. Y María es toda Ella amor, compasión, misericordia. Amor de Madre: Madre de Cristo, y Madre nuestra, de todos y cada uno de los hombres. Todos los sentimientos del Corazón de Jesús se nos hacen comprensibles y hasta connaturales en María; y sólo mirando a Ella como a transmisora pueden dejar de chocarnos en el Corazón de su Divino Hijo.

Así, a la vez que el amor y los sentimientos de María explican y justifican la devoción al Corazón de Jesús, el amor y los sentimientos de Jesús, que esa devoción nos pone al descubierto, nos llevan al conocimiento explícito del interior de María, para afirmar de Ella el mismo amor, la misma misericordia y paciente ternura con todos y cada uno de los hombres, revelados en la devoción al Corazón de Cristo.

Unos mismos son los sentimientos de ambos: en Ella dándolos, heredados en Cristo. En Cristo envueltos en el

sol de la Divinidad, deslumbradores; en Ella inundados y bañados de la suave y plateada luz refleja propia de la creatura, lo que los hace más asequibles a nuestros ojos, más deliciosos a nuestra contemplación.

Todos esos sentimientos de María los ha intuido con infalible instinto el pueblo cristiano, que siempre la ha llamado «Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra», y que en sus mismos pecados ha encontrado el título mejor y más seguro, y el impulso más eficaz, para recurrir a Ella y echarse en sus brazos: «Ruega por nosotros pecadores». Pero las revelaciones de la devoción al Sagrado Corazón nos han servido para precisar más y más ese tesoro en María oculto, y sólo oscuramente y como por instinto intuido.

Mas esto nos lleva ya a la tercera consecuencia de esta Maternidad total y plena de María: la conformidad de sentimientos entre Ella y el Corazón de su Hijo, que la convierte en la compañera, aliada, amiga y reparadora por excelencia del Corazón de Jesús, al que nunca deja solo, al que siempre acompaña en toda su actividad.

8. CONFORMIDAD DE SENTIMIENTOS ENTRE MARÍA Y EL CORAZÓN DE SU HIJO: MARÍA COMPAÑERA, ALIADA, AMIGA Y REPARADORA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Si naturaleza, afectos, sentimientos, modo de reaccionar y obrar humanos los ha recibido Cristo de María, habrá de ponerse una semejanza tal entre ambos que casi llega a la igualdad: conformidad plena y total de sentimientos, de amores, de afectos, de modos de pensar y de reaccionar al hallarse en idénticas circunstancias.

Esto llevó a la Virgen a una comprensión tan plena del Corazón de su Hijo, de su modo de ser y obrar humanos, cual nunca podrá lograr una madre con su hijo, ni los esposos que más se amen y franqueen entre sí. Conocimiento

y comprensión que por lo mismo supera cuanto seamos capaces de imaginar.

Una sola vez aparece en el Evangelio (1) que María no comprendiera de pronto las palabras de Jesús.

Pero aun en ese caso único parece claro que se trate, no de una reacción *espontáneamente humana* de Jesús, sino de una reacción impuesta a esa naturaleza humana por la voluntad divina en orden al cumplimiento de su misión de Redentor, en la que Cristo no había de obrar según la carne ni la sangre, según los impulsos connaturales a la humanidad que de la Virgen recibiera, sino según la sola voluntad del Padre, por la que en esa obra se había de regir.

De ahí que la Virgen, en el primer momento, no lo comprendiera, porque no era la reacción connatural humana de Cristo con respecto a Ella, sino una reacción impuesta por la voluntad divina.

Sabía ciertamente que todo, tanto en Cristo como en Ella, debía someterse a la voluntad divina, que podía exigir renuncias hasta a lo más legítimo. Y amaba esa sumisión con toda su alma.

Pero la independencia que de todo vínculo natural debía tener Cristo en el cumplimiento de su misión le fue revelada por su Hijo antes de que la voluntad divina le hubiera notificado a Ella interiormente que el tiempo de esa independencia había llegado. Y no se le había notificado, porque efectivamente no había llegado todavía, ya que durante muchos años seguiría aún a María sometido (2).

Por eso las palabras de Jesús la cogieron como de sorpresa, tardando algo en comprender todo su alcance, porque no se las aclaraba a Ella interiormente la exigencia divina que más tarde se le intimaría en toda su crudeza, y que Ella aceptaría hasta el heroísmo de entregar su Hijo a la muerte.

Prescindiendo de que las palabras de Jesús tienen la finalidad evidente de llamar la atención de los Doctores de la Ley sobre su origen divino, parece Jesús haber querido

(1) Lc. 2,50
(2) Lc. 2,51

hacer este anuncio a su Madre ya a los doce años, y hacerla sentir con su momentánea separación el acerbo dolor que la esperaba, para prepararla a la hora del sacrificio de la Cruz, y poder en adelante hablar francamente con Ella de lo que llenaba y acongojaba el Corazón de su Madre, aunque nunca lo comentaran entre sí mientras Jesús era niño.

Así este secreto que como aisladamente acongojaba el Corazón de la Madre y el del Hijo, será en adelante compartido en asociación explícita y perfecta.

Y en esta delicadeza, aunque nos parezca rudeza en su expresión en palabras a quienes desconocemos la hermosura del amor, procedió Jesús para consolar a su Madre exactamente como la misma Virgen hubiera obrado en caso parecido para consolar el Corazón de su Hijo.

Pero el que sólo una vez en el Evangelio se nos diga que María no comprendió a su Hijo, muestra la rareza de esta incomprensión, que tiene todas las trazas de ser única, y meramente momentánea.

Y las circunstancias que en ella se nos señalan parecen claramente sugerirnos que las palabras y comportamiento de Jesús fueron como un brote natural, irresistible, de su amor humano hacia su Madre, para prepararla al gran sacrificio, y a la vez consolarse ya desde ahora mutuamente, anticipándose, y en cierto modo contrariando los designios divinos, que reservaban para más tarde esa revelación e intimación; como a impulso de ese mismo amor humano anticipará en las bodas de Caná la hora de hacer milagros señalada por la voluntad divina.

En uno y otro caso nos parece hay como un burlar el primitivo designio divino, no en el sentido de que la voluntad humana de Jesús se opusiese o enfrentarse a la divina, sino en el de que con su cariño humano supo robar al Padre una autorización que si no fuera para complacer la ternura de Cristo con su Madre jamás hubiera sido dada.

Sirvió así esa primera y única incomprensión *momentánea* para adentrar más y más a María en el secreto de los

designios divinos acerca de su Hijo, y lograr que aun en este aspecto se comprendieran del todo mutuamente en adelante: que comprendiera, no sólo las reacciones naturalmente humanas de su Hijo, sino también las reacciones de esa naturaleza en cuanto influidas, sublimadas y como desviadas de su cauce connatural por la voluntad divina que en todo la regía.

Así esas palabras, que seguramente ni Ella tardó en comprender, ni el mismo Jesús tardaría en explicarle, al hacerla desde ahora vivir actualmente el plan divino, le dieron capacidad para entender en adelante todas las manifestaciones y reacciones de su Hijo, que de ignorar tal plan, e incluso de solo no vivirlo actualmente, le habrían sido un misterio.

9. COMUNIÓN ÍNTIMA Y SINTONÍA PERFECTA ENTRE LOS NES DE MARÍA Y SU HIJO

Esta conformidad de sentimientos, esta semejanza o igualdad de reacciones, nos lleva a dar un paso más para adentrarnos en las maravillosas relaciones de los dos Corazones de la Madre y del Hijo.

Creemos puede ciertamente afirmarse que, aun sin comunicación externa —verbal o por gestos—, y aun sin la presencia corporal, cuanto sentía el Corazón de Jesús, lo sentía en El y con El la Virgen María.

Co-sentimiento que la convierte en la compañera, amiga y consoladora siempre fiel y constante del Corazón de Jesús, que aun en sus más hondos abandonos gozó del consuelo de la asistencia de su Madre. Co-sentimiento que nos hace vislumbrar la amplitud y eficacia de su Corredención.

Tal co-sentimiento viene ya fuertemente sugerido por la identidad de la herencia biológica entre Jesús y María, de que se habló más arriba.

Recuérdese el notable paralelismo psico-físico que se ha

observado en los hermanos univitelinos, cuya herencia biológica tiene mucho más de común que la de los gemelos ordinarios —según las investigaciones modernas sería idéntica del todo, aunque no lo creemos así por los motivos que se aducirán más adelante.

De las seis hermanas Dione, dos eran gemelas univitelinas. Una entró religiosa; durante su noviciado, la otra enfermó y murió. La novicia, sin enfermedad alguna física aparente, pasó todas las crisis de su hermana, e incluso estuvo a punto de morir. Cuidadosamente se le ocultó la muerte de ésta aunque siempre preguntara por ella: quizá gracias a esto se evitó que ella también muriera.

En las Conversaciones católicas de Poblet se presentó un caso de dos de estos hermanos, huérfanos, educados separadamente y sin contacto por tíos diferentes. Llegados a la pubertad, tuvieron su misma falta a la castidad, el mismo día, y con las mismas circunstancias. Luego se repetían esas faltas periódicamente en ambos, del mismo modo, y en las mismas circunstancias y en los mismos días, aunque entre ellos no había

contacto o comunicación alguna —el tema de las Conversaciones era la libertad humana y sus posibles limitaciones.

Estos dos ejemplos pueden bastar a sugerir la sintonía psico-física de reacciones y sentimientos a que puede dar lugar una herencia biológica que se acerca a la igualdad total, aunque no llegue a ella.

La sintonía entre María y su Hijo hubo de ser indeciblemente mayor, dada la perfecta identidad de herencia biológica.

También es de experiencia que tal sintonía viene favorecida por el amor. Mas nadie se ha amado y semejado tanto como Cristo y su Madre.

Dejando de lado esta sugerencias tomadas del orden natural, la perfecta sintonía de sentimientos y reacciones entre María y Jesús nos consta por el sentir de la Iglesia y del pueblo cristiano.

Pág. 204

Respecto al sentir de la Iglesia, baste recordar aquí el Rosario, oración dedicada a la Virgen, reiteradamente recomendada por los Papas.

A los tres primeros misterios de dolor no asistió Ella —Oración del Huerto, flagelación, y coronación de espinas—, Y aunque del segundo y del tercero pudo dolerse, y se dolió al contemplar sus efectos permanentes, los de la Oración del Huerto no pudo físicamente contemplarlos, aunque la Iglesia quiere la contemplemos nosotros unida a la agonía de su Jesús. Sólo asociándose por el co-sentimiento a distancia pudo participar los dolores de su Hijo, y así hemos de decir que mientras Jesús era abandonado en su agonía por los apóstoles dormidos, su Madre le acompañaba y sostenía, agonizando con El.

Si eso se dice de la agonía del Huerto, lo mismo deberá decirse de la flagelación, coronación de espinas, oprobios que en el Sanedrín y pretorio recibió, y aun en general de todo sufrimiento, sentimiento o disposición anímica de Jesús. Nunca la distancia física fue impedimento para que María íntimamente participara o se asociara a ellos: nunca dejó solo a su Hijo.

Respecto al sentir de la piedad cristiana, aparece claro en un sinnúmero de revelaciones privadas, publicadas con autorización eclesiástica, que nutren esa piedad, y que nos muestran a María enterada de cuanto Jesús iba sufriendo, e íntimamente asociada a ese sufrimiento.

Tal vez nadie, sin embargo, expresara más delicadamente la amplitud de esa comunicación mutua de dolores y sentimientos que nuestro Venerable Padre Hoyos, cuando, contemplando a María al pie de la Cruz, nos dice vio que el Corazón del Hijo y el de la Madre eran como dos espejos tersísimos, mirando el uno al otro: y cuantos nubes de congojas, abandonos y penas pasaban por el Corazón de Cristo se reflejaban con toda exactitud y viveza en el Corazón de la Madre, para volver a revertir nuevamente reflejados —ahora como dolores de su Madre— en el Corazón de

Pág. 205

Cristo, aumentándose así mutuamente su dolor, a la vez que se acompañaban y mutuamente consolaban.

Trátase aquí, como se ve, de la comunicación plena y mutua de todos los dolores, congojas y sentimientos internos, directa y tan plena que no hay dolor alguno del alma de Jesús que María no sufriera en la suya. Y se trata de sentimientos internos, no externamente manifestados ni perceptibles a los sentidos de los circunstantes, sino sólo percibidos por la simpatía de amor que asocia en todo el Corazón de la Madre con el de su Hijo, y el de Este con el de su Madre.

Y esa comunicación se pone como connatural a esos dos Corazones tan semejantes, y por lo mismo se dio siempre entre ellos, y no sólo al pie de la Cruz.

10. COMUNICACIÓN EXIGIDA POR LA MISMA DIGNIDAD Y NATURALEZA DE LA MATERNIDAD DE MARÍA

Esa comunicación total y resonancia plena y constante creemos viene exigida por la misma dignidad materna de María, no por ser Madre, sino por serlo de tal Hijo.

Es más natural el que una madre presienta los dolores del hijo y los sufra en sí, que no un hijo los de su madre. Y nada habría más bochornoso para una madre que se sienta verdaderamente tal, que el saber sucediera precisamente lo contrario.

No podemos imaginar que Cristo quisiera abochornar a su Madre precisamente en la insuficiencia e impotencia de su amor materno, permitiendo que ese amor fuera indigno de su correspondencia filial. Mas ciertamente la hubiera abochornado de no hacerla partícipe de todos sus dolores y sentimientos más internos y secretos. Debe, pues, concluirse con certeza que de todos la hizo participar, a todos la asoció.

Las vías por las que así lo hiciera podrán sernos desconocidas. Mas el hecho parece del todo innegable. Y si esas vías fueron, cual creemos, connaturales, habrá que decir que

María reflejó en sí no sólo los sufrimientos y penas, sino todos los sentimientos y afectos de su Hijo: Ella es su compañera y asociada en todo.

Réstanos probar que el no comunicar todos los dolores de su Hijo hubiera sido bochornoso para el amor materno de María.

Jesucristo conoció siempre con su entendimiento humano, y por consiguiente con su Corazón humano compartió todas las penas de María, pues El conocía cuanto se pasaba en el interior del hombre (1), y esto lo sabía María. Mas si Ella hubiera sabido que en el Corazón humano de su Hijo existían, o podían existir, penas a Ella insospechadas, y por tanto imposibles de compartir, se sentiría en la poco airosa posición de una madre que no halla en sí cariño materno suficiente para corresponder al amor de su hijo. Su Maternidad seguiría siendo excelentísima; pero su amor no sería el adecuado a la excelencia de esa Maternidad.

Se sigue, pues, que un amor así ampliamente compaciente, según lo hemos descrito, es una verdadera exigencia de su Maternidad divina, de su ser Madre de tal Hijo. Si en algún lugar, aquí es donde debería aplicarse el principio enunciado por Escoto: «Dios pudo comunicarle todos sus dolores; era decoroso y según el recto orden que se los comunicara; por consiguiente es indudable que se los comunicó.»

Y si comunica todos sus dolores, igualmente todos sus gozos. Pues si el Hijo la hiciera comunicar todos sus dolores, manteniéndola ajena a la comunión de sus goces, sería bochornoso para el Hijo.

11. SE INSINÚA EL MODO CONNATURAL DE ESA COMUNICACIÓN PERFECTÍSIMA

Para entender mejor el modo connatural de esa comunicación y simpatía, no sólo de los dolores, sino de toda clase

(1) Jn.2,24.25

de sentimientos y afectos, creo puede ayudarnos la consideración de un fenómeno físico: la simpatía sonora o resonancia.

Si dos cuerdas están adaptadas al mismo número o frecuencia de vibraciones, por ser igual su materia, longitud, grosor y grado de tensión, basta hacer sonar una de ellas para que la otra, influida por las ondas que la primera emite, empiece a vibrar a su vez, produciendo el mismo sonido de la primera, aunque no tan intenso. Y lo mismo pasa con los tubos o cualquier otro artilugio musical.

Vimos la semejanza suma entre la naturaleza humana de Cristo y la de María, como que de Ella totalmente la heredó, sin confluencia de ningún otro influjo que modificase esa herencia. Parece, pues, del todo natural, dada esa semejanza y analogía sumas, que toda vibración, toda mudanza de la naturaleza humana de Cristo *resonase* y repercutiese en María, produciendo en Ella una copia de cuanto en la de Cristo acaecía. E igualmente, toda vibración del Corazón de María formase un eco exacto en el de su Divino Hijo

Tal como dos arpas iguales, al ser tañida una emite la otra la misma melodía, así sucedía en esas naturalezas humanas tan armónicas de la Madre y del Hijo.

Tal como una corriente eléctrica que empieza a recorrer un hilo induce en su vecino otra contra-corriente, que parece querer venir a su encuentro, así toda corriente emocional que conmovía al Corazón de Cristo inducía en el de su Madre una contra-corriente similar que la llevaba al encuentro con Jesús en la participación y como fusión de una misma emoción.

Desconocemos el medio físico por el que la corriente inductora genera la contracorriente inducida. Pero conocemos el medio de inducción de los sonidos: el aire o espíritu en que comunican ambas cuerdas sonoras.

El medio que pone en comunicación perfectísima a los Corazones de Jesús y de María, haciéndoles sintonizar en todas sus actividades, es el mismo Espíritu Santo, descen-

dido con toda plenitud sobre ambos (Is. 11,1.2; Lc. 1,28.35).

Es el Espíritu Santo quien diviniza todas las acciones humanas de Jesucristo, siendo comprincipio sobrenatural de ellas. Nada hace Jesús, ningún afecto u operación humana tiene, sino en cuanto movido y como tañido por ese Espíritu divino, siendo así su único manjar el cumplir la voluntad de su Padre.

Mas vimos en LA AMADA (libr. II, cap. VII, 3-7) que toda y la misma gracia conferida a Cristo se da también a la Virgen María, aunque de modo diferente. Lo que vale de la gracia, vale del Espíritu Santo, origen y fuente de ella, así como de toda actividad sobrenatural por la gracia informada. Es, pues, consecuente que lo mismo que el Espíritu Santo obra en el Corazón de Jesús, eso mismo obre en el Corazón de su Madre, asociándola en todo a su Hijo.

En esa asociación plena, obrada por el mismo Espíritu Santo dado a ambos, se cumple el plan divino que expusimos en LA AMADA (libr. III, cap. V, 4 y 5): María ha de dar a su Hijo en el mundo el mismo amor que el Padre le da en su seno. Y para ello será el mismo Amor Substancial del Padre, el Espíritu Santo, quien le ame en Ella y por Ella.

Si con relación a su Padre dice la Persona divina de Jesús: «Llega la hora en que me dejéis solo; pero no estoy solo, porque mi Padre está conmigo» (Jn. 16,32), no menos puede decir de su Madre, por lo que mira a su humanidad —como abandonada por el mismo Padre en la Pasión (Mc. 15,34)—: «pero no estoy solo, porque mi Madre está conmigo».

Así como el Padre nunca le dejó solo, por ser una e idéntica la naturaleza divina de ambos —«Yo y el Padre somos una misma cosa» (Jn. 10,30; 14,9)— así tampoco la Madre le dejó nunca solo, antes le acompañó siempre y en todo, por ser como una y misma la naturaleza humana de ambos, y por ser Ella la que había de sustituir al Padre con relación a Jesús en el mundo.

Y si no hay secreto para el Padre en las acciones divinas

Pág. 209

de su Hijo, sino asociación perfecta —una misma e idéntica es la operación divina de ambos—, tampoco puede haber secreto alguno para la Madre en la actividad humana del Hijo, sino asociación perfecta, acompañándole en toda su actividad y sentimientos.

San Pablo nos dice que, en el cuerpo humano, en virtud de ser una y la misma el alma que lo informa, «si padece un miembro... todos padecen con él; y si un miembro tiene gloria o se alegra, se gozan con él todos los miembros» (l.a Cor. 12,26). Igualmente debería suceder con el Cuerpo Místico de Cristo, en virtud de ser una y la misma el alma que lo anima —el Espíritu Santo.

Pero la equivalencia, si bien se da en el cielo —donde cada miembro ha alcanzado ya la plenitud de su vida divina—, deja ciertamente no poco que desear en esta tierra: los miembros *se están formando*, aún no están formados, no han alcanzado todavía la plenitud de gracia y de vida divina a que están destinados. Por eso también su actividad vital sobrenatural deja mucho que desear, está lejana todavía de la perfección.

Mas María alcanzó la gracia suma y total en su Maternidad divina, cual vimos en LA AMADA (libr. II, cap. VII y VIII). Desde entonces, pues, en virtud de la animación perfecta y total por parte del Espíritu Santo que se convierte en principio de vida y de actividad de todas sus acciones, sufrió siempre y en todo con Jesús, nuestra Cabeza, gozó siempre y en todo con Jesús. El Espíritu Santo, que la llenaba, operaba esa perfecta sintonía. Y por su unión con Jesús sentía igualmente y se asociaba a todos nuestros dolores y goces, por ser dolores y goces de su Hijo.

Así, el ideal de San Pablo se cumple a la perfección en la Virgen María, y, mientras permanecemos en la tierra *haciéndonos hijos de Dios* (Jn. 1,12), sólo en Ella. Para los demás es simple ideal al que debemos tender; pero al que sólo en el cielo llegaremos, «cuando seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (lª Jn. 3,2).

Pág. 210

Basado en el mismo principio de la inhabitación del Espíritu Santo —que difunde su amor en nuestros corazones (Rom. 5,5)—, exhorta San Pablo a los cristianos: «Sentid en vosotros lo que el mismo Jesús siente en sí» (Fil. 2,5).

También, y por las mismas razones, ese co-sentir con Jesús es en esta vida simple ideal al que incansablemente debemos tender, y al cual tanto más nos acercamos cuanto más se vaya aproximando nuestra vida divina a la perfección definitiva y como adulta que Dios tiene a cada uno destinada. Pero sólo en el cielo, cuando nuestra semejanza con Jesús sea perfecta, cuando ya totalmente vivamos de su misma vida, se cumplirá con perfección el ideal propuesto por San Pablo.

Y también, y por las mismas razones, la Virgen María es la única que ya mientras vivía en esta tierra, y desde el momento de su Maternidad divina virginal, en que alcanza la totalidad de la gracia, la totalidad de la vida divina participable, la totalidad receptiva de la acción del Espíritu Santo, siente en todo con Jesús, tiene en cada instante y momento los mismos sentimientos de su Hijo, siendo totalmente inseparables los sentimientos de los Corazones de ambos, como tañidos por un mismo Espíritu Santo con un mismo toque

y acción, pues a ninguno de ellos niega nada de perfección divina que pueda obrar en creatura.

Es así la Virgen María la continua compañera, asociada y aliada del Corazón de su Hijo. La Gran Consoladora. La que ni un instante le deja sólo en ninguna de sus amarguras y desolaciones, en ninguna de las decepciones e inquietudes que a porfía le causamos los redimidos, ni en ninguno de los goces y satisfacciones que la correspondencia de las almas le produce.

Esas son las dos cuerdas hechas exactamente iguales, e igualmente tensadas por el Espíritu Santo, que dan un solo sonido de alabanza al Padre, y como único llega al Padre, aunque ese sonido único proceda de dos fuentes personales

distintas —Jesús y María—, movidas ambas por un mismo impulso del Espíritu Santo.

12. SE ILUSTRA LA COMUNICACIÓN ENTRE MARÍA Y SU HIJO POR EL MODO DE COMUNICACIÓN ENTRE LOS HOMBRES

Percibido en fe este total co-sentimiento, esta sintonía perfecta y maravillosa entre María y su Hijo, pensamos no estará de más ilustrarla con la consideración de la sintonía que los hombres naturalmente podemos alcanzar.

Tal consideración contribuirá, por una parte, a hacernos entender mejor, a nuestro modo humano, la sintonía de los Corazones de la Madre divina y de su Hijo; por otra, nos aclarará mejor su excelencia, al mostrarnos sus diferencias de la nuestra. Nuestro modo de comunicación no puede menos de introducirnos a una mejor comprensión e inteligencia de la comunicación existente entre María y Jesús.

La comunicación entre los hombres se hace normalmente a través del cuerpo.

Esta comunicación es espontánea —aunque no siempre pasivamente recibida por otros— para todo acto anímico natural. Aunque éste no sea en sí algo material, va siempre acompañado, en virtud de la estrecha unión entre alma y cuerpo, de una especie de vibración o resonancia física o material, que lo manifiesta y declara, como la huella que el pie deja o produce no es el pie, pero lo declara y manifiesta; o quizá mejor, como la figura del cuerpo no es el cuerpo, pero declara, manifiesta y da a conocer el cuerpo.

Esto es evidente por lo que mira al acto anímico sensitivo, en que por definición interviene siempre un elemento físico, material, y diríamos tangible, que varía y oscila según el acto.

Pero también es, aunque de modo diferente, aplicable a los actos puramente espirituales, como pensar o querer.

En éstos, ciertamente, no entra como constitutivo nin-

gún elemento material o corpóreo. Pero sí entra como concomitante, producido en el cuerpo por el mismo acto espiritual, en virtud de la unión estrechísima que vincula alma y cuerpo y de la armonía que Dios estableció entre ambos.

Así se ha comprobado que todo pensamiento y todo acto de querer es acusado en el cerebro por corrientes eléctricas, especialmente notorias cuando empieza la mudanza anímica, es decir, cuando se empieza o deja de pensar, cuando se empieza o deja de querer, con lo que se acentúa la semejanza con las corrientes inductoras e inducidas, ya que éstas últimas se acusan precisamente en los momentos en que el inductor cambia de dirección.

Esto se da hoy por tan cierto, que precisamente la ausencia de corrientes en el cerebro se admite como indicio seguro de muerte clínica, para poder disponer del cadáver o de sus miembros.

Advirtamos, no obstante, que pueden darse actos sobrenaturales —que los médicos desconocen— que no acusen de ningún modo en el cuerpo su existencia. Tales son los que San Juan de la Cruz llama palabras intelectuales, o lo que cae en general bajo el nombre de ciencia infusa *per se* (cf. LA AMADA, lib. III, cap. I, nº 4 y 5). En tal caso la comunicación a otro sólo puede hacerla el mismo Espíritu Santo que los produce. Se dieron en abundancia tanto en Jesús como en María. Y la comunicación mutua de uno a otro se hacía por el mismo Espíritu Santo que en ellos los producía.

Pero volviendo a los actos anímicos naturales, ese elemento material, integrante o simplemente concomitante, inducido por el acto anímico, que podría designarse con el nombre, ciertamente *arbitrario*, de vibración mental para indicar su característica de poderse transmitir, mediata o inmediatamente, a otro sujeto animado, actuando en él, es de sí el modo más natural y proporcionado para dar a conocer a otros el acto anímico que lo induce, o del que forma en otros casos parte.

Si es inducido, lleva en sí el sello propio y distintivo del

inductor que lo causa; si es integrante, llevará el sello propio y distintivo del acto anímico individual sensible del que forma parte. Y siendo mudanza física específica, también específicamente obrará en el ambiente, hasta llegar a otros hombres y actuar específicamente en ellos, como excitando en ellos el mismo acto vital de que se originó.

Pero a pesar de la perfección teórica de este medio de comunicación entre las almas, la experiencia nos dice que, fuera de algunos casos relativamente raros de telepatía, y de casos frecuentes de comunicación confusa —piénsese en Ío contagioso que es el buen humor, el mal humor, la tristeza, el descontento, el pesimismo, etc.—, la comunicación clara y distinta de nuestro interior sólo podemos ordinariamente hacerla sirviéndonos de signos convencionales y arbitrarios, es decir, del lenguaje, a cuya imperfección quizá se deba —por ser signo arbitrario y con arbitrariedad de necesidad variamente matizada en cada uno— el que sea tan difícil que se entiendan hablando dos que empiezan a hacerlo discutiendo.

Podríamos, pues, decir, que cada hombre es como emisora perfectísima, a la vez que potencial receptor. Cada acto vital es como si engendrara su onda correspondiente, y ésta, al topar con otro hombre, puede reengendrar en él el mismo acto vital. Como la voz produce en la emisora una onda peculiar a ella, aunque físicamente del todo distinta, y esa onda causa en el receptor que la capta la reproducción de la voz primitiva.

Hemos visto que la emisora humana no falla. Pero sí parece fallar, o al menos ser sumamente deficiente, el receptor humano. Por eso recurrimos a los mazazos arbitrarios de las palabras que, aunque menos expresivos, tienen la ventaja indiscutible de llamar la atención del receptor, obligándole a sintonizar, a fijarse en nuestro mensaje y descifrarlo, mejor o peor, so pena de que no le dejen reposar.

Mas si el receptor fuera perfecto en su funcionamiento, parece no habría comunicación más íntima y plena que la

verificada por esos signos o manifestaciones naturales de los estados del alma. Y tal creemos fue el caso de la Virgen María con su Divino Hijo.

13. CAUSAS QUE LIMITAN LA COMUNICACIÓN NATURAL ENTRE LOS HOMBRES: EL EGOÍSMO Y LA FALTA DE SEMEJANZA

Los defectos del receptor humano pueden reducirse fundamentalmente a dos: la falta de atención, y la falta de sintonía o sincronización, es decir, el egoísmo y la desemejanza de las almas.

El influjo de la falta de atención es notable incluso en la comunicación por el mismo lenguaje arbitrario.

La desatención —desinterés, desamor— puede llegar a tanto que no se perciba nada de otra alma, aunque de ésta nos lleguen a los sentidos las palabras con que se nos manifiesta o quiere manifestársenos. Tal cuando se nos habla y estamos abstraídos o distraídos; o cuando pasamos por medio del mercado sin prestar atención a lo que allí se dice: las palabras llegan a nuestro oído, pero, o no las oímos, o cuando menos no penetramos ni entendemos su contenido. Mas basta poner entonces atención expresa, y el sonido percibido se transforma en inteligencia de aquello de que el sonido es mero mensajero.

Si para los mazazos del sonido se requiere atención si queremos captar su mensaje, mucho más ha de requerirse para captar los otros mensajeros más sutiles que acompañan la actividad del alma y difunden su noticia. Por eso es más bien rara su percepción, impedida en más o en menos por la distracción —amor a otras cosas circundantes—, y por la abstracción o ensimismamiento —amor a sí mismo, contemplación de sí mismo.

Por eso también, cuanto más enamoradas están dos personas y más tiempo llevan perfeccionándose en la práctica de su mutuo amor, es decir, cuanto más se han habituado a

despojarse del amor a las restantes creaturas y a sí mismas para concentrar todo su amor y atención en la persona amada, tanto más y mejor se entienden sin necesidad de palabras, ni aun de gestos —al menos expresos—, hasta llegar a veces a una maravillosa y real compenetración de ideas y sentimientos sin apenas necesidad de expresión oral.

Considerando el amor perfectísimo de María a su Hijo, su exclusividad, el olvido pleno de sí misma y de toda creatura para convertirse del todo a su Amado y vivir de El pendiente y como suspensa, aparece claro cuán profunda y extensa hubo de ser la comunicación de María con su Hijo, sin necesidad de palabras, ni aun de gestos exteriores voluntarios.

La emisora del alma siempre funciona, según vimos. Mas el receptor del alma de María, por lo que atañe al elemento atención, funcionó también siempre con toda perfección.

Mas no basta la atención. Se requiere también sincronización entre emisor y receptor: que estén dispuestos a vibrar con la misma onda y del mismo modo.

En nuestro caso, se requiere semejanza de naturaleza: semejanza de cuerpo y semejanza de alma. Tanto más, cuanto que el conocimiento se verifica a modo del cognoscente, y por lo mismo tendemos a interpretar los datos proporcionados por los otros de acuerdo con nuestras disposiciones personales, y así los falseamos.

De ahí el proverbio: «Piensa el ladrón que todos son de su misma condición». De ahí también las palabras del Señor: «En la misma medida que midiereis, seréis medidos» (Mt. 7,2; Lc. 6,38) y «No juzguéis, y no seréis juzgados» (Mt. 7,1).

Quien a todos los tiene por buenos, muestra en ello la propia bondad; el que aun las acciones que en los demás parecen malas interpreta bien, muestra la recta intención que

anima todas las suyas. Y a la inversa, quien a los demás tiene por malos, muestra la maldad y perversidad propia, y el que interpreta mal la acción ajena, manifiesta la

intención perversa y torcida de la suya, y así es con justicia reo de juicio y de condenación en la misma medida que a los demás juzga y condena.

Esa sintonización y semejanza se da en cierto grado entre todos los hombres, por la comunidad de su naturaleza. Y ello hace posible el que nos entendamos.

Pero jamás se da en grado perfecto, y a ello se debe el que nunca dos hombres puedan ponerse de perfecto acuerdo en todo —y aun quizá en nada, pues siempre habrá matización diversa de apreciación—, por más que hablen, discutan o dialoguen, y por mejor voluntad que entrambos pongan.

Es el sello de la individualidad personal impreso en todos los conocimientos y actos del alma: sello que nunca deberíamos olvidar, para no exigir mayor concordia de pareceres que la que humanamente es posible, y que nunca pasará de aproximación.

Es la parte de verdad contenida en aquel principio tan antiguo como erróneo, base de todo escepticismo, de que «el hombre es la medida de todas las cosas».

Cada hombre es medida de las cosas, y medida distinta cada uno. Pero no *la* medida, sino *una* medida que concurre con *la* medida, más importante, de la verdad objetiva —para la que nos capacita nuestra naturaleza racional común—, deformándola algo, pero no destruyéndola; y con ella forma sus conocimientos.

Por eso sólo Dios conoce perfectamente la verdad. Nosotros sólo limitadamente, parcialmente, imperfectamente, por aproximación; tendemos a la verdad íntegra y total, y ardientemente la ansiamos; pero sólo parcialmente la conocemos de presente.

Esta sintonización y semejanza alcanza entre algunos sujetos determinados un grado más perfecto, que trae consigo una más íntima y extensa comprensión y comunicación, no sólo en los pensamientos, sino también en los afectos y sentimientos, en los que la medida objetiva no parece tan influyente como en aquéllos.

La característica de esta mayor sintonización es el amor. Pues así como el amor de Dios a la creatura es un amarse a sí mismo en ella, así parece también que el amor de la creatura, como imagen del divino, es un amarse a sí misma en los objetos o personas amadas, es decir, una complacencia en ver en otros su propia semejanza: ya de lo que ella es actualmente, cual sucede cuando ama a las creaturas; ya de lo que ella es potencialmente —o quiere y desea ser—, cuando ama a Dios.

Y así, cuanto más ama a una creatura, mejor la entiende, y más con ella estrecha su semejanza.

E igualmente, tanto más entiende a Dios cuanto más le ama. Y lo entiende, no por semejanza de lo que ella es, sino por la semejanza de lo que ella anhela ser: anhelo que la lleva a copiar cada vez más a Dios en sí misma.

De ahí que se nos diga: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt. 5,8).

Está limpio el corazón que está vacío, sin nada en él, es decir, sin complacencia ni afecto en sí mismo ni en nada que le rodee. Pero si es corazón, no estará sin amor. Y si ese amor no se dirige a los bienes creados propios o ajenos que le rodean, necesariamente se dirigirá al Bien Infinito que aún no tiene, pero que ya anhela, y por el que suspira, porque ordenado a Él fue creado.

Ese amor le capacita para entender a Dios, no por los bienes creados que en sí mismo tiene, sino por el vacío infinito que en sí experimenta, por semejanza de los deseos que en sí siente del Bien Infinito todavía no poseído.

De ahí que esta bienaventuranza incluye las precedentes y siguientes: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt. 5,3). El limpio de corazón es pobre de espíritu, porque reputa por nada cuanto tiene, anhelando el Infinito que todavía no posee, y así es profundamente humilde. Por eso la humildad, por ser limpieza de corazón, atrae las comunicaciones divinas. Mientras el orgulloso, por puro de costumbres que sea, por no

tener limpio el corazón, sino lleno de sí mismo, y por el amor propio aposentado, es incapaz de elevarse a Dios.

El limpio de corazón es manso (Mt. 5,4), por cuanto no amando nada creado, nada le inquieta o incomoda cuanto las creaturas le puedan arrebatar.

Su vida es llanto, aunque llanto de esperanza (Mt. 5,5), porque despreciando y valorando en nada cuanto tienen, suspiran por el Infinito que aún no tienen.

Les corroe el hambre y les abrasa la sed de la justicia o santidad (Mt. 5,6), pues en ella ven reside la semejanza del Bien divino por que suspiran.

Comprenden las miserias ajenas y las compadecen (Mt. 5,7), porque sienten la propia y la lamentan.

Son pacíficos (Mt. 5,9), porque anhelando ellos a Dios solo, no comprenden cómo sea posible otra lucha entre los hombres que la emulación y mutua ayuda en la conquista de ese Infinito Bien, cuya posesión y participación en nada vendrá disminuida por el hecho de que sean muchos los que lo participen y posean.

Finalmente, sufren con gusto persecución por la justicia, por la santidad (Mt. 5,10), porque como sólo aman la semejanza divina que en esa santidad reside, nada les atormenta una persecución que les arrebate cuanto ellos desprecian, aunque sea su propia vida.

14. CONTRIBUCIÓN DEL AMOR Y DE LA SEMEJANZA A LA COMUNICACIÓN

Ciñéndonos a los amores creados entre creaturas, unos vienen impuestos por la naturaleza —amor de padres a hijos, de hermanos, etc.— otros son de libre elección — amor de esposos, de amigos.

Unos y otros se originan y basan en la semejanza; ésta engendra el amor; el amor provoca a su vez mayor semejanza, y la mayor semejanza mayor amor. Como la semejanza nunca llegará a ser identidad, el amor puede —y debería—

crecer siempre, y con él la mutua comprensión y conocimiento.

Los padres aman a sus hijos porque son algo de ellos: unas prolongación y semejanza de ellos. Y toda su acción, consciente o inconsciente, tiende a imprimir cada vez más en su hijo esa semejanza de sí mismos.

Es esa semejanza y amor lo que hace que una madre se dé cuenta e intuya lo que pasa a su hijo, y no pocas de sus recónditas reacciones que a todos los demás pasan desapercibidas. Cuantos están con ella reciben el mensaje; pero sólo ella lo capta, porque sólo a ella la absorbe la atención amorosa hacia su hijo, sólo ella sintoniza con él.

Con todo, por no ser perfecta la semejanza —ya que mucho lo tiene el hijo recibido del padre—, tampoco su amor es perfecto, y aún menos perfecta es su sintonización con el hijo. De ahí que muchas cosas de éste le pasen, también a ella, desapercibidas; sobre todo cuando el hijo ha crecido y, con el crecimiento, a la vez que las semejanzas se han acusado también más las diferencias que lo individualizan.

También el hijo ama a sus padres porque ve o siente en ellos su semejanza: la semejanza, no sólo de lo que es, sino y sobre todo de lo que él anhela ser.

Ese amor le mueve a conquistar una mayor semejanza, y así es principio motor de educación, y fuente de intuición para entender los deseos de sus padres, en cuanto en el fondo coinciden con lo que él secretamente anhela.

De ahí que lo que nadie ve en sus padres, él no sólo lo ve, sino lo copia, tanto si son virtudes como si son defectos. La intuición del niño nunca es tan maravillosa como en los primeros años, cuando no poseyendo aún apenas nada, todo su anhelo psíquico-biológico se concentra en crecer, en hacerse a imagen de sus padres.

También el amor de elección se basa en una semejanza mayor que la normal, tendiendo cada vez más a acrecentarla: «El amor, o encuentra semejantes a los que se aman, o los hace» (Cicerón).

Pág. 220

En realidad, los encuentra siempre en cierto modo semejantes; de lo contrario el amor inicial sería imposible. Y por ser esa semejanza imperfecta, los hace siempre y cada vez más semejantes.

No tratamos del amor de concupiscencia, que busca en el amado el placer propio, la propia utilidad, y así es puro egoísmo, que se contenta con gozar del cuerpo ajeno, pero es incapaz de penetrar en su alma, y así en nada favorece ni ayuda a la mutua comprensión.

Es precisamente ese egoísmo entre dos, lamentablemente confundido con el amor, lo que hace que tantos matrimonios que parecieron iniciarse bajo los mejores auspicios acaben en absoluta y total incomprensión, y en un frío distanciamiento, cuando no en ruptura escandalosa.

Nos referimos al amor verdadero humano, que fusiona las almas, que se olvida en lo posible de sí mismo para pensar en el amado, vivir por y para el amado, y complacerse en el amado: el que precisamente por fusionar las almas, y en cuanto las fusiona, engendra la mutua comprensión y simpatía, la sintonización.

Es evidente que ese enamoramiento, a diferencia del egoísmo o de la concupiscencia, sólo puede darse cuando se siente en el otro un alma que armonice con la propia, que sea como un eco de la propia.

Es esa semejanza percibida y gustada lo que de verdad enamora, lo que hace posible que uno salga de sí mismo para vivir en otro y para otro, sin que por ello se sienta desarraigado, antes por el contrario deliciosamente aposentado como en sitio ideal: no disminuido en su personalidad, sino maravillosamente ampliado y acrecido al vivir una misma vida personal en dos sujetos.

Es esa semejanza, que tiende a la identidad sin acabar nunca de lograrla, lo que hace se entiendan y se amen. Y ese amor aumenta la mutua inteligencia, que necesita ya muy poco de palabras para comunicar los más íntimos sentimientos.

Pág. 221

Mas si es grande la semejanza que funda el amor, también es grande la desemejanza. Por lo mismo, imperfecta y parcial la comunicación, la vida en el otro y por el otro, con el que no se acaba de establecer perfecta identidad.

El amor, que ha gustado la delicia de ver ampliada su personalidad viviendo, aunque sólo sea parcialmente, la realidad del otro, sumergiéndose como en propia en la realidad de dos individuos diferentes, no podrá descansar hasta que esa vida en dos sea plena y total.

Por eso el amor tiende en cada uno de los que se aman a acusar cada vez más las semejanzas, consciente o inconscientemente, para ahondar la comprensión, la participación de la vida del otro.

Por eso es fuego que nunca desfallece, nunca se cansa, jamás se satisface, nunca dice basta.

Por eso el amor, cuando debidamente evoluciona, lleva a una comprensión y simpatía —a pensar y sentir las mismas cosas y en los mismos momentos— cada vez más grande. Esa es la riqueza y plenitud que el amor proporciona: vivir en dos sujetos lo que uno viviría sólo en sí si se centrara en su egoísmo; vivir como personal y como propia la realidad de dos personas diferentes, en lugar de ceñirse a vivir la pobreza de su singular realidad individual.

Por eso, cuantos llevan muchos años amándose con un amor sincero y cada día cuidadosamente superado no necesitan ya de palabra o gesto alguno voluntario para comunicarse en muchas de sus cosas. Basta para ello muchas veces el elemento sensible que espontáneamente acompaña y denuncia todo acto vital, por espiritual e íntimo que sea.

Mas nunca la semejanza será plena, nunca el amor y el esfuerzo personal llegarán a unificar del todo las diferencias individuales que diversifican a los que se aman: nunca alcanzarán la identidad a la que tienden.

Débese ello a que la perfección de la persona humana, bien que limitada en cualquier instante dado, es, como ordenada a la posesión divina, radical o potencialmente infinita.

Pág. 222

La entrega a cualquier amor auténtico creado es carrera de esa persona que la acerca y semeja al Amor Infinito, que es su fin y término, lugar de su descanso. «Nos hiciste para ti, y está inquieto nuestro corazón hasta que en ti descanse» (San Agustín).

Por eso, cuanto más se entrega, tanto más se despliega y manifiesta, actualizándose, su infinita riqueza potencial; y así tantos más elementos aparecen que todavía no se entregaron, tantas más zonas y misterios en que todavía no es posible la comprensión, la simpatía o sintonización, que laboriosa y lentamente ha de ir creándose.

Por eso, todo amor que no crece, necesariamente muere. Todo amor que no se cuida con nuevas entregas —*nuevas* en pleno sentido, pues se trata de cosas que, por desconocidas o no actualizadas antes, jamás se entregaron—, acabará apagándose, cual fuego al que no se echa combustible.

Por eso la comunicación de amor es siempre nueva, nunca repetida, sorprendente siempre, apertura al misterio.

Incluso, como en otro libro vimos, el día que el alma perciba claramente —en el morir— su infinita riqueza potencial, ya no podrá sentirse atraída por creatura alguna, pues ninguna podrá proporcionarle la expansión infinita que ella anhela. Entonces, o se enamorará de Dios, en quien halla la expansión infinita deseada, o bien se centrará en sí misma, orgullosa de la infinitud de su capacidad vacía,

Por eso el Señor nos advierte que en el cielo no habrá relación amorosa alguna de matrimonio (Mt. 22,30), ni consiguientemente relación alguna de amor que tenga por base carne o sangre, o similitud de naturaleza. Todos los amores creados serán subsumidos y transfigurados —y sólo así subsistirán— en el Amor increado, en quien y por quien vivirá

y actuará todo nuestro ser: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jn. 6,58).

Absorbidos en la contemplación de la faz divina, en la que veremos resplandecer el amor que a todos los bienaventurados tiene, los amaremos con el mismo amor con que
Pág. 223

Dios los ama, con la perfección absoluta que expresa el mandato de Jesús: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Jn. 13,34; 15,12), es decir, con el mismo amor con que Él nos ama, único modo de cumplir de verdad su precepto. Y ante la magnitud como infinita de ese amor con que en el cielo nos amaremos, percibiremos la inanidad y vacío de los amores legítimos naturales que en esta vida tanto nos ilusionan, y los tendremos en nada.

Como cesa la sombra y su visibilidad al sumergirnos totalmente en la luz, así cesarán todos los amores —sombra e imagen del de Dios— al sumergirnos en el Amor Infinito divino.

Igualmente, como cesan los contornos y figura de la sombra al extinguirse totalmente la luz, así desaparecerán desvanecidos en su propia inanidad todos los amores naturales en el infierno, donde el alma ha renunciado para siempre a la luz verdadera que es Dios: no puede quedar ya allí amor alguno, sino sólo odio y egoísmo. Ausente la luz ya no hay sombras, sino espesa e indiferenciada tiniebla. Ausente Dios ya no hay amor, sino espeso, indiferenciado y monótono egoísmo, en frialdad que hiela el corazón.

Así nos descubre el amor creado la infinitud del amor divino, que se dirige a todo hombre, iluminando «a todo hombre que viene a este mundo» (Jn. 1,9), sin que pueda ser agotado por un solo individuo como el amor humano. Y a la vez nos hace entender algo la eficacia y el ardor de su anhelo, que busca producir en cada uno de nosotros una imagen perfectísima de Él, para vivir su vida en cada uno de nosotros —y nosotros la nuestra en El—, de modo que ya «Dios sea todo en todas las cosas» (lª Cor. 15,28; 12,6).

Los que tan fáciles somos en creer en el amor humano, cuya finalidad es solamente llevarnos a conocimiento del divino, ¿cómo podremos no creer al amor que Dios nos tiene, o limitar la confianza puesta en El? «Y nosotros conocimos y creímos en el amor que Dios nos tiene» (lª Jn. 4,16).
Pág. 224

15. LA PLENA Y TOTAL SEMEJANZA DE NATURALEZA Y EL AMOR PERFECTO Y EXHAUSTIVO, RAÍZ DE LA COMUNICACIÓN Y SINTONÍA INEFABLE ENTRE MARÍA Y SU HIJO

Volviendo a nuestro propósito, vemos que la imperfección de la comprensión y simpatía entre los hombres, aun entre los que se aman, proviene toda de la imperfección de la semejanza y del amor que hay entre ellos. Sólo a esto se debe que el receptor no sintonice del todo con el emisor; esto lo que impide que todas las vivencias del uno lo sean también del otro.

No es éste el caso de la Virgen con su Hijo. En Ella, plena es la semejanza; perfecto y exhaustivo el amor.

La semejanza de naturaleza es perfectísima, ya que la Virgen le transmite la suya propia sin que nada fuera de Ella intervenga en la transmisión de esa masa hereditaria. Casi podría decirse que la diferenciación de esas dos naturalezas humanas no radica originariamente en ellas mismas, sino en la personalidad a la que pertenecen, cual si fueran una misma naturaleza perfectísima: en Cristo asumida por la Persona del Verbo, y por esa asunción individualizada; en María no asumida por Persona divina, sino

constituida por sí misma en persona humana con perfección correspondiente a esa naturaleza.

De todos modos, lo menos que puede decirse es que esas dos naturalezas de la Madre y del Hijo son cada una como un eco o réplica perfecta de la otra, superando así su sintonización y simpatía cuanto podamos imaginar nosotros. Y como de ellas depende la perfección y amplitud de la comunicación mutua de las propias vivencias, deberá decirse que María percibía, reflejaba y como copiaba en sí todas las vivencias humanas de su Hijo.

Sólo la voluntad libre de Este podía impedir o limitar esa comunicación, cual sucede en los ángeles, que no comunican a los otros más que lo que quieren. Pero tal voluntad por parte del Hijo no parece deba admitirse, pues ya vimos

que, por lo menos en lo que se refiere al dolor, hubiera sido humillante y vergonzoso para su Madre. Y si el dolor se comunicaba, también el gozo y todo lo placentero, pues limitar esta comunicación, dejando la del dolor, hubiera sido humillante para el Hijo.

Por lo que atañe al amor, que es como la atención del alma al Amado, para percibir y convivir cuanto en El pasa, nadie se atreverá a limitarlo en María: olvidada del todo de sí misma, sólo para Jesús y en Jesús vivía.

Si se le dio todo cuanto cae bajo razón o definición de gracia, según vimos en LA AMADA, igualmente hubo de dársele en su Maternidad cuanto cae bajo la noción o definición de amor. Por lo mismo, tampoco bajo este aspecto se pueden limitar en María sus convivencias de las vivencias del Hijo.

16. MARÍA, LA AMANTE Y LA AMADA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Aparece así María como la verdadera amiga, compañera y reparadora del Corazón de Jesús, tal como se le expresara en el plan divino en su misma Inmaculada Concepción.

Ella se nos muestra como la conocedora por excelencia del Corazón de su Hijo, del que sondea todos los secretos y disposiciones, sin que nada se le oculte o disimule.

Ella se nos presenta como la Madre imprescindible para llevar a las almas al Corazón de su Hijo, dándoselo a conocer, y enseñándoles a amarlo y conquistarlo.

Toda esa relación maravillosa e íntima de María con el Sagrado Corazón la contemplamos en esa Maternidad suya virginal y exclusiva, sin ejemplo en el tiempo ni en la eternidad.

Pero no es esa Maternidad el origen último, ni tampoco la última explicación. La Maternidad de María es algo creado, y nada creado puede ser explicación última de algo. Necesariamente hay que llegar al Creador, a su libre beneplá-

cito, único que puede explicarnos la existencia y modo de una creatura, y de tal creatura.

Nosotros deducimos lo que Dios hubo de darla por el amor que como a Madre suya debió tenerla. Mas no olvidemos que ese amor divino a Ella antecede a su Maternidad y es causa de Ella. No la ama porque sea su Madre, sino que la hace Madre suya porque de toda eternidad la amó con Infinito Amor.

Es ese Amor divino libre y gratuito la única causa y explicación de todas las grandezas de María, incluida su Maternidad. No es amada por ser Madre de Dios, sino Madre de Dios por ser amada.

Su Maternidad divina, en cuanto conocida por nosotros en fe, no explica todo el alcance del Amor divino a Ella, aunque sí es un indicio, sin duda el más significativo, de la cuantía y eficacia del Amor divino a Ella.

Pero sólo a la luz de ese Amor divino Infinito, que en el cielo se nos desvelará, podríamos entender el alcance y perfección de su Maternidad divina, el alcance y perfección de su comunicación amorosa con su Hijo.

El amor —el de Dios más que ninguno— desea la comunicación total. Sólo cuando veamos en el cielo hasta qué punto amó Dios a María y ansió la correspondencia de su amor nos capacitaremos para comprender un tanto la perfecta y completa comunicación que con Ella tuvo, que con Ella quiso tener. Y tuvo toda cuanta quiso, pues Él es el Señor (1), y «no hay para El imposible cosa alguna» (Lc. 1,37).

Todas las creaturas son amadas de Dios. Pero ninguna es LA AMADA porque ninguna agota en sí el amor divino comunicable a las creaturas.

Sólo María es LA AMADA, pues todo cuanto amor repartió Dios en las creaturas lo vertió primero en Ella por entero, para que de Ella, fuente de vida, refluyera en los demás.

Si todo el amor se encuentra en Ella, es evidente que

(1) Lc. 1,38

nada que un amor creado pueda imaginar o desear como posible comunicación con el Amado pudo faltar en Ella.

Si en Ella se agota el amor, igualmente ha de agotarse la comunicación con su Amado. Por eso sabemos que cuanto podamos decir de tal comunicación es como nada, o cuanto podamos imaginar, comparado con la realidad y plenitud de ella.

Es ese ser LA AMADA lo que llena de gozo el alma enamorada de María.

Mucho hubo de alegrarla el ser Madre de su Amado. Pero más le alegra aún el que esa Maternidad sea un don y regalo del amor de su Amado, el que fuera Madre de Dios porque Amada de Dios. Es ese amor incomprensible de Dios a Ella la fuente de donde deriva el que su Hijo le comunique todo lo suyo, no reserve para Ella secreto alguno.

Contemplando a la Virgen en sus relaciones con el Corazón de su Hijo —con su Amor tanto divino como humano—, la vemos como Ella misma se ve: don y reflejo del Amor. Por eso le agrada tanto el que así la contemplemos, porque le recordamos la fuente de su gozo, llevándonos a beber con Ella en el mismo origen de esa fuente, de donde mana todo lo creado. Por eso le complace tanto la invoquemos como Nuestra Señora del Sagrado Corazón, o Virgen del Sagrado Corazón, porque así la contemplamos como Ella misma se contempla, sumergida y como fundida en el Amor de su Divino Hijo.

Es ese Amor gratuito y eterno lo que explica cuanto la Virgen es. Y ese Amor es explicación última. Siendo Amor libre, acto libre, no tiene explicación fuera de sí. Dios amó a María como la amó, simplemente porque así lo quiso, sin que ningún motivo a ello le moviera: y eso aumenta el gozo de María, porque nada agrada tanto como el sentirse libremente amado.

En esto no insistiremos, pues ya en otro libro expusimos cómo todo amante desea la correspondencia libre del Amado, y cómo todo acto libre en cuanto libre, no tiene

fuera de sí mismo explicación, pues ésta, si de verdad lo fuera, destruiría la libertad (Véase: «TEORÍA DEL ACTO FINAL»)

Sí, en cambio, nos interesa, partiendo de ese Amor incomprensible divino que hace a María la AMADA de Dios, adentrarnos más en el conocimiento de la perfecta comunión de todos los sentimientos y vivencias entre María y su Hijo.

Hasta ahora nos hemos basado en la semejanza y en el amor. Dando un paso más, pensamos podemos hablar, no ya de semejanza, sino de verdadera cuasi-identidad.

Ello nos descubrirá una nueva faceta de la sin par Virginidad de María, así como de la perfección y plenitud de esa Maternidad.

Pág. 229

CAPÍTULO IV

LA CUASI-IDENTIDAD DE LA NATURALEZA Y SER DE MARIA CON LA NATURALEZA HUMANA DE CRISTO

«Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer.»

(Gál.4,4)

«Y edificó Dios la costilla, que había tomado de Adán, en mujer, y ta llevó a Adán. Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne... porque del varón fue tomada... y serán dos en una carne.»

(Gén. 2.22.23-24).

1. ¿IDENTIDAD O CUASI-IDENTIDAD?

El amor busca, sin lograrla nunca del todo, la verdadera identidad entre los que se aman. Identidad de ser, pero con distinción personal, sin la cual el amor ni podría concebirse.

Esa identidad sólo se logra de modo pleno y absoluto en el seno de la Trinidad Beatísima: El mismo e idéntico ser divino poseído por tres Personas distintas, entre las que todo es común: ser, acción, naturaleza, derivados de la fuente abisal del Padre.

Si todo cuanto cae bajo la noción de Amor Divino comu-

Pág. 230

nicable a creatura se da a la Virgen María, como se da cuanto cae bajo la noción de gracia, a la que el amor divino es correlativo, se nos convierte en abismático el deseo que Dios tiene de llegar a la identidad con la Virgen María, asumiéndola a su vida, operaciones y actividad.

Mas la identidad total de creatura y Creador es absolutamente imposible: Dios podrá ser, y es, la vida de la Virgen María, de modo que nada sea y nada haga sin que Dios lo sea y haga en Ella: ése Dios que acabará siendo «todas las cosas en todos» (lª Cor. 15,28). Pero María no podrá nunca ser la Vida de Dios, o agotar esa Vida con su participación tal cual lo hace la Persona del Hijo al recibir la Vida del Padre por generación eterna. El Hijo es Dios, no creatura; María es creatura divinizada, pero no Dios. Dios hace suyo todo lo de su creatura María; María no hace suyo totalmente todo lo de Dios.

Pero la identidad total, o si se prefiere, comunidad total, que es imposible entre María y Dios, o entre María y la Divinidad de su Hijo, ¿será igualmente imposible entre María y la Humanidad de su Hijo?

Sospechamos que no, y por eso sugerimos, siempre dispuestos a acatar cuanto la Iglesia al respecto enseñare, modificando conforme a esa enseñanza todo nuestro juicio y

pensamiento, que el ser, naturaleza, e incluso actividad a ellas consecuente de María, es la misma que el ser humano, la naturaleza humana, la actividad humana de su Hijo.

Para Dios nada hay imposible en lo creado (Lc. 1,37), fuera de lo intrínsecamente contradictorio, en que se afirma lo que se niega y bajo el mismo aspecto. Personalmente, esa mismedad de ser y naturaleza humana no nos parece contradictoria. Y si no es contradictoria, es posible. Y si es posible, Dios buscó y logró en su infinito amor esa especie de identidad que deseaba ese Amor.

La encarnación misma se nos presenta como búsqueda de esa identidad: Dios quiere hacer suyo el ser del hombre. Pero al hacerla depender del consentimiento de María, nos

muestra, o al menos nos parece mostrar, que con Ella busca una especie o forma de identidad o comunidad enormemente diferente de la que establece con los demás hombres, al asumir nuestra común naturaleza, en lo que de común tiene la de Él y la nuestra.

Esa comunidad no era suficiente para moverle a encarnarse. Si para ello exige el consentimiento de la Virgen, y de ella quiere «ser hecho» (Gál. 4,4), es porque con Ella quiere una mismedad y comunidad que transciende enormemente la que tiene por base la naturaleza común humana, que le hace uno de nosotros.

Como una y misma es la gracia que está en la Humanidad de Cristo y la que se da a María; como una y misma es el agua que mana de la fuente y la que remansa en el depósito de la fuente, así pensamos es uno mismo el obrar, el ser, y la naturaleza humana de María que el obrar humano —siempre informado por la misma gracia que también posee María, y el mismo Espíritu Divino que también sobre Ella descendió con plenitud—, el ser humano —siempre adornado de la misma gracia que posee María—, la naturaleza humana de Jesús —transformada y divinizada por la misma plena inhabitación del Espíritu Santo que se da a María.

Esto implicaría, por una parte, que María no comunica por generación a su Hijo una naturaleza semejante a la suya —cual sucede en la maternidad ordinaria, no virginal—, sino su misma naturaleza, que pasaría, *la misma*, aunque *distinta* (*pero no diferente*) a ser de dos Personas, órgano de acción de dos Personas.

Comunicación no hecha por división del ser de María —cual sucede también en la maternidad ordinaria, no virginal—, sino por comunicación de todo y su mismo ser, en virtud de la eficacia del acto libre de amor que, elevado por el Espíritu Santo, la hace Madre de Dios.

La integridad de la virginidad de María incluiría así toda ausencia de división material. Su Maternidad sería en el tiempo, y por lo que mira a la naturaleza humana que a su Hijo

comunica, la imagen más perfecta imaginable de la Paternidad del Padre en la eternidad, que también sin división le engendra al comunicarle su misma naturaleza divina. La generación temporal del Hijo Eterno del Eterno Padre no desdeciría de su generación eterna. Y que no haya de desdecir nos parece exigirlo la dignidad del Hijo, sujeto, El mismo, de entrambas filiaciones.

Implicaría igualmente, más que un paralelismo de vivencias de Madre e Hijo, una como identidad de esas vivencias humanas: habría como una sola acción, un pensamiento, una vivencia en la Madre y en el Hijo, aunque pertinente como a último sujeto a dos

Personas distintas —y en ellas individualizada y matizada—: a la divina del Hijo, y a la humana de la Madre.

Dos Personas la divina del Hijo y la humana de la Madre—, que usan de un como mismo instrumento de sus acciones y pasiones humanas, que saldrían como únicas; comunicándoles, cual vimos en LA AMADA, la persona divina del Hijo su valor infinito, la persona humana de la Madre su perfecta alteridad con relación a Dios, para que Este pueda así recibir honra y honor infinitos de su creación.

Sería esa mismedad de ser lo que explicaría la asociación en todo entre María y su Divino Hijo, en que tanto insiste Pio XII en su definición de la Asunción, e igualmente la unicidad y singularidad del decreto eterno divino con que son predestinados. Esa asociación indefectible en todo, participando siempre de la misma suerte, parece ha de tener un fundamento ontológico, Y la unidad de decreto de predestinación de María y de Cristo en su humanidad, en que tanto insisten Pio IX y Pio XII, parecen indicarnos que Dios los contempla de toda eternidad como una sola y misma cosa.

Sabemos que esta visión de la relación de María y Cristo tiene no pocas dificultades, que incluso amablemente han tenido a bien el destacarme personas que alto aprecio me merecen. Por eso la proponemos como meramente probable, y siempre del todo sometidos a la corrección del Magisterio

eclesiástico, al que en todo y por todo queremos someternos. Y así quisiéramos lo hicieran aquellos que tal vez esa misma visión compartan.

En efecto, las dificultades, aunque graves, no nos parecen compulsivas.

Primero, porque se trata de un misterio. La encarnación es un misterio estricto, que supera toda comprensión natural creada. Pero igualmente es un misterio la Maternidad divina, coagente de esa encarnación. Por lo cual nos dice el Concilio XI de Toledo: «El cual parto (de la Virgen) ni lo alcanza la razón, ni se puede demostrar por ejemplo alguno: pues si por la razón se entendiese, no sería admirable; y si con ejemplo se pudiese ilustrar, no sería singular» (Denz. 282, año 675).

Y el Concilio de Efeso: «Afirmamos que el Verbo, unida a sí según la Persona (o hipóstasis) la carne animada con alma racional *de modo inexplicable e incomprensible* se hizo hombre y existió como hijo del hombre» (Denz. 111a).

Lo mismo el Papa San Gelasio (año 492-496): «Todas estas cosas de la concepción de Nuestro Señor, que aunque de ningún modo se puedan explicar, piadosamente han de creerse con la confesión de fe» (Denz. 168).

Ahora bien: para que una dificultad valga con relación al contenido del misterio ha de mostrar con toda evidencia que lo que acerca de él se afirma es en sí mismo contradictorio. Si eso se demostrare con toda evidencia, sería patente que el misterio se entiende o formula mal. Pero de no demostrarse con toda evidencia la positiva contradicción del aserto, éste en ningún modo queda invalidado por la dificultad.

Que el ser y naturaleza de María fuese y no fuese a la vez de María sería contradictorio en su misma terminología. Mas que el ser y naturaleza de María sea *también* ser y naturaleza de su Hijo no nos parece contradictorio en los mismos términos.

Podrá decirse que es incomprensible, ni se puede alcanzar positivamente cómo ello sea posible. Y así es. Porque in-

comprensible e inexplicable es cuanto se refiere al modo cómo Cristo se hizo hombre, cuanto mira a las cosas de su encarnación, cuanto mira a su nacimiento de la Virgen, al

parto de la Virgen del todo admirable y singular. Todo eso supera el alcance de nuestra razón, mas no por eso la fe deja de admitirlo.

Segundo, es cierto que el Verbo asume una naturaleza humana singular, individua, y consiguientemente *distinta* de toda otra —no necesariamente *diferente*.

Pero no asume una naturaleza humana ya *singularizada, individualizada*. Estos son participios de pretérito, y la fe católica es en este aspecto bien explícita para rechazarlos.

Ni el alma ni el cuerpo de Cristo, mejor, ni el alma ni la carne de Cristo existen momento alguno separados del Verbo, sino que empiezan su existencia *siendo det Verbo*.

Si existieran antes, estarían, como existentes, singularizados e individualizados: habría ya un cuerpo, o un alma unida al cuerpo, que existía en sí: habría un hombre, sobre el que el Verbo sobrevendría: María ya no sería Madre de Dios, sino de un hombre posteriormente asumido por Dios.

En la maternidad ordinaria, no virginal, de la madre procede parte de la materia que al reunirse con la parte aportada por el varón será informada por el alma, constituyéndose el hombre. Esa parte, no más proceder, deja de ser de la madre —con la que tampoco comparte la estructura genética, de la que solo posee la mitad—: es un inquilino en la madre, y como tal es echado del organismo de no ser fecundado.

En la concepción virginal de María no sucede así. La fe creemos es aquí bien explícita: no procede de María una carne que luego sea asumida por el Verbo, sino que procede el mismo Verbo, sin intermedios temporalmente precedentes. No hay ningún instante en que algo proceda de la Virgen que no sea ya el Verbo encarnado: es el Verbo el engendrado, no el cuerpo.

Así San Gregorio Magno, en su Epístola a los obispos de

España (año 601): «Mas no fue primero concebida la carne en el seno de la Virgen, y después vino la Divinidad a la carne; sino que el mismo instante en que el Verbo vino al seno, en ese mismo instante el Verbo, conservada la virtud de su propia naturaleza, se hizo carne... Ni fue primero concebido y después ungido, sino que lo mismo fue ser concebido del Espíritu Santo de la carne de la Virgen y ser ungido por el Espíritu Santo» (Denz. 250).

El Concilio de Éfeso (año 431): «Pues no se originó primero de María un hombre vulgar, en el cual después se infundiera el Verbo de Dios; antes bien, unido a la carne en el mismo vientre, se dice engendrado según la carne, por cuanto la generación de su carne se la vindica como propia» (Denz. 111a).

Más expresivos son aún si cabe los Cánones contra Orígenes: «Can. 2. Si alguno dijere o sintiere que el alma del mismo Señor existió antes, y que estuvo unida al Dios Verbo antes de la encarnación y generación de la Virgen, Sea Anatema» (Denz. 204). «Can. 3. Si alguno dice o siente que primero se formó el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en el vientre de la Bienaventurada Virgen, y que después se le unió Dios Verbo, y con él el alma, como que ya había existido antes, Sea Anatema» (Denz. 205).

Ni alma ni cuerpo o carne de Jesús existen antes de pertenecer al Verbo, y por consiguiente tampoco podían estar singularizadas e individualizadas antes de esa unión; la singularización e individualización se hace en la misma unión con el Verbo.

Y quien da la materia de esa carne que constituye el cuerpo de Cristo es la Virgen María; y Ella también quien proporciona a Cristo su naturaleza humana: transmisión directa, sin camino intermedio, sin algo que proceda de la Virgen María que no sea ya el Verbo encarnado: «La inviolable virginidad... suministró (o proporcionó) la materia de la carne. De la Madre del Señor fue asumida la naturaleza, no la culpa» (Denz. 144).

En qué consiste la individualización, es un misterio que la razón humana no parece haber debidamente desentrañado, Pero tanto Santo Tomás como San Buenaventura no lo ponen en un principio constitutivo del mismo ser, sino en una relación: la relación del alma a una materia ya diferenciada de toda otra individualizaría al alma haciéndola distinta, y con ella al mismo hombre (santo Tomás); la mutua relación entre alma y materia sería el principio de individuación según San Buenaventura.

En cualquiera de los dos casos, si la materia del cuerpo de Jesús —la materia de su carne— la proporciona la Virgen María, siendo de ésta en la transmisión, ni se individualiza la materia con relación a María, ni podrá ser principio de individualización de un alma, por no ser ella misma en sí distinta.

Pero como esa materia, y ese ser —compuesto de. alma y materia— empieza a existir como transmitido *ya en el Verbo*, en el mismo inicio de su ser empieza a ser con una relación incomprensiblemente transcendental, que totalmente la individualiza y singulariza, haciéndola distinta —aunque no diferente— de la materia, ser y naturaleza de la Virgen María: la relación al Verbo.

Y esto explicaría el por qué la naturaleza humana de Cristo, siendo completa, íntegra y singular, ni es persona o sujeto último, ni puede serlo. Porque para existir se necesita la singularidad e individualidad —cuanto existe, existe como individuo—; y la naturaleza humana de Cristo no se individualiza por sí misma —por la relación de materia y forma, que no bastaría a hacerla distinta de la naturaleza de la Virgen—, sino por la relación de esa naturaleza al Verbo, relación que la hace individua, y así existente: es y subsiste por el Verbo, no por sí misma. Y así también opera por el Verbo, sujeto último de todas sus acciones, no por sí misma.

Constitutivamente, miradas en sí mismas, no habría así diferencia alguna entre la naturaleza y ser de María y el ser humano de su Hijo. Por lo cual la asociación en todo ha de

ser perfectísima. Mas si mirando esas dos naturalezas en sí mismas no hay modo de distinguirlas, ni en realidad constitutivamente se distinguen, mirada la relación de ese ser y naturaleza al Verbo en Cristo, la distinción es abisal: se reúne así en el orden creado la máxima distinción con la más inimaginable mismedad. También era natural que en la encarnación del Verbo se lograra la copia o imitación más perfecta creada de la unidad y distinción trinitarias.

Ni se sigue de esta mismedad constitutiva de ser y naturaleza —dentro de la distinción perfectísima entre ambas— que necesariamente han de tener materialmente las mismas operaciones en cada instante.

El ejemplo de las bilocaciones (son famosas las de San Alfonso María de Ligorio y las de San Martín de Porres, así como las de Catalina Emmerich, aunque las de ésta, por no ser santa, no merezcan por hoy tanta confianza) es a este respecto muy instructivo. En la bilocación el mismo cuerpo, la misma alma, y, en fin, la misma persona-hombre está a la vez en dos lugares distintos. Pero las operaciones no son las mismas, ni la misma la actitud, posición y movimientos del cuerpo, ni las palabras y acciones en general, sino conformes a las circunstancias de cada lugar, cual si nada importara lo que en el otro se hiciera. Lo único que queda común es la conciencia del bilocado de ser sujeto —y el mismo sujeto— de acciones simultáneas tan varias y diferentes.

Y es lo que queda entre María y su Hijo: una asociación perfecta en todo; una conciencia clarísima en María de cuanto sucede a su Hijo en su Humanidad; una

conciencia clarísima en Cristo de cuanto sucede a su Madre. Y esto es lo único que aquí nos interesa.

No olvidemos que la bilocación no sólo mira al lugar, sino que también puede mirar al tiempo: muchas de las bilocaciones de Catalina Emmerich son en tiempo futuro. Con igual facilidad pudiera haber bilocaciones en tiempo pasado.

Esto podría en algún modo dar a entender cómo la Virgen María transmite a Jesús su mismo ser y naturaleza, aunque

en estado inicial. La naturaleza y ser del hombre es la misma desde que empieza a existir, en cualquier estado de desarrollo en que se halle. Y el mismo es el ser y naturaleza de la Virgen María, como distinta de toda otra, cuando es concebida, cuando nace, cuando es Madre de Jesús, cuando está ahora en los cielos. No confundamos la identidad biológica y de naturaleza con la identidad cuantitativa material.

Cabe incluso la sospecha de que la bilocación pueda ser a veces natural, a juzgar por ciertas manifestaciones parapsicológicas —pensamos ahora en un célebre curandero peruano, de que ha hablado la prensa—. No es fácil ahí dar dictamen, por falta de observaciones debidamente garantizadas. Pero sí puede servirnos para ver que las dificultades se toman de un terreno por desgracia muy poco conocido, para que, pese a su apariencia, deba dárseles demasiada eficacia y valor.

Se parecen algo a las objeciones contra la posibilidad del movimiento, basadas igualmente en nuestro casi total desconocimiento de lo que es el espacio. Y sin duda nuestro conocimiento del principio de individuación no es mucho mejor.

2. LA CUASI-IDENTIDAD DEL SER DE MARÍA Y DE LA HUMANIDAD DE CRISTO: SU SIGNIFICADO

jLa mismedad de naturaleza, tal cual en el apartado anterior la describimos, haría connatural y necesaria la asociación y comunicación en todo lo humano entre María y Cristo.

Personalmente, nos inclinamos a pensar así de la relación María y Cristo.

Pero como esta obra no quiere ser de polémica, ni de teología, sino de piedad, abordaremos la profundidad del misterio de la Maternidad divina desde otro ángulo, que

creemos no puede suscitar discusión, sino en aquellos que prefirieran la mismedad.

Es el ángulo de la cuasi-identidad.

El Espíritu Santo, descendido sobre la Virgen para hacerla concebir al Verbo, pudo: o bien simplemente elevar el acto de María, haciéndolo proporcionado a esa concepción —elevación que nos dice San Gregorio la eleva inconmensurablemente sobre toda creatura, hasta llevarla al mismo solio o umbral de la Divinidad—, sin modificar en nada con su acción la transmisión que María, así elevada y como divinizada, hace a su Hijo, y así tendríamos la mismedad de que antes hablamos.

O bien, no sólo elevándola, sino también obrando en la misma transmisión generativa de la Virgen María, modificando lo que Ella transmite, de modo que lo que el Verbo asume, y es del Verbo desde el principio de la transmisión pasiva, sea herencia de María, pero internamente modificada por el Espíritu Santo —es decir, por la Trinidad Beatísima, por operación común que se atribuye al Espíritu Santo, por ser de Amor y de Vida—. En tal caso, la materia tomada de María, procedente de María, al ser internamente modificada en el Verbo —y no por una pura relación al mismo Verbo—, está por sí misma

singularizada e individualizada en el Verbo; es no sólo distinta de la de María, sino también *diferente* y no la misma.

Es en este caso que puede hablarse de cuasi-identidad, por la mutación mínima introducida por la acción de Dios comparada con los elementos transmitidos que quedan sin mudar.

Cuasi-identidad que creemos puede muy bien ilustrarse con el caso de Adán y Eva, figura y antitipo de María y Cristo. Es el estudio y contemplación de Adán y Eva lo que creo podrá introducirnos en el verdadero alcance de esa cuasi-identidad.

Pero antes de entrar en esa contemplación, que nos introducirá en la de María y su Hijo, intentaremos prepararla a

base del principio de individuación, cual lo entendió principalmente Santo Tomás, y, en parte, también San Buenaventura. Mas ese apartado preparatorio, por abstruso, puede el lector piadoso saltarlo.

3. EL PRINCIPIO CONSTITUYENTE DE LA INDIVIDUALIDAD, SEGÚN SANTO TOMÁS DE AQUINO

Introducimos la explicación de Santo Tomás —harto discutida y discutible— únicamente por lo que puede ayudarnos a entender la cuasi-identidad que se dio entre Adán y Eva, figura de la que se daría entre María y su Jesús.

Cuanto existe en el orden creado, existe como individuo, distinto de los demás, singularizado. Los seres no compuestos de materia y forma, según Santo Tomás, se singularizan e individualizan por sí mismos: en ellos no difiere la naturaleza y la persona o supuesto (1). Por eso en los ángeles no hay naturaleza común como en los hombres: cada uno constituye especie aparte, que el individuo agota en sí.

En los seres compuestos de materia y forma, en los que es elemento constitutivo la materia, cual sucede en el hombre y en todas las cosas materiales del mundo visible, hay un elemento común específico, que da la forma; y un principio que individualiza y singulariza al ser haciéndolo distinto de los demás de su misma especie, que es la materia (ib): así el hombre «es singular por la materia; pertenece a la especie por la forma (alma)» (2).

Mas la materia que individualiza y singulariza a cada hombre —a este o aquel hombre— no es la materia común o en general, que pertenece como parte a la especie humana —y así no distinguiría al individuo en ella—, sino la materia *signata*, es decir, *sellada*, determinada de tal modo que ya la hace distinta de toda otra materia, pues «así como es de la razón o noción de *este* hombre que esté constituido por *esta*

(1) l^a, q. 3, a. 3 c
(2) l^a, q. 85, 3, ad 4um.

alma, y *estas* carnes, y *estos* huesos, así es de la razón o noción de hombre que esté constituido por alma, carne y huesos» (1).

Esa materia *sellada* o determinada es el principio que individualiza y hace singular a la misma alma: es su relación a esa materia lo que la hace ser tal alma, y no otra. Si miráramos al alma prescindiendo de esa relación no habría modo de distinguirla de las demás, ni en sí habría nada que de las demás la distinguiese, pues que la forma (alma) es principio específico común, no principio de individualidad. Y como cuanto existe, existe

como individuo, *tal* alma no existiría si prescindimos de su relación a la materia determinada a cuya información la ordena Dios:

«Es de la razón del individuo que no pueda estar en muchos... así pues... por cuanto mira a lo primero (= a la forma substancial o alma), la materia es principio de individuación para todas las formas (substanciales) que en ella inhieren, porque como estas formas, cuanto es de sí, están naturalmente determinadas a estar en algo como en sujeto, desde el momento que alguna de ellas se recibe en una materia que no está en otro, ya por consiguiente tampoco la misma forma que así existe puede estar en otro» (2).

¿En qué consiste ese *sello* propio y exclusivo de la materia concreta informada por el alma, y que individualiza y singulariza tanto al alma como al ser humano concreto —a *este* hombre—?

En la Suma Teológica no parece haberlo nunca precisado Santo Tomás. Sólo en 3.a, q. 77, 2 c, habla de la «cantidad dimensiva» como «Un cierto principio de individuación»; pero su oficio es aquí individualizar las formas accidentales —color, figura, sabor, etc.—, que advienen al ser ya constituido por la forma substancial (en el hombre: el alma), y ahí mismo pone como principio de individuación de las formas substanciales (de las almas, en el hombre), no a la cantidad, sino simplemente a la materia, sin adición expresa cuantitativa alguna, según acabamos de ver en el texto recién citado.

(1) l^{a}, q. 75, a. 4
(2) 3^{a}, q. 77, a 2 c

De ahí que no creamos sea del todo exacto poner como principio de individuación del hombre la «materia sellada con la cantidad», en cuanto la cantidad implica extraposición de partes, y así hace imposible que una parte sea otra, ni una materia concreta otra.

Por una parte, una materia extensa —con extraposición actual de sus partes—, puede estar en varios lugares simultáneamente, cual lo prueban los ejemplos de las bilocaciones comprobadas de algunos santos. Por otra, aunque en la resurrección tendremos los mismos cuerpos que ahora tenemos, en virtud de la sutilidad la extraposición de partes no es impedida por la extraposición de las partes de otro cuerpo, pudiendo localmente coincidir, de modo que no nos serviría para individualizar o singularizar al cuerpo bienaventurado, como tampoco parece nos serviría en los casos de bilocación que se dan en la vida presente, de cuerpos aún no glorificados.

Sería igualmente de extrañar que una cantidad que continuamente varía y cambia en el mismo individuo, incluso con verdadera pérdida de partes, sirviera, por la extraposición de sus partes, muchas veces variable en el mismo individuo, para singularizarle e individuarle como tal individuo. Parecería más bien que lo que individualiza un ser, haciéndole ser tal y no otro, debería permanecer idéntico mientras ese ser singular perdurara en idéntica singularidad.

Por eso Santo Tomás no nos habla de la cantidad dimensiva —o al menos no insiste en ella en su Suma Teológica— como principio de individuación, sino de *estos* huesos, y *estas* carnes, y *esta* alma que a tales huesos y carnes informa (1).

Es verdad que también esos huesos y esa carne cambian, permaneciendo el mismo individuo. Pero hay algo en ellos que no cambia jamás: es lo que Santo Tomás llama, no extensión, sino complexión, estructura interna peculiar; diríamos: arquitectura interna biológica exclusiva de cada cuerpo informado por un alma, que le es a él totalmente exclusiva y distinta de los demás cuerpos.

(1) Cf. l.a q. 3, a.3 c; q. 29, a.2 ad 3um., y a.4 c; q. 75,4 c; etc.

Diríamos entonces que el principio de individualización del hombre concreto —y del alma que informa el cuerpo de este hombre— es la «materia sellada con una especial y privativa complexión» o arquitectura interna, que se mantiene la misma bajo todas las variantes externas, y hace que este hombre sea el mismo individuo desde que nace —incluso desde que es concebido— hasta que muere, pese a que todo en él parezca cambiar; y que hace que la misma alma una vez separada permanezca individualizada por su relación a informar una materia así complexionada.

Es esa complexión peculiar de cada cuerpo humano lo que nos parece asignar el santo Doctor como constituyente de la naturaleza individual, en cuanto contrapuesta a la especifica común, y por lo mismo como principio de individuación del hombre, cuando dice:

«Cada uno posee la especie —tiene la especie, la perfección de la especie— según su forma, y se individualiza según la materia. Mas la forma del hombre es el alma racional, la materia el cuerpo. Por eso, lo que conviene al hombre según el alma racional, le es a él natural según la noción o razón de especie. Mas lo que le es natural *según una determinada complexión* del cuerpo, le es a él natural según la naturaleza del individuo. Pues lo que es natural al hombre de parte del cuerpo según la especie (=la materia común o no sellada, de la que habla en la lª q. 75, a.4 c, que citamos más arriba), en cierto modo se refiere al alma, a saber, en cuanto tal cuerpo es proporcionado a tal alma» (1).

Con los conocimientos biológicos de su tiempo difícilmente podía Santo Tomás avanzar más en la descripción de la naturaleza de esa *complexión* propia corporal exclusiva de cada individuo. Aun así destaca enormemente el influjo de María en la individualización de la humanidad de Cristo, al transmitirle una materia complexionada tal cual Ella la tenía.

Hoy sabemos que cada hombre, desde el momento de su concepción, recibe por herencia genética una complexión o

(1) 1ª 2ae., q. 63,, a.lc.

estructura biológica del todo peculiar a él, que afecta y afectará mientras viva a todas las células de su organismo. En esa estructura hay un arquitrabe común específico: los cuarenta y seis cromosomas. Y un entrelazado individual singular, nunca repetido: los genes. Con la peculiaridad de que el mismo elemento común, el arquitrabe o línea arquitectónica general y arquetípica, al estar fabricado con los ladrillos de los genes, se singulariza de hecho en cada individuo humano.

Esa estructura afecta a todas y cada una de las células del cuerpo individual; y permanece intacta en todas ellas hasta la disolución del cuerpo, al separarse del alma por la muerte. Ello hace que nuestro cuerpo sea *el mismo*, realmente idéntico, desde el momento de la concepción hasta el de la muerte. Idéntico, no por la materia que lo constituye, que se renueva constantemente; ni por la cantidad de esa materia, que continuamente varía; sino por la estructura arquitectónica que es siempre la misma; por el troquel en que toda materia incorporada como vivificada al organismo se moldea.

Cada individuo humano es así, mientras vive, siempre *el mismo* e *idéntico* individuo, no sólo por lo que mira a su alma, que desde que empieza a existir no se muda en su ser, ni se mudará ya en él cuando del cuerpo se separe, sino también por lo que mira a su cuerpo, que hasta su corrupción no mudará su ser, que no consiste en la materia que lo integra —común no sólo a todos los hombres, sino a todos los seres materiales—, sino

en la organización intrínseca de esa materia, en su estructura arquitectónica peculiar, exclusiva a cada individuo. Donde quiera se dé esa estructura, se dará ese mismo cuerpo humano individual y singular, distinto de todo otro cuerpo, sea cual sea la materia o cantidad que lo integre, o el lugar que ocupe, o las acciones —incluso sucesivamente contradictorias— que ejecute.

El alma, que se crea para informar e informando a ese cuerpo, se individualiza por su unión a él, y no a otro; su relación a él, y no a otro. Se la dota, en el primer momento

de su ser, de un instrumento de operación —aunque no abarque *toda* su operación, pues ella es espiritual—, que sólo a ella es peculiar, de ella exclusivo. A ese cuerpo estará relacionada toda la vida terrena del hombre. A ese cuerpo conservará relación tras separarse de él; y ese mismo cuerpo recibirá de nuevo en la resurrección gloriosa.

Esa es la materia sellada —señalada, concretizada— de que creemos nos habla Santo Tomás: esa la *complexión* corporal peculiar que nos pone como principio de individuación (complexión, de *complectere* = teger o entretejer juntamente, por lo que complexión es lo mismo que entrelazado, entretejido propio de cada hombre).

En esta dirección podría también entenderse la opinión de San Buenaventura, gran amigo de Santo Tomás, perfecto conocedor de su doctrina, aunque no del todo la comparta.

Para él, materia es lo mismo que potencialidad; y dándose ésta en los ángeles, también en ellos se da individualización por la materia dentro de una especie común.

Esta diferencia no nos interesa para nuestro caso. Sí nos interesa la segunda, a saber, que la individualización se debe, no sólo a la materia, sino a la interacción mutua de la materia y forma al unirse: el peculiar sello de la materia se constituye así por la información del alma, y ésta a su vez se individualiza por el sello de la materia que informa. Desde que se da esa estructura biológica hereditaria, necesariamente se da también la forma —el alma—, para la que es, y *en la que es*; y desde el momento que se da el alma se da esa materia biológica determinadamente organizada: no es una primero que la otra, ni se da una antes que la otra, sino ambas a la vez y simultáneamente, configurándose mutuamente ambas en el ser individual y distinto.

En esta variante, que destaca también el papel del alma en la individuación, quizá se explique mejor lo que los Documentos eclesiásticos nos dicen de la Maternidad de la Virgen: a saber, que no procede de María un cuerpo o una carne que luego sea informada por el alma y asumida por el Verbo,

sino que lo que procede de la Virgen María es ya, en el mismo momento de su procedencia, el Verbo encarnado: no procede de ella un cuerpo o carne que luego sea informado y asumido, sino inmediatamente el mismo Verbo con naturaleza humana tomada de María. Los textos de esos documentos se dieron anteriormente.

Esto es consecuencia de la generación virginal —que traspasa el sello entero—; en la no virginal, el sello no se constituye hasta la concepción pasiva o unión de los elementos escindidos del padre y de la madre. En ella hay escisión; en la virginal de María, no, pues entonces procedería de ella un cuerpo que luego sería informado por el alma y asumido por el Verbo, contra lo que la Iglesia reiteradamente enseña.

Quizá también la mutua interacción del alma y cuerpo como principio de individualidad ayude mejor a comprender las mutaciones genéticas de que nos hablan los biólogos, aunque tampoco es cuestión que aquí nos interese. (1).

(1) Igualmente, esta mutua interacción como causa o principio individuante explicaría mejor la combinación determinada. y concreta —entre innumerables posibles— de la herencia paterna y materna. Esta herencia aportada por el padre y la madre es siempre la misma, si se trata de un mismo padre y una misma madre; pero es tal la complejidad y riqueza del medio sello que cada uno aporta, que admite innumerables combinaciones distintas y diferentes de los mismos, pero numerosísimos elementos, que cada uno contiene. Por eso jamás salen, ni pueden salir, dos hermanos idénticos, ni aun iguales. Todos, aunque semejantes, salen, no sólo distintos, mas también *diferentes*.

Si simplemente el sello de la materia individualizara al alma y al hombre, este individuo hombre sería fruto de la mera casualidad en la combinación de elementos paternos y maternos. Cosa que nos parece inadmisible, especialmente tratándose de un hombre o persona humana eternamente destinada por Dios a su visión, tras hacerlo hijo suyo. Mas si el mismo sello de la materia es fruto de la interacción de alma y materia, se elimina toda casualidad en la individualización. De no admitir esta interacción, parece habría de recurrirse a acción directa divina que produjera esta combinación concreta entre las innumerables posibles, para evitar la casualidad, que creemos aquí inadmisible.

Pág. 247

La información por parte del alma se da así desde el primer instante, y con el *primer instante* de la concepción pasiva: será incluso el alma, como forma vital —tanto en el pensamiento de Santo Tomás como en el de San Buenaventura—, la que mantendrá inviolable la estructura biológica hereditaria, o materia sellada con el mismo sello, hasta el momento de la separación. Por eso, al separarse el alma del cuerpo, la estructura peculiar de éste desaparece, perdiendo su sello.

Por eso debe bautizarse de modo absoluto todo vivo que sale de mujer. Por eso el aborto, aun en los primeros o primerísimos estadios de su formación, es un homicidio. Si antiguamente se pensó en retardar la información del alma, era por ignorarse esa arquitectura hereditaria inmutable desde el primer momento de la concepción pasiva, atendiendo sólo a la superestructura perceptible a los sentidos.

En adelante, se multiplica la cantidad, se diferencian células y miembros; pero permanece inalterable la estructura y arquitrabe; inmutable el troquel que el alma mantiene en todas las células y miembros que se van diferenciando. A esa estructura se unió el alma espiritual —e incluso, según San Buenaventura, contribuyó, al unirse, a su estructuración—, y por eso la mantiene bajo todas las diferenciaciones posteriores.

Cuando, pues, se habla de identidad del mismo cuerpo en un individuo, no se trata de identidad material, siempre cambiante; sino de identidad biológica, funcional: el cuerpo que tengo ahora es idéntico, o el mismo, que el que tenía de pequeño, o en el seno de mi madre; y es el mismo el que tengo ahora que el que tendré mañana. Y eso lo percibe perfectamente nuestra conciencia. Mas no es la misma su cantidad; ni la misma su materia corpórea, ni aun quizá sus miembros —puedo perder un miembro, y no por eso dejo de sentir que tengo *el mismo* e *idéntico* cuerpo: como todos perdemos con el tiempo dientes y muelas, siquiera alguna de ellas, y no por eso adquirimos un cuerpo distinto, *otro*

Pág. 248

cuerpo del que teníamos—. Lo que siempre es lo mismo es su estructura, su arquitrabe, su arquitectura, el sello que lo convierte en instrumento único e incomunicable de la actividad de un alma única.

De ahí que las dificultades que suelen ponerse contra la resurrección de los cuerpos —resucitaremos con los mismos cuerpos, nos dice el dogma—, carecen de todo fundamento, como basadas en un erróneo entendimiento de esa identidad poniéndola en la materialidad, y no en la estructura.

Toda materia que biológicamente se organice con la organización propia y exclusiva de mi cuerpo, se identificará con mi cuerpo, y será instrumento exclusivo de mi alma. Como ahora un alimento común comido por diez individuos se integra en el cuerpo de cada individuo, pasa a constituir ese cuerpo individual en cada uno de los diez, Y no

se hace un *nuevo* cuerpo vivo, sino que se incorpora y asimila a un cuerpo vivo ya existente, al adquirir su estructura. El alimento que tomo no hace de mi cuerpo otro cuerpo vivo distinto del que tenía: sólo hace que el cuerpo que ya tenía se mantenga y perdure en su ser.

Si un cuerpo en la muerte *no se corrompe* —cual pasó con el de Cristo: «no dejaste a tu siervo conocer la corrupción del sepulcro» (Sal. 15,10; Act. 2,27.31; 13,37), y con el de la Virgen María, caso de que Ella muriera—, la resurrección necesariamente asume ese cuerpo, aun materialmente, pues, por no corrompido, no ha perdido su estructura biológica interna, y esa estructura tiende el alma a informar doquiera la encuentre. Esa estructura asimilaría a sí misma toda estructura idéntica, pues lo que diferencia no está en la materia —común—, sino en su *sello*, en su estructura.

Si un cuerpo, cual acaece en general tras la muerte, se desintegra y pierde su estructura biológica, volverá a ser el *mismo* e *idéntico* cuerpo doquiera la materia vuelva, por el poder de Dios, a tomar esa estructura.

De ahí que en la resurrección gloriosa no sentiré menos que el cuerpo que recibo es *el mismo* que tuve en esta vida

de lo que ahora *siento* que el cuerpo que tengo es el mismo que tuve o tenía hace veinte años, aunque por ventura ni un solo átomo permanezca en mí ahora de los que entonces me constituyeron. La identidad del cuerpo no radica en la materia común, ni en los átomos, moléculas o células, sino en la organización peculiar con que materia, átomos, moléculas y células vienen sellados en el cuerpo organizado humano.

También se aclara más por esta vía la verdad de la paternidad y maternidad humanas con respecto al hijo. No sólo son padres del hijo en cuanto proporcionan la materia para ser informada. Son padres porque también son principio de origen del alma de sus hijos. Son padres del *hijo* entero, y el hijo entero les debe el ser, no sólo uno de sus elementos, que sería el menos importante.

Veamos en qué forma son origen —ciertamente incompleto y secundario, pero necesario— del alma de sus hijos, colaboradores en cierto modo de Dios en la obra creadora del alma. Quizá ello pueda ayudarnos algo a entender mejor el modo de transmisión del pecado original.

El alma, como espiritual y simple, no puede *sacarse* de otra cosa, ni material ni espiritual. No se saca, pues, de los padres: ni de su cuerpo, ni de su alma. Lo primero implicaría que el alma es material. Lo segundo, que el alma de los padres no es simple ni espiritual, y así tampoco lo sería la de sus hijos. El alma, pues, sólo puede originarse en un acto de propia y verdadera creación: creación de la nada, y producción del ser en su totalidad radical, cosa que es propia de solo Dios. Es, pues, evidente que Dios, y no los padres, crea el alma de cada uno de los hombres que empieza a existir. Sólo Él puede ser el autor, como Creador único, de toda la perfección que integra el ser espiritual del alma.

Pero esa perfección anímica, de la cual sólo Dios puede ser autor con su acción creadora, no puede existir sino individualizada, pues todo cuanto existe, existe como individuo. Si la individuación se hace por la materia *sellada* derivada de los padres, es evidente que el alma *no puede* existir —pues

sólo como individuo puede existir—, sino por relación a esa materia sellada que la individualiza. Son así los padres, mediante la materia sellada que de ellos proviene, origen de la existencia del alma, aunque no de su ser, de la perfección que constituye su esencia.

Ciertamente, no son origen completo o adecuado de la existencia del alma individual. No podría existir el alma individual sin la perfección esencial que la constituye en alma espiritual, y vimos que esta perfección esencial sólo Dios puede ponerla por un acto creador. Y así los padres no son origen adecuado o pleno de la existencia individual del alma. Pero sí son necesarios para esa existencia, porque añaden, o colaboran con un elemento necesario para su existencia: el término material que comunica al alma que con él se relaciona por obra divina la condición necesaria para su existencia.

Así quiso Dios dignificar la fecundidad humana, asimilándola en algún modo a la divina, y misteriosamente asociándola a su misma obra creadora. Dios no hará nunca un alma separada —sería ángel y no alma—; ni siquiera un alma cuya materia El directamente disponga para la información —cosa que perfectamente podría hacer, pero no hace si excluimos el caso de Adán—. Y tampoco dejará de crearla siempre que los padres dispongan la materia individuante o sellada que pueda ser espiritualmente informada, aunque ciertamente nada le obligue a hacerlo. Esto explica que no deje de crear almas cuando la fecundación es artificial, o incluso in vitro.

Como vimos al tratar del acto libre creado (cf. EL AMOR, Apéndice) que toda su perfección entitativa viene de Dios, y la relación en cuanto relación —no en cuanto real— viene del ser libre creado, pudiendo por eso ser bueno o malo moralmente el acto, algo semejante podría decirse aquí. Toda la perfección y ser del alma viene de Dios; pero Dios sólo quiere hacer ese ser existente como relacionado a una materia determinadamente sellada, que proviene de los padres. Estos ponen el término de la relación, y así son condición necesaria exigida por Dios para crear el alma.
Pág. 251

Dios pone cuanta perfección esencial hay en ese ser espiritual que crea; y sólo perfección, no pecado, que Dios no puede poner. Pero a la materia sellada recibida de padres contaminados se debe la individualización y como concretización de esa alma: el que sea, no alma, sino tal alma, aunque no puede existir como alma sin que sea a la vez tal alma.

La consecuencia es que lo que formalmente sale de Dios como perfección y sin pecado, *como alma*, al empezar a existir como tal alma —y nunca tiene existencia real sino como *tal* alma—, empieza a existir en pecado. Porque aunque ambos elementos, el ser alma y el ser tal alma, sean inseperables en el ser del alma, el ser alma le viene de Dios, pero el ser *tal* alma le viene de padres contaminados por el pecado: no puede así recibir una individualidad más perfecta que la de aquellos que en origen se la proporcionaron con la materia sellada que le transmitieron.

Por eso la Inmaculada Concepción es privilegio singular divino: la gracia inmensa inicial con que el alma de María empieza a existir se debe, no a herencia de los padres, sino a intervención especialísima divina, que como Señor absoluto actúa en el enriquecimiento de *tal* alma de María, comunicándole graciosamente una gracia que nunca el principio de individuación natural pudiera haberle comunicado.

Si San Buenaventura explica del mismo modo la individuación de ángeles y hombres —y aun de todo ser creado, mezcla de potencia y acto—, Santo Tomás vimos la explica de modo diferente.

Personalmente sospechamos que si la individualidad se explica diferentemente en hombres y ángeles, también cabría explicarla diferentemente en los hombres y en los demás seres materiales. El hombre es caso único, que participa de lo material y espiritual; y de haber diferencias en el principio de individuación, también parece habrá de haberlas en ese caso único, milagro de la Divina Omnipotencia, maravilla de la Sabiduría divina.
Pág. 252

El hecho de que el Verbo se hiciera hombre para incorporar a Sí mismo como a Cabeza la creación entera nos muestra que en el ser humano, pese a sus limitaciones, se encuentra el resumen de la creación entera, y en él se da potencialmente la perfección de toda la creación. Potencia que se redujo al acto en el Verbo encarnado, pues, al hacerse hombre su Hijo, no pudo el Padre negarle cuanto de perfección haya en la creación: El es el primero en todo (Col. 1,18).

Y quizá tampoco sea el mismo el principio de individuación de los seres vivos —que se multiplican por generación— que el de los demás seres materiales, en los que la individualización y distinción tampoco aparece tan neta y tajante.

Por lo que toca al hombre —único que aquí nos interesa—, la multiplicación de individuos en una misma especie humana se hace por generación de padres a hijos. Parece ha de buscarse el principio de individuación dentro de una misma especie en aquello que de hecho origina la multiplicación de individuos distintos dentro de ella, en la generación.

Si observamos que el término de toda generación humana es una materia de tal modo sellada que jamás la vemos repetirse por más generaciones que se sucedan, parece evidente deducirse que la individualización de cada engendrado reside —al menos *también*— en la estructuración del todo peculiar e irrepetible de la materia que de los padres recibe para ser informada por el alma. Tanto más cuanto sabemos que ese sello permanece indeleble mientras el cuerpo siga informado por el alma.

Mas el individuo humano se constituye, no por esa materia, sino por la unión y mutua relación entre esa materia sellada y el alma que la informa y vivifica. Siendo esta alma, como espiritual, total y esencialmente distinta del alma de los vivientes corpóreos no humanos, distinta parece ha de ser también la relación que surge entre esos dos elementos, distinta la constitución de la individualidad humana.

Si en el aspecto material parece coincidir específicamente con la generación simplemente animal, en el aspecto invisi-

ble a toda experiencia genética —y es el aspecto principal, por referirse al alma espiritual—, la diferencia entre la generación humana y la simplemente animal nos parece abisal.

En la humana entra el soplo creador de Dios, como entrara en la creación del primer hombre: por algo somos imagen de Dios (Gén. 1,26.27), y capaces de hacernos hijos suyos. Diferencia que es todavía más patente si, con San Buenaventura, se hace depender la individuación no sólo de la materia, sino también de la forma, es decir, de la unión mutua de ambas.

Contra esa materia *sellada* como principio de individuación puede hacerse una objección derivada de la Genética.

Según los genetistas, la herencia biológica de los gemelos univitelinos es exactamente la misma; y por tanto el mismo sello tiene la materia informada por el alma de un gemelo que la informada por el alma de otro. Y sin embargo, pese a muchas interacciones misteriosas entre ellos, un gemelo no es el otro.

Personalmente pensamos que ni es ni puede ser el mismo sello el de la materia informada por un alma y por otra. Los genetistas han descubierto las coincidencias. *Todavía* no han descubierto positivamente, ni han podido señalar las diferencias. Pero sería presunción anticientífica dar por supuesto que tales diferencias no existen por el mero hecho de que todavía no las hayan ellos descubierto; más sabiendo la dificultad que la experimentación exhaustiva presenta en este caso. Dificultad que aumenta si se tiene en cuenta que unas mismas unidades de material —unos mismos genes— pueden formar

un arquitrabe y sello del todo diferente si difieren sus enlaces —piénsese en la diferencia de las mismas cifras si varía su orden, vgr. 0001,0010,0100; 1000;143 y 431, etc, o en las diferentes propiedades moleculares según la variedad de los enlaces de unos mismos átomos—. ¿Habrá algún genetista que pueda presumir de haber acertadamente examinado y comprobado la identidad de enlaces de los millares de genes de cada univitelino?
Pág. 254

Por lo demás, si el sello de la materia que informan las almas de los gemelos univitelinos fuera el mismo, ¿cómo explicar que una masa inicial aparentemente la misma y única se escinda en dos direcciones diferentes y excluyentes, informada por dos almas?

Si esa escisión divergente se debe a que a esa materia se infunden por Dios dos almas distintas que atraen a sí como propia parte de la materia idénticamente sellada, y luego como propia la multiplican, siempre con el mismo sello, los gemelos serían simple capricho divino, del que ni en teoría cabría la posibilidad de explicación alguna natural: se darían siempre que Dios quisiera, y simplemente porque como caprichosamente los quisiera. No creemos que teólogo alguno admita tales caprichos en Dios; pero ciertamente ningún genetista recurriría a ellos, pues sería salirse de su terreno.

Mas si esa escisión en dos direcciones diferentes y definitivamente mutuamente excluyentes de una materia biológicamente de modo igual sellada, y que permanecerá en las dos direcciones igualmente sellada, no se debe a que se creen dos almas para ella, habrá necesariamente de deberse a la misma materia que así se escinde. Ha de haber algo en esa materia que sea causa de la escisión divergente. Es decir, hay ya en ella, aunque los genetistas no hayan podido todavía verlos, dos sellos, aunque muy similares, realmente distintos y diferentes, que por ello generan separación, multiplicaciones aisladas y aparte, por ser mutuamente incompatibles en una misma unidad biológica, al ser su sello distinto. Y es ese sello distinto existente en las diversas partes de la misma materia inicial lo que está como clamando y exigiendo dos principios de vida, la creación de dos almas por parte de Dios, para informar dos materias diferentemente selladas, aunque al genetista le parezcan confundidas en una.

Pensamos que si el genetista niega esto tendrá que renunciar incluso a la existencia de toda explicación posible de la gemelidad, atribuyéndola a simple capricho de la na-
Pág. 255

turaleza, pues carece de causa. Mas tampoco la naturaleza tiene caprichos, o al menos no caprichos a los que no subyazga un motivo, una causalidad, por oculta que para nosotros sea.

Añadamos una observación externa. Se afirma que no hay dos huellas digitales iguales. Suponemos, pues, que tampoco coinciden en ellas los gemelos. ¿A qué se debe esa diferencia? Ese sello digital no parece deberse a causas externas: se nace con él, cual si fuera simple manifestación del sello interno biológico de cada ser humano —manifestación que se da en toda parte del organismo, aunque en las yemas de los dedos sea más fácilmente comprobable para todos—. Parece evidente que la diferencia se debe, no a causas exógenas ni de nutrición, sino a exigencia o manifestación de una materia distintamente sellada, que en todo su desarrollo, multiplicación y diversificación en miembros diferentes mantiene la identidad de su sello. A no ser que también aquí quisiéramos recurrir *a simple capricho* inmotivado del alma.

Por parte de los profanos se alega a veces el no rechace del injerto de un gemelo como prueba de la identidad de constitución biológica, *del mismo sello*: por eso el organismo que lo recibe no lo percibiría como cuerpo extraño, y así no lo rechazaría. Pero se olvida que el rechazo disminuye en la medida que aumenta la semejanza del sello: los

injertos hechos de padres a hijos, o de hermanos entre sí, son, en general, menos objeto de rechazo, por ser mayor su semejanza estructural biológica. Todos saben que esa semejanza alcanza el máximo hasta hoy conocido en los gemelos univitelinos: nada extraño, pues, que la tendencia al rechazo sea tan mínima que en la práctica sea imposible de detectar.

Es esta semejanza la que también puede explicarnos el que a veces dos gemelos —siameses— tengan miembros al menos aparentemente comunes, sirviéndose ambos de un mismo miembro como propio. Personalmente pensamos que el miembro en cuestión, o bien es de uno solo —usado por el otro como injerto—, o bien es inextricablemente — para
Pág. 256

nosotros—, parte de uno y parte de otro, es decir, en parte formado por uno de los gemelos y en parte por el otro, con sello distinto cada parte, aunque cada uno use de la parte por él no edificada como usaría de un injerto. Y el origen del fenómeno quizá podría explicarse, parte por la angustia o escasez del lugar que no permitió a cada uno la libre y total expansión, parte quizá también por pereza biológica, por la tendencia de todo ser vivo a no gastar más energía de la estrictamente necesaria.

Nada, pues, creemos, pueda deducirse de los gemelos contra la materia genéticamente sellada como principio de individuación.

4. CREACIÓN DE EVA: ADÁN Y EVA FIGURA DE CRISTO Y DE MARÍA

En la filiación normal humana —cual hoy la conocemos, pues sobre cual pudiera haber sido de no haber pecado el hombre hay opiniones diversas—, la diferenciación del sello de la materia del nuevo individuo se debe al concurso de dos distintos —padre y madre— en orden a su originación.

En la concepción virginal, tal distinción no se da. Siendo la madre la única generante, transmite su propio sello, y así no puede causar individualización en el sello transmitido: el resultado sería, no una generación, sino una bilocación. Y si transmitiera *parte* de su sello, el resultado sería un ser distinto de ella, pero no un hombre.

Para que se origine la individualización en lo transmitido, un sello distinto de aquel de que procede, se requiere así la acción de Dios, que modifique el sello en su misma transmisión.

Afortunadamente tenemos un ejemplo de esta acción en la creación de Eva. Su contemplación puede ayudarnos a entender la concepción virginal de María, ya que todo lo del Antiguo Testamento es figura del Nuevo (lª Cor. 10,6.11), y
Pág. 257

especialmente Adán y Eva se nos presentan en la Tradición como figura de Cristo y María.

Para inculcarnos más y hacer más plena la unidad del género humano, Dios no creó una pareja humana como con dos creaciones independientes, sino un solo individuo, Adán, «e hizo que de uno solo se derivase todo el género humano, para habitar sobre toda la faz de la tierra» (Act. 17,26).

Esa originación *de uno solo* se nos describe en Génesis, 2: «Y dijo Dios: No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante a él... Y no se encontraba ayuda semejante a Adán. Envió, pues, el Señor Dios un sopor en Adán, y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas, y rellenó con carne en vez de ella. Y *edificó* (o construyó) el Señor Dios la costilla que había tomado de Adán en mujer; y la llevó (o

presentó) a Adán. Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne: ésta será llamada varona porque del varón fue tomada. Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre, y adherirá a su esposa; y serán dos en una sola carne. Y estaban ambos desnudos, a saber, Adán y su mujer; y no se ruborizaban» (Gén. 2,18. 20-25).

El sueño o sopor de Adán indica ausencia de sufrimiento, pero no de conocimiento perfecto de lo que se estaba haciendo, que aparece explícito en sus palabras al contemplar la mujer: «Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ésta se llamará *varona* porque del varón fue tomada» (Gén. 2,23). Más que sueño, es un rapto con conocimiento tan pleno que el mismo Santo Tomás juzga posible que en él contemplara transeúntemente la misma divina esencia: «Respondo, pues, diciendo que el primer hombre no vio a Dios por esencia en el estado común de la vida que llevaba; a no ser que se diga que tal vez la vio en rapto cuando Dios envió un sopor en Adán» (1).

Con tal conocimiento de la obra que Dios iba a ejecutar y estaba ejecutando, es evidente que Adán no fue meramente pasivo, sino que consintió gozoso en ofrecer su mismo

(1) lª q. 94, a.l

cuerpo y ser a Dios para que Dios con él hiciera la mujer cuya compañía deseaba. Su cooperación así fue activa, y en cierto modo análoga a la de la Virgen María en la encarnación del Verbo.

Junto con la acción de Adán, que ofrece su cuerpo, está la acción de Dios, que actuando sobre la donación de Adán, la *edifica* en mujer, hace con ella la mujer. Es esa acción de Dios la que se nos ofrece como principal, la que destaca el texto sagrado.

El resultado de esa doble cooperación —de Dios y de Adán— es un ser distinto de Adán —el individuo Eva—, pero tan no sólo semejante, sino en gran modo *coincidente*, que se puede hablar, más que de semejanza —«Ayuda semejante a él»—, de una verdadera cuasi-identidad, cuyo alcance luego precisaremos basándonos en la misma relación del Génesis.

Esa cuasi-identidad, basada en una especie de comunidad real de ser, es percibida claramente por Adán, por Eva, y confirmada por el mismo Dios.

Adán exclama: «Esto es ahora carne de mi carne y hueso de mis huesos»: comunidad del elemento material, que siendo de Adán, y de él tomado, pasa a ser de Eva.

En consecuencia, Adán siente a Eva como algo propio, como una expansión, extensión y como reduplicación de su propio ser. Se diría que percibe como propio y hace suyo todo lo de Eva. Por eso termina el relato: «Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban»: es que cada uno sentía y percibía como propio el cuerpo del otro.

Esto nos ayuda también a explicarnos psicológicamente el pecado de Adán. Eva fue seducida y engañada por la serpiente (2ª Cor. 11,3; 1ª Tim. 2,14; Gén. 3,13). Adán, en cambio, no fue seducido ni engañado, como claramente nos dice San Pablo: «Fue primero formado Adán; después Eva. Y Adán no fue seducido; mas la mujer fue seducida en su prevaricación» (1ª Tim. 2,13.14). Pecó, pues, no sólo consciente de lo que hacía, sino también consciente de las consecuencias de su acto.

Puesto en la alternativa, prefirió elegirse a sí mismo que no al Dios que le creara. Y esa alternativa se genera de su identificación con Eva, a la que considera como una prolongación de sí mismo (Gén. 2,23): sintiéndose *uno* con Eva, eligió ser suyo en ella,

antes que ser de Dios. El pecado mostraría después una verdad que tantas veces olvidamos: que somos más de Dios que de nosotros mismos: que mi ser radica en Dios más que en mi mismo; que no puedo ser *yo mismo*, si no soy de Dios y a El adhiero: cuando de El me separo, mi mismo ser radicalmente se corrompe y desordena.

También Eva sintió su unidad con Adán. Tampoco ella se avergonzaba de verse desnuda ante Adán (Gén. 2,25), por sentirse una con él.

Por el mismo motivo, Eva sintió como dado también a ella el precepto dado a Adán. Este precepto se había dado a nuestro primer padre antes de la creación de Eva (Gén. 2,16.17), y no aparece en el texto que se reintimara a él y a su mujer tras la creación de ésta. Mas Eva, en virtud de la cuasi-identidad con Adán que ella vivamente sentía, sabe que participa de este precepto, según lo dice a la serpiente: «Del fruto del árbol que está en medio del paraíso, *nos mandó* Dios que no comiéramos» (Gén. 3,3): el mandato dado a Adán es, por su cuasi-identidad con él, precepto igualmente dado a ella.

Por eso también, al pecar Eva, arrastra consigo a Adán, persuadiéndole a compartirlo libremente con ella en virtud de esa cuasi-identidad que ambos sentían.

Por eso también, si Adán no hubiera pecado, renunciándose a sí mismo en su mujer Eva, el pecado original no se hubiera transmitido a su descendencia: es el pecado de Adán el que se nos transmite, no el de Eva. Y sólo tras el pecado de Adán intima Dios la sanción, no tras el de Eva; y es el pecado de Adán al que Dios, como en exclusiva, hace alusión: «¿Quién te indicó que estabas desnudo, sino el haber comido tú del árbol que te prohibí comer?» (Gén. 3,11). A la

mujer, en cambio, no le habla del precepto que le diera, sino que se limita a preguntarle: «¿Por qué hiciste esto?» (Gén. 3,13), siendo «en una misma carne» (Gén. 2,24) con Adán, al que había prohibido lo comiera.

Y si cumpliendo Adán el precepto nos hubiera conservado a todos sus descendientes la vida de la gracia, pese al pecado de Eva, nos parece evidente que también la hubiera conservado para Eva, obteniendo para ella el perdón más pleno y absoluto. Si se hubiera renunciado a sí mismo en Eva, se hubiera hallado a sí mismo en Dios, sin pérdida alguna de lo que sentía con él identificado. Si el que por Dios renuncia a su vida y a su alma la encontrará (Mt. 10,39; 16,25), también Adán, si se hubiera renunciado a sí mismo en Eva, en la que se sentía vivir y con cuya alma se sentía comunicar, la hubiera encontrado.

Finalmente, no sólo Adán y Eva sentían esta cuasi-identidad —que en nada impide la distinción individual—, sino que el mismo Dios la afirma y la confirma: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y adherirá a su mujer: y serán dos en *una sola* carne» (Gén. 2,24).

Estas palabras podrían en el Génesis aparecer como dichas por Adán. Mas Jesús nos advierte que fueron dichas por Dios: «¿No leísteis que el que hizo al hombre desde el principio, macho y hembra los hizo? y dijo: Por esto dejará al padre y a la madre y adherirá a su mujer, y serán dos en una carne. Así pues, ya no son dos, sino una carne. Así, pues, lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mat. 19,46).

Esa unión la basó Dios en una realidad objetiva en la creación de la primera mujer, al hacerles participar en una misma carne. La comunidad de ser entre Adán y Eva es, a los ojos de Dios, Verdad infinita, y autor de ambos, mucho mayor que la comunidad de ser entre padres e hijos (Gén. 2,24), y por supuesto mucho mayor que entre hermanos y hermanos. Por eso el hombre ha de adherir a su mujer antes que a los padres.

El precepto nada costaba en el paraíso, por basarse en la misma realidad de comunión objetiva. Comunidad objetiva que proviniendo de la misma acción creadora de Dios, no fue en ellos destruida ni siquiera por el pecado. Pues aunque éste, al romper la armonía que entre ellos —así como dentro de cada uno de ellos— mantenía la gracia, acuse la diferencia individual, lo que lleva a Adán a excusar ante Dios su pecado descargándose en Eva (Gén. 3,12), tras la catástrofe ya irremediable, Adán de tal modo se sigue sintiendo uno con Eva, que no sólo no la recrimina, cual parece lo lógico, sino que, sintiéndola como una misma cosa con él, no tiene más preocupación que consolarla, haciéndola ver será Madre de todos los vivientes, y entre ellos del futuro Redentor, la «simiente de la Mujer» (Gén. 3,15), que había de reparar todo el mal por su pecado originado: «Y llamó Adán el nombre de su mujer Eva, por cuanto sería la madre de todos los vivientes» (Gén. 3,20).

Curiosamente, Adán da este nombre de inmensa consolación a Eva justo tras la sentencia condenatoria divina, aun antes de ser vestidos por Dios y arrojados del paraíso. Si ella fue origen de la ruina, de ella descenderá también la MUJER de la que saldrá el nuevo Adán Cristo que los rescatará a entrambos.

Mas el pecado romperá esa comunidad de ser para sus descendientes: todos los matrimonios futuros deberán imitar al de Adán y Eva. El precepto de ser dos en una carne vigirá para todos ellos. Pero es una comunidad que, al no darse en los sujetos mismos, ha de laboriosamente conquistarse por el amor continuo y heroico. Dios exige a los esposos se comporten cual El los quiso en su plan primero, que el pecado corrompió y destruyó: «Los varones deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa, se ama a sí mismo. Pues nadie jamás tuvo odio a su carne, sino que la alimenta y en todo mima... Cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo» (Ef. 5,28.29.33).

¡Cuán fácil era cumplir ese precepto en el paraíso, donde se basaba en una comunidad real de ser! Mas ¡cuán difícil cumplirlo después, cuando ya no hay comunidad real de ser, sino que esa comunidad debe crearla el mismo amor!

De ahí que el precepto del amor en el matrimonio —en modo análogo al precepto del amor a Dios, con todo nuestro ser y nuestras fuerzas—, es siempre un ideal al que debemos tener, sin que jamás se logre perfectamente.

De ahí también la tribulación de la carne inherente a todo matrimonio, de la que nos habla San Pablo (lª Cor. 7,28), propia de la tendencia a un ideal que nunca del todo se consigue: el ser dos en una misma carne, cuando objetivamente son dos carnes diferentes; el amar a la esposa como a sí mismo, cuando siente que no es *sí mismo*, aunque sepa que, por ser tal el plan divino, si a la esposa daña, a sí mismo se daña; si a la esposa favorece, a sí mismo favorece.

Precisamente por esa comunidad de ser, Dios no interviene tras el pecado de Eva —diríamos que todavía no se da por ofendido—, sino sólo tras el pecado de Adán.

Casi podríamos compararlo a la comunión que en nosotros hay entre alma y cuerpo: si la carne peca, mas el alma no lo quiere, es decir, si la carne tiende al mal, e incluso lo gusta, pero la voluntad no lo admite, Dios no se da por ofendido. Sólo cuando la voluntad del alma adhiere a lo que la carne ama, entonces se da Dios por ofendido. Y también entonces, como Adán, nos excusamos echando la culpa a la debilidad y proclividad de la carne que Dios nos ha dado, y que es verdaderamente *nuestra*; mas que ningún daño puede hacernos si, renunciando a lo que ella nos pide, adherirnos a Dios. Y entonces, no sólo salvamos nuestra alma, sino también nuestra carne, que será glorificada.

Añadamos finalmente que esa comunidad de ser entre Adán y Eva venía enormemente realzada y como consumada por la gracia que ponía armonía perfecta en

ambos, y que en ambos obrando la misma, sin resistencia de ellos, causaba un paralelismo de acciones y reacciones incomprensi-
Pág. 263

ble para nosotros, ya que se perdió, incluso para Adán y Eva, por el pecado que de ella los privó.

Por eso la individualidad distinta, en cuanto manifestada en el disentimiento proveniente del desorden, se acentuó en ellos dolorosamente tras el pecado, cuando antes de él, aunque indudablemente sabida, pasaba desapercibida. Tengamos esto también muy presente para mejor entender el paralelismo maravilloso de acciones, reacciones y sentimientos entre Cristo y María.

Mas antes veamos de precisar el alcance de esa cuasi-identidad entre Adán y Eva que tan insistentemente se nos inculca.

La narración del Génesis sobre la creación de Eva es evidentemente antropomorfa en muchos de sus detalles. Pero dos cosas se inculcan claramente como enseñanza que se quiere transmitir: la primera, que Dios hace de la de Adán la carne de Eva; la humanidad se origina de *uno solo*, es decir, de Adán (Act. 17,26). La segunda, que de tal modo hace Dios la carne de Eva que realmente, siendo de Eva, siga siendo en cierto modo una con la carne de Adán: «y serán dos en una sola carne»; todas las leyes del matrimonio se basan en esta como unidad y comunidad de carne, obrada y querida por Dios desde el principio, y luego rota por el pecado del hombre: rotura que el amor desinteresado ha de esforzarse en reparar, ya que el egoísmo del pecado fue origen de su rompimiento.

Para lograr esa carne de Eva hay dos elementos: la acción de Adán, que voluntariamente y con gozo entrega su propia carne; la acción de Dios que la *edifica* en mujer.

Para que Adán sea capaz de esa entrega, Dios eleva su potencialidad. Es lo que nos indica el sopor o rapto de Adán, tan elevado, que vimos que el mismo Santo Tomás no cree imposible que en él contemplara la misma esencia divina. Esa elevación de Adán por el divino poder nos indica que jamás podremos comprender su acción transmisora, ni entenderla, por no haber sido jamás elevados a su nivel. Si la acción de
Pág. 264

Dios nos es misteriosa, también la acción de Adán así elevada: sabemos la transmisión de su ser, o de su carne a Eva; no sabemos cómo se hizo o pudiera hacer.

La acción divina edifica lo que Adán entrega: «Y edificó el Señor Dios la costilla, que tomara de Adán, en mujer» (Gén. 2,22). El que edifica ordena la materia preexistente, no añade materia distinta o nueva. Pero es Dios quien edifica; y edifica de modo que pueda verdaderamente llamarse una misma la carne de Adán y de Eva. Mas el resultado no es una carne o cuerpo de varón, sino una carne o cuerpo de mujer. Si no comprendíamos la acción transmisora de Adán, menos aún la edificadora de Dios. Sólo sabemos que queriendo mantener la unidad de una misma carne, en su edificación introdujo sólo el ordenamiento estrictamente necesario para que fuera carne y cuerpo de mujer.

Mas si partimos de que el *sello* de la materia sellada que individualiza al alma que con ella se une es su estructura o arquitrabe genético, quizá se pueda decir algo más.
De los cuarenta y seis cromosomas propios del individuo humano, sólo uno es característico del sexo, sólo a uno se debe sea hombre o mujer. Los 45 restantes son específicamente comunes. Parece, pues, evidente que, si Dios quería en lo posible mantener la unidad de la carne de ambos, al tomarla de Adán, no introdujo al construir o edificar la mujer modificación alguna en la estructura de 45 de los 46 elementos que de

Adán tomaba. Si de cuarenta y seis elementos constituyentes, 45 no solo son semejantes, sino los mismos e idénticos por no haber sido en nada modificados, bien puede hablarse de una sola carne, de una cuasi-identidad de sello de la materia, por cuanto efectivamente el sello es idéntico en cuarenta y cinco de cuarenta y seis de sus partes.

Tal grado de cuasi-identidad no se daría ya jamás entre individuos humanos: por eso la unión con la esposa ha de prevalecer sobre toda otra unión basada en una mayor o menor comunidad de naturaleza.

Pág. 265

Pero la cuasi-identidad es todavía mayor, pues los elementos del cuadragésimo sexto cromosoma en que difieren, *también se toman* de Adán, ya que en la *edificación* nada nuevo se añade o crea, sino es la ordenación de lo preexistente. Solamente, pues, en ese cuadragésimo cromosoma varió Dios no la materia, tomada de Adán, sino su ordenación, su sello. ¿Hasta qué punto la varió? Sólo en lo necesario para que quedara constituida en mujer. No creemos nadie pueda precisar ese mínimo cambio necesario: es Dios el edificador, Dios que quiere mantener la unidad de una misma carne.

Si atendemos a esto, se nos hace verdaderamente incomprensible la perfección que debió alcanzar la cuasi-identidad de sello entre la carne de Adán y Eva, de modo que pudiera con verdad decirse de ellos que eran «dos en una sola carne». E igualmente incomprensible la similitud —mejor diríamos quizá aquí también cuasi-identidad— de las almas de Adán y Eva, individualizadas por una materia sellada con un sello absolutamente idéntico en cuarenta y cinco de sus aspectos o lineamentos, y sólo en un lineamento diferente, y aún en ese sólo parcialmente diferente.

Y aun esa diferencia mínima necesaria para la individualización y para la distinción de sexo podemos decir que en la práctica no se acusaba en disentimiento u oposición alguna, por la armonía que la gracia obraba en ambos de manera perfectísima. El modo de descripción de la creación de Eva es evidentemente antropomorfo, para dárnoslo en algún modo a entender. La materia o carne primero *se separa* de Adán; después, se edifica en mujer.

Mas prescindiendo de la incongruencia de que Adán quedara defectuoso, como con una costilla menos, es evidente que nunca hubo una materia separada de Adán que no fuese ya Eva. Mientras guarda el sello de Adán, sin modificación alguna, es y sigue siendo carne de Adán. Sólo pierde ese sello por la modificación por Dios introducida, pero entonces ya es carne de Eva. La acción divina es sin sucesión de grados y etapas; mas como nosotros somos incapaces de entender

Pág. 266

tal acción, hubo de describírsenos por similitud con nuestra acción, sucesiva y gradual, como sujetos a la categoría de tiempo.

Por lo mismo pensamos que Eva no se origina de Adán por escisión alguna material. En la generación actual hay esa escisión: lo que el padre y la madre transmiten, aunque originado de su carne, *ya no es* su carne cuando lo transmiten, pues que no tiene su sello, sino solo la mitad de él: es como algo ya extraño a ellos, que como extraño será eliminado si no sobreviene la fusión de las dos partes del sello: y el individuo humano sólo empieza cuando y en el mismo momento que se da el nuevo sello por la fusión de sus dos partes.

Mas no hay dos partes en el sello transmitido por Adán, sino que él transmite todo *su* sello; y en el mismo momento de esa transmisión actúa Dios modificándolo en sello de mujer; en la misma transmisión, pues mientras no sobrevenga esa modificación sigue con el sello de la carne de Adán, es carne de Adán.

Como un cuerpo bilocado sigue siendo el mismo cuerpo, aunque pueda ser instrumento de acciones diferentes; y también de pasiones diferentes; si esa pasión alcanzase a la estructura genética, entonces comenzaría a ser cuerpo diferente, cual sucedió en Adán, por la acción divina. Es pura comparación para entenderlo en algún modo. Por lo demás Eva sale perfecta y adulta desde el primer momento: no aparece como escisión de Adán, sino como réplica del mismo Adán, mínimamente modificada por la acción divina en el grado estrictamente necesario para una nueva individualización.

¿Se origina Eva de Adán por verdadera generación?

La respuesta más común es que no, porque la generación exige no sólo transmisión de una naturaleza semejante —o idéntica cual sucede en el misterio trinitario—, sino por actividad o modo que intrínsecamente se dirige a originar la semejanza. Por eso, en la Trinidad, aunque originados tanto el Hijo como el Espíritu Santo en identidad de naturaleza

Pág. 267

con el Padre, sólo el Hijo es engendrado, por proceder por vía de conocimiento que implica semejanza; y no el Espíritu Santo, por originarse por vía de amor.

Personalmente creemos que en el caso de Eva, precisamente partiendo de esa noción de generación, se trata de un origen por verdadera generación, sólo disimulada y en parte oculta a nuestros ojos por estar habituados a contemplar la generación sexual.

Si Adán entrega o hace donación de su carne para que pase a ser de Eva, esa donación, como tal, mira en sí misma a originar una naturaleza semejante: mejor diríamos, por parte de Adán idéntica, pues que la diferenciación vimos provenía de acción divina que edifica en mujer la carne ofrecida por Adán. E incluso la acción divina de tal modo tiende a producir la semejanza de Adán, o mantenerla, que el resultado final es una cuasi-identidad «serán dos en una carne».

Sólo si Adán hubiera sido meramente pasivo, no oferente activo de su propia carne en el estado de éxtasis a que Dios lo elevó, creemos podría negarse se trata de una verdadera generación: generación por acto puro de voluntad libre, que ciertamente tiene muy poco de común con la generación sexual posterior, pero que por lo mismo es mucho más plena y perfecta. Pero creemos evidente que si Adán en ese estado de éxtasis era consciente, según vimos, no sólo fue un material pasivo en el que Dios actúa, sino verdadero dador consciente, activo y libre de ese mismo material.

Una alusión, creemos clara, a esto se encuentra en Génesis (6,2): «viendo los hijos de Dios a las hijas de los hombres, atendiendo a su hermosura, se tomaron entre todas ellas como esposas a las que habían elegido». Se trata de matrimonio entre hombres y mujeres, no entre ángeles y mujeres, pues los ángeles no se casan (Mt.22,30). Mas asimilando los hombres a Adán, y las mujeres a Eva, se llaman a aquellos hijos de Dios, porque Adán de Dios se originó inmediatamente; a las mujeres hijas de los hombres, porque Eva se origina inmediatamente de Adán.

Pág.268

Es ese origen lo que hace que Adán se llame «hijo de Dios» en San Lucas, 3,23.38: «...Según se creía, hijo de José, que lo fue de Elí... que lo fue de Adán, que lo fue de Dios». Su filiación con relación a Dios no es ciertamente propia, porque aunque creado «a su imagen y semejanza», tampoco esa semejanza es propia e intrínseca, sino impropia y extrínseca: no recibe la naturaleza divina eterna, increada e infinita, sino una como copia imperfecta de esa naturaleza: temporal, creada, finita, externa a Dios. Dios no imprime su propio sello ni transmite su propio ser infinito a la creatura —si así lo hiciera, ésta sería Dios—, sino que la hace copiando variadísima y participadamente ese su ser y sello en

que se inspira como idea ejemplar. Es en su Verbo y con su Verbo que hace todas las cosas; pero ninguna de ellas, aunque reflejando aspectos parciales de su riqueza, es ese Verbo, como ninguna imagen es el modelo. Mas al Verbo propiamente lo engendra, pues le transmite su propio ser infinito, su sello divino: por eso el Verbo permanece en el seno de Dios, es Dios, y no se puede distinguir ni separar del Ser divino, que es su propio ser, aunque en El recibido.

Mas la filiación de Eva con respecto a Adán nos parece propia: Adán le da su propio ser y sello, que en su misma recepción y transmisión viene mínimamente modificado en la medida que lo exige la individualización de Eva, ya que en esa modificación no entra elemento aportado por una primogenitora complementaria.

Esto parece confirmarse por el hecho de que Adán y Eva son figura de Cristo, nuevo Adán, y María, nueva Eva. Si entre María y Cristo se da verdadera generación —María verdaderamente engendra a Cristo— parece que también hubo de darse esa relación generativa entre Adán y Eva, de modo que Adán verdaderamente engendre a Eva por modo para nosotros inasequible, poniendo la misma acción divina en la misma transmisión del material transmitido la modificación necesaria para la individualización del nuevo indivi-

duo; modificación que, por ser único el progenitor, no puede dar otro colaborador humano, con su aporte distinto.

5. EN MARÍA Y CRISTO ALCANZA SU MÁXIMA PERFECCIÓN Y PLENITUD LA GENERACIÓN PREFIGURADA EN ADÁN Y EVA

Eva se origina de Adán. Cristo, según la carne —según su humanidad—, se origina de la Virgen María, pues sólo por Ella procede «de los israelitas, según la carne, Cristo que es Dios bendito por los siglos» (Rom. 9,5).

Eva es hecha de Adán, construida con su carne. Cristo es hecho de María, construido con su carne: «Envió Dios a su Hijo hecho de Mujer» (Gál. 4,4). Siendo Hijo de Dios eterno, fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. 1,3), por la acción de María.

Adán parece haber sido no meramente pasivo, sino también activo en la transmisión del ser a Eva, por un acto de donación voluntaria y libre. María no sólo parece, sino que verdaderamente es activa, engendrando de verdad a Cristo por el acto de su voluntad enamorada: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,18). Ella es verdadera y propiamente Madre de Dios, generadora del Verbo, que de Ella recibe el ser humano, de Ella y por Ella *es hecho* en su ser humano. De Adán se origina o nace una mujer, de perfección similar a él, no superior. De María se origina y nace el mismo Dios.

Adán es elevado en éxtasis o rapto —quizá hasta la contemplación transitoria de la misma esencia divina—, para que sea proporcionalmente capaz de dar origen a la primera mujer Eva. María es elevada «hasta el solio o umbral mismo de la Divinidad» para que sea proporcionalmente capaz de dar origen por generación a Cristo.

La perfección de la donación de Adán de su mismo ser causa una cuasi-identidad entre él y Eva, de modo que verdaderamente sean «dos en una misma carne». La perfección

de la donación de María supera a la de Adán cuanto la elevación a que Ella es levantada supera a la elevación de Adán: éste es elevado para dar origen a Eva; María para engendrar a Dios. Como supera la perfección de su donación a la de Adán, así supera a la de Adán y Eva su cuasi-identidad con Cristo: mucho más verdaderamente que Eva y Adán son Ellos dos en una sola y misma carne, en una misma humanidad.

La cuasi-identidad de Adán y Eva viene perfeccionada por la acción de la gracia. Mucho más vendrá perfeccionada la de Cristo y María, en quienes actúa la misma totalidad de la gracia, en quienes desciende la plenitud del Espíritu Santo para dejarse guiar por él en todo. La sintonía, paralelismo y asociación de toda operación y pasión entre María y Cristo en su naturaleza humana se nos hace del todo incomprensible. La de Adán y Eva es mera figura y sombra. A esta luz se entiende cómo María está en todo y siempre asociada a su Divino Hijo, partícipe en todo de su suerte, compañera inseparable en todo del Corazón de su Divino Hijo.

Vimos que probablemente Adán fue origen de Eva sin división de su propio ser. Creemos que ciertamente María engendra a su Divino Hijo sin división alguna de su propia substancia, con virginidad e incorrupción tal que, al llegar en su transmisión «al mismo umbral o solio de la Divinidad» imita y como copia a la del Padre, quien sin división alguna de su substancia y ser engendra de toda eternidad al Hijo, entregándole su propio ser, sin división.

Esta generación sin división nos parece claramente insinuada en la enseñanza de la Iglesia, tanto en sus Documentos como en su Liturgia.

En sus Documentos, aunque insistiendo siempre en que Jesús toma su carne de la Virgen María, recibe de Ella su cuerpo, y así nace verdaderamente de Ella, no sólo no hace alusión a división alguna, sino que parece excluirla.

En efecto, reiteradamente nos enseña que no hay materia intermedia alguna entre el cuerpo de María y el Cuerpo de

Cristo: lo que procede de María no es una carne o un cuerpo que luego pase a ser el cuerpo de Cristo, o de la que se haga el cuerpo de Cristo, sino que ya es desde el primer momento el cuerpo de Cristo, el cuerpo del Verbo: en la generación de Cristo nada puede hallarse sino o el cuerpo de María solo —antes de la encarnación—, o, junto con él, el cuerpo de Cristo —desde el momento mismo de la encarnación.

Lo que procede de María no es algo material de Ella escindido, que luego sea asumido por el Verbo, sino el mismo Verbo hecho carne de Ella, «pues no fue primero concebida la carne en el vientre de la Virgen y después vino la Divinidad a la carne, sino que en el mismo instante en que el Verbo vino al vientre, en ese mismo instante el Verbo, conservada la virtud de su propia naturaleza, se hizo carne... Ni fue primero concebido y después ungido, sino que lo mismo fue ser concebido por el Espíritu Santo de la carne de la Virgen y ser ungido por el Espíritu Santo» (). No hay así ningún instante en que algo proceda de la Virgen que no sea ya el Verbo encarnado: es el Verbo el engendrado, no un cuerpo, ni un hombre.

En lo mismo insisten los Cánones contra Orígenes: ni el alma, ni el cuerpo de Cristo preexisten en modo alguno a su unión con el Verbo, a su inserción en el Verbo: «Can. 2. Si alguno dice o siente que el alma del Señor existió antes, y estuvo unida al Verbo antes de la encarnación y generación de la Virgen, sea anatema. Canon 3: Si alguno dice o siente que primero se formó el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en el vientre de la Bienaventurada Virgen María, y que después se le unió el Dios Verbo y el alma, que ya antes existiese, sea anatema» ().

Aunque no tan explícitamente, lo mismo nos sugiere el Concilio de Éfeso: «Pues no nació primero de la Virgen un hombre vulgar, en el cual después se infundiera el Verbo de Dios; sino que unido a la carne en el mismo vientre, según la

(1) San Gregorio, Denz. 250, Cf. Denz. 218
(Denz. 204 y 205

carne se dice engendrado, vindicando para sí la generación de su carne» (1): si la generación de su carne la vindica el Verbo como propia, no hay carne alguna procedente de María que no sea ya carne del Verbo. «La inviolable virginidad... suministró la materia de la carne: fue asumida de la Madre del Señor la naturaleza, no la culpa» (2), mas no hay momento alguno en que la materia suministrada por la Virgen no sea ya del Verbo.

Todo esto establece una diferencia radical entre la generación virginal de María y la generación ordinaria sexual. Diferencia que podemos en algún modo entender atendiendo a la materia sellada.

Comunicando cada uno de los padres al hijo sólo la mitad de su propio sello, se hace necesaria por parte de cada uno la producción de una materia que lleve *la mitad* de su sello, y que por lo mismo ya no pertenece a ellos, está escindida de ellos: es la materia escindida, intermedia, que ya no es de los padres, pero tampoco del hijo, aun no existente. Al fundirse ambos medio sellos, se restituye el sello íntegro, distinto, por la combinación, del sello de entrambos padres, individualizando así al alma que se le infunde: empieza el nuevo hombre. Este procede de los padres; pero no inmediatamente, sino mediante una materia escindida y distinguida de los padres, que todavía no es del hijo hasta su mutua fusión.

Mas en la generación virginal se transmite el sello entero, por un solo progenitor. El sello entero se imprime y comunica sin división alguna. Ni hay realidad intermedia entre el sello que se imprime y el imprimido: mientras no se imprime, sólo hay el sello que ha de imprimirse. Desde el momento mismo en que se imprime, hay ya dos sellos: el imprimente y el impreso. Y eso sucede con la generación virginal de María.
Si no hay sujeto preexistente que reciba la impresión del

(1) Denz. 111a. Enseñanza similar se halla en el Concilio II de Constantinopla, Denz. 218
(2) San León I Magno, Denz. 144

sello, se requiere en él una modificación que pueda individualizarlo, haciéndolo distinto del sello de que procede. Tal sucedió con Adán, del que Dios «edificó» a su mujer Eva: la edificación supone nueva estructuración interna. Tenemos la cuasi-identidad, dentro de la distinción, cual la describimos al hablar de la creación de Eva.

Si hay sujeto preexistente, en que el sello se imprima, puede haber también modificación intrínseca del sello obrada en su misma transmisión, como en el caso anterior: tenemos entonces igualmente una cuasi-identidad, pero no verdadera identidad de ambos sellos.

Mas puede también no modificarse, porque el sello que se recibe, aunque en nada se mude internamente, queda distinto e individualizado de aquel de que procede ya por el solo hecho de recibirse en sujeto preexistente distinto del transmisor del sello. Es lo que sucede ordinariamente con los sellos —o con las copias de una misma fotografía— siendo en sí mismos perfectamente iguales, e incluso indistinguibles mirados en sí mismos como

sellos, son perfectamente sellos distintos por razón del sujeto —aquí materia— distinto en el que están, en el que se han imprimido.

En la generación de la Virgen pudo darse este caso: el Verbo al que comunica la naturaleza humana —que de Ella es tomada por el mismo Verbo—, es Sujeto preexistente de toda eternidad, y abisalmente distinto de la Virgen María. Bastaría así la mera asunción por el Verbo del sello o materia sellada que la Virgen le comunica para hacer distinto u otro ese sello comunicado, dentro de la igualdad intrínseca más absoluta, de la mismedad total: quien viera al uno, vería al otro; quien a uno conociera, conocería con la misma perfección al otro.

El lector puede asumir la hipótesis que más le plazca; pero no olvide que en cualquiera de ellas está ausente la escisión: no hay realidad alguna intermedia entre el sello que se imprime y el sello imprimido. También en la Liturgia se nos está sugiriendo esa ausencia de toda división.

274

Primero por su insistencia en inculcarnos que María concibió al Hijo *por su palabra*, por su acto de voluntad y aquiescencia a la voluntad divina: «En las entrañas de la Madre cerrada entra la gracia celeste; el vientre de la doncella lleva secretos que no había conocido. La casa del pecho virginal, se hace repentinamente templo de Dios: intacta, sin conocer varón, concibió *por la palabra* al Hijo» (Himno de Laudes de la fiesta de Navidad y de su Vigilia): sólo dos elementos nos presenta en la generación del Verbo: la gracia que eleva a la Virgen María, su palabra por la que concibe.

La misma idea se nos inculca reiteradamente en la fiesta de la Anunciación (1): «Virgen *por la palabra* concibió, virgen permaneció, Virgen dio a luz al Salvador» (2). Incluso ve como *única simiente* esa palabra de la Virgen: «María concibió en su vientre *con la simiente* de su palabra fiel» (Himno de Vísperas I). Mas la palabra no entraña división.

Incluso, en el Himno de Laudes, nos recuerda la comparación del sello que pusimos antes: «Concepta carne Veritas, *umbrata velo Virginis*, puris videnda mentibus, imple tuo nos lumine»: «Oh encarnada Verdad, *sombreada por et velo de la Virgen*, para ser contemplada, y vista por las mentes puras, llénanos de tu luz». Aquí la Verdad eterna se nos presenta hecha carne *en cuanto sombreada por el velo de la Virgen*: el velo no se divide o escinde al proyectar su sombra sobre la Verdad, así cubriéndola: la humanidad de Cristo se genera cual sombra proyectada por el velo de la Virgen, y sólo así se hace accesible a la contemplación de las almas puras. Es el velo o humanidad de la Virgen, proyecta. do en su Hijo, lo que viste de nuestra carne a la Verdad eterna, recordándonos a la Mujer vestida de sol de Apocalipsis 12: a través de Ella se nos comunica la Luz inaccesible del Verbo.

Finalmente, en las preces de esa misma fiesta rogamos: «Dispón nuestros corazones para recibir a Cristo del mismo modo que María lo recibió.» Nuestra generación sobrenatural

(1) 25 de marzo
(2) antífona 3 de Laudes

como hijos de Dios se compara aquí con la generación de la Virgen María. Sin división es la primera, sin división parece ha de ser la segunda.

Añadamos que somos hijos de Dios en cuanto María nos engendra hijos suyos. No padece división al engendrarnos. Menos la padecerá al engendrar a su Hijo, dado que

nuestra filiación es participación y como extensión de la de Él, y así no puede ser más perfecta que la suya.

En todo esto parece querer recordarnos la Iglesia la maravillosa semejanza entre la generación de María y la del Padre Eterno: por la palabra —el Verbo es la Palabra del Padre—, sin división. Semejanza en la que insisten los Santos Padres al comparar su concepción virginal a la del Padre. Semejanza que nada tiene de extraño, tratándose de *un mismo Hijo*, aunque bajo diferente aspecto engendrado por ambos.

Pero aún hay más. La Iglesia explícitamente nos sugiere que la virginidad de María incluye una generación sin división en una antífona que nos hace recitar el día 1 de enero, fiesta de la Maternidad de María, y que antes, además de en este día, nos hacía rezar también el día 2 de febrero, fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo: «En la zarza que viera Moisés arder sin consumirse reconocemos conservada tu virginidad digna de toda alabanza: Madre de Dios, intercede por nosotros.» La zarza emitía de sí fuego y luz sin consumirse, sin perder nada de su substancia. Así María nos emite la Luz del mundo, Cristo Jesús, que de Ella nos emana, sin en nada escindirse, sin nada perder de su ser.

Lo mismo parece sugerírsenos en otra antífona de la misma fiesta (antif. 2 de Vísperas II): «Cuando inefablemente naciste de la Virgen, entonces se cumplieron las Escrituras: descendiste en el vellón como lluvia, para salvar al género humano. Te alabamos, Dios nuestro.» El vellón es la Virgen María: la lluvia de la encarnación la empapa, pero no la divide. Incluso diríamos más: si el vellón de Gedeón es figura de la Virgen, Cristo Jesús, el Verbo encarnado, es ese

mismo vellón empapado y todo El penetrado por la lluvia divina, haciendo suyo y vindicando como suyo por la encarnación el mismo cuerpo de María, sin que por eso Ella lo pierda.

En la creación de Eva, además de la elevación de Adán para hacerle capaz de la transmisión de su naturaleza a Eva, interviene la acción de Dios para modificar lo por Adán transmitido, edificando en mujer lo que de Adán es tomado. Gracias a esa acción se individualiza Eva, haciéndose distinta, y aun más, diferente de Adán. Distinción y diferencia claramente aparente en el hecho de que de Adán no procede un varón —cual él era—, sino una mujer.

Vimos que en María se dio la elevación por parte de Dios, y por cierto hasta un nivel incomparablemente superior al que se diera en Adán, es decir «hasta el mismo solio de la Divinidad». ¿Se dio también, como en el caso de Eva, acción de Dios sobre el material transmitido por la Virgen María, de modo que lo transmutara para que fuera carne del Verbo?

Antes de responder conviene destacar que el ser humano de Cristo, como singular e individual, es distinto del de María: la naturaleza humana de Cristo es naturaleza del Verbo, no de María; la de María sigue siendo de María, no es del Verbo.

Son, pues, distintas, como pertinentes a sujetos absolutamente distintos. Lo cual no implica necesariamente que sean diferentes, que haya constitutivamente en ellas algo que internamente las diferencie.

La acción divina que genera esa distinción puede ser externa, obrando sobre la misma materia transformándola en otra al variar su estructura, cual sucedió en el milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná. Tal sucedió también en el caso de Eva, en que Dios «edifica en mujer» la materia tomada de Adán.

La mutación de estructura puede ser tal que lo procedente ya no tenga la misma naturaleza específica que aquello de

que procede: así el vino de Caná procedió del agua; pero no era agua, antes específicamente difería de ésta. Y puede ser también tan mínima la mutación de estructura que el ser proviniente, aunque distinto y diferente de aquel de que procede, sea todavía de la misma naturaleza específica, de la misma especie. Tal sucedió en el caso de Eva: Eva procede de Adán, es distinta y diferente de él; pero mantiene la misma naturaleza específica humana.

Mas la acción divina puede ser también —por llamarla de algún modo— interna, causando simplemente en la materia una relación *nueva* al asumirla a otro sujeto, sin mudarla en su estructura interna. En este caso se individualizará por su pertenencia a *otro* sujeto, aunque de no añadirse acción alguna modificadora en nada diferirá de aquella de que procede.

Dentro del ámbito de la procedencia por generación, el único caso que conocemos es el de la encarnación del Verbo. Caso único en que el generante —aquí la Virgen María— transmite por generación su naturaleza a un Sujeto *ya preexistente*, e incluso preexistente de toda eternidad.

En todos los demás casos de generación no hay sujeto preexistente al que se comunique esa naturaleza, sino que el sujeto se constituye y empieza con y por la transmisión generativa de la naturaleza, lo que hace necesario que la naturaleza transmitida necesariamente haya de diferenciarse para poder individualizarse.

Mas en el caso —único— en que la naturaleza se transmita a un Sujeto ya preexistente, cual sucede en la encarnación del Verbo, no parece necesario para la individualización y distinción que la naturaleza transmitida se diferencie de la del que la transmitió: basta para individualizarla el hecho de ser asumida, el hecho de pertenecer a otro sujeto, ser de otra Persona. Podrá t*ambién* diferenciarse, y en ese caso se requiere acción divina que cause mutación en la naturaleza transmitida, en su misma transmisión, cual sucedió en la creación de Eva, procedente de Adán.

Si hay acción divina inmutante, la naturaleza humana de Cristo no sólo es distinta de la de María, sino también *diferente*, aunque sea con diferencia mínima: tendríamos una cuasi-identidad similar a la que describimos en el caso de Adán y Eva. De no haber acción divina inmutante, la naturaleza humana de Cristo, aunque distinta de la de María, es exactamente la misma, y la asociación, simpatía y resonancia de ambas naturalezas supera toda nuestra comprensión.

No nos atrevemos a pronunciarnos por una u otra hipótesis. Dejamos al lector la elección, que ha de todos modos de hacerse con sumisión total al magisterio de la Iglesia, si algo al respecto enseñare.

Nos limitaremos, pues, a sugerir las razones que pueden apoyar a una u otra. Más téngase bien en cuenta que, mudada o sin mudar, la naturaleza humana de Cristo ni se muda, ni se individualiza, ni se hace *distinta*, sino en y con el Verbo al que pertenece como a sujeto. Según vimos antes, entre María y Cristo no hay realidad alguna procedente de María que no pertenezca a María, o no pertenezca ya al Verbo: no hay algo procedente como intermedio entre María y Cristo, de lo cual se haga el cuerpo del Verbo, se constituya luego la naturaleza humana del Verbo. De haber mutación, no se da *antes* de ser asumida la naturaleza por el Verbo —es de fe que no existió jamás antes de esa asunción—, sino en y con la misma asunción de ella por el Verbo. Y lo mismo, caso de no sufrir mutación, la individualización y singularización de la naturaleza humana de Cristo, su distinción de la de María, sólo tiene lugar en y con su asunción por el Verbo,

pues no existe naturaleza humana de Cristo —ni cuerpo ni alma— que no sea de la Persona del Verbo, o antes de ser asumida por el Verbo: es en y con esa asunción que esa naturaleza humana de Cristo se constituye y empieza a ser. Por eso, aunque es naturaleza completa e íntegra, no es Persona, sino de una Persona, pues no empieza su existencia sino siendo ya de la Persona divina.

La razón, creemos, más eficaz y válida para afirmar que

Dios ejerce una acción mutante en la naturaleza humana que Cristo recibe y toma de su Madre María, es el sexo de su humanidad: Cristo es varón, María Mujer, presentándose así como una especie de duplicado de Adán y Eva, donde ciertamente hubo alguna mutación, puesto que allí Dios «edificó en mujer» la materia de Adán tomada.

Esta consideración nos parece sumamente fuerte. Con todo, la diferencia de sexo, en absoluto, podría deberse, no a acción divina mutante, sino simplemente a su relación al Verbo, cuya eficacia individualizadora supera toda comprensión nuestra; y entonces, sin mutación intrínseca, esa diferencia sólo nos indicaría una asociación todavía más plena entre Jesús y María, mostrándonos que la perfección de la naturaleza humana se verifica, no en Cristo o en María aislados, sino en ambos como estrechamente e indisolublemente asociados, de modo que ni la perfección humana de Cristo pueda darse o concebirse sin su relación a María, ni la de María, cual Dios la quiere, sin su relación a Cristo. Como la perfección integral natural de la naturaleza humana sólo se alcanza en Adán y Eva mutuamente relacionados y unidos, no aislados, así la absoluta y suma perfección de la naturaleza humana elevada por Dios a alturas verdaderamente divinas en la encarnación del Verbo no se daría ni en el Verbo encarnado aislado, ni en María aislada del Verbo encarnado, sino en el Verbo encarnado unido a María, y en María unida al Verbo encarnado, derivando así su asociación en todo, cual nos la afirman los Papas, de una especie de necesidad intrínseca a sus mismas naturalezas.

La segunda razón que podría aducirse, es la dificultad, por no decir la imposibilidad en que nos encontramos de concebir una distinción sin diferenciación intrínseca, una mismedad de dos distintos. Confesamos que esta razón, a la que otros dan máxima importancia, nos convence mucho menos que la anterior. Es de dos filos, ambivalente. Pues en efecto, nos consta por la revelación que la encarnación del Verbo es misterio incomprensible, inexplicable, inefable, sin

ejemplo. Precisamente si todo en ella nos pareciera comprensible sería claro indicio de que la entendíamos mal; si la razón humana pudiera racionalmente explicarla, sería signo seguro de que la formulaba mal.

Pasemos ahora a las razones que parecen sugerirnos que no hubo mutación alguna en la naturaleza que Cristo asume de la Bienaventurada Virgen María, su Madre.

La primera es que la revelación no sólo nada nos habla de acción alguna inmutante de la herencia transmitida a Cristo por María, sino que más bien atribuye simplemente a María cuanto de humano el Verbo asume, y especialmente su carne —según vimos, principio, por su sello, de individuación del alma.

La Virgen María, para poder ser Madre de Dios, se nos presenta inconmensurablemente elevada por la gracia y por la inhabitación plenísima del Espíritu Santo, que la impregna del infinito poder del Padre para hacerla capaz —«¿cómo se hará esto?» (Lc. 1,34)— de transmitir al Verbo su naturaleza humana. Sin esa elevación hubiera sido absolutamente imposible que María transmitiera su naturaleza humana al Verbo, se constituyera en Madre de Dios: «La gracia celeste entra en las entrañas de la

cerrada Madre» (Navidad, Himno de Laudes); «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el Poder del Altísimo te hará sombra» (Lc. 1,35).

Cierto que no obra María sola, sino con la gracia, con el Espíritu Santo, con el Poder del Altísimo. Pero esa cooperación de la gracia y del Espíritu Santo en Ella no es para modificar lo que Ella ha de transmitir por generación, sino para hacerla capaz de esa generación, para hacerla capaz de ser Madre de Dios. Por eso el descenso sobre Ella del Espíritu Santo, y el hacerle sombra el Poder del Altísimo se le afirma como respuesta a su pregunta: «¿Cómo se hará eso?» (Lc. 1,34), es decir, ¿cómo podré ser Madre de Dios?

De ahí que el cuerpo y la naturaleza humana que Cristo recibe y asume se atribuya siempre simplemente a la Virgen María, sin alusión alguna a acción divina mutante de lo que

Cristo de María toma. «La inviolada virginidad suministró la materia de la carne. De la Madre del Señor fue asumida la naturaleza», nos dice San León Magno (1). Y en la Liturgia: «No se manchó (Jesús) asumiendo de Ella carne» (2), «Siendo yo pequeñita agradé al Altísimo, y de mis entrañas engendré a Dios y hombre» (1 de enero, 2.0 nocturno, responsorio 1).

Igualmente, la Escritura sólo hace alusión a lo que la Virgen transmite, sin aludir a mutación alguna acción divina: «Fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. 1,3); «De los cuales (israelitas) es, según la carne, Cristo, que es Dios bendito por los siglos» (Rom. 9,5); «Envió Dios a su Hijo hecho de mujer» (Gál. 4,4).

Igualmente, los Santos Padres atribuyen simplemente a María el cuerpo que el Verbo asume, no a acción alguna mutante divina sobre lo que María transmita —por eso, pensamos, no suelen comparar la generación de María con la creación de Eva, pues ésta es hecha por Dios, no por Adán—. Baste aducir aquí, como muestra, la lectura segunda del Oficio de la Maternidad de María (3), tomada de San Atanasio: «Así pues, por eso está presente la Virgen María, para que de Ella asuma su cuerpo, y ya como propio lo ofrezca por nosotros... Y Gabriel ciertamente cauta y prudentemente le anunciaba, diciendo, no simplemente «lo que *en ti* nacerá», para que no se creyese que el cuerpo le había sido inducido extrínsecamente, sino *de ti*, para que lo que se engendraba se creyese haber tenido origen de Ella... Así, pues, por naturaleza es humano lo que de María salió o procedió, según las Escrituras, y verdadero era el cuerpo del Señor: verdadero, digo, fue, por cuanto el mismo que el nuestro existió. Pues hermana nuestra es María, ya que todos nacimos de Adán... Mas la Trinidad, aun tomando el Verbo cuerpo de María, siempre es Trinidad, sin admitir en sí añadidura ni disminución.»

La segunda razón creemos puede tomarse de la unidad y

(1) Epístola Dogmática a Flaviano, Denz. 144
(2) 1 de enero, ant. de Vísperas
(3) 1 de enero

mismedad del decreto de predestinación que afecta a Cristo y a la Virgen María, de que nos hablan tanto Pío IX como Pío XII.

«La Augusta Madre de Dios ha sido desde toda eternidad unida en modo arcano (o misterioso) a Jesucristo, por un solo y mismo decreto de predestinación» (Denz. 3031). La predestinación —y consiguiente infalible salvación— de Jesucristo en cuanto hombre lleva de necesidad absoluta consigo la predestinación y salvación de su Madre la Virgen María. E igualmente, una hipotética y absolutamente imposible condenación o no salvación de María entrañaría de necesidad la no salvación de Cristo en su Humanidad.

La salvación de Cristo es, por disposición eterna divina, salvación de María. La salvación de María, es la salvación de Cristo hombre. El uno arrastra de necesidad al otro. En realidad, siendo único y mismo el decreto de predestinación, una y misma es también la salvación de ambos, aunque por ambos participada y poseída.

Esa vinculación de salvación podría atribuirse a mero decreto positivo divino, sin que tuviera fundamento real en el mismo ser humano de su Hijo y en el ser humano de la Madre. Pero tal atribución nos parece inadmisible.

Primero, porque el Papa nos habla de una verdadera vinculación entre Madre e Hijo, que ese decreto entraña y manifiesta. No sólo el decreto los une en la salvación de hecho, sino que los une igualmente ontológicamente entre sí: de tal modo vincula al Hijo a su Madre que la salvación de éste entraña, por la misma vinculación objetiva por Dios obrada, la salvación necesaria de su Madre: la vinculación es tal que es imposible se salve el Hijo sin que arrastre consigo la salvación de la Madre; y si la Madre pudiera condenarse, arrastraría consigo la condenación del Hijo.

Segundo, porque no siendo caprichosos los decretos divinos, la unión singular que hace en la predestinación —con un mismo y único decreto eterno—, la hace también consiguientemente en las cosas o seres predestinados. Objetiva-

mente, entonces, la salvación de Cristo es salvación de María, la de María salvación de Cristo. Mas esto sólo parece poder ser si se admite que el ser humano de Cristo y el ser de María, siendo absolutamente distintos por pertenecer a personas diferentes, son intrínsecamente o en sí la misma cosa, de modo que la salvación de ese ser en Cristo arrastra, en virtud de esa mismedad, la salvación del ser poseído por María.

La tercera razón arranca de la consideración de la misma naturaleza humana de Cristo, que, siendo absolutamente íntegra y perfecta, no es sin embargo persona, sino perteneciente a la Persona Divina.

Este presupuesto es de fe en todas sus partes: Nada falta a la naturaleza humana de Cristo; mas no se constituye por sí misma en persona humana, cual las demás naturalezas de cada hombre, sino que pertenece a Persona divina, habiendo en Cristo una sola Persona, que es divina, eterna, infinita.

En la explicación del por qué y el cómo una naturaleza humana perfectamente íntegra y existente como real no se constituya en persona —cual sucede en todos los demás casos, fuera de éste de la encarnación del Verbo—, han sudado los teólogos, que han dado soluciones o explicaciones dispares o divergentes, todas las cuales autoriza la Iglesia como intentos de buena voluntad para en algún modo aclarar el misterio. Todas coinciden en declarar que no es persona porque no es toda en sí, sino que pertenece a Otro —en esto habían de coincidir, pues que es precisamente lo que exige el dogma—. Todas difieren en su explicación del por qué, siendo íntegra y real, no es toda en sí, no es *suya*.

Aquí recordaremos sólo la explicación de Capréolo, por juzgarla más pertinente y adecuada a lo que vamos diciendo. Este teólogo supone, cual hacen los tomistas, que el ser real se compone de esencia y existencia, como comprincipios metafísicos que no pueden darse el uno sin el otro —no puede algo darse si no existe, ni puede existir si no es *algo*—.

Para *él todo lo que es* la humanidad de Cristo lo recibe de los hombres por la generación de la Virgen María: la esencia de la humanidad de Cristo procede de María; pero no existe —y así tampoco se realiza— por una existencia humana, de los hombres recibida, sino

por la misma existencia del Verbo: existe por la existencia eterna e infinita del Verbo, cuya virtualidad, como infinita, es inagotable.

Todo lo que en Cristo es Humanidad es así como la nuestra, y de la nuestra derivada o engendrada; mas la existencia de esa humanidad, al no ser humana, tampoco es recibida directamente de los hombres, sino del Verbo que asume y hace suya esa naturaleza.

En esta explicación —cuyas dificultades gravísimas no son mayores que las de las otras explicaciones—, no parece hubiera inconveniente en admitir que *lo que es* —la esencia— de la humanidad de Cristo es absolutamente la misma que la de la Virgen María, de quien la recibe; aunque no sea la misma la existencia por la que subsiste.

Mas ahondando un poco cabe preguntarse por qué una naturaleza humana transmitida íntegra por la Virgen al Verbo por su generación virginal no tiene ya por el mismo hecho existencia propia, existencia humana cual la de la Madre que lo engendra.

La respuesta más verosímil, y que nos declara la mismedad del ser humano de Cristo y el ser de María, dentro de su perfecta distinción, nos parece la siguiente:

Todo cuanto existe, existe necesariamente como individuo distinto. Si la Virgen María transmitiera a su Hijo su propia naturaleza modificada por una acción divina transmutante de ella, cual vimos sucedía en el caso de la creación de Eva, automáticamente la diferencia de naturalezas concretas causaría la individualización y distinción, y la naturaleza transmitida podría existir y existiría toda en sí: sería, no sólo naturaleza, sino también persona humana.

Mas si la Virgen María comunica su misma naturaleza y ser, su materia con su propio sello sin modificar, al no

diferir nada lo transmitido del transmitente, nada se daría en lo transmitido que pudiera fundar su distinción individual; quedaría asimilado totalmente al transmitente del que procede: tal naturaleza no puede existir como separada de sí misma, si esa existencia ha de sacarse de sus propios principios intrínsecos. Por lo mismo, para que exista y se realice como algo distinto de María ha de recibir la existencia que la realiza del mismo Verbo que la asume, y que al hacerla existir por su propia existencia, haciéndola así suya propia, y no de María, la hace distinta, aunque no diferente (pues la diferencia mira a lo que es, no al existir de lo que es) de la de su Madre.

Sería así esa mismedad intrínseca del ser humano de Cristo con el de su Madre la que explicaría que la humanidad de Cristo no sea persona humana, porque no existe por existencia humana, sino por su relación, y en su relación con el Verbo, que extiende a ella la eficacia de su propia existencia infinita, haciéndola así suya e individualizándola.

No se olvide que aun la individualización ordinaria radica fundamentalmente en una relación: o relación del alma a una materia peculiarmente sellada (Sto. Tomás). O relación mutua, según San Buenaventura, entre el alma y esa materia —que así también se individualiza o sella por su relación mutua con el alma—: en efecto, aunque todos los elementos del sello del nuevo individuo se reciban de padre y madre, la combinación de que resulta el sello es una entre una multitud inconmensurable que pudiera darse: ¿quién podrá negar con certeza que también el alma que empieza a existir en y con la materia sellada, no influya con su presencia en la estructuración determinada de ese sello entre tantas combinaciones posibles?

Resumiendo, en la generación se transmite el propio sello, transmisión que mantiene la unidad específica dentro de una misma especie.

Si no hay sujeto en que el sello se reciba, sino que con la transmisión se constituye el sujeto nuevo distinto del origi-

nante, el sello necesariamente ha de modificarse en la transmisión, salir distinto. Tal sucede en la generación ordinaria en que siendo el sello originado resultante de la combinación de la mitad del sello aportada por cada uno de los progenitores, necesariamente sale, no sólo distinto, más también diferente.

Mas si hay un solo originante, que transmite su sello, necesariamente ha de ser modificado el sello transmitido en su misma transmisión, por la acción inmutante divina, cual sucedió en la creación de Eva, en la que Dios «edificó en mujer» la carne tomada de Adán y con su sello sellada. De lo contrario lo originado se asimilaría totalmente al originante, y así no habría verdadera o real originación de un individuo distinto.

Si el sello se recibe *en un Sujeto ya preexistente*, transmitiéndose sin concurso de dos generantes, y así el mismo del único generante, podrá ser modificado e inmutado por la acción divina en la misma transmisión. Pero de tal modificación nada nos dice la revelación, antes bien vimos nos sugería lo contrario. Ni tampoco es necesaria para la individualización o distinción —no diferenciación— del sello, que se individualiza y distingue por el hecho de recibirse en *otro* sujeto. Como el sello que se imprime en algo, siendo el mismo, se hace distinto, aunque no diferente, al recibirse impreso *en otro*; o las copias fotográficas de un mismo cliché o negativo son distintas, aunque no diferentes.

Sobre cual de las dos posibilidades se diera en la generación de la Virgen María, preferimos no pronunciarnos. Ese pronunciamiento lo dejamos al lector, que podrá tomar la que más le plazca, según más o menos le ayude en su contemplación de la Maternidad divina de María, mientras en todo y siempre esté dispuesto a someterse a cuanto la Santa Madre Iglesia pudiere declarar en este aspecto. Las razones principales en favor de una u otra hipótesis las hemos lealmente indicado: al lector toca juzgar y elegir.

Aunque personalmente simpaticemos más por la segunda,

la de la mismedad absoluta, dentro de la distinción más perfecta, de la naturaleza humana individual de Cristo y la naturaleza humana individual de María, por parecernos destaca más la inefable y misteriosa perfección de la Maternidad de María, haciendo su fecundidad más similar a la del Padre Eterno: similitud en que siempre insisten los Padres.

Mas siendo la Encarnación del Verbo un misterio absoluto, ininvestigable a toda razón humana, y aun a todo entendimiento creado hasta que no revista el modo de conocer divino en la visión beatífica, no olvidemos que la Maternidad divina, cualquiera que sea la hipótesis que se elija para en algún modo concebirla, sigue siendo y permanece misterio absoluto.

Su plenitud y profundidad es tal, que jamás nuestra razón alcanzará a comprenderla, y por eso cuanto de esa plenitud y perfección pensemos quedará siempre muy remoto de la perfección inconcebible de su realidad. Si se ha frecuentemente dicho que «de la Virgen nunca se dice bastante», igualmente vale de su Maternidad: «nunca pensaremos de ella bastante»: siendo real y verdadera, y debiendo por ello ilustrarla con la maternidad ordinaria natural, la empequeñeceríamos totalmente si le diéramos la medida de esa maternidad. Nos sucede como con la generación eterna del Verbo que, aunque verdadera, y debiendo por ello acercarnos a su inteligencia sirviéndonos de la generación humana que conocemos, la empequeñeceríamos y viciaríamos del todo si le diéramos la medida de ésta.

En ese carácter misterioso e inefable de la Maternidad de María insiste continuamente la Iglesia: «Naciste inefablemente de la Virgen» (1). «Se hizo hombre y

apareció como Hijo del hombre de modo inexplicable e incomprensible» (2). «Estas cosas han de creerse acerca de la concepción de nuestro Señor, aunque de ningún modo pueda ser explicada» (3). «Ni en Nuestro Señor Jesucristo, engendrado del vientre de la Virgen, es la naturaleza

(1) 1 enero, ant. 2 de Vísperas II
(2) Conc. de Éfeso, Denz. 111a
(3) Papa San Gelasio, Denz. 168
Pág.288

desemejante a la nuestra porque su natividad sea admirable» (San León I Magno, Denz. 144). Como dice el Concilio XI de Toledo (año 675, Denz. 282): «El cual parto (de la Virgen) ni lo alcanza la razón, ni por ejemplo alguno se puede dedemostrar: pues si por la razón se entendiese, no sería admirable; y si con ejemplo se pudiere ilustrar, no sería singular.»

En esa Maternidad nos asomamos así al misterio. Pero hemos hecho bien en asomarnos, para al menos permanecer en la humildad. Para saber cuán bajamente sentimos de la Maternidad divina de María cuando queremos reducirla a nuestras medidas y esquemas racionales. Para abismarnos en la insondable perfección de esa Maternidad y en ella como perdernos y anegarnos. Para extasiarnos en la contemplación de nuestra Dulce Madre, sintiéndonos en ella como perdidos en infinito abismo.

Y para así sentir mejor la dicha de que la que es Madre de Dios sea Madre nuestra, transmitiéndonos por generación verdadera y sin división su propia vida sobrenatural, haciéndonos miembros de su Hijo. También esa generación, real y verdadera, es misteriosa: pero lo es sólo por ser participación de la fecundidad con que engendró a su Hijo, extensión a nosotros de la filiación de ese Hijo del Padre con relación a Ella.

Entonces gustaremos también mejor cómo es don preclaro del amor infinito con que el Corazón de Jesús nos ama, y manifestación de él, el habernos dado a su misma Madre por Madre nuestra. Sólo nos sentiremos anegados en la magnificencia de ese Amor que nos la da por Madre, si precedentemente nos sentimos anegados y como perdidos en la grandeza y perfección inconmensurable de su Maternidad divina, que tan de cerca copia e imita la paternidad del Padre con relación al mismo Hijo de ambos.

La virginidad material de María en su fecundidad es así sólo un indicio de la perfección de su Maternidad. Pero sólo indicio, que nos orienta hacia la verdadera perfección y ple-
Pág.289

nitud de su Maternidad, pero nos deja todavía inconmensurablemente lejos de Ella. Su fecundidad virginal será admirable, pero no nos es misterio. Su Maternidad divina sí nos es abisal misterio.
Pág. 290

CAPÍTULO V

LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARIA, PROYECCION PLENA Y COPIA PERFECTA DE LA FECUNDIDAD DEL PADRE ETERNO

«Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien deriva y toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra.»

(Ef. 3,15)

«El poder o Virtud del Altísimo te hará sombra. Por eso el Santo que nacerá de Ti será llamado Hijo de Dios.»

(Lc. 1,35)

«Amo a Cristo, en cuyo tálamo entraré, cuya Madre es Virgen, cuyo Padre desconoce mujer.»

(Oficio de Santa Inés)

1. LA FECUNDIDAD VIRGINAL DE MARÍA PROYECCIÓN DE LA DEL PADRE ETERNO

Del Padre deriva y toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef. 3,15). Una fecundidad generante creada será así tanto más perfecta cuanto más se asemeje a la divina, más partícipe de ella.

Pág. 291

Ninguna fecundidad generativa puede acercarse tanto a la del Padre como la de la Virgen María, que tiene por término al mismo Hijo que es Hijo del Padre. Si para ser hecha madre de Dios hubo de ser elevada hasta el solio o umbral de la Divinidad (San Gregorio), no menos hubo de ser elevada su fecundidad generadora hasta los mismos umbrales de la fecundidad divina, pues con esa actividad se constituye en Madre de Dios.

Y en efecto, el mismo Evangelio nos describe la fecundidad de María como sombra proyectada en Ella de la fecundidad divina. La misma fecundidad divina en Ella se proyecta toda para que pueda engendrar al Hijo del Padre: en Ella se agota así toda perfección posible de participación de la fecundidad divina. Pues toda esta fecundidad se proyecta en Ella para hacerla fecunda Madre de Dios:

«Concebirás en tu vientre, y parirás un Hijo, y llamarás su nombre Jesús: éste será grande, y se llamará Hijo del Altísimo... Y dijo María al ángel: «¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón? Y respondiendo el ángel díjole: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder o Virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (proyectará sobre ti su sombra). Y por eso el Santo que de ti nacerá se llamará Hijo de Dios» (Lc. 1,31.32.34.45).

El ángel responde a la pregunta de la Virgen: ¿Cómo se hará esto? Y la respuesta es: el mismo Poder o Virtud del Altísimo se proyectará en ti como un cuerpo proyecta sobre otro su sombra, y en virtud de esa proyección engendrarás, pero no a un simple Hombre, sino al Hijo del mismo Altísimo.

Esa proyección se hace para hacer fecunda a la Virgen; pero fecunda con fecundidad divina, puesto que el término de esa fecundidad es el Hijo del Altísimo: a esa proyección se debe, no sólo el que María conciba virginalmente, sino que conciba al Hijo de Dios, que el resultado de su concepción sea el Hijo de Dios. Es así evidente que lo que el Padre proyecta como sombra sobre la Virgen María es su misma

Pág. 292

fecundidad, pues a esa proyección se debe que Ella engendre en el tiempo al mismo que El engendrara de toda eternidad. María concibe por su participación directa en la fecundidad del Padre, por la proyección en Ella de la fecundidad del Padre.

Proyección «como una sombra», aunque proyección ente ra. Porque todo lo recibido en creatura, al recibirse, dista tanto de la realidad divina, que es como sombra de ella. Aunque si la sombra es total como aquí, la semejanza es también total: sólo que no es por sí —como tampoco la sombra—, sino por el Ser divino que se proyecta en Ella.

Nunca Dios proyectó así su fecundidad en generación alguna creada. Tampoco generación alguna creada, fuera de la de la Virgen María, ha sido capaz de engendrar al Hijo de Dios.

Hay, pues, una perfección inconcebible y sin ejemplo en la generación de la Virgen María; una semejanza con la generación del Padre que nos es imposible alcanzar. Por eso, cuanto sepamos de la generación del Padre debe aplicarse a la de María, mientras en Ella, como creatura, no entrañe contradicción patente. Pues todo lo no contradictorio es posible. Y toda participación posible de su virtud generadora la comunicó el Padre a María para hacerla Madre de su Hijo, al cubrirla con su mismo Poder y Virtud generante, haciéndola sombra, proyectándose en ella cual los cuerpos proyectan su sombra, y dan su forma misma a lo sombreado.

Virgen y sin cooperación de nadie le engendra el Padre. Virgen y sin cooperación e cogenerante alguno le engendra la Madre: «Amo a Cristo en cuyo tálamo entraré, cuya Madre es Virgen, cuyo Padre no conoce mujer» (1).

Como Palabra o Verbo suyo le origina el Padre. Por su palabra le engendra la Madre: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra» (Lc. 1,38). «María concibió en su vientre con la simiente de la palabra fiel» (2).

(1) Santa Inés, Oficio de su fiesta
(2) Himno de Vísperas I, de la Anunciación

Sin división de su substancia le engendra el Padre. Sin división le engendra la Madre. Como la zarza ardiente de Moisés, que produce luz y fuego sin ella consumirse o disminuirse, así María emana de sí la Luz Eterna, Cristo Jesús, sin en nada perder de su substancia: «En la zarza que Moisés viera arder sin consumirse contemplamos conservada tu maravillosa virginidad». (1). Como la sombra se proyecta sin por eso dividirse o disminuirse el que proyecta su sombra, así María sin división ni escisión alguna proyecta su ser y naturaleza sobre el Verbo, haciéndole subsistir en naturaleza humana: «Concebida la carne, oh Verdad, sombreada por el velo de la Virgen (o cubierta por el velo de la Virgen como de una sombra que te vela y oculta y disimula), visible así a las mentes puras, llénanos de tu luz» (2).

Todo y su mismo ser comunica el Padre a su Hijo. Todo y su mismo ser comunica la Madre al Hijo, pues nada hay creado que modifique lo que Ella transmite.

El Hijo debe todo lo divino al Padre. Debe a la Madre todo lo humano que ha asumido.

El Ser comunicado al Hijo por el Padre es el mismo e idéntico ser que el Padre posee: no hay dos seres divinos, sino un solo ser, poseído tanto por el Padre como por el Hijo. Es el misterio de la infinidad de la divina esencia, que la hace capaz de ser poseída, una, entera y la misma, por dos Personas absolutamente distintas.

El ser humano comunicado por María a su Hijo, siendo el mismo de Ella —ni podría comunicarlo si no fuera de Ella— se hace distinto y otro al ser recibido por el Hijo: no hay una sola naturaleza humana —poseída por la Madre y el Hijo — sino dos naturalezas humanas, la una poseída por la Madre, la otra poseída por el Hijo, aunque recibida de la Madre.

La distinción, absolutamente cierta, no puede provenir de la Madre, pues la generación virginal implica transmisión de su mismo ser.

(1) Fiesta de la Maternidad de María
(2) Anunciación, Himno de Laudes

Proviene, pues:

O del Padre creador que, en su misma transmisión, modifica mínimamente la estructura de lo que la Virgen transmite —similarmente a lo acaecido en la creación de Eva—, y entonces la naturaleza humana de Jesús no sólo es distinta de la de María, sino también diferente —con la diferencia mínima necesaria para la individuación de ella, de modo que mantenga en lo posible la mismedad con la de la Madre y sean «dos en una misma carne».

O bien no hay modificación ninguna intrínseca en lo transmitido, cual pensamos más probable, y entonces la naturaleza transmitida se hace *otra* y distinta al ser asumida por *Otro*, absolutamente distinto e individualizado, a saber, la Persona del Verbo, que hace propio lo que se le transmite. En este caso, la naturaleza humana de Cristo es *otra* que la de la Virgen, distinta de la de Ella, por su relación al Verbo que la asume; pero no es en sí en nada diferente, pudiendo por lo mismo hablarse de la mismedad intrínseca de ellas, junto con su absoluta distinción por la atribución y pertenencia a dos personas distintas.

Es lo que parece insinuarnos San Atanasio: «El Verbo aprehendió o hizo suya la simiente de Abraham... y por eso hubo de semejarse en todo a sus hermanos, y tomar un cuerpo semejante al nuestro. Y por eso está presente la Virgen María, para que de Ella lo tome, y ya como propio por nosotros lo ofrezca» (1). Es al asumirlo que hace propio, y como propio lo ofrece, un cuerpo que antes sólo era de María, o pertenecía solo a María. También cómo esto se haga nos es misterio, pues el mayor misterio del cristianismo después del trinitario es la Encarnación del Verbo, y, por consiguiente, el que María sea Madre del Verbo encarnado, pues por Ella se verifica esa misteriosa encarnación.

El Padre, no sólo comunica al Hijo su mismo e idéntico ser, sin que numéricamente se multiplique o distinga, sino

(1) Epístola a Epicteto, Lectura del Oficio de la Maternidad de María, 1 de enero

que hace subsistir al Hijo en ese único ser suyo que le comunica, y le hace subsistir como Sujeto o Persona radicalmente distinto —no diferente— del mismo Padre. La naturaleza o ser, si de verdad se comunica, subsiste por el mismo hecho en un sujeto distinto, sin lo cual no habría comunicación verdadera —seguiría siendo sólo el Padre.

Pero cómo pueda un distinto del Padre subsistir en el mismo ser del Padre, y a él por el Padre comunicado, sin que nada haya en él que del Padre le diferencie, no sea en él común con el Padre, es misterio absoluto que simplemente debemos creer porque Dios lo reveló. Por esa comunicación de su naturaleza, es el Padre origen y progenitor de la Persona del Hijo, que no existiría ni sería si no subsistiese en la naturaleza recibida.

María, copiando al Padre, comunica su mismo ser al Hijo; pero no es origen de la existencia de la Persona del Hijo, que a Ella y a su donación preexiste de toda eternidad como ya subsistente en la naturaleza divina recibida del Padre. Por eso el Hijo, ya preexistente como Persona infinita, individualiza, al hacerlo suyo, el ser que de su Madre recibe, y que ofrecerá como propio en su Pasión. Mas si en esto difiere abisalmente la generación de María de la del Padre (1), coin-

(1) Quizá la opinión de Campréolo, a saber, que la Humanidad de Cristo existe por la existencia del Verbo, que a Ella se extiende, no por una existencia creada, pueda ayudamos a mejor comprender esta diferencia, a saber: el por qué, al comunicar el Padre su Ser al Hijo, no se multiplica ese Ser, ni se hace *otro* o distinto; y, en cambio, al comunicar María su ser (humano) al Hijo, ese ser (humano) se hace *otro* en Cristo y distinto, aunque no diferente del de María.

El Hijo recibe del Padre no sólo el Ser Divino, sino la misma existencia y vida en ese Ser Divino —en Dios no hay distinción de esencia y existencia—. Por eso Jesús dice: «Vivo por el Padre» (Jn. 6,58), y también: «Como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en Sí mismo» (Jn. 5,26). Si, pues, *todo* Ío del Hijo —y aun el mismo Hijo —— es recibido del Padre, nada tiene *propio* con que pueda hacer *Otro* o distinto al Ser que recibe.

cide en cambio con El en ser verdadera Madre del mismo Hijo, pues que a ese Hijo preexistente le hace ahora subsistir en naturaleza humana de Ella recibida.

Finalmente, misterio absoluto es el origen eterno del Verbo —así como el del Espíritu Santo—: lo creemos, mas no lo entendemos hasta que en la misma luz de Dios veamos su Luz: «En tu luz veremos la Luz.»

Y misterio absoluto es también —el mayor tras el trinitario—, el origen temporal del Verbo engendrado de la Virgen María, su encarnación. Por eso hemos de abismarnos en su grandeza, pero no intentar comprenderla.

La grandeza de la Maternidad divina de María supera toda comprehensión no sólo humana, sino creada: sólo cuando seamos semejantes a Dios, cuando le veamos cual Él es, entenderemos esa Maternidad de María, la maravilla de la Encarnación del Verbo en su seno, tomando carne y cuerpo de Ella.

2. LA FECUNDIDAD VIRGINAL DE MARÍA ES LA CIMA ABSOLUTAMENTE POSIBLE DE TODA ECUNDIDAD CREADA

En los vivientes se da generación por división: resulta un animal o una planta.

En el hombre se da generación con división —decimos

Mas si Jesús recibe de María el mismo ser humano de Ella, pero Io hace existir en El, no por la existencia con que existe en María —o por una existencia humana de Ella formalmente recibida—, sino por su propia existencia eterna y divina (que no debe a María, sino al Padre), ese ser humano que de María recibe, sin cambiarse en nada internamente en to que es —en su esencia—, se hace de necesidad otro y distinto (aunque no diterente, pues nada ha cambiado en sí): en María es un ser que existe por la existencia (humana) de María; en Jesús es un ser que existe por la existencia (divina) del Verbo. Y también es *de Otro*, pues un ser es de aquel en el que existe, y por el que existe.

con, pues el alma espiritual no se divide, y es componente del hombre—: resulta una persona humana.

En los ángeles desaparece esa generación, que por la imperfección ontológica que entraña —la división— es en ellos imposible. Y su limitación ontológica creada les hace incapaces de copiar la fecundidad divina sin división. No son fecundos al modo humano por su perfección superior al hombre: indivisibilidad, y riqueza de su ser individual que agota en el individuo ángel toda perfección posible de la especie, toda perfección multiplicable. Y no son fecundos al modo divino por su limitación radical creada: esa limitación de su ser hace imposible el que ese ser pueda ser poseído el mismo *e idéntico, único,* por *varios* distintos.

En Dios se da la generación perfecta: Sin división, el Padre comunica su mismo ser al Hijo —y por Este al Espíritu Santo—. Y por ser infinita la perfección de ese ser divino, puede ser poseído, y es de verdad poseído por Tres Distintos entre sí.

Sobre los ángeles, en el umbral mismo de la Divinidad al que Dios elevó a la creación en la persona de María (San Gregorio), quiso Dios se diera la cima de la generación creada, la perfección máxima posible con que esa generación puede copiar e imitar a la divina, dando sin división, y por el sólo poder de su palabra, su ser al Hijo.

Incapaz toda naturaleza creada, por su intrínseca limitación ontológica, de individualizarse por sí misma en dos distintos, de subsistir la misma y por sí misma en Otro distinto del generante, en esta generación de María es Dios mismo quien da la nueva individualización y subsistencia a la naturaleza que la Virgen da y transmite —ya sea por levísima inmutación de la estructura de lo transmitido, obrada por Dios en la misma transmisión; ya sea por simple asunción al Verbo de lo transmitido, haciéndolo en sí mismo propio y de Otro, según antes dijimos—. En cualquiera de los dos casos, el término y como material de esa generación —la naturaleza de la Virgen en cuanto por Ella al Hijo transmitida—

entra en el mismo plano divino, es naturaleza de Dios, verdadera naturaleza del Verbo, aunque de María recibida. Y el término formal de esa generación, el Hijo, es Dios verdadero: el Verbo es de verdad Hijo de Dios; María es de verdad y propiamente Madre de Dios.

Tal convenía a la generación del Verbo, caso de encarnarse por generación humana.

La generación activa, en cuanto proviniente de la Virgen, parte de los mismos umbrales o confines de la Divinidad, a los que María ha sido elevada para que pueda ser Madre de Dios (San Gregorio).

La generación pasiva —el término real de la generación activa de María— ya no está en los umbrales de la Divinidad, sino que entra en la Divinidad misma. Realmente, «este hombre Cristo, hijo de María, es Dios verdadero —«Señor y Dios mío» (Jn. 20,28)—; y realmente Dios verdadero es este hombre Cristo, hijo de María».

Así nos lo inculca la fe que profesamos: «Y el Verbo se hizo carne —y por consiguiente es carne— y habitó entre nosotros» (Jn. 1,14). «Felipe, quien a mí me ve, ve a mi Padre» (Jn. 14,9).

Es Dios por ser Hijo del Padre: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero.» Y es Hombre por ser, el mismo, Hijo de la Madre: «El cual por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos, y se encarnó de María Virgen, por obra del Espíritu Santo, y fue hecho hombre.»

3. LA EXCELENCIA DE LA MATERNIDAD DE MARÍA, EXIGIDA POR LA DIGNIDAD DE LA FILIACIÓN DEL HIJO

El mismo que es Hijo del Padre, Ese mismo es verdadera y realmente Hijo de María: el mismo Hijo de Dios, el mismo Verbo eterno del Padre.

Es Hijo del Padre, porque de El por generación su ser Divino en todo idéntico al del Padre, y, con ese Ser, su

misma Personalidad distinta del Padre en una misma y única naturaleza en que con El subsiste. Es Hijo de María, porque de Ella —y sólo de Ella— recibe la naturaleza humana en la que, Dios eterno, comienza en el tiempo a subsistir.

La misma Persona divina es sujeto personal de entrambas filiaciones, que así han de guardar proporción con la dignidad de ella.

Y de toda eternidad ha querido el Hijo tomar la filiación humana para agradar a su Padre y manifestarlo al mundo, mostrándole la infinidad de su amor: «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito, para que el mundo se salve por El» (Jn. 3,16).

Por eso, en esa filiación, por la que es «Dios con nosotros» no tiene Jesús otro deseo que agradar y honrar en todo a su Padre: «Yo hago siempre las cosas que a Él le agradan» (Jn. 8,29), «Mi manjar es hacer la voluntad de Quien me envió, llevando a cabo su obra, que El me encomendó hacer» (Jn. 4,34).

Y sólo para agradar y glorificar al Padre escoge el modo de redención por medio de su muerte, cuando pudiera haberla hecho por cualquier otra vía menos costosa: «Yo doy mi vida por mis ovejas... Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mí mismo; y tengo potestad para darla, y tengo potestad para de nuevo tomarla. Este mandato recibí de mi Padre» (Jn. 10,15.17.18); «Para que conozca el mundo que amo al Padre, y me comporto según el mandato que recibí de El: levantaos, vamos» a entregarme a la muerte (Jn. 14,31). «El cual (Jesús) habiéndole sido propuesto u ofrecido por el Padre el gozo, soportó (= eligió en vez de esto soportar) la cruz.» (Hebr. 12,2).

Dado el amor infinito del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre —amor infinito del que dimana la encarnación del Verbo, su filiación real y verdadera de María—, es evidente que el Padre hubo de hacer cuanto a su infinito poder era posible para que la filiación humana que el Hijo por su

amor tomaba no desdijera en lo posible de la perfección, plenitud y hermosura de su filiación divina.

Es el mismo quien es Hijo de María e Hijo de Dios. Su filiación de María ha, pues, de ser tal cual la exige su dignidad divina: una filiación en el tiempo que no desdiga de la eterna, pues único es el Hijo sujeto de ambas, que no ha de quedar rebajado, sino más bien como realzado por una filiación nueva, que es resultado de su explosión de infinito amor al Padre.

Por eso el Padre hubo de elevar la generación virginal de María a un plano que inmensamente superara toda perfección posible a una generación de orden natural simplemente creada: a los mismos límites o umbrales de la Divinidad, cual nos dice San Gregorio. Tanto como abajarse el Hijo al orden creado al tomar la naturaleza humana que le da la Virgen, tanto puede decirse igualmente que asciende al orden divino, al asumirla el Verbo, esa naturaleza creada que la Virgen le da.

En virtud de esa filiación nueva, Cristo, eternamente igual al Padre, y en nada inferior a Él, por razón de la naturaleza divina que de El recibe, por razón de su filiación divina, se hace inferior al Padre en su naturaleza humana, que diríamos toma para satisfacer en algún modo su amor y agradecimiento infinitos hacia el Padre, haciéndose voluntariamente en algún aspecto —el humano— inferior a Él.

Es de esa inferioridad en su naturaleza humana de la que habla Jesús cuando dice: «Si de verdad me amáseis, ciertamente os alegraríais, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que Yo» (Jn. 14,28).

El indicio de su inferioridad con relación al Padre es que es un bien para El *ir al Padre*. Mas va al Padre en su humanidad, para que ésta esté también eternamente en el seno del Padre. No va en su Divinidad, pues la Persona de Cristo, por lo que mira a la Divinidad en que subsiste, está siempre e inseparablemente en el seno del Padre.

Lo ha estado de toda eternidad: «En el principio era el

Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn. 1,1). Lo está en un presente eterno, que no tiene interrupción ni sucesión: «A Dios nadie le vio: su Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, El mismo nos lo describió» (Jn. 1,18); «Antes de que

Abrahám fuera hecho, Yo soy» (Jn. 8,58): Un soy que permanece el mismo después de encarnarse que antes de encarnarse.

Y por eso lo sigue estando mientras en su humanidad y con su humanidad permanece en el mundo y pertenece al mundo, según nos dice el mismo Jesús: «Nadie subió al cielo, sino el bajado del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo» (Jn. 3,13). Por eso nos dice la Liturgia de Navidad: «Yacía en el pesebre, y fulgía en los cielos.»

Por su pasión, muerte, resurrección y ascensión gloriosa va Jesús al Padre en su naturaleza humana, y es un bien para El en esa naturaleza que ha hecha suya —y es suya— morar con ella en el seno del Padre, como eternamente mora en su naturaleza divina. No va Jesús al Padre en su naturaleza divina, pues en ésta, idéntico con el Padre, ni inferior ni superior a El, jamás estuvo separado del seno del Padre.

Mas si el Verbo eterno del Padre, para manifestar al mundo el infinito amor con que el Padre le ama, y el infinito amor con que el Hijo ama a su Padre, quiso hacerse y ser inferior al Padre en la naturaleza humana que hizo suya al tomarla de la Virgen, en esa misma naturaleza quiso el Padre, por el amor infinito que a su Hijo tiene, hacerle inconmensurablemente superior a toda creatura, sobre la que tiene primacía, realeza y dominio absoluto: todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra.

De esa primacía y realeza está lleno todo el Nuevo Testamento, y aun el Antiguo. Y su dominio no es meramente adventicio: se presenta como congénito a su misma filiación humana. Por el hecho de ser el Verbo «Hijo del hombre» —es decir: Hijo de María—, refleja la plenitud y absolutez de todo poder en esa su humana naturaleza.

La dignidad de la Persona del Verbo —sujeto de la filiación divina y de la humana— exige que su filiación humana no desdiga de la divina, se acerque en lo posible a su misma perfección. Al contemplar Jesús la fecundidad de su Madre ha de poder contemplar y ver en ella como maravillosamente reflejada la fecundidad de su Padre, en su Maternidad la Paternidad de su Padre, en su filiación humana la filiación suya divina. Sólo así no podrá avergonzarse de su Madre, de su filiación de Ella, sino sólo gozarse, al contemplar en Ella tan bello reflejo e imagen de su Padre.

Y así sucede en efecto. Así nos lo indica el Evangelio, cuando nos dice que concibe a su Hijo en virtud de que «el Espíritu Santo descendió sobre Ella, y el Poder mismo del Altísimo la cubrió con su sombra», y por eso lo que de Ella nace es el Hijo de Dios.

Como viendo la sombra proyectada se adivina en ella la realidad, figura, ser y entidad del objeto que la proyecta, así Jesús al contemplar la fecundidad de su Madre ve en Ella manifestada y visible la fecundidad de su Padre.

Se siente verdaderamente engendrado por la fecundidad de su mismo Padre Celeste proyectada sobre su virginal Madre, que transforma, eleva y como impregna a su Madre terrena, haciéndola concebir por la fuerza de la misma fecundidad divina que en Ella desciende.

Pues no es sombra que se proyecte en Ella externamente; sino sombra que interiormente del todo la llena y la transforma; como no es meramente externa a Ella la venida a Ella del Espíritu Santo, sino interna y del todo transformante, divinizante. Y como se le da el Espíritu del Padre para que conciba a su Hijo, así se le da el poder del Padre, la fecundidad del Padre.

Lleva así la fecundidad de María el sello de la misma fecundidad del Padre que totalmente la anega, la eleva y la transforma. Y, consecuentemente, también su generación es imagen perfectísima de la del Padre, y su Hijo ve en su propia filiación humana de Ella, como en terso y purísimo

espejo, su filiación divina con relación al Padre, en Ella maravillosamente reflejada.

Si del Padre procede sin división, sin división procede también de la Madre. Si del Padre recibe, no un ser semejante, sino el mismo ser y naturaleza del Padre, así recibe de la Madre un ser y naturaleza, no sólo semejante al de Ella, sino el mismo, aunque hecho distinto —no diferente— al asumirlo el Hijo. Si del Padre procede por una explosión de Infinito Amor, de la Madre recibe naturaleza creada por una explosión tal de amor que contiene en sí cuanto amor creado pueda existir o concebirse. Si del Padre procede como Palabra del Padre, de la Madre procede por la palabra de la Madre. Y entrañando todos esos aspectos su Maternidad virginal, pueden todos resumirse diciendo: si en su Divinidad procede del Padre virgen, sin Madre, en su Humanidad procede de la Madre Virgen, sin Padre.

Así se explica que María, siendo verdadera Madre humana, no origine una persona humana —sólo una naturaleza—, ni engendre una persona humana, sino divina. Si el ser que Ella por generación verdaderamente transmite es *el suyo propio*, considerada la simple transmisión, el ser transmitido no se distingue del suyo propio, no se individualiza ni diferencia, y así no puede subsistir en sí mismo, como distinto del de María, no puede constituirse en persona humana, que necesariamente sería algo distinto y como separado de María. Por eso la Persona del Verbo no asume ni hace suya una persona humana, sino sólo una naturaleza humana que no es persona, es decir, no es en sí misma o por sí misma *distinta*, no es *suya*.

Es el Verbo al asumirla quien la hace distinta y suya, quien la confiere la más perfecta individualidad, ya sea mínimamente inmutándola en su estructura interna —si eso fuere necesario también para hacerla *distinta*—, ya, cual pensamos, sin imutación alguna, por bastar a la individualización y distinción su pertenencia al Verbo, su ser naturaleza del Verbo que la asume.

Y es al Verbo, Persona divina preexistente, a quien la Virgen comunica por generación su propio ser y naturaleza, para que el Verbo al hacerla suya recibiéndola la individualice. Su generación maravillosa no es así simplemente transmitir una naturaleza, que automáticamente quedaría constituida en persona humana e individualizada, sino *transmitir* una naturaleza humana *al Verbo*, en quien esa naturaleza empieza a subsistir y a ser distinta e individual.

El término de su acción generativa es así el Verbo —y con toda propiedad es Madre del Verbo—: la misma acción transmisora de tal modo entraña la relación al Verbo, que ni se da, ni puede concebirse sin relación a El: no es transmisión de una naturaleza; es transmisión al Verbo de una naturaleza.

Y no subsiste, ni se da, ni es esa transmisión, sino en cuanto es al Verbo. Ni se da naturaleza transmitida por Ella, sino en cuanto al Verbo la transmite, y el Verbo la asume y hace suya: sólo en esa asunción y en ese hacerla suya se consuma la existencia de la naturaleza transmitida, se hace real y existente la transmisión de María. Por eso jamás existió la naturaleza humana de Cristo, que de María recibe, ni su cuerpo, que de María toma, sino en el Verbo y con el Verbo, siendo ya del Verbo.

El misterio de la unión hipostática, y el cómo la naturaleza humana de Cristo, siendo en todo perfecta e íntegra como la nuestra, no constituye sin embargo persona humana —no es suya y distinta en sí y por sí—, se aclara luminosamente si se parte de que María transmite a su Hijo, no una naturaleza semejante a la suya —cosa no fácil de entender al tratarse de generación virginal, en que Ella sola es la transmisora, y así nada que no sea suyo puede transmitir—, sino su misma naturaleza sin división, que entonces

sólo puede individualizarse y hacerse *distinta* —y así sólo puede existir como real— por la asunción a otra Persona ya existente, a la Persona del Verbo, que indeleble y exclusivamente *sella* como *propia* esa naturaleza de la Virgen María recibida.
Pág. 305

4. LA PERFECCIÓN DE LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARÍA Y LA CARACTERÍSTICA PERSONAL DEL VERBO: SER EN OTRO

Es característica de la Persona del Verbo el estar en el seno, el no vivir ni ser solo, sino en otro y con otro, el no obrar nunca solo, sino en y con el Padre, en cuyo seno está.

Y el estar de tal modo en otro —en el Padre—, que agote todo el ser del Otro, lo comprenda todo, lo posea todo, a la vez que es totalmente comprendido y poseído.

Ni quiere ni puede estar solo. Ni quiere ni puede obrar solo. Su delicia infinita es estar en el seno del que le engendró, identificándose total y exhaustivamente con su ser y operación.

De todo esto nos da abundante testimonio el Evangelio. Basten algunos textos como muestra:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios —*o junto a Dios*—, y el Verbo era Dios. Este (el Verbo) era en el principio *junto a Dios*. Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El nada fue hecho de cuanto fue hecho» (Jn. 1,1-3). «A Dios nadie le vio jamás: el Dios Unigénito (Vulgata: el Hijo Unigénito), que está en et seno del Padre, Él nos lo narró» (Jn. 1,18).

«Mi padre obra hasta ahora, y así también Yo obro» (Jn. 5,17). «No puede el Hijo hacer cosa alguna de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre: todo lo que el Padre hiciere, eso mismo hace igualmente el Hijo: pues el Padre ama al Hijo, y le muestra —y comunica— cuanto El hace» (Jn. 5,19.20). «Yo no puedo hacer nada de mí mismo» (Jn. 5,30). «Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn. 5,26). «Como me envió el Padre viviente y Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jn. 6,58). «Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me ha enviado» (Jn. 7,16). «No estoy
Pág. 306

—o existo— solo, sino Yo, y, conmigo el Padre que me envió» (Jn. 8,16).

«Cuando levantareis en alto al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que Yo soy, y que *de mí mismo nada hago*, sino que lo que mi Padre me enseñó, eso hablo; y el que me envió *está conmigo*, y no me ha dejado solo: porque Yo hago siempre lo que a El le agrada» (Jn. 8,28.29).

«Yo hablo lo que he visto junto a mi Padre —en el seno de mi Padre—» (Jn. 8,38). «Como el Padre me conoce a Mí, así Yo conozco al Padre» (Jn. 10,15; Cf. Mt. 11,25-27). «Yo y el Padre somos uno» (Jn. 10,30). «Si hago las obras de mi Padre... creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre» (Jn. 10,38). «El que me ve a Mí, ve al que me ha enviado... Yo no hablo de mí mismo, sino que el Padre que me envió me ha dicho lo que he de decir y hablar... Cuanto Yo hablo, lo hablo como mi Padre me lo dijo» (Jn. 12,45.49.50).

«Si me hubieseis conocido a Mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre; y desde ahora lo conocéis, y lo visteis... Tanto tiempo llevo con vosotros, y ¿aún no me conocisteis? Felipe, quien me ve a Mí, ve al Padre... ¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os estoy hablando no las hablo de mi mismo. El Padre que reside en Mí, El es quien hace las obras. ¿No creéis que Yo estoy

en el Padre y el Padre está en Mí?» (Jn. 14,7-11). «En aquel día conoceréis vosotros que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros» (Jn. 14,20). «Y la palabra que me habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn. 14,24). «Todo cuanto tiene el Padre, mío es» (Jn. 16,15). «He aquí que llega la hora, y ya llegó, en que todos os dispersaréis huyendo, y me dejaréis solo: Mas *no estoy solo*, porque el Padre está conmigo» (Jn. 16,32).

«Que todos (los que han de creer en Mí) sean Uno, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, que ellos sean uno en nosotros... Que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí» (Jn. 17,21-23).

«Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre. Y nadie conoció al Hijo, si no el Padre; ni al Padre lo conoció nadie a no ser el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

Es, pues, claro que la característica de la Persona divina del Hijo es no estar nunca sola, ni obrar sola, sino estar en Otro, y obrar con Otro, es decir, con el Padre que le engendra, y, al engendrarlo, le comunica y da su propia naturaleza. Y esa su característica personal deriva de su misma filiación divina, de su modo de ser engendrado eternamente.

Los teólogos han acuñado una palabra para expresar esta característica del Hijo: la *circuminsesión*. Donde quiera que está, actúa, o se manifiesta el Padre, allí está, actúa y se manifiesta el Hijo, en unidad e inseparabilidad perfecta; y donde quiera que está, actúa, o se manifiesta el Hijo, allí está, actúa y se manifiesta el Padre. Circuminsesión que es propia también del Espíritu Santo, por ser también su naturaleza recibida del Padre y del Hijo, una e idéntica con la que ellos poseen.

Ahora bien, parece evidente que la Persona del Hijo no pierde esa su característica al hacerse hombre, ni en cuanto hombre, al tomar la naturaleza humana que la Virgen María le transmite por verdadera generación.

No es la naturaleza humana asumida la que modifica en poco o en mucho la Persona preexistente del Verbo, sino que es la Persona del Verbo la que imprime su sello y modifica individualizándola con su propia personalidad a la naturaleza humana asumida.

Por eso, la Persona divina de Jesús, en cuanto subsistente y actuante en naturaleza humana, quiere estar en otro, obrar en otro y con otro, estar en el seno de otro, como asociarse y cuasi-identificarse en todo con otro. La característica exigencia de su Persona la comunica a la naturaleza humana, creada, que asume y hace suya.

Mas por lo que atañe a esa naturaleza humana asumida, al menos mientras Jesús está en el mundo, ese Otro no es

el Padre. Pues repetidamente se nos dice que, aunque Jesús como Dios está siempre en el seno del Padre —según vimos en los textos ya aducidos—, sin embargo verdaderamente va al Padre por su pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos (1).

Mas no va al Padre por lo que mira a su naturaleza divina, en la que siempre ha estado identificado con el Padre y en el seno del Padre.

Es, pues, evidente que esa ida al Padre es por lo que mira a su naturaleza humana: es por ella que está en el mundo, y es por ella y en ella que deja el mundo para ir al Padre, porque en ella y por ella no estaba en el seno del Padre, sino en el mundo.

Por eso, mientras Jesús estaba en el mundo, dada la característica y exigencia de su Divina Persona, hubo de dársele Otro, en el mundo también, en quien pudiera estar y

residir con su naturaleza humana, con quien pudiera obrar y actuar, como en su naturaleza divina estaba en el seno del Padre y con El actuaba.

La Persona del Hijo no gustaba de estar soto en su naturaleza humana, como no lo está en su naturaleza divina. Su circuminsesión trinitaria, por lo que respecta a su naturaleza divina, había de tener como una copia de circuminsesión creada en su naturaleza humana.

Todo esto se lo dio la Bienaventurada Virgen María, cuyo oficio y como destino primario era, según vimos en LA AMADA (2), como suplir al Padre en el mundo, dando a su Hijo el descanso, refugio y morada amorosa que naturalmente desea por la característica de su Persona. Descanso que inamisible y eternamente tiene en su naturaleza divina en el seno del Padre, pero que también ha de tener en el mundo, como salido del Padre en su naturaleza humana (3).

Esta inhabitación y como insesión de Cristo en la Virgen

(1) Cf. Jo. 13,1; 14,28, y reiteradamente en todo el Sermón de la Ultima Cena
(2) Libr. III, cap. V, n.0 4 y 5
(3) Cf. Jo. 13,3: «Sabiendo que de Dios salió, y que a Dios va»

María se estructura de modo connatural al recibir de su Madre la misma naturaleza toda entera que Ella tiene, lo que permite una como insesión y unión con Ella en su naturaleza humana que maravillosamente copia su unión e insesión con el Padre en su naturaleza divina.

Y siendo su naturaleza humana la misma en todo que la de su Madre, aunque en El recibida y a su Persona asumida, se encuentra al habitar y morar en Ella tan a sus anchas en su naturaleza humana como se halla con el Padre en la divina, ya que hay entre Él y su Madre proporción perfecta. Y de Ella recibe todo el amor creado, toda la compañía creada, que su Corazón humano era capaz de desear (1).

5. EN ESA UNIÓN INEFABLE CON SU HIJO, MARÍA ES DISCÍPULA PERFECTA, Y ASOCIADA DE SU DIVINO CORAZÓN

Al morar Jesús con su naturaleza humana en María, al reclinarse y descansar de modo permanente en su seno, y al asociarla a todas sus operaciones humanas, no obrando

(1) Esta extensión de la característica del Verbo a su naturaleza humana aparecerá clara en el capítulo siguiente. Aquí baste recordar que la obra para la que Jesús es enviado al mundo es nuestra salvación (Jn. 3,17; 10,10). Y en esa obra de salvación nada hace sin que como Madre nuestra Io acompañe con su acción la Virgen María (Credo del Pueblo de Dios). Nada hace tampoco en cada uno de nosotros, si no es en nosotros y con nosotros —«Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín)—. Si el sarmiento no puede producir fruto si no es en cuanto está en la cepa (Jn. 15,4), tampoco la vid o cepa puede producir fruto alguno si no es en el sarmiento y con el sarmiento. Por eso Jesús dice: «El que permanece en Mí, y Yo en él, ése da mucho fruto» (Jn. 15,5). Por eso ruega al Padre: «Que sean uno como nosotros somos uno: *Yo en ellos,* y Tú en Mi» (Jn. 17,23). Mas la insesión de Jesús en cada uno de nosotros no agota su capacidad y fecundidad, y así es parcial, no del todo satisfactoria para El. Sólo la Virgen María, por la perfecta proporción de su humanidad con la de Cristo, como la agota y satisface. Por eso sólo se hace hombre cuando Ella aparece.

nunca solo —como jamás obra solo en sus operaciones divinas—, se rompe, por la dignidad y eficacia suma de la Persona divina, la semejanza con su inhabitación en el seno del Padre, al menos por lo que mira a sus operaciones.

Con relación al Padre, su Hijo copia la acción del Padre, asociándose a ella, según vimos en los textos evangélicos.

Mas una Persona divina no puede *copiar* a una creatura, ni conformarse con ella o seguirla. Si se da la asociación operativa, será la Persona divina quien lleve la iniciativa (1).

Así, en la como insesión y asociación entre Jesús y María no es María —«la esclava del Señor»— quien lleva la iniciativa. Es su Divino Hijo quien necesariamente la lleva.

Y es Ella quien copia, imita, secunda toda acción y sentimiento de su Hijo, no dejándolo nunca solo en su obrar y sentir humano. Es Ella la que mira de continuo el modelo de su Divino Hijo, secundándolo en todo y acompañándolo. Y lo hace movida por su mismo Hijo, que la quiere asociada consigo en todo, que no quiere hallarse solo en el mundo. Lo hace con la misma docilidad, la misma entrega absoluta, con que le dio todo su ser como Madre suya en rendimiento de verdadera esclavitud, que no quiere tener iniciativa alguna, sino sólo ser movida por su Hijo y Señor: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Y al no tener su Hijo más naturaleza humana que la que Ella misma le ha dado, nada puede hacer o sentir su Hijo en la naturaleza humana a lo que Ella no pueda corresponder secundándolo. Nada hace, padece, o siente el Hijo sin que Ella de hecho le secunde, por cuanto la Persona de Jesús *no quiere* —casi diríamos no puede, por su característica personal— estar solo, ni obrar solo.

Por eso nos dice San Agustín que María fue más perfec-

(1) Es lo que expresa el mismo Jesús cuando dice: «Así Como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mi vivirá por Mi» (Jn. 6,58): con relación a Cristo, la iniciativa de vida y operación la lleva el Padre. Con relación a nosotros, la iniciativa de vida y de operación la lleva Cristo.

ta aun como discípula de Cristo —copiadora de Cristo—, que como Madre de Cristo: «Dijo una mujer: Feliz el vientre que te llevó... Y Jesús: Más aún dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen. Así, pues, por eso es María dichosa, porque oyó la palabra de Dios y la guardó: guardó más en su alma la verdad, que en su vientre la carne. Cristo es la Verdad, Cristo es la carne: la Verdad Cristo, en la mente de María; la carne Cristo, en el vientre de María. Más es lo que hay en la mente que lo que es llevado en el vientre» (1).

Por eso, con gran acierto, insiste siempre San Alberto Magno en su *Mariale* en destacar a la Virgen María como *socia* —es decir, compañera, aliada, asociada en todo— de Jesús.

Asociación en que no menos insiste Pío XII —extendiéndola a *todo*—, en su definición de la Asunción (2).

Asociación tal que hace imposible hallar manifestación alguna de actividad humana de Cristo en que, a su modo, no esté presente y actuante con El su Madre. E igualmente hace imposible encontrar a Cristo sin que en El y con Él se encuentre también a su Madre, en virtud de esa especie de insesión y perfectísima asociación, no sólo en el obrar, sino en el ser, por la que Jesús quiere siempre estar, y vivir, y ser en Otro.

Igualmente, dada la consagración perfectísima de María, nunca desmentida ni recortada, por la que da irretractablemente su ser y operación a su Divino Hijo para en todo asociársele, es del todo imposible encontrar a María sin encontrar en Ella y con Ella a su Divino Hijo, que en Ella mora y vive; o contemplar acción o sentimiento alguno de la Virgen María sin, en ese mismo obrar y sentir, percibir y aprehender la obra y sentimiento de su Hijo.

Por razón de su naturaleza divina pudo decir Jesús a Felipe: «Felipe, quien me ve a Mí, ve a mi Padre» (Jn. 14,9).

(1) Sermo 25, ML, 46,937: Lección usada por la Iglesia en el Oficio de la fiesta de la Presentación de la Virgen, 21 noviembre
(2) Denz. 3031

De modo análogo, por razón de su naturaleza humana, puede decirnos a nosotros con verdad: «Quien me ve a Mí, ve a mi Madre; quien me encuentra a Mí, encuentra a mi Madre.»

Por eso la misma Virgen nos dice: «Quien me encontrare a Mí, hallará la Vida —que es su Hijo—, y beberá del Señor —que en mi mora— la salvación» (Prov. 8,35).

Y como la naturaleza humana de Cristo es inseparable de su Persona divina, y de su misma naturaleza divina a la que personalmente está unida (1), si quien se abraza con la Virgen y la posee se abraza con la humanidad de Cristo y la posee, igualmente, de necesidad, se abraza con la Persona divina de Cristo y la posee, abraza y posee su Divinidad, y es por esa Divina Persona sumergido y como anegado en el seno del Padre, hecho, en Jesús y con Jesús, a quien se ha abrazado y como identificado al ser su miembro, verdadero hijo de Dios, cuya morada connatural será eternamente el mismo seno del Padre, en unión con el Hijo, y bañado en el amor del Espíritu Santo.

Y baste con estas sugerencias para que el lector se haga cargo por su cuenta tanto de la perfección y plenitud de la Maternidad divina de María, como de la unión en todo, e inseparable, entre Ella y su Divino Hijo.

6. PLENITUD Y PERFECCIÓN MARAVILLOSA DE LA MATERNIDAD VIRGINAL, SIEMPRE ACTUAL, DE MARÍA

Al conocimiento de esa plenitud maravillosa de su Maternidad —que, tras engendrar al Hijo, sigue manteniéndolo siempre en su seno, inseparablemente unida a Él en todo, cual en una Maternidad eterna—, creemos quiere inducir Jesús a aquella mujer del Evangelio, que clama entusiasmada: «Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste» (Lc. 11,27).

Y como esa mujer, nos dice San Beda el Venerable, es figura de la Iglesia, que siempre se extasiará en alabanzas

(1) Denz. 148

a la Madre de Dios, llamándola bienaventurada a lo largo de todas las generaciones (1), es a la Iglesia, es a las almas de todos los tiempos, a las que Jesús, con su respuesta, quiere inducir a penetrar en el abisal misterio de grandeza y plenitud de la Maternidad virginal de su Madre, no quedándose satisfechos con lo meramente aparente y externamente manifestado.

Esa mujer, cual nos sucede a nosotros, se queda pasmada de la excelencia y dicha de la mujer que fue encontrada digna de llevar en su seno a Jesús y de alimentarlo con su leche. Sólo vio en Ella esa grandeza, de orden más bien material, y con razón quedó pasmada de ella.

Pero a Jesús hubo de dolerle inmensamente el pobre y limitadísimo concepto que de su Madre tenía esa mujer, como le duele el contemplar en nosotros cuán imperfectamente valoramos en Ella el casi infinito tesoro que en Ella nos ha dado al hacerla Madre nuestra.

Por eso, no sin cierta amargura —al ver a su Madre tan poco conocida y estimada por quienes creemos conocerla y estimarla mucho—, y con leve dejo de reproche, le responde a ella y a nosotros: «Mejor: bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 11,28).

Como el mismo San Lucas, que nos trae estas palabras de Jesús, nos asegura que la Virgen es la bienaventurada, bendita y dichosa por antonomasia (2), es evidente que Jesús en su respuesta no quiere limitarnos la bienaventuranza de su Madre, sino inducirnos a verdaderamente descubrirla, como movida por el Espíritu Santo la descubrió Santa Isabel cuando dijo: «Dichosa tú, que creíste» (Lc. 1,45).

La Palabra de Dios es el Verbo, hecho carne por nosotros, manifestándosenos a nosotros como Palabra substancial del Padre al hacérsenos tangible en su Humanidad beatísima.

(1) Lc. 1,48
(2) Lc. 1,28 y 1,42: «Bendita tú entre todas las mujeres»; 1,45: «bienaventurada tú, que creíste»; Lc. 1,48: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones»

La Virgen Santísima no sólo es Bienaventurada, ni aun principalmente bienaventurada, por haber llevado al Verbo en su seno y haberlo con su leche amamantado, sino y principalmente por haberlo concebido y llevado y conservado siempre en su mente: «Más es lo que lleva en su mente que lo que lleva en su vientre» (1).

Es bendita entre todas las mujeres por ser Madre de Dios. Pero esa Maternidad no es sólo lo que externamente aparece a los ojos de nuestra carne —llevarlo en su vientre criarlo a sus pechos—, sino algo mucho más profundo y perfecto: es por la «simiente de su palabra fiel» (Liturgia) que concibe a su Hijo; es por la fe, la obediencia y la entrega que se constituye en Madre verdadera de Dios: «Dichosa tú, *que creíste*, porque se cumplirán en ti cuantas cosas Dios te dijo» (Lc. 1,45).

Es Madre en cuanto oyó la voz del Padre, en cuanto creyó posible lo que la pide el Verbo, a saber, que como Madre le entregue y dé su misma naturaleza, todo su ser cual Ella lo posee, para que verdaderamente pase a ser ser y naturaleza del Verbo. Y accediendo generosa a esa petición, le entrega sin reserva todo su ser para que lo haga suyo, en rendición y sumisión total: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu Palabra» (Lc. 1,38).

Es Madre, y Madre permanente y siempre engendrante, porque al así entregarse, se hace seno del Verbo, morada suya permanente en la que reside y reposa en cuanto hombre.

Es Madre porque ya perpetuamente lo tendrá en su seno y lo guardará como a su único tesoro, acompañándolo en todo, asociándose a Él en todo, dejándose obrar por El, actuar por El como dócil y amantísimo instrumento.

Es Madre, porque continuamente está entregando ahora su naturaleza y todo su ser al Verbo; porque Ella, con su amor y entrega total, que resume toda entrega y amor creado, de tal modo atrae y seduce al Verbo que lo mantiene ya por siempre inserto en el mundo, incapaz ya de separarse

(1) San Agustín, *Sermo* 25, ML. 46,938

de una naturaleza que Ella con tanto amor le ofrece y da, y en la que se siente tan deliciosa, tan plenamente amado.

Es Madre, porque ese amor indefectible de la Virgen, y ese seno delicioso que le ofrece para su descanso y su reposo, en una insesión humana similar a la divina que en el Padre tiene, es lo que hace permanente la dación de Jesús al mundo, lo que hace que ya nunca abandone y renuncie la naturaleza humana que, recibida de la Virgen, una vez asumió.

Por eso su Maternidad es siempre actual y actuante, y ya no tendrá fin.

Es esa filiación la que encanta a Jesús, la que no se cansa de agradecer a su Madre; la que quiere que contemple la mujer que la alaba por haberlo llevado en su seno y haberlo amamantado; la que quiere contemplemos todos nosotros.

Que esa mujer sepa, y nosotros sintamos, que ese Jesús a quien oímos hablar, que tan maravillosamente nos ama y se nos entrega, es feliz entre nosotros y en nosotros porque sigue actualmente sintiéndose recibido de su Madre, descansando en el seno de su Madre, que totalmente se le entrega y acompaña en todo, que como a todo su tesoro lo guarda y lo protege, lo mima y acaricia en su corazón. Que de tal modo enamora al Verbo con su amor, que no sólo lo hizo bajar del cielo con su entrega, insertándolo en naturaleza humana, sino que lo sigue manteniendo en esa misma naturaleza por el amor con que en ella se siente rodeado por su Madre.

Reclinado en su seno, donde secreta y maravillosamente a solas mora, es Jesús mismo quien extasiado al contemplarla le dice: «Nuestro lecho es florido» (Cant. 1,15): todas las flores, hermosuras y amores del universo han confluido a ese lecho de María, donde Jesús reclinado mora.

Pág. 316

7. MARÍA, ABISMO INEFABLE E INSONDABLE DE TODA PERFECCIÓN

Es teniendo en cuenta esa como insesión y perfecta proporcionalidad entre María y su Hijo en cuanto Hombre, que de Ella recibe el ser humano, como comprenderemos en algún modo la excelencia y beatitud o dicha de María.

Y en primer lugar, su perfección ontológica tanto natural como sobrenatural incomprensible, su armonía inenarrable.

Si todo lo humano de Jesús, tanto natural como sobrenatural o del orden de la gracia santificante, quiso Jesús recibirlo de María, y estarlo siempre como recibiendo actualmente de su Madre, es evidente que toda perfección que haya en la humanidad de su Hijo está también en Ella, tanto como en Madre que lo transmite, como en seno misterioso en que Jesús habita y mora en la adecuación perfecta de su insesión.

Mas ninguna perfección creada pudo Dios negar a su Hijo en su humana naturaleza, a su Hijo que «en todo tiene la primacía» (Col. 1,18).

Por lo mismo, ninguna perfección creada, ninguna armonía, ninguna magnificencia de amor y de riqueza pudo haber sido negada a la Madre de Jesús, de quien Jesús como Hijo quiere recibirlo todo, y a quien, como quien en su seno mora y descansa, comunica todo lo suyo.

Es así María, por razón de su Hijo, y con su Hijo, abismo en que se encuentra toda perfección posible creada, todo amor creado, toda armonía y hermosura participable en creatura, toda gracia o comunicación de Dios fuera de sí por participación de su divina naturaleza.

Pág. 317

8. PERFECCIÓN DE LA CONSAGRACIÓN Y REPARACIÓN DE MARÍA VIRGEN AL CORAZÓN DE SU Dlv1N0 HIJO

Destaca en segundo lugar la perfección, totalidad y exclusividad de la consagración amorosa de María a su Divino Hijo.

Si María se constituye Madre al dar todo su ser al Hijo, es evidente que al darle todo su ser también le da cuanto en ese ser va incluido, o de él se sigue y deduce. Es decir, también le entrega toda su operación, toda su actividad, que ya no quiere suya, sino de su Hijo; y por consiguiente todo su amor, pues que le da toda su misma capacidad de amar.

Como esa entrega hecha en su Maternidad ya nunca la retractó o disminuyó, necesario es decir que su consagración al Hijo fue siempre total, y sin posibilidad de aumento: de tal modo se entregó, que ya nada le queda más, que entregar pueda.

La Virgen María, al convertirse en seno permanente en que su Hijo habite y repose, voluntariamente deja de ser suya, para ser ya sólo del Hijo y para el Hijo. Como el Hijo no es suyo, sino del Padre, así María, por su Maternidad que la hace Madre de Dios, deja de ser suya, no es ya suya, sino del Hijo: posesión suya perfecta, jardín de sus delicias, dulce nido de su Corazón, en que descansa.

El amor corresponde al don que de sí mismo se hace al Amado: es en ese don donde el amor se manifiesta. Mas vimos que María, por su Maternidad, y en su Maternidad, hace don a su Divino Hijo de su mismo ser con cuanto encierra y contiene, para que pase a ser ser y naturaleza humana de su Hijo. Si, pues, no podía dar más a su Hijo, pues le da cuanto Ella es y tiene, tampoco puede amarle más: le da toda su capacidad de amor, que en Él se agota. Ni puede amar otra cosa que a su Hijo, o por su Hijo, puesto que a Él se ha dado totalmente sin nada reservarse para

sí: «He aquí la esclava del Señor; hágase en Mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

La capacidad de amor de la Virgen —por ser la misma del amor humano de su Hijo, que de Ella la recibe—, agota la capacidad de todo amor creado. Síguese así que Jesús se siente de tal modo amado por su Madre que de Ella recibe cuanto amor creado pueda darse, o Jesús desear. Los amores con que los demás seres le amen serán participación de ese amor de su Madre: amor de esa Madre a los demás seres comunicado, y en ellos reflejado; y por ser amor de su Madre en ellos, complace tanto a Jesús.

Y por la adecuación perfecta entre el ser de la Madre y el humano del Hijo, el amor activo de la Madre sacia del todo la capacidad humana del Hijo para ser amado, sintiéndose feliz de haberse hecho hombre al recibir como hombre el amor de su Madre.

Y no menos feliz se siente de con el amor de Ella amar al Padre, dándole cuanta correspondencia de docilidad y amor puede la creación, elevada y actuada por la acción del Verbo encarnado, devolver a Dios.

Por eso era necesario el amor y la entrega de la Virgen para que el Verbo se hiciera hombre. Por eso, ese amor y entrega basta para que se haga hombre. Por eso se hizo entonces hombre, y sólo entonces, cuando encontró ese amor y entrega, hecha por la Virgen cuando el Espíritu Santo la elevó hasta los mismos confines de la Divinidad: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Por eso un mismo y único decreto de predestinación abarca a Cristo y a María: la existencia de Cristo, como Verbo encarnado, sólo es concebible con María y por María, y es de Ella inseparable. Como es impensable la existencia de esa maravilla creada que es María, si no es en y por el Verbo encarnado, para el que se crea como Madre.

Y si la entrega de amor que hace María atrae al Verbo a hacerse hombre para estar ya siempre con los hombres,

teniendo sus delicias en estar con ellos (1), es esa misma entrega y amor permanente, nunca deficiente, lo que llena de gozo a Jesús entre los hombres, y entre ellos Ío retiene, pese a tanto desamor e ingratitud nuestra.

A Ella se debe el que se hiciera Emmanuel, Dios con nosotros, y el que siga ya para siempre siendo Emmanuel, Dios con nosotros.

Es así María la perfecta y total reparadora, que siente con Jesús, ama con Jesús, goza con Jesús, y con Jesús sufre, no dejándolo jamás solo ni en su gozo ni en su dolor. Es Ella, la que como Madre nuestra, compensa con creces todas nuestras deficiencias con su fidelidad, suple nuestras ausencias con la presencia de su amor.

Y todo en virtud de la plenitud y perfección de su Maternidad divina virginal, que copia la del Padre Eterno, y es como sombra y proyección de la de El (2), dando al Hijo una filiación temporal que en lo posible no desdiga de la perfección, consecuencias e implicaciones de su filiación eterna del Padre, y así se la haga sobremanera amable.

Es ahí donde quería llevar Jesús a la mujer que alababa a María por haberlo llevado en su vientre y haberlo amamantado con sus pechos. Y es a esa realidad maravillosa y plenitud incomparable de su Maternidad virginal a donde Jesús quiere llevarnos a nosotros, para que, como El, así también nosotros descansemos gozosos y tranquilos en el seno de nuestra Celestial Madre, que con nosotros ha querido compartir.

(1) Prov. 8,31
(2) Lc. 1,35

CAPÍTULO VI

LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARIA CON RELACION A NOSOTROS

«Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu Madre.»
(Jn. 19,26.27).

«Se levantaron sus hijos, y la proclamaron bienaventurada.»
(Prov. 31,28).

«Tus hijos te vendrán de lejos, por todos lados te surgirán hijas.»
(Is. 60,4).

«Tus hijos cual renuevos de olivo, en derredor de tu mesa.»
(Sal. 127,3).

1. MARÍA, MADRE VIRGINAL NUESTRA, NOS ENGENDRA SIN DIVISIÓN DE SU SER

María es Madre nuestra, no en cuanto nos comunique el ser natural —que recibimos de los padres, y que se presu-

pone como sujeto pasivo a la generación de María—, sino en cuanto nos comunica su ser sobrenatural de hija de Dios, llena de gracia, por cuya comunicación nos convertimos en «nueva creatura» (2 Cor. 3,17; Gál. 6,15; Ef. 4,24; Col. 3,10): hechos hijos de Dios, participamos de la divina naturaleza por la gracia, gracias a esa generación de María.

El ser que Ella como Madre nos comunica supera en entidad al ser natural que de los padres recibimos como el orden sobrenatural supera al natural: su Maternidad es así mucho más excelente que la carnal de nuestros padres, y de Ella recibimos mucho mayor don y beneficio —mucho más ser— que de los padres naturales (1).

Esa comunicación del ser y vida sobrenatural nos la hace María por verdadera generación.

No se limita a obtenernos la vida de gracia por su intercesión o mediación —en tal caso no sería madre nuestra— sino que nos la transmite de la que Ella tiene, como participación de la suya, originándola y haciéndola proceder de la suya. Verdaderamente, nuestro ser sobrenatural se origina del de María, procede del de Ella, es participación del suyo.

En esa comunicación nos engendra o da el ser por sim-

(1) La creación de Adán, animado del barro, puede ayudarnos a entender esto. Más de lo que supera el Adán hecho hombre viviente al barro en que se infunde el alma, supera la vida y ser sobrenatural que recibimos de María a nuestro ser natural, al que lo comunica por generación. Y como el barro no desaparece al ser animado «en hombre viviente», pero es elevado, sublimado, y totalmente penetrado por la vida humana que recibe, así nuestro ser natural no desaparece, pero es elevado, sublimado, transformado y totalmente penetrado internamente por la vida divina que la Virgen nos comunica. Todo en Adán es hombre y humano. Todo en nosotros es —o será— hijo de Dios y divino. Por eso la Maternidad de María con relación a nosotros es simplemente total, englobando y como absorbiendo en sí la misma maternidad natural: somos, tras su generación, simplemente «nueva creatura», no dos creaturas yuxtapuestas de ser natural y sobrenatural.

ple acto de voluntad, como por acto de su voluntad dio el ser humano a Jesús.

Y nos da su ser sin división: nada pierde Ella o disminuye de su vida divina de gracia al comunicárnosla a nosotros, ni tampoco la gracia, aunque participable, es divisible. Como yo comunico el conocimiento que tengo a otros, sin por eso perder nada de mi conocimiento, o en algo disminuirlo, así María comunica a sus hijos su vida divina cual Ella la tiene, y derivando de la que Ella tiene, sin que por eso en nada disminuya su totalidad de gracia, y sin que por ello haya más gracia en nosotros y Ella que en Ella sola.

Toda la gracia y ser sobrenatural que hay en cuantos María engendra como hijos, sigue estando, no sólo como en su fuente, sino también como en su sede, en la Bienaventurada Virgen María. Y ninguna participación de vida divina por la gracia se da en nada creado que de la plenitud de la de Ella no derive, y no siga conteniéndose en esa plenitud que a Ella la inunda.

Hasta aquí, nuestra filiación de María, como participación y extensión de la de Cristo, tiene similitud a la de Este: somos engendrados «por la simiente de la palabra de Ella»; somos engendrados sin división ni menoscabo de Ella, con la más perfecta virginidad. Y en el ser de Ella recibido somos imagen de Ella, y de Ella reflejo.

Una última similitud es la preexistencia de la persona engendrada: la Persona divina de Jesús preexiste a la generación de la Virgen, que comunica un nuevo ser —humano— a la Persona ya existente, que empieza entonces a subsistir en una nueva naturaleza y ser. Nuestra persona humana, nuestro ser natural, preexiste también a la generación sobrenatural de la Virgen, que da ya a una persona constituida en su ser natural un nuevo ser sobrenatural y divino: y así empezamos a subsistir en ese nuevo ser, siendo de verdad «nueva creatura».

Y como Jesús, también nosotros hemos de consentir en ser engendrados por la Virgen María. El Verbo es engen-

drado de María porque El libremente quiere. Nosotros seremos engendrados por la Virgen María, recibiendo derivado y originado de Ella nuestro ser sobrenatural, sólo si libremente queremos dejarnos engendrar por Ella.

Hasta aquí las semejanzas. Pero siendo nuestra filiación participación y extensión de la de Jesús, también ha de haber diferencias.

La Persona del Verbo no tiene naturaleza humana. Recibe así de la Virgen María todo su ser humano —tanto natural como sobrenatural: es decir, naturaleza humana adornada de toda gracia—. Nosotros tenemos ya naturaleza humana: así el ser que de la Virgen recibimos es, no la naturaleza humana, el ser natural, sino el ser sobrenatural, la participación de la divina naturaleza, que nos deriva de la plenitud con que Ella la posee.

Siendo la Persona del Verbo infinita, aunque al recibir el ser transmitido por María lo individualice haciéndolo suyo, en nada lo limita, y por eso su naturaleza humana tiene absolutamente la misma perfección y entidad que la de la Madre que se la transmite.

Mas nosotros somos personas humanas, limitadas, y con límites diferentes cada una. Por eso, al recibirse en nosotros el ser sobrenatural que María nos transmite por generación, no sólo se individualiza al recibirse en nosotros —siendo *nuestro*—, sino que se diferencia en cada uno por las limitaciones diferentes propias del recipiente de ese nuevo ser.

Nadie posee ese ser con la plenitud y entidad con que la Virgen María lo posee. Salimos así como miembros distintos de Cristo: vivimos de la misma vida divina que Cristo y María; pero la vivimos de modo limitado, diferente, sin agotarla, como ningún miembro agota la vida del sujeto de esos miembros, aunque en todos ellos se manifieste y actúe de modo diferente la misma vida del Sujeto.

Mas todos tendremos la «plenitud de vida sobrenatural»

propia de tal miembro, en perfección absoluta, cual lo exige el Cuerpo de Cristo al que pertenecemos.

Y en esa diferenciación toma parte el Espíritu Santo, que es el que como alma del Cuerpo místico de Cristo, ordena a cada uno a ser tal miembro determinado, «distribuyendo a cada uno según le place» (1 Cor. 12,11). Como en la generación de Cristo está presente y actuante el Espíritu Santo, así en nuestra generación sobrenatural.

2. NUESTRA FILIACIÓN DÉ MARÍA, PARTICIPACIÓN DE LA DE SU DIVINO HIJO

Al recibir el Verbo todo el ser de María por donación generativa de Ella, y poseerlo de modo total con adecuación perfecta, agota, cual sucede en la generación divina del Verbo con relación al Padre, toda capacidad generativa de María: tras darse a su Jesús, nada le queda ya propio que pueda dar a otro.

Consiguientemente, toda generación de María con relación a nosotros no es más que participación de su generación del Verbo, como toda nuestra filiación divina con relación al Padre no es más que participación de la filiación eterna de su Hijo, que agota, por adecuarla enteramente, la capacidad generativa del Padre.

Dios, al engendrarnos hijos suyos, nos da algo de lo que eternamente da a su Hijo, nos hace partícipes de la herencia de su Hijo. Y lo hace porque el Hijo quiere que lo que por herencia es suyo, sea también por herencia nuestro, haciéndonos sus coherederos (Rom. 8,17). Si así no fuera, la filiación divina dada a nosotros sería verdadero robo hecho al Hijo Unigénito.

Igualmente, al engendrarnos María como hijos suyos, nos da algo de lo que por generación ha dado del todo y en exclusiva a su Hijo Unigénito; y nos lo da porque así su Hijo lo desea.

Es Jesús, en la generosidad incomprensible de su amor humano, quien nos da a su Madre por Madre nuestra; como es Jesús quien, en la generosidad infinita de su Corazón de Dios, nos da a su Padre como Padre nuestro.

Somos hijos del Padre Celestial —a quien podemos llamar *Abba*, Papá (1), e hijos de María, porque Jesús nos ha querido en todo hermanos suyos, coherederos suyos y de todos sus bienes, miembros suyos.

Nuestra filiación como hijos de Dios, nuestra filiación como hijos de María, se inserta así en la filiación de Cristo —divina y humana—, de la que es maravillosa participación y comunión.

Desde el momento sin momento de su generación eterna en el seno del Padre nos quiso el Hijo hermanos suyos, coherederos suyos, disponiendo antes de la constitución del mundo (2), es decir, antes de todo tiempo, que con el mundo empieza, y por lo mismo de toda eternidad —«con amor eterno Yo te amé» (Jer. 31,3)—, compartir con nosotros su filiación divina y los bienes infinitos que entraña, en una explosión de su amor misericordioso infinito.

Y desde el momento temporal en que el Verbo empieza a ser Hijo de María, gestado en su seno virginal, quiere hacernos partícipes de su filiación humana, coherederos con El de su misma Madre y de todo el amor y ternura materna que Ella encierra (3), considerándonos y haciéndonos, no sólo hermanos y coherederos suyos, sino también verdaderos miembros suyos, para que nuestra filiación fuera en todo no sólo semejante, sino como idéntica a la suya; no externa y de adopción, sino interna y propia como la de Él.

Y así como el Padre decidió de toda eternidad amar como hijos suyos, y darles la comunicación de su mismo ser divino en el Hijo Unigénito, a cuantos le recibieren (Jn. 1,12. 13), y aceptaren su don, así María, desde el momento de la concepción de su Hijo, amó como a hijos suyos, y decidió

Rom. 8,15; Gál. 4,6
Mt. 25,34; Ef. 1,4; lª Petr. 1,20
Denz. 2289

darles por generación la vida divina que Ella posee, a cuantos habían de recibir a su Hijo, creer en El, y aceptar su generoso don: y desde entonces los amó en su Hijo, como a su Hijo, y con el mismo amor que ama a su Hijo (1).

El Padre nos hace hijos suyos comunicándonos y entregándonos a su mismo Hijo Unigénito, para que en Él nos injertemos. Pero esa donación la hace directa e inmediatamente a la Virgen María, y sólo por Ella y por medio de Ella a nosotros. Es Ella quien nos comunica a su Hijo Jesús, constituyéndose así en nuestra Madre. Es Madre nuestra en cuanto también Ella nos da a su Hijo Unigénito.

Vimos cómo el Verbo hecho hombre vive y reside en cuanto hombre en el seno de su Madre en adecuación perfecta y natural: en Ella se agota su donación. Toda otra donación será así participación de la de Ella. Por eso, al hacer nos hijos suyos dándonos la vida divina que Ella posee, y que es su Hijo —Camino, Verdad y *Vida*—, nos hace, no sólo hijos suyos, sino también hijos de Dios. Es por Ella que recibimos la filiación divina, que en nosotros es como extensión, multiplicación, reflejo y participación de la que Ella plena y exhaustivamente ha recibido al concebir al Verbo y ser como su sede y cual seno en que el Verbo humanado reposa y está.

Nos lo comunica haciéndolo residir en nuestro seno —Ella es la que pone a Jesús en nuestros corazones, nos dice San Bernardo—, sin que por eso se separe de Ella, antes

en nosotros sigue estando en Ella, y Ella con El en nosotros. Por eso su Maternidad con relación a nosotros es siempre actual. Por eso, como nos dice el Credo del Pueblo de Dios, no sólo nadie nace a la vida sobrenatural si no es por su acción materna, sino que nadie se desarrolla poco o mucho en esa vida ya recibida si no es por la misma acción maternal de Ella que, unida a su Hijo, sigue procurando en nosotros su desarrollo y crecimiento hasta que llegue a la edad perfecta (Ef. 4,13).

(1) Denz. 2291
Pág. 327

3. POR SU GENERACIÓN VIRGINAL, MARÍA NO SOLO NOS INCORPORA A CRISTO, SINO QUE LO HACE VIVIR, MORAR, Y OBRAR EN NUESTRO SENO

Vimos en el capítulo anterior que lo propio de la Persona del Verbo es vivir en el seno, obrar siempre en Otro y con Otro. Lo aplicamos allí a su Humanidad con relación a la Virgen María, con la que en esa humanidad dice proporción perfecta.

Este su vivir en el seno se confirma con su modo de vivir y actuar en nosotros, tras incorporamos a Él por la acción generadora de la Virgen María, por la que se constituye en Madre nuestra.

Jesús, que viene a salvarnos no hace obra alguna de salvación sino en y con nosotros. Si uno no le recibe en su seno, Jesús nada puede hacer por él, ni en él, ni con él. Por eso dirá a los tales: «No os conozco» (Mt. 25,12; Lc. 13,25.27).

Convenía se nos inculcase esta necesidad de insesión de Jesús en nosotros para exhortarnos y movernos a recibirlo, a fin de que nadie creyera iba a salvarse por el solo hecho de la Encarnación del Verbo, aunque él no quisiera recibirlo —«quien te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín)—. Cristo como Verbo encarnado es Emmanuel, Dios con nosotros; mas no es «Dios conmigo», si no le recibo en mí: si falta esta recepción de El en mi corazón, para mí no se ha encarnado, no es «Dios conmigo».

No era en cambio necesario ni útil que se nos hablara de su necesidad de estar en María y obrar con Ella, dada su fidelidad absoluta que no necesitaba de exhortación alguna. Mas lo que necesita de la Virgen podemos con evidencia deducirlo de lo que necesita de nosotros. Y ni aun eso es menester. Pues es evidente que Jesús se hace Emmanuel, «Dios con nosotros», al la Virgen María concebirlo: es «Dios con nosotros» por morar en Ella y estar en Ella, y,
Pág. 328

por estar en Ella, podrá luego ser «Dios con cuantos le reciban.»

La necesidad de insesión por parte de Jesús en nosotros, para que en nosotros pueda llevar a cabo la obra para la que se encarnó, pueda desempeñar su misión como hombre, se nos inculca reiteradamente.

«A cuantos le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a cuantos creen en El» (Jn. 1,12). Consiguientemente, a cuantos no le reciben no se les dará ni la más remota posibilidad de hacerse hijos de Dios, y así salvarse. Sólo estando en nuestro seno y con nosotros puede obrar nuestra salvación, que es la obra para la que ha venido al mundo: «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al múndo, sino para que el mundo se salve por El. Quien cree en Mí no es juzgado; mas el que no cree ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Jn. 3,16-18).

La obra única que Jesús viene a realizar es así la salvación. Pero sólo puede realizarla y obrarla en quien cree en El. Y ese creer en Él es recibirlo en el propio seno, a Él, Verbo o Palabra del Padre: «No tenéis su Verbo residente en vosotros, porque no creéis al que Él envió» (Jn. 5,38).

Ese estar en nuestro seno, obrando en y con nosotros nuestra salvación como Vida nuestra —y ¿qué más interno a nosotros que nuestra vida?— lo expresa repetidamente Jesús con metáforas que no dejan lugar a duda alguna:

«Quien bebiere el agua que Yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le daré se hará *en él* una fuente que salte hasta la vida eterna» (Jn. 4,13.14). «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba... ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Jn. 7,37.38). Sólo en Jesús podemos beber —«venga a Mí y beba»—. Mas si del que cree en El fluyen ríos de agua viva —en los cuales no sólo se puede beber, sino incluso anegarse—, es evidente que en quien cree en El

mora Jesús en sus entrañas, en su seno, como fuente y río de aguas vivas: en él se cumple la promesa hecha por Dios en el Profeta: «He aquí que Yo *declinaré a ti* como torrente que inunda gloria, como río que anega en paz» (Is. 66,12). En esta idea de inhabitación real, o verdadera insesión, insiste infatigablemente Jesús en el Sermón de la Cena:

«Si alguno recibe al que Yo enviare, me recibe a Mí; y quien me recibe a Mí, recibe a Quien me envió» (Jn. 13,20). «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida: nadie llega al Padre si no es por Mí» (Jn. 14,6): Sólo se anda por el Camino *estando en él*; sólo se goza de la Verdad teniéndola *dentro*; sólo se tiene Vida poseyéndola *en el interior* de nuestro ser.

«El Espíritu de verdad —que es el Espíritu de Jesús—... permanecerá en vosotros, y estará en vosotros; no os dejaré huérfanos: vendré a vosotros» (Jn. 14,17.18). «El que me ama será amado por mi Padre, y Yo le amaré, y me manifestaré a él» (Jn. 14,21).

«Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Jn. 14,23). ¿Cómo podría expresar mejor que ansía estar, y está, en el seno de quien le ama?

«Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, así tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mí. Yo soy la cepa, vosotros los sarmientos: quien permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. Si alguno no permaneciere en Mí será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego, y arderá... Como me amó el Padre, así os amé Yo: permaneced en mi amor» (Jn. 15,4-9).

Sólo por su insesión en nosotros obra Cristo frutos de salvación en nosotros: y su acción vivificadora se extiende sólo a aquello que en nosotros le dejamos informar como principio de vida. Ni el sarmiento da fruto si no en la vid, y por la vida que recibe de la vid; ni la vid da fruto de amor salvador si no es en y con los sarmientos a los que comu-

nica su vida. Por eso: «Permaneced en Mí, y Yo en vosotros.»

«La mujer, mientras está pariendo, tiene tristeza, porque le ha llegado su hora; mas cuando ha parido al niño ya no se acuerda de su congoja por el gozo que le sobreviene, porque nació un hombre para el mundo. También vosotros, pues, tenéis ahora tristeza, mas de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y ya nadie os arrebatará vuestro gozo. Y en ese día ya no me pediréis nada» (Jn. 16,21-23). La comparación no tendría ningún sentido si el Jesús que vamos a ver no lo estuviéramos ahora formando y como dando a luz en nuestro seno, hasta que, plenamente formado, nos aparezca en todo su

esplendor y gloria, siendo también así nosotros en un sentido verdadero «madre suya», como el mismo Jesús nos dijo: «Mi madre son... los que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 8,21).

«Que (los que han de creer en Mí) sean uno, como nosotros (Padre) somos uno. *Yo en ellos*, y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad... Quiero que aquéllos que me diste estén conmigo allí donde Yo estoy... De modo que el amor con que me amaste esté en ellos, y *Yo en ellos*» (Jn. 17,22.23.24.26). Lo que insistentemente pide Jesús al Padre, y que por consiguiente infaliblemente obtiene, es estar en los que en El creen, *estar en nuestro seno*, según su característica personal.

Es esa insesión la que llena de gozo a las almas místicas al experimentarla: «Cuan dulce y amoroso, recuerdas *en mi seno*, donde secretamente solo *moras;* y en tu aspirar sabroso, de bien y gloria lleno, cuán delicadamente me enamoras» (1).

Y esa insesión no es sólo aquí, sino que seguirá en el cielo, según nos dice en el Apocalipsis: «Al que venciere le daré sentarse conmigo en mi trono, como Yo vencí, y estoy sentado con mi Padre en su trono» (Ap.3,21). Tal es la insesión en nosotros que Jesús desea —y que plenamente logrará cuando estemos en el cielo—, que no vacila en compararla a su insesión con el Padre. Insesión que aparece

igualmente en la unidad de trono o asiento común a Jesús y a cada uno de nosotros.

Cuán bajamente, y cuán erróneamente sienten del cielo aquellos que, al discurrir sobre los grados de gloria, tienen miedo de quedarse allí como distanciados y alejados de Jesús, o privados de su total familiaridad, cuando Jesús promete a cada salvado que «se sentará con El en su mismo asiento», y por lo mismo estará inseparablemente unido a su Jesús.

4. LA EUCARISTÍA, SIGNO Y CONSUMACIÓN DE LA INHABITACIÓN DE JESÚS EN NUESTRO SENO. SU ANSIA DE QUE LE RECIBAMOS Y NOS ABANDONEMOS A SU ACCIÓN

Para que no dudáramos de esta realidad maravillosa de su insesión en nosotros, de su estar en nuestro seno, quiso Jesús plasmarla y como hacérnosla entrar por los ojos con la comunión eucarística, que es a la vez signo y realidad:

«Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan bajado del cielo, para que si alguno comiere de él, no muera. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que Yo le daré es mi carne, para vida del mundo... En verdad, en verdad os digo: si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene (ya en presente) vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Pues mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él. *Como* me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí también él vivirá por Mí» (Jn. 6,48-52, 53-58).

El signo: ¿Qué más dentro de mí que el alimento que tomo, una vez asumido e incorporado a todas mis células,

en insesión perfecta, o más bien identidad, con todo lo que constituye mi cuerpo?

La realidad: «Permanece en Mí, y Yo permanezco en él». Y permanece en mí como Vida: «Vivirá por Mí.»

La circuminsesión de la vida con el cuerpo vivo es perfecta: nada hay en el cuerpo vivo en que no esté la vida, con lo que no actúe la vida que lo anima e informa. Y no es el cuerpo quien obra, sino el *cuerpo vivo*; ni es la vida la que obra, sino el *cuerpo* vivo, aunque sea la vida el principio de sus operaciones vitales.

Y muestra Jesús que *no puede obrar solo*, pues si no como su carne, si por esa comestión no está en mí como Vida, nada podrá hacer de su obra salvadora o vitalizadora con relación a mí. Quien no le come no tendrá vida, por más que Jesús le haya redimido: nada podrá Jesús hacer en él y con él en orden a la misión que le trajo al mundo, si yo no le doy morada permanente en mi seno.

En nuestro cuerpo, no todo está informado por la vida: hay células muertas —vgr. muchas epiteliales— cuyo destino es finalmente desprenderse del cuerpo para tornar al polvo inanimado.

Cuando Jesús está en mi seno, Él quiere vivificarme por entero. Pero yo puedo ofrecer resistencias libres parciales a esa vivificación. Cuanto sustraiga a su acción vivificadora, cuanto en mí no proceda de su acción vital en mí, sino sólo de mi exclusiva actividad, será algo muerto, sin valor alguno para la vida eterna.

Nadie, fuera de la Virgen María, ha dejado de ofrecer a Jesús esas resistencias. Nadie deja de tener zonas más o menos extensas espiritualmente muertas. Jesús aún se sirve de ellas, no para vivificarlas, sino para esconderse a nosotros mismos como Vida, para arraigarnos en la humildad y pequeñez; y para disimular su presencia en nosotros ante los demás, a fin de que la alabanza ajena no nos engría, antes nos desprecien al ver sólo lo que en nosotros hay de muerto.

Mas todo lo que está muerto, o se irá vivificando al cesar nuestra libre resistencia, o lo irá el Padre podando como en la vid para que en definitiva, al llegar al cielo, la insesión de Jesús en nosotros, y de nosotros en El, sea ya perfecta, y nada haya en nosotros que no sea vida divina, que no sea presencia de Jesús en y con nosotros, y obrando en y con nosotros la dicha beatífica que es la suya: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25,21).

De ahí el deseo ardiente de Jesús —que vino para salvarnos—, de que le abramos la puerta de nuestro corazón y nuestra alma y le dejemos entrar: «Yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, *entraré a él*, y cenaré con él, y él conmigo» (Ap. 3,20). Mas sólo hay posibilidad de cena con Jesús si le abrimos la puerta y le dejamos estar en nuestro seno.

Jesús no se siente bien en el frío del mundo —El «no es del mundo» (Jn. 17,16)—; sólo se siente a sus anchas cuando mora en el corazón de quien le ama, sólo allí actúa y se manifiesta. Por eso dice: «La voz de mi Amado que llama a la puerta: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está empapada de rocío, y mis cabellos gotean por la humedad y frío de la noche» (Cant. Cant. 5,2).

No seamos tardos en abrirle, ni demos excusas para retardarnos. Que cuando Jesús siente el frío de desamor en el mundo, ansía entrar en el alma que le ofrezca su seno para reposar, sin exigencia alguna, poniendo por su cuenta lo que de hermosura y de limpieza a ella faltare. No temamos el gasto del hospedaje, que él trae consigo la cena: la suya y la nuestra.

Por eso, cuanto la apostasía es mayor y más extensa en el mundo, tanto más fácilmente tiene el alma acceso, por ruin que sea, a convertirse, si ella quiere, en morada de Jesús: está ansioso de comunicarse, y lo hará con cualquiera que se le abra, que le diga «Sí» a su petición.

Con toda esta enseñanza coincide San Pablo, que tan
Pág. 334

frecuentemente llama al cristiano «templo de Dios»: «¿No sabéis que sois templo de Dios? El templo de Dios, que sois vosotros, es santo» (1ª Cor. 3,16.17).

«Vosotros sois templo del Dios vivo» (2ª Cor. 6,16). «Si alguien violare el templo de Dios, Dios lo perderá o destruirá» (lª Cor. 3,17).

El cristiano se edifica y «crece hasta convertirse en templo (perfecto) de Dios» (Ef. 2,21). «Dios no habita en templos hechos a mano» (Act. 17,24). «¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo?» (lª Cor. 6,19).

El templo es la casa en que Dios mora: «Mi casa es casa de oración» (Lc. 19,46). «No hagáis de la casa de mi Padre casa de contratación de negocios humanos» (Jn. 2,16).

Si, pues, somos templo de Dios, es porque Dios habita en nosotros como en su morada.

Pero habita gracias a la inhabitación e insesión de su Hijo en nosotros; ese Hijo por quien y en quien se nos hace toda comunicación divina: «Yo soy la Puerta: nadie va al Padre, si no es por Mí» (Jn. 10,7.9; 14,6).

5. HIJOS DE DIOS E HIJOS DE MARÍA: SIMILITUD Y ESTRECHA IMPLICACIÓN DE AMBAS FILIACIONES

Dada la inclinación personal, por no decir necesidad, del Verbo encarnado a morar como en seno en los corazones de los hombres, como que para eso se hace hombre, es evidente que al encarnarse hubo de asegurarse morada permanente en el seno de su Madre, y sólo cuando encontró en Ella la creatura que indefectiblemente le aseguraba esa inhabitación e insesión se hizo hombre.

Dada la cuasi-identidad radical de su naturaleza humana con la de la Virgen —es el mismo ser de la Virgen María, por Esta a Él con amor y devoción total entregado, el que el Verbo asume al encarnarse—, síguese que la Virgen María adecua a la perfección la capacidad insesiva o inhabitati.
Pág. 335

va del Verbo en cuanto hombre, habiendo perfecta proporcionalidad entre el Verbo —que en y por su Humanidad en Ella reside—, y la Virgen María que en su seno le reclina.

Ello quiere decir que la donación del Verbo al encarnarse se agota en su donación a la Virgen María. Toda otra donación no podrá así ser más que extensión y participación de la hecha a la Virgen María. Por eso de necesidad la Virgen María será Madre de cuantos reciban a Jesús en su seno, por cuanto su inhabitación en nosotros no puede ser otra cosa que la comunicación por parte de Ella a nosotros del que Ella posee como herencia propia en su seno. Por eso nos dicen los Padres que «Ella es la que pone a Jesús en nuestros corazones.»

Puede así su Maternidad compararse con la paternidad divina con relación a nosotros. Si el Padre se da totalmente al Hijo de toda eternidad, nada le queda ya como propio para darnos: cuanto nos dé, será comunicación y como extensión de lo que ha dado a su Hijo, comunicación de su mismo Hijo, que nos hace hermanos y coherederos suyos.

Igualmente, al darse totalmente a María el Verbo en su humanidad, toda donación que luego nos haga de sí mismo no será más que una extensión y como participación de lo que a la Virgen ha dado, comunicado a nosotros por la acción materna de la misma Virgen María.

Desde otro punto de vista, es decir, mirando la acción de María más que la donación de Jesús, podemos igualmente decir que así como la fecundidad del Padre se agota al comunicar todo su ser al Hijo Unigénito, tras lo cual nada le queda más que dar —y por eso somos engendrados hijos de Dios al incorporarnos a Sí su mismo Hijo Unigénito, que nos hace participar de su misma filiación—, igualmente la fecundidad de la Virgen María se agota totalmente al engendrar a su Hijo Jesús, al que da todo su ser —su mismo ser—, para que el Verbo lo asuma a su Persona; tras lo cual nada le queda ya a la Virgen María como propio que pueda transmitir a nadie más.
Pág. 336

Por lo mismo, al engendrarnos la Virgen María no hace más que extender a nosotros, por deseo expreso de su mismo Hijo Jesús, la donación que a Él le hizo. Es Jesús quien nos la da por Madre; como es el mismo Jesús quien nos da por Padre a su mismo Padre Celestial. Por eso precisamente la Virgen María, al engendrarnos, necesariamente nos incorpora y une a su Divino Hijo, pues somos hijos de Ella y partícipes de su herencia en cuanto unidos, incorporados y hechos uno con Jesús.

Y el ser sobrenatural que, como Madre nuestra, nos transmite María, es su ser inhabitado por el Verbo encarnado, que en su seno mora totalmente.

De ahí que al engendrarnos y transmitirnos su ser, nos transmite igualmente a Jesús que en él habita. Y nos lo transmite como principio de nuestra vida sobrenatural, como verdadera Vida nuestra, que, al informarnos y ser principio de todas nuestras acciones, nos convierte en verdaderos hijos de Dios, cuyas acciones son verdaderamente de hijos de Dios, por ser acciones de Jesús en nosotros y con nosotros, miembros suyos.

De ahí que al engendrarnos sobrenaturalmente María, por deseo expreso de su Hijo, no sólo nos hace verdaderamente hijos suyos, sino también verdaderamente hijos de Dios.

Salimos así semejantes al Padre Celestial, como hijos suyos; y semejantes a nuestra Madre, como hijos de Ella. La herencia divina que Ella nos transmite viene como sellada con el sello con que Ella la posee, pues a nadie se comunica Dios, ni le hace poco o mucho participar de su divina naturaleza, si no es por medio de su Hijo. Y a nadie se comunica el Hijo si no es por María, y procediendo a nosotros de María, con el sello con que en Ella mora y en su seno habita.

Mas María, al comunicarnos su ser sobrenatural, y con él a su Divino Hijo, no se desprende de Él, ni de Él se separa. Donde quiera que esté su Jesús, allí está Ella, abrigándolo en su seno, envolviéndolo en su amor.

Por eso, al darnos a Jesús e incorporarnos a El como ver-
Pág. 337

daderos miembros, animados por El, que es nuestra Vida, nos contiene junto con su Jesús en su seno materno, comunicándonos allí siempre actualmente a su Jesús, y siendo así también siempre actualmente nuestra Madre, que siempre ahora nos está engendrando, incorporándonos a su Jesús.

Ella siembra a Jesús en nosotros, y lo sigue en nosotros cuidando y desarrollando, pues nunca se separa de Él, siempre actúa con El, como su compañera inseparable, en todo a El asociada, nunca dejándolo solo, ni en su ser ni en su operar.

Estamos así verdaderamente en su seno materno, recibiéndolo todo de Ella. Es lo que nos indica el CREDO DEL PUEBLO DE DIOS, cuando nos dice: «Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos.»

Si coopera como Madre al nacimiento y al desarrollo, no sólo nadie puede nacer hijo de Dios sin su colaboración materna, sino que tampoco puede obtener desarrollo

alguno en esa vida divina sin la cooperación maternal de Ella. Mas todo nacido, una vez fuera del seno de su madre, aunque todavía indigente de ésta, puede en muchas cosas contribuir al desarrollo de su vida sin la colaboración de la Madre. Sólo en el seno de ésta nada puede hacer ni recibir sin ella y por ella.

Es, pues, claro que estamos de verdad en el seno materno de María, que nos está haciendo hijos de Dios, transformándonos más y más en su Jesús, uniéndonos más eficaz y extensamente a Él como miembros, hasta que nada haya en nosotros que El no informe como Vida; y entonces, transformados del todo en El y ya enteramente divinizados, nos lleve consigo al cielo, para estar con Él en el seno de su Padre, como Él lo está, y como lo está de presente la Virgen Madre. Precisamente por estar allí en el seno de Ella, estaremos con Ella y con Jesús en el seno del Padre.
Pág. 338

De ahí que quien se separare de María, se separará automáticamente de Jesús, que está en su seno, y que todo quiere obrarlo en Ella y con Ella. Como se quedaría a oscuras y sin el rayo de luz que le ilumina el que quisiere separar ese rayo de luz de la fuente de donde dimana.

Jesús es la Luz. Luz dada totalmente a María por la encarnación del Verbo. María es la fuente donde esa Luz ha querido residir, de la que se nos quiere derivar, en la que remansa por designio divino todo cuanto Dios por su Verbo ha querido comunicarnos.

Quien rompiere su vinculación con Ella, romperá su vinculación con la Luz, con el Agua de Vida, con el Verbo encarnado, y con el Padre que le envió.

Ella es la Mujer vestida de sol, con el Sol en su seno. De su plenitud deriva a nosotros el Jesús que en su seno mora, como Rayo de Luz derivado de la plenitud que Ella posee.

Y Jesús, como rayo de Luz participadamente en mí recibido, en tanto estará en mí, en cuanto yo no rompa mi vinculación con esa Mujer, en cuyo seno mora, y de la que a mí deriva.

Como agua de vida, y Vida verdadera, que ha querido remansar en el seno de la Virgen, y de allí a mí derivarse en arroyuelos y avenidas, sólo en tanto estará en mí, se recibirá en mí, y me fecundará haciéndome capaz de frutos divinos, en cuanto yo no rompa mi relación con la fuente en la que Él ha querido remansar, y por la que se me ha querido comunicar.

También aquí se nos muestra claramente que, mientras somos hijos de Dios, de tal modo estamos estrechamente unidos a nuestra Madre María, que de verdad estamos en su seno, pues nada recibimos, ni nada sobrenaturalmente vital hacemos, si de Ella estamos separados.

Tan inseparables son nuestra filiación divina y nuestra filiación mariana, que siempre se dan juntas. Y el que pierde su filiación mariana, por el mismo hecho pierde su filiación divina.
Pág. 339

6. LA GENERACIÓN VIRGINAL CON QUE MARÍA NOS DA A LUZ ES TAN PERFECTA QUE NOS COMUNICA Y TRANSMITE SU MISMA MATERNIDAD DIVINA

La generación virginal con que María nos engendra hijos suyos es tan perfecta, que nos comunica su ser con las mismas características y excelencias con que Ella lo posee.

Ella posee ese ser como Madre divina, con el Verbo encarnado en su seno, llenándola por entero, en una circuminsesión perfecta entre la Humanidad de Cristo y la de María.

Por eso María, al engendrarnos, nos comunica también su Maternidad divina, dándonos poder para en cierto modo engendrar también nosotros a su Divino Hijo, al darle como una subsistencia nueva en nosotros al recibirlo de manos de Ella.

A tanto se extiende su generosidad, y la perfección con que nos quiere semejantes a Ella como hijos suyos queridísimos, que quiere imitemos su misma Maternidad divina virginal.

Jesús mismo dice: «Mi Madre... son los que oyen la palabra o Verbo de Dios y la cumplen» (Lc. 8,21). La palabra de Dios, dada a los hombres, es el Verbo encarnado, por el que Dios se nos comunica. Todo el que lo recibe por la fe en su corazón, y es dócil a su acción como principio de Vida nuestro, en perfecta obediencia, se hace verdaderamente Madre de Jesús, haciéndole vivir en su corazón, dándole como nueva subsistencia y operación en nuestro propio ser.

Por eso también la Iglesia —congregación o reunión de todos los cristianos, cuya cabeza visible es el Papa—. siendo engendrada por María, y por ser engendrada por María, Madre de la Iglesia, es también Ella verdaderamente Madre virginal, como heredera de María.

La Maternidad virginal de la Iglesia es la maternidad nuestra, pues la Iglesia es Madre en y con los miembros que la constituyen.

Hay una maternidad propia del miembro: la que mira a

engendrar a Jesús y hacerlo vivir en su propio corazón. De ella dice Jesús: «Mi Madre... es el que oye la Palabra de Dios» (Lc. 8,21).

Y hay una maternidad que tiene un término externo: sembrar a Jesús en otros. De ella dice San Pablo: «Hijitos míos, a los cuales de nuevo estoy pariendo con dolores, hasta que se forme Cristo en vosotros» (Gál. 4,19). Y también: «Os amonesto como a hijos míos queridísimos. Pues aunque tengáis diez mil pedagogos (o maestros) en Cristo, pero no tenéis muchos padres, pues yo os engendré en Cristo Jesús por el Evangelio» (lª Cor. 4, 14.15).

Todo cristiano, pues, como hijo de María, participa su divina maternidad: tanto de modo inmanente, en cuanto forma a Jesús en sí mismo, entregándose a Cristo para que en él viva su vida divina; como de modo transeúnte, convirtiéndose en sembrador de Cristo en los demás, en aquellos que todavía no lo tienen recibido en su interior.

Pero esa maternidad no la tiene el cristiano como aislado. Recibe a Cristo en su corazón como miembro de un mismo Cuerpo Místico —la Iglesia—, en el que está integrado. Y siembra a Cristo en otros como miembro de ese Cuerpo Místico de Cristo, para hacer crecer ese cuerpo hasta que por entero «se edifique el Cuerpo de Cristo, hasta que todos, unidos en la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, lleguemos a constituir el varón perfecto en la medida de la edad de la plenitud de Cristo, y así salgamos a su encuentro» (Ef. 4,12.13).

Nuestra maternidad divina es así participación de la maternidad de la Iglesia, pues no la ejercemos solos y como aislados, ni por lo que se refiere a la inhabitación de Jesús en nuestro seno, ni por lo que se refiere a nuestro sembrarlo y hacerlo nacer en el corazón de los demás.

Pero si nuestra maternidad es participación de la de la Iglesia y en la Iglesia —como miembros de un mismo Cuerpo de Cristo—, la maternidad de la Iglesia sólo puede entenderse por la de sus miembros, en los que, con los que, y por los que es Madre.

Pág. 341

Es por los miembros que el Cuerpo *se constituye y actúa*. Y es por los cristianos que constituyen la Iglesia por los que ésta ejerce su maternidad, y la ejercerá hasta el fin del mundo, hasta que el cuerpo de Cristo haya crecido hasta su plenitud, tal cual Dios de toda eternidad lo ha predifinido para su Divino Hijo, a quien quiso incorporar todas las cosas como a Cabeza (Ef. 1,5-10).

7. LA MATERNIDAD DE MARÍA Y LA MATERNIDAD DE LA IGLESIA: SEMEJANZAS Y DESEMEJANZAS

Teniendo esto presente podemos ver más fácilmente las semejanzas y diferencias entre la Maternidad divina de María y la nuestra —la de la Iglesia—, de la de Ella derivada por ser de verdad Madre nuestra, que nos transmite su propio ser sobrenatural en cuanto nosotros seamos capaces de recibirlo.

Por lo que mira a la maternidad inmanente y permanente —formar y desarrollar a Jesús en nuestro seno, hasta nuestra plena transformación en El— son igualmente notables las semejanzas que las desemejanzas.

La Virgen recibe en su seno al Verbo, y le hace subsistir en naturaleza humana que Ella le comunica o transmite por generación.

Nosotros recibimos en nuestro seno al Verbo *ya encarnado*, y le hacemos subsistir, no con naturaleza nueva, pero sí de un modo nuevo en nosotros, ofreciéndonos a Él como miembros suyos para ser por El vitalmente informados.

Al «Sí» de la Virgen, que origina la encarnación del Verbo, corresponde nuestro propio «Sí» para recibir a Jesús y entregarnos a Él. El «Sí» de la Virgen introduce al Verbo en el mundo —diríamos, «mundaniza al Verbo»—; nuestro «Sí» extiende y amplía la presencia de ese Verbo ya encarnado —ya en el mundo— en el mismo mundo, de modo que actúe en él y lo transforme y divinice.

Pág. 342

El «Sí» de la Virgen desposa al Verbo con la naturaleza humana que El asume, así como con la Virgen Madre que del todo se le entrega sin que nada se reserve de su ser, y que será con El, como Esposa suya, coprincipio de toda fecundidad del Verbo encarnado.

Nuestro «Sí» aplica esas bodas del Verbo a nuestra individual naturaleza y ser humano, por nuestra entrega total a Él para en todo no obrar ya si no es en El y con El, imitando la entrega de su Madre. Por eso la Iglesia es Esposa de Cristo, y sin ella nada quiere hacer Cristo. Y por eso cada alma en gracia es esposa de Cristo, que con El da frutos de vida eterna, cual sarmiento en todo unido a la vid.

Pero la Virgen, en su Maternidad virginal, da al Verbo una *naturaleza* y *ser nuevo* —el humano— que no tenía, haciéndole subsistir en ella.

Yo no doy a Cristo naturaleza alguna nueva. Sólo extiendo su acción y en cierto modo su misma subsistencia, entregándole mi ser para que sea principio de vida en él, y lo asimile a su ser como cosa suya, como miembro verdadero suyo: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jn. 6,58).

Soy madre de Jesús en cuanto le entrego mi propio ser para que Él lo asimile al suyo en una generación nueva, que es más obra suya que mía, aunque en realidad proceda indisolublemente de ambos, como el fruto del sarmiento unido y como entregado a la acción de la vid procede indisolublemente del sarmiento y de la vid. Y si es verdad que al entregarle yo mi ser Él lo hace suyo y como suyo lo cuida y protege; pero lo hace suyo, no por unión personal o hipostática —cual hace suya la naturaleza humana de la Virgen

recibida—, sino sólo por unión de inhabitación y de gracia, y por transformación de su amor.

María, en cambio, le da un nuevo modo de vida al mismo Verbo, al darle naturaleza humana que antes no tenía. Mas en mi maternidad dejo a Jesús darme a mí un nuevo modo de vida —el de hijo de Dios—, y simplemente extiendo su modo

de ser teándrico —es decir, divino y humano—, que ya posee, a que lo viva también en mí y conmigo.

Si miramos ahora a la maternidad transeúnte nuestra y de la Iglesia, también María comunica a sus hijos el poder de *sembrar* a Jesús en los demás, engendrándolos hijos de Dios, y así la Iglesia es Madre que continuamente engendra de modo virginal nuevos hijos de Dios, por lo que vimos podía decir San Pablo a los Gálatas: «Hijitos míos, a quienes de nuevo estoy pariendo en dolores hasta que Cristo se forme en vosotros» (Gál. 4,19).

Esta generación es virginal como la de María, pues se hace por la Palabra, por la predicación a otros del Verbo de Dios.

Pero no es *siempre actual*, como vimos era la de la Virgen. La acción generadora —la predicación— es transeúnte; aunque el término de ella es permanente —la inhabitación de Jesús en el evangelizado.

Veamos de entenderlo siguiendo a San Agustín (1). Parte del ejemplo de Juan Bautista, que se puede aplicar a toda predicación nuestra:

«Una voz Juan, mas el Señor era ya el Verbo en el principio. Juan voz de duración temporal, Cristo Verbo eterno desde el principio. Quita el verbo o palabra interna o idea—, ¿qué es la voz? Donde no hay inteligencia sólo queda ruido o estrépito vacío de todo significado. La voz sin verbo llega al oído y lo golpea, pero no edifica el corazón. Si pienso lo que he de decir, ya está el verbo —palabra interna o idea— en mi corazón; pero queriendo hablarte a ti, busco cómo hacer que esté también en tu corazón lo que ya está en el mío. Y buscando cómo llegue a ti y esté de asiento en tu corazón el verbo que ya está en mi corazón, tomo voz —o palabra externa—, y tomada la voz te hablo: y el sonido de la voz te lleva al entendimiento del verbo —palabra interna o idea—; y cuando el sonido de la voz ha llevado hasta ti el entendimiento del Verbo, el sonido mismo pasa y se

(1) Sermo 293,3, usado por la Iglesia en el Domingo III de Adviento, segunda lectura del Oficio

extingue; mas el Verbo que el sonido llevó hasta ti, ya está en tu corazón, y no por eso se alejó del mío... Retengamos al Verbo, no perdamos al Verbo concebido en nuestras entrañas», sin preocuparnos de lo que suceda con la voz.

Así, el que tiene al Verbo encarnado en su corazón puede anunciarlo a otros con palabras —voces y sonidos que pasan—, hacer que nazca en otros.

Pero la acción con que lo hace nacer es transeúnte. Por eso lo importante es que nosotros conservemos al Verbo encarnado en nuestro corazón, y que lo conserven igualmente aquellos a quienes lo transmitimos e hicimos concebir, sin preocuparnos unos ni otros en pensar más en el medio transeúnte de la voz, que sirvió de puro medio de generación. Así nos mantendremos en humildad perfecta como el Bautista, deseando la sumisión de todos al Verbo Divino, pero no sumisión de nadie, o agradecimiento de nadie a nosotros. Que El solo viva y reine en nuestro corazón y en el ajeno.

Es verdad que, una vez engendrado el Verbo encarnado en otros, han de seguir los cuidados de la maternidad, para nutrirlo y desarrollarlo hasta su perfecto crecimiento. Pero de tal modo es transeúnte nuestra maternidad que esos cuidados pueden ser muy bien

prodigados por otros, y de ordinario son por otros prodigados —«uno es el que siembra, y otro el que recoge» (Jn. 4,37)—; por otros miembros vivos del Cuerpo de la Iglesia. Es Ella Madre que engendra con nosotros y por nosotros, y Madre que cuida de los engendrados por nosotros o por otros miembros suyos.

Pero aún respecto a la Iglesia en su conjunto, su Maternidad sigue en los cuidados maternos, pero no en la transmisión misma de la vida, que es esencialmente transeúnte, y por eso San Pablo distinguía entre preceptores o pedagogos y padres (l.ª Cor. 4,14.15).

Mas María, según vimos, es Madre siempre actual, siempre en acto transmitiendo a cada alma su Jesús, como el sol comunica siempre actualmente sus rayos luminosos — la Mujer vestida de sol, que nos transmite la Luz, que es Cris-

to—; como la fuente siempre actualmente está derivando de sí misma las aguas de la Vida.

No sólo prodiga así en nosotros sus cuidados al Verbo encarnado que en nosotros sembró, sino que continuamente nos lo está dando, uniéndonos actualmente a Él en su propio seno materno. Y con El, en nosotros está Ella, cuidándolo y desarrollándolo en nosotros, pues aunque nos lo dé, nunca por eso sale de su seno.

Como el Verbo en su Divinidad nunca sale del seno del Padre, por más que a todos se dé y comunique, así tampoco en su humanidad jamás sale del seno de su Madre, por más que a nosotros Ella nos lo dé.

Esa dación suya no implica separación, sino nuestra asunción al seno del Padre como hijos de Dios y miembros de su Hijo Unigénito, y nuestra asunción al seno de la Virgen María, como hijos de María y miembros de su Hijo Jesús.

En su seno están y estarán todos los hijos de Dios de todos los tiempos; en su seno está y estará la Iglesia de todos los tiempos. Pues Ella es Madre nuestra y Madre de la Iglesia, al modo como lo es de su Hijo Unigénito, del que nosotros nos constituimos miembros al concebirlo en nuestro corazón, y del que la Iglesia, en su conjunto, es Cuerpo, diversificado en muchos miembros diferentes, que somos nosotros.

8. LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARÍA LA HACE COMUNICAR Y PARTICIPAR TODO LO NUESTRO MÁS QUE NOSOTROS MISMOS

Esta Maternidad de María con relación a nosotros, tan incomparablemente perfecta y actual, lleva consigo una comunión suya estrechísima, y para nosotros en grado sumo consoladora, en todas nuestras actividades, sentimientos, goces y sufrimientos, de modo que nunca nos hallamos solos, sino por Ella acompañados.

Esta comunión se da también en la Maternidad de la Iglesia. Pero, al menos por lo que se refiere a esta vida, en grado muy imperfecto, y como incipiente. En el cuerpo, cuando un miembro sufre, todos los demás padecen; y si uno goza todos los demás participan de su gozo y bienestar (lª Cor. 12,26). Y todos y cada uno de nosotros, como miembros de Cristo, hemos de procurar «sentir en nosotros lo que Cristo Jesús siente en sí» (Fil. 2,5).

Todos, empero, sabemos y experimentamos cuán lejos nos hallamos de cumplir a la perfección estas dos exigencias del Apóstol, por la imperfección presente de nuestra

unión con Cristo, por la imperfección presente de nuestra maternidad. Sólo en el cielo será perfecta esa nuestra comunión con los demás salvados, y aún allí según la medida propia de cada cual.

Mas la perfección inconcebible de la Maternidad de María, y su no menos inconcebible unión y asociación con Cristo en todo, hace que Ella participe de todo lo nuestro, con participación diría mayor que la nuestra propia.

Esta comunicación de María con cada uno de nosotros es directa por lo que mira al orden sobrenatural. Indirecta, pero igualmente real, por lo que mira al orden natural. Su consecuencia es que nada hay ni sucede en nosotros sin que María nos asista y acompañe, sufriendo con nosotros, gozando con nosotros, obrando con nosotros, padeciendo con nosotros.

El hijo de María nunca está solo, nunca sin su Madre, nunca sin su asistencia y compañía.

En el orden sobrenatural, nada nuestro es *solamente* nuestro, pues siendo Jesús nuestra Vida, y, como tal, principio de toda acción y vivencia nuestra sobrenatural, todo lo que es y pueda decirse *nuestro*, es mucho más todavía de Jesús, acción de Jesús, vivencia de Jesús en nosotros.

Mas vimos la asociación perfecta de María con su Hijo en todo, y cómo comulga con toda su actividad y sentimientos. Por lo mismo, en virtud de la unión y asociación con su

Divino Hijo, Vida nuestra, María conoce, participa y siente como propias —por ser de su Hijo Jesús—, todas nuestras vivencias sobrenaturales, sean acciones o pasiones, sean dolores o gozos, sea plenitud de salud, sea debilidad de enfermedad de nuestra vida sobrenatural.

No hay vivencia nuestra sobrenatural que Ella no participe, por ser vivencia de su Hijo Jesús, y por ser vivencia nuestra, miembros de su Hijo.

Y tiene también esa comunicación y participación con nosotros no sólo como Madre de Jesús, sino como Madre nuestra. Si en todo nuestro desarrollo sobrenaturalmente vital toma Ella parte concurriendo como Madre (Credo del Pueblo de Dios), es evidente que ninguna vivencia ni actividad sobrenatural podemos tener sin que Ella tome parte con nosotros.

Y también nos acompaña, y siente con nosotros, en cuanto se refiere a las vivencias de orden natural, aunque sea indirectamente.

Todo lo natural en nosotros quiere Jesús sobrenaturalizarlo, se ordena según el plan divino a la sobrenaturalización, a la divinización.

Por eso Jesús no sólo es en nosotros Vida de la que procede toda nuestra actividad sobrenatural, sino también Vida que percibe y conoce exactamente todas las resistencias que nuestro ser opone a dejarse informar por El como principio vital, y por ello sufre en nosotros.

Resistencias a veces expresas; las más veces no expresas, una especie de resistencia pasiva por la que sustraemos gran parte de nuestro ser, enormes zonas de nuestra actividad que no le dejamos informar, que no le permitimos sobrenaturalizar.

Jesús lo conoce en nosotros, y sufre por ello, al vernos verdaderamente muertos en tantos aspectos en que Él nos quisiera informados por la Vida. Y con El conoce la Virgen María, y sufre en nosotros por esas limitaciones.

Comulga así con todo lo natural nuestro, o en cuanto lo
Pág. 348

eleva al orden sobrenatural, o en cuanto lo ve y percibe como pertinazmente resistente a esa elevación. Y sufre como unida a Jesús: y sufre como Madre nuestra.

Nuestro dolor sobrenaturalizado es suyo, por ser sobrenatural. Y nuestro dolor no sobrenaturalizado es también suyo, porque no se lo dejamos sobrenaturalizar.

Nunca, pues, el alma, ni en nada, se encuentra sola y separada de su Celestial Madre, sino en todo acompañada por Ella, que con nosotros simpatiza, actúa, goza y sufre, como Madre de Jesús en nosotros, y como Madre nuestra, que nos lleva en su seno.

Esto debe animarnos en todo dolor y sufrimiento, sabiendo que no puede Dios permitir ninguno de ellos en nosotros sin que a la vez, de necesidad, lo sufran en nosotros y con nosotros su Unigénito Jesús y la Dulce Virgen María.

Entonces el sufrimiento y el dolor de la cruz sólo agradecimiento engendrará en nosotros, al saber que nos es tan necesario que nuestro Padre Celestial nos lo da, aunque para ello tengan que sufrirlo también Jesús y María.

Y sentiremos que ningún sufrimiento inútil permitirá Dios en nosotros, porque es imposible haga sufrir inútilmente a su Hijo Unigénito y a su Madre.

E igualmente nos ayudará a comprender cuánto el Padre Celestial desea comunicársenos e inundarnos de su gozo sobrenatural en su divina intimidad, porque sabe que ese nuestro gozo será gozo de Jesús en nosotros y gozo de nuestra Celestial Madre.

Entonces percibiremos claramente cuánto desea el Padre hacer que nos sintamos en su seno, como en un cielo anticipado.

Y si esa vivencia tarda, o es débil, no se debe a falta del querer de nuestro Padre comunicársenos y manifestársenos, sino a nuestra resistencia a Jesús, Vida nuestra, que le imposibilita hacernos sentir la Vida de su Padre, por la que Él vive; o al menos limita su posibilidad de comunicárnosla.

Sabremos, pues, que en la misma medida que a Jesús
Pág. 349

nos entreguemos, y desde el momento mismo en que nos entreguemos, sentiremos la comunicación de su Vida, sin que lo impidan nada nuestras anteriores resistencias.

Y esto nos lleva a una última consideración de actualidad, que haríamos bien tener presente.

9. ANSIA DE MARÍA POR SEMBRAR EN NOSOTROS A SU HIJO, Y DESEO ARDIENTE QUE JESÚS TIENE DE HALLAR UN CORAZÓN QUE LE RECIBA, CUANDO LA APOSTASÍA AMBIENTE PARECE INVADIRLO TODO: EL BUEN LADRÓN

María sabe y comparte el ansia que su Divino Hijo tiene de vivir en todos los corazones de los hombres, derivando a ellos de la plenitud gozosa con que se halla remansado en Ella como en fuente: «Estoy a la puerta y llamo» (Ap. 3,20); «la voz de mi Amado que llama a la puerta: Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está empapada de rocío, y mis cabellos destilan la humedad del frío de la noche» (Cant. 5,2).

Por eso María desea comunicárnoslo, sembrarlo en nosotros como Madre. Y no menos desea Jesús que su Madre lo siembre en nuestros corazones.

Pero ese deseo se exacerba en la apostasía actual.

Cuando Jesús encuentra como cerrados los corazones de casi todos los hombres, es tal su deseo de habitar en ellos, que será muy poca su exigencia para entrar en ellos y comunicárseles: bastará con que se le abra la puerta, aunque nuestro corazón sea una cuadra llena de porquería. También lo era el lugar donde nació en Belén. Y aunque no tengamos sino pajas de deseos que ofrecerle, se reclinará gozoso en nuestro corazón cual lo hizo en el pesebre, sabiendo que no le faltará en nosotros el amor y pureza santa de su Madre, que compensará con creces toda frialdad y basura nuestra.

Quisiéramos recordar a todos que nunca como en los tiempos de frialdad colectiva, y de apostasía e infidelidad,

Pág. 350

será tan fácil al creyente la unión y comunicación con Jesús, si le abre y le deja entrar en su interior.

Si le dejamos entrar, todo lo demás correrá por su cuenta. Cuando no tiene a quien darse, se dará a nosotros del todo sin muchas exigencias. Quemará las etapas de nuestra purificación: El mismo hará nuestra santidad, sin más colaboración nuestra que nuestro «Sí» a su acción.

Muchos recibieron a Jesús en su vida mortal. A todos acogió. Pero cuán lenta se nos ofrece la transformación por Él obrada, incluso en sus mismos apóstoles. Camino largo el de la intimidad con Jesús, el de nuestra transformación plena en El.

Pero cuando Jesús está solo en la Cruz, cuando todos le maldicen y nadie quiere recibirle en su seno, aparece el Buen Ladrón —bueno, porque Jesús iba a hacerlo bueno.

En una apertura tímida, se limita a reconocer que Jesús es inocente. Pero está Jesús tan deseoso de darse, en la soledad en que se encuentra, tan ansiosa su Madre de sembrarlo, de hallar alguien que quiera recibirlo, que inmediatamente se sienten Madre e Hijo conquistados, e iluminan su mente para que lo reconozca como Rey eterno y Salvador, y como a tal abre el ladrón de par en par la puerta de su corazón: «Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reino» (Lc. 23,41).

El que un ladrón y asesino crucificado reconociera la realeza de Cristo debió producir un murmullo de irrisión en quienes le oyeron: «ya empieza a ser reconocido como rey: rey de ladrones y de asesinos»... y la voz correría como pólvora hasta los últimos extremos de la multitud, para mayor befa de Cristo. Cierto: la confesión del ladrón no creemos glorificara a Jesús, al menos ante los hombres.

Pero llenó de gozo su Corazón de Redentor, al hallar en tanta desolación un seno en que morar, un seno en que actuar.

E inmediatamente entró en ese seno que se le ofrecía: e inmediatamente María, no más oírlo, gozosa lo sembró en su corazón.

Pág. 351

Y fue tal la obra de Jesús, que en un instante transformó por entero a quien hasta entonces fuera simple ladrón y asesino a lo largo de su vida.

Tan por entero, que ya nada quedó en él siquiera que hubiera de ser purificado tras la muerte por el fuego del purgatorio: «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc. 23,43).

En la soledad terrible en que se hallaba el Corazón de Jesús, hizo en ese ladrón en un instante una transformación total que tantos años le llevó el hacerla en los apóstoles o en María Magdalena.

Jesús es tan agradecido, tan ansioso está de amor y compañía, que cuando en su soledad y en su abandono uno se le ofrece, ya siempre lo reconocerá por amigo suyo. Quien al verlo despreciado lo confiesa y recibe, será por El confesado y recibido ante su Padre y sus ángeles como amigo del alma, por miserable y despreciable que sea (Mt. 10,32; Lc. 12,8). Jesús le comunicará su misma hermosura.

10. NUNCA COMO EN LA PRESENTE APOSTASÍA SE NOS PRESENTARÁ OCASIÓN TAN FÁCIL DE ESTRECHAR CON JESÚS Y SU MADRE UNA AMISTAD QUE ELLOS SABRÁN MANTENER ETERNAMENTE

Por eso yerran cuantos se quejan de la dificultad que hoy entraña darse a Jesús, ser fieles a la fe.

Nunca fue tan fácil, porque en el abandono en que se encuentra nunca fue Jesús más accesible, más comunicativo, para cuantos quieran recibirle, por ruines que sean, por poca preparación que en amor tengan.

Está Jesús en el Sagrario, puesto allí por su Madre, y por su Madre acompañado como en la Cruz —cuyo sacrificio repite la Santa Misa, y reproduce actualizándolo—. Los dos ansiosos para darse, para pasar a habitar en quienes quieran recibirlos.

Ante el desprecio de que, como antes en la Cruz, es ahora objeto, desconocida por tantos su Divinidad, haciendo irri-

sión de la adoración que se le debe, rodeado de incredulidad y profanación blasfema, ¿no se nos ocurre pensar que aunque vayamos a El con una vida entera más llena de pecados que el Buen Ladrón, Jesús nos recibirá con gozo, aceptará nuestro corazón como morada, y El y su Madre se encargarán de purificarlo de tal modo que Jesús se sienta en mí como en lecho florido, como en seno en que se refugie de la frialdad ambiente?

¡Qué tontos somos de no aprovechar esta ocasión, que quizá nunca volverá a presentarse, de trabar amistad íntima con Jesús: amistad que su Corazón agradecido y siempre fiel reconocerá eternamente, y de la que nunca se desdecirá por mucha que sea mi ruindad!

Por extraño que parecernos pueda, tenemos hoy la ocasión única de granjearnos el agradecimiento del Corazón de Jesús y de su Santísima Madre. Y con el agradecimiento, una amistad indefectible y siempre fiel, que ahora somos incapaces de comprender, porque también incapaces de penetrar la singular delicadeza y fidelidad de esos dos Corazones.

Amistad que nos recordarán el día del juicio, presentándosenos como amigos, y como tales reconociéndonos ante todos los ángeles y ante el mismo Padre Celestial, por mucha que sea la miseria y absoluta pobreza con que ante ellos nos presentemos.

Jesús lo olvidará entonces todo, para hacernos sólo recordar su amistad con nosotros a lo largo del camino; y sólo esa amistad suya siempre fiel e indefectible contará ante El. De nuestros mismos pecados y traiciones sólo recordará los perdones que nos otorgó, y las calamidades que por esas mismas infidelidades juntos hubimos de pasar.

Quisiera convencer de todo esto a las almas desconfiadas.

Mas creo sólo podrán verlo si contemplan en Jesús y en su Madre un corazón humano como el nuestro, pero sin ninguna de nuestras imperfecciones, ruindades e ingratitudes. Entonces podremos entenderlo, viendo el comportamiento humano de las almas generosas.
Pág. 353

En un mismo curso hay dos alumnos que sienten antipatía recíproca; y por eso, aunque sin verdaderamente odiarse, no sólo no se tratan, sino que incluso evitan cuidadosamente todo trato. Uno de ellos viaja en avión, que se accidenta, y sólo él logra salvarse en islita desierta. Pasado un año, su compañero emprende el mismo viaje, y con el mismo resultado: los dos se encuentran en la misma islita. Su alegría será grande de verse acompañados, verse unidos, y no solos. Y aunque en su convivencia habrán de superar más de un antagonismo, si allí están varios años acabarán siendo los mejores amigos: la soledad los unió de modo indeleble.

Jesús ha venido al mundo para estar con los hombres. ¡Cuánto soñaba con ellos, Él, que encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres! (Prov. 8,31). No le gusta el mundo, al que no pertenece (Jn. 17,16), y que es para El tierra de destierro. Sólo le gustan los hombres que están en el mundo, a los que ha venido a redimir y a sacar del destierro del mundo. Y se encuentra aislado y solo, sin que nadie le trate, le ame o le reciba en su corazón.

Por poco, y aun nada, que a Él me parezca, si uno mi soledad a la suya, será tanto su gozo de verse por mí acompañado, que acabaremos siendo los mejores amigos del mundo. Y como amigo suyo entrañable me reconocerá ante todos en el cielo, cuando allí me lleve consigo, salido ya de este mundo.

En la soledad del Sagrario, donde tantas veces hoy está del todo desconocido y en aislamiento total o casi total, se entregará a quien quiera acompañarle, recibirle y amarle, por poco atractivo que sea el que de compañero se le ofrece. El pondrá en mí el atractivo que a mí me falta, la hermosura divina suya de que yo carezco.

Le invitan a uno a un guateque: sabe que varios amigos irán también, aunque el resto le sean desconocidos. Llega, y nadie le reconoce, ni saluda, ni habla. Sus amigos están tan entretenidos con otras compañías que se limitan a acusar su presencia con un leve movimiento de cabeza, sin pero-
Pág. 354

cuparse más de él —¡cuántos invitados nominalmente a la boda por Jesús, están tan ocupados con cosas y amores del mundo que le tratan cual si no le conocieran! (Mt. 22,1-14; Lc. 14,16-24)—. La posición de nuestro invitado es sumamente violenta. Se le acerca entonces uno y le da conversación, le invita, le entretiene, le presenta a los demás, y no le deja mientras le vea solo y aislado. Si nuestro invitado es generoso nunca olvidará ese detalle. Y cuando vea solo al que le acompañó en su soledad, tampoco le abandonará, antes le presentará a todos sus amigos, y ante todos le reconocerá.

¿Qué no hará el Corazón de Jesús?

Él es el invitado del mundo, al que viene a salvar. El, quien viene a celebrar sus bodas con nosotros.

Mas vino a los suyos, y los suyos no le recibieron (Jn. 1,11). ¿Qué de extraño tiene que si encuentra alguno que le reciba y atienda le dé poder para hacerse hijo de Dios (Jn.

1,12), y le considere ya siempre como hermano, y consigo le lleve a todas partes, hasta el mismo cielo, para presentarlo a su Padre?

¡Si conociésemos un poco la infinita delicadeza del Corazón de nuestro Jesús, su ansia infinita de ser por nosotros amado y por nosotros recibido en nuestro corazón!

Ni importa que nosotros seamos peores que jumentos: «Me convertí ante ti en jumento y mulo, mas yo siempre contigo» (Sal. 72,23): Siempre con Jesús, y compañero de Él, aunque sea terco como un mulo, ignorante de sus designios amorosos como jumento y asno. Yo siempre con El.

Con El, que se ha anonadado y disfrazado para que me atreva a intimar con El; que se ha hecho tan pequeñín y tan oculto —pero tan maravillosa y omnipotentemente operante— en la Eucaristía para que yo no me avergüence en su presencia.

¿Quién de nosotros osaría intimar con El, o estar con Él, si le viera en su gloria y esplendor, cuando el mismo San Juan Evangelista, que se había reclinado en su pecho, cayó como muerto al contemplarlo? (Ap. 1,17).

Pág. 355

Por eso se ha abatido, y escondido su gloria, y aun su misma humanidad, de modo inconcebible, en el Sacramento del Altar: para que yo me atreva a tratarle, a estar con Él, a hacer con Él, de compañero inseparable, mi viaje hacia el cielo.

¡Cuántas veces le trataré sin respeto debido, al verle así abajado! Pero que nunca le trate sin simpatía, sin amor, sin agradecimiento.

¡Cuántas veces reñiremos por el camino, me separaré de Él, le ofenderé! Pero otras tantas volverá El a buscarme, y yo a desear su presencia y compañía, para volver de nuevo oa alejarme en pos de mis caprichos, y a enfangarme en cada lodazal que encuentre en mi camino.

Pero Él nunca se cansa de perdonar y lavar como Redentor al que una vez se le entregó. Nunca se cansa de buscarme como Buen Pastor, una vez que al darme a Él en su soledad me ha hecho oveja suya.

Creamos en la fidelidad de su amor. Perseveremos en el deseo de amarle, en medio de tantas deficiencias. «Sólo una cosa sé, y es que me amas. Sólo una cosa quiero: quiero saber amarte.»

11. RECEPCIÓN DE JESÚS Y LA VIRGEN MADRE CUANDO ME ENCUENTRE CON ELLOS TRAS LA MUERTE

Y cuando lleguemos al final del viaje, y El se me manifieste en su verdadera gloria y ser, cuando yo caiga espantado y como muerto en su presencia, pidiendo a los montes se desplomen sobre mí para ocultarme (Lc. 23,30; Ap. 6,16; Os. 10,8), El extenderá sobre mí su mano, recordándome nuestra amistad del camino: cuántas veces me lavó, me curó, me resucitó, me perdonó, me encontró cuando me perdí; cuanto hablamos e hicimos juntos; cuanto nos amamos, y, sobre todo, cuánto me amó El, y cuánto gozo sentí yo en que El me amara, aunque tan poco le correspondiera.

Pág. 356

Y me dirá que Él no ha cambiado. Que cuando me eligió por amigo y compañero suyo en el camino, me eligió para siempre, permaneciendo eternamente fiel a su elección

de amor. Y como amigo me recibirá y abrazará; y como amigo me presentará a su Padre y me confesará ante El.

Por el seno mío, que yo le ofrecí en el camino para que en mí durmiera y reposara —aunque tantas veces le despertaran, y momentáneamente le ahuyentaran, las víboras que entraban en la cueva de mi corazón, o que sin saber cómo brotaban de sus escondrijos—, me dará Él el seno de su Padre, donde Él mora y reposa, para que allí esté siempre ya con El.

Por el pequeño e inconstante, pero siempre reiterado, amor de mi corazón, me dará Él el amor infinito suyo, para que el mismo Espíritu Santo sea ya eternamente mi amor como es el suyo.

Y me recordará que mientras caminábamos, y yo ni sabía por donde íbamos, Él me estaba preparando morada en el cielo junto a Si, para que me sentara, no en trono vecino al suyo, sino en su mismo trono con El.

Y me dirá que, estando ya todo preparado, ha venido por mí, manifestándoseme en todo su poder y gloria, no para rechazarme, olvidándose de la antigua amistad, sino para llevarme consigo, para que ya definitivamente y para siempre esté donde El y con El, partícipe de su gloria divina, de su dicha y su gozo, como lo fui de su destierro y de su humillación en el camino, en el que me acompañó y le acompañé.

Del alma que se entregó a su amor, Jesús, en el juicio, recordará sólo los amores: el amor pequeñito que nosotros le tuvimos; el amor infinito que incansable Él nos tuvo, perdonándonos siempre y aguardándonos, y esperándonos con paciencia infinita.

Y si sólo recuerda sus perdones, y no mis faltas; sus amores, y no mi frialdad; mi amor, y no su pequeñez ni su inconstancia, nada temeré de su juicio, porque sé que me

juzgará su Amor, el Amor que a mí me tiene, y en el que me he gozado y eternamente gozaré.

Y hará entonces que mi amor sea perfecto como el suyo, indefectible como el suyo y siempre fiel, eterno como el suyo. Porque al fin de este viaje, y en la consumación de esta jornada, sólo se nos juzgará sobre el amor.

Y ¿qué decir del agradecimiento de la Virgen Madre?

Los obsequios recibidos por el Hijo de la Reina mientras está en su corte, ni tienen gracia ni atraen gratitud.

Pero si el hijo se ha perdido en medio de los bosques, y allí lo encuentra un niño mendigo o pastorcito, y le hace comer de su pan negro, y lo acompaña en sus juegos y travesuras, y lo consuela y anima, y acaba devolviéndolo sucio y roto a su Madre, esa Madre, por muy Reina que sea, si es de corazón noble, no olvidará jamás al mendigo o pastorcito; la medida de su agradecimiento será el amor que a su Hijo tiene.

Quiso Jesús perderse en este mundo para salvar al mundo. En el bosque de ciudades y pueblos, entre hombres que cual si fueran meros árboles desconocen su presencia, se halla, en cada sagrario, como en verdad perdido, y a cada corazón llama, pidiendo se le abra y reciba.

Si en esa soledad le ofrezco abrigo, cariño, amor y compañía; si, en mi pobreza, partícipe le hago del negro pan de mi amor tan degradado, y le abrigo con mis vestidos rotos, y le hago dormir en mi pobre y puerca choza, y con El juego, y hasta le hago judiadas y le pongo zancadillas, para volver siempre a amarle y consolarle, y le doy a beber del agua misma de las fuentes contaminadas que yo bebo, y

le entrego todo lo mío, aunque todo sean suciedad y harapos, cuando al final de la jornada devuelva a María Virgen el Jesús que de Ella recibí me agradecerá todos los cuidados de que yo Io rodeé: no los medirá por la cuantía de ellos, sino por la total entrega con que en mi pobreza radical se los prestara.

Y me reconocerá como hijo suyo, por la unión y compañía que a su Hijo he hecho en este mundo.

Pág. Pág. 358

Y aún de presente, ningún cuidado, ningún obsequio, ningún acto de amor o compañía, por pequeño que sea, de que rodee a su Divino Hijo, dejará de atraer sobre mí la mirada amorosa y agradecida de su Madre.

Y se irá de tal modo habituando a verme indisolublemente unido a su Hijo, y siempre acompañándole, que me envolverá en el mismo amor, y con la misma compasión con que a Él le envuelve.

En cuanto al final de la jornada, ciertamente llegaré sucio del todo a presencia de mi mamá Celeste. Y no menos sucio llevaré al Jesús, por lo rematadamente mal que lo he cuidado, por las trochas y atajos que le hice conmigo recorrer. Pero a los dos nos recibirá llena de alegría, y nos abrazará con amor de Madre.

Madre virginal.

Madre plenísima de Jesús y nuestra, con una maternidad que tan sólo en el cielo llegaremos en algún modo a comprender.

Pág. 359

LIBRO III

LA ESPOSA DEL VERBO

«Único es mi paloma, mi perfecta... Viéronla las hijas de Sión, y la proclamaron dichosísima; Las mismas reinas la colmaron de alabanzas.»

(Cant. Cant. 6,8).

«Huerto cerrado, hermana mía, esposa: huerto cerrado, fuente sellada.»

(Cant. Cant. 4,12

Pág, 361
Pág, 362

En el Libro anterior se atendió sobre todo a la virginidad según la carne, con que María engendra a su Divino Hijo. En este atendemos sobre todo a la Virginidad de espíritu, consistente en el amor virginal, que la hace, no sólo Madre, sino también Esposa de Cristo, ofreciéndonos otra hermosísima y fundamental faceta de nuestra Celestial Madre.

Se comienza describiendo el amor virginal, para mostrar con cuánta plenitud y totalidad se dio y se da en María (cap. I).

Se describe luego con qué plenitud y perfección se cumple en María, gracias a su amor virginal, la noción de Esposa de Cristo (cap. II), remontándose a una visión unitaria de las bodas eternas del Cordero, indicando cómo toda unión de Cristo con la Iglesia y las almas deriva de la plenitud de su unión con la Virgen María (cap. III), y haciendo incidentalmente una breve alusión a María como Hija de Cristo, cual nos la presentan tanto la Liturgia como los Documentos eclesiásticos y patrísticos: esta faceta riquísima de la Virgen casi sólo se sugiere, pero esperamos baste para que el alma devota de María aproveche esa riqueza inagotable por sí misma (cap. III).

En los capítulos IV y V insinuamos la matización que en María introduce su estado de Esposa virgen, tanto en sus relaciones con el Corazón de Jesús (cap. IV), como en su mismo estado personal, haciendo de Ella la «anegada en delicias», aunque también «la anegada en dolores», por hacer suyos los de su Hijo y los nuestros (cap. V.)
Pág. 363

Los dos últimos capítulos (VI y VII) tratan ya de nuestra participación en los esponsales eternos de María: las vías y grados por los que se asciende al amor virginal, que se obtendrá perfecto en el cielo (cap. VI), y la realización de esa ascensión a lo largo de la vida, hasta nuestro encuentro con Jesús y nuestra Madre en el Cielo (cap. VII).

La obra que seguirá —MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA—, tratará ya de la actuación amorosa de María con Jesús y con nosotros: amándole a Él con amor virginal de Madre de Dios y Madre nuestra; amándonos a nosotros con amor virginal de Madre nuestra y Madre de Dios. Tanto mientras vivimos en este mundo, como luego eternamente en el cielo (Madre Celeste).
Pág. 364

CAPÍTULO PRIMERO

EL AMOR VIRGINAL DE LA MADRE VIRGEN

«*Un gran portento apareció en el cielo: Una Mujer vestida de sol.*»
(Ap. 12,1).

«*Me metió en sus bodegas... ordenó en mí el amor.*»
(Cant. 1,15; 2,4).

«*Nuestro lecho es florido... Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Como lirio entre espinas; así mi Amada entre todas las mujeres.*»
(Cant. 1,15; 2,1.2).

I MARÍA, ESPOSA VIRGEN DEL VERBO VIRGEN

La virginidad de la carne es a la vez, y quizá principalmente, signo y expresó visible de la virginidad del espíritu, de la virginidad del amor.

Contemplar esta virginidad de la Virgen María es entrar en un misterio totalmente insondable, en una perfección de amor que no tiene término de comparación por el que po-

damos entenderlo, ni aun recurriendo al mismo orden angélico.

Nuestra exposición no puede así ser más que una especie de línea o flecha directriz que oriente al alma piadosa en su contemplación de la Madre Celestial.

Una vez así orientada, es a ella a quien toca descubrir el misterio, o en algún modo introducirse en él, guiada por el Espíritu Divino; y es a la misma Virgen a quien toca hacérselo gustar: a Ella, que no dejará de introducir en su casa y reclinar en su seno a quien persevera velando y deseando a las jambas de su puerta (Prov. 8,34).

Entonces verá a María, no sólo como Madre del Verbo encarnado, sino también como Esposa de ese mismo Verbo —cual la vieron los Santos Padres—; y contemplará en Ella el modelo que siempre ha de tender a incansablemente imitar en sus relaciones con Jesús.

La Iglesia, y con ella cada alma en gracia, no sólo es Cuerpo de Cristo, sino Esposa de Cristo, en comunidad de vida y actividad con El.

Y esa comunidad de vida y de acción, propia del matrimonio, ha de buscar cada alma, a quien se da Jesús como Vida, para hacerlo todo en ella y con ella, como la cepa en el sarmiento.

Pero siendo María Madre de la Iglesia, y Madre nuestra, nada hay en la Iglesia ni en nosotros que por Ella no nos sea transmitido por la virginal generación que la hace nuestra Madre.

Si, pues, la Iglesia es Esposa de Cristo, cuya unión mutua copia y simboliza el sacramento del matrimonio (Ef. 5,32); si el alma, si cada cristiano, como miembro del Cuerpo de la Iglesia, es también esposa de Cristo, es evidente que este desposorio es mera

participación, en la Iglesia y en el alma, mera derivación, de la calidad de Esposa del Verbo que la Virgen María posee, y que como Madre les transmite.

E Iglesia y almas han de esforzarse de continuo en imitar la virginidad del amor de María: virginidad de amor que la hace digna esposa del Verbo.
Pág. 366

Tanto más se acercarán la Iglesia y las almas al estado de perfectas esposas de Cristo, cuanto más de cerca imiten el amor virginal de su Madre María, y la comunión de vida y actividad propia del estado de matrimonio que ese amor genera.

2. EL SENO DE MARÍA, TÁLAMO NUPCIAL DONDE JESÚS SE DESPOSA CON LA IGLESIA Y EL ALMA

Para facilitarnos más esa imitación, quiso Jesús hacer de la Virgen, no sólo su Esposa, sino también el tálamo nupcial en el que se desposara con la Iglesia y las almas.

Es en su seno, en que Iglesia y fieles están como hijos engendrados ya pero todavía no nacidos, donde Jesús se une e incorpora a cada alma, y a la Iglesia en su conjunto.

Nuestra unión con Cristo se verifica envueltos y como impregnados por el amor virginal de María: la unión se hace posible, digna del Verbo que a nosotros se une, y agradable a su Corazón, por el amor de su Madre y nuestra que la preside, y de cuya plenitud deriva a nosotros para que con el mismo de Ella amemos a Jesús.

Bien lo intuía el alma cuando decía: «¿Quién me dará a Ti, hermano mío, mamando a los pechos de mi Madre, de modo que allí te encuentre a solas y te bese, y ya nadie me desprecie? Me abrazaré a Ti, y te llevaré a la casa o seno de mi Madre, y allí me enseñarás el verdadero amor, y allí te daré yo a beber del vino del amor por mí misma Madre elaborado, y como mío te lo daré, condensando en su unidad la dulzura y sabor de todos los amores creados, cual granada que contiene en sí todos los granos. Entonces, y allí, mi cabeza se reclinará sobre tu izquierda, mientras me abrazará tu diestra» (Cant. 8,1-3). «Encontré al Amado de mi alma, le así, y no le soltaré, hasta que lo introduzca en el seno de mi Madre, en la morada de la que me engendró» (Cant. 3,4).

Sólo entonces está el alma segura de no perder ya nunca
Pág. 367

a su Jesús, cuando ha logrado unírsele en el seno de su Madre, que sabe muy bien no abandonará Jesús.

Ese seno es el «lecho florido» (Cant. 1,15), en que está segura retendrá a Jesús. Es la bodega en que se ha reunido todo el vino de amor que el universo pueda contener o producir, de donde Jesús hará derivar en el alma como ríos el verdadero amor, con que por Ella es amado: «Me introdujo en la bodega del vino: ordenó o dispuso en mí el amor» (Cant. 2,4).

Es en el seno de María donde Jesús nos ve llenos de hermosura, como sumergidos y bañados por la belleza y el amor de su Madre, que nos comunica y cede como propio todo lo suyo.

Es en ese seno donde verdaderamente se enamora de nosotros, de cada uno cual si él solo existiera, al ver en él la imagen y el resplandor de su Madre: «Unica es mi paloma,

mi perfecta, como hija única de su Madre, elegida como hija por la que la engendró» (Cant. 6,8).

En él, el mismo amor que a María tiene se vierte en nosotros, cual torrente que inunda gloria, y río que anega en paz (Is. 64,12), cual fuente que llena de dulzura, frescor y fecundidad, saciando toda sed de amor. Y se vierte porque nos halla en su seno, hijos de Ella, elegidos por Ella, amados por Ella, resplandeciendo en nosotros la imagen de Ella.

Si el alma que quiere llegar a Jesús sin ir a Él por María, es como ave que quisiera remontarse sin alas, quien pretende unirse a Jesús fuera del seno de María, es cual ave que quiere criar sin nido.

Su seno es el nido en que nuestra fecundidad sobrenatural se desarrollará y fructificará. Fuera de Ella no hallaremos nido en que nos encontremos con Jesús, estableciendo con Él comunidad de vida.

3. MARÍA, VIRGEN DE ESPÍRITU POR LA VIRGINIDAD DE SU AMOR

La virginidad de la carne de María, con toda la perfección y plenitud maravillosa que comunica a su Maternidad divina, es, a la vez que realidad en sí misma, signo de otra realidad oculta, todavía más maravillosa: la virginidad del espíritu, que hace a María Esposa del Verbo.

La virginidad del espíritu radica en la virginidad del amor.

El amor es virginal cuando es puro, sin mezcla ni aleación de cosa alguna que amor no sea.

Al amor se opone el egoísmo. El amor a sí mismo se opone al amor al Amado, limitándolo y empobreciéndolo en su calidad. Es como agua echada al vino, que lo rebaja y desvirtúa. La complacencia en sí mismo resta fuerza, vigor y totalidad a la complacencia en el Amado.

Cuando el amor no es puro, es decir, cuando al amor al Amado se mezcla el amor a sí mismo, el egoísmo, entonces el amor verdadero, a más de no ser entero e íntegro, corre siempre el peligro de desfallecer y fallar, convertido en vinagre, siendo anegado por el egoísmo.

Cuando el amor es puro, ama al Amado con todas sus fuerzas, con toda su mente, con todo su corazón, con todo su ser (1), pues no hay ya nada propio que el egoísmo —inexistente— pueda sustraer a la consagración total al Amado.

Ese amor es indefectible: ningún elemento hay en él que pueda corromperlo, desintegrarlo, anegarlo, o hacerlo desfallecer.

Es lo que expresa San Agustín, como síntesis y compendio de su obra *La Ciudad de Dios* (2), señalando el momento en que se alcanza la indefectibilidad: «Dos amores hicieron dos ciudades: la terrena, el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios; la celeste, el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí.»

Mientras permanecen juntos amor y egoísmo, hay tensión y lucha, y el resultado se mantiene incierto. Uno u otro

(1) Dt. 6,5; Mt. 23,37
(2) XIV, 28

pueden desfallecer, dejando todo el campo a su contrario.

Mas cuando el amor ha eliminado al egoísmo, ya es indefectible, con la indefectibilidad propia de los bienaventurados. Y cuando el egoísmo totalmente elimina al amor, también es indefectible, con la indefectibilidad o contumacia absoluta propia de los condenados.

4. EL AMOR VIRGINAL DE MARÍA

Cuando decimos que el amor de María es y fue siempre virginal, puro y sin mezcla, significamos un amor absolutamente exento de todo egoísmo.

En virtud de ese amor, María nunca busca su gusto, sino sólo el de su Amado. Nunca se complace y goza en sí misma o en algo suyo, sino sólo en su Amado, en todo lo de su Amado.

Ni siquiera puede tener la más mínima inclinación inicial a buscarse a sí misma, o en sí misma gozarse y complacerse. Falta radicalmente en Ella el principio de que pueda proceder, que pueda hacer posible esa primera inclinación.

Ese principio es el egoísmo o amor a sí misma. Y en el amor virginal, por ser puro y sin mezcla, no cabe egoísmo alguno, que no puede coexistir con el amor virginal. Su amor es así absolutamente indefectible.

Ella es «la flor del campo y el lirio de los valles» (Cant. 2,1), que da su vistosidad y su perfume, sin ni siquiera Ella percibirlo.

«Huerto cerrado, fuente sellada» (Cant. 4,12), movido y oreado por el Espíritu Santo, que desprende sus aromas (Cant. 4,16), no para que Ella los aspire, sino para que recreen al Amado, que en Ella se recrea como en jardín de sus delicias, seno en que descansa: «Mi Amado descendió a su jardín, al majuelo o eruela de plantas aromáticas, para recrearse en las flores y recoger los lirios. Toda soy para mi

Amado, y para mí también mi Amado, que se apacienta entre los lirios» (Cant. 6,12).

Para El son todos los frutos de su maravillosa actividad de amor; nada se reserva Ella para sí: «Baje mi Amado a su jardín, y coma el fruto de sus árboles... Ante mí están todos mis frutos: los de ahora y los de antes, todos, Amado mío, los he reservado para ti» (Cant. 5,1; 7,13).

Como la flor no aspira nunca su perfume, sino que simplemente lo da, así María «flor del campo y lirio de los vaIles», nada toma de sí misma, todo lo da.

Un amor virginal así, cual se da en la Virgen María, se nos hace del todo incomprensible, por carecer de ejemplo que lo ilustre, en que podamos mirarlo y entenderlo.

Para verlo realizado habríamos de contemplarlo en el interior de Dios, en la profundidad abisal y misteriosa de las Relaciones Trinitarias; o bien, participadamente, en los bienaventurados en el cielo, ya sumergidos, anegados y totalmente transformados en Dios.

Mas tanto la Trinidad como la visión beatífica nos son todavía un misterio que creemos, pero que aún no podemos contemplar.

Sólo cuando lo contemplemos entenderemos de modo positivo la increíble maravilla del amor virginal de nuestra Madre.

5. EL AMOR EN LA MATERNIDAD ORDINARIA Y EN LA MATERNIDAD VIRGINAL

En la maternidad normal, no virginal, Dios, conociendo nuestro egoísmo natural, quiso estuviera presente, acompañándola, un atractivo y placer sensible que facilitara su aceptación, y aun casi la forzara.

Se puede así tener hijos sin amor, por puro egoísmo, por buscar de modo irresistible la propia complacencia. Aunque

Pág. 371

una vez engendrados quizá se acepten y aun se amen, en realidad no se ha querido su venida a la vida.

Se puede también, y es lo normal, tener hijos por amor, con verdadero deseo de comunicarles el propio ser. Mas nunca será amor puro, virginal, exento totalmente de egoísmo: nunca estará del todo ausente la complacencia en la propia satisfacción.

Únicamente en la inconsciencia podría darse la maternidad sin mezcla alguna de egoísmo. Pero esa maternidad inconsciente sería, por inconsciente, igualmente sin amor.

Entre la maternidad por puro egoísmo y la maternidad por puro amor hay una gama inagotable de grados, que pueden acercarse más o menos al amor puro virginal. Pero ninguno de esos grados alcanza el amor virginal sin mezcla alguna.

Y la mezcla sumamente varia de amor y de egoísmo sigue dándose luego en las relaciones de los padres con los hijos ya nacidos.

En general, no se conoce amor más puro y desinteresado que el de los padres a los hijos. Pero aun en los padres *más padres* aflora continuamente el egoísmo en manifestaciones múltiples variadísimas, que todos podemos observar.

El amor virginal no se da así en el hombre, ni aun en los padres con relación a sus hijos, por mucho y bien que los amen.

Mas al hacer Dios a María Madre virgen en la carne, nos está claramente indicando que es Madre virgen también en el espíritu, virgen en el amor.

Al exceptuarla en su Maternidad de la ley del placer egoísta, nos está manifestando que quiso excluir de su amor toda mezcla o sombra de egoísmo.

Y como es Madre por el amor, nos manifiesta que su amor es virginal, sin mezcla posible de egoísmo alguno, de complacencia alguna en sí misma: sólo en su Hijo la tiene.

Pág. 372

6. SUBLIMACIÓN DEL AMOR CREADO HASTA LLEGAR A VIRGINAL EN EL CIELO

El egoísmo que aparece como integrante del amor de maternidad y paternidad no virginales no es más que un caso particular, aunque muy significativo, del egoísmo que se mezcla al sincero amor humano en todas sus manifestaciones. Por eso Dios quiso acompañar de placer subjetivo todas aquellas operaciones que deseaba del hombre, para así, en lo posible, asegurarlas en su doble fuente de egoísmo y de amor. En realidad, un cierto egoísmo radical parece inherente a toda creatura, incluidos los mismos ángeles.

Creemos se debe a su misma deficiencia radical, propia de la creatura limitada, que busca completarse con otros, realizarse a sí misma con la posesión del amado.

Por eso el egoísmo sólo desaparece cuando la realización plena de que radicalmente es capaz, y a la que natural y sobrenaturalmente aspira, ya se ha verificado.

Ninguna unión con creatura, ni posesión de ella, puede exhaustivamente realizar la capacidad total del hombre, en sí mismo ordenado a la posesión de la Verdad y Bien infinito: «Nos hiciste para Ti, y no reposa nuestro corazón hasta que descanse en Ti» (1).

Por eso, ningún amor de creatura puede depurar del todo el amor del hombre, liberarlo en raíz de su egoísmo. Es más, si se centra en el amor a la creatura, acabará imponiéndose vencedor el egoísmo, anegando todo amor: todo lo querrá ordenar a sí mismo, sin ordenarse a nadie él mismo.

Sólo cuando el hombre alcanza la posesión de la Verdad infinita, el goce del Bien infinito, se ha realizado plenamente: nada le queda ya que para sí pueda desear, y así todas las fuerzas de su ser, su mismo ser entero, queda libre para complacerse únicamente en el Amado: sólo entonces podrá decir con verdad plena: «Mi Amado para mí, y yo para El... *Yo soy para* mi Amado, y a mí Él se vierte» como único bien y complacencia mía (2).

(1) San Agustín, Confesiones
(2) Cant. 2,16; 7,10

Por eso el egoísmo desaparece en el cielo, para dejar lugar al amor puro y virginal, con que amemos a Dios con el mismo amor con que Él nos ama y con el mismo amor con que Él se ama.

Teniendo ya todo cuanto podamos desear o buscar, allí «nada me pediréis», (Jn. 16,23), porque «vuestro gozo será pleno» (Jn. 16,24). Estando ya plenamente realizados, no hay ya base para que en cosa ninguna se busquen a sí mismos o procuren su propio interés; y así todas sus fuerzas y todo su ser queda libre para contemplar al Amado, y en El, y sólo en El, complacerse y gozarse.

Hasta llegar a ese bienaventurado estado, sabemos que los mismos ángeles eran defectibles: incluso muchos de ellos desfallecieron, pecando por egoísmo, amándose a sí mismos, renunciando al amor a Dios por el amor a sí mismos.

Mas el origen de esa defectibilidad, de esa posibilidad de pecar que tuvieron todos los ángeles antes de ser beatificados, no es otro que el egoísmo que a su amor iba mezclado.

Es el egoísmo el que hace posible que la creatura se centre en sí misma desviándose de Dios. De no haber, ni aun radicalmente, egoísmo, es del todo imposible que la creatura se centre en sí misma, se complazca en sí misma, apartando de Dios su complacencia para acabar odiándolo.

Si, pues, todos y cada uno de los ángeles empezaron *defectibles* y con posibilidad de pecar, es que todos empezaron su existencia con amor, sí —y no podía ser menos, creándolos Dios que «es Amor» (1ª Jo. 4,8)—, pero no con amor virginal, sino mezclado de egoísmo.

Sólo su correspondencia libre a la gracia había de llevarlos a la extinción total del egoísmo, ante la inundación del amor divino que la gracia correspondida haría derramarse en ellos.

Con cuanta verdad, pues, mirando Jesús a su Madre entre todas las creaturas, como flor del campo del universo y

lirio de todos los amores (Cant. 2,1), hubo de decirse extasiado:

«Como lirio entre espinas, así es mi Amada entre todos los hijos» que creé destinados a verme (Cant. 2,2). «Única es mi paloma, mi perfecta» (Cant. 6,8) en toda la creación. «¡Cuán hermosa eres, Amada mía, cuán hermosa...! De verdad toda hermosa, y ni mancha ni defecto hay en ti» (Cant. 4,1.7).

7. EL AMOR DE MARÍA ES VIRGINAL DESDE SU MISMA CONCEPCIÓN INMACULADA

Vimos en LA AMADA que el amor de la Virgen parece ser indefectible desde el primer instante de su ser: que su libertad de tal modo y con tal perfección copiaba a la divina que participaba de su indefectibilidad (LA AMADA, libr. III, 3).

Mas si su libertad, y con ella su amor, era del todo indefectible, necesariamente ya entonces, desde el primer instante de su ser, era su amor virginal, es decir, sin mezcla alguna de egoísmo.

Por poca mezcla de egoísmo que hubiera tenido, su amor hubiera sido defectible, como lo fue el de los ángeles recién creados. Doquiera hay egoísmo, hay posibilidad de defección, posibilidad de ahogar el amor.

Igualmente vimos que la Virgen empieza donde los elegidos acaban (cf. LA AMADA, lib. II, 6). Si los elegidos acaban poseyendo el amor virginal y sin mezcla en la visión beatífica, la Virgen María, que empieza con la perfección con la que ellos acaban, inicia su existencia ya dotada de amor del todo virginal y puro, exento de todo egoísmo.

Explicamos poco ha que la mezcla de egoísmo parece inherente a la creatura hasta haber alcanzado su realización perfecta en Dios. Mas María, que empieza donde los santos acaban, aparece en el mundo ya perfectamente realizada,

alcanzando ya en el primer instante de su existencia su destino de creatura (Cf. LA AMADA, lib. II, 6; lib. III, 4): ninguna posibilidad de egoísmo cabía ya entonces en Ella, pues ninguna compleción que como creatura pudiera desear le faltaba.

Su capacidad se dilataría después, no en el orden del ser creado, sino en orden a su Maternidad divina. Pero esa dilatación, obrada en María por el Espíritu Santo —Amor Puro Infinito— se hace precisamente, *no depurando*, sino ampliando y elevando su amor virginal, hasta llevarlo en intensidad, riqueza y perfección, hasta los mismos límites o confines del Amor Infinito, pues para poder ser Madre de Dios había de ser elevada sobre toda creatura hasta el mismo solio, umbral o confín de la Divinidad (San Gregorio Magno). Elevación que igualmente parece deducirse del doble aserto de Santo Tomás: la dignidad de Madre de Dios es en cierto modo infinita; Dios da la gracia proporcionada a la misión a que a uno le destina. Consiguientemente hubo de dar a María, para ser Madre de Dios, una gracia en cierto modo infinita, y por consiguiente un amor con esa gracia proporcionado.

Es, pues, evidente que el amor de María es virginal y puro, sin mezcla de egoísmo, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción: después se dilatará hasta la Maternidad, pero no se depurará.

Es lo que insistentemente nos inculca la Iglesia al repetirnos en la fiesta de su Inmaculada Concepción: «Hoy es la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen, que

aplastó la cabeza de la serpiente *con su pie virginal*.» La aplasta en su misma Concepción: no hay entonces pie material, aun no formado. Así pues, *el pie virginal* con que la aplasta no es otro que el acto de amor virginal de su voluntad totalmente de Dios enamorada, y a El virginalmente entregada.

Y si así fue virginal desde el inicio mismo de su existencia, ¿quién podrá alcanzar a comprender la perfección de la virginidad de ese amor cuando adquiere fuerza y eficacia

suficientes para hacerla Madre de Dios? ¿Quién podrá, ni aun columbrar la virginidad de su amor de Madre?

8. EL AMOR DE MARÍA, COPIA PERFECTA DEL AMOR VIRGINAL DEL PADRE AL HIJO, COMO EXIGENCIA DEL AMOR CON QUE SU HIJO QUIERE SER AMADO

El amor de María es así copia perfectísima e incomprensible del amor virginal de Dios, y a la vez exigencia postulada por ese mismo amor virginal divino.

Dios es, y en Él se da, el Amor Infinito sin mezcla de egoísmo: «Dios es amor» (1ª Jn. 4,8), y así nada puede haber en El que no sea amor.

Poseído íntegro y el mismo por tres Personas distintas, es tal y tan desinteresado en cada una de Ellas que ninguna piensa en sí misma, sino en las otras Dos. Ninguna se complace en sí misma, sino en las otras; diríamos que ninguna se conoce a sí misma (Mt. 11,27), sino a las otras, y sólo en las otras se ve, conoce y ama a sí misma. Su mismo ser personal se constituye formalmente por su proyección total a las otras dos. Es esa proyección a otro, basada en las relaciones de origen y como constituyéndolas, la que pone distinción en las Personas divinas, la que las constituye como distintas (Cf. LA AMADA, lib. I, cap. V).

Por la encarnación, la segunda Persona, el Hijo de Dios, se hace también verdaderamente Hijo del hombre, al recibir de la Virgen María su naturaleza humana.

Siendo la Persona del Hijo amada desinteresadamente con amor virginal infinito por el Padre, convenía, y hasta nos parece necesario, como exigencia característica de su Persona, que también fuera amado virginalmente, sin mezcla de egoísmo o interés alguno, por la Madre.

Así lo exige su misma constitución Personal —y es la Persona divina quien *también* es Hijo de María—. Y así viene exigido para que su filiación humana no desdiga de la

divina, para que la Madre no sea del todo indigna del Padre, lo que redundaría en desdoro del Hijo.

Hubo, pues, de dotarse a María de un amor que fuera la copia más perfecta y maravillosa concebible del amor del Padre.

No podía, como creatura, copiar su infinitud. Aunque incluso en este aspecto fue su amor elevado hasta el solio, umbral o confín del Amor divino, y por lo mismo cuanto absolutamente es posible a un amor creado.

Podía, en cambio, copiar su virginidad, su total desinterés y ausencia de egoísmo.

Es, pues, evidente que para ser Madre de Dios se le comunicó y dio un amor virginal, es decir, del todo puro, exento hasta del matiz más leve o fugitivo de egoísmo,

para que con este amor se sintiera siempre amado el Verbo en el mundo, como por ese amor se siente eternamente amado por el Padre que de toda eternidad le engendra.

Así cumple María el encargo de sustituir y representar con su amor al Padre Eterno con relación al Verbo insertado en el mundo, y en cuanto en este mundo insertado (Cf. LA AMADA, lib. 111, cap. 5).

9. EL AMOR VIRGINAL HUMANO DEL VERBO ENCARNADO EXIGE EL MISMO AMOR VIRGINAL EN MARÍA, PUES DE ELLA HA DE RECIBIRLO POR GENERACIÓN

Si en lugar de mirar cómo es y debe ser amada la Persona del Hijo, miramos *cómo El ama*, llegaremos de necesidad a idéntica conclusión.

El Hijo eterno de Dios ama a su Padre con amor virginal, totalmente desinteresado y exento de toda mezcla de egoísmo. Tal amor es consecuencia de su mismo ser personal, y de la perfección absoluta y total que de su Padre recibe al ser por El engendrado. En la Persona del Hijo no cabe así egoísmo. No sólo no cabe, sino que es impensable.
Pág. 378

En la encarnación, al hacerse hombre la Persona divina del Hijo no puede perder su característica personal de total desinterés.

Si el amor humano de Cristo no fuera virginal, exento de todo egoísmo, siendo ese amor humano verdaderamente amor de la Persona del Verbo, esta Persona divina se volvería, al menos parcialmente, egoísta, al hacerse hombre. Cosa tan imposible de pensar como el imaginar que el Hijo de Dios pudiera pecar.

Es, pues, de absoluta necesidad que el amor humano de Cristo sea virginal, del todo desinteresado, no menos que su amor divino.

Y, en efecto, en esa virginidad de su amor, sin hacer distinción entre sus dos amores, insiste reiteradamente Jesús, cuando dice: «Bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del Padre que me ha enviado» (Jn. 6,38), «No busco mi voluntad, sino la de Aquél que me envió» (Jn. 5,30); «Mi manjar es cumplir la voluntad de Aquél que me envió» (Jn. 4,34); «Yo no busco mi gloria» (Jn. 8,50); «Yo hago siempre lo que a Él le agrada» (Jn. 8,29); «Nada puede hacer el Hijo de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre» (Jn. 5,19); «Yo no puedo hacer cosa alguna de mí mismo» (Jn. 5,30).

Jesús no cuenta para nada. Sus obras de Verbo encarnado —venido al mundo e informado de amor humano— no vienen informadas en poco o en mucho por la consideración hacia sí mismo, sino *sólo* por la consideración hacia su Padre, mirando a su Padre. Es la virginidad perfecta del amor en que para nada entra el egoísmo.

Es, pues, claro, que el amor humano de Jesús es totalmente virginal. Tanto el amor que al Padre tiene, como el que tiene a su Madre y a nosotros, que es un refluir del amor que a su Padre tiene.

Por eso dice: «Nadie puede venir a Mí si el Padre, que me envió, no le atrajere a Mí» (Jn. 6,44), y «Todo lo que me da el Padre, vendrá a Mí; y al que viene a Mí Yo no le rechazaré, porque bajé del cielo no para hacer mi voluntad,
Pág. 379

sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre que me envió; que nada pierda de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad del Padre que me envió: que todo el que ve al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» (Jn. 6,37-40).

No podía más claramente indicarnos que el amor con que nos ama es extensión del amor con que a su Padre ama, y por lo mismo igualmente virginal.

Mas todo lo humano, y por consiguiente también su amor virginal humano, lo recibe Jesús de su Madre, en virtud de la generación virginal según la carne con que Ella le concibe. Nada humano en Jesús tiene otro origen o fuente de que proceda fuera de su Santísima Madre.

Si el amor virginal humano de Jesús procede de María y lo recibe de Ella, de necesidad hubo de ser dotada su Madre de un amor igualmente virginal para que, al engendrarle, se lo pudiera transmitir.

La virginidad del amor del Hijo proclama así la virginidad del amor de la Madre.

10. MARÍA, MILAGRO Y MARAVILLA DEL AMOR CREADO: POR ELLA LA CREACIÓN DEVUELVE A DIOS EL AMOR VIRGINAL QUE DIOS DESEA

Esta ausencia de todo egoísmo convierte a María en milagro portentoso y verdadera maravilla del amor creado: la Mujer toda resplandeciente que a los mismos ángeles deslumbra con su aparición en la creación, vestida de sol, inundada de luz, sin mancha de oscuridad egoísta en Ella. Ante los ángeles mismos aparece como increíble portento (Ap. 12,1 ss.).

Dios ama cuanto ha creado, y su amor es siempre virginal, sin mezcla de egoísmo. Es natural deseara de su creación la

correspondencia de un amor también virginal, sin mezcla de egoísmo.

Vimos que la creación no podía dársela, por su deficiencia radical. Mas hace el milagro de María —«taller u oficina de milagros» (San Juan Damasceno)—, para que Ella dé a Dios el amor puro y virginal que de su creación desea y espera.

Por Ella, en Ella, y con Ella, la creación entera podrá devolver a Dios el amor virginal que de Dios recibe, y así obtener su beatificación, incorporándose dignamente a Cristo como a Cabeza.

Sólo hay dos amores humanos —mejor: sólo hay dos amores creados—, que, desde el principio de su ser, vuelven a Dios el amor virginal que de Él reciben: el de Jesús y el de María.

Mas el amor humano de Jesús, aun siendo creado, es amor del Verbo. Es así Dios mismo quien en el Corazón de Jesús se devuelve a sí mismo el amor virginal con que a la creación ha amado.

Es correspondencia creada, por ser creado el amor que se le devuelve. Pero el que hace la devolución no es creado: es la misma Persona, increada y divina, del Verbo. Falta así la perfecta alteridad en la correspondencia del Corazón de Jesús.

Convenía para la gloria divina, y para bien y exaltación de la misma creación, que no sólo se devolviera a Dios un amor creado virginal, sino que también esa devolución la hiciera alguien creado. Sólo así la correspondencia a Dios de la creación será satisfactoria

para Dios. Sólo así no se sentirá la misma creación avergonzada de no poder corresponder a Dios con el amor.

Por eso, el mismo amor virginal que anida en el Corazón humano de Jesús es dado a su Madre. Para que en Ella, como creatura, no sólo se devuelva a Dios un amor creado, virginal, sino que también sea una creatura la que se lo devuelva, para que Dios se sienta amado *por la creación* —y

no sólo en la creación— con un amor cual El lo desea, y cual lo merece y exige el amor virginal con que El ama a su creación.

11. POR SU AMOR VIRGINAL, EN MARÍA, ASOCIADA A SU HIJ0, SE CUMPLE LA FINALIDAD DE LA CREACIÓN ENTERA

Se cumple así en María la finalidad de la creación entera. No en Ella sola, sino en Ella asociada a su Jesús en un mismo amor.

Como tampoco en Jesús sólo, sino en Jesús asociado a su Madre en un mismo amor.

La Mujer vestida de sol, el gran portento, no es la Mujer sola, sino con el Sol-Cristo en sus entrañas.

Ni es el sol solo, Cristo sólo, el gran portento, sino el Sol-Cristo en el seno de la Mujer, transfigurando a la Mujer —y con Ella a toda la creación—, comunicándole su propia luz, su propio amor.

Uno y mismo es el esplendor, la luz, el amor de la Mujer vestida de Sol, y el del Sol que interiormente la anega y exteriormente la viste, al irradiar de su interior.

En efecto, el amor de María, si como virginal corresponde perfectamente al amor divino también virginal, como amor de creatura, y así de entidad y de valor finito, es inhábil para corresponder dignamente al Amor Infinito de Dios.

Por eso es necesario que ese mismo amor virginal de María sea ofrecido también como suyo, como propio, por la Persona de su Hijo. Este le da el valor infinito que a su entidad finita faltaba. María le da la alteridad perfecta: hace, en nombre de la creación, la oblación de su amor virginal, al que su Hijo da valor infinito al ofrecerlo también El como suyo. Dios queda así perfecta y plenamente correspondido por la creación.

Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre. Ni se puede

separar la obra del Verbo encarnado de la cooperación de su Madre. Ni se puede separar o independizar, ni aun conceptualmente, la obra de la Madre de la del Hijo. Ni tiene el Hijo amor virginal humano sino en cuanto su Madre se lo transmite. Ni está la Madre adornada con amor virginal —hecha portento y milagro maravilloso de la creación—, sino en cuanto lo recibe para transmitirlo a su Hijo.

En el portento de la encarnación y redención, ni la Mujer vestida de Sol se puede separar del Sol que la viste —tal Mujer no sería ya portento alguno—, ni se puede separar el Sol de la Mujer a la que viste y por la que se nos hace visible —si tal separación se hiciera, quedaría como «Luz inaccesible» (lª Tim. 6,16), absolutamente invisible a toda la creación, y por ella desconocida.

Y asociándonos a Ellos —a la Mujer vestida de Sol, y al Sol que viste a la Mujer—, seremos iluminados por la misma Luz, y como revestidos de su mismo amor virginal.

A cuantos reciben ese Sol que viste a la Mujer, en Ella se refleja y por Ella se muestra, tomando de Ella carne en la que se nos hace asequible, se les da poder para hacerse hijos de Dios (Jn. 1,12), y, por consiguiente, para amar a Dios como hijos suyos, con el mismo amor virginal que del Sol y la Luz irradia a nosotros a través de la Mujer a la que viste, en cuyo seno está, y al que nos acercamos, unimos e incorporamos al recibir y amar como Madre a la Mujer vestida de Sol, dejándonos engendrar por Ella como miembros de su Hijo, partícipes de su misma Vida, y Amor.

12. POR SU AMOR VIRGINAL, MARÍA ESTÁ UNIDA AL VERBO ENCARNADO COMO ÉSTE ESTÁ UNIDO AL PADRE

La intimidad y extensión de esta unión de María con el Verbo encarnado sólo puede ilustrarse con la unión que el Verbo eterno tiene con el Padre.

Inseparables son el Padre y el Hijo. Inseparables también el Verbo Encarnado y María.

El Hijo copia en todo la acción del Padre, asociándose a ella: «Nada puede hacer el Hijo de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre» (Jn. 5,19), «Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también obro» (Jn. 5,17). María copia en todo la acción de su Hijo Jesús, y se asocia íntimamente a ella, saliendo así como única la acción de entrambos.

El Hijo recibe todo su ser del Padre, devolviéndolo a Él con amor infinito. María recibe previamente de su Hijo cuanto Ella es, para luego devolvérselo y entregárselo por el amor que informa su Maternidad divina virginal.

El Hijo dirige todo su amor virginal al Padre, de donde revierte y como se refleja en la Virgen María, y por Ella, como Mujer vestida de Sol, a todas las creaturas, como Luz de amor. María dirige todo su amor virginal al Hijo —al que da y entrega enamorada todo su ser para que El, al encarnarse, lo haga propio—, y del Hijo revierte, infinitamente dignificado, todo íntegro al Padre, y también a nosotros, a quienes engendra como miembros de su Hijo, a quienes ama como miembros de su Hijo, y así con el mismo amor con que ama a su Hijo.

Jesús busca en todo y sólo el gusto de su Padre. María en todo y sólo el gusto de su Hijo.

El Padre tiene todas sus delicias y complacencias en el Hijo, figura de su substancia y esplendor de su gloria (1), en el que se conoce y se ve reflejado. Jesús, como Verbo *encarnado* tiene todas sus delicias y complacencias en su Madre, a la que ve, en cuanto encarnado, como figura de su substancia humana, y esplendor de su gloria, en la que en cuanto hombre se conoce y se ve reflejado.

El Hijo se siente y es *uno* con el Padre: «Yo y el Padre somos uno» (Jn. 10,30), «El que me ve a Mí, ve a mi Padre» (Jn. 14,9). María se siente uno con el Hijo: su ser es el mismo que a su Hijo ha dado, y así puede también decirnos: «Yo y mi Hijo somos uno: el que me ve a Mí ve a mi Hijo;

(1) Hebr.1,3

quien a Mí me encuentra y conmigo se abraza, con mi Hijo se encuentra y se abraza.»

El Hijo nunca se siente solo, sino acompañado de su Padre, en el seno de su Padre: «Mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn. 16,32). María nunca se siente ni está sola, sino acompañada de su Hijo, como en el seno de Él, en circuminsesión perfecta por lo que a la Humanidad de Cristo mira, obrando siempre juntos, como asociada a Él siempre y en todo: «No estoy sola, porque mi Hijo está conmigo: Él es el Sol que me viste e ilumina, con el que me identifico, con el que me encuentro siempre doquiera Él esté: donde está El, allí mismo estoy Yo; y donde Yo estoy, allí mismo está El.» Por eso: «Quien me encontrare a Mí hallará la Vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8,35).

El Padre se siente siempre lleno de su Hijo, envuelto en el amor de su Hijo, obrando en todo por y con su Hijo. Jesús se siente siempre lleno de su Madre, envuelto en el amor de su Madre, obrando en todo con su Madre, nunca sin Ella pues en todo se la asocia.

Las similitudes podrían extenderse sin jamás acabarlas. Pero las dejamos a la contemplación de los que se sienten hijos de María.

Tengan únicamente en cuenta que, como al Hijo todo deriva del Padre, así a María, aunque verdaderamente sea Madre de su Hijo, *todo le deriva del Hijo*, pues su Hijo es Dios, de quien todo necesariamente deriva y se origina, y de quien en oleada de amor infinito lo recibió todo la Virgen María, para que ese todo que recibió pudiera devolverlo y entregarlo por generación verdadera al Hijo que de toda eternidad la amó, colmándola de cuanto en el tiempo había de querer recibir de Ella.

Por eso la Liturgia llama a la Virgen María: «Hija dichosa de tu Hijo» (1). Mas de cómo María es Madre de Cristo y a la vez Hija de Cristo se hablará más adelante.

(1) Himno de Maitines, Oficio de Santa María in sabbato

CAPÍTULO II

LA ESPOSA DEL VERBO

«Ven, y te mostraré la Esposa, Mujer del Cordero.»
(Ap. 21,9).

«Única es mi paloma, mi perfecta.»
(Cant. 6,8).

«Tu esposa cual parra fecunda, tlena con su presencia todos los rincones de tu casa.»
(Sal. 127,3).

1. MARÍA ESPOSA FECUNDA DEL VERBO POR SU AMOR VIRGINAL

El amor virginal de María, con que se entrega al Verbo haciéndolo encarnarse, no sólo la constituye en Madre de Dios, sino también en Esposa del Verbo. Madre virginal, y Esposa no menos virginal y fecunda.

En los Santos Padres aparece frecuentemente María como Esposa del Verbo: Madre y Esposa de Cristo (por ejemplo: San Efrén, Sermo *In Nativitate Domini*; San Pedro Crisólogo *Sermo* 140; Basilio de Seleucia, *Oratio* 3; Fulberto de Char

tres, *Oratio in Deiparae Assumptione*; San Alberto Magno, Mariale, 29; San Buenaventura, *Sermo I De Assumptione, y Sermo 6 De Assumptione*: todos ellos aducidos por Alastruey, pp. 529-530).

En general puede decirse que en sus Comentarios al Cantar de los Cantares, ya expresos, ya incidentales, entienden primariamente la Esposa de la Virgen María, y secundaria o derivadamente de la Iglesia y del alma.

El fundamento bíblico en que se basan suele ser la relación que media entre Adán y Eva: María, nueva Eva, tiene con Cristo, nuevo Adán, la misma relación de Esposa y Madre de los vivientes que tuviera Eva con el Adán antiguo.

Por eso también los Papas la llaman, no sólo Madre de su Hijo, sino también «consorte de su Hijo en la obra de la reparación y salvación humana» (León XIII, Pío XI).

Dejando de lado esta vía, sin duda la más teológica, por suficientemente tratada en los varios autores, intentaremos proceder por otras dos vías más sencillas, que esperamos aclararán al lector con cuanta perfección y propiedad es María Esposa del Verbo Encarnado.

La misma plenitud incomprensible que como Madre tiene, esa misma tiene como Esposa.

2. TODOS LOS ELEMENTOS QUE CONSTITUYEN LA UNIÓN DE ESPOSOS EN EL MATRIMONIO SE DAN DE MODO EMINENTE, IDEAL Y PERFECTÍSIMO EN LA UNIÓN DE MARÍA CON EL VERBO ENCARNADO

La unión ideal de los esposos viene principalmente caracterizada por los elementos siguientes: Comunidad de vida; comunidad de fecundidad; comunidad de toda actividad, aunque sellada con sello de matiz diferente; comunidad de sentimientos, afectos, goces y dolores; comunidad de bienes; comunidad perpetua e indisoluble.
Donde quiera se den esos elementos se da verdadera

unión de matrimonio de esposo y esposa. Entre María y el Verbo encarnado se dan de modo perfectísimo todos esos elementos. Por lo mismo, María es Esposa perfectísima del Verbo Encarnado.

Esos elementos sólo de modo imperfecto y como incipiente se dan en el matrimonio humano, que nunca alcanza la perfección ideal a la que tiende. Sólo entre María y el Verbo encarnado se dan con toda la perfección ideal posible concebible.

Igual que María como Madre supera a todas las madres humanas, a toda maternidad creada, así también como Esposa supera a todas las esposas humanas, a todo desposorio y matrimonio humano: tanto que éste es como mero signo de la unión entre Cristo y María, y, consecuentemente, de la unión entre Cristo y la Iglesia.

3. COMUNIDAD DE VIDA

Los esposos se unen para llevar vida en común.

Esa vida en común se da perfectamente en María «compañera y asociada en todo a su Hijo, y partícipe en todo de su suerte» (Pío XII, Definición de la Asunción, Denz. 3031).

Esa asociación y comunidad de vida no podría ni aun concebirse más perfecta. En virtud de su amor virginal, exento de todo egoísmo, María no puede buscar otra cosa que agradar a su Hijo y secundarlo en todo: nada hace, ni nada puede hacer, según su capricho y gusto, sino sólo según el capricho y gusto de Jesús.

Nada hay así en la vida de la Virgen María propio y exclusivo suyo, sino todo referido a su Hijo, dedicado y consagrado a su Hijo.

¿Qué más vida en común que no tener nada propio en esa vida, sino todo en el Hijo, para el Hijo y con el Hijo?

Y a esa vida en común la lleva su amor virginal, y precisamente por ser virginal.

Pág. 388

4. UNIDAD EN LA FECUNDIDAD

Es la nota más destacada de los esposos. Ni el esposo es fecundo sin la esposa, ni la esposa es fecunda sin el esposo. Y los hijos por esa fecundidad engendrados provienen indisolublemente de la fecundidad unida de ambos.

El Verbo se encarna para hacernos hijos de Dios, comunicándonos su propia filiación divina: «A cuantos le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn. 1,12). Esa es la fecundidad virginal del Verbo encarnado.

Pero ni la ejerce, ni quiere ejercerla, sino en, por y con la Virgen María. Nadie se hace hijo de Dios sin hacerse a la vez hijo de María. Hasta el punto de que Ella es con verdad Madre de la Iglesia y de cuantos como miembros la integran.

El fruto de Jesús —cuantos adquiridos por su preciosa Sangre reciben el ser hijos de Dios—, es a la vez indisolublemente fruto de María, hijo de María.

Nadie es incorporado a Cristo y así asociado a su filiación divina, sino en cuanto engendrado por Ella. Nadie nace a la vida sobrenatural, don de Jesús, ni en ella se desarrolla, si no es por su acción materna.

Así como de Adán procede Eva, mas después ningún ser humano engendra Adán si no es en Eva, con Eva y por Eva «madre de los vivientes», así Cristo, nuevo Adán, engendra a María a la vida sobrenatural haciéndola desde el principio de su existencia hija de Dios; pero después no engendra ya hijos de Dios si no es en María, con María y por María, nueva Eva, Madre de todos los verdaderamente vivientes, y por eso Madre de la Iglesia.

Si se mira, pues, a la unión de fecundidad propia del matrimonio, es claro que ninguna unión de fecundidad hallaremos tan amplia y perfecta como la que se da entre María y el Verbo encarnado, de la que fue tipo y como anuncio la unión de fecundidad de Eva y Adán.

Pág. 389

Y si Eva, aunque procedente y originada de Adán, es esposa suya, con mucha más verdad y perfección es María la Esposa del Verbo encarnado, aunque de El reciba su ser

—natural y sobrenatural—, que luego había de entregarle y transmitirle en su Maternidad.

5. COMUNIDAD DE TODA ACTIVIDAD

Comunidad de toda actividad, aunque sellada con sello de matiz diferente.

Esta comunidad de actividad mira en los esposos más bien a la unidad de fin a que se ordena —o debiera ordenarse—, que no a la actividad material en sí misma, que suele ser diferente, participando cada uno en la del otro sólo afectivamente. Por eso es comunidad harto imperfecta.

Mas María no sólo dirige toda su actividad a los mismos fines de su Hijo, en virtud de su amor virginal a Él, ni solo le acompaña afectivamente en sus actividades, en virtud de ese mismo amor, sino que también, en virtud de la cuasi-identidad de ser humano en ambos de que arriba se habló, obra con El, como materialmente, sus mismas obras, activamente acompañándole en todas sus acciones, aunque con sello y matiz diferente de participación.

En efecto, la acción del Verbo Encarnado como encarnado, la obra que vino a llevar a cabo, y por la que se hizo hombre y vino al mundo, es nuestra salvación. Esta la verifica por la donación de la gracia santificante que nos hace hijos de Dios, y por las gracias actuales con que desarrolla nuestra filiación divina.

Mas la gracia santificante que nos hace hijos de Dios nos hace también hijos de María. Es así Ella quien con Jesús nos la da.

Y ambos nos la dan *tomándola* de la que Ella tiene, pues de lo contrario saldríamos, sí, hijos de Dios, pero no hijos de María, pues no nos transmitiría Ella su vida y su ser.

Por eso nadie nace a la vida sobrenatural que Jesús vino a traernos (Jn. 10,10), si no es por Ella (1).

Y por lo que mira a las gracias actuales, a Ella le ha sido dada jurisdición sobre todas ellas (2), de modo que se nos dan según Ella quiere, a los que quiere, como quiere y cuando quiere. Como verdadera Madre, Ella es la administradora de todos los bienes divinos en la familia de los hijos de Dios.

Las gracias actuales que Jesús nos da por la acción del Espíritu Santo son así tomadas del tesoro de ellas que en la Virgen María puso. Por eso también, nadie se desarrolla en la vida sobrenatural ya recibida, si no es por su acción materna (3).

Nada hace así Jesús en su obra salvadora, si no es con María y por María.

De ahí que, en su mismo merecimiento de esa gracia para nosotros, quiso singularmente asociarse a su Madre, haciéndola especialmente partícipe, no sólo de su vida, sino de su pasión y muerte.

Por eso la quiso al pie de la Cruz, para que con Él, y asociada a Él y a todos sus dolores, con El inseparablemente unida conmereciese las gracias que, como tesoro común de ambos, ambos indisolublemente unidos habían de comunicar a los hombres.

Osadamente diríamos que así como los esposos se unen en gozo para producir una vida que ha de acabar en dolor de muerte, así María y el Verbo encarnado se unen en el dolor de muerte —muerte física en Cristo, muerte en el alma de Ella—, para producir y engendrar una vida que se consumará en el gozo de la Vida eterna.

La generación humana empieza en gozo y se inicia en vida, para terminar en dolor y muerte. La generación sobrenatural empieza en dolor y se inicia en muerte, para terminar en gozo de vida eterna.

Y como la esposa acompaña al esposo en el gozo de la

(1) Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios
(2) San Bernardino de Siena
(3) Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios

generación natural, así María acompaña a su Esposo Cristo en el dolor y muerte de la generación sobrenatural, manifestando en ella la pureza y virginidad del amor insondable con que nos engendran.

Y con la misma verdad y realidad con que la esposa contribuye a la generación de los hijos del hombre, con esa misma verdad y realidad contribuye María como Esposa a la generación de los hijos de Dios.

6. COMUNIDAD DE SENTIMIENTOS, AFECTOS, GOCES Y DOLORES

En esta comunidad no creemos necesario insistir, pues se trató ya antes.

Baste aquí advertir que el amor virginal de María entraña de necesidad esa comunión de modo perfectísimo.

Si María ama a Jesús con amor virginal totalmente desinteresado y exento de egoísmo, es evidente que lo único que cuenta para Ella son los sentimientos, afectos, goces y dolores de su Hijo.

Esos son verdaderamente, en virtud de su amor virginal, los sentimientos, afectos, goces y dolores de María. En ellos vive, y en ellos se complace como en suyos, ya que el amor virginal nada propio mira o considera: sólo mira y tiene como verdaderamente propio lo del Amado.

En virtud de ese amor, María vive en su Amado, y de su Amado, y con su Amado: ya no vive en sí misma.

7. COMUNIDAD DE BIENES

La comunidad de bienes comienza por la comunidad de ser y naturaleza entre María y su Hijo. Vimos que la Virgen María, en su maternidad, comunica y da al Verbo su mismo ser y naturaleza humana.

De esa comunión de ser sólo cabe el ejemplo de Adán y Eva, tipo y anuncio de esa comunión de Jesús y María.

De Adán es tomada Eva, y Adán, por eso, la siente y ve como propia carne suya, expansión y extensión de su propio ser: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ella se llamará «varona», porque del varón fue tomada. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y adherirá a su esposa, y serán dos en una sola carne» (Gén. 2,23.24).

Y Eva procede de sólo una costilla de Adán. ¿Cuánto más se verán y sentirán como una sola carne, una sola y misma cosa, Jesús y María, cuando Esta da a su Hijo todo su ser?

Por eso, es en ese mismo Hijo donde María se ve y se contempla. No dirá de El como Adán: «Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne», sino más bien: «Este es mis huesos, y mi carne, y mi ser y mi vida, pues todo se lo he dado y comunicado, y a Él me he como trasladado y transferido.»

El mismo amor virginal con que en su Maternidad a su Hijo se dio, la lleva a no verse ni contemplarse a sí misma, si no es en el Hijo al que se ha dado.

La comunicación de naturaleza y ser supera así en Jesús y María a la de Adán y Eva como la realidad supera a la figura.

Y si consideramos la enorme distancia que hay entre la comunión de naturaleza entre los esposos —de los que, aunque se diga y se les aplique «serán dos en una misma carne», no hay procedencia mutua del uno con respecto al otro—, con la que había entre Adán y Eva, que procede de Adán y de él recibe el ser, veremos sin dificultad cuán inconmensurablemente supera a la unión de los esposos humanos la unión de María con el Verbo encarnado.

Y si se da comunión verdadera de ser y naturaleza entre María y el Verbo encarnado, mucho más habrá comunión de todos los bienes que a esa naturaleza común y como única advienen, y sobre ella se edifican.

Y si María se ve a sí misma en su Hijo, y sólo en su Hijo, mucho más verá sus propios bienes en los del Hijo, y sólo en los del Hijo.

Mas aún podemos deducir esa comunidad de bienes por otra vía.

Los bienes del Verbo *como encarnado* son bienes de salvación y vida sobrenatural y eterna con que enriquece al mundo. Para eso vino al mundo, para que el mundo se salve por El (1): esa es la obra de riqueza que ha venido a realizar.

Mas al darnos por Madre nuestra a su misma Madre, nos significa claramente que todos esos bienes de salvación los puso en sus manos para que, como propios, los administre entre sus hijos y se los distribuya: por Ella nos engendra a la vida, por Ella cuida del desarrollo de esa vida.

Como Madre de cuantos por Jesús se dejen vivificar y salvar, Ella no sólo es administradora y mediadora de toda gracia ganada, merecida y hecha (2) por Jesús, sino verdadera poseedora, que a nadie ha de dar cuentas.

El administrador debe rendir cuentas de su administración. La Madre administra sin dar cuentas, pues el Esposo le entrega cuanto gana para que como propio lo administre y disponga de ello.

8. COMUNIDAD PERPETUA E INDISOLUBLE

El matrimonio humano es unión para una comunidad de vida temporal, que acaba con la muerte. Por eso es indisoluble hasta el fin de esa vida. Pero se disuelve con la muerte de uno de los contrayentes (3).

Y se disuelve de modo definitivo, pues las relaciones de esposos no seguirán en el cielo, donde ni se dan ni se toman en matrimonio (4).

La indisolubilidad del matrimonio humano, por razón de la vida a la que afecta, no es, en definitiva, perpetua, sino

(1) Jn. 3,16-18
(2) Jn. 1,17
(3) 1ª Cor. 7,39
(4) cf. Mt. 22,25-30; Mc. 12,20-26; Lc. 20, 29-36

temporal, por más que los esposos piensen a veces hacerse juramentos eternos.

Igualmente, la fecundidad del matrimonio natural mira a la transmisión de una vida mortal, perecedera, que se transmite en la carne y por la carne, y se disuelve por la corrupción de esa carne. Si las causas se miden por sus efectos, la unión causa de esa vida no puede ser más perfecta que la misma vida que causa. Por eso la muerte termina con la unión, como termina con la vida.

Mas la vida que trae Cristo es la vida eterna (1), la vida sin connotación, término o límite alguno:

«Yo soy la Vida» (Jn. 11,25; 14,6; 17,3; lª Jo. 5,20).

Por eso, el matrimonio espiritual, sobrenatural, es de duración eterna, como la misma vida en que ese matrimonio une indisolublemente a los contrayentes.

Unida la Virgen María al Verbo encarnado en comunidad de vida, siendo eterna esa vida dada y recibida —dada por el Verbo, que es la Vida, y recibida por María—, eterna es también la unión, y así de verdad perpetuamente indisoluble.

La fecundidad propia de esa comunidad de vida y de acción es engendrar hijos de Dios, comunicándoles la misma vida eterna divina (2). Si eterna es la vida que transmiten, no menos eterna ha de ser la unión que engendra y comunica esa vida.

Se da así entre María y el Verbo Encarnado una unión de tal modo eficaz, íntima, indisoluble y perpetua, que ante ella es pálida sombra y como mero vestigio toda unión matrimonial creada, que, en último término, no pasa de mero signo de la unión sobrenatural de Cristo con la Iglesia y las almas, y, en especial, signo de la unión de María y el Verbo encarnado (3).

Unión de tal modo indisoluble que el mismo Dios quiso refrendarla abarcando a María y a su Divino Hijo con un único y mismo decreto eterno de predestinación. Así quiso

(1) Jn. 19, 28; 6,54-58
(2) Jn. 6,58
(3) Ef. 5,32

el mismo Dios salir garante de la absoluta indisolubilidad de esa unión.

Todos los elementos que se dan en la unión de los esposos los hallamos así de modo eminente, virginal y perfectísimo, alcanzando la plenitud y consumación ideal, en la unión de María con el Verbo encarnado.

Es por lo mismo evidente que en María se cumple, con relación al Verbo encarnado, la noción de Esposa, cual nunca se ha cumplido ni se cumplirá en unión matrimonial alguna.

Por eso, cuando los Padres y Doctores la llaman «Esposa del Verbo», o «Esposa de Cristo», ven en Ella una perfección de la realidad de Esposa que supera tanto a todas las demás como su Maternidad supera a toda otra cuando la llaman «Madre de Dios».

Si como Madre condensa en sí la perfección de toda maternidad creada y la supera, así igualmente como Esposa condensa en sí, y maravillosamente supera, cuanto pueda concebirse bajo la noción de relación de esposa, de unión de amor de matrimonio.
Pág. 396

CAPÍTULO III

LAS BODAS DEL CORDERO

«Gocemos y exultemos... porque llegaron las bodas del Cordero, y su esposa ya se preparó.»

(Ap. 19,7).

«Dichosos tos llamados a la cena de las bodas del Cordero.»

(Ap. 19,9).

«Seméjanse el Reino de los Cielos a un Rey que hizo las bodas para su Hijo. Y envió sus criados para llamar a los invitados... Y díjoles: ...Id por los caminos y llamad a tas bodas a cuantos encontrareis.»

(Mt. 22, 2.3.8.9).

1. MARÍA, IGLESIA Y ALMA ESPOSA DE CRISTO

Hemos demostrado que María, por su amor virginal, es verdadera Esposa del Verbo Encarnado, no menos que Madre, por cuanto en Ella, de modo eminente, se cumplen todas las condiciones, y se dan todos los requisitos de una verdadera esposa.
Pág. 397

Pero esta realidad de perfectísima Esposa del Verbo puede todavía corroborarse por otra vía que nos ofrecen los datos revelados.

San Pablo nos presenta a la Iglesia no sólo como Cuerpo de Cristo —una sola carne con Él, concorpóreos con El (1)—, sino también como verdadera Esposa de Cristo, hasta el punto de que el matrimonio cristiano es sacramento en cuanto es signo y símbolo de esa unión de Cristo y de su Iglesia (2).

Igualmente, considera aquellos a quienes él ha evangelizado como esposas virginales de Cristo, y su oficio como apóstol es renunciar a ellas para desposarlas con Cristo. Por eso escribe a los Corintios: «Tengo celos de vosotros, con celos de Dios: pues os desposé con un solo varón, entregándoos a Cristo como una virgen pura» (2ª Cor. 11,2).

San Pablo se ve a sí mismo como se viera el Bautista: como amigo del Esposo Cristo (3), cuyo oficio no es robarle las almas, sino llevárselas y desposarlas con Él.

Aunque más veladamente, también los Evangelios nos presentan a Cristo como Esposo de la Iglesia y de las almas o fieles que en El creen (4).

Pero es sobre todo en el Apocalipsis donde San Juan nos insiste en esta idea de sobrenatural desposorio con Cristo, como culminación de toda su obra redentora.

Nos habla del gran acontecimiento de las bodas del Cordero: «Gocemos y exultemos..., porque llegaron las bodas del Cordero, y su Esposa ya se preparó. Y se le dio vestirse con lino blanco y esplendoroso, y ese vestido de bodas son las justificaciones de los santos... Dichosos cuantos han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero» (Ap. 19,7-9).

Nos describe a la Esposa engalanada para el Cordero como la Jerusalén Celestial o reunión de todos los santos: «Y yo Juan vi la nueva Jerusalén, la ciudad santa que descendía de Dios desde el cielo, engalanada como Esposa adornada para su marido... Y uno de los siete ángeles me dijo:

(1) Ef. 3,6; 1,23
(2) Ef. 5,22-32
(3) Jn. 3,29.30
(4) Mt. 9,15; 22,2-9; 25,6; Mc. 2,19; Lc. 5,35; 12,36; Jn. 3,29

Ven, y te mostraré a la Esposa, la Mujer del Cordero... y me mostró la santa ciudad de Jerusalén descendiendo de Dios desde el cielo, y ostentando en sí la misma claridad y resplandor de Dios: y su luz era semejante a piedra preciosa, cual piedra de jaspe diamantino» (Ap. 21,3. 9-11).

Sabido es que en la tradición y en la Liturgia la Jerusalén celestial se supone tanto a María como a la Iglesia —reunión de los santos.

Aunque la claridad de Dios que aquí se le atribuye induzca a pensar que el Apóstol quizá pensaba aquí más en María que en la Iglesia (1), mientras en el texto anterior parece mirar más a la Iglesia, al decirnos que el vestido de la Esposa son «las justificaciones de los santos».

Finalmente nos habla San Juan del deseo ardiente que la Iglesia, todavía como Esposa peregrina, siente en sus entrañas de que venga pronto y se la manifieste cara a cara su Esposo Jesús: «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y todo el que oiga diga: Ven» (Ap. 22,17).

Y cada alma fiel, en la Iglesia y con la Iglesia, de cuyo desposorio participa, ha de decir al oírlo: «Ven» (Ap. 22,17); y con el Apóstol San Juan y todos los llamados ha de terminar la lectura del Libro, así como el recorrido de su vida terrena: «Ven, Señor Jesús» (Ap. 22,20).

2. EL DESPOSORIO CON CRISTO DE LA IGLESIA Y LAS ALMAS DERIVA DEL DESPOSORIO DE LA VIRGEN MARÍA, SIENDO PARTICIPACIÓN Y EXTENSIÓN DE ÉL

Sabido es también que tanto la Tradición como la Liturgia han entendido el Cantar de los Cantares aplicando a Cristo todo lo del Esposo; y lo de la Esposa, a María primariamente, y secundariamente a la Iglesia, y aún, especialmente en los escritos espirituales y místicos, a cuantas almas buscan la unión con Cristo.

(1) Cf. Ap. 12,1 ss., donde nos habla de la Mujer vestida de sol, que es María
Pág. 399

Prescindiendo aquí de la aplicación directa que a la Virgen María pudiera hacerse del Cantar de los Cantares y de los textos del Apocalipsis —al menos de algunos de ellos—, partiremos del hecho de que verdaderamente la Iglesia es Esposa de Cristo y, consiguientemente, en ella, con ella y por ella, también las almas de todos y cada uno de los elegidos que, como miembros, la constituyen.

Según vimos, San Pablo, afirma ambas cosas explícitamente: La Iglesia Esposa, en Efesios 5,22-32; cada fiel Esposa de Cristo, en 2ª Corintios, 11,12.

Ahora bien: Siendo María verdaderamente Madre de la Iglesia y Madre nuestra, no puede haber en nosotros ni en la Iglesia entidad o realidad alguna de orden y perfección sobrenatural que de Ella no se nos derive, y por lo mismo no esté también de modo originario y principal en Ella.

Si, pues, la Iglesia es Esposa de Cristo, si las almas son esposas de Cristo, lo son por donación de la Virgen María, por extensión a ellas de la cualidad y realidad de Esposa del Verbo que María eminentemente ostenta.

Al engendrarnos a nosotros, y al engendrar a la Iglesia, comunica el mismo ser que Ella tiene, que es ser de Esposa del Verbo encarnado.

La Iglesia es así Esposa de Cristo, porque Esposa de Cristo es la Madre que la engendra. Y el alma hija de Dios es esposa de Cristo, porque Esposa de Cristo es la Virgen María que le da el ser.

3. DESPOSORIOS DEL VERBO EN LA ENCARNACIÓN Y ELEMENTO PERSONAL QUE A ELLOS APORTA LA VIRGEN MARÍA

Según San León I Papa, las verdaderas bodas del Cordero se dan en la encarnación del Verbo, por la que asume naturaleza humana, e indisolublemente la hace suya en el seno de la Virgen María.

Toda otra unión de desposorios —de la Iglesia y de los fieles o nuestra— es mera extensión de la obrada en la En-
Pág. 400

carnación, pues al tomar el Verbo naturaleza humana quiere unir a Sí, y hacer participar de esa unión, a todos y cada uno de los hombres, y aun a la creación entera, conforme al designio eterno divino de «vincular todo a Cristo como a Cabeza» (Ef. 1,10).

Es evidente, pues, que el desposorio fundamental y como originario del Verbo, del que todo otro desposorio deriva, formando unidad con él, se verifica en la encarnación: ahí está la semilla que se desarrollará en árbol frondoso, cuyas ramas integrarán todos los elegidos.

Y en todos será Cristo el Esposo: un mismo Esposo en todos ellos, y con una *misma y única* unión, aunque diversamente participada por cada alma. Como uno es el árbol, aunque diversificado en muchas ramas; y una es su vida, aunque de modo diferente se manifieste y actúe en las varias partes de él.

La extensión múltiple inefable dentro de la unidad y singularidad más absoluta la entenderemos fácilmente si tenemos presente la infinitud del Verbo y su singularidad simplicísima.

Mas al asumir el Verbo naturaleza humana, y hacerla suya en unión inefable, no habría verdadero desposorio del Verbo si no hubiera, en esa misma encarnación, una *persona* que a esa unión plenamente se asociara, pues el matrimonio no es unión de naturalezas, sino *de personas*.

Esa asociación personal a la unión de la naturaleza humana y la divina en Cristo, la prestó María, dadora al Verbo, con su entrega plena y total, de esa misma naturaleza humana.

Para que el desposorio del Verbo en la encarnación fuera perfecto era necesario que, al unirse a la naturaleza humana en unidad de Persona, se uniera también, con todo el amor en esa unión entrañado, a otra persona creada, a la persona de María, cuya naturaleza reviste la misma perfección y hermosura intrínseca que la que Jesús asume, pues de Ella la toma.

Es así María la primera y primariamente asociada a la unión hipostática en el instante mismo en que se verifica, convirtiendo a ésta en verdadero desposorio o unión de personas distintas. Y de la asociación de la Virgen derivará luego la nuestra —al incorporarnos a Cristo—, y de su desposorio se originará el nuestro.

Y la misma perfección y plenitud con que el Verbo se da y comunica a la naturaleza humana al asumirla a Sí y hacerla suya, esa misma perfección y plenitud reviste su donación como Esposo a la persona de María, con las únicas diferencias que la distinción personal exige: distinción personal entre María y el Verbo, pero que no se da entre el Verbo y la naturaleza humana que asume.

Salvas, pues, las diferencias que la distinción personal implica, la donación y entrega del Verbo a María es la misma e igualmente plena que la que hace a la naturaleza humana que de Ella asume y toma. Por eso toda donación de Sí que haga luego será participación de la donación hecha a María.

Es así la Virgen María no sólo el «lecho virginal y florido» (Cant. 1, 15) en que el Verbo se une a la naturaleza humana y como se desposa indisolublemente con ella, sino también la que convierte esa unión en verdadero desposorio y propio matrimonio, al personalmente asociarse con toda plenitud a esa unión: sin cuya asociación personal jamás el Verbo se hubiera unido a la humana naturaleza, cual nos lo muestra la unidad de decreto de predestinación de Cristo y María: no existiría Cristo como Verbo *encarnado*, si no se le hubiera del todo unido y asociado la Virgen María.

4. TODO DESPOSORIO DE CRISTO CON LA IGLESIA Y LOS FIELES ES DERIVACIÓN Y PARTICIPACIÓN DEL DE MARÍA

En esa su unión personal e incorporación al Verbo es María principio e inicio de la Iglesia, esposa de Cristo (Pre-

facio de la Inmaculada), cuyo desposorio se inicia con María.

Y es a la vez Madre de la Iglesia, porque es tal la plenitud de su unión que toda otra unión de desposorios en la Iglesia y sus miembros será derivación de la de María, originada en la plenitud de la de María. Y se hará en el mismo seno de María, en el que Jesús se une a una naturaleza humana a la que quiere incorporar y asociar a cuantos en El crean y le reciban (1).

Dada esa plenitud, así como ninguna comunicación hace el Verbo a naturaleza alguna humana, o simplemente creada, que no haya hecho a la naturaleza humana que asume, y que no sea como arroyo derivado del mar de gracia con que la inunda, o rayo de luz del sol con que la viste, así ninguna unión *personal* de desposorio establece Jesús con persona alguna creada —o aun con todas ellas en conjunto, en cuanto constituyen la Iglesia—, que no sea derivación y copia, arroyuelo que fluye del mar total de donación de amor que hace a su Madre, rayo de luz del sol divino con que a Ella la viste, envuelve, e interiormente anega.

Por eso María, no sólo es «inicio de la Iglesia» (2), sino también *Madre* de la Iglesia. Porque toda vida de ésta, toda unión de ésta con Cristo —la vida es unión con Cristo, que es la Vida— proviene del mar de unión de María, de la plenitud de vida de María, y en Ella y de Ella tiene y toma origen.

Por eso es María Madre nuestra: de su plenitud deriva toda nuestra unión con Cristo, y en su seno materno tiene lugar.

Ella es, con mucho más verdad que Eva, la «Madre de los vivientes», porque cuanto tiene vida eterna, la recibe y deriva de la plenitud total a Ella concedida.

Ella es así la verdadera Esposa del Cordero, preparada y engalanada por Dios de toda eternidad para su Hijo.

Ella, con su atractivo y hermosura, del mismo Padre recibida, enamoró al Verbo, que se insertó en el mundo para estar con Ella, y a Ella vivir unido: «Ciertamente eres her-

(1) Jn. 1,12
(2) Pref. Inmaculada

mosa, amiga mía, ciertamente hermosa... Oh cuán hermosa, amiga mía, cuán hermosa... Simplemente toda hermosa, toda hermosura, sin que en ti haya mancha o defecto, haya algo que no sea sino hermosura» (Cant. 1,14; 4,1; 4,7).

Ella es así primariamente la Esposa del Verbo. Y derivando de la plenitud de su desposorio, es esposa la Iglesia, son esposas las almas de los elegidos.

Y es tan abismática la plenitud y perfección de su unión de desposorios con el Verbo, tan fecundo el amor virginal con que a Él se une, que sería capaz, cual mar inagotable, de hacerla participar y vivir en ríos y arroyuelos a innumerables elegidos más que pudiera haber habido.

No se agota ni se puede agotar la fecundidad de Nuestra Madre, ni se agota o puede agotar su virginal amor de Esposa, por más que se multiplique y participe, porque tampoco puede agotarse la fecundidad y el amor infinitos del Verbo que por Esposa la eligió.

Sólo cuando todo el número de los elegidos esté ya reunido en el cielo, aparecerá la hermosura, riqueza y fecundidad de esos desposorios de la Virgen María, que con su luz y su amor iluminará y constituirá la unión de todos ellos con Cristo. Por eso San Juan

nos habla de la realización esplendorosa de las bodas eternas del Cordero en esa consumación de todos los santos. Sólo en esa consumación nos serán manifiestas en toda su plenitud y realidad.

5. UNIDAD Y MONOGAMIA PERFECTA DE LOS DESPOSORIOS DE CRISTO

Siendo aparentemente tan múltiples las esposas de Cristo, no hay en realidad más que una Esposa y un Esposo, en monogamia perfectísima.

Porque uno solo es el amor que hace la unión: el amor del Verbo a la Virgen María, extendido a cuantos Esta se extiende por su Maternidad; el amor de la Virgen María al

Verbo, en sí misma, y en cuantos Ella siembra y pone su mismo amor como en hijos suyos.

Unidad que se expresa igualmente en la Iglesia como Esposa de Cristo y Cuerpo *único* de Cristo, que lo informa y con él actúa, aunque su actuación sea distinta y diferente en cada miembro y con cada miembro de ese Cuerpo.

Así es también la unión de Cristo con cada alma —con cada fiel creyente en El y de El enamorado—: propia y exclusiva a ella como a miembro diferente de un mismo Cuerpo; pero aunque propia y diferente, participación de la unión y donación plena y total hecha a la Virgen María.

La Iglesia misma no es persona, sino asociación de personas estrechamente entre sí trabadas como Cuerpo Místico y único de Cristo: es como miembros integrantes de ese cuerpo, en él y con él, que las personas singulares se unen a Cristo.

Y lo que se da a esa asociación de personas, a Cristo estructuralmente incorporadas, deriva de la plenitud dada a la persona de María, prototipo, principio y Madre de la Iglesia.

6. CÓMO MARÍA ES ESPOSA DEL VERBO Y ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

La comparación de María con la Iglesia y los fieles puede ayudarnos a comprender cómo María es la esposa del Verbo, aunque también se llame y sea Esposa del Espíritu Santo, cosa que a primera vista pudiera extrañarnos.

En los escritos espirituales, especialmente en los místicos, no sólo se llama a Cristo Esposo, sino que también se da el nombre de «Divino Esposo de las almas» al Espíritu Santo.

Por lo que mira a la Iglesia nunca, que sepamos, se llama al Espíritu Santo Esposo de la Iglesia, sino más bien «Alma de la Iglesia.»

La razón creemos está en que la fuerza del texto paulino ha originado que de hecho se reservase el título de Esposo a Cristo. Pero es evidente que si al Espíritu Santo se le puede llamar, y es, Esposo de las almas —miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia—, en el mismo sentido se le podría llamar Esposo de la Iglesia.

Para entender bien esto, no debemos olvidar que el Espíritu Santo, aunque personal, *no es suyo*: es el Amor Infinito substancial y personal del Padre y del Hijo.

Como Amor personal *del Padre* hace a los justificados hijos de Dios, hijos del Padre —y no hijos del Espíritu Santo—. Igualmente, como amor personal del Padre hace a

María Madre de Dios, Madre del mismo Unigénito del Padre. Por eso de ese Hijo no es el Espíritu Santo padre, sino el Padre Celestial, no sólo por no comunicar al Hijo una naturaleza semejante a la suya —divina—, sino una naturaleza humana procedente de María, sino también porque en la obra activa de la encarnación obra el Espíritu Santo como Amor del Padre y Poder del Altísimo (1).

Mas si se considera en el Espíritu Santo el aspecto personal, como es principio personal de la fecundidad de la Virgen María —cuya capacidad eleva y completa para que pueda transmitir al Verbo ser humano—, verdaderamente puede llamarse y es su Esposo.

Igualmente, como Amor personal *del Hijo*, une al Hijo con la Iglesia y con las almas como Esposo, pues la unión de desposorios se hace por el amor, pero el Esposo es Aquél cuyo es el amor.

E igualmente, como Amor del Hijo, vincula al mismo Hijo a María como a Esposa, pues también la unión de María y su Hijo la hace el Amor Infinito del Hijo, que es el Espíritu Santo.

Es así María Esposa del Verbo encarnado, obrando su mutua unión el Espíritu Santo como Amor del Hijo, como obra la unión de las almas con ese mismo Hijo.

Mas si se atiende a la personalidad del Espíritu Santo

(1) Lc. 1,35

que obra esa unión, puede El llamarse también Esposo. Y por eso se le llama a veces, y es, el «Divino Esposo de las almas»; y se le llama y es Esposo de la Virgen María; y su unión con Esta y aquellas es perfecta, pues nada hacen sino por Él movidas, y con El. En este aspecto personal —aunque inseparable de su ser Amor del Hijo— también María tiene con Él relación *personal* de unión.

Por lo demás, no se olvide que el Espíritu Santo lo recibe todo del Hijo, como el Hijo lo recibe todo del Padre: «Recibirá de lo mío» (Jn. 16,14.15). Su calidad de Esposo es así derivación, participación, o mejor comunión en todo (todo es común en la Trinidad) con el Esposo Cristo. Pues todo y lo mismo que el Hijo recibe del Padre, igualmente lo recibe el Espíritu Santo del Padre por el Hijo.

7. MARÍA, HIJA DE CRISTO

No olvidemos nunca que, para quien cree en El, se le entrega, y en su corazón le recibe, es Jesús término en que se aquietan y totalmente descansan como en su término todos nuestros amores creados, con todos sus matices más diversos; y a la vez fuente de que nos deriva todo amor y matiz de amor con que natural y sobrenaturalmente deseamos ser amados. De modo que toda relación mutua de amor posible o deseable se da entre Jesús y el que se le entrega y le ama.

En esto no puede ser más explícito el Evangelio. Los tres Sinópticos nos transmiten, con ligeras variantes, las palabras de Jesús.

«Todo el que deje casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa o hijos, o campos, por mi nombre, recibirá el céntuplo, y poseerá la vida eterna» (Mt. 19,29).

«En verdad os digo: Nadie hay que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o campos por mí, y por el Evangelio, que no reciba cien veces otro

tanto, ahora en este tiempo: casas y hermanos y hermanas, y madres, e hijos, y campos, con persecuciones, y en el siglo futuro la vida eterna» (Mc. 10,29.30).

«En verdad os digo: Nadie hay que deje casa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos por el Reino de Dios, y no los reciba mucho más abundantes en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna» (Lc. 18,29.30).

Es evidente que estas palabras de Jesús no serían verdaderas si el que a Él totalmente se entrega no encontrara en El el término de todos los amores de que natural y sobrenaturalmente es capaz, o no se sintiera por El plenamente correspondido en toda clase de amores que connaturalmente brotan de nuestro corazón.

En una palabra, Jesús se nos presenta como dispuesto a establecer con el alma que se le entrega todas las relaciones de amor que naturalmente deseamos, y a establecerlas con una plenitud y perfección tal y tan saciativa cual jamás la encontraremos en las creaturas.

Sentiremos, pues, a Jesús como posesión o campo nuestro, y padre, y madre, y hermano y hermana, hijo e hija, esposo y esposa: ninguna tendencia de nuestro amor dejará de quedar saciada en El. Y la plenitud inamisible de ese gozo será la vida eterna.

Por eso Jesús nos dice también: «Todo el que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre» (Mt. 12,50).

Dada la entrega total de María, es evidente que no hay relación de amor que Ella no tenga con su Jesús.

No es aquí el lugar de recorrerlas todas. Nos distraería de nuestro propósito. Pero sí insinuaremos una: María, hija de Cristo. La escogemos por tres razones.

Primera, por ser la más sorprendente: Si María es hija de su Hijo, ya ninguna relación de amor con El podrá sorprendernos ni maravillarnos.

Segunda, poque nos ilustra lo anteriormente dicho, a saber, que María es Esposa tanto del Verbo como del Espíritu

Santo. También María es Hija del Padre (1), e igualmente hija del Hijo. En ambos casos se nos muestra hasta qué punto en la Trinidad todo es común y compartido por las tres Divinas Personas.

Tercera, y principal, porque la consideración de María como hija de su Hijo nos abre y desvela una de las facetas más maravillosas del misterio de su Corazón: el del sentimiento de su pequeñez, lo abisal de su humildad. Y a la vez nos desvela un aspecto del misterio del Corazón de Jesús, en la ternura de su amor con la Virgen María, en la protección de que la rodeó, como a su hija pequeñita. Las lecciones de esta relación mutua son tales que bien merecerían un libro entero para desarrollarlas: Madre, Esposa, Hija, los tres aspectos que nos dan la visión más completa de María, nuestra Mamá celeste, y nos ayudan a mejor comprenderla.

La liturgia reiteradamente nos hace invocar a la Virgen María como a la vez «Madre e Hija de Cristo» y «Esposa e Hija de Cristo.»

Así en el Himno de Maitines del Oficio de Santa María *in Sabbato*: «O Virgo Mater, filia tui beata Filii»: «Oh Virgen Madre, hija dichosa de tu Hijo.»

Y en la antífona *Ave Maris Stella*, una de las que pueden usarse para la conclusión del Oficio divino, y que antes obligatoriamente había de usarse en tiempo de Adviento y

Navidad —para que más destacase simultáneamente su Maternidad y su filiación—, decimos a la Virgen: «Tú quae genuisti, natura mirante, tuum sanctum Genitorem»: «Tú que engendraste, con pasmo de la naturaleza, a tu santo Generador.»

En la fiesta de la Presentación de la Virgen al templo (2) la invocamos a la vez como Esposa e Hija: «Maria, virgo regia, sponsa Regis et filia, te Dei sapientia elegit ante saecula»: «María, virgen regia, Esposa del Rey e Hija, a ti la Sabiduría de Dios te eligió antes de los siglos» por esposa e hija (3)

(1) Cf. LA AMADA, lib. I
(2) 21 de noviembre
(3) Himno de Laudes

Es evidente el empeño de la Iglesia en presentarnos a María a la vez como Madre e hija de su Hijo, como Esposa e hija de su Hijo.

Y su ser hija de su Hijo precede en el tiempo a su ser Madre de Él, pues lo es desde su misma concepción inmaculada, desde el primer instante de su ser, que empieza como hija de su Hijo. Así la decimos en el Himno de Laudes de la Inmaculada (1): «Maria, mundi gloria, lucis aeternae filia, te praeservavit Filius ab omni labe penitus»: «María, gloria del mundo, hija de la Luz eterna, tu Hijo te preservó enteramente de toda mancha.» La Luz es Cristo: hija de la Luz es hija de Cristo.

El Concilio VI de Toledo (2) nos explica cómo, y bajo qué aspectos diferentes, es a la vez Madre e hija de su Hijo: «(Cristo) en cuanto de Dios Padre sin inicio procedió, sólo nació, pero ni fue hecho, ni predestinado. Pero en cuanto de María Virgen nació, ha de creerse que nació, y fue hecho, y fue predestinado. Y ambas generaciones son en El admirables, porque del Padre sin madre fue antes de los siglos engendrado, y al final de los siglos de Madre sin padre fue engendrado. El cual, en cuanto es Dios, creó a María; en cuanto hombre, fue creado por María: y así El mismo es padre de su Madre María, e hijo.»

A estas palabras del Concilio XI de Toledo parecen hacer eco las de San Anselmo (3), que nos trae la Iglesia en la fiesta de la Inmaculada: «Toda naturaleza (y así también la de María) fue creada por Dios, y Dios nació de María. Dios, que hizo todas las cosas (también, pues, a María), se hizo a sí mismo de María; y así todas las cosas que había hecho rehizo. El que hizo todas las cosas de la nada, no quiso ya violadas, rehacerlas sin María. Dios es, pues, padre de las cosas creadas, y María Madre de las cosas recreadas. Dios es padre de la constitución de todas las cosas, María es Madre de la restitución de todas las cosas. Pues Dios engendró a Aquel por el cual todas las cosas fueron hechas; y María parió a Aquél por quien todas las cosas fueron sal-

(1) 8 diciembre
(2) año 675, Denz. 285
(3) *Oratio 52*

vadas. Dios a Aquél, sin el cual nada es en absoluto; y María parió a Aquel sin el cual nada es o existe bien en absoluto. Verdaderamente Dios contigo, a la cual dio el Señor que toda la naturaleza tanto te debiera a la vez que a Él.»

Más explícito aún que San Anselmo, es San Agustín, quien, según vimos en el texto que de él adujimos en el lib. I, nos dice que María es «hija del Esposo» Cristo (1).

Advirtamos que la filiación de la Virgen con relación a su Hijo, en cuanto creatura, es impropia (no recibe de Él naturaleza divina); y en cuanto concebida ya llena de gracia su filiación es propia (participa por gracia la naturaleza divina de su Hijo), pero adoptiva, no natural.

Su Maternidad, en cambio, con relación al Hijo es del todo *propia y natural*.

Mas si el Hijo se siente y es propia y naturalmente Hijo de María, amándola con el amor filial correspondiente a esa su filiación propia y natural, nos parece congruo que, siendo la misma Persona divina la que como a hija la ama, la ame también con el amor que corresponde a una hija no sólo propia, sino también natural, aunque ontológicamente sea Ella sólo hija adoptiva por la gracia.

Tanto más que, en otro aspecto, podemos muy bien llamar a la Virgen hija *natural* de su Hijo. Pues el Hijo, como Dios, le da la naturaleza y existencia humana que El mismo querrá después recibir de Ella, de modo que le da *su misma naturaleza* —no su naturaleza divina, sino su naturaleza humana sede de toda gracia, y de toda gracia adornada, «llena de gracia y de verdad»—, para luego de Ella, como de Madre recibirla.

Mas para penetrar en el misterio del Corazón de Jesús y del Corazón de María a la luz de esa filiación de María con relación a su Hijo es menester tener muy presente que el amor procede de la persona y se termina a la persona; no procede de la naturaleza, ni se termina a la naturaleza. Siem-

(1) *De Sancta Virginitate*, n. 5

pre es la persona la amada; y la persona la que ama. Yo podré amar a uno por su cara bonita, o por su inteligencia, o por las buenas disposiciones de su voluntad; pero no amaré ni su cara, ni su inteligencia, ni sus disposiciones, sino a la persona a la que todo eso pertenece.

Única es la persona de María, y única también la Persona de Cristo que es divina, aunque sea sujeto de dos naturalezas.

El amor de la Virgen María —como Madre, Esposa e Hija— se dirige así siempre a la misma y única Persona de su Hijo, a la que totalmente ama con los tres amores perfectísimos que de esas tres relaciones con El dimanan. E igualmente, es siempre el mismo Jesús, la misma Persona divina, la que ama a su Madre como Hijo, como a hija y como a esposa.

Si María, como Madre de su Hijo, lo ama, protege y cuida maravillosamente con su amor maternal, y a cuidarlo totalmente se entrega, como Hija totalmente se le abandona y confía, se siente ante El pequeñita, recipiente de todos sus dones, de El absolutamente dependiente, con la dependencia gozosa y confiada del niño pequeñito con sus padres.

Ese su sentimiento de filiación nos explica su humildad abisal, el sentimiento que de su pequeñez tiene, en una dependencia biológica con relación a Cristo no menor de la que tiene el niño recién engendrado.

Es curioso como Ella insiste en esta pequeñez, no menos que en su maternidad, sintiendo a la vez las dos cosas juntas: «Congratulaos conmigo, porque siendo pequeñita agradé al Altísimo, y de mis entrañas engendré a Dios y hombre» (1): quiere que nos

congratulemos en su pequeñez, en la que Ella se alegra cual se alegra el niño que sabe que en todo necesita de sus padres, y tiene sumo gozo en recibirlo todo de ellos.

Por eso también dice: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva»: nada da más gozo al niño que ver

(1) Liturgia
Pág.412

cómo sus padres se inclinan sobre su debilidad y pequeñez, y lo atienden y protegen en todo.

Por eso también dice: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra»: es la rendición y entrega total del niño pequeño que se siente infinitamente amado, y en todo se fía de sus padres.

Yo quisiera aquí destacar el gozo inenarrable que la Virgen María sentía de saberse amada y protegida en su pequeñez radical por su Hijo, que la mimaba y cuidaba como a hija pequeñita. Y que puestos en brazos de Ella, nos sintiéramos amar con ese mismo amor con que Ella es amada, mimada y protegida, partícipes de su misma filiación.

Si somos incapaces de imitar la grandeza de su Maternidad y de su consagración al servicio de su Hijo, seamos al menos capaces de imitar su pequeñez, sintiéndonos en Ella y con Ella llenos de debilidad, necesitados de los cuidados paternos, gozosos de ser amados cual hijos pequeñitos, en brazos de Ella, y envueltos en el amor con que Ella es delicadísimamente amada. Abajémonos hasta compartir su pequeñez, y nos sentiremos amados con el mismo Amor con que es Amada.

Entenderemos así la humildad sincera y *verdadera* de María, compartiremos su pequeñez, sentiremos la delicia de la protección y de los mimos divinos, en Ella, con Ella, y en su seno.

Y también siente los dolores y gozos de su Hijo como hija de Él, y no sólo como Madre. Y como hija única, ya que toda nuestra filiación vimos derivaba de la plenitud de la que Ella tiene.

Como goza el pequeño al ver a su padre contento. Como sufre al verle sufrir: todo se le nubla, si se le nubla la cara de su padre.

Especialmente como hija sufrió la Virgen María al ver era Ella la causa de los sufrimientos de Jesús, que se abrazó con todos para preservarla y protegerla a Ella, para enriquecerla como a hija suya, para salvarla, para manifes-
Pág. 413

tar la riqueza que le daba haciéndola Madre de innumerables hijos que tanto habían de ofender a su Jesús. Siente sobre sí, cual si fuera hija única —de la que deriva y es extensión nuestra filiación—, el peso de consolar a su Jesús por los dolores y tristezas que todos sus hijos le causamos.

Gozos y dolores de María habríamos de contemplarlos como gozos y dolores de Madre, de Esposa y de Hija de su Jesús, y acompañarla en ellos bajo uno u otro matiz, o aun bajo todos juntos, según las actuales disposiciones y posibilidades de nuestro propio corazón.

Y ninguno de esos amores pone división en el Corazón de la Virgen, que maravillosamente los armoniza todos bajo la égida del Espíritu Santo, que en todo la guía, y al que en todo es dócil.

Como Madre se consagra a su Hijo, se da totalmente a su servicio, a cuidarlo, a protegerlo, a desarrollarlo.

Como Esposa se asocia a toda su obra redentora, a su fecundidad inagotable, en unidad con El.

Como Hija se abandona al cuidado de su Hijo, se siente por El en todo protegida, contempla en El toda su grandeza, se anima a copiarlo e imitarlo, se hace perfecta discípula suya, pero sobre todo, se siente segura y protegida bajo la sombra de sus alas, guardada por El como se guarda a las niñas de los ojos. Y como el Hijo se siente siempre y en todo recibido del Padre, así Ella se siente siempre y en todo recibida del Hijo, y en ese su ser del todo recibida pone y tiene todo su gozo.

Y respecto a Jesús, como Hijo de María la ama como a Madre, y se somete en todo a Ella y le obedece, y se abandona totalmente a su cuidado, no teniéndolo mientras fue pequeño, en nada, de sí mismo, sino dejándolo todo a Ella, en abandono absoluto y admirable en quien es Dios; como Padre de la Virgen María la mira siempre con infinita ternura, cuida su desvalimiento, la protege de todo mal, se anticipa a darle todo bien y a cumplir todos sus deseos, ve

en Ella su propia imagen, y en Ella se mira y se complace.

Y en toda esa actuación sobre María su Hija destaca sobre todo su protección celosa y delicada, ininterrumpida y siempre actual.

Él le da la naturaleza humana ya llena de gracia que de Ella quiere luego recibir. Y en esa naturaleza que le da, ve la suya propia, pues de toda eternidad ha decidido tomarla de Ella, tras habérsela dado: la ve así como a verdadera y natural hija suya, a la que comunica su propio ser humano «lleno de gracia y de verdad» para de Ella poder tomarlo.

Mas el ser humano que de Ella tome, al asumirlo a su Persona, revestirá la fortaleza y seguridad divina. El ser humano que a Ella da, al permanecer en creatura y ser de creatura, revestirá la debilidad e inconsistencia propia de la creatura, e incluso su labilidad.

Nadie podrá explicarse la ternura del Corazón de Jesús al contemplar la debilidad y pequeñez de su Hija María. Nadie su decisión celosa de protegerla y defenderla al ver en Ella su propia imagen, pero asediada de la debilidad inherente a la labilidad de toda creatura.

Es tal el amor y ternura, y eficacia con que se vuelca en Ella, que decide protegerla y asegurarla con su cuidado lo mismo que asegura la naturaleza que El mismo asume al hacerla naturaleza de Dios. Hasta el punto de que María tendrá la misma seguridad, por su protección amorosa, que que la que tiene su propia naturaleza humana al ser asumida por su Persona. Eso es lo que indica el decreto de predestinación única de Jesús y de María.

Y ese cuidado y protección celosa, con la que sueña el Verbo de toda eternidad, se exterioriza desde el primer momento de la existencia de María, no tolerando que nadie ni nada la manche o afee, y haciéndola partícipe ya entonces de su plena victoria: «María, gloria del mundo, Hija de la Luz eterna, tu Hijo te preservó hasta de la menor mancha» (1).

(1) Inmaculada, Himno de Laudes

Y desde entonces la hace participar de su total victoria, haciendo propia de Ella su divina fortaleza: «Hoy es la Concepción de Santa María Virgen, que con su pie virginal trituró la cabeza de la serpiente»: ya en su misma Concepción la dota de amor virginal, del amor suyo, para que así aplaste, con su propia fortaleza, a la serpiente.

Y sobre Ella se proyecta como sombra, teniéndola bajo la sombra de sus alas: nadie podrá dañarla sin antes vencerle a Él, a El que es Dios omnipotente. Así nos lo dice el Himno de Maitines de su Presentación (1): «Te creó el Padre ingénito, te cubrió con su sombra (obumbravit) el Unigénito, te fecundó el Espíritu Santo.»

Si la débil gallina defiende a sus polluelos, ¿cómo defenderá el Verbo encarnado a su Hija queridísima? Y Ella, sintiéndose pequeña, cobijada está siempre bajo sus alas.

Se afirma frecuentemente que Jesús tolera muchos desprecios que a Él se hagan, pero venga prontamente los hechos a su Madre.

¿No sería más exacto que venga los hechos a su Hija? El animal más manso se vuelve fiero, el ave más tímida valerosa, cuando se trata de defender a sus pequeños, y ninguno muestra tanto arrojo para defender a su padre o a su madre.

Esa fiereza del Corazón mansísimo de Jesús, cuando se trata de defender a su Madre y de proteger su honor, sólo se explica porque su Madre es también su Hija, su hija pequeñita y como única, en cuya debilidad y pequeñez del todo se ha volcado, guardándola bajo la sombra de sus alas, cubriéndola en todo y siempre con su sombra, con su protección omnipotente.

Y esa misma fiereza que tan bien como Hija María experimenta, la imita y copia Ella, cuando se trata de defendernos y protegernos a nosotros, sus hijos.

Creo ganaríamos mucho si contempláramos a nuestra Madre a esa luz de Hija de Cristo, y supiéramos en su seno comunicar en el amor con que Ella como hija es amada, sin-

(1) 21 de noviembre

tiéndonos en Ella y con Ella, y siempre que en su seno nos mantengamos, amados con el mismo amor con que es amada Ella, protegidos en nuestra debilidad con la misma protección con que Ella es protegida, mimados con los mismos mimos con que Ella es mimada.

Nuestro conocimiento de Ella sería también más profundo y extenso, adentrándonos en la inefable complejidad de su hermosura y de su amor.

Pues siempre y en todo, María ama como Madre, como Esposa y como Hija de su Jesús. Y siempre y en todo se sintió y siente por Él amada como Madre, como Esposa y como Hija. En Él se sacian todas las exigencias de su Corazón: como el mar, abisal; como el misterio, profundo; como sombra e imagen perfectísima de Dios, uno en su variedad, rico en su multiplicidad simplicísima.

Pero recorrer todas las manifestaciones y expresiones de esa su relación filial exigiría no menos espacio que la consideración de su Maternidad, cosa que no podemos aquí ni aun intentar.

Esperamos que estas sugerencias breves basten, sin embargo, para que los hijos de María sepan contemplarla y gustarla en esa faceta maravillosa de sus relaciones con Jesús.

8. MARÍA ESPOSA, MODELO PARA EL MATRIMONIO CRISTIANO

La condición de María como Esposa del Verbo ha sido reiteradamente exaltada por Padres y Doctores, especialmente con ocasión de sus Comentarios —expresos o circunstanciales— al Cantar de los Cantares, aplicando a Ella la figura de la Esposa.

Es un terreno en que aquí no podemos entrar, pero que sugerimos al lector para su contemplación filial de María.

Añadamos otras dos sugerencias, en que tampoco pode-

mos extendernos, porque nos apartarían de la contemplación directa de María, que es aquí nuestro único objeto.

Son contemplar a María como modelo que copiar en el matrimonio cristiano, y ejemplar en que inspirar nuestra unión con su Divino Hijo.

Respecto al matrimonio, si el marido tiene en la teología paulina (1) un modelo personal que copiar en el amor virginal y exento de toda mezcla de egoísmo de Cristo, la mujer, al inspirarse en el amor de la Iglesia a Cristo, carece en realidad de un modelo *personal*, lo que hace difícil la copia o imitación.

Necesariamente ha de servirse, como modelo, de ese amor en cuanto *personalizado* en los miembros de la Iglesia, en el amor y entrega sobrenatural de las almas a Cristo.

Mas este amor personal, por lo que atañe a los viadores, por santidad que hayan alcanzado, dista mucho de ser enteramente virginal y sin egoísmo: si ya el modelo es deficiente, mal podrá salir buena la copia.

Y por lo que atañe a los bienaventurados —Iglesia triunfante—, poseedores de un amor ya totalmente virginal, difícilmente puede servirle de modelo por trascender toda experiencia.

Pero dispone de un amor enteramente virginal en la Virgen María, ya en su estado de viadora: en Ella resplandece de modo eminente toda la perfección del amor a Cristo de la Iglesia triunfante.

Es, pues, mirándola a Ella, y copiándola en lo posible en su entrega a Cristo, como la mujer podrá concretamente saber el camino y el modo de ir saliendo de todo egoísmo en las relaciones con su marido, acercándose cada vez más al amor virginal, es decir, al verdadero y puro amor exento de egoísmo.

Como es mirando a Cristo, y esforzándose cada vez más en imitar su amor virginal y su total entrega a las almas —y muy especialmente a la Virgen María, en la que singularmente resplandece la plenitud y eficacia de esa entrega—,

(1) Ef. 5,22-23

como el marido se irá acercando al amor virginal en las relaciones con su mujer, depurando cada vez más su amor de las adherencias del egoísmo.

E incluso para el marido será frecuentemente, como más simplemente humano y más a nuestra medida, más fácil entender e imitar el amor de la Virgen para así acercarse al amor virginal.

Es así la contemplación asidua de María, y la tierna devoción a Ella en el matrimonio cristiano, lo que más contribuirá a ir depurando su amor, lo que más les

ayudará a ir aprendiendo a verdaderamente amarse sin resabios de egoísmo, lo que inconmensurablemente aumentará su unión y dicha, pues la dicha del hombre es el amor. Dios es infinitamente dichoso, porque es Infinito Amor. Tanto más participaremos su dicha, cuanto más nos acerquemos a su Amor.

Es la Virgen María, presente, venerada y amada en el hogar cristiano, la que irá convirtiendo el agua fría de nuestros egoísmos en vino generoso de amor, cual lo hiciera en las bodas de Caná.

Es igualmente Ella quien irá transformando el vino aguado de nuestro amor, tan mezclado de egoísmo, en vino puro, grato, y sabroso al paladar de los que se aman.

Si supieran los matrimonios cristianos cuánta dicha pierden, cuántas delicias de amor jamás llegan a gustar, por prescindir tan fácilmente de María, no la tendrían tan olvidada, ni la arrinconarían cual recuerdo y juguete de su infancia.

Aunque sólo fuese por egoísmo, la entronizarían en su casa. Y, sobre todo, la tendrían siempre como en trono en su corazón y en su pensamiento.

9. MARÍA ESPOSA, MODELO PARA LAS ALMAS EN SU RELACIÓN CON CRISTO

Por lo que mira a las relaciones de la Iglesia con Cristo, y a las de todos los fieles que en Ella y con Ella participan
Pág. 419

y comunican su calidad de Esposa de Cristo, el modelo para todos y cada uno es la Virgen María, cuyo amor virginal han de procurar incansablemente imitar y copiar, y cuya entrega total actual han de compartir, repitiendo con Ella en todo y de continuo: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mi según tu palabra» (Lc. 1,38).

Sólo contemplándola y esforzándonos en imitarla, iniciaremos nuestra unión con Cristo, y progresaremos en ella has. ta llegar al verdadero amor virginal, que en el cielo florecerá en nosotros con todo el esplendor. Quien sin servirse de Ella pretende llegar a Cristo es cual ave que quiere volar sin alas (1).

Si de verdad la sentimos nuestra Madre, la imitación de su amor virginal nos será fácil, pues todo hijo pequeño copia espontáneamente, y como sin quererlo ni advertirlo, todo lo de su Madre; y así, con sólo amarla y quererla como a Madre, sin darnos cuenta nos iremos acercando a la virginidad de su amor, y a la pureza y delicadeza de sus relaciones de Esposa con Cristo, que se irán dibujando y grabando con más y más nitidez en nuestro corazón.

Por otra parte, siendo Ella de verdad nuestra Madre, y abandonándonos nosotros como hijos pequeñuelos a su acción, no sólo es modelo que copiamos, sino auxiliadora, ayudadora, maestra activa, y dadora a nosotros de su mismo amor virginal. Ella en nosotros y con nosotros amará a Jesús con su propio amor virginal, como la madre guía la mano del niño obrando con él todas las cosas hasta que las aprenda.

Y en nuestro amor todavía torpe y egoísta, Jesús no verá mi torpeza y egoísmo, sino la virginidad y delicadeza de su Madre, que nos guía y acompaña en nuestro amor, amando Ella en y con nosotros.

Jesús se volcará en nosotros, porque, al hacerlo, siente que se vuelca en su Madre, que en mí y conmigo le ama. Y el incendio de ese amor con que Jesús nos abrasa y envuelve —como unidos e identificados con su Madre— acaba-

(1) Dante
Pág. 420

rá pronto por consumir todas las escorias egoístas de nuestro corazón.

Nunca, pues, nos uniremos bastante a nuestra Dulce Madre; nunca nos dejaremos bastante ayudar y acompañar por Ella.

De la intensidad y continuidad de nuestra unión con Ella dependerá totalmente la profundidad y rapidez de nuestra transformación en Cristo.

Basten estas sugerencias para convencernos de que no tenemos otra vía para acercarnos al amor virginal fuera de la contemplación e imitación de María, del trato tierno con Ella, con sumisión dócil a su acción y magisterio, cual propia de los que somos sus hijos todavía pequeñitos.

No temamos amarla demasiado, o en demasía a Ella unirnos, pues sólo en Ella hallaremos a Jesús, y con El indivisible y entrañablemente nos uniremos.

Hechas estas sugerencias, sigamos con la contemplación de nuestra Madre, viendo cómo su amor virginal matiza sus relaciones con el Corazón de Jesús.
Pág. 421

CAPÍTULO IV

EL AMOR VIRGINAL DE MARIA EN SUS RELACIONES CON EL CORAZÓN DE JESÚS

«Jardín cerrado, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada.»
(Cant. 4,12).

«Surge, aquilón con tu fuerza; y ven, austro, con tu suavidad: remueve con tu soplo mi huerto, para que fluyan sus aromas... y venga mi Amado a mi jardín, y coma sus frutos... Mi Amado descendió a su jardín, a aspirar sus aromas, y alimentarse de sus frutos, y recoger sus flores. Yo para mi Amado, y mi Amado para mí.»

(Cant. 4,16; 5,1; 6,1.2).

«Si uno diere toda ta hacienda de su casa por el amor, cuat si nada fuere la despreciará.»

(Cant. 8,7).

Pág. 422

1. EL AMOR VIRGINAL Y LA CONSAGRACIÓN

El amor virginal de María como Esposa hace perfecta e insuperable su consagración al Corazón de Jesús.

Al estar exenta de todo egoísmo, María de necesidad dedica y entrega todo su ser y todas sus fuerzas a la adoración y al servicio de su Hijo, sin reservarse nada para sí.

En virtud de esa virginidad ama a Jesús con todo su corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas, con todo su ser.

En virtud de ese amor virginal, sólo Jesús cuenta para Ella, sólo a Él se dedica, sólo a Él sirve, sólo en Él se encuentra a sí misma: «Pónme como sello sobre tu corazón, como

sello sobre tu brazo» (Cant. 8,6): todos sus afectos, todas sus obras y actividad, van sellados por Jesús, y a El dirigidos y ordenados.

Es la verdadera y plena consagración al Corazón de su Hijo, por la que ya no vive en sí ni para sí, sino sólo en su Hijo y para su Hijo.

2. EL AMOR VIRGINAL Y LA REPARACIÓN

La reparación consiste en sentir con el Amado: tanto sus goces como sus dolores.

Gozarse como en propios en los obsequios, correspondencias y caricias que El recibe, en el amor con que es amado. Dolerse como en propias en las ofensas, deshonores, desatenciones, frialdades e ingratitudes de que lo ve objeto, consolándole en ellos con su compañía, su amor, su adoración rendida; y compensándole con su correspondencia y entrega, haciéndole, así como olvidar el mal trato que recibe de los que ama.

Por su amor virginal, María es radicalmente incapaz de prestar la más mínima atención a los que nosotros llama-

riamos sus propios goces y dolores, sus propios honores y ofensas.

En virtud de ese amor, sólo percibe como verdaderamente propios los goces y dolores de su Hijo, los honores y las ofensas de que es objeto, el amor o la frialdad con que es tratado.

Siente así en todo con Jesús, y sólo con Jesús. Lo acompaña en todos sus goces y dolores; le satisface y compensa con su amor de todos los desamores, frialdades y desatenciones de que le ve objeto, de todos los pecados con que le ve ofendido.

Por ese amor, no hay gozo de Jesús —incluido el inefable de saberse y sentirse infinitamente amado por su Padre— que María no participe y haga suyo, sienta verdaderamente como suyo.

Ni hay dolor, abandono o ingratitud que María no sienta como suyos, que no procure compensar, del que con toda la delicadeza de su amor no le consuele.

Es la reparación perfecta, pues en virtud de la virginidad de ese amor ningún sentimiento tiene o puede tener la Virgen María si no los de su Hijo: todos los de su Hijo, y sólo los de su Hijo.

Sólo se siente donde se vive. María no vive en sí, sino en su Hijo: en Él está su vida, Él es su misma vida.

3. EL AMOR VIRGINAL Y LA INTIMIDAD

En consecuencia, perfecta es también la intimidad.

Perfecta por parte de María, pues no viviendo en sí, sino en su Hijo, nada tiene o vive propio, nada que como propio se reserve: todo lo vive en y con su Hijo, en una comunicación absoluta y radical de todo su ser. Todo lo suyo no sólo lo comparte su Hijo, sino que simplemente es de su Hijo, pues sólo en El y con Él vive y actúa la Virgen María.

Perfecta por parte de Jesús, que no puede dejarse vencer

en amor. Si la Virgen totalmente se le entrega, totalmente tiene El que entregarse a su virginal Madre.

No hay así secreto reservado en el Corazón de Jesús: todo se lo comunica a María, que recorre y contempla el Corazón de su Hijo como posesión y Vida propia. Por eso dice: «Yo soy para mi Amado, y a mí se entrega y vuelve El en reciprocidad perfecta» (Cant. 7,10), «Mientras aspira y dura el día, y cuando se inclinan las sombras de la noche, siempre mi Amado es todo para mí, y yo toda para El» (Cant. 2,16.17).

Por lo que atañe así a la voluntad enamorada de Cristo, incapaz de dejarse vencer en amor o en sinceridad y totalidad de entrega, ningún secreto tiene para su Madre: todos se los comunica, pues no los ve como propios, sino como de Aquella que así se le ha entregado.

La limitación de esa íntima comunicación no puede así provenir de decisión del Corazón de Jesús, que en parte se la negara, sino sólo de la posible incapacidad de la Virgen para recibirla y entenderla, por su limitación de creatura.

Tal incapacidad no se da por lo que mira a todo lo humano de Cristo, pues vimos más arriba la perfecta adecuación que se da entre el ser humano de Cristo y el ser de María.

La intimidad de María con Cristo en todo lo humano es, por consiguiente, perfecta y exhaustiva, tanto en el mutuo darse, como en el mutuo *recibirse*.

Siendo en y con esa naturaleza humana que Jesús hace nuestra redención y lleva a cabo la obra para la que el Padre le envió a este mundo, es evidente que nada hay en la obra redentora, nada en la obra o pasión del Verbo *como encarnado* que para María sea secreto, a lo que Ella no se asocie, que Ella no sienta y palpe como de verdad suyo —lo único verdaderamente suyo—, por ser de su Hijo.

Nada hace así Jesús sólo en su obra de redención, sino todo junto con su Madre. Ninguna operación hace el Verbo como encarnado e inserto en el mundo, que no la haga con

Ella; ninguna pasión o recepción de acción de que Ella no sea con El sujeto: Ella es la perfecta asociada en todo, y en todo partícipe de su misma suerte.

Es la asociación perfectísima en todo, hecha por dos amores en todo virginales, que son como uno solo: el amor virginal de María, y el amor virginal humano de su Divino Hijo.

Mas por lo que mira a la comunicación de la Divinidad de su Hijo, sí se da limitación en la capacidad receptiva en la Virgen María.

Dios la quería viadora, para que acompañase a su Hijo hecho *también* viador por nosotros. Y a ese estado no convenía la visión intuitiva continua de la Divinidad.

Su Hijo, por razón de la unión hipostática, necesariamente tenía esa visión intuitiva en su entendimiento humano: cual enseñan los teólogos, es a la vez viador y comprehensor.

Pero precisamente por haberse hecho viador por nosotros vimos como esa visión no redundaba formalmente, cual haría después en la gloria, en ninguna operación humana de Jesús, ni aun intelectiva, fuera del simplicísimo acto intuitivo.

Y en cuanto accidentalmente redundaba —más o menos según las ocasiones, o incluso de modo nulo como en el abandono y desolación de Jesús en la cruz, que con la transfiguración señala como los dos extremos límites de esa redundancia—, lo comunicaba y hacía participar a su Madre, que así sintió como propio el gozo que llenaba a la Humanidad de Cristo al saberse amado por su Padre.

Y como propia sintió, y perfectamente entendió y a ella se asoció, su desolación en la Cruz al no redundar experimentalmente de la pura intuición del entendimiento humano de su Hijo a todo el resto del ámbito de su Humanidad sacratísima el gozo de saberse amado. Si María no hubiera participado el gozo de Jesús, redundante de su visión intuitiva, tampoco hubiera podido participar ni entender su desolación, al cortarse esa redundancia.

Mas el acto intuitivo mismo de visión, precisamente por ser intuitivo, no podía Jesús comunicarlo a la Virgen María.

Pág. 426

La intuición se puede en algún modo explicar a otro —y sin duda lo haría Jesús muchas veces con María—; pero no se puede *transmitir* a otro: sólo el objeto —aquí Dios— puesto en contacto inmediato con el entendimiento, puede provocar la intuición.

Así María conoce a Dios por fe. Una fe avalada por profundísima experiencia, no sólo derivada de la intuición que varias veces tuvo, sino y principalmente de la participación y comunicación en la redundancia gozosa que esa visión producía en la naturaleza humana de su Hijo, que Ella también sentía y entendía, y la veía como suya propia.

En cuanto Ella comunicó a su Hijo —su naturaleza humana—, no halla así en El secretos ni limitación.

En lo que no le comunicó —su naturaleza divina y su Personalidad divina preexistente de toda eternidad—, ciertamente se sabía María limitada en la participación de sus secretos, que sólo por la fe conocía, aunque por fe tan viva y como experimental cual jamás se ha dado ni se dará.

El deseo de contemplar todo el ser de su Amado y hacerlo suyo —tanto el humano que *ya es suyo*, como el Divino— la consumió en ansias inextinguibles de unión hasta su Asunción al cielo.

En esas ansias conmereció con Cristo la visión divina para todos sus hijos. Por eso Dios quiso que las padeciera, aunque desde su Inmaculada Concepción ya estaba preparada y era apta para esa visión en cualquier momento que Dios quisiera dársela.

Dios resistió a su deseo de dársela para bien nuestro y para gloria de Ella: para que Ella en algún modo mereciera, no sólo para sí —que ya no lo necesitaba—, sino para todos sus hijos, la visión beatífica, a fin de que todos eternamente viéramos que la visión divina que nos beatificará nos deriva de Ella. Y Ella también, según vimos en LA AMADA (1), renunció voluntariamente a esa visión divina en su Inmaculada Concepción alcanzada, para consuelo del

(1) lib. III, cap. 5

Pág. 427

Corazón de su Hijo y para nuestro bien, queriendo llevarnos consigo a todos a gozarla.

Ciertamente sufrió la Virgen María en esas ansias; pero no menos sufrió con Ella el Corazón de Jesús, ansioso de comunicarle su visión beatífica: y no sólo a Ella, sino a cuantos hijos con Él y en Él había de engendrar su Madre a la vida eterna.

En ese sufrimiento en Ella y con Ella nos mereció Jesús en Ella y con Ella la visión beatífica a todos nosotros, y con la contemplación de la dicha futura de sus hijos confortaba a María en el atroz dolor de sus ansias de amor.

Ni el gozo de Jesús debió ser pleno hasta llevar consigo al Cielo a su Madre y Esposa, haciéndola tener la misma visión divina de que su entendimiento humano ya gozaba.

Siendo el entendimiento humano de ambos como uno y el mismo, y de la misma perfección, también como una y misma es la visión divina que ambos gozan, derivando de la de ellos a todos los bienaventurados, para quienes Ellos la merecieron.

4. EL AMOR VIRGINAL Y LA IMITACIÓN

De la intimidad se sigue la imitación, cual de la flor el fruto: «Dime con quién andas y te diré quién eres.»

Aunque, propiamente, el amor virginal ni imita ni copia. Simplemente hace suyo, asimilándolo, cuanto ve en el Amado, cuanto hay en el Amado, cuanto es del Amado.

La imitación afecta *como propia* al que imita: la copia es del que copia, y en él está, no en el copiado. Y así ni imitación ni copia alcanzan nunca toda la perfección entitativa de lo imitado y copiado.

María, en virtud de su amor virginal, es radicalmente incapaz de poner nada en sí misma como separándolo del Amado, ni aún por vía de imitación o copia.

Propiamente, así, no copia nada de su Hijo. Simplemente

hace suyo todo lo de su Hijo, viviéndolo en y con su Hijo, y no en sí misma, pues no le queda vida para sí, que el amor virginal todo lo entrega, sin nada reservarse. Ella es así la «Discípula perfecta» del Corazón de Jesús.

En virtud de ese amor, de tal modo hace suyo todo lo de su Hijo con toda su perfección entitativa, que verdaderamente quien la ve a Ella ve a su Hijo, conoce a su Hijo, contempla a su Hijo.

Y quien a su Hijo conoce la está conociendo y contemplando a Ella. Pues Ella y su Hijo, por el amor virginal que les une y traba, son como una misma cosa, una misma acción y pasión, una misma Vida, por dos personas vivida.

Es lo que, en grado menor, sucederá a los bienaventurados en el Cielo, donde *ya semejantes* a Dios (1) y en El totalmente transformados, ya no imitarán a Cristo, sino simplemente vivirán de su Vida, actuarán con su Vida: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Jn. 6,58). No tiene el Hijo otra Vida que la del Padre; ni los bienaventurados otra Vida que la del Hijo.

La imitación del Amado es medio y camino. El vivir ya solamente y en todo de la Vida del Amado es el término a que aboca la unión perfecta con Él.

Y respecto a esa unión con su Hijo, María, ya en esta vida, no está en camino, sino que alcanza el término, pues el amor virginal que informará a los bienaventurados en el Cielo la llena ya aquí abajo por entero. Por eso dicen de Ella los Padres y los Santos que empieza donde los elegidos acaban.

5. EL AMOR VIRGINAL Y LA INTERCESIÓN

En ese cuadro de comunión e intimidad perfecta con su Amado se inserta la intercesión omnipotente y universal de María.

Intercesión del todo singular y peculiar. Porque no se ejerce tanto por la súplica —aunque María no cese, en su

(1) lª Jn. 3,2
Pág. 429

humildad, de rogar e interceder por todos sus hijos—, cuanto por el dominio y el imperio.

Por ello dice San Pedro Damián (1): «Te acercas al altar de oro de la humana reconciliación (= a Cristo), no sólo rogando, sino imperando; Señora, no esclava... Pues tu Hijo, que es Dios bendito por los siglos de los siglos, te honra no negándote nada» (Accedis enim ante illud aureum humanae reconciliationis altare, non solum rogans, sed imperans, Domina, non ancilla... Audi nos. Nam et Filius nihil negans honorat te, qui est Deus benedictus in saecula saeculorum. Amen).

En virtud de su amor virginal, María no tiene otros bienes propios que los de su Hijo. Son los bienes de su Hijo los que siente y ve como propios, en los que se complace como en propios, de los que usa como propios.

Ni hay peligro de que Jesús limite a su Madre ese uso de *condominio* de cuantos bienes Él nos mereció, y El posee.

Por una parte, nada más agradable a su Corazón, ansioso de ser amado, que el amor virginal de María. Si, pues, enamorado, acepta ese amor y se complace en él, igualmente ha de aceptar las consecuencias que ese amor entraña, a saber, que la Virgen ya no tenga o contemple bien alguno como propio, sino que sólo mire y sienta como verdaderamente propio todo y sólo lo de su Amado.

Por otra, sería totalmente indigno de Jesús que se dejase vencer en amor por una creatura. Si su Madre le da todo lo suyo sin reservase nada como propio, no menos el Hijo debe dar a su Madre *todo lo suyo* sin reservarse nada como propio y exclusivo.

Y la proporción de la donación mutua es perfecta.

María da a Jesús todo lo humano, todo su ser humano. Jesús da a María cuanto con esa naturaleza humana de Ella recibida adquiere y conquista, es decir, todos los bienes de salvación y redención, de que María dispone como propios en favor de sus hijos.

(1) *Sermo I in Nativitate B.M.V., in fine*, lectura usada en el Oficio de la Virgen del Sagrado Corazón
Pág. 430

Finalmente, no es Jesús un Esposo pobre o avaro, ni como tal puede proceder. Mas como tal se comportaría si a su Esposa María le pidiera cuentas de cómo dispone de los bienes como Madre de familia, como Madre de la Iglesia y de los hombres; o si le exigiera le pidiera permiso para erogarlos a quien quiera, cuando quiera, y como quiera.

Tal permiso se lo concedió de una vez para siempre al hacerla su Esposa y constituirla verdadera Madre de todos los llamados a ser hijos de Dios.

Por eso, con toda confianza, pero también con toda verdad, acudimos a Ella diciéndole:

«Acordaos, oh Nuestra Señora del Sagrado Corazón, *del inefable poder* que vuestro Hijo Divino os ha dado sobre su Corazón adorable. Llenos de confianza en vuestros merecimientos, acudimos a implorar vuestra protección, oh celeste Tesorera del Corazón de Jesús. De ese Corazón que es el manantial inagotable de todas las gracias, y el que podéis abrir a vuestro gusto para derramar sobre los hombres todos los tesoros de amor y

de misericordia, de luz y de salvación que encierra. Concedednos, os lo suplicamos, los favores que solicitamos. No, no podemos recibir de Vos desaire alguno. Y puesto que sois nuestra Madre, ¡0h Nuestra Señora del Sagrado Corazón!, acoged favorablemente nuestros ruegos, y dignaos atenderlos. Así sea.»

6. MARÍA, ESPOSA ETERNA DEL VERBO, ASOCIADA A TODA SU OBRA Y ACTIVIDAD

Es así María Esposa amadísima del Verbo encarnado por toda eternidad, indisolublemente a El unida y vinculada. En unidad y comunidad total de vida y de acción sobre todas las creaturas tanto en la tierra como en el cielo, y en todo partícipe de su dominio y realeza. Nada hace el Verbo sólo en orden a lo creado, sino en Ella y con Ella.

Esposa única, porque toda otra unión de Cristo con la

Iglesia y las almas deriva de la que tiene con Ella, es extensión y manifestación de su vinculación a Ella, para que resplandezca en sus hijos de mil modos diversos el amor con que amó a su Madre y nuestra.

Y, en cuanto posible, la asocia también, en comunidad de vida y de acción a su relación al Padre. Pues siendo su entendimiento humano como uno con el de María, al dar a su Madre la visión de Dios en toda su capacidad radical sobrenatural y obediencial, le da *la misma* visión divina que El, como hombre, tiene. De modo que en esa misma visión se la asocia y la tiene consigo indisolublemente unida, cual si fuera única la visión de entrambos, y única la alabanza eterna que entrambos dan a la Trinidad beatísima.

Y así como toda visión de los bienaventurados deriva de la que tiene Cristo como hombre, recibiendo todos de su plenitud (1), y viviendo de su vida (2), así también deriva de la de la Virgen María, unida y asociada a Cristo en una misma y como única visión, en una misma y como Única Vida.

Y así tenía que ser, siendo verdaderamente la Virgen Madre nuestra y Madre de la Iglesia.

Si Madre, transmisora de la vida. Mas la vida eterna es precisamente la visión beatífica: «Esta es la Vida eterna: que te conozcan a Ti, sólo Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo» (Jn. 17,3).

Siendo, pues, de verdad Madre, de verdad tiene que ser también en algún modo transmisora de la vida eterna que consiste en la visión divina.

Transmisora en y con su Hijo, al que está en todo indisolublemente asociada. Así esa asociación es eterna, como eterna es la vida que con Jesús transmite y en sus hijos engendra.

Es así María Esposa del Verbo por toda la eternidad.

Y lo es también desde toda eternidad. No por parte de Ella, que empieza en el tiempo. Pero sí por parte del Verbo que eternamente la contempló y sintió como Madre y Esposa suya, y en Ella se complació y puso sus delicias.

(1) Jn. 1,16
(2) Jn. 6,58

Y así, en todas las obras externas de creación y redención la tuvo en cuenta, asociándola a su obra, cual se nos dice en el Libro de los Proverbios (1), que la Iglesia aplica a María en su Liturgia.

Siendo inmutable el Verbo, si ahora la tiene como Madre, Esposa e Hija suya, desde toda eternidad por tal la tuvo, y a toda su obra la asoció.

(1) 8,22-31

CAPÍTULO V

LAS DELICIAS DEL AMOR VIRGINAL

«En el torrente de tu placer les harás beber.»

(Sal. 35,9).

«Entra en et gozo de tu Señor.»

(Mt. 25,21).

«¿Quién es Esta que asciende det desierto, anegada (affluens) en delicias, apoyada sobre su Amado?... iCuán hermosa, y cuán beZta, amadísima, anegada en delicias.»

(Cant. 8,5; 7,6).

«*Madre llena de santa alegría, Oh María. Valle primaveral que florece en tirios de virtudes, toda fluyendo en delicias sumas.»*

(Presentación de la Virgen, 21 Nov., Himno de Maitines).

«Esposa e Hija det Rey... en Za morada dez Príncipe supremo, tú afluyes en deticias.»

(Himno de Laudes de la Presentación, 21 Nov.).

1. DICHA INEFABLE QUE EN MARÍA EMANA DE SU AMOR VIRGINAL

El estado de Esposa es, substancialmente, estado de dicha inefable en el amor del Amado. Tanto mayor dicha, cuanto más virginal y puro es el amor.

El amor virginal, como exento de toda mezcla de egoísmo, ni busca la propia dicha, ni la procura, ni la atiende, sino sólo la del Amado.

Mas al hacerlo así halla la dicha total, plena, inextinguible: goza de la misma dicha de Dios, que «es Amor» (lª Jn. 4,8.16).

La dicha no viene así del exterior, como conquistada con esfuerzo. Brota connaturalmente del interior, sin esfuerzo, como de fuente llena, que la anega y redunda, fluyendo hacia fuera y derramando dicha por doquier, inundando de ella a cuantos se acercan a esa fuente, sin que por eso sus aguas se agoten o disminuyan. Que no puede agotarse ni disminuir el Dios «Amor», que en su seno mora, y de su seno mana como río de aguas vivas.

Renunciando a su gozo «entra en el gozo de su Señor» (Mt. 25,21), haciéndolo suyo por el amor virginal que lo enamora.

En el alma que así ama, se cumplen con creces las palabras de Jesús: «Quien halla su alma, la perderá; mas quien por Mí la perdiere —a ella renunciare, y, por el amor virginal, de ella se olvidare—, la encontrará» (Mt. 10,39; Cf. Mt. 16,25; Mc. 8,35; Lc. 9,24).

Cuando uno egoístamente se busca a sí mismo, se encuentra, sí, pero afectado de toda la limitación radical de creatura que tiende a su desintegración y acaba en muerte eterna: es el aprecio de sí, llevado hasta el desprecio de Dios, lo que puebla la ciudad del infierno (1).

Cuando uno se renuncia y niega a sí mismo, se pierde de

(1) San Agustín

vista a sí mismo por amor a Cristo, entonces se encuentra en Cristo, sumergido en su vida y en su dicha divinas, sin peligro de desintegración o corrupción, participando de la misma indefectibilidad y plenitud divinas: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25,21).

Es el aprecio de Dios, llevado hasta el desprecio, olvido y negación de sí mismo, lo que puebla la ciudad del cielo.

A quienes ahí llegan por su amor virginal, los abreva Dios con el torrente de su mismo placer y dicha: «En el torrente de tu placer les harás beber» (Sal. 35,9).

Se sentirán anegados en esa dicha divina, que llegará a todas las reconditeces de su ser, haciéndoles producir frutos divinos, como la sangre llega a través de los ríos y arroyuelos de arterias, venas y vasos capilares a todas las células del organismo, haciéndoles vivir de una misma y única vida. Por eso está escrito: «Embriaga sus ríos y arroyuelos, multiplica sus frutos: bañados en las gotitas que de tu rocío destilan, se alegrarán al germinar a tu vida divina» (Sal. 64,11).

El modo cómo el amor virginal nos lleva a beber en el mismo torrente de la dicha divina —como el sarmiento recibe y como bebe la savia de la cepa (1)— podemos verlo por dos consideraciones.

2. EL AMOR VIRGINAL CAUSA DICHA DIVINA AL HACERNOS PARTICIPAR DE DIOS «AMOR»

«Dios es Amor» (1ª Jn. 4,16). Amor infinito y virginal, sin sombra o mezcla de egoísmo.

Por ser amor virginal infinito, es también la dicha y felicidad infinita. La dicha es fruto del amor: río que de él mana como de su fuente.

Es evidente que tanto se acercará más uno a la dicha divina, y más participará de ella, cuanto más se acerque, y más participe de la naturaleza de Dios que «es Amor».

(1) Jn. 15,4-7

Al copiar y hacer nuestro su amor virginal —amor de verdaderos hijos suyos, que sólo en Él se complacen y glorían—, según nuestra capacidad obediencial, igualmente copiaremos y haremos nuestra su dicha según toda nuestra capacidad obediencial.

Por eso, cuando alcancemos el amor virginal que nuestra filiación divina está exigiendo, alcanzaremos también la herencia propia de los hijos: seremos herederos de Dios, de su dicha y de sus bienes (1); le veremos y seremos en todo semejantes a Él (2).

De tal modo grabó Dios esta consecuencia en nuestros corazones, en su deseo de evitarnos toda posibilidad de error, que todos sentimos que nuestra dicha está en el amor —amar y ser amados—, aunque tan impotentes nos sintamos para llegar al verdadero y puro amor, exento de egoísmos, en nosotros y en los demás.

Y todos percibimos que cuantas disensiones amargan nuestra vida con relación a los seres amados provienen del egoísmo con que el amor va mezclado, por el que se busca el propio deleite, y no el del amado.

3. POR SU PROPIA NATURALEZA INTRÍNSECA, EL AMOR VIRGINAL HACE NUESTRA LA DICHA DE DIOS

La segunda consideración parte de la misma naturaleza intrínseca del amor virginal.

El amor virginal, al olvidarse completamente de sí mismo, y centrarse totalmente en el Amado, hace suyo el gozo del Amado, todo lo del Amado.

Nada percibe, ni puede percibir ya como propio, si no es lo del Amado, en quien vive, y para quien vive. Eso es lo único que el amor virginal ve y siente como propio, desconociendo totalmente lo que como propio consideraría el egoísmo.

Es, pues, evidente, que el amor virginal hace propio y

(1) Rom. 8,17
(2) lª Jn. 3,2

siente como propio, y se complace como en propio, el gozo y los bienes del Amado.

Y si el Amado es Dios, e infinito su gozo, siente, ve y goza como propio el mismo gozo infinito de Dios. Es así a quien con tal amor le ama, a quien Dios mismo invita, diciéndole: «Entra en el gozo de tu Señor.»

El amor virginal nos lleva así a sentir el gozo infinito divino. Y cuando ahí nos ha llevado, Dios no nos cierra la fuente de ese gozo, antes de par en par la abre, invitándonos a anegarnos en él.

4. EL AMOR VIRGINAL SUMERGE A MARÍA EN UN MAR DE DICHA

La comunión en ese gozo será tanto más intensa y perfecta, cuanto más intenso y más virginal sea el amor.

Por la intensidad inconcebible del amor de María, así como por su virginidad total e insuperable, podemos vislumbrar el mar abisal de gozo y delicias divinas en que vivió en el tiempo, y vive en la eternidad, sumergida y anegada.

Diciendo su ser proporción perfecta con el ser humano de su Hijo, es evidente que exhaustivamente comunica y hace suyo todo el gozo que el Verbo siente y tiene en su Humanidad beatísima.

Como el Verbo, en su Divinidad, comunica y hace suya exhaustivamente toda la riqueza y dicha del Padre, y el Padre le siente exhaustivamente comunicar con Él, en unidad perfecta de naturaleza y ser, así María comunica exhaustivamente con el Verbo

en su naturaleza humana, haciendo suya toda la riqueza y dicha de esa naturaleza y ser humano del Verbo; y el Verbo la siente a Ella exhaustivamente comunicar con Él, como en una cuasi-unidad de naturaleza y ser.

Y por lo que mira al gozo y riqueza del Verbo en su Divinidad, María lo comunica y hace suyo según toda la capacidad obediencial absolutamente posible en creatura, según

vimos al hablar de la plenitud y totalidad de su gracia (1).

Si queremos en algún modo precisar el alcance abisal de esa comunión con la Divinidad, necesariamente hemos de recurrir a la naturaleza humana de Cristo, que es como la medida de la capacidad obediencial del ser de María, pues que de Ella lo recibe.

Mientras vivió en esta tierra comunicaba con su Hijo, según vimos, toda la redundancia del gozo —variable según las circunstancias y la voluntad del mismo Cristo, entre los extremos del Tabor y el Calvario—, que de la visión intuitiva de su entendimiento humano derivaba a toda su naturaleza humana.

Ya subida a los cielos, tiene la misma comunicación de visión que la que tiene la naturaleza humana de su Hijo, aunque sin la unión en unidad de Persona que en Este reviste. Mas la visión en sí, y comunión, es como una y la misma, totalmente derivada y transferida del Hijo a la Madre.

5. MARÍA, «LA ANEGADA EN DELICIAS»

No es, pues, de extrañar que la Iglesia llame a la Virgen María en la Liturgia «la anegada en delicias» *Affluens deliciis*.

Así nos lo recuerda en el himno de Laudes el 21 de noviembre, en la fiesta de la Presentación, tras recordarnos su calidad de Esposa e Hija: «Esposa del Rey e Hija, te eligió la Sabiduría de Dios antes de los siglos... En la casa del Príncipe sumo Tú fluyes en delicias.»

Afftuens dlticiis no es de fácil traducción.

Affluo — adfluo — fluir a, o hacia. Nos presenta a la Virgen como depósito, remanso o mar hacia el que van como manando, y cual arroyuelos en Ella vertiéndose, cuanto cae bajo el concepto de gozo, delicia, placer, dicha.

No hay encanto, dicha, gozo o delicia alguna posibles que

(1) véase: LA AMADA, lib. II

no fluyan hacia Ella, que no se encuentren o den en Ella, que no manen hacia Ella, derivándose del torrente o, mejor, fuente infinita de la dicha divina.

A Ella va, y en Ella está, toda riqueza, toda dicha, todo gozo, toda delicia por Dios comunicable a la creación.

En Ella se contiene y se remansa cuanto a lo creado fluye y mana de la dicha divina.

Pero a la vez ese remanso y como receptáculo de todo gozo y dicha derivado de Dios a la creación, no sólo recibe como pasivamente, sino que también *fluye hacia* activamente: «fluyendo en delicias», y como licuándose en ellas todo su ser (1), para así transmitírnoslo a nosotros al engendrarnos como Madre.

Porque de Ella, como de Madre Universal, y como de Reina que cuida de todo lo creado, deriva cuanto gozo y dicha las creaturas reciben, tanto en la tierra como en el cielo.

Toda dicha se da a Ella, afluye y confluye en Ella. Y Ella la hace generosamente derivar y *fluir hacia* sus hijos, y aun hacia todas las creaturas.

No hay, ni ha habido, ni habrá gozo alguno creado que no provenga y se nos derive del Corazón de nuestra Madre, del Corazón anegado en delicias de la Esposa del Verbo encarnado.

Ella es la fuente de toda fecundidad. Ella el manantial de todo gozo.

Y a ese ser «la anegada en delicias», «la que fluye en delicias», la ha llevado el amor virginal que la hace la ESPOSA del Verbo.

Si en Ella contempláramos el anegamiento en delicias y dicha a que lleva y conduce el amor virginal, quizá nos animáramos a no ser tan remisos en depurar nuestro amor de tantos egoísmos como lo contaminan, y a perder definitivamente el miedo a negarnos a nosotros mismos para entregarnos a Jesús, y sólo en El vivir.

Buen modelo y Maestra tenemos en nuestra Madre. Y

(1) Cant. 5,6

Ella, como verdadera Madre, por poco que nosotros lo procuremos e intentemos, no dejará de ayudarnos, llevándonos como de la mano a la conquista de tanto bien y dicha.

6. MARÍA, «LA ANEGADA EN DOLORES»

Pero no olvidemos que si María es *affluens deliciis*, «la anegada en delicias» en virtud de su amor virginal, es también, en virtud de ese mismo amor, *afftuens doloribus*, «la anegada en dolores».

Lo fue en su vida mortal. Y creemos lo es también, al menos en parte, en su vida celeste, hasta que esté cumplido el número de los elegidos, hasta que vea a todos sus hijos consigo, eternamente rodeándola.

En virtud de su amor virginal, hace suyos y padece como propios todos los dolores de su Hijo y Esposo.

En virtud de su amor virginal hacia nosotros, hace igualmente suyos, y como propios padece, todos los dolores de nosotros, sus hijos.

Todo dolor humano es consecuencia del pecado, que Cristo hizo suyo, tomándolo sobre Sí como Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo. Por eso, todo dolor, secuela del pecado, lo tomó Cristo sobre Sí, y lo sufrió con El la Virgen María.

Y al hacerla Jesús Madre nuestra, gravan esos dolores el Corazón de nuestra Madre por un nuevo título: por ser dolores de sus hijos.

Toda la vida de Jesús fue cruz y martirio, nos dice la Imitación de Cristo. Aunque no menos fuera mar de delicias de inefable amor.

María comunica tanto sus delicias como su martirio. Ella es, por su amor virginal, «la anegada en delicias» y «la anegada en dolores».

Diría más: Su delicia más profunda está en poder sufrir con su Hijo, acompañándole en sus penas y dolores; y en po-

der sufrir con nosotros, sus hijos, acompañándonos en todas nuestras aflicciones.

El amor virginal tiene sus delicias tanto en compartir los dolores del Amado como en comunicar en su gozo.

La delicia del que virginalmente ama, no es gozar ni sufrir: es simplemente amar, y estar unido al Amado.

En su vida terrena predominó en María la delicia del dolor de amor. En el Cielo, la delicia del gozo de amor.

Pero ni el gozo más profundo estuvo ausente de su vida terrena, ni el dolor más agudo está del todo ausente en su vida celeste.

En el cielo sufre por sus hijos y con sus hijos terrenos, como sufre el mismo Jesús mientras sus miembros están en período de formación.

Por eso tantas veces se ha aparecido triste, y aun llorando. Si no sufriera por nosotros y con nosotros, tales apariciones serían pura comedia.

La naturaleza de ese dolor es substancialmente la misma, y de las mismas características que el que aflige el Corazón de su Hijo ya glorificado, especialmente en la Eucaristía. La describimos ampliamente en EL AMOR (1), y allí remitimos al lector.

Aquí sólo intentamos traducir, como resumen, la frase «affluens doloribus», cual hiciéramos antes con la «affluens deliciis».

Todos los dolores de la Humanidad confluyeron en Cristo, por cargarse con los pecados de ella. Y todos esos dolores afluyen a María.

Es así Ella el «mar amargo» en que ciertamente se remansan todos los dolores y sufrimientos que ha habido, hay y habrá en la humanidad, por haberse remansado en el Corazón de su Hijo, que Ella hace y siente suyo con todo lo que contiene, en virtud de su amor virginal.

Y en Ella remansan también por ser dolores de nosotros, sus hijos, con los que Ella sufre y compadece.

Probablemente, también en Ella y en Cristo remansan

(1) Libro II, cap. 12 y 13; Libro IV, cap. 5 y 7

todos los dolores de la creación, para darles la eficacia sobrenatural que llevará a esa creación entera a liberarse de la cautividad del pecado, hasta llegar «a despojarse de la servidumbre de la corrupción para entrar a participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rom. 8,19-22), cuando Dios haga «nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia» (2ª Pedr. 3,13), de la que para todos fluirá dicha incontaminada, en la que se desconocerán las lágrimas, la enfermedad, el dolor y la muerte» (1).

7. MARÍA, NUESTRO CONSUELO Y FORTALEZA

Y de ese remanso al que afluyen todos los dolores del Universo, de ese «Mar amargo» en el que todos parecen tener como su sede, derivan en arroyuelos a nosotros, sus hijos, santificados primero por nuestra Madre y su Divino Hijo, para que, asociados a Ellos, participemos igualmente de su gozo y su gloria (2).

Siendo Ella nuestra Madre virginal, ningún dolor, sufrimiento o muerte puede llegarnos sin que antes pase por Ella, sea por Ella sentido y sopesado, sea por Ella, y por su amor y compañía, no sólo sobrenaturalizado, sino también endulzado, suavizado y empapado de consuelo. El consuelo de la cruz y el gozo en el sufrimiento, que tan bien experimentan cuantos aman, y se saben por Ella amados.

Quiso así Dios que igual que todo gozo en la presente vida y en la futura, nos deriva de la plenitud del de Ella, así también todo dolor sea participación y como comunicación con la plenitud de su dolor.

Mas al gustar Ella el dolor antes de derivárnoslo, y al seguir luego padeciéndolo y sintiéndolo en y con nosotros, lo llena de toda la dulzura y suavidad que su amor virginal le comunica. Y al acompañarnos en él, con sus caricias nos consuela, nos robustece con su fortaleza, nos llena de gozo

(1) cf. 1ª Cor. 15,26.54; Ap. 21,4
(2) Rom. 8,17

en el dolor; al hacernos ya como palpar la hermosura y plenitud de redención que en nosotros está obrando, por ser verdaderamente dolor de Ella y de su Hijo en nosotros y con nosotros.

Por eso «sobreabundamos de gozo en nuestras tribulaciones» (2ª Cor. 7,4).

De ahí la fortaleza, el gozo, y aun alegría de los mártires.

De ahí el ansia de sufrir que parece abrasar a todos los santos, hasta exclamar con Teresa de Jesús: «O padecer o morir»: pues les parece inútil vida sin sufrimientos.

De ahí la consolación de las almas cuando en sus tribulaciones se acuerdan de María, durmiendo confiados en sus brazos de Madre.

De ahí la plegaria ardiente del alma enamorada: «Ea, Madre, fuente de amor, hazme sentir la violencia del dolor, para que contigo llore» (1).

Si sintiéramos que ningún dolor, ninguna pena o angustia pueden llegarnos a nosotros sin que Jesús y nuestra Madre los sopesen antes, y los sufran luego en y con nosotros, ya no nos asustarían el sufrimiento ni la cruz.

En ellos sólo veríamos el amor infinito de Cristo y el virginal de su Madre obrando en y con nosotros nuestra salvación; llevando Ellos todo lo insoportable de la carga, y dejándonos sólo a nosotros el consuelo de sus frutos y la ilusión de en esa carga ayudarles, como el niño que cree ayuda a su padre a llevar el cesto que él toca con la mano, y del que en realidad se cuelga, aumentando su peso.

Y el gozo de estar con Ellos, sentir con Ellos y vivir con Ellos, nos hará como casi olvidar nuestra participación y pequeñísima comunión en su dolor. Para quien de verdad ama, es tanta dicha poder sufrir con el Amado como gozar con Él.

Percibiremos entonces también el valor del sufrimiento y el amor infinito con que nuestro Padre Celestial nos lo dispone, al contemplar que nada puede hacernos padecer sin

(1) *Stabat Mater*, de Giacopone de Todi; en la fiesta de los Dolores de la Virgen

que a la vez de necesidad lo padezcan su Amadísimo Hijo con su Madre.

Ciertamente que, siendo así, ningún sufrimiento inútil permitirá Dios en nosotros.

Y muchos bienes, y eternos, quiere sacar de ellos, cuando nos los envía a pesar de que con nosotros hayan de padecerlos juntamente la Virgen Madre y su Divino Hijo.
Pág.445

CAPÍTULO VI

ASCENSION AL AMOR VIRGINAL

«Dichosos los llamados al banquete de las bodas del Cordero.»

(Ap. 19,9).

«Sentid en vosotros Zo que Cristo Jesús siente en Sí.»

(Fil. 2,5).

1. GRADOS POR LOS QUE SE ASCIENDE AL AMOR VIRGINAL

Comunicando los dolores de la Virgen María, iremos gradualmente aprendiendo a participar en su amor virginal, acercándonos cada vez más a copiar su desposorio con Cristo.

El amor virginal ve y siente sólo como propio todo lo del Amado.

Primero es sentirlo *también* como propio. Después es sentirlo como *lo único* de verdad propio nuestro, olvidados ya de todo lo que el egoísmo nos hacía ver y sentir como propio sin ser de Él.

Basta un amor imperfecto e incipiente para hacer nuestro y sentir como propio el dolor y los males del Amado.
Pág. 446

Se requiere un amor mucho mayor, y más depurado, para hacer nuestros y sentir como propios los bienes, la dicha y el honor del Amado.

Hay muchos que sienten fácilmente compasión por la aflicción del prójimo; y, en cambio, la dicha y gozo ajenos les despiertan la envidia. Tienen amor suficiente para en algún modo comunicar con el mal y dolor ajenos; carecen de amor suficiente para comunicar en su gozo y alegrarse en su dicha y en sus éxitos y bienes como propios.

Supone así más amor gozar con Cristo gozoso que sufrir con Cristo paciente. El cielo, plenitud de gozo (1), es plenitud de amor.

2. DOLOR CON CRISTO DOLIENTE; GOZO CON CRISTO GOZOSO

Pero precisamente por eso, arrancando nosotros de un amor egoísta, hemos de iniciar su depuración por lo más fácil: padeciendo con Cristo paciente, gozosos de hacer nuestros sus dolores, ansiosos de acompañarle en ellos. Por eso es el sufrimiento, unidos a Cristo y a su Madre, el atajo más rápido y seguro para la santidad (2).

A medida que nuestro amor se depura, saliendo siquiera en parte de nosotros mismos para sentir *también* como propios y hacer nuestros los dolores y sufrimientos de

Jesús y de su Madre, nos iremos capacitando para comunicar también su gozo y hacerlo nuestro.

Jesús nos lo irá comunicando, y nuestro corazón vibrará al unísono del suyo en el dolor y en el gozo, sintiendo en todo con Él.

Si a veces como a cuentagotas nos comunica su gozo, es por no despertar nuestra envidia, por no marchitar nuestro amor incipiente y egoísta, todavía en peligro de extinguirse.

Cuando de verdad nos alegramos y exultamos de que

(1) Jn. 16,22,24
(2) San Ignacio de Loyola

Jesús sea Dios y de que María sea Madre de Dios; cuando nuestra mayor dicha sea contemplar su grandeza y gozarnos en su gloria, y vernos en su hermosura, entonces conoceremos que nuestro amor ha crecido y se ha no poco depurado.

«Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura» (1): cuando el alma goza en verse en la hermosura del Amado, mucho ha crecido en el amor.

3. EL DOLOR DE LA PROPIA MISERIA Y EL GOZO DE LA PROPIA MISERIA

Pero todavía está lejos de llegar al amor virginal, propio del estado de esposa de Cristo, conforme en todo con María.

Aun ha de subir dos escarpados escalones —quizá los más difíciles y largos— para llegar a la cima.

En el primero, al percibir la grandeza divina y en ella gozarse como en propia, contempla también por contraste la miseria *propia* que le parece distanciarla de Jesús, y se duele y aflige de ella.

Aun está lejos del amor virginal, pues no ha salido del todo de sí misma, ni se ha negado a sí misma. Aun se ama muy mucho a sí misma, pues se duele de lo que le falta, le aflige la miseria que tiene, quisiera *también* ser algo por sí, ver algo bueno en sí.

En el segundo, en contraste también con la belleza divina que contempla, y la grandeza y bien divino en que se goza, ve también la miseria y fealdad propia. Pero ya no le duele ni le importa: le basta con que su Amado sea bello, sea grande y feliz, para sentirse dichosa.

Incluso se goza en el contraste, porque realza a sus ojos la belleza y grandeza del Amado, que empieza ya a considerar como la única de verdad propia, la única seguramente suya. La luz deslumbra más y se percibe más su brillan-

(1) San Juan de la Cruz

tez, cuanto más densa es la oscuridad que la rodea. Cuanto la noche es más oscura, más brillan las estrellas.

Y si le duelen —y de verdad le duelen— las infidelidades propias y ajenas, no es por ser propias o ajenas, sino por ser de su Jesús, que cargó sobre sí nuestros pecados para

con su santidad destruirlos de raíz (1), e hizo suyas nuestras miserias y pobreza, para con su pobreza enriquecernos (2).

Ya no se duele de pecado, miseria o aflicción propia o ajena porque sea propia, sino porque es de Jesús, que por amor la ha hecho propia de Él, y por ella sufre, y en ella se siente humillado ante su Padre.

Su dolor procede ya de puro amor.

Mas en cuanto ve el pecado como propio, la miseria y pobreza como propias, más bien se goza en ellos —se goza en su nada y su ser nada—, para que más brille y resplandezca por contraste la santidad y hermosura de su Amado.

Se acerca así ya al amor virginal, que sólo en el Amado se complace, y sólo con el Amado se entristece. Pero aun no ha llegado a él.

4. EL OLVIDO Y ANULACIÓN DE SÍ: HASTA QUÉ PUNTO PUEDE DARSE EN ESTA VIDA

Mientras le quede mirada para sí misma, capacidad de ver lo que hay en ella, aunque en su nada se goce, no es su amor del todo puro, pues que aun tiene atención para sí misma. No se ha negado del todo a sí misma, ni del todo ha salido de sí misma para ya sólo vivir en el Amado.

Cuando el amor es virginal, se concentra todo en el Amado: su propiedad es el Amado. Ya no le queda capacidad ni ocio para ver nada propio como propio, como contradistinto al Amado: nada, ni bueno ni malo; ni con gozo ni con pena.

Sólo contempla al Amado, no tiene o siente como propio ni más gozo ni más pena que los del Amado.

(1) Jn. 1,29
(2) 2ª Cor. 8,9

Ese es el amor de los bienaventurados en el cielo.

Y ese es el amor de la Virgen María desde el primer instante de su ser: de esa Virgen que comienza donde los santos acaban.

De modo transeúnte podemos tener actos de ese amor virginal todos los viadores, siempre que el Espíritu Santo lo derrama en nuestros corazones (1), sin cuya acción nos sería imposible en absoluto. Y no sólo los santos, sino también las almas ordinarias —si ordinaria pudiera llamarse la de quienes son hijos de Dios—, e incluso los pecadores, a los que tal amor automáticamente justifica (2).

De modo habitual, aunque con frecuentes interrupciones y reapariciones de pequeños egoísmos —por sólo poder entregarse la libertad que se conoce actualmente, cuyo ámbito no penetramos exhaustivamente hasta el momento de la muerte—, se suele dar en los avanzados en santidad y unión con Dios, y especialmente en el estado místico más alto de matrimonio espiritual.

Tanto más habitual, cuanto mayor y más profunda sea la unión de amor ya alcanzada, y así más continua la docilidad al Amor Personal divino, el Espíritu Santo, que es quien en nosotros lo obra y lo derrama (3).

Mas de modo permanente, claro y sin interrupción, pienso se da sólo en los bienaventurados. Y, con toda probabilidad, también en las almas del purgatorio.

En la vida terrena estamos en camino hacia él, acercándonos cada vez más a él por los escalones dichos, aunque el Espíritu Santo, que habita en nosotros y cuyo templo somos, nos lo haga con frecuencia como pregustar pasivamente para más animarnos a su permanente adquisición, y porque sabe cuánto a Jesús le agrada, aunque sea transitorio, y cuán grata le hace la morada en nuestro corazón (4).

Cada uno de esos pregustos, es a la vez pregusto del paraíso y del cielo, sin que en nada impidan el pregusto

(1) Rom. 8,5
(2) Prov. 8,17
(3) Rom. 8,5
(4) Jn. 14,23

de ese goce las tribulaciones presentes ni la labilidad que nos aqueja.

Es igualmente ese amor lo que convierte en paraíso anticipado el purgatorio, aunque sea lugar de sufrimiento y de tormentos: sufrimientos de amor, tormentos de amor, y por eso apetecibles y deseados. Amor que ya no conoce labilidad alguna, haciéndoles así indefectiblemente presente por la fe la substancia de los bienes que con total seguridad esperan (1).

Respecto a nosotros, sujetos a labilidad mientras vivimos, cuanto más nos vamos acercando al amor puro virginal sin mezcla de egoísmo, más se atenúa esa labilidad; más nos vamos semejando a nuestra Madre María, y más revistiendo, a Ella unidos, las cualidades y características de la verdadera esposa de Cristo.

Aunque la preparación total, y con ella los verdaderos desposorios, sólo tendrán lugar a nuestra entrada en el Cielo.

(1) Hebr. 11,1

CAPÍTULO VII

NUESTRA PARTICIPACION EN EL DESPOSORIO ETERNO DE MARIA CON EL VERBO

«Nuestra hermana es pequeña, y aun no conoce el amor; ¿qué haremos a nuestra hermana para e! día en que se te ha de hablar de amor y requerirla? Si es muro, edifiquemos sobre él torreones de plata; si es puerta, recubrámosla con madera incorruptible de cedro.»

(Cant. 8,8.9).

«Yo soy muro, y mi amor es como torre, desde que he convivido en su presencia, hallando en Él mi paz.»

(Cat. 8,10)

1 TODO HIJO DE DIOS Y DE MARÍA ES ESPOSA ETERNA DEL VERBO

Todos somos, con María, esposa eterna del Verbo.

Eterna por elección gratuita de su Corazón, pues de toda eternidad nos eligió para unirnos consigo y hacernos comu-

nicar en su Vida. Por eso dice a cada uno: «Con un amor eterno Yo te amé, y por eso misericordioso te atraje a Mí» (Jer. 31,3; Mt. 25,34).

Y cuando empezamos a existir, aunque en pecado, ya nos mira y ama Cristo como a esposa suya, de toda eternidad elegida, para unirla a El: «En esto se ve lo maravilloso de su amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero» (1ª Jn. 4,10). «Nosotros pues, amemos a Dios, porque Él nos amó primero» (1ª Jn. 4,19).

Toda su acción en nosotros, a lo largo de nuestra vida terrena, se dirige constantemente, con todo desvelo, a convertirnos en digna esposa suya, asimilándonos y conformándonos con su Madre María y con su amor virginal.

También el coro de ángeles y santos en el cielo se preocupa de esa nuestra transformación y ornato.

Y al ver nuestra pequeñez, aún no desarrollada, comentan entre sí: «Nuestra hermana es pequeña, y aún no conoce el amor. ¿Qué haremos a nuestra hermana para el día en que haya de requerírsela de amores? Si es muro, edifiquemos sobre él bastiones de plata que alcancen el cielo; si es puerta, revistámosla con tablas de cedro incorruptible» (Cant. 8,8.9).

La protección divina la rodea como un muro inexpugnable, la protege como a viña elegida (1), para que nada pueda dañar el vino de amor puro que ha de fructificar en ella.

Bajo esa protección que inviolablemente la sella —con el sello de la Trinidad Beatísima que el bautismo le confiere—, los ángeles y santos con su ejemplo, y sobre todo la Virgen María con su acción, le ayudan a construir torres de plata —aun no de oro, por no ser de amor puro—, que alcancen o se eleven hasta el cielo.

A medida que se eleva, el Sol divino al que se acerca, en el que quizá ya en parte se sumerge, irá dorando con su luz esas torres de plata, convirtiéndolas en oro puro de virginal amor.

(1) Cant. 8,11.12; Is. 5,1

Somos, al nacer, puerta: abierta a toda entrada y todo influjo.

Ángeles y santos colaboran a porfía a revestirnos de tal modo de madera incorruptible —la madera de la Cruz «en la que está la Vida y resurrección nuestra» que es Jesús (Liturgia)—, que al fin ya nada manchado, nada corruptible pueda afectarnos, pueda entrar en nosotros.

Ángeles y santos colaboran. Mas son Cristo y María quienes nos revisten de su propia incorrupción, quienes trocan nuestra mortalidad en su inmortalidad, revistiéndonos de naturaleza divina, haciéndonos nueva creatura.

La obra sólo estará acabada, y sólo entonces el alma será eternamente desposada, cuando sumergida en Cristo totalmente, encuentre en El su paz, porque ya nada siente como propio sino a El, y sabe que El es indefectible, y que nadie se lo podrá arrebatar (1).

Por eso, llegada a ese estado —alcanzado normalmente en el morir—, dice inundada de dicha, respondiendo a la invitación de los bienaventurados, cuya voz ya percibe:

«Yo soy muro, y mis pechos —o mi amor— son como torre, desde que estoy sumergida dentro de Él, y en El hallo mi paz» (Cant. 8,10).

Y ante la eternidad de amor que le espera, verá tan breve la presente vida, en la que Cristo de niña la transformó en esposa, que le parecerá que su respuesta es como inmediata a la invitación que se le hizo en el bautismo, y entonces no entendió, y al comentario que entonces, al verla recién nacida hija de Dios, los ángeles hicieron.

Por eso al comentario: «Nuestra hermana es pequeña, y desconoce el amor, ¿qué haremos a nuestra hermana para el día en que de amores se la ha de requerir? Si es muro, edifiquemos sobre él torres de plata; si es puerta, revistámosla de maderas de cedro», responde ella como de inmediato, sintiéndose ya crecida y desarrollada en el amor por la acción divina: «Yo soy ya muro inexpugnable, y mi amor es como torre que sólo mira al cielo, y ya lo toca, desde que

(1) Jn. 16,22

Él me ha sumergido en su contemplación y en su presencia, hallando en Él mi paz.»

¡Tan rápida y transformadora es la acción de Jesús y de su Madre en nosotros, aunque ahora a nosotros nos parezca larga porque de presente se está haciendo, y aun no la vemos acabada!

2. LA PREPARACIÓN DE LA ESPOSA

Mas aun dentro de la brevedad casi instantánea de esta vida, hay dos momentos cumbres, y especialmente importantes, en que la transformación se hace más perceptible y como experimental: el primer período y el último: el de siembra, y el de recolección para llevar las mieses al granero eterno.

¡Cuántos cuidados se prodigan a la tierra para sembrarla! ¡Cuántas transformaciones preceden y acompañan a esa siembra!

Brota luego la hierba pequeñita, y largos meses permanece estancada, sin crecimiento ni mudanza.

Mas luego en breve lapso crece y madura, y la espiga verde se troca en oro para ser cosechada.

Así es la vida sobrenatural del hombre:

«El Reino de Dios es cual el hombre que arroja su simiente en la tierra, y duerme y se levanta noche y día, mientras la simiente germina, y crece *sin que él se dé cuenta*. Pues por sí misma la tierra fructifica, primero hierba, después espiga, y finalmente, trigo maduro dentro de la espiga. Y cuando ha producido el fruto, de seguida va con la hoz, porque ya está madura la cosecha» (Mc. 4,26-29).

3. INFANCIA Y ADOLESCENCIA: PERÍODO DE SIEMBRA Y PRIMER BROTE

La infancia es tiempo de siembra.

De sembrar en la tierra del niño la semilla de Cristo y abrigarla, protegerla y arraigarla bien en su corazón.

La vasija de barro guarda largo tiempo el perfume y sabor del primer licor que se echó en ella. El corazón del hombre jamás perderá el gusto y atractivo del primer amor que anidó en él; y cuando llegue a anciano, se revelará en él con fuerza arrolladora.

La adolescencia señala el primer brote de la semilla, como hierbita aún verde, pero llena de pujanza, por mucho que ahogarla quieran las malas hierbas que en derredor pululan, llegando incluso a veces a ocultarla.

El adolescente se vuelve plenamente consciente de su enamoramiento de Cristo, por imperfecto y verde que aún su enamoramiento sea.

Enamoramiento que definitivamente lo sella para el tiempo y para la eternidad: «El adolescente conforme a su camino, ya no lo abandonará ni cuando llegue a anciano» (Prov. 22,6).

Importantísima es esa siembra y ese primer brote.

No se podrá cosechar en la ancianidad lo que en la infancia no se sembró; ni recoger en la vejez, lo que en la adolescencia no germinó: «Lo que en tu juventud no reuniste, ¿cómo en tu ancianidad podrás hallarlo?» (Eclo. 25,5).

De ahí la importancia de todo nuestro esfuerzo para sembrar a Cristo en el corazón del niño, para orientar hacia Él el amor del adolescente. Nada que sembremos entonces carecerá de fruto eterno. Ahí es donde sobre todo ha de aplicarse nuestra cooperación a la obra de Dios.

Mas si nuestra cooperación fallare, no por eso fallará la acción de nuestra Madre. Ella sembrará de tal modo a su Hijo en cada niño que, si la tierra es buena y receptiva, todavía podrá germinar y madurar en la vejez.

Nadie se condena sin culpa personal propia, sin resistencia libre y positiva propia a la acción de esa Madre y de su Hijo, que a todos quiere salvar, y así en todos se siembra (1).

4. EDAD VIRIL: EL AMOR, AUN AGRAZ, SE ROBUSTECE, PERO APENAS CRECE

Grande es la hermosura y lozanía, e ingente para Cristo el atractivo, del amor infantil y adolescente. Presenta el vigor y la tersura de la hierba recién brotada, todavía no pisada, ni aún por nadie probada, o por las injurias del clima ambiente ajada.

Pero aún es verde. Las uvas de esa viña aún son agraces. El vino que de ese corazón mana es aún nuevo, y áspero al paladar. ¡Cuánto egoísmo va en ese amor mezclado!

Y así seguirá, salvo la excepción de aquellos elegidos suyos a quienes el Señor destinó muerte temprana, para la que en breve los prepara, a fin de inmediatamente reunirlos consigo, cual si su amor fuera incapaz de más espera (2).

De ordinario, ni el verde se dorará en espiga, ni el fruto de la viña alcanzará dulzura, ni el vino del amor se hará añejo y sabroso, perdiendo todo dejo de aspereza egoísta, hasta la ancianidad.

La edad viril, más que tiempo de amor contemplativo, es tiempo de servicio, tiempo de obrar, tiempo de lucha para hacerse lugar, para sobrevivir. La actividad externa lo domina y como absorbe todo.

No queda ocio suficiente para la contemplación interior del Amor, aún en el caso no infrecuente de que todo se haga por amor.

Se conserva así la hierba ya brotada, como prado incipiente. Pero parece cual si no creciera más, y hubiera siempre de quedarse en hierba.

Mc. 4,3-8.15-20
Sab. 4,8-14
Pág. 457

Aun en los mismos santos suele observarse esto. Se multiplican sus obras y apostolados. Aparentemente, apenas si crece su amor. O, en todo caso, no con el crecer rápido de niñez y adolescencia.

La hierba ya brotada del grano, se enfrenta al ambiente. Resiste y se doblega a las tempestades desatadas; arraiga más y más para no ser arrancada; combate a las hierbas dañinas que han salido a su lado, les disputa el terreno; se dobla para abrigarse contra el frío y las heladas; y sólo tímidamente se endereza, a veces, a los rayos tibios de un sol, que parece no querer calentar.

No crece, pero arraiga y cobra fuerza interior para dar el gran salto cuando el sol de la gracia empiece a calentar.

Tanto más arraigará y cobrará fuerza, cuanto más pueda sustraerse a los agentes externos —casi todos adversos—, a la acción exterior, para darse a la contemplación interior.

Es por la parte enterrada en tierra y no visible, que procede de Cristo, la semilla allí sembrada, por donde ha de robustecerse y crecer; no por la parte externamente visible, que de la interior procede.

5. LA ANCIANIDAD Y EL FLORECIMIENTO DEL AMOR VIRGINAL

Al llegar la ancianidad se eleva el muro, se construye la torre del amor.

La hierba grana y se dora en trigo comestible. La uva madura y se hace dulce. El vino se torna añejo. El amor se depura, acercándose cada vez más a virginal. Cristo se recrea y goza en el alma, y se le manifiesta más y más, como anticipo de cielo y anuncio del gran gozo en que la introducirá: el gozo del mismo Dios: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25,21).

Tal como la hierba, pasadas las tempestades y luchas del invierno, al recibir el cálido sol de primavera, crece y
Pág. 458

madura, haciéndose en sólo un mes dorada espiga, apta para la mies.

Se levanta el muro:

La ancianidad levanta un muro que separa al anciano de cuanto antes le rodeaba por fuera, le atraía hacia afuera, en su actividad y en sus deseos. Y se queda cada vez más aislado, más en soledad. Desaparecen las fuerzas de la vida activa, disminuye el aprecio que del exterior recibía, y que ya no puede imponer.

Dios valla así su viña cuando va a madurar, para que nadie la robe.

En esa soledad forzosa, y cada día creciente, que le aísla y separa de un mundo de agitación y movimiento en que antes vivía inmerso y abstraído, el anciano tiene forzosamente que volver la contemplación y la mirada a su jardín interior.

Si éste está yermo, porque dejó morir el amor en su corazón, o, lo que es peor, nunca lo tuvo, ni arraigó la semilla de Jesús en su alma en la niñez y adolescencia, el resultado ordinario será amargarse en el vacío, y acabar en desesperación, no hallando en su interior belleza que deleitarle pueda.

Es difícil sembrar con éxito en la vejez: la tierra del corazón está ya demasiado reseca y dura para que la semilla pueda penetrar, o puedan abrirse paso sus raíces, si en ella penetrare. Aunque nada hay imposible para Dios (1), y así, si sinceramente lo buscare, también lo encontrará: y la madurez que no alcance en esta vida llegará a su sazón en el Purgatorio.

Si el amor no ha muerto, si Jesús se ha mantenido germinado en su corazón, quedará entusiasmado contemplando el prado de verdor, del que parecía haberse olvidado, absorbido en las tareas de fuera.

Se elevan las torres:

El enamoramiento de Jesús empieza a desarrollarse; el trato con Él se hace absorbente. Son dos soledades que se

(1) Lc. 1,37

atraen; dos sedientos de amor que se completan. Jesús se manifiesta más y más al alma; los bastiones y torres del amor se van elevando hacia el cielo, trocándose de plata en oro puro, al informarlas y transfigurarlas el amor de Cristo al alma.

Cada día descubre el anciano un Jesús nuevo, como infinitamente más maravilloso que el contemplado el día anterior, aunque el día anterior le pareciera no podía serlo más.

Camina de sorpresa en sorpresa, de amor en amor, de gracia en gracia (1), de maravilla en maravilla, hasta llegar, siempre ascendiendo, a la maravilla de las maravillas que es el cielo, a la visión de Dios sin velo alguno.

Cuanto de Dios experimentó, y de Dios gozó en su niñez y adolescencia, es como nada ante lo que hoy goza y contempla. Y lo que hoy goza y contempla es como nada ante lo que gozará y contemplará mañana.

Igual que es como nada cuanto ahora contemple, comparado a la contemplación y gozo que tendrá en el cielo cuando vea a Dios cara a cara y ya sin velos.

Como al llegar el ardiente sol de mayo los campos de trigales parecen y son cada día diferentes —tal es su crecimiento—, así Jesús aparece cada día diferente a los ojos del anciano, transformándose continuamente en nueva gloria y hermosura en su presencia, al calor del mutuo amor.

Para el hombre que ama, ninguna etapa de su vida es tan deliciosa, ninguna tan renovada, ninguna con crecimiento o depuración tan vertiginosos en el amor, como la ancianidad. Hasta que, madurada ya la espiga del amor, y toda oro, transformado por completo todo su ser en Cristo, es trasladado al cielo.

Se cierran las puertas:

«Si es puerta, la revestiremos con maderas incorruptibles de cedro» (Cant. 8,9).

Puerta abierta a todos los vientos, permeable a todos los influjos, es la edad viril. El hombre sale continuamente de

(1) Jn. 1,16
Pág. 460

sí mismo para obrar en el mundo; y cuando vuelve a sí, lleva el mundo con él.

Es la edad de hacer en el mundo lo que Dios quiere en él hagamos: tiempo de servicio itinerante, más que de loa y adoración.

Queda en ella poco tiempo y espacio, y menos ocio, para el cultivo directo de la semilla eterna sembrada en nuestro corazón; para el trato directo con Jesús, que María nos confió en la niñez, y con el que nos recreó en la adolescencia.

La ancianidad entorna esa puerta, y acaba por cerrarla.

Ni el mundo quiere al anciano, ni el anciano vale para el mundo. Y si por ventura aun quiere a veces intervenir en él, su intervención es cortésmente —cuando no descortésmente— desoída y rechazada.

La acción divina reviste esa puerta, ya cerrada, de madera incorruptible: nada de lo que en el mundo pasa y se disgrega podrá ya entrar por ella. Cuanto más el cuerpo parece disgregarse, más se reviste de incorrupción, más se transforma en inmortalidad: «El que cree en Mí, no morirá jamás» (Jn. 6,50.59; 11,26).

Por eso, la única relación exterior que verdaderamente conserva el anciano es la inocencia de la infancia. Son los niños quienes le tratan y gustosamente intiman con él; y es con los niños con quienes él gratamente conversa, a quienes se comunica.

Es así el mejor colaborador de la Virgen María en la siembra de Jesús en el alma de los niños, y el cultivador de la semilla.

La fe, como las tradiciones, no suele pasar de padres a hijos, sino de abuelos a nietos. Los padres, aunque cristianos, están demasiado ocupados en ganar para los hijos el pan del cuerpo para que les quede ocio suficiente para darles también el pan del alma.

¡Si supieran la fuente de riqueza y bendición divina que para sus hijos pierden recluyendo al abuelo en asilos confortables, privando a los pequeños de su trato! ¿No adverti-
Pág. 461

mos que la proliferación de los asilos va de hecho acompañada de descristianización masiva de las familias que nuevamente surgen?

La fe del anciano y su piedad, como su visión sobrenatural del mundo, dejan huella imborrable en el nieto: la fe de éste no morirá jamás, por más tempestades que en el futuro la combatan; ni lograrán extinguir la centella de su amor todas las heladas invernales. Como sol inextinguible y luminoso, reaparecerá su fe siempre tras las nubes. y aun entre las nubes, de la tempestad. Y aun cuando ésta parezca como cubrirlo y oscurecerlo todo, nunca la oscuridad será completa: las nubes aparecerán más o menos iluminadas por el sol al que cubren, y que cuando a su vez lleguen a viejos brillará en todo su esplendor.

A un niño de catorce años —cuarto de bachillerato— le pusieron como tema de redacción: «Un santo moderno.» El, en vez de uno, puso dos: Santa Teresita de Jesús, y su propia abuela que poco hacía había muerto. Y en la descripción de ésta no se maravillaba menos, sino más, que en la de la santa de Lisieux.

Es evidente que ese ideal de santidad, realizado de modo tan amable, tangible y encantador para él en su abuela, jamás perderá para él el atractivo. Nada podrá ahogar en él ese ideal.

Yo tuve ocasión de conocer la abuela: el niño no exageraba la visión que tenía de ella. ¡Cuántos y cuántas hay como ella, a quienes sólo sus nietos conocen y saben descubrir!

El peligro del anciano es amargarse al verse separado de un mundo que le deja; y anegarse cada vez más en su amargor, sin volverse a contemplar a Dios en su interior.

Esta es la reacción más común en quienes de niños no lo gustaron, de adolescentes no lo amaron, o totalmente lo olvidaron y menospreciaron en su edad viril.

Mas a quienes niños lo gustaron, adolescentes lo amaron, y adultos no del todo lo olvidaron, lo ordinario es que

la vejez no los amargue, sino que les haga descubrir cada vez más a Jesús en su corazón y gozar de Él.

Muchos ancianos he conocido como éstos, que, en su vida adulta, presionados por ocupaciones y trabajos, se limitaron a cumplir con lo esencial de la vida cristiana y religiosa. Al entrar en la vejez, parecen redescubrir a Dios. Su evolución en el amor es tan continua y rápida, tan ininterrumpida su oración, tan íntimo su trato con Jesús y la Virgen, que cada día se les ve más transformados, deseosos de morir para unirse al que aman.

Las relaciones con Jesús se semejan más y más a las relaciones con un esposo al que saben y presienten se van a unir en breve. Y esa unión la desean con ardor y paz: por eso no temen poco o mucho a la muerte, que les hará ver su rostro y estar siempre con Él (1).

Todos los fervores de su niñez y adolescencia se quedan en recuerdo, parecen como nada, ante la inundación presente del amor: son como la hierba verde y pequeñita comparada a la espiga ya dorada, y a punto de desprender sus granos.

La ancianidad es para estas almas la disposición última para desposarse con Cristo: la familiaridad íntima y comunicación total de planes que precede al matrimonio.

Cuanto más el cuerpo parece disolverse, más se embellece y como se enjoya el alma, más se vuelve transparente y luminosa, cual diamante en cuyo interior mora y brilla Jesús, Luz infinita que la transforma y transfigura en luz, y a través de ella brilla fragmentada en mil destellos.

Tal transformación suele observarse incluso en las almas místicas desde edad muy temprana. Su ancianidad es como vestíbulo del cielo: tan asombrosa es su transformación. Y aunque antes muchas veces creyeran no podían experimentar más de Dios en esta vida, perciben en su vejez que no era nada, o como nada, lo que antes sentían y gustaban.

A nosotros —y también a la mayor parte de los sacerdo-

(1) Jn. 14,3

tes—, nos entusiasman los fervores de los jóvenes. Fácilmente despreciamos a los viejos, en parte por sus defectos físicos que en la misma Iglesia nos molestan: no nos atrae el apostolado entre ellos.

Jesús goza con ellos y se les manifiesta. Como goza y se comunica el esposo con su novia en los días que preceden al matrimonio, mucho más que en el período anterior

de relaciones. Por eso no quiere testigos ni intermediarios de su amor. Por eso, pensamos, dispone que no se sienta inclinación al apostolado entre ellos.

Simeón y Ana:

De esa comunicación tenemos pruebas en el Evangelio, cuando María y José presentan a Jesús en el templo (1).

Quienes quieran saber cómo Jesús intima con los viejos, harían bien en meditarlo.

Muchos jóvenes había en el templo —y sin duda no pocos fervorosos—, y muchos adultos. Pero sólo a dos ancianos se revela, y por ellos se comunica y da a conocer a los demás.

A Simeón, tan viejo que sólo esperaba ver al Mesías para morir tranquilo. Sobre Él hablaba con Dios, y Dios le respondía: «No morirás sin ver al Cristo de Dios» (Lc. 2,26). Cual niño pequeño, por Dios se deja dócilmente conducir (Lc. 2,27) hasta ser llevado a Jesús, estrecharlo entre sus brazos, y como con Él fundirse en presencia de María, a la que mira con agradecimiento y maravillosa ternura, mientras se abraza a su Hijo (Lc. 2,34).

A Ana, que llevaba ochenta y cuatro años de viuda, más siete de matrimonio, más quince al menos de antes, de casarse. Tenía, pues, al menos, ciento seis años (Lc. 2,36.37). Su oración era continua, de noche y de día (Lc. 2,37): también a ella Dios la respondía familiarmente, pues si oración es conversación con Dios, no hay verdadera conversación si falta la respuesta del interlocutor. Así era su interior.

En lo externo, podemos bien suponerla sorda como una

(1) Lc. 2,25-38

tapia, y, como las viejas sordas, alborotando el templo cuando preguntaba o decía algo, o incluso cuando vocalmente oraba.

A ella se manifiesta Jesús, y corre de unos a otros para comunicarlo y anunciarlo. Gracias a su sordera y voces, no quedó nadie en el templo, ni quizá en la misma Jerusalén que no se enterara, de quererlo, de que el Mesías ya había venido.

Cuando hoy contemplamos a esos viejos y viejas, sordos y sordas, que a todos molestan al confesarse, o al orar vocalmente, o al toser, y lamentamos, no que sólo haya viejos en la iglesia, sino incluso que los haya, olvidamos que Jesús tiene en ellos sus delicias: son sus verdaderos confidentes y amigos, de ellos está enamorado, y les concede y otorga para nosotros todos los deseos de su corazón, aunque sólo se los insinúen.

Como el esposo en vísperas de la boda no puede desatender deseo alguno de su novia que en su mano esté satisfacer, así Jesús no puede desoír deseo o petición alguna de esos ancianos.

¡Qué bien lo entendía nuestro Rey San Fernando, cuando decía a quienes le instaban a imponer más tributos para la guerra que llevaba, temer más la maldición o queja agraviada de una vieja de su pueblo que a todos los ejércitos de la morisma!

Y esa intimidad que la Escritura testifica, la confirma la experiencia cotidiana.

Muchos ejemplos podría aducir, personalmente observados. Pero prefiero recordar tan sólo el caso narrado por don Manuel González, obispo que fue de Málaga y Palencia.

Visitando un pueblo, encontró la iglesia semiabandonada, el sagrario con telarañas e interiormente sucio, y al cura enfermo en cama. Tocó las campanas: nadie acudió. En

aquel pueblo nadie se acordaba de Jesús —quizá algo el cura enfermo—, y menos del obispo visitante. Cuando salía desolado, pensando que por primera vez hallaba un sa-

grario del todo abandonado, en el que nadie a Jesús acompañara, un niño le llamó, diciéndole que su abuela quería verlo. La encontró en cama, donde llevaba ocho años con parálisis: todo el día sola, pues los suyos salían a trabajar. Queriendo consolarla, empezó a compadecerla en su soledad. Mas ella, radiante de alegría le interrumpió: «pero si no estoy nunca sola, sino muy bien acompañada: ¿ve la pared a que da la ventana?: es la de la iglesia, y detrás mismo de ella está Jesús en el Sagrario. Como los dos estamos solos, pasamos todo el día hablando, y aun la mayor parte de la noche.»

«Pasamos todo el día conversando»: no hablaba ella sola: también hablaba Jesús. Y seguramente a veces entusiasmados hablaban los dos a la vez, sin ninguno entenderse, aunque los dos entretenidos. Todo como en la vieja Ana, que oraba continuamente día y noche. Sólo que como en aquella iglesia nadie iba a quien la viejecita pudiera anunciar la presencia de Jesús, Jesús la prefería en la cama, para tenerla siempre más a su disposición y más consigo, sin que nadie pudiera separarla de Él, encomendándole tareas que pudieran distraerla de su trato.

6. EL AMOR VIRGINAL EN LAS TRES EDADES: GLORIA Y LUMINOSIDAD DE LA ANCIANIDAD

Hay, pues, tres edades importantes para la adquisición del amor virginal.

La primera, la niñez y adolescencia. Es tiempo de sembrarlo, aunque no madure: si no se siembra, no se recogerá.

La segunda, la edad viril o adulta. Es tiempo de sostener y conservar lo sembrado, manteniendo la rectitud de intención en las obras: haciéndolas por amor a Dios y por cumplir su voluntad, no por egoísmo o interés propio. Aunque con Dios se trate menos, se intime menos.

La tercera, la ancianidad. Es tiempo de consumarse en el amor y unión con Cristo, de madurar y cosechar lo sembrado, de iniciarse en el gozo del amor virginal.

De las tres, la más gloriosa y la más luminosa de amor es la tercera. También la más alegre y dichosa, cual tiempo de cosecha que resuena en cantares.

La niñez y adolescencia, tiempo es de siembra. La virilidad de *servicio,* laboreo y trabajo. La ancianidad, de loa y adoración, de intimidad y recogimiento, de gozo en el Amado, de aislarse con Él en el interior del corazón preparando en conjunto las bodas eternas.

En la niñez y adolescencia declara Jesús al alma su voluntad de tomarla por esposa; y espera de ella la aceptación, y la recibe.

En la virilidad se separan los prometidos para trabajar y atesorar para el futuro hogar. Por eso Jesús se siente más distante y como ausente, son más raras la consolación y las visitas: y cuando se dan, se habla en ellas más de negocios que de amor; las plegarias son más de auxilio y de consulta para la acción externa y fugitiva que para la simple efusión del corazón.

En la ancianidad se reúnen definitivamente los prometidos, para ir ya juntos instalando el futuro hogar, que aparece cada día más acogedor y más hermoso, hasta transformarse en cielo al que ambos se trasladan, para allí estar y vivir eternamente juntos.

En ese período la mutua conversación no es de negocios, sino pura ensoñación de amor. Y de tal modo Jesús se les entrega, que su poder de intercesión parece omnipotente: ya nada les niega de lo que le piden. De esta eficacia intercesora podría citar ejemplos bien curiosos, por mí contemplados, que prefiero callar.

¡Si supiéramos las delicias a que nos llevaría la búsqueda, ya desde niños, del amor virginal desinteresado!

Esforcémonos en procurarlo, y cuando la muerte parezca acercarse experimentaremos la verdad de las palabras

que tantas veces nos repite Jesús, y que entonces nos hará entender y gustar: «El que cree en Mí y me recibe, no morirá jamás» (Jn. 6,50.59; 8,5153; 11,26).

Cuanto más a los ojos de fuera parecemos acercarnos a la muerte, tanto más nos sentimos anegarnos en el mar de la Vida, la Vida infinita, la Vida eterna, que es Jesús: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me recibe a Mí vivirá por Mí» (Jn. 6,58; 11,25; 14,16; 17,3).

Y en ese amor virginal nos servirá de ejemplo, guía, modelo, maestra, suplente y complemento a nuestra deficiencia, nuestra Madre la Virgen María, la Esposa perfecta e ideal del Verbo encarnado, la que desde el primer momento de su ser lo amó con amor del todo virginal.

Nadie llegará a Él, si no es llevado de su mano.

7. CONCLUSIÓN: MARÍA MADRE Y ESPOSA

Siendo Esposa, María no obstante no es más asequible y comprensible como Madre: Madre de Jesús y Madre nuestra.

Somos como niños pequeños, que nos estamos haciendo hijos de Dios (1). Y el niño pequeño, aun viviendo en familia en medio del amor que sus padres se tienen, entiende mejor y gusta más el amor de madre que el de esposa.

Para él, su madre es ante todo Madre, y con amor de Madre.

Difícilmente, y sólo de modo inadecuado, la concibe como esposa y con amor de esposa, aunque ontológicamente fuera anterior la esposa que la madre, y el amor de esposa precediera al de madre, que de aquel como de fuente se origina.

Por eso, en adelante, dejando de lado a María como Esposa, en la obra que pronto saldrá a la luz la contemplaremos sólo como Madre: Madre de Dios, Madre nuestra, Madre Celeste por toda eternidad.

(1) Jn. 1,12

Pero Madre que ama con amor virginal, sin mezcla de sombra de egoísmo.

Madre sin egoísmo alguno.

Ni en la acción con Jesús buscó interés o gusto propio, sino sólo el de Jesús.

Ni en la acción conmigo busca su interés o gusto propio, sino el mío.

Por eso nos sigue amando, cuidando y protegiendo por más que la deshonremos, y la correspondamos con ingratitud y frialdad.

Nada suyo le importa, sino sólo mi bien. No siente las ofensas que le hago, sino sólo mi desgracia al hacerlas.

Nunca podremos alcanzar a comprender la perfección del amor, de la ternura, de la paciencia, del aguante, de la compasión, de la misericordia, de la eficacia y de la dicha que para nosotros encierra ese su ser «Madre Virginal», Madre sin egoísmo alguno.

Sólo Jesús lo comprendió. Y por eso sólo El sintió la dicha inenarrable de tenerla por Madre, de poder llamarla Madre. Por eso del todo descansó en su Corazón, y en Ella halló su gozo todo, y su consuelo en este mundo como hombre.

Por eso también, sólo mirando al Corazón de Jesús aprenderemos a conocer a nuestra Madre. Sólo en ese Corazón de su Hijo se nos revelará; sólo en El podremos verla reflejada.

Y en el grado en que nosotros nos acerquemos a esa comprensión que Jesús tuvo del amor virginal de su Madre, en ese mismo grado rebosará de gozo y dicha nuestro corazón, al saberla también Madre nuestra, y como tal invocarla, llamarla, y con Ella conversar y tratar.

A esa comprensión nos acercamos en la medida que procuremos, o al menos deseemos, copiar su virginal amor, amándola por Ella misma, gozándonos en su hermosura por ser de Ella, más que por el bien que a nosotros se nos siga de Ella.
Pág. 469

Entonces se extasiará nuestro corazón al contemplarla, al una y otra vez llamarla e invocarla:

«Santa Madre Virgen. Madre sin egoísmo. Que de tal modo enamorado te contemple, y entusiasmado te imite, que tu mismo amor virginal me anegue, ahogando y extinguiendo en mí todo egoísmo, para que así pueda, en tu seno, abrazar y besar como Tú misma, y contigo, a Aquél que en mi seno Tú sembraste.»
Pág. 470

APENDICE

LA UNIDAD DE CRISTO

«*Ha de confesarse un soto y mismo Hijo y Señor Nuestro Jesucristo: el mismo perfecto en ta Divinidad, y el mismo perfecto en la Humanidad. Dios verdadero y hombre verdadero.*»
(Conc. Calcedonense, Denz, 148).

«Hay un solo o único Cristo, que es Dios y hombre, et mismo e idéntico consubstancial al Padre según la Divinidad, y et mismo e idéntico consubstanciat a nosotros según ta Humanidad.»
(Conc. Const. II, canon 8, Denz. 220).

«Uno y mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, no otro en otro, ni otro y otro, sino el mismo e idéntico en dos naturalezas.»

(San Agatón Papa, Denz. 288).

«Pues como el alma racional y la carne es un soto hombre, así Dios y hombre es un solo Cristo.»

(Simb. Atanasiano, Denz. 40).

471
472

La unidad de Cristo es el fundamento que nos hace inteligible y diáfano el hecho y el cómo la Virgen María es Madre de Dios.

Pese a ello, no hubiéramos tratado de este tema en tiempos normales, pues la fe cristiana es en esto tan explícita y reiterada que no hubiera hecho falta sino aludir a ella.

Mas en la confusión y apostasía actual creemos de suma importancia tratar el tema de la unidad de Cristo, por cuanto casi todos los errores acerca de la fe católica en que hoy muchos incurren derivan de no entender debidamente esa unidad. Por eso muchos desconocen la excelencia y posición privilegiada de la Madre de Dios. Por eso también cada uno explica a Cristo como le da la gana —es imposible entender y conocer a Cristo, si no se conoce y entiende a su Madre—. El resultado suele ser que el Cristo de quien muchas veces nos hablan no es el Cristo real, sino un Cristo fingido por las opiniones humanas, que nada o muy poco tiene que ver con el Cristo real que la fe nos propone.

473
474

1. LA UNIDAD DE CRISTO

La esencia de esa unidad es la siguiente:

Hay en Cristo una sola Persona, un solo Yo, un solo sujeto de las acciones. Y esa Persona —Yo y Sujeto único— es divina, eterna, de la misma esencia y ser que el Padre, engendrada por el Padre.

Esa Persona única obra con dos naturalezas, ambas igualmente suyas: una, la naturaleza divina, que posee de toda eternidad recibida del Padre por generación; y otra, una naturaleza humana, que empieza a poseer en el tiempo, al nacer de la Virgen María, mejor dicho, al tomar carne de la Virgen María, recibiéndola de Ella por generación virginal.

Y es absolutamente *el mismo*, y el mismo Sujeto, el que es eterno como el Padre y nace de toda eternidad del Padre, que el que nace en el tiempo de la Virgen María. Aunque no sea *la misma cosa* lo que esa misma Persona recibe del Padre —su naturaleza divina eterna—, que Ío que recibe de su Madre —su naturaleza humana en el tiempo—.

En esa unidad insisten todos los Documentos eclesiásticos. Y aparece clarísima en el Nuevo Testamento, especialmente en los Evangelios, donde se nos presenta siempre un solo y mismo sujeto tanto de las acciones que podríamos llamar humanas como de las divinas.

Cuando se tiene rectamente presente esta unidad se eliminan todos los errores acerca de Cristo.

Pág. 475

2. EL CONOCIMIENTO INFINITO DE CRISTO

Cuando, por ejemplo, se atribuyen a Cristo errores, o ignorancia, o que no conocía que era Dios, o que sólo progresivamente adquirió conciencia de su filiación divina o de su condición mesiánica, se parte siempre de una negación implícita —no siempre expresa— de la unidad personal de Cristo, atribuyendo a la naturaleza un conocimiento que es propio sólo de la persona.

No es la naturaleza quien conoce. Quien conozco soy Yo. Siendo el Yo de Cristo único y divino, si se afirma que Cristo no conocía su Divinidad, su filiación divina, su misión mesiánica, el día y hora del fin del mundo, etc., lo que en realidad se afirma es que Dios no conoce su divinidad, su filiación divina y la condición mesiánica de Cristo, el día y hora del fin del mundo: en una palabra, que Dios es poco más o menos tan ignorante como los hombres, su conocimiento poco menos limitado que el nuestro.

Siendo Cristo Dios, su conocimiento es infinito, y así nada pudo jamás desconocer, desde el momento que empieza a existir en el seno de María, como nada desconoció jamás en su eterna existencia en el seno del Padre. Pues *es el mismo* el que de toda eternidad está en el seno del Padre que el que en el tiempo empieza a existir en el seno de la Virgen.

Es verdad que no tiene conocimiento infinito con su naturaleza humana. Pero es error decir que este Hombre Cristo no tenga conocimiento infinito. Porque este hombre Cristo es Dios, y Dios tiene conocimiento infinito: con la naturaleza se conoce, pero no es la naturaleza el sujeto del conocimiento, sino la Persona, que en Cristo es única y divina.

La comparación que nos da el Símbolo Atanasiano (o Símbolo *Quicumque*), aunque en parte inadecuada, cual sucede a toda comparación, puede ayudarnos mucho a entenderlo. Dice:

«Como el alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y hombre es un solo Cristo» (1).

El conocimiento que tengo con los oídos es limitado a los sonidos; el que tengo con la vista es limitado a la figura y los colores; el que tengo con el tacto, a la resistencia y la figura; el que tengo con la imaginación es limitado a Ío material y sensible. Pero mi conocimiento no es limitado a los sonidos, ni a los colores o figura, ni a la resistencia, ni a lo material. Yo soy

(1) Denz. 40

quien conozco, y en mi conocimiento no experimento esas limitaciones, aunque se den en los diversos instrumentos de que me sirvo para conocer: con mi entendimiento subsumo todas las demás vías de mi conocimiento, y la limitación que percibo en mi conocimiento no es la de cada facultad cognoscitiva en particular, sino la del conjunto o suma de todas las facultades de que Yo me sirvo para elaborar *mi* conocimiento de las cosas.

Y lo que acaece con el conocimiento, igual sucede con el apetito: así como Yo soy quien conozco —no mi entendimiento, sentidos o imaginación aunque de todos ellos use en mi conocer—, así soy el mismo Yo quien me dirijo sensiblemente a lo sensible, y quien hago el acto de voluntad tanto libre como necesario.

Puede suceder, y sucede de hecho, que Yo, conociendo con conocimiento espiritual y sensible, tenga en uno de esos conocimientos limitaciones que no afectan al otro. Así,

por ejemplo, con los ojos, sólo veo la apariencia exterior —superficial— de las cosas: figura, color. Pero yo sé perfectamente, precisamente porque no es el ojo el que ve, sino Yo, que esa visión es incompleta. Yo sé que además de los colores y la figura hay algo por dentro del objeto que veo, e incluso penetro en su íntima esencia, de la que nada me dice el ojo.

Si Yo, viendo, dijera: «No hay más que lo que ven mis ojos», no se equivocaría el ojo, que me da un conocimiento parcial verdadero; me equivocaría yo.

Habiendo en Jesucristo un sólo Yo, y ése divino, es verdad que no conoce todo con su naturaleza humana, con su entendimiento humano. Pero también es verdad que Él sabe que no conoce todo con ese entendimiento, sabe qué es lo que con él conoce y qué es Ío que con él no conoce —como yo sé lo que veo con el ojo, y qué es lo que el ojo no alcanza a percibir—.

Y lo que no conoce con su entendimiento humano Ío conoce exhaustiva y totalmente con su entendimiento divino —como yo conozco con el entendimiento muchos aspectos de la realidad a los que no alcanza mi ojo, ni aun todos mis sentidos—.

Quien conoce es siempre la Persona, el Yo, y siendo en Cristo divina tiene siempre conocimiento actualmente infinito. El conocimiento de Cristo no tiene así limitación alguna, aunque muchas

de sus facultades cognoscitivas —entre ellas cada uno de sus sentidos— sean ciertamente limitadas.

Como a mí no me limita en nada en mi conocimiento general el que por los ojos tenga conocimiento parcial, por los oídos conocimiento parcial, por el tacto conocimiento parcial, porque además tengo conocimiento intelectual, y entre todos se integran formando un solo conocimiento mío. El conocimiento es *mío*, y por eso no se puede jamás atribuir a Jesucristo ningún error, ninguna equivocación, ninguna ignorancia o quiebra.

3. ALCANCE DEL CONOCIMIENTO HUMANO DE CRISTO

Por eso la Iglesia, que ha querido precisar y definir que en Cristo hay dos naturalezas —divina y humana—, y así también dos órdenes de operaciones, tanto cognoscitivas como volitivas —las divinas y las humanas—, se ha preocupado muy poco de definir el alcance exacto de las operaciones humanas de Cristo, especialmente por lo que mira a las cognoscitivas. Tal precisación carece en realidad de verdadera importancia dogmática, dado que quien conoce es la Persona, sea cual sea la naturaleza o las facultades de que para su conocimiento use.

Es así esa precisión más bien curiosidad teológica. Y también de utilidad ascética y mística, para mejor gustar del encanto de la humanidad de Cristo, cuya hermosura inimaginable, por lo demás, nos inculca la Iglesia al definirnos que es naturaleza asumida por el Verbo, hecha suya por el Verbo, naturaleza verdadera del Verbo, y así por Él dignificada, enaltecida y hermoseada, cual compete a la que es naturaleza del Hijo Unigénito del Padre.

En cuanto nos ayudaba esa precisión a gozar con detalle la hermosura de la naturaleza humana de Cristo, y especialmente la hermosura y atractivo del amor humano con que nos ama, tratamos de esa ciencia humana y de su alcance en EL AMOR (1), y allí nos remitimos.

La enseñanza de la Iglesia respecto a esa ciencia humana del alma de Cristo, es más bien escasa, y en gran parte tardía, por cuanto sólo tardíamente volvieron a suscitarse los errores sobre ella.

En primer lugar, aprueba y hace suya la enseñanza común de

(1) libro II

los teólogos acerca de la conciencia y ciencia infalible de Jesucristo (1), y precisa en cierto modo el alcance de esa ciencia enseñada por la teología tradicional: consta que el alma de Cristo, mientras vivía entre los hombres, gozó de la ciencia beatífica que tienen los bienaventurados en el cielo; es cierto que el alma de Cristo nada ignoró, sino que desde el principio conoció en el Verbo todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, es decir, todas las cosas que Dios conoce por ciencia de simple visión (2); en concreto, no tuvo ni enseñó error alguno acerca de su próxima venida mesiánica (3), tuvo siempre conciencia de su dignidad mesiánica (4), tuvo ciencia sin límite alguno (5), y nada hay en el sentido natural de los Evangelios que no pueda perfectamente conciliarse con lo que nuestros teólogos enseñan de la conciencia y de la ciencia infalible de Jesucristo (6).

Como enseñanza directa, aunque ocasional, destaquemos las palabras de Pío XII: «El amantísimo conocimiento con el que el amantísimo Redentor nos contempló ya desde el primer momento de su encarnación, supera toda fuerza de humana mente; por cuanto, por aquella bienaventurada visión de que gozaba no más recibido en el seno de la Madre de Dios, tiene presentes a sí de modo continuo y perpetuo a todos los miembros de su Cuerpo místico, y los abraza con su amor salvador.» (7).

Enseñanza también directa, en que se rechaza toda ignorancia del alma de Cristo, nos da San Gregorio Magno contra los Agnoetas, en su carta al patriarca de Alejandría Eulogio, corroborándole en la fe que ya éste profesaba: «Acerca de lo que está escrito: "que el día y la hora ni el Hijo ni los ángeles los saben" (Mc. 13,32), del todo rectamente siente vuestra santidad que certísimamente ha de referirse, no al mismo Hijo *en cuanto que es Cabeza*, sino por lo que se refiere a su Cuerpo, que somos nosotros... Dice también Agustín... que podría entenderse del mismo Hijo, por cuanto Dios omnipotente habla a veces con modo humano, como cuando dice a Abraham: «Ahora conocí que temes a Dios» (Gén. 22,12). No porque entonces conociera Dios que era temido, sino porque entonces hizo conocer al mismo Abraham que temía a Dios. Como nosotros hablamos de un día alegre, no porque el mismo día sea alegre, sino porque nos hace alegres, así también el Hijo omnipotente dice ignorar el día que nos hace

(1) Denz. 2.032
(2) Denz. 2183,2184
(3) Denz. 2.033
(4) Denz. 2035
(5) Denz. 2034
(6) Denz. 2032
(7) Denz. 2289

ignorar, no porque Él lo ignore, sino porque en modo alguno nos permite a nosotros conocerlo. Y por eso se dice que sólo el Padre lo conoce, porque el Hijo consubstancial a Él, por su naturaleza, por la que es sobre los ángeles, tiene el conocer esto que los ángeles ignoran. Por lo cual aun puede esto entenderse más sutilmente, porque el Verbo encarnado y hecho por nosotros perfecto hombre, conoció ciertamente *en su naturaleza humana* el día y la hora del juicio, pero no Io conoció por la naturaleza de su humanidad. Así pues, lo que en ella conoció, no lo conoció por ella —o en virtud de ella—, porque Dios hecho hombre conoció el día y la hora del juicio por la potencia de su Divinidad... Así, la ciencia que no tuvo por (o en virtud) de la naturaleza de su humanidad, por la que con los ángeles fue creatura, ésta se denegó a sí mismo con los ángeles, que son creaturas. Así, pues, el día y la hora del juicio la sabe Dios y hombre; pero por esto (la sabe el hombre), porque Dios es hombre. Por lo demás es cosa bien manifiesta que el que no es nestoriano no puede en modo alguno ser agnoeta (=el que afirma alguna ignorancia en Cristo). Pues quien confiesa que la misma Sabiduría de Dios se encarnó, ¿con qué mente puede decir haya algo que la Sabiduría de Dios ignore? Está escrito: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por Él» (Jn. 1,1.3). Si todas las cosas, sin duda también el día y la hora del juicio. ¿Quién, pues, desvariará tanto que presuma decir que el Verbo del Padre ignore lo que hizo? Y también está escrito: «Sabiendo Jesús que el Padre dio en sus manos todas las cosas» (Jn. 13,3). Si todas, ciertamente también el día y la hora del juicio. ¿Quién, pues, será tan necio que diga que el Hijo recibió en sus manos lo que ignora?» (1).

Las palabras de San Gregorio muestran, no sólo su propia creencia y enseñanza, sino también la de la Iglesia alejandrina, que aprueba, la de San Agustín, la fe tradicional. La ignorancia, tanto en el patriarca de Alejandría como en San Agustín, ha de referirse a nosotros, no a Cristo, y así lo corrobora y afirma el Papa. Mas luego, elevándose sobre la cuestión, muestra cuán poco importa con qué medios conozca Cristo: es siempre el mismo Cristo quien conoce, o Cristo quien ignora, en virtud de su unidad

(1) San Gregorio I papa, ep. «Sicut aqua frigida» a Eulogio, patriarca de Alejandría, agosto del año 600

personal. Y siendo divina su Persona, nada puede ignorar que el Padre sepa. No es la naturaleza quien conoce, sino la Persona, aunque para ello se sirva de la naturaleza.

Mas pasemos ya a exponer la fe de la Iglesia en esa unidad de Cristo, de modo continuo y definitorio inculcada como verdad de fe.

4. LA UNIDAD DE CRISTO Y LA FE DE LA IGLESIA

La fe de la Iglesia en la unidad de Cristo se repite machaconamente. Destaquemos en primer lugar tres definiciones solemnes, que nos parecen de lo más expresivas de esa fe ecuménica.

a) El Concilio Calcedonense, contra los monofisitas, año 451: —los monofisitas, queriendo asegurar la unidad de persona en Cristo afirmaron también, heréticamente, la unidad de naturaleza—:

«Siguiendo a los Santos Padres, enseñamos que ha de confesarse un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: el mismo perfecto en la Divinidad, y el mismo perfecto en la Humanidad. Dios verdadero, y Hombre verdadero. Como hombre, consistente de

alma racional y cuerpo. Consubstancial al Padre según la Divinidad; consubstancial a nosotros, el mismo, según la Humanidad, por todo hecho semejante a nosotros, aunque sin pecado. Antes de los siglos engendrado del Padre según la Divinidad; en los últimos días, el mismo por nosotros y por nuestra salvación engendrado de María Virgen, Madre de Dios según la Humanidad: uno y mismo Cristo Jesús, Hijo, Señor Unigénito: en dos naturalezas sin confusión, sin mutación, sin división, ni separación ha de reconocerse; sin quitar nunca la diferencia de las naturalezas por la unidad, y más bien, salva la propiedad de cada una de las naturalezas, y en una sola Persona y subsistencia concurriendo, no en dos personas partido o dividido, sino uno y mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo, Señor Jesucristo, tal cual antes los profetas de Él, y el mismo Cristo Señor enseñó, y nos ha sido transmitido en el Símbolo de los Padres» (1).

Adviértase la intensidad con que se afirma que Jesucristo es un solo y mismo Hijo: «El mismo perfecto en la Divinidad; el

(1) Denz. 148

mismo perfecto en la Humanidad». Y *ese mismo* —no dos, sino uno— es Dios verdadero y hombre verdadero: «hombre verdadero constituido de cuerpo y alma racional; Dios verdadero, consubstancial al Padre según la Divinidad».

Y añade: «consubstancial al Padre según la Divinidad, y *el mismo* —no otro distinto— consubstancial a nosotros según la Humanidad: un solo y mismo Cristo Señor Hijo Unigénito en dos naturalezas; sin embargo esas dos naturalezas ni se confunden entre sí, ni se mudan, sin división entre ellas ni separación».

Como tampoco se confunden en mí el conocimiento sensitivo y el intelectual: son dos conocimientos distintos, aunque los dos son igualmente míos. Y sin embargo no está en mí dividida ni separada la animalidad de la racionalidad, ni está dividido o separado el conocimiento sensible y el intelectual, aunque sean dos conocimientos distintos.

b) El Concilio Constantinopolitano II, año 553. De toda su prolija y detallada enseñanza sobre la unidad de Cristo (1) destaquemos aquí dos textos: «Si alguno dice que uno es el Verbo Dios que hizo milagros, y otro Cristo que padeció... y que no es uno y el mismo Nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios encarnado y hecho hombre, siendo de uno y mismo tanto los milagros como los sufrimientos que voluntariamente soportó en su carne, el tal Sea anatema» (2).

«Por lo cual hay un solo o único Cristo, que es Dios y hombre, el mismo e idéntico consubstancial al Padre según la Divinidad, y el mismo e idéntico consubstancial a nosotros según la Humanidad» (3).

Aunque en Cristo haya dos naturalezas, no hay dos Cristos, sino un sólo, mismo, y único Cristo: y *el mismo* que es consubstancial con el Padre es consubstancial con nosotros.

c) La Carta dogmática del Papa San Agatón (4), aclamada y aceptada como expresión de la fe católica por el Conc. Constantinopolitano III (5): en esa carta define el Papa: la unidad personal de Cristo, la dualidad de naturalezas en El, y la dualidad de operaciones:

«Conocemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios Unigénito, uno y el mismo, subsiste de dos, y en dos, substancias, sin confusión, sin conmutación, sin división, sin separación, nunca quitándose la diferencia de naturalezas por la unión, sino

(1) Cf. Denz. 213-228
(2) Can. 3, Denz. 215
(3) Can. 8, Denz. 220
(4) a. 680
(5) a. 680-681

más bien salva la propiedad de cada naturaleza concurrente en una misma persona y en una misma subsistencia: un solo Cristo, no separado o diversificado en dualidad de personas, ni tampoco confundido en una sola naturaleza compuesta: sino uno y mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, ni *otro en otro*, ni otro y otro, sino el mismo e idéntico en dos naturalezas, esto es, en la Deidad y en la Humanidad... Por consiguiente, así como confesamos que Él verdaderamente tiene dos naturalezas o substancias, es decir, la Deidad y la Humanidad, así también la regla de la piedad nos certifica que tiene dos naturales voluntades y dos naturales operaciones, como perfecto Dios y como perfecto hombre que es el único, mismo e idéntico Señor Jesucristo» (1).

Existe el peligro, si se acentúa la diversidad de operaciones, de pensar que hay dos sujetos, y eso es contra la fe: hay un solo sujeto, un solo Cristo, un solo Yo. Mas cuando se acentúa ese único sujeto, esa Persona, como esa Persona es divina, y lo más importante en Cristo es lo divino, hay el peligro de olvidarse que esa Persona tiene operaciones humanas.

En ese olvido incurrieron los monotelitas, deseosos de evitar el peligro anterior, y a ellos tiene presentes San Agatón cuando insiste en la dualidad de operaciones: siendo Cristo, uno y el mismo, verdadero Dios y verdadero hombre, tiene, por tener dos naturalezas, también dos voluntades y dos operaciones.

Mas la voluntad humana, por no ser propia, sino del Verbo —por la unidad de persona—, necesariamente obra en todo sometida al Verbo Dios, en perfecta armonía con la voluntad divina de ese mismo Verbo. En esta sumisión insiste el Concilio Constantinopolitano III (2):

«Proclamamos igualmente en Él, según la enseñanza de los Santos Padres, dos naturales voluntades, y dos naturales operaciones, sin división y sin posibilidad de conversión (de unas a otras), sin separación, y sin confusión; y dos voluntades, no contrarias. sino su humana voluntad siguiendo y no resistiendo ni oponiéndose, sino más bien sujeta (o sumisa) a su divina y omnipotente voluntad. Pues convenía que la voluntad de la carne se moviera (o actuara), pero que se sometiera a la voluntad divina, según el sapientísimo Atanasio. Pues así como su carne se dice y es carne del Verbo de Dios, así también la voluntad

(1) Denz. 288
(2) a. 680-681

natural de su carne se dice y es (voluntad) propia del Verbo de Dios, según El mismo dice: «Bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del Padre que me envió» (Jn. 6,38), llamando voluntad propia suya a la que era voluntad de su carne. Pues también la carne se hizo propia de Él. Pues así como su santísima e inmaculada carne animada no pereció al ser deificada, sino que permaneció en su propio estado y ser, así tampoco su

humana voluntad pereció al ser deificada, sino que más bien fue salvada, según el divinamente inspirado Gregorio cuando dice: «Pues su querer, el que le pertenece en cuanto Salvador, del todo deificado no es contrario a Dios» (1).

5. LA FE INMUTABLE DE LA IGLESIA EXPRESADA EN LOS SÍMBOLOS DE LA FE

Los símbolos de la fe o credos— son profesiones de fe aprobadas por la Iglesia para uso de los cristianos.

Servían —y sirven— para conocer si uno es cristiano o no: si profesaba esa fe era cristiano; si no la profesaba no era cristiano. Son así la manifestación más clara, y a la vez la más simple, de la fe del pueblo cristiano, así como de la de los pastores que se la enseñaban.

Para el asunto que nos interesa, de la unidad de Cristo, recordemos entre otros que explícitamente la profesan:

l) El Símbolo apostólico —el Credo breve que aprendíamos antes en el Catecismo, y que el pueblo cristiano solía recitar—. Se llama «apostólico» porque la tradición lo hace remontar a los mismos apóstoles. De hecho, encontramos ya citado ese Credo —en fragmentos o en su totalidad— por autores del s. II, o sea del año 100-200 p.C., entre ellos por San Ireneo, que murió el 204, y reúne en sí la tradición del Oriente —donde se formó hasta los 30 años—, y del Occidente —donde murió siendo obispo de Lyon—. Tanto en la redacción más antigua (2) como en la recensión romana algo más desarrollada (3) se afirma esa unidad de Cristo: el mismo que es unigénito del Padre, ese mismo nace de María Virgen y muere por nosotros, resucita y sube al cielo.

2) El símbolo de San Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, año 403: mucho más detallado, como posterior al Concilio

(1) Denz. 291
(2) Denz. 1
(3) Denz. 6

de Nicea, se exigía en Oriente como profesión de fe a los catecúmenos que iban a ser bautizados. Muestra así la fe de la Iglesia Oriental. También ahí, el mismo Jesucristo que es Hijo Unigénito del Padre, con Él eterno y creador, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero», ese mismo «por nosotros y por nuestra salvación descendió, se encarnó de María Virgen, fue perfectamente engendrado del Espíritu Santo, se hizo hombre» (1).

3) La llamada «Fe de Dámaso», en realidad fórmula de fe usada por los francos desde el año 500: muestra la fe de Francia. El mismo que es coeterno con el Padre, consubstancial al Padre, Dios de Dios, ese mismo es el que «en el último tiempo, para salvarnos a nosotros... descendió del Padre, sin que por eso dejara nunca de estar con el Padre (2), y fue concebido del Espíritu Santo y nacido de María Virgen... Pues el que era Dios nació hombre, y el que nació hombre obra como Dios; y el que obra como Dios muere como hombre; y el que muere como hombre, resucita como Dios» (3).

4) El llamado Símbolo del Concilio de Toledo, del año 400 —antes de la conversión de Recaredo—, renovado con algunas mutaciones en otro Concilio de Toledo el año 447.

Muestra la fe de la Iglesia española durante todo el período visigótico. Tras una afirmación explícita total de la Divinidad de Jesucristo, de su eternidad, de su consubstancialidad con el Padre y el Espíritu Santo —afirmación del dogma trinitario— (4), continúa: «Así pues, este Hijo de Dios, Dios El mismo, nacido del Padre antes de todo principio, santificó el vientre de la Bienaventurada María Virgen, y de Ella tomó el ser verdadero hombre, engendrado sin simiente viril, reuniéndose dos naturalezas, es decir, la de la Divinidad y la de la humanidad, en una del todo persona» (5).

5) El Símbolo *Quicumque* (por las palabras con que empieza), llamado también «Atanasiano», aunque parece haber sido compuesto por San Ambrosio, obispo de Milán, recibido luego por la Iglesia occidental y oriental, e incorporado en la liturgia como profesión de fe (6). Tras profesar la doctrina y fe trinitaria, (7) continúa: «Es también necesario para la salvación

(1) Cf. Denz. 13 y 14
(2) cf. Jo. 1,18; 3,13
(3) Denz. 16
(4) Denz. 19
(5) Denz. 20
(6) hasta no ha mucho lo rezaban en el Breviario, en la hora de Prima, todos los sacerdotes en la mayor parte de los Domingos del año
(7) Denz. 39

eterna que crea también fielmente la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Es así la fe recta que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios, es Dios y hombre: es Dios de la substancia del Padre engendrado antes de los siglos, y es hombre de la substancia de la Madre nacido en el siglo: perfecto Dios, perfecto hombre... El cual, aunque sea Dios y hombre, no es sin embargo dos, sino un solo Cristo: uno, no por conversión de la Divinidad en la carne, sino por asunción de la humanidad en Dios; del todo uno, no por confusión de la substancia, sino por la unidad de la Persona» (1).

6) Terminemos con el Símbolo Niceno-Constantinopolitano, que, aunque originariamente definición conciliar (2), ha pasado a ser el Credo que como fórmula y profesión de nuestra fe recitamos todos los domingos y solemnidades los cristianos en la Santa Misa:

«Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo Único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas; que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado...»

El mismo que es «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, etc.», ese mismo, y no otro distinto es el «que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo», nació de María Virgen, se hizo hombre, fue crucificado, padeció y fue sepultado. De todo es sujeto único el mismo Yo, la misma e idéntica Persona, Jesucristo.

6. LA MISMA FE EXPRESADA EN LAS DECLARACIONES SOLEMNES DE PAPAS Y CONCILIOS

Y lo mismo que la Iglesia ha propuesto como de fe a sus fie les, eso mismo de modo continuo e infatigable ha enseñado y esclarecido por Papas y Concilios. Los Documentos de esta enseñanza no podemos más que simplemente enumerarlos, para que el lector por sí mismo los vea si los desea: Prescindiendo de los ya alegados, los principales hasta el s. x son los siguientes:

(1) Denz. 40
(2) años 325 y 391

Profesión de fe del Papa San Dámaso, en el Sínodo romano del año 382, a raíz del Concilio I de Constantinopla (1). Concilio de Éfeso, año 431 (2). Concilio Calcedonense, año 451 (3). El Papa San Gelasio, año 492-496 (4). Papa Juan II, año 534 (5). Papa Vigilio, año 543 (6). Concilio II de Constantinopla, año 553 (7). San Gregorio Magno, año 590-604 (8). Concilio Lateranense, bajo Martín I, año 644 (9). Concilio XI de Toledo, año 675 (10). Epístola Dogmática de San Agatón (de que se habló más arriba), año 680 (11). Concilio III de Constantinopla, año 680-681 (12). Adriano I Papa, año 793 (13). León III Papa, año 796 (14). San Nicolás I Papa, año 860-863 (15). León IX Papa, año 1053 (16). Concilio Lateranense IV, año 1215 (17).

La unidad de Cristo, Persona divina única, con naturaleza divina y humana, y actuante, siempre el mismo, por esas dos naturalezas, es verdad de fe creída y enseñada en la Iglesia de Dios de modo permanente desde el s.II —en que murió el último apóstol, San Juan—, durante 10 siglos.

Quien se aparte de ella, sepa que se aparta de cuanto la Iglesia, enseñada por los Apóstoles, ha creído: deja de pertenecer a ella: prefiere los productos de la razón y especulación humana a la revelación divina. A nadie eche la culpa de su condenación.

7. MARÍA, LLAVE PARA EL CONOCIMIENTO DE CRISTO, Y CLAVE DE BÓVEDA EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Pero advirtamos que esa enseñanza y esa fe parece como si se plasmara toda en la Maternidad divina de María.

María es la llave que nos introduce con seguridad en el verdadero conocimiento de todos los misterios y riquezas de su Divino Hijo. Si el cristiano la olvidare, o la desconociere, o acerca de Ella errare, olvidará, desconocerá a Cristo, y errará acerca de Él.

(1) Denz. 63, 64, 71 y 75
(2) Denz. 111, y 113-124
(3) Denz. 148
(4) Denz. 168
(5) Denz. 202
(6) Denz. 204 y 205
(7) Denz. 213 a 228
(8) Denz. 250: sobre el momento de la unión hipostática: no hay ningún instante en que algo proceda de la Virgen que no sea ya el Verbo encarnado: es el Verbo el engendrado, no un cuerpo
(9) Denz. 256 ss.
(10) Denz. 282 y ss.

(11) Denz. 288
(12) Denz. 289-293
(13) Denz. 309-310; véase también Denz. 299
(14) Denz. 314 a
(15) Denz. 327 y 328
(16) Denz. 344
(17) Denz. 428 y 429
Pág. 487

Sólo teniendo presente su papel como clave de bóveda en la encarnación de Cristo, podremos desentrañar sin error el misterio de Cristo.

En efecto, si la creemos Madre de Dios, lo que nace de Ella es Dios: y como lo que vemos nacer es un hombre, ese hombre es Dios. El mismo que es Dios eterno, ese es también hombre. Hijo Unigénito, que recibe por generación eterna del Padre cuanto en El es divino —toda la riqueza infinita del Padre—; que recibe de la Madre por generación humana virginal en el tiempo todo cuanto en El es humano: toda la riqueza creada condensada en su Humanidad, la recibe de la riqueza humana otorgada a María por Dios para que la trasmitiera: si lo divino en Cristo es Io mismo del Padre, lo humano en Cristo es lo mismo de María.

Mas si María no fuere Madre de Dios, si el hombre no la creyere verdaderamente Madre de Dios, habría engendrado simplemente a un hombre. Y entonces, o se niega la divinidad de Cristo, o si se admite, ha de decirse que es comunicación advenediza y accidental a un hombre ya constituido y personal, rompiéndose así la unidad de Cristo, cual hizo Nestorio, precisamente por resistirse a creer en la Maternidad divina de María.

Sólo, pues, evitará al cristiano todo error acerca de Cristo el conocimiento que tenga de la excelencia y papel de su Madre, la complacencia que en esa excelencia sienta, la devoción que la profese.

Si esa devoción pierde, necesariamente acabará perdiendo a Jesús, sustituyendo al Jesús real, cual por el Padre nos ha sido dado, y cual se nos reveló, por un Jesús simple elaboración humana nuestra, que ni ha existido ni existirá fuera de nuestra pobre fantasía, y así en modo alguno podrá salvar a quien a él se confíe.

Habremos tomado por Salvador un fantasma nuestro, separándonos del único verdadero Salvador que podía y puede y quiere salvarnos. «El que no cree en mí, ya está juzgado». (Jn. 3,18).

8. LA UNIDAD DE CRISTO EN LA ENSEÑANZA DEL NUEVO TESTAMENTO

La fe de la Iglesia en la unidad de Cristo le fue transmitida por los Apóstoles. En los escritos de éstos esa unidad aflora por doquier.
Pág. 488

Imposible nos sería recoger todos los textos en que esa unidad aparece. Nos contentaremos con una selección de ellos: primero en los escritos apostólicos; segundo, en los Evangelios sinópticos; tercero, en el Evangelio de San Juan.

Ni buscamos, ni podemos ser exhaustivos. Sólo mostrar al cristiano de hoy los firmísimos fundamentos de su fe, para que no se deje seducir por opiniones de hombres, o contaminar por los errores del mundo.

Jesucristo se nos preesnta como un sólo Yo, una sola Persona, un solo sujeto de acciones, que obra con sus dos naturalezas, divina y humana, según esas acciones sean divinas o humanas: siempre es *el mismo* e idéntico Jesús quien las obra.

Nunca es, ni la Humanidad de Cristo la que conoce, ni la Divinidad de Cristo la que conoce. Ni actúa la Divinidad de Cristo, ni actúa la Humanidad de Cristo. Quien actúa siempre es la Persona, Cristo, que es siempre la misma, aunque actúe por medio de la naturaleza, ya divina, ya humana. Actúa Cristo con su Divinidad, y actúa el mismo Cristo con su Humanidad.

Eso es Io que observamos en el Evangelio y en el Nuevo Testamento. Las acciones de Jesús, de que nos habla, unas son humanas, otras divinas; pero se pasa continuamente de unas a otras, siendo siempre el mismo Cristo quien las hace.

La Escritura no hace distinción, no hace separación, entre sus obras humanas y sus obras divinas: se introduce El como siempre *el mismo* haciendo unas y otras. Es Él, Jesús, quien todo lo absorbe, lo único que importa: Él, el Dios con nosotros, el Salvador.

9. EL TESTIMONIO DE SAN JUAN EN SU PRIMERA CARTA

1ª Juan. 4,2: «En esto conocemos el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en la carne es de Dios; y todo espíritu que disuelve —desata o separa— a Jesucristo, no es de Dios, y éste es el Anticristo, el cual oísteis que viene, y ahora ya está en el mundo».

¿Quién es el que disuelve o separa a Cristo? El que pone aparte al Verbo, Dios eterno, y al hombre Cristo. Nos dice antes que el Verbo se hizo hombre —«vino en la carne»—. Si uno niega

o la humanidad o la Divinidad de Cristo, es Anticristo; pero si uno niega también que están unidas en un solo Yo, en un solo sujeto, si separa o disuelve a Cristo —aunque admita las dos naturalezas—, es Anticristo, no conoce verdaderamente a Cristo.

Por eso empieza San Juan su Epístola diciendo: «Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que percibimos, lo que nuestras manos tocaron y palparon del Verbo de la Vida, y la Vida se manifestó, y vimos y atestiguamos, y anunciamos a vosotros la Vida eterna que estaba en el Padre y apareció en (o: entre) nosotros. Lo que vimos y oímos os anunciamos, para que también vosotros tengáis sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1ª Jn. 1,1-3).

Aquí, la misma Vida eterna que es el Verbo, que está en el seno del Padre, esa misma es la que se apareció a nosotros, la que palparon los Apóstoles, la que vieron, la que tocaron.

Un mismo sujeto el que se toca, el que aparece en el mundo, el que se hace hombre, y como hombre se nos manifiesta pudiendo ser palpado, que el que está de toda eternidad en el seno del Padre.

En 1ª Jn. 2,22-24: «¿Quién es mentiroso, sino el que niega que Jesús es Cristo? Y este es Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo, pues todo el que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; y quien confiesa al Hijo tiene al Padre».

Negar que Jesús es Cristo, para San Juan, aquí, es negar que Jesús es Dios, que ese Jesús que palpan nuestras manos y oyen nuestros oídos, y ven nuestros ojos, es el Hijo de

Dios eterno, y por eso, el que le niega a Él esa filiación eterna, niega también al Padre, porque el Padre sólo es Padre en cuanto tiene al Hijo.

Pero Io más importante aquí para nuestro propósito, es que es absolutamente el mismo el que palpan nuestras manos y se nos presenta como hombre —venido en carne—, que el que es Hijo eterno de Dios. Es decir: hay tránsito de operaciones, pero no hay tránsito de Persona, de Yo sujeto de esas operaciones. Hay dos naturalezas como instrumento de acción, y se pasa de un instrumento a otro para obrar, de una naturaleza a otra; pero no hay tránsito de Persona, que obra, siempre la misma, con entrambas naturalezas.

Por eso nos insiste San Juan en que Jesús es enviado por el

Padre eterno: el mismo que existía de toda eternidad con el Padre, Ese mismo el Padre nos lo envía hecho hombre.

Así 1ª Joan. 4,9.10: «En esto apareció la caridad de Dios a nosotros, en que envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por Él ». Por tanto, *el mismo* que está en el mundo es el que estaba y está en el seno del Padre por toda eternidad. Por eso añade:

«En esto está la caridad, no en que nosotros amáramos a Dios, sino que Él primero nos amó y envió a su Hijo propiciación por nuestros pecados» (1ª Jn. 4,10). Lo envió porque estaba en su seno de toda eternidad: el mismo el que estaba en su seno, el mismo que, enviado por el Padre, aparece entre nosotros.

Igual en 1ª Joan. 5,20: «Y sabemos que el Hijo de Dios vino, y nos dio sentido o inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios, y seamos en su verdadero Hijo: Este es verdadero Dios y Vida eterna».

Vemos clarísimo en esta Epístola de San Juan que *el mismo* Verbo eterno que siempre está en el seno del Padre, ése mismo es el que el Padre envía al mundo para que esté, converse y trate con nosotros.

Al enviarlo, toma naturaleza humana: precisamente por ella trata, conversa con nosotros, y por nosotros se deja ver y palpar. Pero el que conversa con nosotros, el que nos trata en y con esa naturaleza asumida, *es el mismo* Hijo de Dios eterno, Dios eterno Él mismo con el Padre, y Vida eterna. Y ese a quien tratamos en la naturaleza humana, al que palpamos, al que vemos, al que oímos, ése no es un hombre *sujeto*, sino que es el mismo Hijo de Dios eterno.

De modo que en Cristo hay la Humanidad, cierto —si alguno negare que Jesucristo vino en la carne es anticristo—. Pero esa Humanidad no es sujeto de acciones, sino sólo instrumento de acciones de un solo Sujeto eterno: un solo Cristo, no dos Cristos —quien lo disuelve, separa, o en algún modo quiere reducirlo a dos, ya es anticristo—.

Y ese solo Cristo, Hijo Unigénito de Dios, obra con su naturaleza divina y con su naturaleza humana; e incluso estando entre nosotros tan pronto nos habla, diríamos, con su naturaleza humana, como nos está hablando de acciones que ejecuta con su naturaleza divina, como es ser la Vida del mundo, la Luz del

mundo, etc. Siendo hombre entre nosotros, es y se nos presenta como «Verdadero Dios y Vida eterna».

10. EL TESTIMONIO DE SAN PABLO

En Rom. 9,5, tras haber hablado de los judíos, para ponderar la excelencia de la elección de ese pueblo, nos dice: «De los cuales judíos son los Padres —los Patriarcas—, y de los cuales es Cristo según la carne, que es Dios bendito por los siglos sobre todas las cosas. Amén» (Rom. 9,5).

Clarísimamente nos afirma aquí, a la vez la Divinidad de Jesucristo —«Dios bendito por los siglos de los siglos»—, y a la vez la humanidad de Cristo —según la carne: carne que recibe de los antepasados humanos, de los judíos.

Digamos de paso que la conclusión Amén parece sugerir que la fórmula usada por San Pablo parece insinuar una especie de fórmula de oración o loa a Jesucristo usada ya por los cristianos a quienes se dirigía: «Cristo, Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén».

Pero ese Cristo es uno sólo, por cuanto de *ese mismo* Cristo que según la carne, según se nos ha manifestado, es hijo de los judíos, de ese mismo Cristo nos dice: Ese que contemplamos en la carne «es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos»; un mismo sujeto de cuanto se refiere a la humanidad, y de todo lo que se refiere a la Divinidad.

Por lo demás, continuamente nos está hablando San Pablo de que Dios nos envió a su Hijo. Ese mismo Hijo que como preexistente a todo estaba en Dios, es el que nos es enviado haciéndose hombre. Un solo sujeto sin transición. Véase, como mero ejemplo:

a) Gálatas, 4,4: «Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de Mujer, hecho bajo la Ley, para que redimiera a aquellos que estaban bajo la Ley, y recibiéramos la adopción de hijos de Dios».

Envía a su Hijo: si Io envía, ya era Hijo suyo antes de enviarlo, existía y estaba en Dios ya antes de ser enviado. Pero ese Hijo que envía, lo envía hecho de Mujer, constituido bajo la Ley. El mismo que preexistía y estaba en Dios, y que sigue estando en Dios —El mismo «Dios bendito por los siglos»—,

ese mismo toma en el tiempo cuerpo de la Mujer, de la Virgen María, asumiendo de la Virgen María nuestra naturaleza, y en esa naturaleza que de María asume se somete a la Ley; pero es siempre el mismo Hijo de Dios.

Tenemos también aquí el mismo Sujeto de cuanto es humano y de cuanto es divino. Por ser divino tiene poder de redimirnos; por ser humano nos puede comunicar esa redención.

b) Efesios, 2,14: «El mismo Cristo es nuestra paz, que hizo de dos uno, disolviendo o destruyendo la pared intermediaria, la cerca divisoria, a saber, las enemistades en su carne, evacuando con sus decretos la Ley de los mandamientos, a fin de fundar o cimentar en sí mismo a dos en un solo hombre nuevo, en una verdadera creación, haciendo la paz, y reconciliando a ambos en un solo cuerpo, a Dios por la cruz, matando las enemistades en sí mismo» (Efes. 2,14-16).

Aunque aquí parece ante todo hablarse figuradamente de la unión entre Dios y los hombres rompiendo las enemistades que los dividían y separaban, esa unión se nos presenta como partiendo de una unión ontológica mucho más profunda, que en el mismo Jesús hace de dos uno, reuniendo en uno solo, en Él como nuevo hombre, la Divinidad y la Humanidad: unión cuya maravilla parece eclipsar la misma obra de la creación. De esa unión deriva la nuestra: verdaderamente uno por la unión ontológica de la Divinidad y

humanidad en Él, se ofrece por nosotros en la cruz, para hacernos partícipes de la unión en El personalmente obrada.

c) Colosenses, 1,15: «El cual (Cristo) es imagen de Dios invisible, primogénito de toda creatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto las en los cielos como las en la tierra, las visibles y las invisibles, tanto los tronos, como las dominaciones, los principados y las potestades: todas las cosas por Él y en Él han sido creadas, y Él es antes que todos, y todas las cosas constan (=se apoyan, tienen su subsistencia) en Él. Él es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia, siendo principio, primogénito de entre los muertos, de modo que entre todos tenga Él el principado, porque en Él quiso habitara toda la plenitud, y por Él reconciliar todas las cosas consigo, pacificando por la sangre de su cruz tanto los seres de la tierra como los del cielo» (Colos. 1,15-20).
Pág. 493

El mismo Cristo que nos reconcilia con la sangre de su cruz, que muere y resucita —primogénito de entre los muertos—, en quien encarnado quiso Dios habitara toda plenitud dándole el principado sobre todas las cosas, ese mismo Cristo —no otro— es imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda creatura, creador de todas las cosas, tanto materiales como espirituales, que por Él fueron hechas, y a Él deben su subsistencia, y sólo en Él permanecen en su ser: anterior a todo, autor de todo.

No hay, pues, tránsito de sujeto o Persona entre las operaciones divinas y las humanas. Si miro al Verbo en su humanidad, es al Verbo eterno a quien miro; si accedo a Él, accedo siempre al Hijo de Dios, al Dios verdadero, al Creador de todo, al Cabeza de todo, al primogénito y príncipe de todo.

d) Filipenses, 2,5: «Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús: el cual como fuese o existiese en forma de Dios, no se aferró como a botín de guerra a su ser igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de hombres; y en su vestido hallado como hombre se humilló o empequeñeció a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le exaltó, y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre: a fin de que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los celestes, de los terrestres y de los infernales, y toda lengua confiese que Señor (=Adonai, Yahveh=Dios) (es) Jesucristo para gloria de Dios Padre» (Filip. 2,5-11).

Estas palabras de San Pablo parecen una fórmula anticipada de los Credos o Símbolos de fe de la Iglesia. Su misma curiosa estructura, enormemente rica y condensada, hace sospechar que San Pablo no hace aquí más que copiar una fórmula de profesión de fe que ya corría entre los fieles y fuera usada en la liturgia primitiva.

Cristo existía en *forma* de Dios. Si no se quiere jugar al equívoco, existía como Dios; pues luego nos habla de que toma *forma* de siervo, que es la naturaleza humana en que se anonada. Si, pues, existir en forma de siervo es existir en naturaleza de hombre, existir en forma de Dios es existir en naturaleza de Dios. Si existir en forma de siervo es ser hombre, existir en forma de Dios es ser Dios. De ahí que iterativamente se nos repite que «es igual a Dios» (2,5.6). Y es Dios, e igual a Dios, no por derecho
Pág. 494

de conquista —cual a veces sucede en las mitologías paganas, con los dioses supremos advenedizos—, sino por su propia naturaleza. Precisamente por eso no se aferra a su ser igual a Dios como si esa igualdad fuera fruto de conquista de guerra, botín de guerra —que como se consigue, así se puede perder por subsecuente derrota tras la primera

victoria—; antes puede anonadarse tomando hábito de siervo y comportándose en todo como tal, porque eso no le hará perder ni pondrá en peligro de perder su ser divino, que tiene por herencia, por su misma naturaleza.

Ahora bien, el mismo que existía de siempre en forma o naturaleza de Dios, que era y se sabía en todo igual a Dios —Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero—, ése mismo se anonada, se hace hombre, vistiéndose de nuestra humanidad y apareciendo así como esclavo; y en esa vestidura, el mismo que es Dios e igual en todo a Dios, se hace obediente, y por obediencia muere en la cruz.

Y ese mismo que, Dios hecho hombre, obedece y muere, ese mismo es glorificado como subsistente en esa humanidad con la gloria que en su divinidad siempre tuvo con el Padre, recibiendo de Dios, en cuanto subsistente en su humanidad, «el nombre que es sobre todo nombre», que no es otro que el nombre divino, por lo cual se le debe la adoración propia y verdadera de todos los seres: Este que se nos presentó como hombre, humillado y abatido, en ese su ser de hombre ha de ser por toda creatura adorado, porque es Dios en vestido de siervo.

El mismo vestido de tal modo es glorificado por la divinidad de la Persona, que aparece, una vez glorificado, como del todo divino, pues aunque antes de su glorificación ya lo era, no aparecía como tal a nuestros ojos. Es la manifestación del fruto y eficacia de la plegaria infalible, como divina, de Jesús: «Glorifícame ahora, Padre, junto a Ti, con la gloria que junto a Ti tuve siempre desde antes que el mundo existiera» (Jn. 17,5).

El mismo Cristo, Hijo eterno de Dios, ese mismo esconde su gloria bajo hábito de siervo, hecho hombre, y *aparece* ante todos como hombre, aunque en realidad sea Hijo de Dios, y en ese anonadamiento desconocida su gloria por nosotros, obedece, muere; y en ese anonadamiento y hábito de siervo es presentado a toda creatura como verdadero Dios, al que todos se verán precisados a adorar.

e) Hebreos, 1,1: «De muchos y diversos modos habiendo Dios hablado antiguamente a nuestros padres por los profetas, últimamente, en estos días, nos habló en su Hijo, al cual constituyó heredero de todas las cosas, por el cual (=por medio del cual) hizo también los siglos o mundos; el cual, siendo esplendor de su gloria y figura de su substancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su virtud o poder, tras hacer la purgación de los pecados está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas: hecho tanto mejor o más excelso que los ángeles cuanto heredó un nombre tan diferente del de ellos» (Hebr. 1,1-4).

Heredero de todo, porque Hijo de Dios; esplendor de su gloria y figura de su substancia, porque Hijo de Dios. Y Dios verdadero, pues no sería verdadera y propiamente Hijo si no tuviera su misma naturaleza, si no fuera Dios; ni sería esplendor de la gloria de Dios, ni figura de su substancia, si fuera creatura y no hijo natural, pues ninguna creatura me puede, como finita, dar la figura de Dios, ni mostrarme el esplendor de su gloria.

Por eso es tan superior a los ángeles: porque éstos, por encumbrados que nos parezcan, son creaturas, tienen nombre de creaturas; Cristo no es creatura, ni tiene nombre de creatura: es Dios, y le pertenece como propio el nombre de Hijo de Dios. Hereda el nombre de Hijo, porque también hereda o recibe por generación eterna el ser de Hijo. Y por eso de tal modo es esplendor de la gloria del Padre, y figura de su misma substancia y ser, que verle a Él es ver a su Padre: «Quien me ve a Mí ve a mi Padre, porque mi Padre

y Yo somos una misma cosa» (Jn. 14,9; 10,30). De modo tan perfecto es figura de la substancia del Padre y resplandor de su gloria, que una misma es la substancia, una misma la gloria, uno mismo es el esplendor de ambos.

Ni podía ser de otra manera, pues nada que no sea infinito puede ser figura del ser infinito, ni nada que no sea gloria infinita podría ser el esplendor connatural de esa gloria.

Y en esa grandeza del Hijo hecho hombre destaca su inefable unidad de Persona. Dios nos habla en el Hijo, y ese «en el Hijo» es en Jesús tal cual apareció entre nosotros, manifestándose en su humanidad; el mismo Jesús que luego permanecerá con nosotros en el Sagrario —siempre «Dios con nosotros»—.

Pero ese que está entre nosotros, que habla con nosotros, por el cual Dios se nos comunica, ese mismo, no otro distinto, es

heredero de todas las cosas, recibiéndolas en herencia de su Padre —como en herencia recibe de Él su ser—; y ese mismo es creador de todas las cosas, junto con el Padre, puesto que Dios hizo por medio de Él hasta los mismos siglos o mundos.

Ese que habla con nosotros, ese mismo es esplendor de la gloria del Padre, y figura de su misma substancia o expresión de su infinito ser. Y ese mismo que habla con nosotros y por nosotros muere —»haciendo la purgación de los pecados»—, ese mismo es el que sustenta todas las cosas con la palabra de su virtud, ese mismo purga nuestros pecados, nos purifica de nuestros pecados con su muerte en la cruz, y está sentado a la diestra de la Majestad de Dios en las alturas. Y ese mismo, en fin, es enormemente superior a los ángeles, porque heredó un nombre tan diferente de ellos: los ángeles son creaturas; Él es Hijo, tiene el nombre de Hijo.

Pero siempre es el mismo Hijo; no hay tránsito de sujeto. Hay tránsito de acciones, hay tránsito de manifestaciones, unas en la naturaleza humana, otras en la divina; pero siempre es el mismo el que habla, el que se manifiesta, el que muere, el que crea, el que es Hijo de Dios, copartícipe del ser del Padre, como esplendor infinito de su gloria, y figura de su substancia.

11. LA UNIDAD DE CRISTO EN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Nos limitaremos a cuatro lugares: Mt. 1,23; Mt. 19,17 (Lc. 18,19); Mt. 10,32-39 (exigencias de Cristo: el texto se halla en los tres Sinópticos), y Mat. 11,25-30 (conocimiento de Cristo). Especialmente expresivos son los dos últimos.

a) Mateo, 1,23, tras hablar de la generación de Cristo, nos dice: «Todo esto fue hecho (o sucedió) para que se cumpliera Io que por el Señor fue dicho por medio del Profeta Isaías, diciendo: He aquí que la Virgen tendrá en su vientre y parirá un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, lo que significa: Dios con nosotros» (Mt. 1,22-24).

El mismo que nace de la Virgen es Emmanuel, es «Dios con nosotros». No es un hombre con nosotros; es Dios con nosotros hecho hombre, concebido y nacido de la Virgen. Un mismo sujeto o Persona, y esa divina, que como hombre nace de la Virgen, y como Dios preexiste a la Virgen de toda eternidad.

b) Mt. 19,16 ss. (Mc. 10,17-31; Lc. 18,18-30): Un joven rico pregunta a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?» (Mt. 19,16). Y Jesús le responde: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie bueno fuera de Dios» (Mt, 19,17).

No le reprende porque le llame «bueno». Sólo le pregunta la razón por que se lo llama: así le está incitando a que si verdaderamente lo ve bueno, vea también que Él es Dios. Tenemos también ahí que el mismo Jesús que está hablando con el joven, y en quien éste no ve más que un hombre, no es un hombre —aunque sí sea también hombre—, es Dios. Un solo sujeto o Persona, que es divina. Persona divina que a la vez es Dios y hombre.

c) Mt. 10,32-39 (1): «Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí; quien encontrare su alma, la perderá, y quien por mí la perdiere, la encontrará» (Mt. 10,37-39). «Si alguno viene a Mí, y no odia a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos y hermanos y hermanas, e incluso a su misma alma, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14,26).

Ese Jesús que entre nosotros aparece como hombre, y es hombre, tiene unas exigencias que sólo Dios puede poner. Pero absolutamente el mismo es el Jesús que pone esas exigencias propias de Dios, y el Jesús que está hablando con los hombres y tales exigencias les impone.

Un solo sujeto, un solo Yo de acciones, siendo suyas tanto las humanas como las divinas. Pero por cualquier medio que vayamos a Jesús, sea por su Humanidad o por su Divinidad, nunca nos quedamos en la naturaleza, llegamos a la Persona, llegamos al Yo: es a Jesús quien honramos, a quien adoramos, a quien todo lo debemos.

c) Mt. 11,25-30 es todavía más expresivo: «En aquel tiempo, respondiendo, dijo Jesús: Confiésote, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las revelaste a los pequeñuelos. Bien, Padre, porque así te plugo a Ti. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie conoció al Hijo, a no ser el Padre; y nadie conoció al Padre, a no ser el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo. Venid a mí cuantos sufrís, y estáis cargados

(1) Cf. Lc. 9,26; 14,26; 17,33

y agobiados hasta no poder más, y Yo os aliviaré y confortaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón: y hallaréis la paz o descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y ligera mi carga».

El al mismo Jesús que habla con nosotros, que convive entre los hombres, al que palpamos, vemos y tocamos, al que el Padre le ha entregado todo; lo que nos insinúa que el mismo Jesús que es hombre es también Dios, partícipe plenamente de todo Io del Padre, que todo se lo entrega.

La insinuación se vuelve afirmación clara inmediatamente: Hay tanta riqueza, tanta plenitud, tanta verdad en ese Jesús que habla conmigo, que sólo el Padre, con su conocimiento infinito, puede sondearla. Y así, si para conocer a ese Jesús se requiere conocimiento infinito, es que también El es infinito.

Infinidad no sólo diríamos *pasiva* —como objeto conocido—, sino también *activa* —como sujeto cognoscente—, pues del mismo modo que nadie conoce a Jesús si no es el Padre, del mismo modo nadie conoce al Padre si no es Jesús: como el Padre le conoce

a Él, así Él conoce al Padre, con capacidad adecuada para conocer y penetrar toda la cognoscibilidad del Padre, es decir, con capacidad infinita de conocer: ese Jesús conoce infinitamente, y es infinitamente cognoscible y conocido.

Y es tal la perfección, exclusividad, unicidad y singularidad de ese conocimiento infinito, que nadie puede conocer al Padre, si el Hijo no se lo revela (recuérdese que el mismo Espíritu Santo, como procedente del Padre y del Hijo, recibe del Padre ese conocimiento a través del Hijo).

Tenemos, pues, que ese Hijo que habla con nosotros, se nos muestra en el seno del Padre, idéntico en esencia, perfección, conocimiento con el Padre.

Precisamente por eso, porque el mismo Sujeto sin transición alguna, el mismo Jesús que habla con nosotros, que está con nosotros hecho hombre, que nos está comunicando las cosas de su Padre, ese mismo conoce perfectamente al Padre, es conocido por el Padre, y es Dios verdadero con el Padre, por eso puede invitarme a que vaya a Él como a remedio total de mis miserias: »Yo os confortaré». Acerca de todos los trabajos y sufrimientos que se me hacen insoportables, El me asegura: Si vienes a Mí se te harán ligeros: «Tomad mi yugo sobre vosotros, y ha-

llaréis la paz para vuestras almas, pues mi yugo es suave, y mi carga ligera».

Es El quien, como Dios y dueño mío, me impone su yugo y su carga. Y es El quien, como Dios, me conforta y da la paz. El mismo el que me habla y llama; el mismo el que me da la paz con su poder divino; el mismo el que me impone su yugo y su carga; el mismo el que —hecho hombre— me ayuda a llevar esa carga y ese yugo —el yugo se lleva siempre entre dos—: por eso se me hace ligero: porque el mismo que Io lleva conmigo es la Fortaleza de Dios, es Dios mismo.

Mas pasemos ya a contemplar la unidad de Cristo en el Cuarto Evangelio.

12. LA UNIDAD DE CRISTO EN EL EVANGELIO DE SAN JUAN

Es característico de este Evangelio el presentarnos a Jesús, al mismo y único Jesús, siempre y simultáneamente como Dios y como Hombre, como Hijo del Hombre e Hijo de Dios, indisolublemente, pasando sin interrupción de actuar como hombre a actuar como Dios, siempre el mismo; o quizá mejor, presentándonoslo continuamente obrando simultáneamente y sin que ello entrañe división o separación alguna, como hombre y como Dios, con la misma connaturalidad con la que afirmamos de un mismo hombre, de nosotros mismos, que vemos, oímos, comemos, pensamos y queremos.

En San Juan, el mismo Jesús eterno, conocedor de todo, en el seno del Padre, creador, Vida, Luz, resucitador, vivificador y juez, que lo tiene todo en común con el Padre, en cuyo seno está desde toda la eternidad, y en cuyo seno seguirá por toda eternidad, Ese mismo, absolutamente el mismo, está hablando con nosotros, hace milagros entre nosotros, alimenta a las muchedumbres, trata con los hombres, e incluso es desconocido, injuriado e insultado por los hombres, muere por ellos en cruz, y resucita.

Obras y pasiones totalmente distintas en Cristo: las que miran a sólo su Divinidad, las que miran sólo a su Humanidad; pero sin tránsito alguno de sujeto de ellas: Exactamente el mismo Yo hace las unas y las otras, es sujeto de unas y otras.

Insinuemos tan sólo esta estructura del Evangelio de San Juan, recorriéndolo capítulo por capítulo. Al recorrerlos conviene que el lector tenga presente la íntima y larga convivencia del Apóstol Juan con la Virgen María. Ella es la fuente misteriosa de donde San Juan extrajo su maravilloso conocimiento de Cristo.

San Juan, I: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Esto era en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El nada fue hecho de cuanto fue hecho. En Él estaba la Vida, y la Vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron... Era luz verdadera que ilumina todo hombre que viene a este mundo. Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por El, y el mundo no lo conoció» (Jn. 1,1-5.9.10).

Ese mismo Verbo eterno, creador, fuente de Vida, que está de toda eternidad en el seno del Padre, Dios verdadero junto a El, ese mismo Verbo es el que se hace carne y habita entre nosotros: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Y vimos su gloria: gloria cual compete al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1,14). ¿Qué gloria ven los apóstoles? La que se manifiesta por la humanidad de Cristo. Pero ¿de quién es esa gloria? Gloria del Hijo, gloria del mismo que está lleno de gracia y de verdad, que es Unigénito del Padre y Dios eterno.

Por eso nos dice: «Y de su plenitud todos nosotros recibimos gracia por gracia (=gracia sobre gracia), porque la Ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, el mismo nos lo contó (narró o describió)» (Jn. 1,16-18).

El mismo que es Hijo Unigénito del Padre, y está en su seno de toda eternidad, Dios con Él y creador con Él, ese mismo, hecho hombre, es el que nos instruye acerca de su Padre, nos habla de El, vive con nosotros, sin dejar por eso de seguir en el seno del Padre (1), cual canta la Liturgia «Yacía en el pesebre, y fulgía en los cielos».

En Jn. 1,49-51: Jesús es hijo de Dios e hijo del hombre: el mismo nacido de Dios de toda eternidad, y el mismo nacido de la Virgen en el tiempo, y por eso Hijo del Hombre.

(1) Jn. 1,18; 3,13

«DíceIe Natanael: Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn. 1,49). Jesús no le desmiente, pero añade una connotación nueva de su Persona: «Porque te dije que te vi bajo la higuera crees —luego lo que has dicho es verdadero: Natanael vio en Jesús precisamente Io más difícil de percibir por nosotros—; pues verás cosas mayores que éstas. Y añadióle: En verdad os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre» (Jn. 1,50.51). —Este que te habla es el Hijo del hombre, y este que te habla es el Hijo de Dios: el mismo.

Jo. 2:1-11, en las bodas de Caná Jesús aparece en todo y para todos como hombre: incluso en hacer el milagro no se muestra más que hombre, pues también los Profetas hicieron milagros —Elías y Eliseo hasta resucitaron muertos—. Pero luego, en Jn. 2,24.25, se nos muestra el mismo Jesús, el mismo sujeto, con un conocimiento propio de Dios, único que «escruta los corazones y los riñones» (Sal. 7,10; Jer. 17,10; Apoc. 2,23; Rom. 8,27): ese conocimiento divino se atribuye a Cristo, para quien no hay secreto en corazón alguno: conoce como Dios, conoce como Hombre; y es el mismo el que conoce:

«Como estuviese en Jerusalén por la Pascua, en el día de la fiesta, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. Mas el mismo Jesús no se confiaba a ellos, por cuanto El *conocía a todos*, y porque no necesitaba que nadie le testificara acerca del hombre, pues Él *conocía lo que había en cada hombre*» (Jn. 2,23-25).

Jo. 3: «Respondióle Jesús a Nicodemo y díjole: ... En verdad en verdad te digo, que hablamos lo que sabemos y testificamos lo que vimos» (Jn. 3,10.11). El mismo Jesús que me habla es el que ve a su Padre de quien me habla, y me atestigua todo lo que en Él ha visto.

Y añade: «Nadie ascendió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo» (Jn. 3,13). El mismo que está hablando con Nicodemo, Hijo del hombre, como nacido de María, sube al cielo, desciende del cielo, y está actualmente en el cielo —«yacía en el pesebre, y fulgía en los cielos» (1)—.

Un mismo sujeto, Dios y hombre. Un mismo sujeto el que

(1) Liturgia

contempla a Dios y habla conmigo. Un mismo sujeto que ha estado y está de toda eternidad en el cielo en el seno del Padre, y que ahora *además* está conversando conmigo hecho hombre, hijo del hombre.

Y el mismo que es Hijo del hombre y convive con nosotros, ese mismo es Hijo de Dios en el seno del Padre: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (Jn. 3,16.17).

Por ser Hijo Unigénito de Dios, bajado del cielo, ese Hijo del hombre es superior a todo, con superioridad realmente divina. Así lo inculca el Bautista a sus discípulos, un poco envidiosillos de Jesús:

«El que del cielo viene es sobre todos... Pues el que Dios envió habla las palabras de Dios... El Padre ama al Hijo, y Io dio todo en sus manos. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna. El que no cree en el Hijo no verá la vida» (Jn. 3,32-36).

Ese que, hijo del hombre y hombre como nosotros, nacido de Mujer, está hablando con nosotros, ese mismo es Hijo Unigénito de Dios, ha oído todo lo de Dios, ha bajado del cielo, ha sido enviado por el Padre, es amado del Padre, el Padre le ha entregado todas las cosas, es dueño y señor universal de todo.

Un solo sujeto, que recibe la naturaleza divina del Padre por generación eterna, que recibe la naturaleza humana de la Madre, haciéndose hijo del hombre: dos naturalezas, un solo Yo; muchas operaciones, un solo sujeto de esas operaciones. De ahí la superioridad absoluta de Cristo, por la superioridad de su Persona, que es divina; aunque aparezca igual que nosotros, es sobre todas las cosas dueño de todo.

Jn. 4: Empieza destacando lo humano en Cristo: un Jesús fatigado del camino, que se sienta cabe el pozo, tiene sed, pide de beber (Jn. 4,6.7). Todo ahí es humano: Jesús es igual que cualquiera de nosotros.

Ante la negación más o menos disimulada —no absoluta— de la Samaritana, el Jesús tan humano, tan hijo del Hombre, empieza a sugerir su aspecto divino de Hijo de Dios: «Si conocieras el Don de Dios, y quien es el que te dice a ti: dame de beber,
Pág. 503

tú ciertamente le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva» (Jn. 4,10).

Tránsito sin solución de continuidad: de un comportamiento totalmente humano se pasa a descubrir un comportamiento divino de la *misma* persona. Jesús es el Don de Dios —bajado del cielo como don del Padre—: don misterioso que jamás se llega a conocer del todo. Jesús induce a la Samaritana a penetrar en la profundidad de su misterio: «Si conocieras el Don de Dios». Y le insinúa su acción divina al prometerle un agua que sólo Dios puede dar: «agua viviente», «agua que salta hasta la vida eterna» (Jn. 4,14), agua que da plena dicha al alma, saciando toda su sed de felicidad: «Todo el que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo, mas el que bebiere del agua que Yo le daré, ya jamás tendrá sed, pues se hará una fuente dentro de él por toda la eternidad» (Jn. 4,13.14).

Y es el mismo sujeto: El que está fatigado del camino, se sienta junto al pozo, se siente sediento, pide de beber, ese mismo es la fuente de aguas vivas, ese mismo es don misterioso de Dios, capaz de hacer feliz eternamente al alma a quien Él se entrega. Distinción, pues, de operaciones; distinción de aspectos en la actitud de Jesús; pero un mismo Jesús siempre: un mismo Jesús el que tiene sed, un mismo Jesús el que sacia la sed de dicha de todos los hombres.

La Samaritana se introduce en el misterio: primero lo acepta como Mesías (Jn. 4,26.29), luego, junto con sus convecinos, como «Salvador del mundo» (Jn. 4,42). El mismo que tiene sed y se fatiga, ese mismo es el Salvador del mundo, y por tanto Dios.

Pero cuán lejos estaban ella y ellos de agotar el misterio de infinita riqueza que en Jesús había.

Qué lejos estaban los mismos apóstoles, que ya creían en El como Mesías. Por eso Jesús les dice: «Yo tengo para comer un manjar que vosotros ignoráis» (Jn. 4,32): a pesar de todo lo que le conocen los discípulos y de lo que con El han intimado, la profundidad de la Persona de Cristo, su riqueza infinita, es tal que nunca los discípulos llegarán a conocerla del todo.

En una palabra, ese Jesús que habla y trata con ellos, no sólo es hombre como aparece, no sólo es elegido de Dios y por Dios enviado, sino que es también Dios verdadero. Y aunque por la fe sepamos que es Dios, seguimos sin penetrar la riqueza infinita
Pág. 504

que la Divinidad entraña. Será menester subir al cielo para desvelar el misterio.

Por eso Jesús les dice: «Mi manjar es cumplir la voluntad de aquel que me ha enviado: que lleve a cabo su obra» (Jn. 4,34): Este que está hablando con vosotros ha sido enviado, viene de arriba, viene del cielo, viene del seno del Padre: el mismo que está en el seno del Padre es el mismo que está aquí ahora hablando con vosotros para cumplir su voluntad: sólo cuando os lleve conmigo al seno del Padre que me envió podréis conocer mi gloria (1).

Jn. 5: Del versículo 1-15 Jesús se nos presenta como hombre: hombre extraordinario, que hace milagros, mas como los hicieran los profetas y santos que

vivieron antes de Él. Mas en Jn. 5,17 ya se presenta como Dios, con tal claridad, que los mismos judíos así lo entendieron. Y ante su resistencia a admitirlo, Jesús desvela más y más su naturaleza divina (2).

«Respondió Jesús: Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también obro. Por eso querían aun más matarle los judíos, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios padre suyo, *haciéndose igual a Dios*» (Jn. 5,17.18).

Jesús sigue destacando su Divinidad: clarísimamente habla con ellos *sintiéndose Dios*: obra cuanto ve obrar al Padre (3), siéndole así común con el Padre el poder y la acción; el Padre no tiene secreto alguno para Él, le muestra todo (4); le da todo poder, hasta el de resucitar a los muertos y juzgarlos (5); tiene en común con el Padre la misma gloria, de modo que el que no da gloria al Hijo no puede darla al Padre (6); tiene en común con El la vida «así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio al Hijo tener la vida en sí mismo» (Jn. 5,26), y está con El tan vinculado: que todo lo hace unido inseparablemente a Él (7).

En resumen, Jesús viene a decirles: Este que os está hablando como un hombre más entre vosotros, este a quien como hombre odiáis y perseguís, tiene la vida en sí mismo igual que el Padre la tiene en sí mismo; obra igual que obra el Padre; las mismas obras del Padre son obras mías, las hacemos juntos, me lo comunica todo; e igual que el Padre tiene poder para dar vida, así Yo tengo poder para dar vida al que yo quiera, poder para

(1) Jn. 17,24
(2) Jn. 5,19-30
(3) 5,19
(4) 5,20
(5) 5,21.22
(6) 5,23
(7) 5,30

resucitar a los muertos, poder para impedir que mueran los que viven, por cuanto «el que cree en mí tiene vida eterna... y pasa de la muerte a la vida» (Jn. 5,24).

Jn. 6: Del v.1-21 Jesús se nos introduce en su aspecto humano: va al otro lado del lago, le siguen las muchedumbres, a las que habla como hombre, multiplica los panes —cual Io hicieran antes los profetas y lo harían los santos después de Él —, despacha a los discípulos, ora en el monte como hombre gran parte de la noche, vuelve a Cafarnaúm caminando sobre las aguas, y allí se reúne con Él la muchedumbre. Es entonces que Jesús empieza a declararles que es Dios, el mismo que ellos habían querido como hombre coronar rey.

«No busquéis el manjar que perece, sino el que permanece para la vida eterna, el cual os dará el Hijo del Hombre. Pues a éste el Padre el Dios le selló» (Jn. 6,27).

La presentación de su Divinidad era necesaria para hacer admisible la promesa de la Eucaristía. Y la presentación es clara: sólo Dios puede dar vida eterna, y así sólo Él el alimento que la sustenta. Mas Jesús, Hijo del hombre, que milagrosamente les ha dado antes un pan para sustentar la vida perecedera, les asegura les va a dar un alimento de vida eterna, cosa propia de Dios. Y Io va a dar El, el Hijo del hombre, el nacido de Mujer, para que entendamos que ese Hombre —hijo del hombre, nacido de mujer— es Dios verdadero, y por eso puede dar el manjar que dé la vida eterna.

Y por eso añade: A este Hijo del Hombre «el Padre lo selló el Dios»: Sellar es imprimir la imagen. En ese Hijo del Hombre, Dios mismo imprimió su imagen —figura de su substancia, y esplendor de su gloria es Jesús (1)—: el Hijo del Hombre está sellado por la Divinidad: y es el mismo Dios Padre quien lo ha sellado: en El ve la «figura de su substancia y el esplendor de su gloria» (Hebr. 1,3): en el «habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad» (Col. 2,9), y por tanto toda la gloria y todo el poder divino. Por eso, este Hijo del Hombre puede, como Dios, dar manjar de vida eterna.

Esto explica que aquí, por excepción, no se hable del Padre simplemente, como es lo ordinario, sino de «el Padre el Dios», para indicar cómo la divinidad está sellando al Hijo del Hom-

(1) Hebr. 1,3

bre, de modo que nada hay en El que no lleve la figura y realidad de Dios.

Esto si se entiende «el Dios» como sujeto epíteto del Padre. Mas también podría entenderse como predicado. Y entonces la afirmación de Jesús sería aun más directa: «A este —al Hijo del Hombre— el Padre lo selló Dios», es decir, lo ha hecho Dios, es Dios por comunicación misteriosa eterna del Padre, que al engendrarle le comunica su ser, como sellándole con su propia Realidad. Y el mismo es el Hijo del hombre, que el eternamente engendrado Dios por el Padre, Dios verdadero de Dios verdadero. Les induce así a que le vean, no sólo como Hijo del Hombre, sino también como Hijo eterno Unigénito de Dios.

Y así parece lo entendieron los de Cafarnaúm, pues para creerle le piden un milagro totalmente nuevo y extraordinario, no bastándoles el de la multiplicación de los panes, pues ese también lo hizo Moisés, y de modo superior, y sin embargo no era Hijo Unigénito de Dios, sino puro hombre (1).

Pues bien, les dirá Jesús: Lo que Dios os dio por Moisés enviándoos el maná, es como nada comparado a lo que os ha dado al darme a Mí a vosotros como pan del Cielo: el pan del desierto no evitaba la muerte; el pan que ahora os da, bajado del cielo, da la vida al mundo (2).

Y ese pan que da vida, bajado del cielo, es el mismo Jesús que les está hablando: «Yo soy el pan de vida: el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en Mí no tendrá sed jamás... Esta es la voluntad del Padre que me envió, que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día» (Jn. 6,35.40).

El Hijo del hombre (3) es Hijo de Dios, bajó del cielo, da vida eterna, resucitará a los muertos.

Los oyentes se aferran desesperadamente a su origen humano: nació como todos nosotros, y hasta conocemos a su padre y a su madre: no puede venir del cielo (4).

Mas Jesús insiste: «Todo el que oyó la voz de mi Padre, y la entendió, viene a Mí. Al Padre nadie le ha visto: sólo el que procede del Padre ha visto al Padre... El que cree en Mí tiene la vida eterna» (Jn. 6,45.46.47): el que os está hablando procede del Padre, es el único que ha visto al Padre, y, por ser idéntico con el Padre, comunica vida eterna a quien a El adhiere por la fe.

(1) Jn. 6,30.31
(2) Jn. 6,32.33

(3) Jn. 6,27
(4) Jn. 6,42
Pág. 507

Y sigue: «Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; éste es el pan que desciende del cielo, a fin de que si alguno le comiere, no muera. Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn.6,48-52).

El mismo Jesús que, como hombre verdadero, está hablando con nosotros, ese mismo ha descendido del cielo para dársenos como alimento; el que come ese alimento no morirá; el pan que nos da, es su carne, y esa carne suya es vida del mundo. Ciertamente, no por ser carne humana, sino por ser carne de Dios, porque la persona o sujeto de esa carne es Dios, y al darnos su cuerpo, es Dios mismo —Vida infinita— quien se nos da en ese cuerpo. Un mismo sujeto de la humanidad —verdadero cuerpo—, un mismo sujeto de la divinidad —verdadero Dios, vida eterna nuestra—.

Y aun añade: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Pues mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí, y Yo en él. Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí, él mismo vivirá por Mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el que comieron vuestros padres al comer el maná, y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente» (Jn. 6,54-59).

El mismo Jesús que está con nosotros, tan enteramente humano que tiene verdadera carne y verdadera sangre, que me da como comida y bebida, que por eso es Hijo del hombre, que recibe de mujer esa carne y esa sangre, ese mismo Jesús bajó del cielo, permanece en el Padre, tiene la misma vida del Padre, vive por el Padre —y por eso al dársenos nos da la misma vida eterna e inmortal del Padre que El posee—. Es el Dios verdadero, Vida, Luz, Camino y Hermosura, quien me da su propia carne y sangre, y al así dárseme me une consigo, y así unido a El participo la misma vida del Padre que Él posee.

La eficacia de Jesús es tan superior a la de Moisés como la vida superior a la muerte. Los que comieron el maná *murieron*. El que coma la carne y sangre y de Jesús *no morirá jamás* (1).

(1) 6,59
Pág. 508

La contraposición es tajante: no se trata ya de resurrección futura, sino de que el que coma a Jesús no gustará la muerte: a los ojos del mundo parecerá que muere; pero no morirá: su muerte es mera apariencia: pasa de la muerte a la vida.

En efecto, muchos de los que murieron en el desierto, fallecieron en estado de gracia, y por lo mismo resucitarán con resurrección gloriosa. Mas Jesús dice de todos ellos: «murieron». Del que le recibe, en contraposición, no sólo asegura la resurrección futura, sino que, a diferencia de los del desierto, «no morirá jamás, vivirá eternamente».

Por eso dice: «Yo soy el pan del cielo: vuestros padres comieron el maná en el desierto, y *murieron* —muchos han de resucitar gloriosos, pero *todos murieron*—. Este

es el pan que baja del cielo, para que si alguno comiere de él, *no muera*» (Jn.6,48.49.50). Por consiguiente, todo aquel que cree en Jesús y le recibe, no gustará la muerte: la muerte es para él pura apariencia.

Finalmente, cuando se escandalizan, Jesús profundiza aún más el misterio en El escondido, anunciándoles que le verán volver al cielo: «¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué diréis cuando viereis al Hijo del hombre subiendo a donde estaba antes?» (Jn.6,63): El que, Hijo del Hombre, está hablando con ellos, no sólo existía de toda eternidad en la gloria y seno del Padre, sino que los mismos que le escuchan le verán un día volver a esa gloria.

Jn. 7: En los primeros versículos destaca la humanidad de Jesús: No sube a Jerusalén porque quieren darle muerte; se esconde como si fuera débil; finalmente, sube, aunque en secreto, y empieza, cuando menos lo esperan, a predicar en medio de la fiesta, en el Templo.

Mas, sin tránsito alguno de sujeto o persona, desde el versículo 14, aparece cada vez más destacadamente la Divinidad de Jesús.

Al extrañarse los judíos de que, sin haber estudiado, hable tan bien, les dice: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió» (Jn.7,16).

Sugerencia clara de su Divinidad, como vio San Agustín: su Doctrina es suya, porque Él es el Verbo o Palabra del Padre, y nada más suyo que su Persona; y no es suya, porque Él mismo, como Verbo del Padre, es del Padre, con quien tiene la misma esencia, ser y doctrina, pero recibida.

Por eso les decía: «Me conocéis, y sabéis de dónde vengo; y no vine de mí mismo, sino que es verdadero Aquel que me envió... Yo le conozco, porque *de El soy*, y Él me envió» (Jn.7,29).

Clarísimamente les dice aquí: Conozco al Padre perfectamente; vosotros no lo conocéis —como diría en San Mateo, nadie lo conoce si el Hijo no se lo revela—. Yo Io conozco porque provengo de Él, soy originado de Él: ese es mi origen eterno.

Por eso buscan prenderle (1), porque veían claramente que en realidad se declaraba verdadero Dios. No podrán hasta que llegue su hora, precisamente porque es Dios, y El mismo señalará la hora de su muerte: Por eso les dice: «Todavía estoy un poco tiempo con vosotros; y voy a Aquel que me envió. Me buscaréis entonces, y no me encontraréis; y donde Yo estoy no podéis venir vosotros» (Jn.7,34). *Donde Yo estoy*, en presente: el mismo que está hablando con ellos, está actualmente en el seno del Padre, donde nadie puede ir si el Hijo no Io lleva.

Finalmente: «En el último día de la fiesta estaba Jesús en pie y clamaba diciendo: Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Jn.7,37.38): Jesús, que está hablando con ellos, promete una cosa que sólo Dios puede dar: todas las apetencias del hombre se saciarán si uno va a Jesús: «si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba». —Siendo el hombre hecho para Dios, sólo Dios puede apagar su sed de dicha; si Jesús puede saciarla, es Dios. El mismo que habla con ellos, es Dios: y les invita a ir a Él, que se presenta como hombre, porque encontrarle a Él es encontrar a Dios, y beber de Él a raudales la salvación.

Jn. 8: Hasta el versículo 11 Jesús más bien se presenta como hombre: un profeta y un gran maestro espiritual, que salva a la mujer adúltera de ser apedreada; pero nada más.

Del versículo 12 en adelante se destaca cada vez más la divinidad de Jesús. El mismo Jesús que está entre ellos como hombre manso, humilde y misericordioso —«el que sea inocente, eche la primera piedra»— va desvelándose como Dios.

«De nuevo habló Jesús diciendo: Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue a Mí no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn.8,12). Esas palabras sólo puede decirlas Dios. Jesús que las dice, es Dios.

(1) 7,30
Pág. 510

«Yo sé de donde vine y a donde voy; mas vosotros ignoráis de donde vine y a donde voy. Si yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estamos Yo y el Padre que me envió» (Jn.8,14.16): ese Jesús hombre que habla con ellos, tiene perfecta conciencia de su origen divino, de su término divino, y de que actualmente está siendo una misma cosa con el Padre, en el seno del Padre, que nunca le deja solo.

Por eso dice: «Vosotros sois de aquí abajo; Yo soy de lo alto. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo» (Jn.8,23). Parece que es de este mundo: está entre los hombres, hablando con los hombres; pero ese que habla con boca humana, y hace discursos y razonamientos humanos, ese mismo no es de aquí abajo, es de lo alto y viene de lo alto; no es de este mundo. Mientras todos los demás somos del mundo, Él transciende al mundo, es Dios.

«Dícenle los judíos: y tú ¿quién eres? Díceles Jesús: El Principio, que hablo con vosotros... El que me envió es verdadero, y Yo, lo que oí de Él, esto hablo en el mundo. Y no conocieron que llamaba a Dios su Padre» (Jn.8,25.26.27). Siendo el Principio, es de toda eternidad (1). Como si dijera: Aunque estoy como hombre hablando con vosotros, no soy algo que ha empezado, sino el Principio eterno que ha dado origen a cuanto ha empezado; de toda eternidad contemplo al Padre, soy su imagen viva; y el reflejo y esplendor de El en mí, eso os manifiesto al hablar con vosotros mediante mi humanidad.

Es hijo de la Virgen, hijo del hombre; pero también Hijo del Padre; y para que acaben de darse cuenta añade:

«Yo por mí mismo nada hago, sino que según me enseñó el Padre, así hago; y el que me envió está conmigo y no me deja solo» (Jn.8,28.29). El Padre está con El; y El siempre con el Padre, en su seno —«Felipe, el que me ve a Mí ve a mi Padre... el Padre y Yo somos una misma cosa», dirá más tarde—.

Por la encarnación, la Persona del Verbo no se separa o distancia del Padre: está con nosotros por su humanidad; pero el mismo que está con nosotros por su humanidad, sigue en el seno del Padre como Persona divina. Y todo lo que nos comunica por su Humanidad, y cuanto por ella hace, no lo hace Él como simple hombre: lo hace Dios en El: lo hace el Hijo imitando en todo al Padre, a quien de toda eternidad conoce.

(1) Jn.1,1
Pág. 511

Él es el único que, como Hijo, tiene derecho a permanecer en el seno del Padre para siempre; nosotros somos siervos, y sólo iremos a ese seno del Padre con Él, si el Hijo nos libera de nuestra esclavitud:

En efecto, Él procede del Padre: «Yo procedí del Padre, y de Él vine; pues no vine de mí mismo, sino que Él me envió» (Jn.8,42). Procede del Padre: generación eterna del Verbo como Hijo; y siendo eterno, no viene a este mundo para estar con nosotros por sí mismo o de propia iniciativa, sino porque el Padre le pidió que viniera.

La discusión se va agriando, y Jesús les dice: «En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte» (Jn.8,51).

Es el poder omnímodo de Jesús sobre la vida. No se trata de que el tal muera y resucite en el último día, sino que simplemente se afirma que no gustará la muerte. Así lo entendieron los judíos, sin que Jesús los desmintiera, y así se deduce de cuanto sigue:

Dícenle los judíos: «Ahora conocemos que tienes el demonio. Abraham murió, y también murieron los profetas, y tú dices: Si alguno guardare mis palabras no gustará jamás la muerte. ¿Es que eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Y los profetas también murieron. ¿A quién te igualas tú?» (Jn.8,52.53). Quienes así le responden creen en la resurrección futura: saben que Abraham murió, pero resucitará. Lo que les extraña de Jesús es que diga que el que guarda su palabra jamás morirá.

Jesús, en su respuesta, no sólo no rectifica nada, sino que les dice no deben extrañarse, pues es superior a Abraham: «Abraham vuestro padre exultó de gozo ansiando ver este día mío: viólo y se regocijó» (Jn.8,56). Y finalmente termina diciéndoles: «Antes de que Abraham fuera creado, Yo soy» (Jn.8,58): Yo soy, en un presente eterno: antes de Abraham, antes de toda creatura —«todas las cosas fueron hechas por Él» (Jn. 1,3)—.

No dice: Antes de que Abraham fuera creado *Yo era*, sino *Yo soy*, porque el aspecto en que afirma esa existencia suya eterna es el aspecto divino, y la existencia divina no tiene ni antes ni después, no admite connotación alguna temporal: es un *Ahora* actual, siempre inmutable y sin sucesión.

Se declara, pues, Dios: el mismo que está hablando con voso-

tros, Hijo del hombre, nacido de la Virgen, es Dios verdadero. A la vez Hijo de Dios, eternamente engendrado del Padre, y el mismo a la vez Hijo del hombre, engendrado en el tiempo según su humanidad por la Virgen María. El mismo es el que habla como hombre entre los hombres, y el mismo el que de toda eternidad existe como Dios.

No hay dos Jesús, no hay dos Señores: un solo Jesús, un solo Señor: con diversidad de naturalezas, con diferencia de operaciones. Un solo Jesús, un solo Señor, con dos generaciones o nacimientos: una eterna en el seno del Padre, otra temporal en el seno de la Virgen María.

Tan bien entendieron los judíos que se proclamaba Dios, que intentaron lapidarle como a blasfemo; mas Jesús desapareció de su vista, y salió del templo (1).

Jo. 9: En toda la escena de la curación del ciego de nacimiento, así como en las discusiones que se siguen en la sinagoga, Jesús aparece como hombre; el mismo ciego Io cree simplemente un profeta (2).

Expulsado el ciego de la Sinagoga, Jesús se le hace encontradizo: «Oyó Jesús que le habían echado de la Sinagoga, y habiéndole encontrado, díjole: ¿Tú crees en el Hijo de Dios? Respondióle el ciego y díjole: ¿Quién es, Señor, para que crea en El? Y díjole Jesús: Ya le viste, y es Este mismo que está hablando contigo. Y díjole el ciego: Creo, Señor. Y postrándose en tierra le adoró» (Jn. 9,35-38).

Jesús induce al ciego, que sólo le creía profeta, a que le crea Hijo de Dios, Dios de Dios de toda eternidad engendrado. Y el ciego cree, y le adora como a Dios.

Para creer que era un hombre con poder de hacer milagros, y profeta, no necesitaba de las palabras de Jesús: ya lo había visto antes, y como a tal lo defendió ante la Sinagoga, ocasionándole la expulsión. Pero ahora cree el ciego algo muy distinto: «Creo Señor», a saber, creo que eres de verdad el Hijo de Dios, no un profeta, no un enviado, no un hombre extraordinario, como hasta ahora pensaba. Y en prueba de que cree que es Hijo de Dios, se postra en tierra y le adora, cosa sólo a Dios debida.

Al que habla con él, al que tiene a su lado, al que palpa, al que ve, cuyas palabras oye, a ese mismo adora como a Hijo de

(1) Jn. 8,59
(2) Jn. 9,17

Dios y Dios verdadero. Naturalezas distintas, operaciones distintas: un solo Yo, un solo Sujeto, una sola Persona. Quien adora a Jesús en su humanidad, adora a Dios, porque es a Jesús, a la Persona, a quien adora.

Y Jesús no rectifica al ciego su adoración. Al contrario, la aprueba cuando sigue diciendo: «Yo vine a este mundo para ejercer juicio: a fin de que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos» (Jn.9,39). Compárese esta actitud de Jesús con el horror de Pablo y Bernabé cuando quisieron adorarles (1).

Jn. 10: En toda la alegoría del Buen Pastor se mezcla continuamente el aspecto humano de Jesús y el aspecto divino. Pero de tal modo se mezclan que, pasándose de unas operaciones a otras, el sujeto es siempre el mismo, siempre el mismo Jesús que las hace.

Jesús es el Pastor, es la Puerta (2), que viene a dar la vida por sus ovejas (3), para darles la vida (4).

Pero el que se describe a sí mismo como Pastor humano —que hasta *muere* por defender a sus ovejas, cosa que sólo como hombre era posible—, es verdadero Dios, y de ahí deriva la eficacia de su cuidado. Esa divinidad la va induciendo gradualmente:

Primero: tiene la misma perfección de conocimiento que el Padre: «igual que me conoce el Padre, así Yo conozco al Padre» (Jn.10,15).

Segundo, tiene absoluto dominio sobre la vida: es la Vida misma: «Por eso me ama el Padre, porque Yo doy la vida por mis ovejas. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mí mismo; y tengo potestad de dar mi vida, y tengo potestad de tomarla de nuevo» (Jn.10,17.18).

Ningún hombre tiene potestad ni de dar su vida, ni de tomarla: puede quizá dar su vida, por abuso, suicidándose; pero en modo alguno tiene potestad para tomarla de nuevo: no es autor de la vida. Si Jesús tiene potestad no sólo para dar su vida, sino para tomarla de nuevo, es que es Autor de la Vida. Este que habla con vosotros es la Vida. Y por ser Él la Vida, tiene poder, no sólo para restituírsela a sí mismo una vez la ha entregado por nosotros, sino también para dar vida, y vida eterna, a todas sus ovejas.

(1) Hech. 14,11-17
(2) 10,7.11
(3) 10,11
(4) 10,9

Tercero, Jesús es una misma cosa y realidad con su Padre: y como es suyo el ser del Padre, así es suyo también el poder del Padre, el poder y ser de Dios: «Yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano, pues el Padre que me las dio es mayor que todos. Yo y el Padre somos *uno*, o *una misma* cosa» (Jn.10,28-30).

Ser, y poder de absoluta eficacia, los recibe Jesús del Padre, por generación eterna que le hace Hijo de Dios; pero ese ser y poder del Padre, aunque recibidos por generación eterna del Padre, son de verdad propios de Jesús, como es propio del Hijo el ser del hijo, aunque del padre lo haya recibido. El ser divino y el poder divino son propios de Jesús, aunque del Padre los reciba. Jesús es Dios: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero (1).

Y tan bien entendieron los judíos que el Jesús que con ellos hablaba se proclamaba Dios, que cogen piedras para lapidarle como a blasfemo (2), y dan el motivo: «Te lapidamos por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios» (Jn. 10,33).

Esta formulación de los judíos no podía ser más perfecta. Efectivamente, eso es lo que decía Jesús: Yo, que soy hombre, Yo soy Dios: porque el mismo es sujeto de la humanidad, y el mismo de la divinidad. La misma Persona divina, segunda de la Trinidad, Hijo del Padre, es Dios verdadero por engendrado del Padre de toda eternidad, y es hombre verdadero por engendrado de la Virgen María en el tiempo.

No hay dos Jesús, no dos Señores, sino un solo Jesús, un solo Señor, verdadero hombre y verdadero Dios. No necesita hacerse Dios: es Dios de toda eternidad; y al hacerse hombre tomando humanidad, no por eso deja de ser Dios.

Por eso les insiste: «Creed al menos a mis obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y que Yo estoy en el Padre» (Jn. 10,38).

Es como una donación recíproca e inseparable, es la circuminsesión propia que tiene lugar en la Trinidad Beatísima.

Jn. 11: Quizá es este uno de los capítulos de San Juan en que Jesús aparece más humano: se conmueve, llora, sufre por su amigo Lázaro. Mas al mismo tiempo se destaca la Divinidad de ese sujeto que se conmueve y llora.

(1) Credo de la Misa)
(2) Jn.10,31

En Jn.11,3.4, al recibir el recado de las hermanas de Lázaro: «Señor; aquél a quien tú amas está enfermo», Jesús dice a sus apóstoles: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que sea glorificado el Hijo de Dios por ella». Se presenta ahí Jesús a sus apóstoles, no como Hijo del hombre, sino como Hijo de Dios, porque en esa resurrección quiere que aparezca cómo es Hijo del Eterno Padre.

Llega Jesús a Betania, y habla con Marta, y en su conversación con ella nuevamente destaca la afirmación de su Divinidad. El mismo Jesús que como amigo humano habla con ella, presentándosele como hombre y en su humanidad, ese mismo le dice: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque hubiere muerto vivirá» (Jn. 11,25). Todos los justos que precedieron su venida, los patriarcas, los profetas, murieron. Pero al

morir creyendo en El, serán resucitados y vivirán. Y aun antes de la resurrección de sus cuerpos vivirán ya la vida eterna divina al ascender Jesús a los cielos y llevar consigo sus almas.

Y añade: «Y todo el que vive —viniendo a existencia después de mi venida— y cree en Mí, no morirá jamás» (Jn. 11,26), porque la muerte no será para éstos verdadera muerte, sino tránsito de este ambiente vital en que ahora nos movemos al ambiente verdadero de la vida eterna, al seno de Dios.

Pero esa función de dar la vida eterna a cuantos creen en Él no es propia del hombre: es propia de Dios. Y el mismo sujeto que como hombre y amigo habla con Marta, Ese mismo tiene poder de dar la vida eterna: es Dios.

Mas ese mismo Jesús que, por ser Dios, «es la resurrección y la vida», es y se comporta como verdadero hombre que llora al ver la aflicción de María y Marta; suspira, se agita en su espíritu, se turba, derrama lágrimas (1): El mismo Jesús que llora; el mismo Jesús que da la vida eterna.

Y para que esa manifestación arrolladora de todas las pasiones y sentimientos humanos no nos haga olvidar que también es Dios, Jesús vuelve a inculcar su Divinidad en la súplica que hace al Padre: «Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo ya sabía que tú siempre me oyes. Pero lo he dicho a causa del pueblo que me rodea, para que crean que tú me enviaste» (Jn. 11,41.42).

Ese Jesús que va a obrar la resurrección de Lázaro, ese Jesús que acaba de llorar, está consciente de que el Padre siempre le

(1) Jn. 11,33 ss.

oye, de que el poder del Padre es su mismo poder. Si hace la petición es únicamente para que sirva de testimonio a los que le rodean, para que crean que el Padre lo ha enviado, no porque Él necesite hacerla.

Jn. 12: Algunos gentiles piden a Felipe y Andrés que les lleven a Jesús; y Jesús díceles: «Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que a no ser que el grano de trigo cayendo en tierra muriere, él solo permanece; mas si muriere, da mucho fruto» (Jn. 12,23-25). Jesús ha de ser glorificado como Hijo del hombre, es decir, en su humanidad —a través de su pasión y muerte, cual el grano de trigo que muere—; mas como Hijo de Dios, el sujeto de esa humanidad, Jesús, tiene ya gloria eterna desde siempre.

Este doble aspecto de su gloria que aquí se sugiere, viene luego más explicitado por la plegaria de Jesús: «Ahora mi alma está turbada. ...Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto vine a esta hora: Padre, glorifica tu nombre. Y vino una voz del cielo: Glorifiqué, y nuevamente glorificaré» (Jn. 12,27.28).

El alma de Jesús es humana: por eso se turba al enfrentarse a la pasión: pide, como hombre, ser liberado de la hora de esa pasión. Y sabe que va a esa pasión precisamente para eso: para ser liberado, para que sea glorificado el nombre del Padre glorificando la humanidad de su Hijo a través de esa pasión, y dándole el triunfo sobre la muerte y corrupción. La liberación del Hijo es gloria del Padre. Mas la voz del Padre habla de dos glorificaciones de su nombre en la comunicación a su Hijo: Una eterna, al engendrarle de

su propia substancia —«glorifiqué»—; otra futura en la transfiguración de la humanidad que su Hijo asumiera en el tiempo —«y glorificaré»—.

Y es una y misma la gloria del Padre y la del Hijo. Por eso añade: «El que cree en mí, no cree en Mí, sino en Aquel que me envió. Y el que me ve a Mí, ve al que me envió» (Jn.12,44). El que cree en ese hombre que me está hablando, no cree en un hombre, sino en Dios, pues el sujeto de esa humanidad es Dios; y el que ve a Jesús, siendo éste Dios, ve al Padre, porque Jesús es Dios, idéntico en la Divinidad con su Padre.

Más tarde Io explicaría Jesús a Felipe, que le pedía le mostrara al Padre: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros, y aun no me

conocisteis? Felipe, quien me ve a Mí, ve también al Padre. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí?» (Jn. 14,9.10).

Cuando veo la cara de uno y hablo a sus oídos, veo a su persona, y hablo con su persona. Cuando veo a Cristo y le toco a través de su humanidad, es al sujeto y persona de esa humanidad a quien contemplo y toco, y ese sujeto-persona es el mismo Verbo divino. Y el que ve al Verbo divino, que es la imagen del Padre, ve en El al Padre, porque Él y el Padre «son una misma cosa» (Jn. 10,30).

Jn. 13-16: Comienza el Discurso de la Cena, en el que se entrevera de continuo el doble aspecto del mismo Jesús, divino y humano.

El humano en sus sentimientos de amistad hacia sus discípulos, y en su entrega verdadera a la muerte. El divino, porque ese Jesús hombre que habla como hombre y con voz humana con sus apóstoles, se les está declarando continuamente Dios. Entresacaremos sólo algunos testimonios.

«Sabiendo (Jesús) que todas las cosas puso el Padre en sus manos, y que de Dios salió y a Dios va, se levanta de la cena, se pone sus vestidos, y se ciñe con una toalla» (Jn. 13,3.4).

No hay ignorancias en Jesús: conocimiento perfecto de su existencia eterna —de Dios salió—, de su existencia humana en la que va a ser glorificado —a Dios va—, de la misión que en esa humanidad ha de llevar a cabo en el mundo, de que es a la vez Dios verdadero y hombre verdadero, de que el poder omnímodo del Padre sobre todas las cosas es también poder suyo.

Jn. 13,13: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor. Y bien decís, pues lo soy».

Contra lo que algunos hoy impudentemente propalan de que Jesús sólo empezó a llamarse Maestro y Señor —sobre todo: Señor—, tras su resurrección de entre los muertos, obsérvese cómo los apóstoles, cuando con El todavía mortal convivían, le llamaban de modo ordinario «Maestro y Señor», y que Jesús aprobaba y admitía ese nombre como verdadero: Él es el Señor, y no hay otro Señor fuera de Él, como tampoco hay Maestro fuera de Él (1). Como Señor, le ha sido dado por el Padre dominio absoluto sobre todas las cosas. «Todas las cosas

(1) cf. Mt. 23,8.10

dio el Padre en sus manos» (Jn. 13,3); y como Señor se siente el mismo Jesús con relación a los hombres (1).

Ese señorío absoluto no se explica por sola la naturaleza humana: El que habla con ellos, el que conversa con ellos, a quien tocan y ven, es el Señor, porque quien es el señor no es la naturaleza, sino la Persona, el sujeto. Y el sujeto es divino.

En Jn. 13,31 ss., Jesús nos habla de su glorificación: «Dijo Jesús: ahora ha sido clarificado el Hijo del Hombre, y Dios será clarificado en El. Si Dios fue clarificado en El, también Dios lo clarificará en sí mismo: e inmediatamente lo clarificará» (Jn. 13,31.32).

Es curioso como dice: «Ahora es clarificado el Hijo del hombre»: en cuanto Hijo de Dios, su gloria es eterna e inmutable; en cuanto Hijo del Hombre, ese mismo que tiene gloria eterna, ha de llegar a tener el resplandor de esa gloria eterna en su misma humanidad, cosa que se obtendrá después de su pasión —«e inmediatamente Io clarificará»—. Y precisamente porque el Hijo del hombre es Dios, su glorificación como hijo del hombre es verdaderamente glorificación de Dios (2).

Es así el mismo el que tiene ya gloria eterna por ser Hijo de Dios, que el que va a adquirir la participación de esa gloria eterna en su humanidad, por ser Hijo del hombre, engendrado de la Virgen.

En Jn. 14, todo nos habla de cómo ese sujeto que, como hombre, conversa con los apóstoles, es verdadero Dios.

«No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en Mí» (Jn. 14,1). Como vio San Agustín, sería inconsecuente creyeran en Jesús si El no fuera Dios: igual que creéis en Dios, igual debéis creer en Mí, porque Yo soy Dios.

A continuación (3) se van haciendo una serie de precisiones que confirman su divinidad.

Este Jesús que habla con los apóstoles es el que les va a preparar el cielo, para llevarlos luego a su morada, a la morada de donde Él ha venido —el seno del Padre—, y de la que, como Hijo del Padre, dispone como de propia (Jn. 14,2.3).

Ese mismo Jesús que habla con ellos, es el Camino, la Verdad y la Vida, que les llevará al Padre (Jn. 14,6).

El que conoce a ese Jesús, conoce al Padre; el que le ve,

(1) Cf. Mt. 10,24.25; Jo. 13, 16; 15,20
(2) Jn. 13,31.32
(3) Jn. 14,2-11

ve al Padre (1), hasta el punto de que dice a Felipe: «¿Tanto tiempo llevo con vosotros, y aún no me conocéis? Felipe, el que me ve a Mí, ve a mi Padre, porque el Padre está en mí, y Yo estoy en el Padre» (Jn. 14,9-11): por eso es imposible tener contacto con Jesús sin tenerlo con el Padre. «Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de mí mismo: es el Padre que está en Mí, el que hace todas mis obras y habla mis palabras» (Jn. 14,10): todo lo del Padre y del Hijo es común; nada tiene el Hijo que no reciba del Padre, ni siquiera sus palabras. Cristo, un solo sujeto divino con operaciones humanas y divinas, y por eso «el que me ve a Mí ve a mi Padre».

El misterio de Cristo es tal que sólo en el cielo lo conoceremos y entenderemos: «Entonces —cuando estéis en el cielo—, conoceréis que Yo estoy en el Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros» (Jn. 14,20).

Hasta que llegue esa hora de la luz de la gloria, hemos de contentarnos con creer a la luz de la fe.

«La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn. 14,24), porque «mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió» (Jn. 7,16), según comentamos más arriba siguiendo a San Agustín.

Jesús está consciente de que todo lo que dice, lo dice porque el Padre se lo está revelando y diciendo: Como Persona divina, Él contempla al Padre; y esa Persona divina nos habla por su naturaleza humana las palabras que Él recibe del Padre.

Jn. 15: «El que me odia a Mí, odia a mi Padre» (Jn. 15,23): es lo mismo odiar a Cristo que odiar al Padre, porque el que odia a Cristo odia a una Persona divina, al Hijo de Dios idéntico con el Padre en el ser: no se puede odiar el ser de Jesús sin odiar el ser del Padre.

Jn. 16: «Ahora me voy a Aquel que me envió» (Jn. 16,5): Jesús tiene conciencia perfecta de dónde vino y a dónde va.

En Jn. 16,15: «Todo lo que tiene el Padre es mío —o: todas las cosas que tiene el Padre son mías—. Por eso os dije que (el Espíritu Santo) recibirá de lo mío y os lo anunciará». Ahí aparece la identidad total de esencia, de posesión, de ser, entre el Padre y el Hijo, hasta el punto de que por el hecho de proceder el Espíritu Santo del Padre (2), y recibir del Padre su ser, necesariamente procede también del Hijo, y de El recibe su

(1) Jn. 14,7
(2) Jn. 15,26

ser. Y ese mismo Cristo que tiene tal identidad de esencia con el Padre, es el que les está hablando a ellos como hombre y prometiendo enviarles al Espíritu Santo.

En Jn. 16,27.28: «Pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis y creísteis que Yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: de nuevo dejo el mundo y voy al Padre»: Jesús siente y sabe —y así lo hace creer a sus discípulos— que Él, que vive entre los hombres y va a morir, es el mismo que está de toda eternidad en el seno del Padre, de donde al hacerse hombre vino al mundo, y a donde volverá muy pronto con su humanidad.

Y no por haber venido al mundo, como saliendo del Padre por razón de su humanidad, deja de estar en el seno del Padre por razón de su Divinidad. Por eso les dice: «He aquí que llega la hora, y ya llegó, en que seréis dispersados cada uno por su camino, y me abandonaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn. 16,32).

No olvidemos nunca que precisamente el Hijo de Dios, ese Jesús único, que va a padecer y morir, aun en medio de su pasión y muerte está en el seno del Padre.

Nunca puede estar separado del Padre, abandonado, solo, porque como Dios tiene el mismo ser con el Padre, y es la Persona la que sufre en la naturaleza, no es la naturaleza el sujeto del sufrimiento. Y jamás la Persona divina de Cristo deja de estar unida a su humanidad, de considerarla y saberla suya.

Jn. 17: En el capítulo 17 tenemos la oración sacerdotal de Jesús: toda ella respira la eternidad y divinidad de Jesús, que como verdadero hombre va a sufrir y morir. Baste aducir algunos fragmentos.

Jn. 17,5: «Y ahora, clarifícame Tú, Padre, junto a Ti, con la gloria o claridad que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera».

El mismo sujeto, que se siente humillado y como oscurecido en su pasión por razón de su humanidad asumida, ese mismo sujeto tiene conciencia de que su gloria es eterna, de que existe antes de que el mundo fuera hecho, y antes de que el mundo existiera es Él ya la gloria del Padre.

Jn. 17,8: «Las palabras que me diste, Yo se las di a ellos, y ellos las recibieron, y conocieron en verdad que de Ti salí, y

creyeron que Tú me enviaste»: Ese Jesús que está hablando en oración ante sus discípulos, es el mismo que recibe las palabras del Padre y se las comunica, es el mismo que salió del Padre; y los apóstoles han creído que salió del Padre y por Él fue enviado al mundo.

Jo. 17,10: «Todas mis cosas son tuyas, y todas las tuyas mías»: no podía decir más claramente que ese Jesús que habla con los apóstoles tiene en posesión todas las riquezas del Padre, que todo es común entre Padre e Hijo: mas no podría ser así si Jesús no fuera Dios, si la misma Divinidad no fuera común al Padre y al Hijo.

El mismo Jesús que como hombre habla con sus apóstoles, es una misma cosa con el Padre, y lo es naturalmente, en virtud de su Divinidad: dos naturalezas —divina y humana— en un mismo sujeto, sin confusión entre ellas, pero también sin división ni separación —*inconfuse, indivise, inseparabiliter*, cual definiera el Concilio Calcedonense.

Por eso, al incorporarse los apóstoles a la humanidad de Cristo, creyendo y adhiriendo a la Persona a la que esa Humanidad pertenece, se unen, mediante esa Humanidad, a la misma unidad trinitaria que hay entre el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Así hace a sus discípulos partícipes de su misma claridad y gloria eterna.

Participación que de modo absoluto, y por tanto eficaz, pide al Padre: «Padre, quiero que estén conmigo los que me diste, allí donde Yo estoy» (Jn. 17,24). No dice «donde Yo estaré» —tras la ascensión a los cielos—, sino «donde Yo estoy», en presente, *ya ahora*, porque la Persona, el sujeto que está hablando, aunque como hombre esté entre sus discípulos, como Persona y sujeto divino está ya de presente en el seno del Padre —«yacía en el pesebre y fulgía en los cielos», nos dice de Él la Liturgia—.

«Y vean la gloria que Tú me diste, porque me amaste antes de la constitución del mundo» (Jn. 17,24). La generación de Jesús, su existencia personal, es eterna: antes de la constitución del mundo —antes de todo tiempo, que con el mundo empieza—, ya es amado infinitamente por el Padre que le ha engendrado. Y está pidiendo al Padre haga a cuantos crean en Él partícipes de su gloria, y del amor con que Él ha sido eternamente amado:

«Para que el amor con que me amaste a Mí esté en ellos, y Yo también esté en ellos» (Jn. 17,26).

Amor eterno: amor «con que me *amaste*». El mismo que está hablando con sus apóstoles, que como hombre ha empezado en el tiempo, ese mismo que ellos ven, ha sido amado de toda eternidad, y de toda eternidad ha existido. La misma Persona con dos aspectos, inconfundibles, indivisibles, inseparables: uno divino y otro humano.

Y el amor eterno con que es amado lo extiende en su amor redentor a cuantos en Él creen. Por eso dice Dios al alma: «Con un amor eterno Yo te he amado: por eso misericordioso te atraje a Mí» (Jer. 31,3).

Jn. 18 y 19: Los capítulos 18 y 19 los dedica San Juan a la descripción de la Pasión y muerte de Cristo. En esa pasión como se esconde la Divinidad, manifestándose al mínimo, por el ansia que Jesús tiene de sufrir por nosotros y así manifestamos su infinito amor.

Con todo San Juan inicia la narración con un detalle que muestra como toda la pasión de Cristo es efecto de su voluntad divina omnipotente. Jesús da su vida *porque quiere*, no porque nadie se la arrebate: nadie tiene poder sobre ella. Sólo el mismo Jesús tiene poder de darla, y tiene poder para de nuevo tomarla, como El mismo había dicho al describírsenos como Buen Pastor (Jn. 10,17.18).

Por eso, cuando Jesús pregunta a los que van a prenderle: «¿A quién buscáis?» (Jn. 18,4), respondiéndole ellos: «a Jesús Nazareno», díceles Jesús: «Yo soy» (Jn. 18,5). E inmediatamente que les dice «Yo soy», retrocedieron todos, y cayeron en tierra (Jn. 18,6).

Quiere así Jesús mostrar todo su poder divino; quiere certificarnos de que va a morir porque quiere; que tiene medios sobrados para defenderse por sí mismo, pero que El voluntariamente quiere dar la vida por sus ovejas.

Jn. 20: Terminemos con la confesión de fe de Santo Tomás, después de la resurrección (Jn. 20,28), que es como el broche de oro que cierra el evangelio de San Juan y condensa toda su intención al escribirlo.
Pág. 523

Tomás, que estaba ausente de la aparición de Jesús a los apóstoles, al enterarse, hace una profesión casi diría brutal de su fe en la realidad de la humanidad de Cristo, pero no pasa de ahí: «Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y no metiere mis dedos en el lugar de los clavos, y no introdujere mi mano en su costado, no creeré» (Jn. 20,25).

«Y a los ocho días —al domingo siguiente—, vuelve a aparecerse Jesús en medio de los apóstoles, y ya estaba Tomás con ellos. Y dícele Jesús: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y extiende tu mano, e introdúcela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn. 20,27).

«Respondió Tomás y díjole: Señor mío, y Dios mío» (Jn. 20,28). Profesión explícita de fe en Tomás. No sólo reconoce a Jesús como «Señor mío» —así le llamaban ya ordinariamente, según vimos, durante su vida mortal—, sino que le confiesa también paladinamente como «Mi Dios»: Este es «El Señor mío y el Dios mío».

Y Jesús no condena como errónea su fe, antes explícitamente la aprueba, lamentando sólo que haya tardado tanto para formularla: «Porque me viste, Tomás, creíste. Dichosos los que no vieron y creyeron» (Jn. 20,29).

Tomás creyó. Se cree lo que no se ve. Y él creyó también lo que no vio. Vio a Jesús resucitado en su humanidad gloriosa: y creyó que era Dios. Y Jesús aprueba esa creencia de Tomás: Ese mismo que ves resucitado ante ti, ese mismo que te ofrece sus manos para que metas en ellas tus dedos; ese mismo que te presenta su costado para que introduzcas tu mano en la herida, ese mismo es Dios: «Mi Señor y mi Dios».

El mismo que murió, el mismo que resucitó, ese mismo es Dios verdadero. Un solo Jesús y único, que muere en su naturaleza humana, resucita en su naturaleza humana, y tiene a la vez naturaleza divina.

Por eso San Juan termina este capítulo —y con él originariamente también su evangelio, pues el capítulo que sigue es como apéndice—, diciéndonos: «Todo esto se ha escrito para que creáis que Jesús es Cristo Hijo de Dios: y para que creyendo, tengáis vida eterna en su nombre» (Jn. 20,31).

Jesucristo se presenta entre nosotros como Hijo del hombre, Hijo de la Virgen María, nacido de estirpe humana. Todo cuanto

escribe San Juan mira a una cosa: que creamos que ese Jesús, Hijo del hombre, ese mismo, es verdaderamente Hijo de Dios, Dios verdadero —«Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero»—, y así creyendo, tengamos la vida eterna.

Con lo que nos manifiesta y declara sernos imposible alcanzar la vida eterna si no llegamos a esa fe en la Unidad de Cristo en dos naturalezas.

El Hijo del hombre y el Hijo de Dios es un solo Cristo. Y ese Cristo Jesús es «Mi Señor y Mi Dios».

ÍNDICE

Prólogo 5

LIBRO PRIMERO

MATERNIDAD DE MARÍA

CAP. I MADRE DE DIOS 11

1. La unidad de Cristo y la Maternidad divina de María 11
2. La Maternidad divina de María en el Nuevo Testamento 12
3. La Maternidad divina de María y la fe de la Iglesia 14
4. La Maternidad divina y los dos nacimientos de Cristo 16
5. La Maternidad divina de María y la fe del pueblo cristiano 18
6. La Maternidad divina de María, camino y llave infalible para conocer a Cristo 20

CAP. II. ALCANCE DE LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA 24

1. El término de la Maternidad divina de María: la Persona del Verbo Preexistente 25
2. La preexistencia del término personal en nada mengua la acción maternal y generadora de María 27
3. Lo que la Virgen aporta a la Persona del Verbo al engendrarlo 29
4. La perfección casi infinita de la maternidad divina 31
5. La actividad materna de María: su totalidad y exclusividad 32

6. La acción divina en la naturaleza humana que María transmite a Cristo 33
7. María es más plena, verdadera y propiamente Madre de Dios de lo que cualquier mujer es madre de su hijo
8. Agradecimiento y amor del Verbo Encarnado a su Madre 37

CAP. III. MADRE NUESTRA 38

1. La fe del pueblo cristiano 38
2. La fe del pueblo demuestra ser verdaderamente revelado que María es nuestra Madre 40
3. La maternidad universal de María enseñada por los Santos Padres 42
4. Síntesis o resumen de la enseñanza de Padres y Doctores 48
5. La Maternidad universal de María en la Escritura Sagrada 49
6. Orden con que se nos desvela el misterio de María 53
7. La Maternidad universal de María en el Magisterio eclesiástico 55

CAP. IV. EXTENSIÓN Y AMPLITUD DE LA MATERNIDAD

ESPIRITUAL DE MARÍA 64

1. Planteamiento de la cuestión 64
2. Maternidad en sentido propio y en sentido metafórico 66
3. Doble término posible de la Maternidad de María en sentido propio: Hombres y Ángeles 68
4. María es vocacionalmente Madre de todos los hombres, en cuanto a todos y a cada uno se ofrece para transmitirle el ser sobrenatural, si ellos libremente la aceptan como Madre, y por Ella se dejan engendrar 69
5. María es real y actualmente Madre sólo de aquellos hombres que alguna vez se dejaron, dejan, o dejarán incorporar al Cuerpo Místico de Cristo como miembros suyos por la aceptación de la gracia santificante 73
6. Se corrobora esta limitación de la Maternidad de María por el Misterio Eucarístico 76
7. Se confirma esta limitación por otras tres vías 79
8. La simiente de la Mujer y la simiente de la serpiente 81

CAP. V. LA SALVACIÓN DE LOS HIJOS DE MARÍA 83

1. Sólo el rompimiento libre, total y definitivo con nuestra madre, renunciando con libertad irrevocable al ser sobrenatural de ella recibido y aceptado destruye nuestra filiación mariana 83
2. Se ilustra lo dicho con la filiación natural: María verdaderísima Madre de los pecadores, por reincidentes que sean 85
3. Dos modos de romper con la Madre y separarse de Ella 87
4. El rompimiento con María nuestra Madre sin muerte o extinción total de nuestro amor a Ella: sus dolores maternos acabarán por reavivar nuestro amor, atrayéndonos de nuevo a Ella 89
5. El rompimiento con María nuestra Madre con muerte o extinción total del amor: los dolores de María, si no los usamos para reencender el amor extinguido, servirán sólo para hacer inexcusable nuestra condenación, cesando con esta nuestra filiación y su dolor de Madre 90
6. Amor especialísimo de María a los elegidos: su Maternidad eterna con relación a ellos 92
7. María en el misterio de la predestinación de sus hijos: Ovejas y lobos; hijos de la Mujer e hijos de la serpiente 93
8. Fallo básico que aqueja a quienes, pareciendo ser hijos de la Mujer, acaban manifestándose definitivamente simiente de la serpiente 97
9. La fe sobrenatural imperfecta e incipiente de los hijos de María, y el amor que ha de desarrollarla hasta transformarla en Luz de gloria. 100
10. Se ilustra lo dicho como el ejemplo de los apóstoles 104
11. Maravillosa labor de captación de María Madre con ovejas y lobos 106
12. el cariño y devoción a nuestra madre, prenda y garantía de salvación
13. Modo de asegurar la salvación de los que amamos: hacerlos cuanto antes hijos de María por el bautismo y sembrar tempranamente en ellos el amor y devoción a su Madre 110
14. El vaso de barro y el primer licor que se echa en él 112

15. Súplica a los padres cristianos 115
Pág. 529

CAP. VI MARÍA, MADRE DE TODA LA IGLESIA 117

1. María, verdadera Madre de los ángeles 117
2. Diferencias notables de matiz entre la Maternidad de maría con relación a los ángeles y su Maternidad con relación a nosotros 120
3. La proclamación insistente de María como Madre de la Iglesia, signo claro de los tiempos en que estamos: la debilidad colectiva actual de la Iglesia militante la hace sentir más vivamente que nunca cuanto necesita de su Madre. 121

LIBRO SEGUNDO
MADRE VIRGEN

CAP. I. MARÍA SIEMPRE VIRGEN EN LA FE DE LA IGLESIA 129

1. María, Madre siempre Virgen 130
2. Virgen antes del parto 131
3. Virgen en el parto 132
4. Virgen perpetua después del parto 133
5. María Virgen perpetua antes del parto, en el parto y después del parto 134
6. La fe de la iglesia en la Virginidad de María, vivida en la oración litúrgica 136
7. La fe de los santos padres en la virginidad perpetua de maría: antes del parto, en el parto y después del parto 140

CAP. II. LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA EN LA ESCRITURA 142

1. Virgen antes del parto 142
2. Virgen en el parto 149
3. Virgen perpetua después del parto 155
4. Primera objeción a la Virginidad perpetua de María 158
5. Segunda objeción a la Virginidad perpetua de María 160
6. Tercera objeción a la Virginidad perpetua de María: los hermanos de Jesús 160
7. Al entregar su Madre a Juan nos declara Jesús solemnemente su Virginidad Perpetua 169
8. María es también Madre nuestra virginal
171
Pág. 530

9. María nos engendra y da a luz virginalmente como hijos suyos e hijos de Dios 173

CAP. III. GRANDEZA Y PERFECCIÓN DE LA MATERNIDAD VIRGINAL 176

1. Misterio y grandeza de la maternidad divina virginal 177

2. La maternidad virginal de María supera toda maternidad creada, rozando los mismos límites de la fecundidad divina 185
3. La fecundidad virginal de María radica formalmente en el acto libre de su

voluntad: la división cuantitativa caso de darse, es mera consecuencia material del acto virginal de su voluntad. 187
4. Jesús recibe y hereda de María todo lo humano, lo que la convierte en más Madre que toma madre humana. 189
5. En María alcanza la naturaleza humana su perfección ideal, cual Dios la quiso para que pasara a ser naturaleza de su Hijo. 191
6. La perfección positiva inconcebible de María 195
7. María es la explicación del Corazón de Jesús, haciéndonoslo inteligible 198
8. Conformidad de sentimientos entre María y el Corazón de su Hijo: María compañera, aliada, amiga y reparadora del Corazón de Jesús 200
9. Comunión íntima y sintonía perfecta entre los Corazones de María y su Hijo 203
10. Comunicación exigida por la misma dignidad y naturaleza de la maternidad de María 206
11. Se insinúa el modo connatural de esa comunicación perfectísima 207
12. Se ilustra la comunicación entre María y su Hijo por el modo de comunicación entre los hombres 212
13. Causas que limitan la comunicación natural entre los hombres: el egoísmo y la falta de semejanza 215
14. Contribución del amor y de la semejanza a la comunicación 219
15. La plena y total semejanza de naturaleza y el amor perfecto y exhaustivo, raíz de la comunicación y sintonía inefable entre María y su Hijo 225
16. María, la Amante y la Amada del Corazón de Jesús 236

CAP. IV. LA CUASI-IDENTIDAD DE LA NATURALEZA Y SER DE MARIA CON LA NATURALEZA HUMANA DE CRISTO 230

1. ¿Identidad o cuasi-identidad? 230
2. La cuasi-identidad del ser de María y de la Humanidad de Cristo: su significado 239
3. El principio constituyente de la individualidad, según Santo Tomás de Aquino 241

4. Creación de Eva: Adán y Eva figura de Cristo y de María 257
5. En María y Cristo alcanza su máxima perfección y plenitud la generación prefigurada en Adán y Eva 270.

CAP. V. LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARIA, PROYECCION PLENA Y COPIA PERFECTA DE LA FECUNDIDAD DEL PADRE ETERNO 291

1. La fecundidad virginal de María proyección de la del Padre Eterno 291
2. La fecundidad virginal de María es la cima absolutamente posible de toda fecundidad creada 297
3. La excelencia de la Maternidad de María, exigida por la dignidad de la filiación del Hijo 299
4. La perfección de la Maternidad virginal de María y la característica personal del Verbo: ser en otro 306
5. En esa unión inefable con su Hijo, María es discípula perfecta, y asociada de su Divino Corazón 310

6. Plenitud y perfección maravillosa de la Maternidad virginal, siempre actual, de María 313
7. María, abismo inefable e insondable de toda perfección 317
8. Perfección de la consagración y reparación de María Virgen al Corazón de su Divino Hijo 318

CAP. VI. LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARIA CON RELACION A NOSOTROS 321

1. María, Madre virginal nuestra, nos engendra sin división de su ser 321
2. Nuestra filiación dé maría, participación de la de su divino hijo 325
3. Por su generación virginal, maría no solo nos incorpora a cristo, sino que lo hace vivir, morar, y obrar en nuestro seno 328

4. La Eucaristía, signo y consumación de la inhabitación de Jesús en nuestro seno. Su ansia de que le recibamos y nos abandonemos a su acción 332
5. Hijos de Dios e hijos de María: similitud y estrecha implicación de ambas Filiaciones 335
6. La generación virginal con que María nos da a Luz es tan perfecta que nos comunica y transmite su misma Maternidad divina 340
7. La Maternidad de María y la maternidad de la iglesia: semejanzas y Desemejanzas 342
8. La Maternidad virginal de María la hace comunicar y participar todo lo nuestro más que nosotros mismos 346
9. Ansia de María por sembrar en nosotros a su Hijo, y deseo ardiente que Jesús tiene de hallar un corazón que le reciba, cuando la apostasía ambiente parece invadirlo todo: El Buen Ladrón 350
10. Nunca como en la presente apostasía se nos presentará ocasión tan fácil de estrechar con Jesús y su Madre una amistad que ellos sabrán mantener eternamente 352
11. Recepción de Jesús y la Virgen Madre cuando me encuentre con ellos tras la muerte 356

LIBRO 111

LA ESPOSA DEL VERBO

CAP. I. EL AMOR VIRGINAL DE LA MADRE VIRGEN 365

1. María, Esposa Virgen del Verbo Virgen 365
2. El seno de María, tálamo nupcial donde Jesús se desposa con la Iglesia y el alma 367
3. María, virgen de espíritu por la virginidad de su amor 369
4. El amor virginal de María 370

5. El amor en la maternidad ordinaria y en la Maternidad virginal 371
6. Sublimación del amor creado hasta llegar a virginal en el cielo 373
7. El amor de maría es virginal desde su misma concepción inmaculada 375
8. El amor de María, copia perfecta del amor virginal del Padre al Hijo, como exigencia del amor con que su Hijo quiere ser amado 377
Pág. 533
9. El amor virginal humano del Verbo encarnado exige el mismo amor virginal en María, pues de Ella ha de recibirlo por generación 378
10. María, milagro y maravilla del amor creado: por Ella la creación devuelve a Dios el amor virginal que Dios desea 380
11. Por su amor virginal, en María, asociada a su Hijo, se cumple la finalidad de la creación entera 382
12. Por su amor virginal, María está unida al Verbo Encarnado como Éste está unido al padre 383

CAP. II. LA ESPOSA DEL VERBO 386

1. María Esposa fecunda del Verbo por su amor virginal 386
2. Todos los elementos que constituyen la unión de esposos en el matrimonio se dan de modo eminente, ideal y perfectísimo en la unión de María con el Verbo Encarnado 387
3. Comunidad de vida 388
4. Unidad en la fecundidad 389
5. Comunidad de toda actividad 390
6. Comunidad de sentimientos, afectos, goces y dolores 392
7. Comunidad de bienes 392
8. Comunidad perpetua e indisoluble 394

CAP. III. LAS BODAS DEL CORDERO 397

1. María, Iglesia y Alma, Esposa de Cristo 397
2. El desposorio con Cristo de la Iglesia y de las almas deriva del desposorio de la Virgen María, siendo participación y extensión de él 399
3. Desposorios del Verbo en la Encarnación y elemento personal que a ellos aporta la Virgen María 400
4.Todo desposorio de Cristo con la Iglesia y los fieles es derivación y participación del de María 402
5. Unidad y monogamia perfecta de los desposorios de Cristo 404
6. Cómo María es Esposa del Verbo y Esposa del Espíritu Santo 405
7. María, Hija de Cristo 407
8. María Esposa, modelo para el matrimonio cristiano 417
Pág. 534
9. María Esposa, modelo para las almas en su relación con Cristo 419

CAP. IV. EL AMOR VIRGINAL DE MARÍA EN SUS RELACIONES CON EL CORAZÓN DE JESÚS 422

1. El amor virginal y la consagración 423
2. El amor virginal y la reparación 423
3. El amor virginal y la intimidad 424
4. El amor virginal y la imitación 428
5. El amor virginal y la intercesión 429
6. María, Esposa eterna del Verbo, asociada a toda su obra y actividad 431

CAP. V. LAS DELICIAS DEL AMOR VIRGINAL 434

1. Dicha inefable que en María emana de su amor virginal 435
2. El amor virginal causa dicha divina al hacernos participar de Dios «Amor» 436

3. Por su propia naturaleza intrínseca, el amor virginal hace nuestra la dicha de Dios 437
4. El amor virginal sumerge a María en un mar de dicha 438
5. María, «la anegada en delicias» 439
6. María, «la anegada en dolores» 441
7. María, nuestro consuelo y fortaleza 443

CAP. VI, ASCENSIÓN AL AMOR VIRGINAL 446

1. Grados por los que se asciende al amor virginal 446
2. Dolor con Cristo doliente; gozo con Cristo gozoso 447
3. El dolor de la propia miseria y el gozo de la propia miseria 448
4. El olvido y anulación de sí: hasta qué punto puede darse en esta vida 449

CAP. VII. NUESTRA PARTICIPACIÓN EN EL DESPOSORIO ETERNO DE MARÍA CON EL VERBO 452

1 Todo hijo de Dios y de María es esposa eterna del Verbo 452
2. La preparación de la esposa 455

Pág. 535

3. Infancia y adolescencia: período de siembra y primer brote 456
4. Edad viril: el amor, aun agraz, se robustece, pero no crece 457
5. La ancianidad y el florecimiento del amor virginal 458
Se levanta el muro: 459
Se elevan las torres 459
Se cierran las puertas 460
Simeón y Ana 464
6. El amor virginal en las tres edades: gloria y luminosidad de la ancianidad 466
7. Conclusión: María, Madre y Esposa 468

APÉNDICE

1. La unidad de Cristo 475
2. El conocimiento infinito de Cristo 476
3. Alcance del conocimiento humano de Cristo 478
4. La unidad de Cristo y la fe de la Iglesia 481
5. La fe inmutable de la Iglesia expresada en los Símbolos de fe 484
6. La misma fe expresada en las declaraciones solemnes de Papas y Concilios 486
7. María, llave para el conocimiento de cristo, y clave de bóveda en el Misterio de la Encarnación 487
8. La unidad de Cristo en la enseñanza del Nuevo Testamento 488
9. El testimonio de San Juan en su Primera Carta 489
10 El testimonio de San Pablo 497
11. La unidad de Cristo en los Evangelios Sinópticos 497
12. La unidad de Cristo en el Evangelio de San Juan 500
Juan 1 501
Juan 2 502
Juan 3 502
Juan 4 503
Juan 505
Juan 6 506
Juan 7 509
Juan 8 510
Juan 9 513
Juan 10 514
Pág. 536

Juan 11 515
Juan 12 517
Juan 13-16: Sermón de la Última Cena 518
Juan 17: Oración sacerdotal de Jesús 521
Juan 18 y 19 523
Juan 20 523
Pág. 537